

Filosofía para la
ciencia y la sociedad

Este texto rinde homenaje a la trayectoria intelectual y personal recorrida por Félix Gustavo Schuster. En sus páginas la dimensión personal se enlaza con el análisis de las propuestas y los cambios por él promovidos en la reflexión epistemológica sobre las ciencias sociales y humanas latinoamericanas.

El estilo de su práctica filosófica sitúa a Schuster entre aquellos epistemólogos curiosos por inquirir en los procesos que hacen posible la creatividad en ciencia. Una inteligencia unida al afecto es su marca indudable, que trasciende en sus textos, en sus clases y en la impronta que ha dejado tanto en las personas que lo han tratado como en las múltiples instituciones universitarias que le ha tocado conducir, las más de las veces en tiempos tempestuosos.

Los trabajos incluidos evocan ambientes de interacción cara a cara, emocionalmente densos, donde la biografía del homenajeado no resulta exterior a su forma peculiar de construir conocimiento.

CECILIA HIDALGO Y VERÓNICA TOZZI (COMPILADORAS)

Filosofía para la ciencia y la sociedad



Indagaciones en honor a Félix Gustavo Schuster

CECILIA HIDALGO Y VERÓNICA TOZZI (COMPILADORAS)



200 AÑOS. BICENTENARIO ARGENTINO.

ISBN 978-987-1599-29-5



9 789871 599295



CLACSO

EDICIONES
ciccus



e F
F L

Filosofía para la ciencia

y la sociedad

Indagaciones en honor

a Félix Gustavo Schuster



Filosofía para la ciencia y la sociedad

Indagaciones en honor
a Félix Gustavo Schuster

Cecilia Hidalgo y Verónica Tozzi

(Compiladoras)

EDICIONES
ciccus





Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

Decano

Hugo Trinchero

Vicedecana

Ana María Zubieta

Secretaria Académica

Graciela Morgade

Secretaria de Supervisión Administrativa

Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

Silvana Campanini

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretario de Investigación y Posgrado

Claudio Guevara

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones

Rubén Mario Calmels

Prosecretario de Publicaciones

Jorge Winter

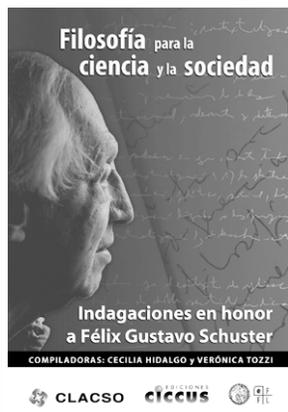
Coordinadora Editorial

Julia Zullo

Consejo Editor

Amanda Toubes *Lidia Nacuzzi*
Susana Cella *Myriam Feldfeber*
Silvia Delfino *Diego Villarroel*
Germán Delgado *Sergio Gustavo Castelo*

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires - 2010
Puán 480, Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina



Filosofía para la ciencia y la sociedad : indagaciones en honor a Félix Gustavo Schuster / Emilio De Ipola ... [et.al.] ; compilado por Tozzi Verónica y Cecilia Hidalgo. - 1a ed. - Buenos Aires : Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad - CICCUS, 2010.

384 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1599-29-5

1. Filosofía Moderna. I. De Ipola, Emilio II. Tozzi, Verónica, comp. III. Hidalgo, Cecilia, comp.
CDD 190

Fecha de catalogación: 23/06/2010

Edición a cargo de:
Rosanna Cabrera y Noelia Poloni

EDICIONES
ciccus

Director: Juan Carlos Manoukian
Primera edición: junio de 2010
Diseño de tapa: Hernán Corral
Diseño y armado interior: Hugo Ziliani
Fotografías de tapa: Marcela Casarino

© CICCUS – 2010

Bartolomé Mitre N° 4257 PB "3"
(C1201ABC) - Buenos Aires - Argentina

 (54 11) 49 81 63 18

 ciccus@ciccus.org.ar

 www.ciccus.org.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11723
Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización de los editores.



Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales  Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Editor Responsable: Emir Sader
Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico: Pablo Gentili
Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Área de Producción Editorial y Contenidos Web

Responsable Editorial: Lucas Sablich

Director de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875 | piso 4º G | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459

e-mail: clacso@clacso.edu.ar

web: www.clacso.org

 **Asdi**

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Índice

Prólogo CLACSO <i>por Emir Sader</i>	11
Parte I. A Félix Schuster <i>Presentación por Cecilia Hidalgo y Verónica Tozzi</i>	13
Parte II. Conversar con el filósofo	
Cap. 1: Los mutantes espacios de una larga amistad <i>por Emilio de Ipola</i>	19
Cap. 2: Félix Schuster, mi personaje inolvidable <i>por Bruno Winograd</i>	25
Cap. 3: La economía que nunca fue y la que nunca debió ser <i>por Ricardo J. Gómez</i>	33
Cap. 4: El pluralismo metodológico de Schuster y la crítica al método de Feyerabend <i>por Jorge Vergara Estévez</i>	47
Cap. 5: Tomar/no tomar al pie de la letra <i>por Elvira Arnoux</i>	63
Cap. 6: Félix Schuster, profesor de FLACSO <i>por Carlos Strasser</i>	75
Cap. 7: Un filósofo entre antropólogos <i>por Alberto Rex González</i>	79
Cap. 8: Mi primer becario <i>por Gregorio Klimovsky</i>	81
Parte III. La filosofía tras la epistemología	
Cap. 9: Articulación y los límites de la metáfora <i>por Ernesto Laclau</i>	83
Cap. 10: Reflexiones sobre el "Prefacio" de Hegel a la <i>Filosofía del Derecho</i> <i>por Agnes Heller</i>	111
Cap. 11: Casos y casuística en la investigación social contemporánea <i>por Cecilia Hidalgo</i>	127
Cap. 12: Kierkegaard y la epistemología <i>por Patricia C. Dip</i>	139

Cap. 13: Hondos y profundos, tragedia y <i>episteme</i> en Kierkegaard y Nietzsche <i>por Eduardo Grüner</i>	151
---	-----

Parte V. Filosofar la sociedad

Cap. 14: Facticidad, creatividad y pluralismo en las Guerras del Realismo Histórico <i>por Verónica Tozzi</i>	167
Cap. 15: De la unificación a la diversidad en las ciencias sociales <i>por Patricia Morey</i>	189
Cap. 16: Filosofía de las ciencias sociales y estudios sociales sobre los cuerpos <i>por Adrián Scribano</i>	205
Cap. 17: El enfoque neoclásico en historia económica, un análisis epistemológico <i>por Gustavo Marqués</i>	221
Cap. 18: Interpretaciones históricas divergentes: el caso de la enfermedad de Chagas <i>por César Lorenzano</i>	239
Cap. 19: Psicoanálisis y epistemología: aportes a un encuentro demorado <i>por René Epstein</i>	265

Parte V. Contextualizar las ciencias

Cap. 20: Los contextos del conocimiento: de una epistemología de la ciencia a una filosofía de la investigación <i>por Valeria Hernández</i>	281
Cap 21: Los descubrimientos científicos y la filosofía de la ciencia <i>por Víctor Rodríguez</i>	303

Parte VI | Sociologizar las ciencias

Cap. 22: La recepción de Kuhn en la sociología del conocimiento <i>por Adriana Gonzalo</i>	325
Cap. 23: Thomas Kuhn: la ciencia normal y el surgimiento de la novedad <i>por Adriana Stagnaro</i>	345
Cap. 24: Evaluados, categorizados e incentivados: el disciplinamiento de docentes e investigadores universitarios en la década del 90 <i>por Virginia Matilde Passarella</i>	357

Parte VII | Breve reseña de su trayectoria intelectual e institucional

Un filósofo de este mundo <i>por Rosana Errasti</i>	371
---	-----

Prólogo

Nadie más que Félix Gustavo Schuster es merecedor de un libro que lleve por título Filosofía para la ciencia y la sociedad. Porque nadie más que él, en nuestro pensamiento crítico latinoamericano, batalla y seguirá batallando para aclarar, profundizar y reevaluar las relaciones entre la reflexión y la práctica social en nuestros tiempos. Como intelectual crítico y como dirigente de procesos de construcción de estructuras institucionales acordes con esa reflexión, como es propio de un intelectual consciente de los problemas que nuestras sociedades enfrentan.

Nadie más que Schuster se merece un libro organizado por sus amigos, él que es un gran amigo y mejor compañero de sus amigos. Nadie más que Schuster se merece tener un libro organizado por sus discípulos, que incluya a tantos ex alumnos, que tuvieron el privilegio de compartir horas de trabajo y tener tesis dirigidas por él.

Y, sin embargo, lo que más impresiona es que, con una carrera académica en las más prestigiosas instituciones de América Latina, Europa y EUA, ya larga en el tiempo; con una obra que ya le garantiza un lugar importante en el pensamiento crítico latinoamericano; con un conjunto muy apreciable de alumnos formados, Schuster sigue prometiendo liderar, activa e incansablemente, muchos proyectos y grandes batallas, teóricas y sociales.

*CLACSO apoya a esta obra con la misma decisión con que ha concedido una beca a Schuster en el lejano año académico de 1978-1979, proyecto de investigación que lograra expresión en la publicación *Explicación y predicción*, recientemente reeditada con notorio y meritorio éxito.*

Este libro es un gesto de reconocimiento y compromiso hacia la persona y la obra de uno de los más importantes intelectuales contemporáneos en América Latina.

*Emir Sader
Secretario Ejecutivo CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales*

Parte I

A Félix Schuster



Presentación

Cecilia Hidalgo y Verónica Tozzi

La trayectoria intelectual y personal recorrida por Félix Schuster —que ha abierto tantos caminos, inspirado tantas vocaciones, formado tantos alumnos y construido tantas instituciones— hace tiempo merece un volumen de homenaje. Un conjunto de sus colegas, ex alumnos y ex tesisistas nos hemos reunido en este libro dedicado exclusivamente a su obra en el campo de la epistemología de las ciencias sociales y humanas, seguros de interpretar el sentimiento y la voluntad de muchos de quienes tienen el privilegio y la fortuna de conocerlo. Otros libros podrán continuar con el análisis de sus incursiones en espacios intelectuales diversos.

Como puede apreciarse por el índice, las temáticas a las que ha contribuido Schuster en el ámbito de la filosofía y las ciencias sociales son de gran actualidad y relevancia para el avance del conocimiento en esos campos. Su capacidad para plantear problemas de una manera creativa, siempre sensible a la especificidad del conocimiento sobre lo humano y lo social, lo han hecho pionero en el tratamiento de cuestiones relegadas alternativamente por escuelas epistemológicas de corte normativista y por corrientes teórico-sociales dogmáticas.

Una inteligencia unida al afecto es su marca indudable, que trasciende en sus textos, en sus clases y en la impronta que ha dejado en las múltiples instituciones universitarias que le ha tocado conducir, las más de las veces en tiempos tempestuosos. Y por cierto, en las personas...

Nadie se extraña si en *hosteles* estudiantiles latinoamericanos encuentra alguna habitación que ex alumnos suyos han bautizado “la Schuster”, o si lo reconoce llevando a la cancha a sus hijos y los amigos de sus hijos en la canción de Andrés Calamaro cuya letra transcribimos a continuación. Se trata del Félix G. Schuster que estamos homenajando, en su integridad y pluralismo inconmensurable.

CLACSO inauguró sus series editoriales con su obra *Explicación y predicción* y por ello que la edición se realice en su seno nos colma de satisfacción, como testimonio del compromiso de Félix Schuster con las humanidades latinoamericanas. Que sea copartícipe de este homenaje la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA donde Schuster se ha desempeñado prácticamente en todas las posiciones académicas, de investigación y de gestión posibles, llegando a ser su decano entre 2002 y 2006, suma alegría y reconocimiento a esta publicación. Por fin, podremos expresar nuestro agradecimiento a Juan Carlos Manoukian y el plantel de Ediciones CICCUS, en quienes hemos encontrado a los editores ideales.

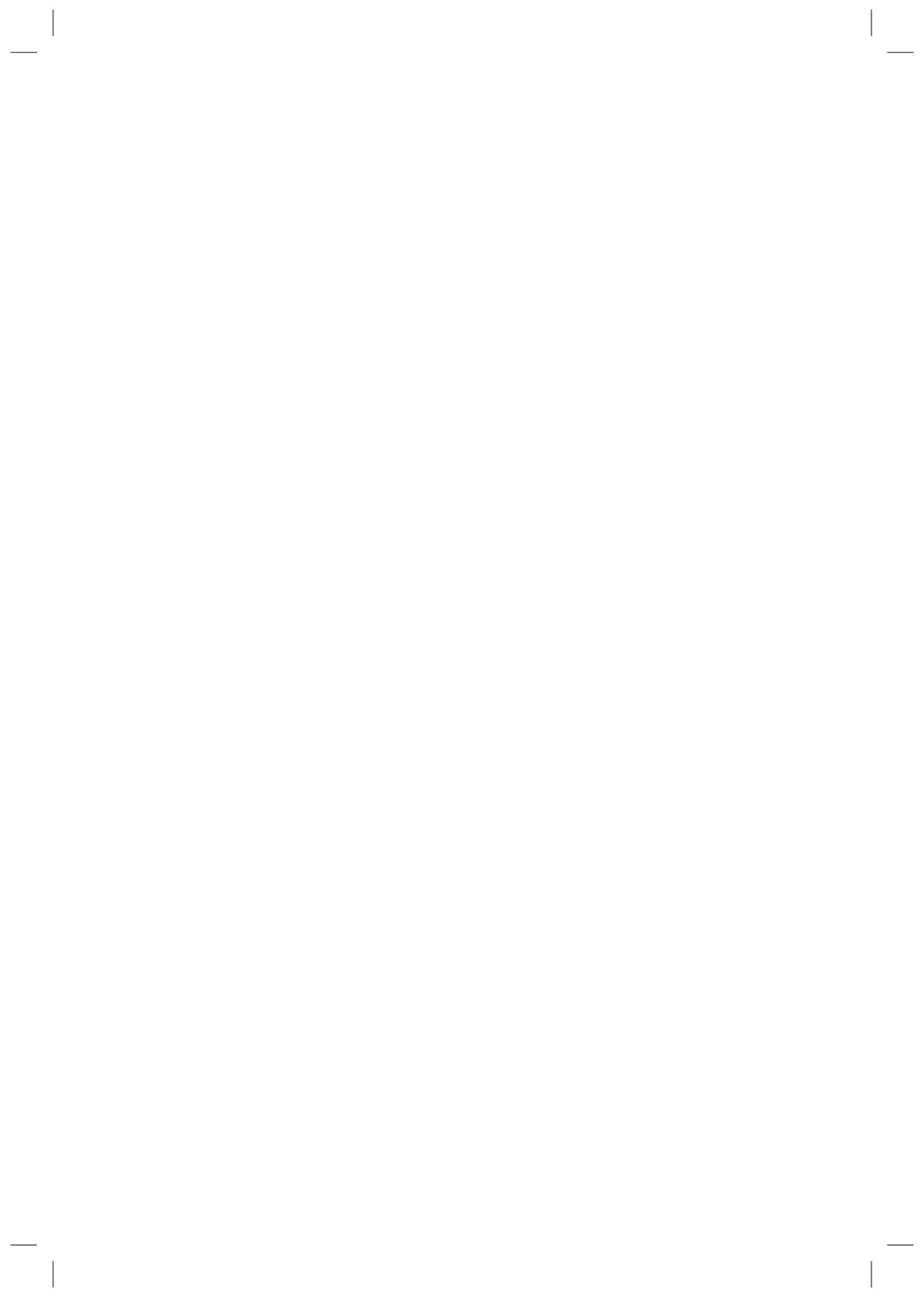
El Palacio de las Flores
(Andrés Calamaro)

En el Palacio de las Flores
había flores de todos los colores,
quedaba en Basavilbaso,
hace mucho que no paso por ahí
Cerca del garage, cerca de la estación Retiro
y de la Calle Florida y de la Plaza San Martín
Qué florido es el Palacio de las Flores
que yo lo veía desde afuera,
porque por entonces yo era un pendejo
que vivía con mis viejos
Entonces la alegría no es una cosa nueva,
todo el tiempo por pasado fue peor
Mucho matute de gorra en la calle,
mucho “no, señor” “sí, señor”,
en casa no teníamos televisión
y no había escrito una canción
No me interesaba la pelota,
iba a San Telmo a comprar cosas viejas y rotas,
pero el papá de un compañerito
nos llevaba a ver a Independiente
Era la época de Pastoriza,
Santoro y el Chivo Pavoni,
y el viejo de mi amigo que vivía en Ciudad de La Paz
fue desaparecido y no lo volví a ver más

Ojalá que estén vivos y bien
en el país de síganme
“síganme, no los voy a defraudar”
adónde, donde se cagó un conde
adonde los capos los crucifican
primero míralo al número 10,
pero no basta con abrir los ojos
para darse cuenta de todo a la vez
Cuidado con las palabras que terminan con ina,
yo también quiero mucho a Argentina
aunque nadie me preguntó si en Argentina quería nacer,
donde el que no come se deja comer
La turrada que nunca termina
ina, guillotina, anfetamina y alquitrán
Cómo nos dan, cómo nos dan en Argentina,
nos dan Boquita y ritmo tropical
y base para la latita en el extrarradio y en Capital
Soy rockero, de potrero, ricotero, rioplatense
que se tense la cuerda del hambre
no alcanza ni para fiambre, a conformarse con los olores
Como en el Palacio de las Flores
donde se bailaba hasta reventar
De algo hay que vivir,
con algo hay que gozar
Como en el Palacio de las Flores
donde se bailaba hasta reventar

Parte **II**

**Conversar con
el filósofo**



Los mutantes espacios de una larga amistad

Emilio de Ípola

Emilio de Ípola, profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires, profesor titular de la Facultad de Ciencias Sociales e investigador principal del CONICET. Autor, entre otros libros, de: Ideología y discurso populista (1982), Las cosas del creer (1997), La Bemba (2005) y Althusser, el infinito adiós (2007) y de numerosos artículos sobre teoría sociológica, teoría política y epistemología. E-mail: eipolameister@gmail.com.

Jorge Luis Borges invoca a menudo la conjetura según la cual la vida individual –y quizá la historia entera– pueden sintetizarse, “a semejanza del método de cierto director cinematográfico”¹ en un conjunto no muy extenso de imágenes discontinuas. No sé si esa hipótesis es válida en general, pero creo que lo es al menos en lo que se refiere a mi amistad con Félix Gustavo Schuster.

Según mis cálculos, debimos habernos conocido cuando yo cursaba aún la escuela primaria y Félix transitaba el

1. Borges se refiere quizás a Joseph von Sternberg.

segundo o tercer año del secundario en el colegio “Julio A. Roca” de la calle Amenábar al 1800. A la salida, Félix solía pasar frente a mi casa, situada en la misma calle, y saludar cordialmente a los casi niños que holgazaneábamos en la vereda². Pronto fue mi turno de entrar al “Roca” y allí creo haberlo visto, ya a punto de graduarse. Se acabó para mí la vagancia callejera, pero no los saludos, ahora más cercanos, de Félix.

Me gradué a mi vez en el Nacional y después de muchos insomnios decidí cursar la carrera de Filosofía en la UBA. Allí volví a encontrar a Félix, alumno aventajado y, como siempre, muy cordial conmigo³. Cercano a las ideas de la filosofía analítica y discípulo del profesor Gregorio Klimovsky, Félix, aunque abierto a otras corrientes, estaba bastante lejos de mis inquietudes, celosamente apegadas a las modas de entonces: Sartre, Merleau-Ponty, el joven Marx. Prestos siempre a generalizar sin mayor examen, quienes creíamos estar “en la onda” subsumíamos a quienes se interesaban en la filosofía analítica bajo el rótulo de “positivistas lógicos”. Ignorábamos que la filosofía analítica abarcaba un conjunto muy diversificado de escuelas y tradiciones filosóficas de distinto cuño (siendo el positivismo lógico solo una de ellas). Nosotros, los “posmodernos” de aquellos años, lo asociábamos al llamado cientificismo, bestia negra de entonces. Por suerte, la lógica simbólica me apasionaba: a menudo dejaba para más tarde *El Ser y la Nada* y me enfrascaba en axiomáticas, teoremas y silogismos. Recuerdo que el grupo de los “positivistas lógicos”, pese a ser minoritario en una facultad donde siempre había prevalecido, al menos hasta el 57, un espiritualismo ramplón, era temiblemente riguroso. La proverbial cordialidad de Klimovsky y del propio Félix tenía como contrapartida la apodíctica intransigencia de Mario Bunge.

Sin embargo, y a diferencia de otras carreras, en Filosofía primaba la cordialidad. Éramos casi todos amigos. La excepción era la minoritaria derecha católica. Filosofía era una carrera pensante, pero también alegre y despreocupada, ajena a las tortuosas querellas ideológicas y políticas de otras disciplinas, en particular, las que con gran ruido y no menor furia, tenían lugar en las asambleas de la joven carrera de Sociología.

En esos años conversamos y nos conocimos mejor: yo, todavía más joven que él, valoraba la claridad y buena disposición de Félix. La calidad de su escucha era tan apreciada como la de sus respuestas; siempre lograba que dos posiciones opuestas encontraran un terreno común

2. En esos tiempos, Félix era mucho mayor que yo: 3 ó 4 años. Hoy, al cabo de medio siglo, esa distancia se ha borrado. Somos dos viejos amigos de la misma edad.

3. Por entonces, éramos del mismo barrio (lo que siempre da lugar a una complicidad secreta). Señalo este punto porque, como veremos, las cosas cambiarían años después.

donde el diálogo fuera posible⁴. Aquello que llamaría su actitud pedagógica natural era muy superior a la de la mayoría de nuestros profesores.

Nos recibimos a comienzos de los sesenta: Félix, en 1963 y yo, en el 64. Ese mismo año viajé con una beca a Francia y solo retorné, luego de algunos rodeos, en el 74. Nuevamente, un corte de varios años nos mantuvo lejos. Sin embargo, mi estadía en Francia, y luego en Canadá y en Chile, no me hizo perder de vista a Félix. En el Di Tella, hacia el 71, di unas clases, pero mis obligaciones en FLACSO-Chile me impidieron continuarlas. Se necesitaba un reemplazante y ese fue Félix, quien —me consta— dictó un curso brillante. Los alumnos del Di Tella apreciaron mucho más mi apoyo a Félix (fui consultado) que mis propias clases. La modestia ejemplar de Félix no fue óbice para que el valor de sus trabajos, la excelencia de su enseñanza, así como su rectitud y cordialidad como persona, fueran altamente estimadas⁵.

Llegó el fatídico 76: yo había vuelto a Buenos Aires y desde septiembre de ese año, ciertas obligaciones de las que fue imposible escapar hicieron que me radicara en La Plata. Allí pude ver diariamente a Félix... en el patio de recreo de la Unidad Penitenciaria N° 9.

Lejos del mundanal ruido, hablamos bastante de filosofía, pero la presencia de quien ya era mi amigo se impuso en la cárcel merced a otro de sus talentos: el ajedrez, uno de los pocos juegos permitidos en los recreos. Félix, jugador de primera división, era obviamente imbatible. Pero, por otra parte, conocía variantes del juego que permitían competencias más interesantes y colectivas. Nos inculcó las reglas, nos aconsejó y alentó a jugar. En poco tiempo, un patio con más de cien detenidos vocingleros se convirtió en un silencioso refugio recoleto, con monjes manejando los trebejos, sumergidos en una profunda concentración mental. Nadie, en esos momentos, reparaba o daba importancia al hecho de que estaba en una prisión⁶.

4. Solo carecía de piedad en las tenidas de truco: gracias a él aprendí la ciencia de dormir al aire libre.

5. Este trabajo no está dedicado a la obra de Félix, sino a los avatares, a menudo insólitos, de una amistad que se obstinó en perdurar (y lo logró). Pero no quiero abstenerme de subrayar su valor e interés. Con cierta frecuencia releo *Explicación y predicción*, clara y rigurosa obra que, no por casualidad, ha sido objeto de varias ediciones.

6. Félix, sin alterar nunca su mirada amistosa y aguda sobre las cosas y la gente, era también franco en sus opiniones y en sus afectos. Recuerdo las visitas de los domingos en la cárcel: apelando a chistes, anécdotas y frases optimistas lográbamos casi siempre crear un clima ameno y a veces risueño durante esas dos horas compartidas con nuestros parientes cercanos. Solo una vez el llanto de un jovencito, casi niño, nos recordó la pensosa realidad que subyacía bajo ese amable ambiente familiar. Era el llanto del hijo mayor de Félix. Un hijo que había heredado la franqueza del padre: vivíamos, en efecto, una situación para llorar.

Yo salí con el derecho de opción en diciembre de 1977; Félix obtuvo su libertad en los primeros meses del 78. Luego de seis años de exilio, en 1984, regresé a la Argentina. No bien llegué a Buenos Aires me incorporé a la UBA... y allí naturalmente encontré, como esperaba, a Félix. Ya éramos conscientes de ese juego de ausencias y presencias al que la vida nos había acostumbrado. Desde entonces compartimos charlas, cursos, concursos, coloquios, viajes (a Ecuador)⁷ y muchos recuerdos. Éramos docentes de facultades afines (filosofía y ciencias sociales), pero Félix era un (talentoso) filósofo interesado en los problemas sociales y yo no había perdido del todo la inclinación filosófica de mis estudios de grado. Desde entonces presentamos libros, participamos en coloquios, conversamos, homenajeamos a viejos profesores y evocamos —siempre jocosamente, con ese exquisito masoquismo del intelectual— los tiempos de enclaustramiento forzado. En esos momentos, comprobamos, no sin un ligero sentimiento de triunfo que, aunque la vida se empeñó en alejarnos de manera intermitente, a partir de un momento que no sabría precisar, nuestro afecto mutuo y nuestra amistad tejieron lazos que ni el tiempo ni la distancia podrían ya quebrar.

7. Al llegar, debimos dictar (o, mejor, improvisar) una conferencia “a dúo”.

Félix Schuster mi personaje inolvidable

Bruno Winograd

Bruno Winograd es médico psiquiatra, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina (IPA), analista de formación, miembro titular y fundador de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis (IPA). Miembro titular de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados; profesor en la Escuela Argentina de Psicoterapia para graduados, 1970-1999; profesor titular del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina (IPA), 1976-1996; profesor en el Instituto de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis SAP (IPA); cofundador de la Asociación de Epistemología del Psicoanálisis (ADEP), 1979; y miembro de su Comisión Directiva (período 1992-1998).

Al haber sido invitado a participar en este tan merecido y atractivo esfuerzo que constituye el intento de aportar un reconocimiento a una figura como la de Félix, se me ocurrió que la única metodología con que podría abordarlo es con lo que en la práctica psicoanalítica se llama *el método de la asociación libre*, en este caso una extensión absolutamente espontánea y no rigurosa del mismo. Como es sabido, se trata de que en la citada metodología se le pida a la persona que se instala en el método que describa

sus ocurrencias sin ninguna interferencia de lo que podría ser la actividad convencional, racional o que dirija las expresiones discursivas hacia una cierta finalidad. En mi caso, voy a tomar esta metodología de una manera totalmente libre y metafórica pues no concibo poder escribir algo en relación con mis registros y captaciones de Félix de una manera demasiado rigurosa, formal, organizada u ordenada. Es justamente en este contexto que mi primera asociación corresponde a una antigua sección que leía en las *Selecciones del Reader's Digest* y cuyo título era "Mi personaje inolvidable". Nada mejor podría cuadrar mi captación, registro y experiencias vinculares con Félix en estos 42 años en que lo he conocido, frecuentado, estudiado y discutido, manteniendo con él, siempre y sobre todo, un vínculo afectuoso, estimulante y sumamente confortable.

Creo que lo del título del *Reader's Digest* se me ocurrió ya en nuestro encuentro inicial en Londres en el año 67, cuando viajaba hacia mi primera experiencia de un congreso psicoanalítico y debía pasar por la ciudad de Londres a participar de un precongreso. Me interesaba muchísimo tener un contacto con Félix, primo de mi esposa en aquel entonces, pues me lo habían descrito como un filósofo sumamente talentoso y original: becado por el CONICET para un trabajo de investigación, el gobierno de Onganía y su espíritu revolucionario le habían quitado la beca, que inmediatamente fue reemplazada por otra del British Council para estudiar en Londres problemas de lógica y metodología con (si mal no recuerdo) un profesor Bernard Williams del cual Félix me habló en aquel encuentro.

Ya esta circunstancia de que los grupos científicos e intelectuales extranjeros lo hubiesen compensado inmediatamente de la persecución de los "brillantes" líderes militares que hundieron y destruyeron una de las experiencias más creativas en nuestro medio, la Universidad del 55, me marcaba la capacidad de reacción y casi la humorada del personaje que de algún modo conseguía metafóricamente, entendiendo y salvando las proporciones, darles vuelta el juego a estos sujetos que para mí constituían entonces y aún ahora la ejemplificación más acabada del oscurantismo, la violencia, la destructividad y la anticultura: los paradigmáticos actores de La Noche de los Bastones Largos, el gobierno fascista represor de la revolución argentina y su adalid Onganía.

Como decía, ahí conocí a Félix en su coqueto y simpático departamento de un barrio londinense cuyo nombre no recuerdo, con esa bonhomía y distensión que no parecían para nada las de una persona que había sufrido una agresión, una persecución, sino las de alguien instalado en ese ámbito como si hubiese vivido toda la vida allí. Me explicó sus vericuetos callejeros, que me resultaban realmente difíciles de captar —era mi primera visita a Londres— porque una de sus dotes es su enorme ubicación geográfica. También conocí a su compañera de toda la vida, Elba, y a sus hijos, hoy figuras de la UBA. Rápidamente

comenzamos a conversar sobre metodología de las ciencias sociales y del psicoanálisis y Félix me impactó. Lo noté tan ubicado en esos oscuros y complejos problemas epistemológicos en los cuales había recién empezado a internarme, que me pareció la persona indicada para enseñarme alguna de esas cosas, a lo cual se declaró dispuesto cuando nos reencontrásemos en Buenos Aires, lo que efectivamente sucedió. Pero no quedó allí la cosa, porque en el agradabilísimo y hospitalario clima que se daba en el pequeño *bulín* londinense de los Schuster, manifesté que quería conocer la tumba de Freud. Félix no estaba muy seguro de dónde ubicarla, pero me ofreció visitar la tumba de Marx, que representaba una de las líneas filosóficas importantes en su estudio y en su pertenencia cultural y política. Fuimos y me encontré con la tumba de Marx del 67. Recordemos que era la época de las grandes convulsiones ideológico-políticas en el mundo y la tumba de Marx era sede de una especie de *picnic* de muchos jóvenes de todo el mundo que venían a rendirle homenaje. Félix, con ese sentido del humor que jamás lo abandonó ni antes, ni después, ni ahora, inmediatamente me mostró que frente a la tumba de Marx estaba la del filósofo Herbert Spencer, a lo cual agregó si yo estaba enterado de que “Marks & Spencer” siempre estaban juntos en Londres, tanto en las tiendas como en el cementerio.

Ya ahí mi configuración de personaje inolvidable se fue armando e instalando sólidamente, por el humor, la amabilidad, el afecto por el conocimiento y creo también por los lugares por donde me llevó, aunque los nombres que acuden a mi memoria están sujetos al error de los años. Me mostró el Bedford College, el hermosísimo jardín del Regents Park, sus flores, y me contó que ese era el ámbito en el cual estudiaba, pues le resultaba un verdadero deleite estético, que se sumaba al placer intelectual y al respeto que sentía por su maestro Williams. Como diagnóstico de diferencias entre culturas, me comentó que entre los ingleses había que ¡escribir!, mientras que la cultura universitaria argentina no valoraba tanto el texto escrito sino la expresión oral. Nosotros éramos más bien “verbalistas”.

Bueno, pasaron los tiempos, no recuerdo exactamente cuántos, y Félix volvió a Buenos Aires. Con otros colegas inquietos por encontrar alguna sistematización epistemológica en el campo del psicoanálisis que no consistiera solamente en la crítica despiadada a lo Bunge o las defensas corporativas, le propusimos estudiar juntos aspectos de la obra de Freud. Félix venía muy imbuido de la necesidad de reformular metodológicamente las bases conceptuales de una disciplina tan compleja y tan cambiante, con lo cual de inmediato se armó un grupo de estudio, que realmente fue uno de los placeres intelectuales más grandes que podría registrar en mi historia: estudiar aspectos del psicoanálisis con profesionales de otros campos. Lo de Félix fue una experiencia absolutamente originaria, creativa y estimulante, y que creo que fue la que hizo que muchos siguiéramos indagando por estos caminos, con todas las

dificultades más o menos conocidas. Después nos hizo acercarnos a Gregorio Klimovsky, a Eduardo Rabossi, a Raúl Orayen con quienes después —allá en los albores de los 80— formáramos la Asociación de Epistemología y Psicoanálisis (ADEP), una institución de psicoanalistas y epistemólogos. Félix y Gregorio fueron dos de sus fundadores junto con Orayen, Rabossi y Charito Lorez Arnaiz, que después tomó otras orientaciones. Colegas de distintas posturas ideológicas dentro del psicoanálisis nos uníamos por el interés de desentrañar cuestiones metodológicas del psicoanálisis y también por el placer intelectual, la personalidad, los conocimientos y ese clima único que no es fácil de describir pero que toda persona que conozca a Félix puede figurarse. Un clima de distensión, confort estimulante y posibilidad de discutir libremente distintos tipos de conocimiento. Estaban en ese grupo —espero que no me falle la memoria— Harold Hamond, Julio Marota, Dora Romanos, Julia Braun, Mariano Donadievich —y no recuerdo si alguien más— personas de distintas generaciones psicoanalíticas. Trabajar con Félix nos entusiasmaba a todos y después de estudiar distintas cuestiones, entre ellas intentar penetrar en ese difícil “proyecto de una psicología para neurólogos”, surgió un trabajo titulado “La conciencia en la obra de Freud” que fue publicado en la *Revista Argentina de Psicología*. Esto nos implicó una enorme gratificación, porque no solo habíamos estudiado esas cosas “raras” de la epistemología y de los problemas de los niveles y los planos de la base empírica (todos esos términos que para nosotros tenían algo de sánscrito y nuevo, pero que a través de nuestro diálogo fuimos incorporando no sin las dificultades del caso): habíamos podido producir un material del que estábamos muy satisfechos. Habíamos tomado un tema, el de la conciencia, y lo habíamos desarrollado en la línea de pensarla como uno de los posibles territorios conceptuales de la base empírica en el campo analítico.

Creo que más allá del placer del trabajo que nos marcó a todos en nuestros diferentes desarrollos acerca de la obra de Freud y sus bases conceptuales, el trabajar con Félix (corresponde a mi título) fue inolvidable por esas características tan notables de estímulo intelectual, conocimiento, buen humor, plasticidad, ausencia de fanatismo. Porque Félix es un antifanático, sean cuales fuesen sus pertenencias, llámese marxismo o filosofía analítica, posición política o científica. Siempre está abierto a la alternativa diferente, o sea que es una especie de paradigma de lo que podría ser un personaje filosófico democrático, con perdón del neologismo.

Cuando terminamos el artículo, algunos habíamos quedado tan impactados que siempre rondaba la idea de que tendríamos que seguir “haciendo cosas” con Félix y la oportunidad se presentó en momentos en que se produjo un enorme revuelta ideológica entre los psicoanalistas por la escisión de los grupos “Plataforma” y “Documento” de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Se discutía cuál era el compromiso

social del psicoanálisis, había múltiples posiciones de las cuales por supuesto no voy a hablar ahora, ni caben, ya que yo tampoco era indiferente y tenía la propia. Algunas personas de diferentes posturas ideológicas, del marxismo teníamos ideas absolutamente rudimentarias y más propias de la información periodística. Así se nos ocurrió que Félix era la persona con quien podíamos estudiar las ideas fundamentales del sistema de Marx sin riesgo de ser indocinados o volvernos antimarxistas. Armamos un grupo de lo más heterogéneo, constituido por cinco psicoanalistas (Julio Marotta y Diana Etinger de Álvarez, Harold Hammond, Augusto Picollo y yo), y un neurólogo brillantísimo, el marido de Diana, Fernando Álvarez, director del Hospital Francés. Había distintos lazos dentro del grupo. Harold era amigo de Diana y Fernando, con Julio Marotta habíamos trabajado en el artículo sobre la conciencia. Félix discutía las ideas y nos presentaba un trabajo suyo que vinculaba algunas hipótesis marxistas con aspectos de la historia argentina alrededor de la figura de Moreno. Así nos fuimos enterando de aspectos del complejísimo sistema teórico que constituían los aportes de Marx, en el mismo clima anterior, es decir, de cordialidad y sin presiones ideológicas. Se estudiaba con un “personaje inolvidable” que, por supuesto, tenía sus entusiasmos con los conceptos, pero cuya aptitud pedagógica, su poder de enseñar –Félix es un maestro del más alto nivel– me recordaba a un profesor de lógica del “Mariano Moreno”, el profesor Morgado, que decía: “sugiero mas no presiono”. Félix era la encarnación paradigmática del “aporte pero no presiono”. En fin, aprendimos mucho sobre historia y economía.

Cuando terminó el grupo de Marx, tres personas –el difunto Harold Hammond, Augusto Picollo y yo– insistimos para interesar a Félix con el psicoanálisis. Esto no duró demasiado tiempo por discusiones entre nosotros tres, que salieron del campo de la cordialidad necesaria para entrar en polémicas que ya no hacían confortables las tareas del grupo, discusiones en las que nada no tuvo que ver Félix. La modalidad abierta, distendida, reflexiva y de búsqueda de coherencia de conceptos de Félix no pudo contra nuestro “fanatismo de parroquia”. Curiosamente, cada uno de los tres siguió en relación con Félix en distintos planos: Augusto Picollo continuó trabajando con él en otras cosas, también yo y Harold nunca dejó de sentir un enorme aprecio y afecto por él. El vínculo era tan estimulante que intentábamos prolongarlo en otros territorios por las nuevas posibilidades que nos abría.

Augusto Picollo de inmediato simpatizó mucho con Félix. Siendo dos personalidades en realidad absolutamente polares y diferentes, había entre ellos un excelente vínculo afectivo y cordial. Augusto, ex cirujano importante, incisivo, agresivo, con una modalidad bien “quirúrgica” en sus vínculos, incluso en el psicoanálisis, tajante, apasionado. Félix, con su calma y humor filosófico. Sin embargo, produjeron juntos una serie de trabajos muy interesantes en el campo de la psicopatología

psicoanalítica, totalmente actuales, acerca del modo de escucha de las distintas predominancias clínico-psicopatológicas, sobre todo cómo se escucha desde la psicosis. En ellos, Augusto hizo el aporte psicoanalítico, Félix el metodológico y Elvira Arnoux el aporte lingüístico. Elaboraron algunos trabajos que se presentaron en jornadas en el Uruguay, en Colonia del Sacramento y otras, de colaboración entre epistemólogos y psicoanalistas.

En mi caso, también me puse con Félix y Augusto a elaborar una especie de continuación del trabajo que habíamos hecho con el grupo, sobre algunos aspectos metodológicos del concepto de inconsciente en Freud. Se trató de un trabajo de un par de años que culminó con un artículo en la revista de psicoanálisis que configura, por lo menos para mí y para Augusto mientras vivía, uno de nuestros referentes metodológicos en las discusiones sobre el inconsciente, y que incluso nos permitió a ambos seguir trabajando el tema, y en mi caso personal una especie de base de algunos estudios actuales y de inquietudes en mi campo disciplinario.

Para salir un poco del campo profesional, Félix no solo no era un filósofo encerrado en el gabinete, aunque era un amante del gabinete y de estudiar en Londres en los jardines con flores, combinando la filosofía con la naturaleza, sino que también era futbolero e hincha del equipo máximo rival del mío, Independiente, aunque esto nunca nos llevó a ningún tipo de enfrentamientos. Me parece algo totalmente inconcebible enfrentarse con Félix: uno podrá discutir con él o polemizar con él, pero nunca enfrentarse violentamente. Recuerdo una anécdota: lo invité un día al *country* donde vivía —un *country* que era muy fanático del fútbol— y donde señores psicoanalistas y profesionales de distinto tipo jugaban al fútbol “en serio” y con una enorme pasión. Yo, por un problema de rodilla, solo podía gritar desde fuera o alguna vez jugar de arquero. Cuando llegamos con Félix había un partido. Varios de los integrantes del equipo estaban estudiando algo con él, no recuerdo si sobre Marx o epistemología psicoanalítica. Uno de ellos, David Saludjian, que era el mejor jugador de fútbol del potrero y tenía buena afinidad con Félix, le preguntó si no quería participar en ese picado que estaba impregnado de una rivalidad tensa pues estaban empatando, si mal no recuerdo, uno a uno. Félix aceptó, se ajustó los pantalones (tenía pantalones largos, así que se los ajustó un poco) y entró a jugar. Me imagino que la invitación solo había sido de amabilidad hacia el intelectual filósofo, pero se dio la circunstancia de que en una de esas Félix empalmó un tiro de distancia y efectuó un golazo, con lo cual el equipo que lo había incorporado ganó dos a uno. Los demás casi se desmayan en una mezcla de asombro, bronca y absoluta desubicación. Uno podrá preguntarse cómo después de treinta años recuerdo esa anécdota, pero es que me resultó realmente de un impacto tal que al evocarla mi intención, creo, era poder mostrar distintas facetas de este “personaje inolvidable”.

No me referiré en extenso aquí a la terrible situación que todos vivimos cuando Félix fue encarcelado por el otro régimen “ilustrado” de nuestro país, la dictadura militar del 76. Fue detenido por “conspiración marxista en la Universidad del Sur”, que después se descubrió fue obra de un delirante, el general Vilas, un personaje que tuvo actitudes delictivas, según me enteré por un abogado que fue miembro del fuero antisubversivo.

Pensando más en la actualidad, ya las anécdotas cambian. Con Félix, como decía Eduardo Rabossi, Charito Lorez Arnaiz, Gregorio Klimovsky, Augusto Picollo, Antonio Barrutia, Eduardo Issaharoff, Horacio Etchegoyen, David Liberman, Janine Puget y Elizabeth Bianquedi, formamos ADEP. Esta nota o crónica no pretende ser de una exégesis rigurosa, pero sí señalar que la institución que formamos psicoanalistas y epistemólogos fue algo original en el campo universal del psicoanálisis. Alguna vez nos visitó Charly Hanly, un filósofo canadiense que se dedica al psicoanálisis y que fue vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y va a ser el futuro presidente norteamericano de la IPA, quien comentó que no conocía otra institución donde psicoanalistas, filósofos y epistemólogos trabajaran juntos. Nuestra experiencia ha sido muy interesante y creo que, más allá de que, como todo campo institucional complejo, tuvo su momento de mucha productividad que después costó mantener en los 90 todo su impulso y su repercusión inicial, fue una institución que originó muchas actividades académicas y de investigación. Entre ellas, varios simposios (si mal no recuerdo, cerca de cinco) en los que participaron colegas latinoamericanos, sobre todo uruguayos; diversos coloquios y encuentros rioplatenses en Colonia del Sacramento y en Buenos Aires, que dejaron toda una producción escrita que pienso constituye un cuerpo de consulta muy importante para las personas interesadas en los problemas conceptuales y los fundamentos teóricos y epistemológicos del psicoanálisis. Bueno, en esa institución Félix ha sido un colaborador e interlocutor siempre dispuesto a participar. También cabe señalar que ya en el período democrático Félix comenzó a desarrollar tareas académico-institucionales sumamente complejas y exigentes: desde Director del Departamento de Filosofía y Secretario de Investigación y Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, invitado por distintos congresos en el exterior, con actividad ininterrumpida en FLACSO, producción de textos como *Explicación y predicción*, libro en el cual algunos de nuestros trabajos aparecían mencionados con todo el placer consecuente que esto implicaba. Nunca dejamos de tener vínculos, aunque ya no con la asiduidad ni la continuidad de antes, pero cada vez que lo invitamos a participar con nosotros, a aportarnos, su disposición estaba abierta. Lo notable no es solo su disposición, sino también el impacto intelectual y estético que Félix provoca en el público, que considero únicos, y hacen que todos los presentes disfruten de esa forma tan de él de combinar el humor y la distensión, aún en el tratamiento de los problemas más complejos.

Hace muy poco, creo que en el año 2006 ó 2005, en mi institución –la Sociedad Argentina de Psicoanálisis– hicimos una reunión tratando de examinar argumentalmente algunos debates epistemológicos que preconizaban la muerte del psicoanálisis por parte de un iluminado epistemólogo dinamarqués y un grupo que en París armó el libro negro del psicoanálisis, al cual otro grupo de psicoanalistas ubicados más en las corrientes francesas contestaron con un antilibro negro. Invitamos a Félix a reflexionar sobre la cuestión. La expectativa era escuchar a personas de otros campos de conocimiento sobre esto de “la muerte” de una disciplina con sus problemas y sus complejidades. Como siempre sucede en las reuniones en las que está Félix, se abrió una especie de sensación de aire fresco, que a su vez generó un intercambio interesante entre el biólogo Diego Golombek, Félix Schuster y algunos de los psicoanalistas presentes.

Intercambiar no significa ponerse de acuerdo o discutir violentamente: significa abrir distintos espacios de reflexión que a las distintas personas que participan les permitan desarrollar nuevas ideas y reflexiones. Y en ese sentido, ahora concluyendo, creo en serio que lo de “personaje inolvidable” no es una frase homenajeadora o propia de un libro de homenaje, es realmente una asociación reflexiva que a mí me despierta la figura de un maestro del pensamiento como es Félix, pero que, además, tiene todas esas características diferentes, de futbolero, amigo, de persona que derrama su enorme cordialidad y humanidad.

La economía que nunca fue y la que nunca debió ser

Ricardo J. Gómez

Ricardo Gómez es profesor de Matemáticas y Física (1958), profesor de Filosofía (1966). Master en Arte en historia y filosofía de la Ciencia (1978) y Ph.D. en Filosofía de la Indiana University (1982). Fue profesor de Filosofía de las Ciencias (La Plata, 1967-1976) y del doctorado en Economía de la UBA (1971-1976, 1991 hasta el presente). Es actualmente profesor de Filosofía de las Ciencias en la California State University (Los Angeles). Autor de Las teorías científicas (1977), Neoliberalismo y pseudociencia (1995) y Neoliberalismo globalizado (2003), a la vez que de más de sesenta artículos en su especialidad. E-mail: lorigomez@aol.com.

Félix Schuster dedicó parte de su investigación filosófica a la economía. Y lo hizo con lo que para nosotros fue una loable sensatez. Nuestro propósito en este merecido homenaje a su trayectoria intelectual es conjeturar que:

1. el ideal de una economía modelada sobre la metodología de la física nunca fue, ni pudo ser;
2. la versión real de dicha economía, tal como aparece en la obra de Hayek y su mentor epistemológico Popper, no

se adecuan a la que creemos es la postura de Schuster, siempre más cercana, en objetivos y métodos, a las propuestas de Marx. Creemos que Schuster coincidiría con nuestra afirmación de que tal concepción de la economía manifestada en las usuales versiones neoliberales de la misma, nunca debió ser.

La economía que nunca fue

Tal economía es el resultado de una lamentable confusión basada en una versión errónea de una física que nunca fue. Más claramente: todo fue consecuencia de una falsa analogía entre la economía y una mal comprendida física newtoniana. Se creyó, erróneamente, que tal física era un infalible instrumento de predicción sin tener en cuenta que su capacidad predictiva dependía de adoptar ciertas restricciones que no fueron tenidas en cuenta al modelar la economía sobre dicha física. Se imitó una física que nunca fue, dando lugar a una economía que nunca fue realmente exitosa porque no podía serlo debido a que estaba construida sobre una falsa analogía.

Los economistas procedieron sin percatarse de que dicha física newtoniana, al no poder resolver el problema de los tres cuerpos, adoptaba una enorme cláusula *ceteris paribus* según la cual todo acaecía como si la influencia de un tercer cuerpo, al explicar el movimiento de un cuerpo alrededor de otro considerado como centro del movimiento, fuera prescindible. Como en verdad no lo era, al considerar la influencia real de dicho tercer cuerpo se hacían correcciones para subsanar las obvias desviaciones del segundo cuerpo respecto de la órbita anticipada por el cálculo incluyendo la cláusula restrictiva.

Desde el punto de vista histórico, todo ello generó un grave problema a Newton, pues se puso de relieve que no se podía representar el movimiento real de todos los planetas del sistema solar en una única ecuación algebraica. Leibniz consideró ello como una limitación insalvable de la propuesta newtoniana, porque él exigía para mostrar la inteligibilidad del sistema y de su creador que el sistema debía desplegar las regularidades que observamos, cosa que no se logra si no se obtiene tal prueba formal para todos los planetas. La ley de gravitación daba cuenta, a lo sumo, del movimiento de un planeta por vez alrededor de un centro masivo. Si se introduce un tercer cuerpo (segundo planeta) las ecuaciones no son más solucionables algebraicamente.

En 1889, Henri Poincaré, en una brillante exhibición de manejo de toda la matemática de la época (*Sobre el problema de los tres cuerpos y las ecuaciones de la dinámica*), mostró que no había modo de resolver, usando incluso todos los recursos matemáticos disponibles, el problema de los tres cuerpos. Además, mostró que en un mundo donde muchos objetos se mueven libremente bajo atracción gravitatoria

pueden ocurrir colisiones críticas impredecibles. Por ende, en el mundo real de los movimientos físicos es imposible la predicción completa.

Nada de esto fue considerado por los economistas de la época. De ahí que la propuesta teórica económica con una predictividad analogizada sobre una supuesta predictividad irrestricta de la física estaba condenada al fracaso predictivo. Tal economía nunca fue lo que se esperaba de ella. Es que no podía serlo porque la física sobre la que se modeló nunca fue.

Este fue un error lamentable de la economía neoclásica y continúa siendo hoy en algunos círculos económicos un ideal predictivo que ahora sabemos que no se puede alcanzar. Va de suyo que todo lo señalado constituye otro episodio más de una larga y lamentable historia de intentos de reducción metodológica de las ciencias humanas a las naturales. La economía fue muchas veces un ejemplo paradigmático de tal fallido reduccionismo.

No debemos confundir la dificultad anterior con la imposibilidad de certeza en nuestras predicciones. Poincaré, entre otros, reconoce que todas nuestras predicciones en ciencias son meramente probables, aunque en ciertos casos, tal probabilidad puede ser considerada como “prácticamente equivalente a la certeza [pero] es solamente una probabilidad” (Poincaré, 1946: 341).

Ninguna ley, en opinión de Poincaré, será alguna vez algo más que aproximada y probable. Los científicos de todas las disciplinas nunca dejaron de reconocerlo. Es decir que esto es válido tanto para la física y la astronomía como para la economía. Poincaré agrega que el científico cree que toda ley puede ser reemplazada por otra más probable. En todos los casos, cada ley es solo provisional, pero el reemplazo por nuevas y más probables conjeturas puede ser siempre continuado indefinidamente, por lo que tal proceso se aproximará indefinidamente a la exactitud tanto como lo decida el científico. De ahí que Poincaré afirme que “todas las ciencias serían solo aplicaciones inconscientes del cálculo de probabilidades. Condenar a tal cálculo sería condenar a la totalidad de la ciencia” (Poincaré, 1946: 157). Por supuesto, la certeza queda descartada.

Dicha certeza, sería alcanzable en principio, si la naturaleza fuera esencialmente simple. Pero “esto es lo que no tenemos derecho a hacer” (Poincaré, 1946: 133). Por ejemplo, “la simplicidad de las leyes de Kepler es solo aparente. Esto no impide que sea aplicable muy cerca-namente a todo sistema análogo al sistema solar; pero impide que sea rigurosamente exacta” (Poincaré, 1946: 133).

Las predicciones de toda disciplina, independientemente del problema particular de los tres cuerpos, tendrán tal limitación ineludible, pero manejable, porque siempre es posible, en principio, asumir un determinado error según lo recomienden las circunstancias. En sentido estricto, ningún economista está violando pauta procedural alguna por operar

con predicciones de tal tipo. Además, es inevitable que tenga que proceder así, toda vez que pretenda obtener predicciones. Sin embargo, si analiza una situación económica analogizando el procedimiento newtoniano de ignorar la influencia de un tercer ítem comete un gravísimo pecado de omisión que le conducirá a predicciones groseramente erróneas no mejorables por la propuesta de nuevas leyes si es que se continúa procediendo como si el tercer ítem fuera irrelevante.

Otra limitación ineludible de toda ciencia es relativa a la construcción de modelos. Ninguno de ellos puede ser reproducción fiel de la situación modelada. Por ende, toda hipótesis o ley de tal modelo es siempre aproximada. Pero, otra vez, tal aproximación es siempre, en principio mejorable, con el correspondiente progreso en la capacidad representativa y predictiva de las hipótesis o leyes del modelo. Tal limitación es, nuevamente, de un orden por completo diferente a la dificultad planteada por el problema de los tres cuerpos. Este último remite a una analogía con una física que nunca fue, mientras que aquella es parte ineludible de toda ciencia, sea la física, la astronomía o la economía.

Economía sin paralelismo predictivo con la física

Sin embargo, cabe aclarar que no todo enfoque o gran aproximación teórica a la economía asumió el paralelismo con la física. Un ejemplo notable de ello lo constituyó la escuela austriaca y, en particular, su más famoso representante, Hayek, quien en sus estudios sobre filosofía, política y ciencia de 1967, enfatizó la imposibilidad de lograr en economía el tipo de predicción propio de las ciencias exactas.

De acuerdo con Hayek, los fenómenos económicos tienen un grado de complejidad distinto al de los fenómenos físicos. Por ello, lo que podemos predecir no son hechos singulares, sino patrones de hechos. Así, el sistema de las ecuaciones simultáneas que Leo Walras —uno de los más importantes matemáticos de la versión neoclásica de la economía— utilizó para establecer las relaciones generales entre precios, por una parte, y las cantidades de mercancías vendidas y compradas, por otra, no permite predecir precios específicos; solo nos permite predecir un cierto patrón de hechos. Además, la predicción de un cierto patrón como “si supiéramos todos los parámetros en las ecuaciones de Walras, podríamos conocer los precios” depende de ciertos supuestos como “la mayoría de la gente se involucra en el comercio para obtener un ingreso”, “la gente prefiere un ingreso alto a uno bajo” y “la gente no está impedida de comerciar”. Estos supuestos determinan el rango de las variables, pero no determinan los valores particulares de las mismas.

Esta suerte de complejidad inevitable de los fenómenos sociales impide hablar, según Hayek, de reducibilidad de tales ciencias a la física. Aunque el método para todas ellas es análogo (de conjeturas y

refutaciones), lo que ha de variar debido a los distintos grados de complejidad de los fenómenos estudiados, es lo que se puede lograr en ellas. Mientras en algunas será posible la predicción de hechos singulares, en otras solo se logrará la anticipación de la recurrencia de ciertos patrones de hechos.

Hayek concluye que “en lugar de predicción es mejor hablar de *orientación*. No podemos predecir eventos singulares, pero nos podemos orientar a nosotros mismos. Tendremos poco poder de control en los desarrollos futuros, pero nuestro conocimiento de qué tipos de fenómenos pueden ser esperados y qué tipos pueden no serlo nos ayudarán a hacer nuestra acción más efectiva”. Y agrega que “nosotros podemos hablar de *cultivación*, en el sentido en que un granjero cultiva sus plantas, en tanto y en cuanto él solo puede controlar algunas de las circunstancias determinantes, pero no todas” (Hayek, 1967: 42).

Hayek enfatiza que, en consecuencia, al pagar un precio en predictibilidad se ha de pagar ineludiblemente también un precio en falsabilidad. Las hipótesis utilizadas para anticipar devienen menos falsables. Por lo tanto, no podemos proponer ni experiencia ni experimentos cruciales para decidir entre teorías competitivas. Esto no sucede porque estamos tratando con ciencias inmaduras, sino porque la naturaleza de los fenómenos bajo estudio así lo determina. Cuanto más conozcamos la complejidad de los fenómenos estudiados, más nos vamos a convencer de que tenemos que hacer concesiones a la falsabilidad de nuestra hipótesis y de que para poder manejar la complejidad tengamos que usar modelos formales simplificadores.

Pero la falsabilidad es un requisito demarcador sagrado para alguien como Hayek, que afirmó: “He derivado mi posición epistemológica y muchas ideas de los trabajos de Popper”. La economía pues, en sentido estricto, nunca fue falsable del modo no ambiguo en que lo fueron, siempre para Popper y Hayek, las ciencias físicas.

Algo análogo sucede con el otro autor mayor del neoliberalismo. De acuerdo con Friedman, lo que el economista puede hacer cuando la evidencia empírica es falsadora, es reducir el dominio de aplicabilidad de la hipótesis y teoría con evidencia falsadora¹. En tal caso, la hipótesis o teoría podrá mantenerse porque las consecuencias falsadoras quedarían fuera del nuevo dominio de aplicabilidad. Esta estrategia, independientemente de ser honesta respecto de la práctica real de los economistas neoliberales, lleva al extremo la tesis hayekiana de la disminución de la falsabilidad de las hipótesis o teorías en economía.

Para hacer tal reducción de dominio de aplicabilidad, no hay algoritmo decisorio alguno. Friedman recomienda que, en tales casos, debemos

1. Ver, por ejemplo, Friedman (1968).

confiar en la opinión de los expertos, quienes, por supuesto, recomendarán algo en función de los presupuestos y valores que ellos sostengan en tanto expertos. Visualizamos ahora otro rasgo de una economía que nunca fue. Jamás ella procedió, porque no pudo hacerlo, para la aceptación o rechazo de sus hipótesis o teorías recurriendo exclusivamente a un mero algoritmo en términos de buena lógica y confiable evidencia empírica.

Pero, entonces, hay algo más importante que la economía nunca fue, algo que Toulmin también reconoce².

Economía y valores

La economía nunca fue valorativamente neutra. Ni pudo serlo. Como hemos señalado en diversas ocasiones, ello se debe especialmente a que todo discurso económico asume una serie de presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos que hace que ciertos sistemas de valores sean constitutivos de dichos discursos³. Así, por ejemplo, la economía neoliberal presupone la validez infaltable del principio de racionalidad económica, que el mercado es el locus supremo de dicha racionalidad, que la libertad es el valor supremo a respetar, etc. Todo ello permea las decisiones económicas, especialmente en el contexto de justificación, y hace ineludible la presencia de valores.

En esta oportunidad preferimos, al respecto, concentrarnos en otros autores. Toulmin enfatiza que toda decisión en el ámbito de la aceptación o rechazo de hipótesis y teorías económicas, así como la evaluación de futuribles alternativos (al ser imposible la predicción rigurosa de un único futuro), involucra siempre un componente situacional abarcando intereses y conflictos jamás insoslayables. Por eso, lo mejor que podemos hacer a menudo es manejar la situación de modo que ayude a moderar los conflictos involucrados sin agregar nuevas dificultades.

Ello pone de relieve que en economía es imposible el distanciamiento total que exige la noción clásica de objetividad, hoy ya en crisis. Lo que debemos considerar, en cambio, es la necesidad de la toma de conciencia de los intereses involucrados, así como de los valores utilizados en las tomas de decisión para lograr así una más abierta, honesta y no utópica objetividad. De ahí que Toulmin afirme que “en las ciencias sociales como en todo otro lugar, el problema de alcanzar la objetividad

2. Toulmin afirma que “las ciencias humanas pueden avanzar en esta alternativa [opuesta a aquellas al estilo de Hayek, Friedman, Popper] [...] solo si [...] abandonan el mito de la ciencia *valorativamente neutra*” (2001: 106).

3. Ver, por ejemplo, Gómez (2003), especialmente capítulo V.

es el de aprender cómo contrarrestar nuestros propios sesgamientos y distorsiones. Ello requiere explicitar los intereses y valores que traemos a nuestra investigación”. Como consecuencia, “imparcialidad y objetividad son normas generales que pueden adquirir fuerza específica en la práctica, solamente cuando se las entiende como corporizadas en clases particulares de situaciones y casos” (Toulmin, 2001: 96)⁴.

Por lo tanto, la carga valorativa ineludible presente en toda decisión relativa a la economía, no impide la objetividad, ahora entendida en sentido práctico, realista. Ello, por supuesto, abarca también los juicios de *buenos* o *malos* resultados económicos, metas u objetivos a alcanzar y juicios globales acerca de grupos o de la sociedad como un todo (grupo, institución o sociedad que funciona bien o funciona mal). En vez de poder predecir un futuro como ineludible, es posible discutir los futuros que podemos, en principio, llegar a realizar. Podremos así tratar de hacer lo mejor posible para crear las condiciones que nos ayuden a movernos en una mejor dirección en lugar de adoptar peores alternativas.

En el lenguaje de Toulmin, cuando queremos que la Razón funcione adecuadamente en el ámbito de lo práctico tomando en cuenta la situación en que se opera, su historia y las peculiaridades de los agentes intervinientes, debemos pasar de una versión racional (rigurosa, formal, ineluctable) a una razonable de la situación. Esta es justamente la apelación necesaria a la opinión del experto de la que hablaba Friedman. Esta razonabilidad es la que exige un lugar imprescindible para la *prudencia*, la cual involucra necesariamente el evitar la pedantería de suponer que las decisiones acerca de conductas de agentes humanos son predecibles de la misma manera y con el mismo rigor que la de la marcha de los planetas, con la consiguiente imprudencia de suponer que las decisiones en tal ámbito están guiadas por algoritmos formales aplicables mecánicamente como guías de decisiones necesarias, únicas e inmejorables.

Más claramente: la exigencia de que las ciencias sociales, como la economía, sean objetivas no acarrea que sean valorativamente neutras y, por ende, no implica que toda consideración ética sea dejada de lado. La racionalidad-razonabilidad operante en economía tiene pues una inseparable dimensión ético-práctica. Esto queda enfatizado porque, tal como ha señalado el premio nobel de economía, A. Sen, existe una

4. Allí se afirma, además, que “las abstracciones involucradas en física, por las cuales Mercurio, Venus y Marte, son recharacterizados con propósitos calculativos ‘cuerpos moviéndose libremente atraídos por un centro pesado de fuerza’, son una fuente de gran parte del poder intelectual de la física, pero las interacciones típicas y concretas de los asuntos humanos resisten en gran medida tal tipo de abstracción. Allí estamos operando con individuos en lugar de clases, y las diferencias entre esos individuos frustra la generalización” (2001: 163).

relación recíproca entre racionalidad y libertad⁵. Por una parte, el concepto de elección razonada adquiere un rol crucial en el concepto de libertad. Por otra parte, racionalidad depende de libertad, porque sin algún tipo de libertad de elección, la idea de “elección racional” sería vacua. Además, el concepto de racionalidad debe acomodar la diversidad de razones que pueden determinar una elección.

El concepto de autointerés y la reducción de decisión racional a la maximización del mismo disocia a la conducta individual de valores y ética, porque elimina toda otra razón para elegir (disminuye libertad y distorsiona la racionalidad). Además, es también distorsionador en relación con la predicción pues en muchísimas acciones prestamos, de hecho, atención a las exigencias de la cooperación.

La racionalidad científica de la que habla Sen involucra, así, la exigencia del autoescrutinio razonado de nuestros objetivos y valores. No es como la racionalidad propia de la economía neoclásica y neoliberal una racionalidad limitada por reducción a una mera racionalidad instrumental calculadora. No acepta, sin discusión razonada, objetivos prefijados incluso por tradición. Ella puede permitir el reconocimiento de objetivos que no son reducidos al propio bienestar. Dicha razón se usa, pues, no solo para proseguir racionalmente determinados objetivos y valores, sino también para investigar y criticar los objetivos y valores mismos. Como corolario, forma parte de tal racionalidad el uso de tales valores y objetivos aceptados tras discusión crítica para hacer elecciones sistemáticas.

En síntesis: la economía nunca fue economía meramente descriptiva. Es decir, nunca fue lo que los maestros y epígonos de la economía neoclásica y neoliberal pretendieron hacer creer, una ciencia que para ser tal debía ser valorativamente neutra. Por el contrario, toda economía, en tanto ciencia acerca de agentes humanos actuando en libertad y utilizando razones para elegir entre objetivos y para decidir entre medios para alcanzarlos, lleva preñada en sí una dimensión práctica que la hace desde el vamos y desde siempre fundamentalmente normativa.

La economía que nunca debió ser

Como ya anticipamos, creemos que Schuster estaría de acuerdo con nuestra tesis sobre la economía que nunca fue y que nunca pudo ser por las razones apuntadas, además porque quedó empíricamente refutada por su fracaso en cumplir con la promesa de hacer posible una vida mejor para la mayoría de los hombres y porque desdeñó explícitamente

5. Ver Sen (2002).

valores como justicia social, además de negar responsabilidad moral alguna por las consecuencias éticas nefastas como las del aumento de la pobreza y de la distancia entre los más ricos y los más pobres en todo lugar donde era aplicada.

Asimismo, conjeturamos especialmente que Schuster afirmarí­a que tal economí­a nunca debió ser porque se oponí­a a toda forma de economí­a de corte marxista, a partir de una lamentablemente distorsionadora interpretaci3n de Marx.

Para mostrar la plausibilidad de esta conjetura, propondremos c3mo Schuster contestarí­a a las afirmaciones de Popper acerca de dos cuestiones centrales vinculadas tanto a la economí­a como a las tesis de Marx al respecto: la predicci3n en ciencias sociales y el rol del m3todo dial3ctico en economí­a.

Imaginemos pues un posible di3logo entre Popper (P) y Schuster (S) tal como nosotros pensamos que este le responderí­a a aquel acerca de dichas cuestiones.

P: “Muchos de mis colegas racionalistas son marxistas. Se sienten atraídos por el marxismo especialmente porque adopta el m3todo de predicci3n que practican las ciencias naturales [...] En consecuencia, tratar3 de mostrar que tal afirmaci3n no tiene justificaci3n y que el tipo de profecías que el marxismo ofrece son en relaci3n con su car3cter l3gico m3s emparentadas con las del *Antiguo Testamento* que con aquellas de la fí­sica” (Popper, 1968: 337).

S: Por una parte, en oposici3n a los colegas marxistas de Popper, la economí­a polít­ica marxista no pretende hacer predicci3nes. El supuesto err3neo de Popper al respecto es creer que Marx confundió leyes y tendencias, algo que Popper afirm3 explícitamente en *La miseria del historicismo* (1957). Sin embargo, Marx jam3s lo hizo tal como lo muestra su afirmaci3n de que “siempre pueden operar contrainfluencias [...] cancelando el efecto de la ley general y d3ndole simplemente el car3cter de una tendencia” (1967). No hay, seg3n Marx, leyes suprahist3ricas, por lo que no hay tampoco predicci3nes que vayan m3s all3 de un determinado modo de producci3n; e incluso para el modo de producci3n capitalista, porque las leyes siempre operan como tendencias. Uno de los objetivos centrales es relacionar las tendencias inherentes a una cosa a su naturaleza esencial. Aquí­ es donde la dial3ctica tiene el rol central de mostrar c3mo a partir del car3cter de un í­tem (por ejemplo, de la contradicci3n entre valor de uso y valor de cambio í­nsita en una mercancía), es posible derivar todas las contradicci3nes exhibiendo que la entidad que se nos aparece (la mercancía) es dial3cticamente contradictoria. Tal como yo seńal3: “el reconocimiento de las categorías econ3micas b3sicas [por ejemplo, mercancía] se realiza en el primer estadio del proceso cognoscitivo

(de lo concreto a lo abstracto) [...] y de allí se deducen las diferentes categorías (desarrollando este pasaje mediante la dialéctica) pasándose ahora de lo abstracto a lo concreto” (Schuster, 1992: 82). Marx, contra lo que afirma Popper, nunca sostuvo que “sería posible predecir revoluciones como lo es predecir eclipses” (Popper, 1968: 338). Por otra parte, las profecías, de acuerdo con Popper, operan como anticipaciones incondicionales, o sea, como predicciones que han de acaecer incondicionalmente. En tanto Marx, no aceptó predicciones exactas, mucho menos pudo haber aceptado predicciones incondicionales. Por lo tanto, ni es cierto que Marx realizó profecías, ni que debido a su supuesto carácter profético, los enunciados de Marx se parecen a los del *Antiguo Testamento*.

- P:** “Las ciencias sociales [para los historicistas como Marx] estudian la conducta de totalidades sociales tales como grupos, naciones, clases, civilizaciones, etc. Estas totalidades sociales son concebidas como los objetos empíricos que estudian las ciencias sociales [...] No es verdad que nombres como el de clase media refieren a alguno de dichos grupos empíricos” (Popper, 1968: 341).
- S:** El holismo de Marx no consiste en su aceptación de nuevas totalidades (empíricas o no) postuladas más allá de los individuos que las componen. El holismo de Marx tiene que ver con conjuntos de individuos socialmente interrelacionados, para descubrir las contradicciones que constituyen el principio motor de sus desarrollos. Tal como cuando afirmé que “Marx emplea el método dialéctico para poner en evidencia las relaciones internas y contradictorias [de esa totalidad llamada] el sistema económico capitalista [...] revela el modo del crecimiento del sistema (desarrollando el pasaje de unas categorías a otras)” (Schuster, 1992: 90). Hay pues en Marx una fuerte propuesta realista: las categorías económicas y el orden de su desarrollo “expresa el contenido del sistema y su modo de organización interna, es decir, sus leyes. El orden de las categorías reproduce el orden mismo del sistema económico analizado” (Schuster, 1992: 83). En consecuencia, la dialéctica marxista involucra una ontología no atomista de acuerdo con la cual las entidades son complejos de opuestos cuyas contradicciones internas se resuelven solo a través de un proceso dialéctico. Cada una de dichas entidades (o complejos simples) están conectadas de determinadas maneras solo en relación con los complejos más amplios de los que forman parte. O sea que las formas que pueden estar presentes en dichos desarrollos no tienen existencia fuera de los mismos, de modo análogo al que los individuos miembros de esas totalidades son lo que son, no anteriormente a, sino debido a las relaciones que los ligan

entre sí y a la totalidad. En consecuencia, el holismo marxista está muy lejos tanto del atomismo individualista (presupuesto por el individualismo metodológico de Popper) como del idealismo que concibe a las leyes de la realidad como impuestas por la mente a la misma.

P: “Pero esta exigencia [holismo] puede fácilmente dar lugar a otra concepción errónea [...] que puede ser descripta como la ‘teoría conspirativa de la sociedad’. Es la postura según la cual sea lo que acaezca en la sociedad, incluyendo a las cosas que en general la gente no gusta [...] son el resultado del diseño directo de algunos individuos o grupos poderosos” (Popper, 1968: 341).

S: Marx nunca suscribió a alguna teoría conspirativa de la sociedad. Marx jamás se refirió a fundamentos subjetivos tales como el “diseño” de algún grupo rector. Su versión no fue en términos de ‘buenos’ versus ‘malos’; los fundamentos últimos eran siempre, según él, estructurales y objetivos.

P: “Estoy convencido de que estos fines [humanitarios] no pueden ser alcanzados por métodos revolucionarios. Por el contrario, estoy convencido de que estos solo pueden empeorar las cosas —ellos aumentarán el sufrimiento innecesario, conducirán a más y más violencia, y destruirán la libertad [...]” (Popper, 1968: 343).

S: La cita anterior es un caso paradigmático de extremismo filosófico. ¿Empeoran las cosas siempre las revoluciones? ¿Conducen ellas necesariamente a la destrucción de la libertad? La respuesta dada por la historia política de los pueblos a ambas preguntas es rotundamente negativa. Las revoluciones son siempre el último recurso para terminar con un sufrimiento ya imposible de soportar y, en un gran número de casos, ocurrieron para lograr o restaurar la libertad. Popper también ha dicho que “una revolución es susceptible de reemplazar viejos amos con nuevos amos, pero entonces ¿quién garantiza que los nuevos han de ser mejores?” (1968: 344). La respuesta es sencilla: las revoluciones usualmente tienen lugar porque las personas han llegado a convencerse de que no puede haber nada peor que los viejos amos; además, si se aplicara universalmente la pregunta-objeción de Popper, el resultado sería la eterna preservación del statu quo.

P: “A los marxistas se les ha enseñado a pensar en términos de clases, y no de instituciones” (Popper, 1968: 346).

S: Este es otro grueso error de interpretación por parte de Popper. Desde Marx en adelante, los marxistas han discutido las instituciones. Pero, de acuerdo con ellos, las instituciones siempre corporizan y representan intereses de clase. Es cuestión de moverse a

un nivel más profundo de análisis, más allá de la mera superficie institucional de una determinada sociedad.

- P:** “[...] Puede mostrarse fácilmente que si hubiéramos de aceptar contradicciones, tendríamos que abandonar todo tipo de actividad científica [...] Esto puede ser probado mostrando que si se admiten dos enunciados contradictorios, debe ser admitido cualquier enunciado” (Popper, 1968: 312-335).
- S:** Es difícil imaginar un error más elemental acerca de la dialéctica que el cometido por Popper en la última cita tomada justamente de su trabajo *¿Qué es la dialéctica?* Es verdad que, de acuerdo con la lógica formal estándar, una contradicción implica cualquier otra proposición. Sin embargo, este no es el caso con la dialéctica, que no es formal, ni está regida por las mismas pautas que las de la lógica estándar. Popper parece asumir que las contradicciones dialécticas deben seguir las mismas leyes que las de la lógica estándar. Al hacerlo, distorsiona el carácter propio y distintivo de la dialéctica.

Popper creía que su crítica al historicismo, en la que utiliza argumentos análogos a los anteriores, “destruye completamente al marxismo en sus pretensiones de cientificidad” (1968: 343). Creemos que Schuster en su imaginario diálogo con Popper ha mostrado que ello no es así porque su ataque a Marx está basado en fuertes malentendidos y distorsiones de la posición de Marx.

Por supuesto, Schuster ha ido mucho más allá de lo poco discutido en este trabajo acerca de Marx y la dialéctica; pero como dicen que “para muestra basta un botón”, solo nos queda esperar que lo hayamos elegido bien.

Referencias bibliográficas

- FRIEDMAN, Milton. 1968. “The Methodology of Positive Economics” en Brodbeck, M. (ed.) *Readings in the Philosophy of the Social Sciences* (Nueva York-Londres: Macmillan-Collier).
- GOMEZ, Ricardo. 2003. *Neoliberalismo Globalizado. Refutación y Debaque* (Buenos Aires: Ediciones Macchi).
- HAYEK, Friedrich. 1967 *Studies in Philosophy, Politics and Science* (Chicago: University of Chicago Press).
- LEIBNIZ, Gottfried Wilhelm. 1995. *Philosophical Writings* (Londres: J. M. Dent).

- MARX, Karl. 1967. *El Capital* (Nueva York: International Publishers) Vol. 2.
- NEWTON, Isaac. 1934. (1687) *Mathematical Principles of Natural Philosophy* (Berkeley, CA: University of California Press).
- POINCARÉ, Henri. 1946. *The Foundations of Science* (Lancaster, PA: The Science Press).
- POPPER, Karl. 1968. *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge* (Nueva York: Harper Torchbooks).
- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1992. *El método en las ciencias sociales* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- SEN, Amartya. 2002. *Rationality and Freedom* (Cambridge, Mass.-Londres: The Belknap Press of Harvard University Press).
- TOULMIN, Stephen. 2001. *Return to Reason* (Cambridge, Mass.-Londres: Harvard University Press).



El pluralismo metodológico de Schuster y la crítica al método de Feyerabend

Jorge Vergara Estévez

*Jorge Vergara Estévez es doctor en Filosofía de la Universidad de París VIII, profesor de Epistemología de las Ciencias Sociales del doctorado de Ciencias Sociales y magíster de Educación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Miembro del Grupo de Filosofía Política de CLACSO. Fue, además, coordinador de la Comisión de Epistemología y Política de CLACSO.
E-mail: vergaraestevez@gmail.com.*

La situación contemporánea y la crítica de las ciencias

El propósito principal de este artículo es destacar el aporte de Félix Schuster a la reflexión epistemológica, especialmente, la referida a los problemas del método en las ciencias sociales en América Latina, y de su propuesta de “pluralismo metodológico”. Este análisis se realiza en comparación con el anarquismo epistemológico de Feyerabend, el cual se justifica que se ha interpretado, inadecua-

damente, la postura de Feyerabend como un “pluralismo metodológico”. Se muestra que son dos diferentes posturas epistemológicas innovadoras, relacionadas con la situación de las ciencias en los contextos sociales de cada uno de estos teóricos, y responden a intereses cognitivos diferentes. Por ello, su análisis puede ser un aporte al estudio de la relación entre ciencia y sociedad en el contexto del Norte y de América Latina.

En las últimas décadas se ha producido una situación, podría decirse doblemente paradójica. Por una parte, se han planteado un conjunto significativo de críticas a las ciencias, especialmente a las sociales, pero también a las naturales, las cuales no se refieren solo a algunas teorías científicas, métodos y modos de concebir las ciencias sociales, sino que se cuestiona el conocimiento científico, su relación con la práctica, la filosofía, su método y su papel dentro de la sociedad, entre otros aspectos. Y este conjunto de cuestionamiento es tal vez el más radical que se ha producido en la modernidad. Esto resulta paradójico si se considera que la ciencia es el saber de la modernidad. Los principales autores de este cuestionamiento han sido Habermas, Foucault, Feyerabend y Hinkelammert, desde mediados de los sesenta hasta ahora.

Desde los inicios de la modernidad, se han formulado críticas al conocimiento científico desde sectores conservadores de teólogos, filósofos, escritores, entre otros. Sin embargo, los autores mencionados provienen de la filosofía crítica, de las ciencias y han hecho aportes teóricos importantes a su desarrollo. En ese sentido, podríamos considerarlo un proceso de autorreflexión crítica desde las mismas ciencias¹.

Por otra parte, este proceso intelectual se produce, paralelamente, a una eclosión de las ciencias, especialmente de las naturales, una revolución del conocimiento científico que ha hecho posible, desde los ochenta, una nueva “revolución tecnológica”, en la cual se combinan y potencian la tecnología electrónica, la informática, la robótica, los nuevos materiales y la bioingeniería y las neurociencias². Asimismo, se ha producido un importante desarrollo y refinamiento de los diversos métodos en las ciencias sociales, tanto en las modalidades cuantitativas como cualitativas, así como en las metodologías especiales de cada ciencia.

1. Ver Vergara Estévez, Jorge, “La crítica de las ciencias y la modernidad” en las *Actas del II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía* de San Juan, próxima publicación.

2. A esta nueva revolución tecnológica se le conoce como “la tercera revolución tecnológica”, constituida por innovaciones de tecnologías “duras” y “blandas”. Las primeras son la microelectrónica, la informática, la robótica, etc. Entre las blandas puede mencionarse: la biogenética, láser, bioquímica, etc. Cf., asimismo, Carl Mitcham y Marcos García de la Huerta (2001).

Anteriormente, como lo ha señalado Feyerabend, los críticos sociales más radicales siempre excluyeron a la ciencia de sus cuestionamientos. El caso de Marx es paradigmático. En su etapa de madurez, realizó una compleja y profunda crítica a la sociedad capitalista, mediante la “crítica a la economía política”, desde la obra que lleva ese nombre, en los *Grundrisse*, *La historia crítica de la teoría de la plusvalía* y *El Capital*, todos los cuales son “críticas de la economía política”, como señala el subtítulo de esta última obra. Este cuestionamiento se refiere, básicamente, a las pretensiones de validez de la economía política clásica, a su capacidad de explicar el valor económico, la plusvalía y otros temas centrales. A la vez, propone la construcción de una nueva ciencia crítica de carácter dialéctico, la cual fue descrita en los *Grundrisse* (Marx, 1971) y desarrollada en esa obra y en *El Capital*. Asimismo, criticó lo que denominó “la ideología”, es decir, los discursos que, invocando la autoridad de las teorías científicas, solo pretenden justificar el sistema económico-social capitalista y ocultar sus contradicciones. Sin embargo, para Marx la ciencia es crítica de las apariencias y es verdadero conocimiento de carácter histórico, que logra formular leyes generales que permiten explicar una diversidad de fenómenos³.

Los cuestionamientos sobre la ciencia forman parte del desarrollo del pensamiento crítico de las últimas décadas, que ha puesto en cuestión la sociedad contemporánea en sus diversas instituciones, subsistemas y aspectos. En los 60 y 70 había una imagen idealizada de la ciencia, heredera de las ilusiones positivistas de que la ciencia produciría no solo al bienestar de todos⁴, sino también haría posible una existencia social más armónica y racional. Aún Popper creía posible superar la irracionalidad en política, mediante una política científica, basada en el conocimiento científico social. Esta “ingeniería social gradual”, proporcionaría los criterios de discernimiento de lo que era posible e imposible en política (Popper, 1963). Estas creencias y expectativas sobre los efectos beneficiosos del conocimiento social estaban potenciadas por los éxitos tecnológicos del fordismo y de la automatización. Los críticos mencionados, Habermas, Foucault, Feyerabend y Hinkelammert, redescubren la dimensión del poder de la ciencia, o la ciencia como una forma de poder, pero no al modo que creía la Ilustración como la expresión de progreso de la humanidad⁵, o un poder puesto al servicio de los intereses generales de la humanidad o de las sociedades, sino como

3. Ver: Marx (1945).

4. Aun Marcuse (1967) creyó posible que, gracias a la ciencia y tecnología, se pudiera realizar la utopía de una humanidad que superará el hambre y la pobreza.

5. Ya Rousseau (1964) cuestionó la idea de la superioridad de los modernos, basada en el desarrollo de la ciencia y de las incipientes tecnologías del siglo XVIII.

forma de poder, el cual mediante las tecnologías, acrecienta el poder de los Estados y de las minorías dominantes, a la vez que produce consecuencias negativas inesperadas e indeseables.

La crítica de la ciencia de Feyerabend

La figura de Feyerabend es aún muy controvertida, aunque su primera obra crítica, *Contra el método*, fue publicada hace casi cuarenta años, en 1970. Ha sido llamado “el destructor de la ciencia”, y sus obras son consideradas polémicos y perjudiciales “textos de batalla”⁶. La crítica a la ciencia de Feyerabend tiene una significación especial, pues constituye un cuestionamiento radical a la idea de que existe un método científico, como un conjunto de reglas necesarias y de validez intersubjetiva que permitiría alcanzar el descubrimiento científico, y elaborar los conceptos de las ciencias naturales. El autor define su postura como “anarquismo epistemológico”. Este contiene dos principios, uno implícito, que es el principal del pensamiento anarquista que considera que toda forma de institucionalidad y toda norma son opresivas y un obstáculo para la libertad humana; el otro supone que si los seres humanos pudieran buscar y explorar en cualquier área, libres de las normas y los marcos institucionales, se potenciaría su creatividad. Si ambos principios fueran verdaderos se justificaría la rebelión para terminar contra las normas y las instituciones para hacer florecer al hombre libre (Hinkelammert, 1984). Feyerabend es consecuente con la postura anarquista, aunque la limita solo al ámbito epistemológico. No obstante, es dudoso que se pueda realizar dicha delimitación, más aún cuando, en obras posteriores (Feyerabend, 1984: 67), propone un control social democrático de la ciencia. Un anarquista consecuente, aunque sea solo epistemológico, no podría confiar en un sistema institucional de gobierno, aunque sea la democracia.

La crítica del método de Feyerabend cuestiona uno de los consensos centrales de la ciencia, desde Bacon y Descartes: el carácter metódico del conocimiento científico, la existencia de un conjunto de supuestos ontológicos, y de procedimientos para producir socialmente conocimiento científico. “La idea de un método preciso y común a las ciencias adviene con la modernidad. Recordemos que Aristóteles en su *Metafísica* y en

6. Klimovsky, incluso, llega a “inferir” que Lakatos murió por el impacto que le habría producido *Contra el método*: “Este libro es terminante y provocativo, quizá porque fue concebido como un polémico ‘texto de batalla’ no solo para discutir sino para irritar al contendor, de lo cual se podría inferir que fue a causa de él que Lakatos murió” (Klimovsky, 1994: 380).

otros tantos escritos no se cansó nunca de repetir que no existe un único método correcto en las ciencias, y mucho menos que el hipotético-deductivo sea el superior o más científico, sino que es el objeto de una ciencia el que determina el método apropiado o correcto en dicha disciplina”⁷. Feyerabend no solo cuestiona la tesis popperiana de la existencia de una “lógica de la investigación científica”, y el método hipotético-deductivo de Popper, sino a la idea misma de la existencia de uno o varios métodos comunes, necesarios para todas las ciencias naturales, incluyendo las especificidades de cada una de ellas.

La argumentación del autor se basa en el análisis de episodios claves de la historia de la ciencia. Según señala, los grandes científicos no han seguido, rigurosamente, ninguno de los métodos preestablecidos, sino que han elaborado sus propios métodos personales a partir de sus intuiciones, creencias, prejuicios y preferencias. Han sido, frecuentemente, “oportunistas epistemológicos”, como dice Einstein, en una carta citada por Feyerabend. Más aún, señala que no hay ninguna regla que no haya sido quebrada, y esas transgresiones han sido necesarias para realizar nuevos y relevantes descubrimientos.

Asimismo, Feyerabend señala que las grandes teorías, como la de Newton, nunca han coincidido con observaciones precisas, contrariamente a lo que creyeron Kant y Popper. Tales “anomalías”, como diría Kuhn, han sido ignoradas, porque se valora en demasía la coherencia de dichas teorías, o bien se crean hipótesis ad hoc para intentar explicarlas. Sostiene que la idea de un método fijo, o de una teoría fija de la racionalidad, se basa en una imagen demasiado simple del hombre y sus circunstancias sociales.

La idea de un método que contenga principios firmes, inalterables y absolutamente obligatorios que rijan el quehacer científico tropieza con dificultades considerables al ser confrontada con los resultados de la investigación histórica. Es más, no hay una sola regla, por plausible que sea y por firmemente basada que esté en la epistemología, que no sea infringida en una ocasión o en otra⁸.

Más aún, sostiene, los grandes investigadores también han empleado procedimientos “contrainductivos”, es decir, han introducido en las argumentaciones y en la elaboración de sus teorías, hipótesis inconsistentes con ellas, o con hechos bien establecidos. Esto se justifica, según dicen, porque existen teorías en las que la información necesaria para contrastarlas con la realidad solo se patentiza a la luz de otras teorías contradictorias con la primera. Sin embargo, la educación científica

7. Flores, Alberto, “El anarquismo epistemológico de Paul Feyerabend” en http://www.robertexto.com/archivo9/anarq_epist_feye.htm (consultado el 03/06/2008)

8. Citado por Flores, Alberto, “El anarquismo epistemológico de Paul Feyerabend”.

sigue insistiendo en formar a los nuevos investigadores en las ilusiones de un método general, y en el aprendizaje de una “actitud científica” abstracta que consiste en poner entre paréntesis, abstraer sus convicciones, sus conocimientos culturales, su propia personalidad y preferencias. Asume una postura crítico-normativa para potenciar nuevos descubrimientos y elaborar innovadoras teorías. Convoca a los científicos a liberarse de la ilusión de la existencia de métodos generales, y a construir sus propios métodos, de acuerdo con su objeto de estudio y su propia individualidad intelectual y cultural. “Feyerabend postula y defiende el libre acceso del individuo a todas las opciones posibles (tradicionales o contemporáneas, absurdas o racionales, emotivas o intelectuales) para alcanzar el conocimiento”⁹. En este sentido, no podría decirse que esté proponiendo un “pluralismo metodológico”, que supone la aceptación de la existencia de métodos comunes o generales. Esta postura —como se expondrá en la epistemología de Schuster—, responde a la pregunta distinta sobre la unidad o diversidad de métodos válidos en la ciencia, y no a la cuestión si existen uno o varios métodos de uso común y general en la investigación científica. Asimismo, convoca a los científicos naturales a asumir una actitud de crítica frente a las teorías existentes, frente al “edificio sólido, bien definido y espléndido erigido por el entendimiento” científico. Hace suya la crítica de Hegel a la fijeza y solidificación que tienden a adquirir toda conceptualización y teoría, su crítica del entendimiento y señala que “cada refutación victoriosa, al abrir camino a un sistema de categorías nuevo, devuelve temporalmente a la mente la libertad y espontaneidad que son sus principios esenciales” (Feyerabend, 1974: 32).

Se trata de una postura diametralmente opuesta a la de Kuhn, quien describió la racionalización y burocratización de los institutos de investigación científica de ciencias naturales, insistiendo que los científicos verdaderamente creativos son y no pueden sino ser una minoría muy pequeña, que solo tiene relevancia en los períodos de crisis y creación de nuevos paradigmas. Asevera que la mayoría de los científicos —en las fases de ciencia normal—, realiza un trabajo cooperativo de desarrollo y perfeccionamiento del paradigma vigente. “El profesional de una ciencia madura, desde el principio de la investigación para su doctorado, continúa trabajando en las regiones a las cuales parecen adaptarse los paradigmas provenientes de su educación y de las investigaciones de sus contemporáneos. Es decir, trata de dilucidar detalles topográficos sobre un mapa cuyas líneas ya existen” (Kuhn, 1982: 282).

9. “Paul Feyerabend” en http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/ciencia/volumen3/ciencia3/161/html/sec_53.html (consultado el 07/02/2008).

Esta descripción nos recuerda las de Weber sobre las organizaciones burocráticas, en las cuales cada uno de sus miembros se asemeja a una pequeña pieza de un gran mecanismo, y su aspiración es ser una pieza un poco más grande.

La crítica de Feyerabend se dirige contra toda forma de racionalismo, sea el logicismo popperiano, como las teorías de Kuhn y Lakatos que creen haber descubierto una “lógica” en el proceso histórico, según la cual las ciencias se organizan como paradigmas o programas de investigación, los que son reemplazados cuando se producen ciertas situaciones típicas de crisis. Al parecer, Feyerabend asumió la idea popperiana de que la historia, incluida la historia de las ciencias, no tiene ningún sentido ni orientación; no existen “leyes” de la historia de la ciencia, sino que los descubrimientos son acontecimientos ligados a las condiciones históricas, circunstancias culturales específicas y a la creatividad e idiosincrasia de sus descubridores. Estamos frente a un historicismo y antiinstitucionalismo radical. Sin embargo, en obras posteriores como *Adiós a la razón* (1987) disminuye su tono normativo y analiza a los científicos como “grupo de presión” que influye para conseguir importantes fondos públicos, basándose en el prestigio de la ciencia, presentada como el único conocimiento verdadero, tal como sucedió en el Medioevo con la teología.

Podríamos decir que el interés principal que guía las teorías epistemológicas de Feyerabend y que está a la base de los planteamientos es una forma específica de interés crítico-emancipatorio (Habermas, 1984). De una parte, quiere liberar a los científicos y a toda la sociedad de las “cadenas de la ilusión” del método y de las reglas de la investigación que impiden realizar nuevos descubrimientos y elaborar audaces e innovadoras teorías. De otra, busca liberar a la sociedad de la ilusión del cientifismo y establecer un control democrático sobre la investigación científica. Esto implica revalorizar otras formas de conocimientos, creencias y técnicas tanto occidentales como orientales, es decir, las religiones, la metafísica, las medicinas tradicionales china e hindú, entre otras, las cuales han sido desvalorizadas en Occidente por el racionalismo cientifista y las tecnologías, puesto que la ciencia no sería más que “una de las tradiciones” (Feyerabend, 1987). En concordancia con el posmodernismo, y asumiendo una postura cognoscitiva escéptica, propone desjerarquizar los saberes y establecer la paridad entre los saberes, por ejemplo, el fundamentalismo religioso y las teorías científicas.

Podría interpretarse los planteamientos como una tardía rebelión contra la burocratización y tecnologización de las ciencias naturales, que se ha profundizado después de la Segunda Guerra. Podría decirse que, desde la década de los cincuenta, las ciencias tecnologizadas son un factor central de poder político, económico y militar. Así como el capitalismo es organizado desde el Estado con el keynesianismo, una teoría científica, el desarrollo de las ciencias y tecnologías es planificado por

los Estados y los grupos económicos. Los institutos de investigación científica son reorganizados con el modelo de las grandes empresas, de planificada división y coordinación del trabajo, donde existe poco espacio para la libertad, creatividad, originalidad y criticidad de científicos individuales.

Paralelamente, el discurso científico es mitificado; convertido en el principio de verdad, de legitimidad de la acción del Estado y las grandes empresas, e incluso de moralidad. La ciencia y técnica se convierten en “ideologías”, como ha mostrado Habermas, y se justifica “la colonización del mundo de la vida” por la racionalidad científica, la destrucción de “valiosas formas de vida” (Habermas, 1984). Nuestro tiempo es identificado con “la edad de la ciencia”, como indica Gadamer.

El pluralismo metódico de Schuster

El principal libro del autor sobre el tema es *El método en las ciencias sociales*, cuya primera edición es de 1993. El texto se inicia con un capítulo de reflexión sobre la facticidad y confrontación en las ciencias sociales. Acepta que se clasifique estas ciencias como “fácticas”. Pero supera el empirismo popperiano al problematizar el concepto de “hecho” y de “realidad”, rechazando su identificación con “el modelo físico de la realidad”. Presenta las posturas empiristas y construccionistas sin inclinarse por una de ellas: “en cada área del conocimiento se establecen los correspondientes universos de hechos, desde varias perspectivas posibles. Se puede sostener que los hechos configuran una realidad, y que de lo que se trata en consecuencia es de descubrirla, o, en cambio, que la realidad *se construye por vía de hipótesis* o se constituye por su intermedio” (Schuster, 2004: 6).

Expone la postura de Freud, para quien el objeto del psicoanálisis es el inconciente y su programa de investigación es hacerlo consciente; y lo hace para “ejemplificar varios de nuestros planteos respecto a la confrontación” (Schuster, 2004). Es interesante esta reivindicación de la cientificidad del psicoanálisis, puesto que Popper había negado su cientificidad, aunque por razones diferentes. Aseveraba que no era refutable, y que sus hipótesis eran compatibles con cualquier resultado de contrastaciones (Popper, 1972).

Seguidamente, se refiere a la diferencia entre *la base empírica filosófica* que admite diversas interpretaciones y *la base empírica epistemológica*. Hace suya la postura de Klimovsky acerca de que “es aquel tipo de información, sin ninguna mediatez científica ni auxilio de instrumentos, teorías científicas o argumentos internos para la ciencia, [el que] puede ser aceptado para la comunidad científica con el apoyo del lenguaje ordinario” (Schuster, 2004: 11). Esta *base empírica epistemológica* se diferencia de la que se establece a través de una teoría. Sin

embargo, toda o casi toda la información científica, incluidos los registros observacionales, se constituye a partir de la mediación conceptual científica, no de una *base empírica epistemológica* previa. Como decía Bachelard, los hechos científicos se constituyen a partir de teorías.

Respecto a la necesidad de contrastación, tiene razón Schuster en que las teorías deben correr el riesgo de enfrentarse con la realidad, y que la refutación de teorías no es sencilla de realizar. Esta necesidad debe afirmarse frente a la tendencia conservadora de los científicos, expuesta por Kuhn y Lakatos, de tratar de mantener vigentes sus teorías, aun frente a las “anomalías” y los descubrimientos que cuestionan sus “paradigmas” y “programas de investigación”, y que solo aceptan su cambio cuando ya no es posible mantenerlos.

Schuster recuerda la distinción clásica de Reichenbach entre *contexto de descubrimiento* y *contexto de justificación*. El primero tiene carácter empírico-descriptivo y se refiere al conjunto de condiciones en que los científicos elaboran sus teorías y, el segundo, a “todo lo relativo a la validación y verificación del conocimiento” (Schuster, 2004: 17). Esta distinción busca abstraer el análisis de las teorías científicas de su contexto. Se diría que es una respuesta desmesurada frente al sociologismo como el de Karl Mannheim que pretendía reducir el sentido de las teorías sociales a los intereses de sus grupos portadores. Sin embargo, la sociología del conocimiento de las últimas décadas ha ofrecido análisis significativos, incluso sobre la relación entre las teorías físicas y su contexto sociocultural. Schuster se refiere a los debates entre los sociólogos de la ciencia y los justificacionistas. Le parece aceptable “un programa débil de sociología del conocimiento en los casos en que se establece la falsedad de afirmaciones que los científicos habían establecido anteriormente como verdaderas, para dar cuenta de los factores espurios que afectaron una consideración “objetiva” de los científicos” (Schuster, 2004: 19). A estos dos tipos de contextos se agrega el concepto de *contexto de aplicación* de Klimovsky, referido al uso práctico del conocimiento científico.

Podría decirse que en las teorías sociales, especialmente en las teorías políticas y económicas, es muy difícil prescindir de su contexto de descubrimiento, y examinarlas solo desde el ángulo de su *contexto de justificación*. La hermenéutica de Gadamer ha mostrado que no podemos comprender las teorías del pasado sin referencia a los horizontes de sentido desde las cuales fueron formuladas. Parece necesario superar el falso dilema entre ambos contextos, y el que se produce entre el sociologismo y el análisis puro de validez. Un notable ejemplo de combinación de análisis de las condiciones históricas con el examen de las condiciones de validez lo ofrece Macpherson en su interpretación de Hobbes (Macpherson, 1970). Más aún, hay teorías económicas, como la teoría keynesiana y, especialmente, la neoliberal, que no se limitan a explicar los procesos económicos existentes, sino que constituyen

programas políticos de transformación de las estructuras sociales para hacerlas coincidir con sus enunciados teóricos, por lo tanto, es necesario no solo articular el análisis de sus contextos de descubrimiento y validez¹⁰, sino también es necesario para entender el sentido de dichas teorías el incluir su contexto de aplicación (Bourdieu, 1998; Vergara Estévez, 2005). Este debate está ligado al del problema de la universalidad de las teorías de la ciencia política y de la economía. Desde mediados de siglo pasado, los más importantes científicos sociales latinoamericanos, Hinkelammert, Cardoso, Prebish Ribeiro, Quijano y otros, han cuestionado la pertinencia y capacidad explicativa de las teorías internacionales para comprender la sociedad latinoamericana, y han elaborado teorías propias como el cepalismo, la teoría de la dependencia y otras (Sonntag, 1988).

Otra de las temáticas que aborda es la de la necesidad de distinguir distintos niveles de afirmaciones científicas, en relación con su forma lógica y el tipo de vocabulario empleado. Hace suya la postura de Cecilia Hidalgo sobre la dificultad de establecer la verdad o falsedad de los enunciados toda vez “que abandonamos el terreno de los singulares con vocabulario observacional, ya sea porque nos referimos al dominio infinito o porque aludimos a entidades y propiedades inobservables. Las dificultades para establecer de manera concluyente la verdad o falsedad de los enunciados científicos obliga a sustentar en razones distintas de su probada verdad la validez que les atribuimos”¹¹. Resulta importante problematizar sobre los argumentos de validez de los enunciados científicos universales o referidos a entidades inobservables, puesto que la concepción de Popper de que la validez de dichos enunciados refutables solo puede definirse negativamente como no habiendo sido refutados hasta ahora.

Hay una significativa diferencia respecto del conocimiento de lo singular entre las ciencias naturales y sociales. Mientras en las primeras este es estudiado como un ejemplar o muestra intercambiable de un género o de un concepto modelo, en cambio, muchos de los fenómenos estudiados por las ciencias sociales tienen una especificidad y complejidad propias. Especialmente los históricos y políticos son considerados realidades en sí mismas y no solo una muestra de una realidad entendida como un conjunto de múltiples elementos, como el conjunto de los cisnes del ejemplo de Popper. Gran parte de las investigaciones de ciencias sociales en América Latina se refieren a fenómenos singulares, por

10. Algunos aspectos han sido expuestos por Hinkelammert (1978) y por Vergara Estévez (2005) y en *L'utopie néolibérale et ses critiques*, Tesis de Doctorado de la Universidad de París VIII, París.

11. Hidalgo, Cecilia citado por Schuster, Félix, Op. cit. p. 21.

ejemplo, el “menemismo”, y difícilmente sus resultados pueden extrapolarse a otros análogos. Estas investigaciones no tienen pretensiones nomológicas, más aún, en muchos casos tampoco tienen carácter explicativo, sino que son de carácter comprensivo.

Habermas ha mostrado que existen diversos tipos de científicidad en las ciencias sociales, que provienen de intereses cognitivos distintos: el tecnológico, práctico y el crítico-emancipatorio. En las ciencias sociales comprensivas no existe orientación nomológica (aunque podría discutirse si pertenece a esta categoría el interaccionismo simbólico), y en las de carácter crítico-emancipatorio solo en algunos casos lo hay. Más aún, según Habermas, una de las tareas de las ciencias sociales críticas es “examinar cuando las proposiciones teóricas captan legalidades invariantes de acción social y cuando captan relaciones de dependencia, ideológicamente fijadas, pero en principio susceptibles de cambio” (Habermas, 1984: 1972).

Esta diferencia respecto del conocimiento de lo singular podría explicarse por el alto grado de complejidad y especificidad de los fenómenos sociales.

“Al revés de lo que ocurre en las ciencias físicas, en la economía y otras disciplinas que se ocupan esencialmente de fenómenos complejos, los aspectos de los hechos que deben explicarse, acerca de los cuales podemos obtener datos cuantitativos son necesariamente limitados y pueden no incluir los más importantes. Mientras que en las ciencias físicas se supone generalmente, quizá con razón, que todo factor importante que determina los hechos observados podrá ser directamente observable y medible, en el estudio de fenómenos tan complejos como el mercado, que depende de las acciones de muchos individuos, es muy improbable que puedan conocerse o medirse por completo todas las circunstancias que determinarán el resultado de un proceso” (Hayek, 1974).

El tercer capítulo de *El método en las ciencias sociales* de Schuster está dedicado a dilucidar si existe uno o varios métodos. No comparte el monismo metodológico y reconoce que hay varios métodos tanto en las ciencias naturales como sociales, y comparte la postura de Klimovsky de que los científicos sociales no tienen que emplear los métodos de las ciencias naturales, y que poseen métodos propios a sus objetos. Esto no implica que las ciencias sociales no puedan emplear, fructíferamente, métodos propios de las naturales, como el hipotético-deductivo, inductivo y axiomático, ni que dejen de incorporar procedimientos como la confrontación, característicos de las ciencias naturales. Asimismo, las ciencias naturales podrían enriquecerse con los aportes de las sociales, como por ejemplo, sobre el marco social de sus investigaciones.

La postura de Schuster, aunque concuerda con Fejerabend en rechazar la pretensión popperiana de haber descubierto *el* método de las ciencias, difiere del anarquismo epistemológico, que, inadecuadamente, algunos consideran una forma de “pluralismo metodológico”. Schuster, en cambio, reafirma la necesidad de usar métodos de investigación, pues no considera que su uso constituya un obstáculo o una limitación a la libertad y creatividad de la investigación. Acepta una diversidad de métodos, incluso el inductivo, cuestionado radicalmente por Popper. “Sostenemos”, escribe, “pues un pluralismo metodológico, más allá de los límites, ventajas o desventajas de su aplicación a casos respectivos, siempre susceptible de evaluación. Se podrán utilizar métodos diferentes en momentos y situaciones diferentes, así también aplicarlos conjuntamente (por ejemplo, el inductivo y el hipotético-deductivo, o el abstracto-deductivo y el dialéctico)”.

La postura de Schuster podría ser comparada con el pluralismo habermasiano de los intereses cognitivos en las ciencias sociales, que corresponden a diversos tipos de ciencias sociales. De estos diversos modos de construcción del discurso científico social, el pluralismo epistemológico, se derivaría un pluralismo metodológico, pero en un sentido diferente del de Schuster. La postura de Habermas parece contener un supuesto de coherencia entre los tipos de ciencias sociales que describe y sus métodos, que excluiría la posibilidad de usarlos conjuntamente en una misma investigación. En este aspecto, su posición es similar a la de Schütz, que por motivos distintos rechazaba la posibilidad de usar conjuntamente métodos propios de la sociología objetivista y de la fenomenológica subjetivista (Schütz, 1974). Según Habermas, la opción epistemológica por construir un tipo de ciencia social determinaría las decisiones metodológicas; para él la opción principal es epistemológica y no metódica. Es la elección de realizar la investigación en el marco de algunas de las tres formas de cientificidad social.

En su análisis de diversos métodos (axiomático, abstracto-deductivo y dialéctico, método progresivo-regresivo y otros) muestra su carácter fructífero, analizando sus aplicaciones en específicas investigaciones. Schuster en su notable análisis crítico de la llamada “ley de Malthus”, muestra que la opción por un determinado método, en ese caso el empírico, requiere respetar el principio fundamental de dicho método, en este caso el de refutabilidad.

Finalmente, es necesario señalar que la investigación epistemológica de Schuster sobre los métodos en las ciencias sociales constituye un aporte al análisis epistemológico de las investigaciones empíricas de las ciencias sociales latinoamericanas. Este es un tipo de estudio que ha tenido escaso desarrollo, pero que es relevante para el desarrollo futuro de la epistemología de las ciencias sociales en nuestra región. Asimismo, ella permite tender puentes entre epistemología y metodología que, en nuestras universidades, suelen desarrollarse

independientemente, y hace patente que el problema de los métodos no es solo metodológico sino epistemológico.

Para Schuster la elección metodológica debería realizarse considerando el contexto de desarrollo, crisis y transformaciones de las ciencias sociales. Hace suya la caracterización de Gomariz sobre la crisis de las ciencias sociales a comienzo de los noventa, especialmente de la sociología, que se caracterizó por “una crisis epistemológica” y el abandono parcial de las grandes teorías como el funcionalismo y en la emergencia de una explosión de “miniescuelas” y “miniteorías” sociológicas (Gomariz, 1991). En América Latina esta se produjo en directa relación con la crisis del llamado “Estado populista” y del desarrollismo, la emergencia de la teoría de la dependencia y su abandono en los 70, la imposición de las dictaduras militares, la instauración de las políticas de ajuste y cambio estructural neoliberales, y posteriormente los gobiernos posdictatoriales. En nuestra región estamos viviendo, con particular intensidad no solo una “segunda crisis de modernidad” (Wagner), o la crisis de la modernización neoliberal, sino *la* crisis de la modernidad y, consiguientemente, una “crisis civilizatoria”.

Schuster considera plausible dicha interpretación y cita un artículo que menciona algunos de las principales corrientes y autores del “pensamiento alternativo”, especialmente a escala internacional, los cuales proponen nuevos principios de refundación y reorganización de la sociedad y sus instituciones desde diversas perspectivas teóricas y disciplinarias (Vergara Estévez, 1991). Entre estos se cuenta la crítica cultural (Galtung, Ilich), economía alternativa (Hinkelammert, Naredo), educación emancipadora (Freire, Ilich), filosofía crítica (Habermas, Foucault, Roig, Dussel), liberalismo comunitario (Macpherson, Dhal), psicología humanista (Rogers, May), el psicoanálisis cultural (Reich, Fromm, Mitscherlich), teología de la liberación (Gutiérrez, Boeff), entre otros.

Estos autores son heterogéneos tanto en sus conceptualizaciones, estilos de pensamiento como temas específicos de interés. No obstante, los aproxima la intención de realizar una crítica profunda de las sociedades contemporáneas, sus formas de organización social y económica, su vida cultural, su proceso de socialización y constitución de identidad, su relación con la naturaleza (Cf. Vergara Estévez, 1991). Podría agregarse que su crítica en casi todos estos casos está acompañada de propuestas de nuevas formas de organización, nuevas perspectivas, innovadoras formas de sociabilidad y de interrelaciones humanas.

Referencias bibliográficas

- BOURDIEU, Pierre. 1998. "Le néolibéralisme, utopie (en voie de réalisation) d'une exploitation sans limites" en *Contre-feux* (Liber-Raisons D'Agir).
- FEYERABEND, Paul. 1974. (1970) *Contra el método* (Barcelona: Ariel).
—1984 *Adiós a la razón* (Madrid: Tecnos).
- GOMARIZ, Enrique. 1991. *La crisis teórica de las ciencias sociales en el Norte y América Latina. Un estudio comparado*, Documento de trabajo de FLACSO de Chile, Santiago.
- HABERMAS, Jürgen. 1984. (1965) "Conocimiento e interés" en *Ciencia y técnica como "ideología"* (Madrid: Tecnos).
- HAYEK, Friedrich. (1974) *La pretensión del conocimiento (Discurso del Premio Nobel de Economía)* en <www.elcato.org>.
- HINKELAMMERT, Franz. 1978. *Las armas ideológicas de la muerte* (Salamanca: Ed. Sígueme, Salamanca).
—1984 *Crítica de la razón utópica* Cap. III (San José de Costa Rica: Ed. DEI).
- KLIMOVSKY, Gregorio. 1994. *Las desventuras del conocimiento científico* (Buenos Aires: A-Z editora).
- KUHN, Thomas. 1982. (1977) "La tensión esencial: tradición e innovación en la investigación científica" en *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- MACPHERSON, CRAWFORD. 1970. (1962) *La teoría política del individualismo posesivo* Cap. II, (Barcelona: Ed. Fontanella).
- MARCUSE, Herbert. 1971. (1967) "El fin de la utopía" en *El fin de la utopía* (México DF: Siglo XXI).
- MARX, Karl. 1945. (1905-1910) *La historia crítica de la teoría de la plusvalía* (México: Fondo de Cultura Económica).
—1971 "Introducción general a la crítica de la economía política" en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858* (Buenos Aires: Siglo XXI, dos tomos).
- MITCHAM, Carl y GARCIA DE LA HUERTA, Marcos. 2001. *La ética en la profesión del ingeniero. Ingeniería y ciudadanía* (Santiago: Universidad de Chile).
- POPPER, Karl. 1963. (1957) *The Poverty of Historicism* (Londres: Routledge).
—1972 (1957) "La ciencia: conjeturas y refutaciones" en *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico* (Barcelona: Paidós).

- ROUSSEAU, Jean-Jacques. 1964. "Le discours de la inégalité" en *Oeuvres Complètes* (París: Ed. Gallimard).
- SCHUSTER, Félix. 2004. (1992) *El método en las ciencias sociales* (Buenos Aires: Editores de América Latina).
- SCHÜTZ, Alfred. 1974. (1960) "El mundo social y la teoría de la acción social" en *Estudios sobre la teoría social* (Buenos Aires: Amorrortu).
- SONNTAG, Heinz. 1988. *Duda, certeza y crisis. La evolución de las ciencias sociales en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- VERGARA ESTEVEZ, Jorge. 1991. "Las ciencias sociales latinoamericanas: desarrollo, crisis y perspectivas", Seminario Internacional de la Comisión de Epistemología y Política de CLACSO, en Santiago de Chile.
- 2005 "El mito de las privatizaciones y la experiencia chilena" en *Polisemia* (Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Uniminuto) N° 1, julio-diciembre.
- 2005 "La concepción de Hayek del estado de derecho y la crítica de Hinkelammert" en *Polis* (Santiago de Chile: Universidad Bolivariana) N° 10, Vol. 4.
- WAGNER, Peter. 1997. *Sociología de la modernidad* (Barcelona: Herder).



Tomar/no tomar al pie de la letra

Elvira Narvaja de Arnoux

Elvira Narvaja de Arnoux es directora de la Maestría en Análisis del Discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y responsable de la sede argentina de la Cátedra UNESCO en Lectura y Escritura. Tiene una amplia trayectoria en la formación de becarios y tesisistas y ha dictado numerosos seminarios en universidades argentinas y extranjeras. Ha publicado recientemente: Análisis del Discurso. Modos de abordar materiales de archivo (2006), El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez (2008) y Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862) (2008). Ha coordinado, además, la obra colectiva Escritura y producción de conocimiento en las carreras de posgrado (2009). E-mail: elviraarnoux@gmail.com.

El texto que presento en este homenaje a Félix Schuster es resultado de un trabajo realizado por ambos con Augusto Picollo y que dio lugar, en parte, a una presentación conjunta en el Segundo Coloquio de la Fundación Colonia del Sacramento en 1996. Aquí retomo las discusiones y el escrito anuda a su manera las tres voces vinculadas por la amistad y el placer de la actividad intelectual compartida.

Los encuentros, donde tratamos diversos temas que convocaban al psicoanálisis, la filosofía y el análisis del discurso, se extendieron a lo largo de varios años. En la ocasión que da lugar a este texto, la problemática fue planteada por Augusto, y Félix y yo reflexionamos a partir de casos reseñados por él. El Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires fue el marco institucional de los intercambios, en los cuales, interesados más que por lo dicho por el decir de los materiales en juego, incursionábamos por los bordes de nuestros dominios de reflexión y nos abríamos a los interrogantes de los otros. Algunas de las observaciones de Morin sobre el pensamiento complejo no son ajenos a lo que sucedía en ese espacio. Entre otras, rescato ahora como forma de legitimar una práctica que desdeñaba los discursos cerrados y sobre todo los modos de circulación clausurados de algunos ámbitos académicos: “la ambición del pensamiento complejo es dar cuenta de las articulaciones entre dominios disciplinarios que son cortados por el pensamiento disyuntivo”. Por supuesto que no éramos ajenos al tipo de tensión a la que el mismo Morin se refiere: “el pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelario, no clausurado, no reductor y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento” (Morin, 1982). Pero esa tensión, constitutiva del trabajo que emprendíamos, nos estimulaba a avanzar en él. Por otra parte, por el tipo de materiales que considerábamos y las marcas a las que prestábamos atención (no centrales del decir sino secundarias o periféricas), nos cobijaba el viejo paradigma indicial, tal como lo formulaba Ginzburg en su texto fundador¹: “Método interpretativo que se basa en considerar los detalles marginales e irrelevantes como indicios reveladores. Conlleva una predilección por los signos que se producen de manera involuntaria” (Ginzburg, 1999). La práctica analítica tenía, por cierto, una larga tradición en focalizar esas marcas.

En lo personal, constituyó un tramo decisivo en mi formación profesional en la que la distancia humorística de mis interlocutores respecto de los saberes en juego y, al mismo tiempo, la fascinación por lo que el otro aportaba impulsaba recorridos poco transitados y convocantes de enfoques diferentes. La perspectiva del análisis del discurso que asumí (Narvaja de Arnoux, 2006) es deudora de esos intercambios. Incluso, la definición pedagógica de los pasos del analista del discurso —no necesariamente sucesivos— que desarrollo con los estudiantes se afirmó en esas conversaciones. En ese sentido, podemos decir esquemáticamente, siguiendo el decurso del trabajo realizado en ese momento, que el investigador:

1. Al volver muchos años después al mismo tema, Ginzburg plantea: “es necesario partir de detalles aparentemente marginales para aprehender el sentido global de una realidad obscurecida por las brumas de la ideología” (Ginzburg, 2007).

- parte de un problema que se ha planteado o que le ha planteado otro profesional;
- selecciona los materiales que le parecen pertinentes u ordena los materiales que le han suministrado (en ello intervienen los saberes correspondientes al otro campo involucrado) y determina las ciencias del lenguaje (o las zonas de esas ciencias) a las que va a apelar en la primera etapa;
- a partir de los efectos de lectura o escucha, propios o ajenos, y del problema, releva las marcas que a su criterio son generadoras de esos efectos y pertinentes respecto de lo que se propone indagar, va así recortando el corpus sobre el que va a trabajar (los límites son inestables y siguen los vaivenes del análisis);
- en el proceso de relevamiento de marcas intervienen procedimientos exploratorios que han demostrado su eficacia en otros análisis de corpus semejantes (el contacto asiduo con los materiales estimula “resonancias”);
- el analista considera determinadas marcas como indicios que le permiten formular hipótesis explicativas de una regularidad o de un origen (o causa);
- vuelve reiteradamente al corpus para verificar o reformular la hipótesis primera o encadenarla con otras (hasta que se vuelve a encontrar lo mismo y se genera así el efecto de saturación).

Lo que estos tramos no señalan es lo que dominó en ese momento: el revisar –matizar, desechar, reformular– insistentemente con los otros las conclusiones parciales a las que arribábamos. En cierto sentido, es esta la situación ideal para el analista del discurso que adopta una perspectiva dialógica. A ello se refiere Pierre Zima² al señalar “es en relación con el discurso del Otro (en relación con la alteridad) que mi hipótesis debe ser corroborada o refutada” y agrega: “una teoría dialógica presupone un sujeto teórico que se interesa en el pensamiento del otro: en sus investigaciones, sus verdades y sus juicios de valor” (Zima, 2003). La dinámica de nuestros intercambios convocaba esta perspectiva y transitaba por los reconocidos modos del razonamiento abductivo³.

2. Ver también al respecto: Zima, Pierre 2005 “Le concept de théorie en sciences humaines. La théorie comme discours et sociolecte”, en Jean-Michel Adam y Ute Heidmann (eds.), *Sciences du Texte et Analyse de Discours. Enjeux d'une interdisciplinité* (Ginebra, Slatkine Érudition).

3. En algunas de las formulaciones de Peirce (1931-1958) “cualquier razonamiento cuyo tipo es la adopción provisional de una hipótesis explicativa”. O desde el punto de vista

II. El material clínico abordado en algunos de los encuentros provenía de pacientes con “funcionamiento no neurótico” y respondía a la voluntad de Picollo de “escuchar, comprender e interpretar ciertos contenidos verbales que no correspondían al funcionamiento neurótico y que podían atribuirse a un funcionamiento ‘no neurótico’ e incluso psicótico” (Picollo, 1998)⁴. Se trataba, por cierto, de pacientes severamente perturbados. Los planteos y propuestas de Augusto⁵ eran centralmente las siguientes:

- es necesario un cambio de escucha, no se atiende al inconsciente reprimido porque el inconsciente está en el plano de la conciencia. Se deberá prestar atención al sentido literal de las palabras, atender a la “lógica de la literalidad” desde la perspectiva de Félix;
- los elementos orientadores para este cambio de escucha son: la monotonía, las alusiones al cuerpo o a los órganos, la aparición de ciertos modos reflexivos (“me”, “a mí”), el desarrollo de la sesión, la historia del paciente y el diagnóstico clínico presuntivo;
- el analista se ubica en la posición de aquel que como testigo observa la relación entre dos aspectos del psiquismo del paciente:
 - a. la conciencia como “aquel órgano interno capaz de detectar la realidad psíquica interior”;
 - b. el propio estado interior psicótico. El paciente va exponiendo así en el campo de su conciencia, en el relato verbal manifiesto, el estado interior del aparato psíquico. Esto permite al analista inferir el estado de estructuración o de desestructuración de ese psiquismo.

de Eco (1990): “proceso inferencial que parte de uno o varios hechos particulares sorprendentes y desemboca en la hipótesis de una ley general, o parte de uno o varios hechos particulares sorprendentes y desemboca en la hipótesis de otro hecho particular que se supone es la causa de los primeros”. Eco distingue, además, una abducción hipercodificada (de la dedicatoria como elemento paratextual es responsable el autor del texto); hipocodificada, en la cual la regla debe seleccionarse entre una serie de reglas equiprobables puestas a nuestra disposición (el texto abunda en deícticos de primera persona, podemos inferir que es un obsesivo pero puede ser que busque afirmar su personalidad en una situación polémica) y la explicación solo se toma en consideración a la espera de sucesivas verificaciones; y la abducción creativa cuando se inventa la ley/causa (la perturbación en la construcción de algunas secuencias narrativas, el uso de algunas metáforas y el desdibujamiento de diez años en el relato de vida de un sujeto llevan a formular una primera hipótesis acerca de que lo que no puede ser dicho). En relación sobre todo con las abducciones creativas, Eco reconoce las metaabducciones que evalúan las de primer nivel por su adecuación al universo que conocemos (en el último de los casos, el tramo del “proceso” militar en la historia argentina).

4. Ver también la intervención de Daniel Kitainik, en la reunión de homenaje a Augusto Picollo (SAP, 9 de mayo de 2000).

5. Ver nota 2.

La reflexión de Freud en el capítulo 7 de *Lo inconsciente* funcionaba como el desencadenante autorizado:

“El doctor V. Tausk (Viena) ha puesto a mi disposición algunas de sus observaciones de casos de esquizofrenia en su estadio inicial, observaciones que presentan la ventaja de que el enfermo mismo proporciona aún la explicación de sus palabras. [...] Uno de los enfermos de Tausk, una muchacha que acudió a su consulta poco después de haber regañado con su novio exclama: ‘Los ojos no están bien, están torcidos’, y explica luego por sí misma esta frase, añadiendo en lenguaje ordenado una serie de reproches contra el novio: ‘Nunca he podido comprenderlo’. Cada vez se le muestra distinto. Es un hipócrita, que ‘me ha vuelto los ojos al revés, haciéndome ver torcidamente todas las cosas’. Estas manifestaciones, añadidas por la enferma a su primera frase ininteligible, tienen todo el valor de un análisis, pues contienen una equivalencia de la misma en lenguaje perfectamente comprensible y proporcionan, además, el esclarecimiento de la génesis y la significación de la formación verbal esquizofrénica. [...] La frase esquizofrénica presenta un carácter hipocondríaco, constituyéndose en lenguaje de los órganos. [...] Una histérica, en este caso, en cambio, hubiera torcido convulsivamente los ojos” (Freud, 1974).

En su comentario, Picollo afirmaba que “él es un torcedor de ojos”, en realidad, hacía referencia a la distorsión de su aparato psíquico, expresada a través de su lenguaje de órgano, distorsión que conmemora su relación con el “amado”. Estos segmentos se destacaban, desde el punto de vista de Schuster, como expresión de una urgencia, “urgencia” en el sentido de un llamado de atención o de una “emergencia puntual”.

Los segmentos a los que se volvía por resultar particularmente significativos eran:

1. *Veo lo que usted quiere decir* (proveniente de un caso de Bion).
2. Venía para acá con el auto y usted sabe que *a mí los cambios no me entran* y por eso volví a llegar tarde.
3. Es muy linda pero yo sé que no pasa nada, que está todo dentro de mi cabeza, pero todo esto *a mí me sirve para hacerme el bocho*⁶.
4. Yo, cuando estaba en aquella institución, no podía atender a pacientes psicóticos porque todavía *no tenía piel*, entonces no podía hacerlo⁷.

6. Segmento de un discurso proferido por un paciente “severamente perturbado” que comenzaba a poder fantasear con una relación con una compañera de trabajo.

7. Relato de una paciente médica.

Siguiendo las etapas de aquellas búsquedas colectivas trataré, en primer lugar, de caracterizar los segmentos de enunciados que marcan la aparición de un discurso no neurótico en el relato del paciente y que en cierta medida funcionan como guiños o llamados de atención dirigidos al analista. Luego abordaré los procedimientos que le permiten enunciar un síntoma y desencadenar otra escucha.

III. Los fragmentos que han sido presentados como aquellos “que exponen directamente en el campo de la conciencia, en su relato verbal manifiesto, el estado interior del aparato psíquico” (tanto desestructuraciones como carencias o reorganizaciones) son, en general, enunciados bi-isotópicos, es decir, que admiten un doble recorrido interpretativo.

Para ilustrar el concepto de isotopía, en este caso semántica, entendida como el efecto de la recurrencia sintagmática de un mismo sema⁸ o unidad de significado, que interviene en la coherencia de una secuencia o de un texto orientando la comprensión, ejemplificaré con un enunciado de un cuento de Felisberto Hernández, “El cocodrilo”.

En el relato, el protagonista gana un premio en un concurso para promocionar medias de la marca “Ilusión” (producidas por la empresa en la que se desempeñaba como corredor comercial recorriendo los pueblos del interior del Uruguay, donde a la vez daba conciertos de piano), con el siguiente eslogan: *¿Quién no acaricia hoy una media “Ilusión”?* Este enunciado puede ser leído desde la perspectiva de la actividad psicológica y parafrasearlo entonces como *¿Quién no se complace hoy en pensar en la posibilidad de alcanzar, aunque solo sea parcialmente, algo que desea?* Desde la perspectiva de los comportamientos, actitudes, gestualidad, la reformulación puede ser: *¿Quién no roza hoy suavemente con la mano una media marca “Ilusión”?* Esta lectura es la que aparece en primer lugar por la seña gráfica que constituye la mayúscula en “Ilusión”, pero la otra se desencadena inmediatamente y es lo que genera cierto efecto humorístico asociado al contraste de la doble significación. El embrague o término que permite el paso de una isotopía a otra es el verbo polisémico “acariciar”, que en un caso será leído como la metáfora ya lexicalizada (acariciar un sueño/una ilusión) y, en el otro, en forma literal. Por otra parte, una isotopía asignará a “ilusión” la función de núcleo de la construcción nominal y la otra a “media”, que en el primer caso será simple un atributo de “ilusión”. Es decir que una misma cadena sonora o gráfica permite dos interpretaciones distintas según la segmentación que se produzca; ambas son isotopías “genéricas” fácilmente reconocidas porque apelan a campos léxicos codificados en la lengua (opuestas a las “específicas” que surgen de la

8. Es la definición que propone François Rastier (1987).

recurrencia novedosa de rasgos y que predominan en el lenguaje poético). Nuestros discursos cotidianos abundan en este tipo de enunciados y lo habitual es que el contexto o el entorno verbal activen una u otra. Pero en los enunciados que nos interesan las dos conviven, ninguna anula a la otra. El efecto que generan —sonrisa, asombro, inquietud— deriva de esta doble presencia que el mismo discurso estimula.

Ejemplos:

1. Comprender/alucinar.
2. Tener dificultades con los cambios al conducir/no integrar las transformaciones.
3. Fantasear/construir un pensamiento desarticulado.
4. No haber rendido Dermatología⁹/no tener barrera de contención.

¿Cómo se activan ambas? ¿Cómo se muestra el carácter bi-isotópico del enunciado? En general, tanto por datos contextuales como por elementos internos que funcionan como una especie de desembrague de la isotopía apoyada en el contexto. En el ejemplo utilizado, el entorno verbal donde se señala que es una publicidad de medias, impulsa una lectura y el contraste entre el aspecto reiterativo asociado al verbo acariciar y la extensión del hoy que puede interpretarse en un sentido amplio como “todo el día” inclina al sentido metafórico de “acariciar”: hoy no se acaricia una media sino una ilusión (el objeto del verbo no es concreto). En otro de los ejemplos propuestos, “a mí los cambios no me entran”, formulación que deja de lado otras posibles, por ejemplo, “no puedo hacer entrar los cambios del coche”, “al conducir tengo dificultades con los cambios”, el desembrague lo efectúa el *me* reforzado por el *a mí* inicial, desembrague de la isotopía referida a la conducción automovilística, al mismo tiempo que embrague en el *yo/aquí/ahora* de sujeto y en cómo visualiza su estado psíquico. Debemos señalar que en el material clínico existe una dominancia de la isotopía relacionada con el hilo discursivo; para que la otra aflore y produzca un efecto de escucha se necesita introducir una recurrencia en el plano de la expresión, en la dimensión sonora (isotopía de la expresión, que se puede expresar en el ritmo o la entonación), de lo que da cuenta la imagen de la monotonía que se asocia con esos enunciados (*Ver apartado V*).

IV. Otro aspecto que se debe destacar es que los segmentos focalizados, tanto el ejemplo literario como los procedentes del corpus clínico, tienen distintos grados de cristalización, son *sintagmas repetidos*,

9. El enunciado había sido dicho por una paciente que señalaba que no podía atender a psicóticos porque “no tenía piel”, es decir, no había rendido Dermatología, su última materia, la otra interpretación a la que el segmento dio lugar fue que no contaba con la barrera que le permitiera preservarse de la confusión no yo-yo.

fraseologismos, grupos de palabras asociados a significados ya codificados: “hacerse el bocho” como “fantasear”, “ver lo que se quiere decir” como “comprender”. En algunos casos, estas cristalizaciones son comunes al español general o propias de un dialecto y, en otros, circulan en grupos más restringidos: “no tenía piel” interpretada en la jerga de estudiantes de medicina como “no había rendido Dermatología”. Estos fragmentos de discurso repetido imponen una lectura, coherente con el relato en el que se inscriben. Para que la otra sea posible, para que emerja la otra isotopía, para que aparezcan los otros sentidos –no integrar las transformaciones, alucinar, intentar construir el pensamiento desarticulado, no tener barrera– es necesario desestructurar el sintagma, volver al significado aislado de la unidad léxica –*ver, hacer, piel, cambio*–, no jugar ni con elipsis ni con metonimias y quedarse en la superficie discursiva y en los cortes que los blancos de las palabras instauran.

¿Cómo el sujeto realiza esta operación?, ¿cómo enuncia su síntoma?, ¿cómo fractura el discurso fosilizado mostrándolo en su “originalidad” alteridad? A través de los dos mecanismos que Freud señaló: el centramiento en el cuerpo (lenguaje hipocondríaco) y el tono desafectivizado asociado al efecto de monotonía. Me detendré en cada uno de ellos buscando articularlos.

V. Los enunciados que integran el corpus analizado corresponden, entonces, a lo que genéricamente se llama “lenguaje de órgano”. Desde nuestra perspectiva, porque recurren a unidades que remiten al campo léxico del cuerpo: directamente (*bocho, pie*), metonímicamente (*veo*), o a través de un pronombre en primera persona (*no me entran*) que ocupa una posición sintáctica de objeto con un verbo de movimiento, que en otros casos se asociaría a un locativo (por ejemplo, “los cambios de velocidad no entran en las partes correspondientes de la caja”). Este replegarse sobre el propio cuerpo es lo que caracteriza a las isotopías derivadas de la desestructuración del sintagma fijo. Pero para que estas isotopías se armen no es suficiente la remisión al campo léxico señalado, sino que es necesario que el enunciado se presente como descartado, como si el cuerpo se distanciara del decir para constituirse solo en objeto de representación. ¿Cómo se logra esto? A través de un decir sin modulaciones afectivas (Picollo decía: “un discurso monocorde, sin mayores variaciones, que no denota el afecto correspondiente a la situación que está describiendo”), de un decir no asumido por el sujeto sino expuesto, de un decir *desdialogizado*, sostenido solo por el hilo del discurso. A esto remite, en parte, la caracterización de Laurent Danon-Boileau cuando habla del lenguaje esquizofrénico como de un *dictum* sin *modus*: “el sujeto es capaz de enunciar su síntoma pero lo hace en un *dictum* sin *modus*”; “lo que es pensado no existe de manera dialógica sino como ‘cosa en sí’” (Danon-Boileau, 1987).

Recordemos que en todo enunciado proferido se pueden reconocer un *dictum* —el contenido proposicional de lo dicho— y un *modus*, como se lo dice, que remite a la actitud del sujeto respecto de ese contenido, de su interlocutor y de sí mismo¹⁰. El *modus* depende de la entonación, el énfasis y el ritmo, de la estructuración de la frase que valoriza algunos tramos más que otros, o de la presencia de interjecciones, de adverbios o expresiones que condensan juicios lógicos (“tal vez”, “posiblemente”) o juicios apreciativos (“lamentablemente”, “por suerte”) o, incluso, de signos gráficos como en algunos casos las comillas. El *modus* expone la presencia del sujeto en el enunciado. Los que analizamos no solo son discursos cristalizados sino que el sujeto los expone en un tono monocorde, en un clima desafectivizado. El sujeto deja de ser la fuente del enunciado, se desprende de la palabra (es la palabra la que habla) y se ubica en la posición de referente y desplaza al interlocutor al lugar de observador en tanto excluido de una relación dialógica ya que desaparece el compromiso subjetivo con la palabra dicha. Lo que se dice es sostenido por un enunciador impersonal aunque las marcas gramaticales remitan al locutor.

Sintetizando, estos enunciados que se le presentan al analista como emergentes de un discurso no neurótico se caracterizan por la copresencia de isotopías, una asociada a la coagulación del sintagma, coherente con el hilo del discurso; la otra, producto de la desagregación que activa la referencia al suceder interior. Para que este segundo anclaje sea posible, el sujeto debe dejar de asumir el enunciado y volverse objeto del decir.

VI. Para terminar, quiero hacer unas breves observaciones acerca del paso del enunciado sobre el cuerpo a la representación del suceder interior, paso que da el analista guiado por el discurso del paciente.

Al desprenderse el sujeto del aparente juego dialógico donde *modus* y *dictum* se articulan, adormece la escucha —lo que habla es un mero discurso repetido—, desdibuja la posición de interlocutor —no hay compromiso subjetivo, no hay diálogo— y desplaza al analista a la posición de observador. De observador de un cuerpo que se exhibe como “cosa”, en su materialidad, pero que remite metonímicamente al suceder interior, lo que lleva al analista a interpretar las acciones sobre el cuerpo, o desde el cuerpo o que comprometan al cuerpo, como metáforas de desestructuraciones, carencias o reorganizaciones del aparato psíquico. Es decir, a interpretarlas, gracias a la activación de un razonamiento analógico, como efectos de la proyección del dominio conceptual del

10. Charles Bally (1932) distinguió estos dos aspectos del enunciado.

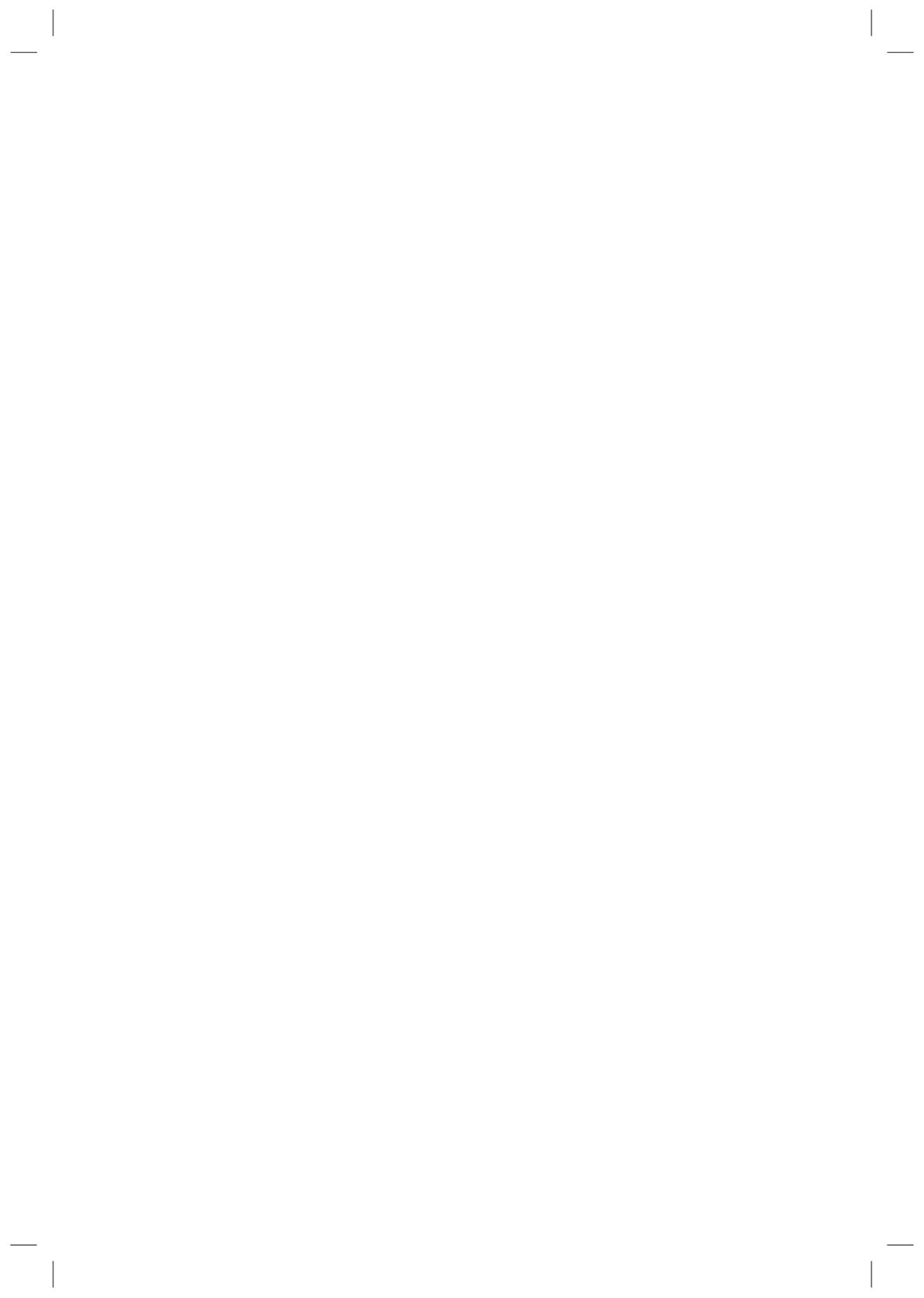
cuerpo sobre el de la psiquis (veo lo que quiere decir > alucinar; los cambios no me entran > no integro las transformaciones; hacerme el bocho > construir el pensamiento desarticulado; no tener piel > no tener barrera de contención), luego de descongelar el enunciado repetido donde cristalizaba la otra metáfora (veo lo que quiere decir > comprender; hacerme el bocho > fantasear; los cambios no me entran > no muevo adecuadamente la palanca de los cambios de velocidad) o en el que se condensaba un procedimiento metonímico¹¹ (no tener piel > no tener aprobada Dermatología).

El reconocimiento de estas operaciones que el discurso expone deriva, fundamentalmente, del saber psicoanalítico, pero su análisis desde una perspectiva lingüística puede estimular una escucha más atenta a las marcas de la actividad discursiva de los pacientes, que funcionan como orientadoras del recorrido interpretativo en esa “situación de diálogo perfectamente atípica en la que uno de los locutores hace la experiencia —única en la vida humana, de ser tomado en serio, pero *nunca al pie de la letra*— y es esto —mucho más que lo que puede hacer una consigna incomprendible al inicio— lo que le permite avanzar en el trabajo analítico” (Diatkine, 1987). El título de esta presentación surge del segmento resaltado: ¿en qué medida las reflexiones a las que nos convocaban los casos analizados implicaban tomar o no tomar al pie de la letra los segmentos focalizados? Desde una perspectiva, se los tomaba al pie de la letra si pensamos en el cambio de escucha propuesto por Picollo, que insistía en la necesidad de atender al sentido literal, pero, desde la otra, señalábamos que esa literalidad remitía metonímicamente al suceder interior y metafóricamente a procesos de transformaciones, estructuraciones, reorganizaciones o a carencias en el aparato psíquico. Posiblemente, sean estas tensiones alrededor del *pie de la letra* las constitutivas de toda interpretación, a cuyo análisis Félix Schuster ha dedicado un tramo importante de su actividad intelectual.

11. George Lakoff y Mark Johnson (1986) señalan que si bien la metonimia tiene primariamente una función referencial, es decir, nos permite utilizar una entidad por otra en virtud de su relación con ella (proximidad existencial, parte por el todo, objeto por la disciplina), también tiene como la metáfora “la función de proporcionarnos comprensión. Por ejemplo, en el caso de la metonimia *la parte por el todo* (específicamente, la sinécdoque) hay muchas partes que pueden representar el todo. La parte del todo que escogemos determina en qué aspecto del todo nos centramos” y esto es lo significativo.

Referencias bibliográficas

- BALLY, Charles. 1932. *Linguistique générale et linguistique française* (Berna: Ernest Leroux).
- DANON-BOILEAU, Laurent. 1987. *Psychanalyse et linguistique* (París: OPHRYS).
- DIATKINE, René. 1987. "Preface" a la obra de Laurent Danon-Boileau: *Psychanalyse et linguistique* (París: OPHRYS).
- ECO, Umberto. 1990. *Les limites de l'interprétation* (París: Grasset).
- FREUD, Sigmund. 1974. *Obras Completas* (Buenos Aires: Ediciones Nuevo Mundo) Vol. I.
- GINZBURG, Carlo. 1999. "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales" en *Mitos, emblemas, indicios* (Barcelona: Gedisa).
— "Réflexions sur une hypothèse vingy-cinq ans après" en Denis Thouarde (ed.) *L'interprétation des indices. Enquête sur le paradigme indiciaire avec Carlo Ginzburg* (París: Septentrion).
- LAKOFF, George y JONSON, Mark. 1986. *Metáforas de la vida cotidiana* (Madrid: Cátedra).
- MORIN, Edgar. 1982. *Science avec conscience* (París: Fayard).
- NARVAJA de ARNOUX, Elvira. 2006. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo* (Buenos Aires: Santiago Arcos).
- PEIRCE, Charles S. *Collected Papers, 1931-1958* (Cambridge: Harvard University Press) Vol. 4.
- PICOLLO, Augusto. 1998. "Funcionamiento neurótico, funcionamiento no neurótico y cambio en la escucha" (presentación en SAP).
- RASTIER, François. 1987. *Sémantique interprétative* (París: PUF).
- ZIMA, Pierre. 2003. "Vers une théorie critique du discours" en *Théorie critique du discours. La discursivité entre Adorno et le postmodernisme* (París: L'Harmattan).



Félix Schuster, profesor de FLACSO

Carlos Strasser

Carlos Strasser es abogado en la UBA, se doctoró en Ciencias Políticas en la Universidad de California, Berkeley. Becario del Institute of International Studies (Berkeley, 1968) y de la McLeod Foundation (Stanford, 1970). La Comisión Fulbright (1971) le otorgó la Faja de Honor de la SADE, categoría ensayo, en 1980. Profesor titular de la Facultad de Derecho de la UBA (1984-1995) y profesor plenario de la Universidad de San Andrés, desde 1994. Director de FLACSO (período 1979-1985), vicepresidente de la Comisión Asesora del CONICET en Derecho, Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Investigador principal del CONICET, desde 1980. Entre sus publicaciones se destacan: La razón científica en política y sociología (1979), Filosofía de la ciencia política y social (1986), La democracia y el orden político (1986), Para una teoría de la democracia posible (1990-1991) y Democracia III, la última democracia (1995). Recibió el Premio Konex de Platino en Ciencias Políticas en 1996.

La Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) que se creó en Argentina en 1979 contó casi enseguida con Félix Schuster en su claustro docente, al que se incorporó poco tiempo después de salir de la prisión que le impuso la dictadura militar. Seguramente no hace falta decirlo, pero

aquellos eran años muy difíciles, tanto que la formación en ciencias sociales y humanidades no podía desarrollarse sino fuera de las universidades nacionales. En dicho contexto, la tradición académica latinoamericana de FLACSO resultó así en el país una opción inmejorable para muchas generaciones de jóvenes —no pocos de ellos destacados profesionales hoy en sus campos disciplinarios— quienes pudieron entonces cursar aquí estudios de posgrado con profesores de la excelencia de Schuster.

Félix mismo ha dictado ininterrumpidamente desde aquellos años sus seminarios de Epistemología de las Ciencias Sociales, incluso durante su decanato en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y sus clases siempre han sido un éxito entre los alumnos debido no solo a su erudición sino también a su humor, a la manera reflexiva que tiene de exponer los problemas filosóficos, una manera no dogmática, por momentos hasta dubitativa, que alienta al debate y a la búsqueda de respuestas propias en quienes son sus alumnos. Es importantísimo que alguien enseñe a no aceptar nada como verdad revelada y mucho más a aquellos que piensan dedicarse a la investigación en ciencias sociales, a la función pública o a la privada en organizaciones sociales. Y Félix Schuster es con toda claridad el tipo de intelectual y de profesor que forma por fuera de los dogmatismos, lo que es crucial, porque los desafíos que se nos han planteado en todos estos años pueden haber cambiado pero en todo caso continúan siendo eso, desafíos, verdaderos retos que son tanto académicos como a fin de cuentas sociales y políticos.

En aquellos comienzos del posgrado en Ciencias Sociales la represión política se hacía sentir. Según llegamos a saber algo más tarde, teníamos hasta infiltrados de “los servicios” entre el alumnado. Como fuera, pensábamos que había que contribuir intelectualmente a retomar el camino del estado de derecho y se nos imponía recuperar la calidad de la formación universitaria. Luego, el pensamiento social también se sentía llamado a tener un papel en la consolidación de la democracia. Hoy mismo ese pensamiento tiene que seguir haciéndose cargo de enfrentar la desigualdad y revertir la inequidad; desigualdad e inequidad que se han esparcido de modo rampante, paradójica o siquiera curiosamente en simultaneidad con la consolidación del estado de derecho. Por eso es que son esenciales los profesores como Schuster: para no formar meros tecnócratas, expertos que con soberbia olímpica creen que pueden bajar línea y gobernar según los dictados de teorías o hipótesis que se pretenden indubitables y verificadas, pero no lo son. En rigor, estamos saturados de leer informes supuestamente técnicos de científicos sociales de organismos internacionales que están terriblemente sesgados y son tan pretenciosos como opinables, confusos y aun grotescos.

Schuster, quizá por su primera formación popperiana, inmuniza al alumnado contra la aceptación de verdades reveladas. Y eso es lo que

necesitamos para la formación de buenos científicos sociales, pero también para el futuro de la democracia, que se juega en la posibilidad de discutir los discursos dogmáticos y de recuperar el contenido sanamente ideológico que impida seguir reproduciendo la inequidad.



Un filósofo entre antropólogos

Alberto Rex González

Alberto Rex González, médico de la Universidad de Córdoba y doctor en Antropología, especialidad en Arqueología en la Universidad de Columbia (Estados Unidos), es autor de innumerables trabajos, entre artículos, monografías y libros. Su interés principal radica en el estudio de las culturas autóctonas de América, el arte precolombino y los procesos de evolución cultural, habiendo desarrollado una labor significativa en el campo de la arqueología del noroeste argentino, con especial énfasis en la investigación de terreno. Formó parte de la misión franco-argentina para el salvataje de los monumentos y sitios arqueológicos de Nubia (Sudán). Dos veces se le otorgó el Premio Konex de Platino, en múltiples oportunidades el de Doctor Honoris Causa de diversas universidades argentinas y ha sido nombrado Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

Como miembro de la Facultad de Filosofía y Letras he coincidido con la gestión del profesor Félix Gustavo Schuster al frente de la Secretaría de Investigación y Posgrado y luego con su decanato. Eso me ha llevado a estar en contacto frecuente con él y en circunstancias muy especiales, puesto que frente a una postración física que me impide desplazarme y solicitar las debidas audiencias,

él mostró la más extraordinaria deferencia, siempre abierto y dispuesto a recibir mis llamados, visitas y propuestas, ligadas al desarrollo de las investigaciones arqueológicas y a la reivindicación de los derechos de los pueblos originarios de América.

Por su actitud y manejo de las cuestiones relativas al papel de las unidades de investigación, algunas tan importantes para la Antropología como el Museo Etnográfico, él ha sido responsable de los cambios más significativos ocurridos en la institución durante el período democrático. Promovió el diálogo, supo escuchar y comprender los proyectos que se le proponían. Con su respaldo sostenido a quienes querían llevarlos adelante, la Facultad de Filosofía y Letras volvió a figurar entre las principales unidades de investigación científica de la UBA y del país. Por su visión latinoamericanista, ha entendido como pocos lo significativos que resultan hallazgos arqueológicos recientes tales como, por ejemplo, la decodificación de las tablillas de escritura mayas.

Dado que las culturas que hoy habitan el suelo mesoamericano estaban todas relacionadas, fueron expandiéndose desde México al sur y tuvieron una influencia decisiva en la formación de las altas culturas andinas, supe transmitirle el concepto —en el que sigo creyendo en la actualidad— de que hay una relación estrecha entre las culturas mexicanas y las andinas, lo que urge a proceder a encarar los estudios correspondientes integrando aquellos impactantes logros científicos.

Pero durante su gestión no solo se avanzó en lo que atañe a la producción de conocimiento sino que se generó un clima de trabajo prácticamente libre de burocracia. De despacho abierto a quien quisiera verlo, Schuster siempre prestaba oídos atentos a las propuestas y problemas que se le planteaban, siempre lograba encauzarlos. Debe tenerse en cuenta que durante la dictadura militar, los investigadores nos habíamos visto sometidos a grandes restricciones, que he sufrido en carne propia como concurrente asiduo al Museo Etnográfico. Entre otras cosas, para consultar la biblioteca o para consultar las piezas había que identificarse y realizar una serie de trámites. Ello era no solo engorroso sino complejo: dificultaba cualquier gestión, de cualquier especie, por simple y mínima que fuese. El sistema dictatorial había impuesto medidas drásticas, normas implantadas en todas partes como expresión de toda una ideología. Que el clima de trabajo y convivencia, la proyección a futuro de los planes científicos, cambiara con el retorno a la democracia, implicó mucho más que eliminar esas medidas restrictivas, pues también eran expresión de toda una ideología. En la etapa de consolidación de un nuevo modo de concebir las ciencias humanas y la formación de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras es cuando el doctor Schuster toma protagonismo. El fue factor crucial en el cambio, o mejor, en “los” cambios ocurridos en las unidades de investigación. Por eso me place tanto recordar esto ahora, una de las pocas veces que tengo la oportunidad de hacerlo públicamente, aunque haya pasado el tiempo.

Mi primer becario

Gregorio Klimovsky

Gregorio Klimovsky (1922-2009) fue profesor emérito de la UBA, decano de la Facultad de Ciencias Exactas y profesor titular en las Facultades de Ciencias Sociales y Filosofía y Letras de la UBA. Ha sido profesor en diversas instituciones, así como fundador de diversas organizaciones de investigación y de formación de posgrado. Ha recibido numerosas distinciones, doctorados Honoris Causa y dos veces el Premio Konex (Brillante, 1996 y Platino, 1986). Fue miembro de la CONADEP en 1984. Sus publicaciones más destacadas son: Las desventuras del conocimiento científico (2000), La inexplicable sociedad (1998) en coautoría con Cecilia Hidalgo, Los enigmas del descubrimiento científico (2005) y Creatividad y descubrimiento en ciencia (2000) en coedición con Félix Schuster.

Félix Gustavo Schuster fue mi primer becario. Tuve muchos después pero inauguré con él ese tipo tan especial de relación intelectual en la que una persona en cuya formación se pone mucha esperanza va pasando de discípulo a colega, para dar lugar luego a la creación de fuertes lazos de amistad.

Félix iba a ser becario de Vicente Fatone, uno de mis grandes maestros junto a Rey Pastor, pero su prematura muerte en 1962 dejó al becario sin director. Fatone era un experto en filosofía de la religión, hombre de la metafísica,

de la filosofía existencialista y fenomenológica. Yo había seguido muchísimos de los extraordinarios cursos que dictaba en el Colegio Libre de Estudios Superiores, los que ejercieron mucha influencia en mí. Si bien me inclinaba a la nueva filosofía que practicaban Bertrand Russell y los empiristas lógicos, aprendí con Fatone que se debe ser prudente con respecto a los juicios propios y que a los ajenos no se los debe descalificar o desechar de antemano. Teníamos maneras diferentes de entender las cosas y eso daba a nuestras discusiones el carácter de una experiencia singular.

También el joven Schuster apreciaba las posiciones filosóficas clásicas al tiempo que se interesaba por la filosofía de la ciencia en una vena más analítica: había tomado cursos con Mario Bunge en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y se perfilaba ya su orientación a las cuestiones epistemológicas relevantes a las ciencias sociales. Debutando en funciones de director de beca y nada menos que en un lugar que debía ocupar personalidad tan grande, que el becario fuera Félix hizo sencillo aplicar las enseñanzas de Fatone, fundamentalmente en el sentido de tratar de averiguar siempre en qué estaba pensando quien escribió lo que nos produce desacuerdo, evitar la soberbia, reconstruir los argumentos con la mejor interpretación posible.

Con el correr de la década del sesenta la situación del movimiento universitario fue poniéndose cada vez más complicada al compás de los crecientes rumores de un inminente golpe de Estado en el que la Universidad sería intervenida. Los sucesos posteriores a La Noche de los Bastones Largos nos pusieron a ambos fuera la Facultad de Filosofía y Letras, donde yo dirigía el Instituto de Filosofía y era profesor de la cátedra de Lógica en la que Félix era docente. También su beca quedó trunca, aunque luego pudo proseguir sus estudios en Londres.

Ya como colegas compartimos el interés por el conocimiento, la cientificidad de las teorías sociales y en particular la del psicoanálisis. Fuimos fundadores de la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF) junto a Carlos Alchourrón, Eugenio Bulygin, Genaro Carrió, Alberto Coffa, Juan Carlos D'Alessio, Ricardo Gómez, Raúl Orayen, Eduardo Rabossi y Thomas Moro Simpson. Derrocada la dictadura que lo encarceló, a partir de 1984 volvió a la Facultad de Filosofía y Letras, donde ocupó cargos de la máxima jerarquía, llegando a ser decano en 2002.

Cuando pienso en los años transcurridos y veo todo lo que se ha podido construir aun en un marco de tanta inestabilidad y dificultades, no puedo menos que advertir la importancia que tienen instituciones como las cátedras, los equipos de investigación o las becas en la formación y la conexión de los jóvenes que como aquel Félix becario, de enorme calidad humana e inteligencia, afortunadamente siguen poblando hoy las aulas.

Parte III

**La filosofía tras
la epistemología**



Articulación y los límites de la metáfora*

Ernesto Laclau

Ernesto Laclau es un filósofo argentino dedicado al campo de la filosofía política. Es profesor en la cátedra de Teoría Política de la Universidad de Essex, Inglaterra. Es director del programa de Ideología y Análisis del Discurso. En su construcción epistémica de lo social recurre a conceptos surgidos del psicoanálisis y la lingüística. Ha estado radicado en Inglaterra casi cuatro décadas y ha sido profesor de Teoría Política y director del doctorado en Ideología y Análisis del Discurso de la Universidad de Essex. Durante 1960 ha dirigido las revistas Izquierda Nacional y Lucha Obrera ligadas al Partido Socialista de Izquierda Nacional. Se destacan entre sus publicaciones: Hegemonía y estrategia socialista, en coautoría con Chantal Mouffe (1985), Emancipación y diferencia (1996) y La Razón Populista (1996). En la actualidad es profesor invitado en Retórica y en Humanidades del Departamento de Ciencias Políticas de la Northwestern University.

En un conocido ensayo, Gérard Genette (1972: 41-63) discute la cuestión de la interdependencia entre la metáfora y la metonimia en la estructuración de la narrativa de Proust. Siguiendo el trabajo precursor de Stephen

* Traducción: Mariela N. Solana

Ullmann (1957), muestra cómo, además del rol central tradicionalmente concedido a la metáfora en la obra de Proust, existen otros movimientos semánticos de naturaleza típicamente metonímica cuya presencia es, sin embargo, necesaria para que la metáfora tenga éxito en sus efectos figurales. Una hipálage como “*sécheresse brune des cheveux*” —en vez de “*sécheresse des cheveux bruns*”— sería un típico ejemplo de tal desplazamiento metonímico. Genette, sin embargo, insiste desde el comienzo en que no es una mera cuestión de reconocer la coexistencia de la metáfora y la metonimia en el texto proustiano, sino de mostrar cómo ambas se requieren una a la otra, cómo sin que una avance sobre la otra, ninguna podría jugar el rol específico que se espera de ellas en la constitución de la economía narrativa. En sus palabras: “lejos de ser antagonistas e incompatibles, la metáfora y la metonimia se sostienen y se interpenetran una a la otra, y dar el lugar que le pertenece a la segunda no consistirá en establecer una lista paralela opuesta a la de la metáfora sino, más bien, en mostrar la relación de ‘coexistencia’ al interior de la relación de analogía misma: el rol de la metonimia al interior de la metáfora” (Genette, 1972: 42).

Genette da varios ejemplos de tal interconexión. Así, se refiere a los numerosos casos en los cuales “campanario” (*clocher*) está metafóricamente (análogicamente) relacionado a “espiga” (*épis*) o a “pez”, dependiendo del entorno de la iglesia (rural en el primer caso, y marítimo en el segundo). Esto significa que la relación espacial de contigüidad es fuente de efectos análogos metafóricos. “Espiga = campanario” (o *église = meule*) en el medio de los campos, “pez = campanario” cerca del mar, “púrpura = campanario” sobre los viñedos, “*brioche* = campanario” a la hora de los dulces, “almohada = campanario” al comienzo de la noche, hay claramente en Proust un esquema estilístico recurrente, casi estereotipado, que uno podría llamar “camaleón = campanario” (*clocher = caméléon*). De este modo, hay una suerte de semejanza por contagio. La metáfora encuentra su soporte en una metonimia. Citando a Jean Ricardou, Genette enuncia el principio: “*qui se ressemble s’assemble (et réciproquement)*” (Genette, 1972: 45).

Muchos más ejemplos de esta solidaridad esencial entre contigüidad y analogía son dados: entre platos autóctonos y *vin de pays*, entre pinturas y su marco geográfico, entre el deseo por una campesina y su entorno rural, entre parientes, entre imágenes que se suceden en metáforas diegéticas, entre paisajes y su reflejo en las puertas de vidrio de un estante, etc. En todos estos casos vemos que, sin la mutua implicación entre metáfora y metonimia, sería imposible asegurar la unidad de un espacio discursivo. El mismo Proust fue solo parcialmente consciente de esta mutua implicación y tendió a privilegiar el lado metafórico. Como dice Genette:

“La solidaridad indestructible de la escritura, cuya fórmula mágica Proust parece estar buscando (‘solo la metáfora puede dar

una suerte de *eternidad* al estilo', dirá en su artículo sobre Flaubert) no puede resultar solo del vínculo horizontal establecido por la trayectoria metonímica; pero uno tampoco puede ver cómo podría resultar solo del vínculo vertical de la relación metafórica. Solo el cruce de uno por el otro puede sustraer al objeto de la descripción, y a la descripción misma, de las 'contingencias del tiempo', esto es, de toda contingencia; solo el cruce mutuo de una red metonímica y una cadena metafórica asegura la coherencia, la cohesión necesaria del *texto*" (Genette, 1972: 60).

Veamos cómo tiene lugar este cruce. La estructura de la "memoria involuntaria", le es central. Aparentemente tenemos, en el mecanismo de la reminiscencia, el caso de una metáfora pura, libre de toda contaminación metonímica (el gusto de la Madeleine, la posición del pie en la acera irregular, etc.). Pero el carácter puntual de la memoria analógica es inmediatamente desbordado. Como muestra Genette, es solo retroactivamente que el análisis descubre que la reminiscencia se inicia a partir de una analogía, que se aislaría como su "causa". "De hecho, la experiencia real comienza, no por comprender una identidad de sensación, sino por un sentimiento de 'placer' o 'felicidad', que aparece, al principio, sin una noción de causa" (Genette, 1972: 56). Aunque los ejemplos en *Swann* y en *Le Temps Retrouvé* difieren en su despliegue, el punto esencial es, en ambos casos, que la cadena de reminiscencia va, en una forma metonímica, más allá de la analogía original (en *Swann*, la taza conduce a la reminiscencia de la habitación, de la habitación a la casa, después a la aldea y de allí a toda la región). "Lo esencial aquí es notar que esta primera explosión [el detonador analógico] está acompañada también y necesariamente, por una especie de reacción en cadena que procede, no por analogía sino por contigüidad, y que es precisamente el momento en el cual el contagio metonímico (o, para usar el término de Proust, la *irradiación*) sustituye la evocación metafórica" (Genette, 1972: 56).

Para Genette, es este cruce entre metáfora y metonimia lo que asegura que haya una narrativa. Si solo hubiésemos tenido la dimensión metafórica, *A la recherche du temps perdu* no hubiera sido una novela sino una sucesión de momentos líricos sin ningún encadenamiento temporal. Entonces concluye:

"Sin la metáfora, dice (aproximadamente) Proust, no hay verdaderas memorias; nosotros agregamos por el (y por todos): sin metonimia, no hay encadenamiento de memorias, no hay *historia*, no hay novela. Porque es la metáfora la que recupera el Tiempo perdido, pero es la metonimia la que lo reanima, la que lo vuelve a poner en movimiento: la que lo devuelve a sí mismo y a su verdadera 'esencia', la que es su propio escape y su propia Búsqueda. Entonces aquí, solo aquí —a través de la metáfora

pero en la metonimia— es aquí que la Narrativa (*Récit*) comienza” (Genette, 1972: 63).

Algunos comentarios antes de despedirnos de Genette. El ha iluminado muy bien la relación de mutua implicación entre la metáfora y la metonimia que crea por sí misma la unidad del texto. Esa mutua implicación tiene, por lo tanto, efectos *totalizadores*. El cita, por ejemplo, el siguiente pasaje de Proust:

“Je me jetais sur mon lit; et, comme si j’avais été sur la chouchette d’un de ces bateaux que je voyais assez près de moi et que la nuit on s’étonnerer de voir se déplacer lentement dans l’obscurité, comme des cygnes assombrés et silencieux mais qui ne dorment pas, j’étais entouré de tous côtés des images de la mer” (I, p. 804).

Y Genette comenta: “Uno remarca aquí, la explícita concurrencia de la relación metafórica (*comme si*) y la metonímica (*près de moi*); y la segunda metáfora es también ella misma metonímica, injerta en la primera (*navires = cygnes*)” (Genette, 1972: 51).

La pregunta que queda, sin embargo, por hacerse es aquella concerniente al tipo de unidad que la articulación metáfora/metonimia logra constituir. Admitiendo —como creo que debería hacerse— que tal unidad es vital para la coherencia del texto, hay varias posibilidades acerca de cómo concebir la interacción entre estas dos dimensiones. Genette, desde luego, no sugiere que tal intervención debería ser concebida como el ajuste de las piezas de un mecanismo de relojería, y los mismos términos que utiliza (*recouplement, croisée*) sugieren que tenía algo considerablemente más complejo en mente. Sin embargo, él no avanza demasiado en la determinación de la naturaleza específica de esa *recouplement* en gran parte, creo, porque su principal preocupación es mostrar la *presencia* de ambos tropos en el texto proustiano. Discutiendo la distinción que hace Jakobson entre la metonimia como la dimensión prosaica del discurso y la metáfora como la poética, él afirma que “uno debería considerar la escritura proustiana como la tentativa más extrema hacia ese escenario mixto, asumiendo y activando plenamente los dos ejes del lenguaje, lo cual podría, de seguro, ser llamado irrisoriamente ‘poema en prosa’ o ‘prosa poética’, y lo que constituiría absolutamente y en el sentido pleno del término, el Texto” (Genette, 1972: 61). En virtud de los temas que discutiremos en este ensayo es crucial determinar con precisión las lógicas involucradas en la articulación de los dos ejes de ese “escenario mixto”.

II. Genette es claramente consciente de que su uso de las categorías “metáfora” y “metonimia” es un tanto idiosincrásico, ya que va más allá de lo que la retórica canónica les hubiera atribuido. Existe en Proust,

por ejemplo, una marcada preferencia por las “metáforas continuas” (*métaphores suivies*). “Existen raramente en su obra aquellos acercamientos fulgurantes sugeridos por una sola palabra, los únicos a los que la retórica clásica reserva el nombre de metáfora” (Genette, 1972: 55). En muchos casos, la comparación analógica ocurre de forma continua, ocupando varias páginas del texto. Pero también, podría parecer abusivo llamar metonimia a una contigüidad de memorias que no involucran alguna relación de sustitución. Sin embargo, como señala Genette,

“es la naturaleza de la relación semántica lo que está en juego, y no la forma de la figura... Proust mismo ha dado un ejemplo de tal abuso al llamar metáfora a una figura que, en su obra, es más frecuentemente una comparación explícita y sin sustitución, así que los efectos de contagio a los que nos hemos referido son casi el equivalente, en el eje de la contigüidad, a lo que las metáforas proustianas son en el eje de la analogía; y son, en relación con la metonimia *stricto sensu*, lo que las metáforas proustianas son *vis-à-vis* las metáforas clásicas... La sensación de señales se convierte rápidamente en Proust en una suerte de equivalente del contexto al que se asocia, como la ‘*petite phrase*’ de Vinteuil se convirtió, para Swann y Odette ‘en el aire nacional de su amor’: es decir, su emblema” (Genette, 1972: 58).

Este pasaje es crucial. Genette habla, por un lado, de un uso “abusivo” de las categorías retóricas; pero, por otro, describe tal abuso como una trasgresión que involucra un movimiento desde la *forma* de la figura hacia una relación *semántica* que, si bien está implícita en esa forma, va claramente más allá esos límites formales. Entonces, las siguientes preguntas se nos presentan:

1. Si las relaciones semánticas que subyacen tanto a la metáfora como a la metonimia trascienden su forma retórica, ¿no se encuentran esas relaciones ancladas en la significación misma, más allá de los límites de la retórica clásica o, alternativamente, no podría la significación ser vista como una retórica generalizada, por ejemplo: que la “retoricidad” pueda ser vista no como un abuso sino como constitutiva (en el sentido trascendental) de la significación?
2. En ese caso, ¿es suficiente concebir ese “más allá” de la forma retórica como simplemente “semántico”; lo cual lo ataría necesariamente al nivel del significado? ¿La relación significante/significado no involucraría una dialéctica que nos llevaría más allá de la semántica, hacia una materialidad del significante que inscribe desplazamientos retóricos en la misma estructura del signo? (pensemos en los “puentes verbales” de Freud).
3. ¿Por qué son esos desplazamientos retóricos por naturaleza, por ejemplo: dominados por la oposición básica metáfora/metonimia?

4. ¿Cómo concebir esta oposición? ¿Involucra una relación de complementariedad o, más bien, una mutua limitación de sus efectos, de forma tal que la metonimia establecería los límites de la metáfora y viceversa?

Una forma de ocuparse de estas preguntas sería volver nuestra atención a un enfoque teórico que explícitamente trata de unir las categorías retóricas a la dimensión estructural de la significación misma. Me refiero al famoso ensayo de Roman Jakobson *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos*. El punto de inicio de Jakobson es que la afasia, siendo un trastorno en el uso del lenguaje, “debe comenzar con la interrogación acerca de qué aspectos del lenguaje son dañados en los distintos tipos de este trastorno”. Esta interrogación no podría ser respondida “sin la participación de lingüistas profesionales familiarizados con los patrones y funciones del lenguaje” (Jakobson, 1958: 69).

Como señala Jakobson, cualquier signo lingüístico presupone su disposición a través de dos operaciones diferentes: *combinación* y *contextura*, por medio de las cuales el signo obtiene su locación, de acuerdo con reglas sintácticas en una sucesión ordenada con otros signos; y *selección* y *substitución*, por medio de las cuales un signo puede ser reemplazado por otros en cualquier locación estructural dada. Esta distinción corresponde a los dos ejes del lenguaje identificados por Saussure: el sintagmático y el paradigmático (que él llama asociativo). La combinación y la sustitución eran, para Saussure, los únicos tipos de operaciones que regulan la relación entre los signos. Partiendo de estas dos dimensiones, Jakobson identifica dos trastornos afásicos: el primero, el *desorden de semejanza*, está relacionado con la imposibilidad de sustituir términos, mientras que la habilidad para combinarlos no permanece dañada; en el segundo, el *desorden de la contigüidad*, es esa habilidad para combinar palabras la que es afectada. Dejando de lado los trastornos afásicos hay, según Jakobson, una propensión en cada usuario del lenguaje a apoyarse en uno u otro polo del lenguaje.

“En un conocido test psicológico, un grupo de niños fue enfrentado a algunos sustantivos y se les pidió que dijieran la primera respuesta verbal que se les viniera en mente. En este experimento, se manifestaron invariablemente dos predilecciones lingüísticas opuestas: la respuesta pretendía ser o una sustitución de, o un complemento al estímulo... Ante el estímulo *choza* una respuesta era *gastada*; otra era es *una casita pobre*. Ambas reacciones son predicativas; pero la primera crea un contexto puramente narrativo, mientras que en la segunda hay una doble conexión con el sujeto choza; por un lado, una contigüidad posicional (a saber, sintáctica) y, por otro, lado una semejanza semántica” (Jakobson, 1958: 90-91).

A partir de estos dos ejes del lenguaje —el paradigmático y el sintagmático, sustitución y combinación— Jakobson pasa al campo retórico: la metonimia se correspondería con la combinación y la metáfora con la sustitución. Y esta alternativa no es puramente regional sino que regula el comportamiento humano en su totalidad:

“Al manipular estas dos clases de conexiones (semejanza y contigüidad) en sus dos aspectos (posicional y semántico) —seleccionando, combinando y clasificándolos— un individuo expone su estilo personal, sus predilecciones y preferencias verbales” (Jakobson, 1958: 91).

“La estructura bipolar del lenguaje (u otros sistemas semióticos) y, en la afasia, la fijación de uno de esos polos al costo de la exclusión del otro, requiere un estudio sistemático comparativo. La retención de cualquiera de estas dos alternativas en los dos tipos de afasia debe ser enfrentado a la predominación del mismo polo en ciertos estilos, hábitos personales, modas actuales, etc.” (Jakobson, 1958: 93).

Este argumento está, para Jakobson, a la base de una interpretación cultural más amplia. En el arte verbal, como la poesía y la lírica, se privilegia el eje metafórico, como en el romanticismo y el simbolismo, mientras que en el arte realista, cuyo epítome es la novela, prevalecen los desplazamientos metonímicos. Tenemos aquí otra vez, en diferentes términos, el argumento que ya habíamos encontrado en Genette: la obra más importante de Proust es una novela y no una sucesión paratáctica de momentos líricos, porque las metáforas están basadas en conexiones metonímicas. Para Jakobson, esta alternativa también se aplica al arte no verbal: en el cubismo, la sucesión de sinécdoques es esencialmente metonímica, mientras que en el surrealismo, las imágenes cuasialegóricas se inclinan hacia la metáfora. Y en las películas, la pluralidad de ángulos y primeros planos en la producción de Griffin es metonímica por naturaleza, mientras que en Charlie Chaplin y en Eisenstein, una sustitución metafórica de imágenes estructura la narrativa. Es más, todo sistema semiótico puede, para Jakobson, ser entendido en función de la alternativa metáfora/metonimia.

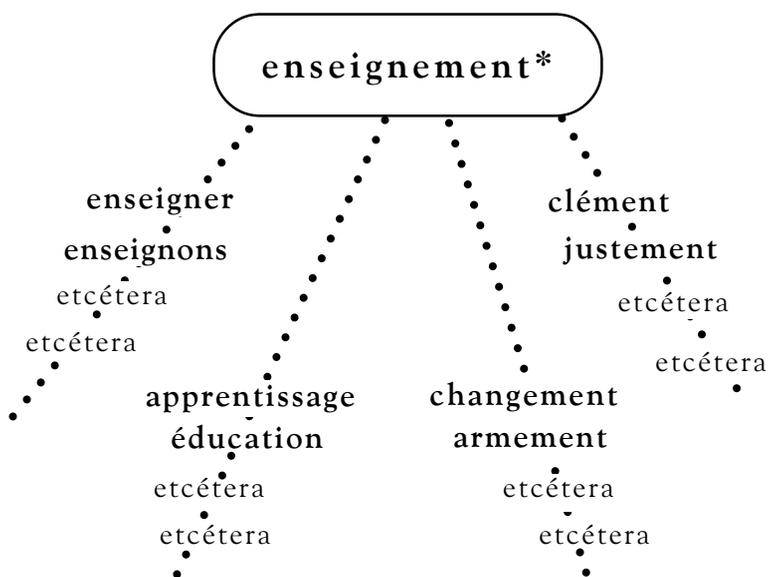
El gran mérito del análisis de Jakobson es haber llevado las categorías retóricas a su locación específica dentro de la estructura lingüística, es decir, haber mostrado que esta es la que está en la raíz de todos los movimientos figurales. La metáfora y la metonimia, en este sentido, no son unas figuras más entre otras, sino las dos matrices fundamentales alrededor de las cuales todas las otras figuras y tropos deberían acomodarse. Entonces, la clasificación de las figuras retóricas deja de ser una enumeración heteróclita de formas, y presenta una clara estructura anclada en su dependencia de las dimensiones fundamentales del

lenguaje. La transición desde estas dimensiones a su investidura retórica específica requiere, sin embargo, algunas consideraciones ulteriores que resumiré en las siguientes páginas.

1. Existe, en primer lugar, la cuestión respecto a la transición desde el eje de la combinación —la dimensión sintagmática— a la metonimia. Ya que, aunque un movimiento tropológico a lo largo de esa dimensión solo puede ser concebido en términos metonímicos, no hay nada en la combinación, considerada en aislamiento, que requiera que ese movimiento tenga lugar. Uno puede imaginarse perfectamente una combinación de términos siguiendo reglas sintácticas que no involucraría ningún desplazamiento metonímico. Por lo que respecta a la combinación, hay un grado cero de lo tropológico. Puedo decir perfectamente “*sécheresse des cheveux bruns*” en vez de “*sécheresse brune des cheveux*”. Si es así, lo figural sería algo añadido a la significación desde afuera, no una parte integral de la significación, y volveríamos a una visión clásica de la retórica como un adorno del lenguaje. Así que, si queremos establecer una conexión más íntima entre los tropos y la significación, debemos buscar una forma de socavar la mera posibilidad de un grado cero retóricamente neutral.

2. Esta forma es rápidamente hallada una vez que nos movemos de la “combinación” al segundo eje: “sustitución/selección”. Ya que aquí, a diferencia del eje de la combinación, no hay grado cero: la sustitución (de nuevo, considerada en aislamiento) no está sometida a ninguna regla sintáctica a priori. El mismo Saussure lo dice: “Mientras que un sintagma inmediatamente convoca la idea de un orden de sucesión y de un determinado número de elementos, los términos de una familia asociativa no se presentan a sí mismos ni un número definitivo ni en un orden determinado” (Saussure, 1980: 174). Por lo tanto, el eje de la sustitución, *que también es constitutivo del lenguaje*, subvierte el mismo principio de locaciones estructurales en las que la sucesión sintagmática está basada. El diagrama de Saussure, del conjunto de posibilidades abiertas por la sustitución, es más que revelador (*ver en la página siguiente*).

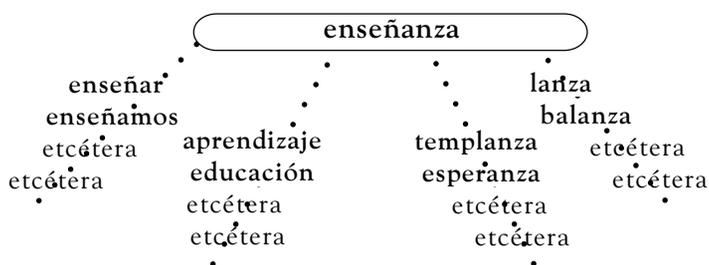
Una de estas posibilidades es particularmente importante para nuestro argumento: la imposibilidad de confinar la sustitución (y, como resultado, la trasgresión tropológica) al orden del significado. Saussure afirma: “Hay, o bien una comunidad doble de sentido y forma, o bien comunidad solo de sentido o de forma. Cualquier palabra puede evocar cualquier cosa susceptible de ser asociada a ella de una forma u otra” (Saussure, 1980: 174). Es por eso que nosotros afirmamos previamente que el “más allá” de la forma retórica no puede ser confinado a asociaciones *semánticas*. Una posibilidad es que los movimientos retóricos no solo ocurren al nivel del significado, sino también al nivel del significante.



(En el “hombre rata” de Freud hay un desplazamiento de “rata” a *Spielratten* (juego) y, por ende, el padre (un jugador) es incorporado al “complejo de rata”).

3. ¿Dónde nos dejan estas consideraciones en cuanto a la relación metáfora/metonimia? La conclusión principal es que las nociones de “analogía” y “contigüidad” que son, respectivamente, las bases definitorias de los dos tropos, lejos de ser completamente diferentes en naturaleza, tienden, al contrario, a solaparse una a otra. ¿Por qué? Porque ambas son transgresiones del mismo principio, a saber, la lógica diferencial asociada al eje sintagmático del sistema significante. La única

* En la versión castellana de Amado Alonso se construye la misma figura a partir de “enseñanza” y, puesto que una traducción literal no correspondería al punto lingüístico destacado por De Saussure, se reemplazan algunos términos de la siguiente manera:



distinción que es posible establecer entre ambas figuras es que, en el caso de la metonimia, la trasgresión de las locaciones estructurales que definen la relación de combinación es totalmente visible, mientras que en la metáfora, la analogía ignora completamente aquellas diferencias estructurales (las asociaciones, como muestra Saussure, pueden moverse en las más variadas direcciones). En cierto sentido, se puede decir que la metáfora es el *telos* de la metonimia, el momento en que la trasgresión de las reglas de combinación ha alcanzado su punto de no retorno: una nueva entidad que ha nacido nos hace olvidar las prácticas transgresoras en que se basa. Pero sin esas prácticas transgresoras, que son esencialmente metonímicas, la nueva entidad metafórica no podría haber emergido. Como muestra Genette en el caso de Proust, la analogía siempre está basada en una contigüidad originaria.

Podemos sacar una conclusión ahora, que será importante para nuestro análisis político: la contigüidad y la analogía no son esencialmente diferentes una de otra, sino que son dos polos de un *continuum*. Permítasenos dar un ejemplo que ya he discutido en otro lugar¹. Supongamos que hay un barrio en el que existe violencia racial, y la única fuerza capaz de confrontarla en esa área son los sindicatos. Cualquiera pensaría que, normalmente, oponerse al racismo no es la tarea natural de los sindicatos y si está asumida por ellos en ese lugar es por una constelación contingente de fuerzas sociales. Es decir, que tal “asunción” se deriva de una relación de contigüidad (por ejemplo, que su naturaleza es metonímica). Pensemos, sin embargo, que esta “asunción” continúa por un largo período de tiempo: en este caso la gente se acostumaría a esta situación y tendería a pensar que es una parte normal de las prácticas de los sindicatos. Así que, lo que era un caso de articulación contingente, se convierte en una parte del significado central del término “sindicato”, la “contigüidad” se convierte en “analogía”, la “metonimia” en “metáfora”. Anticipándonos a lo que discutiremos más adelante, podemos decir que esto es inherente a la operación política central que llamamos “hegemonía”: el movimiento de la metonimia hacia la metáfora, de la articulación *contingente* a la pertenencia *esencial*. El nombre —de un movimiento social, de una ideología, de una institución política— siempre es la cristalización metafórica de contenidos cuyos vínculos analógicos son el resultado de ocultar la contigüidad contingente de sus orígenes metonímicos. A la inversa, la disolución de una formación hegemónica involucra la reactivación de esa contingencia: el retorno desde una fijación metafórica “sublime” a una humilde asociación metonímica.

1. Ver Laclau, 2001 (229-253).

4. Con esta conclusión, sin embargo, solo hemos establecido:
- a. que la distinción metafórico/metonímico tiene una prioridad matricial sobre los otros tropos (que es posible, de una forma u otra, reducirlos a esa matriz);
 - b. que tal distinción matricial no se refiere simplemente a opuestos sino a dos polos de un *continuum*.

Pero afirmar que la retoricidad es inherente a la significación requiere un paso más: mostrar que sin un desplazamiento tropológico la significación no podría encontrar su propia base. He intentado probar este punto en otra parte y no lo repetiré aquí². Digamos, tan solo, que esta prueba requiere mostrar que la significación, para ser posible, necesita su propia clausura y que tal clausura, al involucrar la representación de un objeto que es a la vez imposible y necesario, nos lleva a la producción discursiva de significantes vacíos. Un significante vacío, como intenté demostrar, no es tan solo un significante sin significado —el cual, como tal, estaría por fuera de la significación— sino un significante que significa el punto ciego inherente a la significación, el punto en el cual la significación encuentra sus propios límites y que, sin embargo, para ser posible, debe ser representado como la precondition sin sentido del sentido. En términos psicoanalíticos, sería el momento de lo Real; el momento de distorsión de lo Simbólico, que es la precondition para que lo simbólico se constituya a sí mismo como una totalidad. Ahora, si la representación de algo irrepresentable es la mismísima condición de la representación como tal, esto significa que la representación (distorsionada) de esta condición involucra una *sustitución*, esto es, solo puede ser tropológica por naturaleza. Y no es una sustitución que deba ser considerada como un reemplazo de términos positivos: implicará dar un nombre a algo que es esencialmente “sin nombre”, a un lugar vacío. Esto es lo que le da su centralidad a la catacrexis. Y como todo movimiento figural involucra decir algo más de lo que puede ser dicho a través de un término literal, la catacrexis es inherente a lo figural como tal, se convierte en la marca característica de la “retoricidad” como tal.

5. Volvamos, en este punto, a la cuestión de la base del *continuum* metáfora/metonimia. Tal base es dada, como ya hemos indicado, por la oposición de *cualquier* movimiento tropológico a la lógica diferencial de la combinación, inherente al polo sintagmático de la significación. La diferencia entre la analogía y la contigüidad es que aunque ambos, a través de sus sustituciones, subvierten dicha lógica diferencial, la visibilidad de lo subvertido está mucho más presente en el caso de la metonimia,

2. Ver Laclau, 1996; 2005.

mientras tiende a desaparecer en el caso de la metáfora. Sin embargo, si esta subversión de locaciones combinatorias es inherente a la retoricidad, y la retoricidad es una de las dimensiones de la significación, esto significa que esta última solo puede ser concebida como un proceso eterno de instituciones sucesivas y subversiones de locaciones diferentes. Esta es la razón por la cual el estructuralismo de estricto acatamiento siempre tendió a enfatizar el polo sintagmático del lenguaje a expensas del paradigmático. Pero la ambigüedad creada por la operación de las dos lógicas opuestas de combinación y sustitución, no fue totalmente ignorada, aún en la obra de Saussure. Como Joan Copjec ha señalado:

“Al enfatizar la ‘perspectiva sincrónica’ de la lingüística y su comunidad, Saussure finalmente decidió dar prioridad al sistema contemporáneo de significantes operando en algún (hipotético) momento: el presente. Olvidando, para su propio propósito, su importante estipulación de que el significado debe ser determinado retroactivamente, es decir, olvidando la naturaleza diacrónica del significado, él fundó en última instancia la ciencia de la lingüística en la totalidad sistemática del lenguaje. Así, el argumento estructuralista dejó de ser que el significante final S2 determina aquello que viene antes, S1, y se convierte, en cambio, en que S2 determina S1 y S1 determina S2; es decir, que las oposiciones recíprocas estabilizan significados entre términos coexistentes; y las relaciones diferenciales ya no amenazan la transvaloración de todo significante precedente” (Copjec, 1995: 205-206).

Si incorporamos, sin embargo, la perspectiva diacrónica que el propio Saussure enuncia, pero luego olvida, la consecuencia es clara: S2 puede ser la base del sistema solo si no posee una locación precisa y particular en su interior. El mismo argumento puede ser presentado en términos de la teoría de los conjuntos: de qué nombres el conjunto no puede ser parte. Lo que el giro retórico añadiría a este argumento es que el término que da nombre al conjunto sería uno de los elementos particulares de ese conjunto que escindiría su propia identidad entre su propia particularidad y su rol de significar la totalidad. Es este doble rol lo que está a la raíz de todo desplazamiento topológico.

6. La retoricidad, como una dimensión de la significación, no tiene límites en su campo de operación. Su extensión es equivalente a la de la misma estructura de la objetividad. Esto está, en primer lugar, conectado con la noción de “discurso” que hemos usado en nuestra obra, la cual no está exclusiva o primariamente ligada al habla o a la escritura sino a toda práctica significativa. Esto implica que es equivalente a la producción social del sentido, es decir, al mismo tejido de la vida social.

No hay posibilidad de separar estrictamente significación y acción. Hasta la afirmación más confirmativa tiene una dimensión performativa y, a la inversa, no hay acción que no esté embebida en una significación. Por la misma razón, no puede haber ninguna exacta separación entre significación y afecto, ya que este último está constituido a través de una catexia diferenciada hacia los varios componentes de una cadena significante. Como en los “juegos del lenguaje” de Wittgenstein, las palabras y las acciones (a lo que deberíamos agregar afectos), son partes de una red interdependiente. Esto significa que categorías lingüísticas tales como las distinciones significado/significante y sintagma/paradigma –si son propiamente teorizadas– dejan de pertenecer a una disciplina regional y consiguen definir las relaciones que operan en el mismo terreno de una ontología general.

Pero, en segundo lugar, si la significación pudiese cerrarse a sí misma en términos sintagmáticos –por ejemplo: si las relaciones paradigmáticas de sustitución pudiesen ser reabsorbidas por las reglas combinatorias– el rol de la retórica no podría ser ontológicamente constitutivo. La clausura estructuralista de la relación de mutua determinación entre S1 y S2 podría ser alcanzada sin que ningún dispositivo tropológico sea traído a colación y, entonces, la retórica sería relegada a su rol tradicional de adorno del lenguaje. No obstante, aquí nuestros comentarios con respecto a la imposibilidad de alcanzar ningún tipo de clausura de un sistema significante sin representar lo irrepresentable resultan relevantes. Una vez que la centralidad de la catacrésis es completamente aceptada, la retoricidad se convierte en una condición de la significación y, por ende, de la objetividad.

En tercer lugar, una vez que el estatus de la retórica ha sido reconocido en su verdadera generalidad ontológica, las relaciones a las que en este ensayo nos hemos aproximado con una terminología estrictamente tropológica, pueden ser reproducidas a diferentes niveles del análisis de la realidad humana, aun cuando la naturaleza retórica de la distinción introducida no es percibida o reconocida. En el psicoanálisis, para dar el ejemplo más obvio, el carácter retórico de las labores del inconsciente ha sido explícitamente reconocido hace mucho tiempo. La condensación ha sido asimilada a la metáfora y el desplazamiento a la metonimia. La lógica del objeto *a* involucra precisamente una investidura por medio de la cual un objeto ordinario se convierte en el sustituto de la “cosa” inalcanzable. Desde el punto de vista de Lacan: la sublimación es elevar un objeto a la dignidad de la “cosa”. Esta operación de investidura es catacrésica de cabo a rabo. Y Copjec, en sus estudios fílmicos, ha mostrado como los *close ups* no son una parte de un todo sino una parte que funciona como la misma condición del todo, como su nombre, conduciendo a esa contaminación entre particularidad y totalidad que, como vimos, está en el corazón de todo movimiento tropológico.

En el resto de este ensayo, intentaré demostrar la operación de estas distinciones que hemos estado discutiendo, en el campo político. Argumentaré que las tensiones que hemos detectado a lo largo del *continuum* metáfora/metonimia, pueden ser vistas en forma completa en la estructuración de los espacios políticos. Discutiré dos casos. En el primero, veremos una casi completa unilateralización de la operación metafórica. En el segundo, un bloqueo sistemático de la transición de metonimia a metáfora, por ejemplo: la prevención de que la contigüidad se convierta en analogía. A la primera posibilidad, la ilustraré con la lógica de la huelga general en Sorel; a la segunda, con la estrategia política del Leninismo.

III. Debemos darle algún estatus teórico preciso a la operación en la que nos comprometemos cuando intentamos ver la forma en que las categorías retóricas están (implícitamente) presentes en aquellas lógicas que gobiernan las distinciones que estructuran áreas diferentes de esas en que se pensaba, originalmente, que operaba la retórica. Debemos evitar, básicamente, dos tentaciones. La primera es hacer de las categorías retóricas el locus de una trascendentalidad fuerte, es decir, de un nivel en el que todas las distinciones teóricas pertinentes serían formuladas y que reduciría los terrenos de su “aplicación” a la empiricidad del “estudios de casos”. Pero también deberíamos evitar el otro extremo, que consiste en ver los dos niveles como universos totalmente cerrados, cuya mutua relación solo podría ser concebida desde el punto de vista de homologías puramente externas. La cuestión de la comparación misma entre regiones y niveles debería ser concebida en términos topológicos: ningún nivel tiene una prioridad trascendental sobre el otro, por lo que su interacción debería ser vista como un área de desplazamientos, desdibujando las fronteras entre lo empírico y lo trascendental. Cada uno debería enriquecer teóricamente la comprensión del otro en una intertextualidad que no tiene un último punto de anclaje.

Si intentamos pensar aquellas categorías organizadoras del campo político que hacen posible la comparación sin el análisis retórico, podríamos presentar la siguiente tesis: la política es una articulación de elementos heterogéneos, y tal articulación es esencialmente topológica, ya que presupone la dualidad entre la institución y la subversión de posiciones diferenciales que encontramos definiendo la intervención retórica. La organización social no es, sin embargo, exclusivamente política, en gran parte consiste en posiciones diferenciales que no son amenazadas por ninguna confrontación entre grupos. Es solo a través de esta confrontación que el momento específicamente político emerge, ya que muestra la naturaleza contingente de la articulación. Usando una distinción husserliana, podríamos decir que lo social es equivalente a un orden *sedimentado*, mientras que lo político involucraría un momento de *reactivación*. Las formas contemporáneas de tecnocratismo expresarían la

disolución de lo político y la reducción del gobierno de la comunidad a una mera cuestión de experticia. Es el reemplazo de lo político por el conocimiento, cuya formulación más antigua la encontramos en Platón.

Tenemos aquí la base para una comparación entre la dualidad político/administración y los dos ejes de la significación (la combinación y la sustitución). Cuanto más estable y sin desafiar se mantenga el orden social, más prevalecerán y se organizarán a sí mismas, en un sistema sintagmático de posiciones diferenciales, las formas institucionales. Cuanto más definida por confrontaciones entre grupos esté la escena social, más estará dividida la sociedad en dos campos: en el límite, habrá una total dicotomización del espacio social alrededor de solo dos posiciones sintagmáticas: “nosotros” y “ellos”. Todos los elementos sociales deberían localizar su identidad alrededor de cualquiera de esos dos polos, cuyos componentes internos estarían en una mera relación de equivalencia. Mientras que en un discurso político institucionalista hay una multiplicación de posiciones diferenciales en una relación de combinación de unos con otros, en un discurso antagonista de ruptura el número de posiciones diferenciales sintagmáticas es radicalmente restringido, y todas las identidades establecen relaciones paradigmáticas de sustitución con todas las otras, en cada uno de los dos polos. En mi obra he llamado a estas dos lógicas políticas opuestas, la lógica de la diferencia y de la equivalencia, respectivamente. Dado que la cadena de equivalencias establece una sucesión paratáctica entre sus eslabones constituyentes, ninguno de ellos puede tener una posición de centralidad fundada en una lógica combinatoria de naturaleza hipotáctica. Así que, si la unidad de la cadena de equivalencias va a estar organizada alrededor de un significante privilegiado, tal privilegio no puede ser derivado de una posición estructural diferencial, sino de una investidura catéctica de tipo radical. Los símbolos de la *Solidarność* en Polonia, tuvieron éxito no por que los astilleros de Lenin tuvieran algún tipo de centralidad estructural en el país, sino por el hecho de que expresaron sentimientos radicales anti statu quo en el momento en que muchas otras demandas sociales se vieron frustradas por no poder hallar canales institucionales de expresión en el sistema político existente. Este proceso por medio del cual las identidades dejan de ser puramente inmanentes a un sistema y requieren una identificación con un punto trascendente a ese sistema —que es lo mismo que decir: cuando una particularidad se convierte en el nombre de una universalidad ausente— es lo que llamamos *hegemonía*. Su lógica es idéntica a la lógica del objeto *a*, a la cual ya nos hemos referido y que es, por razones que ya hemos dado, esencialmente catacrésica (= retórica).

Un último punto requiere nuestra consideración. Una operación hegemónica es esencialmente tropológica, pero requiere movimientos estratégicos muy particulares para ser llevada a cabo al interior del *continuum* metáfora/metonimia. Otros movimientos, sin embargo, son igualmente

posibles, dado que el *continuum* no prescribe a priori ni la dirección que las intervenciones deberían tomar, ni las diferentes formas de articulación entre sus polos extremos. Genette presenta la decisión de Proust, que hizo posible la existencia de una narrativa, como precisamente eso: una decisión. Pero también señala que otras decisiones pudieron haber sido igualmente posibles, en cuyo caso no hubiéramos tenido una novela sino, por ejemplo, una sucesión de momentos líricos. De la misma forma, la emergencia de una lógica hegemónica en el pensamiento político de Gramsci tiene lugar contra el fondo de varias formas diferentes de concebir la política en la tradición marxista que, aun siendo describibles en función de las posibilidades abiertas por la distinción metafórica/metonímica, son diferentes del giro hegemónico. Es a esa historia a la que debemos dirigir ahora nuestra atención.

IV. Hablamos ya de un grado cero de la retórica, cuyos logros requerirían idealmente que la lógica diferencial sintagmática sea capaz de dominar el campo total de la significación (en el sentido expandido que le hemos dado a este último término). El prerrequisito para conseguir tal grado cero sería, claro está, la habilidad de la lógica sintagmática de controlar completamente las sustituciones paradigmáticas (una habilidad de la que tenemos buenas razones para dudar). Sin embargo, hasta ahora hemos limitado la cuestión del grado cero a su versión estructuralista —por ejemplo: a un sistema puramente *sincrónico*— a la vez que identificábamos la noción de diacronía con una fijación/trasgresión retroactiva que operaría desde el “afuera” del “interior” estructural. ¿Es esta, sin embargo, la única alternativa verdadera? ¿Es necesario que un espacio puramente sintagmático/combinatorio esté organizado en una forma sincrónica? Creo que no. Siempre que la diacronía no sea concebida como una intervención contingente y externa sino como estructurada por una teleología, una sucesión diacrónica es perfectamente compatible con un grado cero de la tropología. La diferencialidad pura (nuestro grado cero) no está necesariamente ligada ni a la simultaneidad ni a la sucesión.

Es en este punto que debemos comenzar nuestra consideración de la tradición marxista, puesto que en la raíz de esta tradición hay un discurso anclado en la teleología hegeliana. Ya conocemos los rasgos distintivos de esta: las determinaciones esenciales de cualquier entidad deben ser halladas en su especificidad *conceptual*; las contradicciones *conceptuales* inherentes a esta especificidad nos fuerzan a movernos hacia una nueva entidad que encarna una nueva etapa *conceptual*, etc. Marx no cambió las cosas en lo más mínimo con su “inversión” de la dialéctica hegeliana: si la base es la “materia” en vez de la “*idea*”, pero la materia tiene leyes internas de movimiento que son *conceptualmente* especificables, el materialismo de Marx es tan idealista como el de Hegel. Ontológicamente hablando no son, de hecho, diferentes uno de otro.

El punto importante para nuestro tema es que, en la visión de la historia que emerge de esta diacronía, las diferentes etapas de la sucesión no son concebidas como *interrupciones* de lo que las precedía sino como *cumplimientos teleológicos*. Estamos tratando con una combinación pura en la que cada actor y tarea tiene un lugar asignado en una escatología secular basada en las “leyes necesarias” de la historia. No resulta sorprendente que la consecuencia política principal de esta aproximación sea privilegiar la “estrategia” sobre la “táctica”. Consideraciones estratégicas de largo plazo eran tenidas en cuenta como posibles porque el teleologismo de las premisas abría el camino a predicciones históricas, aun si solo fueran “predicciones morfológicas”, para usar las palabras de Antonio Cabriola. Y si esas predicciones no se cumplieran, podría desecharse las como aberraciones temporales que serían superadas una vez que las “leyes necesarias” reaseguraran su validez de largo plazo.

Las versiones más extremas de este teleologismo son encontradas, por supuesto, en las corrientes ortodoxas de la Segunda Internacional, pero es suficiente leer el “Prefacio” de la *Contribución a la crítica a la economía política* para darse cuenta de que, aunque en una forma menos cruda, impregna la totalidad de la tradición marxista. Es por esto que podemos hablar de un grado cero retórico: en esta sucesión sintagmática no existe lugar ni para desplazamientos metonímicos ni para reagrupaciones metafóricas. Uno podría, sin embargo, preguntarse: ¿pero no es precisamente a lo largo de sucesiones combinatorias de posiciones diferenciales que opera la metonimia? La respuesta es sí, pero la metonimia, como la conocemos, involucra una subversión del principio de la diferencialidad a través de sustituciones basadas en la contigüidad, y son precisamente estas sustituciones que el literalismo sintagmático tiende a bloquear.

El literalismo marxista requiere la reducción del proceso del desarrollo histórico a un mecanismo que debe ser conceptualmente aprehensible en lo concerniente a sus leyes de movimiento. Pero esa aprehensión conceptual también requiere que todo lo que escape a lo que es especificado por esas leyes, deba ser descartado como históricamente irrelevante.

“Los cambios en la base económica llevan tarde o temprano a la transformación de toda la inmensa superestructura. Al estudiar tal transformación, siempre es necesario distinguir entre las transformaciones materiales de las condiciones económicas de producción, que pueden ser distinguidas con la precisión de las ciencias naturales, y lo legal, político, religioso, artístico o filosófico (en resumen, las formas ideológicas en las que el hombre se hace consciente de este conflicto y trata de combatirlo). Así como uno no juzga un individuo por lo que piensa de sí mismo, uno no

puede juzgar tal período de transformación por su conciencia, sino, al contrario, esta conciencia debe ser explicada a partir de las contradicciones de la vida material, a partir del conflicto existente entre las fuerzas sociales de producción y las relaciones de producción” (Marx, 1971: 24).

Ahora, es precisamente esta distinción tajante entre lo que es relevante y lo que no lo es, lo que resulta desdibujado durante la primera “crisis del marxismo” a fines del siglo XIX. El capitalismo se recuperó luego de un largo período de depresión, y comenzó la transición hacia la fase monopolista y hacia el imperialismo. En tal situación, la fe socialista en el colapso del sistema como resultado de sus contradicciones internas fue sacudida. Los desarrollos históricos habían revelado ser más complejos de lo que se había venido asumiendo, y tal complejidad tomó la forma de una contaminación entre niveles sociales que, de acuerdo con la teoría clásica, deberían haber permanecido diferenciados. (El “capitalismo organizado” dejó de ser explicado puramente por las leyes del mercado y un elemento de regulación consciente intervino al nivel mismo de la infraestructura; el imperialismo condujo a la emergencia de una “aristocracia de la clase trabajadora” y, consecuentemente, a una atenuación de los conflictos de clase, etc.) La consecuencia para nuestro análisis es que el mismo terreno que había hecho accesible el grado cero de lo tropológico fue destrozado, y movimientos retóricos se tornaron altamente importantes tanto en una dirección metafórica como en una dirección metonímica.

Este giro tropológico, sin embargo, tomó variadas formas y direcciones. Como anticipamos, el primer ejemplo al que haremos referencia es la obra tardía de Georges Sorel. Como otros socialistas de su época, Sorel, durante la escritura de *Reflexiones sobre la violencia*, había perdido fe en la perspectiva del capitalismo derrumbándose a sí mismo como resultado de leyes puramente económicas. Así que, para mantener viva la vocación revolucionaria de la clase trabajadora, era necesario apelar a algo diferente al determinismo económico. Algún tipo de principio subjetivo debía ser traído a colación. Es importante tener en claro que, para Sorel, su apoyo a la lucha proletaria no estaba basado en la justicia de las demandas de los trabajadores, sino en la creencia de que el proletariado era la única fuerza en la sociedad capaz de prevenir la decadencia burguesa. Esto en la medida que la perspectiva con la que se enfrentaban las sociedades contemporáneas era de una declinación general de la civilización. El principio capaz de mantener la pureza de la identidad proletaria era la *violencia*. Para este propósito, era esencial que la clase trabajadora no interviniera en la política, porque eso la haría parte de los mecanismos del Estado burgués. El oponía la “violencia proletaria” a la “violencia política” (y esta última era tipificada por el jacobinismo).

La violencia proletaria debía estar organizada alrededor de un *mito*.

“Los hombres que participan en grandes movimientos sociales se representan a sí mismos, su acción inmediata bajo la forma de imágenes de batallas asegurando el triunfo de su causa. Propongo llamar *mitos* a esas construcciones, cuyo conocimiento es tan importante para el historiador: la huelga general de los sindicatos y la revolución catastrófica de Marx son mitos” (Sorel, 1990: 21).

El contraponía “mito” a “utopía”. Mientras que esta última es una construcción puramente intelectual, el programa de una sociedad futura ideal, el mito es solo un conjunto de imágenes capaces de galvanizar la imaginación de las masas y proyectarlas a la acción histórica.

El mito alrededor del cual la identidad proletaria debería ser organizada, es el de la *huelga general*.

“Entiendo que el mito de la huelga general horrorice [*froisse*] a mucha *gente* sabia por su carácter de infinitud; el mundo presente está muy inclinado a retornar a las opinión de los antiguos y a subordinar la moral a la buena administración de los asuntos públicos, lo que lleva a localizar la virtud en un justo medio. Mientras que el socialismo continúe siendo una *doctrina enteramente presentada a través de palabras*, es fácil hacerla desviar hacia ese justo medio; pero esta transformación es claramente imposible una vez que introducimos el mito de la huelga general, que involucra una revolución absoluta” (Sorel, 1990: 25).

Y otra vez:

“Hoy en día, los mitos revolucionarios son casi puros, hacen posible entender las actividades, sentimientos e ideas de las masas populares preparándolas para entrar en una lucha decisiva, no son descripciones de cosas sino expresiones de voluntades” (Sorel, 1990: 21).

En un mito, la infinitud de la tarea va unida a la penuria de su contenido. Su función es, precisamente, separar al militante del objetivo concreto de su acción particular. Supongamos que un grupo de trabajadores participan en una huelga por salarios más altos. Si la huelga es exitosa, y su único fin era esa demanda particular, el éxito conduce a la desmovilización y a la integración de los trabajadores al statu quo. Sin embargo, si la participación en ese acto concreto es vista como un simple episodio, educando al proletariado para el objetivo final, el sentido de la lucha particular cambia totalmente. Pero, para esto, el mito de la huelga general debe estar operando desde el mismo comienzo. Esto explica la *infinitud* de la tarea, a la que se refiere Sorel: no puede ser

identificada con ningún objetivo particular. Y explica también la pobreza de sus contenidos que es, de hecho, más que pobreza, ya que como nombre de una tarea infinita, niega la misma posibilidad de cualquier contenido (que necesariamente debería ser finito). El mito soreliano es uno de los ejemplos más puros de lo que llamamos “significantes vacíos”. No importa si la huelga general es un evento que puede ocurrir o no. Aunque Sorel no es completamente explícito al respecto, creo que la misma lógica de su argumento conduce a una respuesta negativa, ya que cualquier cumplimiento finito comprometería la infinitud de la tarea. Su estatus se aproxima al de la idea regulativa de Kant.

¿Cómo, sin embargo, leer este conjunto de desplazamientos que aporta Sorel, a la luz de la secuencia de categorías del marxismo clásico? ¿Dónde y cómo exactamente tiene lugar el giro tropológico? Para empezar, no hay en Sorel una pluralidad sintagmática de espacios de enunciación, porque todos ellos convergen en el reforzamiento de una identidad proletaria única. Ya sea que estemos tratando con una huelga, una demostración, una ocupación fabril, son simples ocasiones para el ensayo de un único evento “futuro”: la huelga general. Estas ocasiones son ciertamente plurales, pero su pluralidad está presente solo para eclipsarse a sí misma como un mero soporte del evento singular que habla a través de todos ellos. Es decir, estamos frente a una reagrupación metafórica pura que no es interrumpida por ninguna pluralidad metonímica. No hay nada para desplazar, porque los sitios del evento metafórico están ahí solo para ser negados por esta. Para ponerlo en términos claros: el quiebre revolucionario no procede a través de equivalencias sino a través de la identidad absoluta. Así que, de cierta forma, Sorel es el lado reverso simétrico del “grado cero de la retórica” de la Segunda Internacional. Para esta, no había lugar para ningún movimiento tropológico en la determinación del sujeto emancipatorio. Para Sorel, tal determinación solo podría proceder a través de una forma extrema de ese movimiento tropológico, a saber, una metáfora pura que ha eliminado todo rastro de su base metonímica. La analogía revela una esencia que ha roto todo vínculo con la contigüidad. La equivalencia es reemplazada por la pura identidad. (Como esta identidad, sin embargo, es construida alrededor de un espacio vacío —la huelga general— cuyos efectos discursivos dependen de su falta de contenido, su afirmación está cercana al nihilismo. No es sorprendente que el soreliano haya alimentado a diferentes corrientes de pensamiento, desde el comunismo radical y el ultraizquierdismo, hasta el fascismo.) Podemos volver ahora al análisis que Genette hace de Proust. Según él, como hemos visto, hay una narrativa en Proust solo porque las metáforas están inscriptas en movimientos metonímicos; de otra forma, solamente tendríamos una sucesión de momentos líricos. Ahora bien, esta última posibilidad es lo que el texto de Sorel representa. Cada acto revolucionario no encuentra su sentido en una sucesión que lo dota de su *raison*

d'être al interior de las series sino, más bien, cada uno de ellos es la expresión de una suerte de impulso de repetición que reinstala constantemente, a lo Sísifo, una identidad única. Este es el motivo por el cual la noción de Genette de una sucesión de momentos líricos como una alternativa a la narrativa de Proust –por ejemplo, *flashes* metafóricos puros no inscriptos en ninguna sucesión metonímica– se aplica tan bien a la visión de la política de Sorel. Y, también, por qué no puede haber una estrategia soreliana basada en una calculación a largo plazo. Mientras que para Kautsky o Plekhanov tal cálculo estaba basado en leyes de la historia supuestamente conocidas, para Sorel la mera idea de una predicción a largo plazo no tiene sentido. La afirmación de una subjetividad revolucionaria escapa en gran parte las consideraciones estratégicas.

V. Si el discurso de Sorel está estructurado en un terreno en el que la subjetividad política solo puede operar a través de una metáfora total que oculta hasta los rastros de su base metonímica, la experiencia del leninismo es diferente: las subversiones metonímicas del espacio diferencial de la teleología marxista tienen que permanecer visibles, hasta el punto de hacer imposible el movimiento hacia su *telos* metafórico. El leninismo surge como una respuesta *política* a una anomalía en el desarrollo histórico. Rusia debía seguir el patrón de las clásicas revoluciones burguesas-democráticas de Occidente. La tarea por delante era derrocar al zarismo y abrir un largo período de democracia capitalista, de forma que el socialismo sea solo un proyecto a largo plazo, a ser alcanzado como resultado de las contradicciones de una sociedad capitalista hecha y derecha. En esa revolución democrática, la burguesía debía ser la fuerza conductora “natural”. Las tareas y las fuerzas eran roles asignados de acuerdo con una sucesión preordenada. La anomalía era que la burguesía rusa autóctona había llegado demasiado tarde a la escena histórica, cuando el mercado capitalista mundial ya estaba establecido y, como resultado, era demasiado débil para llevar a cabo su propia revolución democrática. El capitalismo, no obstante, se estaba desarrollando rápidamente en Rusia como resultado de inversiones extranjeras, por lo que había una situación paradójica –“anómala” según el patrón canónico– de un país que era maduro para una revolución democrática y en el que, sin embargo, el agente “natural” de esa transformación histórica era incapaz de llevar a cabo su tarea.

Como resultado del desarrollo capitalista, empero, una robusta clase trabajadora estaba emergiendo, la cual no tenía ninguna de las limitaciones de la burguesía autóctona y que, entonces –esta era la tesis de los socialdemócratas rusos–, debía hacer suya la tarea histórica de conducir la revolución democrática (en alianza con los campesinos, en la versión leninista), tarea cuyo agente natural, la burguesía, había dejado incumplida. Esta anómala ocupación de una tarea por parte de una fuerza que no era su agente natural, es lo que los socialdemócratas rusos

llamaban “hegemonía”. Así que tenemos una fractura en el desarrollo histórico, una discontinuidad en la secuencia de sus categorías. La ocupación de las tareas democráticas por parte de la clase trabajadora fue un evento políticamente explicable por un conjunto de circunstancias históricas, pero no incorporable como uno de los eslabones necesarios del paradigma canónico. Fue una “excepcionalidad”, para usar la terminología de la época.

Ahora, si estudiamos la estructura de esta excepcionalidad, inmediatamente vemos que fue la *presencia* de la clase trabajadora en el centro de los eventos históricos, en un momento en que el país estaba maduro para una revolución democrática, lo que le asignó ese rol. Fue una relación de *contigüidad*. Por lo tanto, estamos tratando con la construcción de una nueva conexión entre tarea y agente que solo puede ser concebida como un desplazamiento metonímico.

Sabemos, sin embargo, que cualquier metonimia tiene una tendencia natural a confundirse con una metáfora, la relación de contigüidad se convierte, a través de continuas asociaciones, en una de analogía. Así que podríamos normalmente esperar que la naturaleza de la tarea democrática cambie cuando sea apropiada por el proletariado, y que la naturaleza de clase de este también sea alterada como resultado de la ocupación de la tarea democrática. No obstante, nada de eso ocurrió. Toda la estrategia leninista estuvo diseñada para prevenir que la tarea excepcional se convierta en el sitio de construcción de una nueva subjetividad política. La naturaleza de clase del proletariado debía permanecer igual. El lema leninista era: “atacar juntos, marchar separados”. ¿Por qué? Hubo varias razones, pero la principal fue que para los revolucionistas rusos—incluyendo a los bolcheviques— la excepcionalidad rusa era exactamente eso: una excepción y, además, una que iba a ser pasajera. Ni Trotsky, ni Lenin—aun después de *Las tesis de abril*— pensaban que un poder proletario en Rusia, dado su atraso, pudiera tener una oportunidad, salvo que encontrara su continuidad natural en una revolución en Alemania y en los otros principales países capitalistas altamente desarrollados de Occidente. Si ese hubiera sido el caso, la “excepcionalidad” rusa hubiera sido rápidamente integrada en un proceso “normal” de desarrollo histórico.

Si consideramos el asunto retrospectivamente, encontramos aquí la raíz del doble discurso que será inscripto en la experiencia comunista de los años siguientes. La secuencia canónica de categorías tiene que ser mantenida como un máximo horizonte insuperable—el sintagma marxista nunca fue formalmente cuestionado— pero, como contrapartida, la política real iba a estar dominada cada vez más por un empirismo de excepciones que eludían toda teorización. La *Realpolitik* de Stalin fue la expresión extrema de este divorcio entre teoría y práctica, pero de forma más atenuada iba a dominar la totalidad de la experiencia comunista. La forma en que ambos niveles fueron combinados quizás puede

ser mejor vista en el caso de Trotsky. Toda la lógica de la “revolución permanente” solo es pensable si el empirismo de las excepciones es articulado al discurso del “normal” desarrollo sintagmático.

El argumento es el siguiente. Rusia era lo suficientemente madura para una revolución democrático-burguesa en la que la burguesía –Trotsky aceptaba este punto– era incapaz de poseer el rol principal. Esto resultaría en una revolución democrática conducida por el proletariado. Pero, añadía Trotsky, la burguesía no toleraría el poder proletario –aun si este estuviese confinado a límites democráticos– y respondería con un bloqueo masivo. El resultado sería que el movimiento de los trabajadores, para consolidar su poder, debería avanzar en una dirección socialista. Las revoluciones siempre comienzan con banderas democráticas, pero su estabilización y consolidación requieren la transición a la etapa socialista. Este modelo será repetido ad náuseam por los trotskistas en todos los contextos históricos imaginables. El “etapismo” clásico, aunque interrumpido por una “excepcionalidad”, opera plenamente: la naturaleza de clase de los agentes sociales es indiscutida, así como también lo son las tareas y la sucesión de fases.

Entonces, el momento metonímico debe ser congelado, previniendo la construcción de nuevas identidades a través de reagrupaciones metafóricas. Aquí vemos la diferencia con Sorel. Según él, no hay narrativa, solo la secuencia de momentos metafóricos por medio de los cuales la identidad proletaria es constantemente reforzada. Para el leninismo, la interacción entre los dos niveles discursivos lo fuerza a dedicarse a una narrativa permanente, por lo que el momento metonímico nunca es abandonado. Es por esta razón que el leninismo es un tipo de discurso eminentemente estratégico, cuya diferencia con la estrategia de la Segunda Internacional es, sin embargo, visible: para esta, la reflexión estratégica estaba basada en una predicción histórica fundada en las leyes necesarias de la historia, mientras que para el leninismo, dada la operación de las excepciones, las estrategias tienen más bien el carácter de análisis coyunturales.

Esta noción de análisis coyuntural nos obliga, no obstante, a ir más allá de las metonimias congeladas leninistas y, también, más allá del horizonte histórico del marxismo. Ya que la pregunta es: ¿cuán excepcionales son las excepciones? De acuerdo con Lenin, el mercado capitalista mundial es no solo una realidad económica sino también política: está estructurado como una cadena imperialista. Las crisis pueden ocurrir en uno de sus puntos, lo que deriva –dado que la cadena es quebrada en su eslabón más débil– en dislocaciones de las relaciones de fuerza en otros puntos de la cadena. Esto hace posible una toma de poder, aun si las condiciones materiales “objetivas” todavía no fueran alcanzadas. En tales situaciones, ya no se trata ni de la pura combinación de etapas –como aquella postulada por la teoría del desarrollo combinado y desigual– ni de una pertenencia de clase necesaria de los agentes

sociales, ya que lo que está en juego es la constitución de identidades sociales complejas construidas sobre la base de prácticas que homogeneizan lo heterogéneo. Esto es, estamos tratando con agrupaciones metafóricas. Las metonimias congeladas leninistas ya no resuelven el problema. Creo que la noción de Gramsci de “voluntades colectivas” debería ser leída bajo esta luz.

Pero esta incorporación de la dimensión metafórica tampoco nos vuelve a conducir al campo de Sorel. Para Sorel consiste en una unilateralización de la metáfora, porque la identidad proletaria que él intenta consolidar es dada de antemano. Según él, no se trata de incorporar elementos heterogéneos en una identidad social más amplia. Eso solo podría llevar, en su perspectiva, a minar la conciencia de clase del proletariado. Sin embargo, una vez que el proceso político es visto no solo como una reafirmación de una identidad sino como su construcción —como en la “guerra de posición” de Gramsci— la dimensión metonímica no puede ser ignorada. La hegemonía significa el pasaje de la metonimia a la metáfora, de un punto de partida “contiguo” a su consolidación en la “analogía”. Pero con esto estamos muy cerca de la relación metáfora/metonimia que Genette encuentra en el texto de Proust. Para traducirlo al lenguaje político, podríamos decir que porque hay narrativa (*récit*), hay estrategia. Pero, como la identidad de los agentes de la estrategia no es dada de antemano, siempre tendremos movimientos estratégicos a corto plazo, no anclados a ninguna escatología. Ellos operarán exactamente en el punto en que la metáfora y la metonimia se cruzan y limitan sus efectos mutuos.

Referencias bibliográficas

- COPJEC, Joan. 1995. “Sex and Euthanasia of Reason” en *Read my Desire* (Cambridge [Mass.]: MIT Press). Versión en español: Copjec, Joan 2006 *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia* (Buenos Aires: Paidós).
- GENETTE, Gérard. 1972. “Métonymie chez Proust” en *Figures III* (París: Editions du Sueil).
- JAKOBSON, Roman. 1958. “Two aspects of Language and Two Types of Aphasic Disturbances” en Jakobson, Roman y Halle, Morris, *Fundamentals of Language (The Hague)*. Versión en español: Jakobson, Roman 1967 “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos” en Jakobson, R y Halle M., *Fundamentos del lenguaje* (Madrid: Ciencia Nueva).

- LACLAU, Ernesto. 1996. "Why does Empty Signifiers Matter to Politics?" en *Emancipation(s)*, (Londres: Verso). Versión en español: Laclau, Ernesto 1996 *Emancipación y Diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- 2001 "The Politics of Rhetoric" en Cohen, T., Hills Miller, J., Warminsky, A. y Cohen, B. (eds.) *Material Events: Paul de Man and the Afterlife of Theory* (Minnesota: University Press).
- 2005 *On Populist Reason* (Londres: Verso), Cap. 4. Versión en español: Laclau, Ernesto 2005 *La Razón Populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- MARX, Karl. 1971. *A Contribution to the Critique of Political Economy* (Londres: Lawrence & Wishart. Versión en español: Marx, Karl 1990 *Contribución a la crítica de la Economía Política* (México: Siglo XXI).
- SAUSSURE, Ferdinand De. 1980. *Cours de linguistique general* (París: Payot). Versión en español: Saussure, Ferdinand De 1945 *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Losada).
- SOREL, Georges. 1990. *Reflexions sur la violence* (París: Senil). Versión en español: Sorel, Georges 1961 *Reflexiones sobre la Violencia* (Montevideo: Actualidad).
- ULLMANN, Stephen. 1957. *Style in the French Novel* (Cambridge: University Press).



Reflexiones sobre el "Prefacio" de Hegel a la *Filosofía del Derecho**

Agnes Heller

Agnes Heller, filósofa judía húngara de tradición marxista, discípula de Georg Lukács. En 1978, emigró a Australia y luego a Estados Unidos. Su obra, transvasada por su experiencia del Holocausto, muestra una original contribución a la filosofía política, de la historia y de la cultura ocupándose de reflexionar sobre los sentimientos, la personalidad y la literatura. Entre sus obras más recientes se destacan: Biopolítica: la modernidad y la liberación del cuerpo (1995), An Ethics of Personality (1996), Una filosofía de la historia en fragmentos (1999), The Time is Out of Joint: Shakespeare as Philosopher of History (2000) e Immortal Comedy: The Comic Phenomenon in Art, Literature, and Life (2005).

En su "Prefacio" a la *Filosofía del Derecho*, Hegel expresa su pensamiento de una forma inusualmente apasionada. Permítaseme citar unas pocas oraciones representativas.

* Traducción: Natalia Tacceta y Moira Pérez

“Si la reflexión, el sentimiento, o cualquier otra forma que adopte la conciencia subjetiva consideran el *presente* como algo *vano*, van más allá y saben más que él, entonces se encuentran en el vacío, y, puesto que solo tienen realidad en el presente, son ellos mismos vanidad. Si, inversamente, se considera que la *idea* es solo una idea, una representación atribuible a una opinión, la filosofía le opone el conocimiento de que lo único efectivamente real es la Idea. De ello depende que se reconozca en la apariencia de lo temporal y pasajero la sustancia que es inmanente y lo eterno que es presente... *Hic Rhodus, hic saltus*. La tarea de la filosofía es concebir lo que es, pues lo que es, es la razón. En lo que respecta al individuo, cada uno es, por otra parte, *hijo de su tiempo*; del mismo modo, la filosofía es *su tiempo aprehendido en pensamientos*. Es igualmente insensato creer que una filosofía puede ir más allá de su tiempo presente como que un individuo puede saltar por encima de su tiempo, más allá de Rodas... *Aquí está la rosa, baila aquí...*” (Hegel, 1975: 18-19).

En el texto principal de su *Filosofía del Derecho*, Hegel intenta ser fiel a su propia promesa de presentar la *idea* filosófica de la modernidad, esto es, el estado de modernidad completamente determinado. Presenta la imagen racional de la modernidad, que es una imagen que contiene sus condiciones de supervivencia, su estabilidad. Esta imagen es contrastada en el “Prefacio”, por un lado, con el criticismo radical de la modernidad que nos dice también cómo será superada y, por el otro, con la interpretación meramente empírica, factual y descriptiva del presente, que rechaza la filosofía como una mera idea.

Este texto ha sido frecuentemente ridiculizado o rechazado. Ha sido primero mal entendido, luego entendido y rechazado. Primero hablaré sobre las maneras en que se lo comprende mal; solo después, una vez comprendido, pasaré al rechazo del texto.

Mis reflexiones no son teóricamente neutrales. Aceptaré y también rechazaré la concepción de Hegel. La aceptaré y rechazaré por razones enteramente diferentes de las de sus críticos del siglo XIX: Feuerbach, Marx y Kierkegaard.

I. La afirmación más general del “Prefacio” de Hegel es la siguiente: “todo individuo es hijo de su tiempo”. Esto es cierto acerca de todos los individuos, sean ellos deshollinadores, poetas, políticos, teólogos, etc. Ningún individuo puede sobrepasar su propia época. La mayor parte de los individuos no lo intentan o no lo desean. Se han instalado en su vida/mundo cotidiano.

Aún así, siempre existen hombres y mujeres que abrigan sueños o esperanzas sobre la trascendencia. Me refiero a trascendencia en un doble sentido: trascendiendo el espacio de la Tierra, y trascendiendo el

tiempo de la Tierra. Hegel nunca negó que la necesidad de trascendencia esté también presente en la modernidad; solo dice que las formas de trascendencia están formuladas en la modernidad también de un modo moderno. Primero y principal en la esfera el Espíritu Absoluto, en la religión y en el arte.

Entonces, ¿qué pasa con la filosofía? En su discutido “Prefacio”, Hegel se refiere a la modernidad como un acuerdo social y político. Si no podemos sobrepasar el presente, tampoco podemos hacerlo en la filosofía. Aún así, obviamente, algunos filósofos hacen exactamente eso (¿por qué polemizaría si no?) y siguen siendo hijos de su propio tiempo. Su ilusión de que pueden saltar por encima de Rodas, que comprenden qué clase de instituciones sociales reemplazarán a las modernas del presente, es también fruto del presente. Pero aquellos que están comprometidos con tal empresa nunca comprenderán el presente. La verdadera filosofía abarca el presente. No porque Hegel esté abocado a esta filosofía es que la llama “verdadera”, sino porque es, según él, exactamente la tradición de filosofía como un género, desde el comienzo, desde Platón y Aristóteles en adelante. De hecho, Hegel dice que el intento de pasar por encima de Rodas pertenece a la modernidad, y no a la *idea* de filosofía moderna. La filosofía no está motivada por la esperanza, la pasión, el sentimiento, ni siquiera por reflexiones. Es una empresa racional.

Es un malentendido que la tarea de la filosofía para aprehender el presente excluya la práctica. Lo que excluye es la ilusión de que a través de la acción se puede entrar en otra nueva época histórica, y saber por adelantado cómo se verá este nuevo mundo. Pero, solamente si se entiende el presente puede actuarse exitosamente en él, puede hacerse que las cosas se modifiquen en el presente.

Es un malentendido que el énfasis de Hegel en el fin de la historia signifique que nada nuevo pasará en el mundo moderno. Primero, aún en la presentación de la Idea de modernidad –en su *Filosofía del Derecho*– sugiere que la filosofía necesita encontrar en lo transitorio y lo contingente la sustancia misma. La transitoriedad y la contingencia están ahí, pero ambas nacen de la sustancia, son la transitoriedad y la contingencia de esta sustancia, de la sustancia del mundo moderno. La sustancia debería ser comprendida, las contingencias no pueden ser predichas, y pueden ser también –retrospectivamente– comprendidas solo en forma parcial si están unidas a la sustancia. Además, en el modelo hegeliano, la modernidad no excluye conflictos políticos, ni siquiera guerras. Hegel nunca creyó, contrariamente a Kant, en la tendencia de la modernidad hacia la paz perpetua. Además, el eslogan “*hic Rhodus, hic saltus*” implica que uno puede hacer saltos en el presente. Uno puede cambiar, uno puede cambiar aún radicalmente, pero solo en el presente.

Es un malentendido que el eslogan de Hegel sobre el fin de la historia signifique que ninguna nueva época mundial puede acaecer después

de la modernidad. Dado que no podemos saber nada sobre la trascendencia, Hegel no pretende saber nada sobre ella. Aún así, ese eslogan significa que la modernidad es la consumación de toda la historia de la civilización. Dado que las edades o períodos históricos pueden ser comparados solo si hay una medida cuantitativa con la que compararlos, Hegel plantea su posición de acuerdo con esto. En la civilización antigua —egipcia— un hombre era libre; en Grecia, Roma y la Edad Media varios hombres eran libres; en la modernidad, todos los hombres son libres. La función evaluativa de la libertad no es una ocurrencia subjetiva de Hegel. Dado que la modernidad está basada en la libertad —una fundación que no funda— ella está en principio autofundada. Y, de hecho, en la "Introducción" a su *Filosofía del Derecho*, Hegel desarrolla la categoría de voluntad en términos de libre voluntad como autofundación. Como resultado, si algo viene después de la modernidad, lo cual no puede ser excluido, sería solo un estado de regresión. Ni las utopías positivas ni las negativas ayudan a la filosofía contemporánea en su tarea moderna de autofundación como autoentendimiento. Todo lo demás es como perseguir una liebre.

Es un malentendido que Hegel sugiera comprometerse con el conservadurismo prusiano. Leemos en el "Prefacio" que todas las instituciones políticas y sociales concretamente existentes y los acuerdos son transitorios y contingentes. Sin embargo, la filosofía puede traer a la superficie la esencia, la necesidad de ellos. La necesidad es la *idea* del acuerdo social y político. Ninguna de las fugaces formas de la modernidad es la *idea*, dado que ellas no contienen todas las determinaciones de la modernidad bajo las condiciones en las cuales podría sobrevivir.

Es un malentendido adicional que "reconciliación" signifique para Hegel la aceptación acrítica de lo real. Sugiere, después de todo, escoger la rosa en la cruz del presente. La metáfora de la rosa reside en decirle "sí" a la vida, a nuestra vida en el presente porque resulta que hemos nacido aquí y ahora, y solo tenemos una vida para vivir. Pero la rosa debe ser recogida de la cruz. La alusión al sufrimiento de Cristo no es solo una expresión. Sugiere que la vida es una cruz, que la vida en el presente sigue siendo una cruz, pero esta cruz también ofrece rosas. Y aquellos que comprenden el presente están listos para disfrutar de las rosas escogidas de la cruz del presente.

La posición de Hegel en general —y no solo en el "Prefacio" a la *Filosofía del Derecho*— fue parcialmente ridiculizada, parcialmente rechazada por los filósofos radicales de la siguiente generación. Menciono, como casos típicos, el de Feuerbach, de Marx y el de Kierkegaard. Discutiré brevemente solo con Marx y con Kierkegaard.

Marx, como todos los críticos radicales de Hegel políticamente motivados, vio en el "Prefacio" a la *Filosofía del Derecho* no solo un compromiso repugnante, sino también una traición a sí mismo. La dialéctica de Hegel, según Marx, ofrecía una confiable guía filosófica para la acción,

no solo para el entendimiento. Es cierto que Marx fue modificando su pensamiento a lo largo de su vida. En su juventud, insistía en que la tarea de la filosofía es cambiar el mundo, mientras que después, cuando estaba comprometido con la escritura de su *opus magnus*, *El Capital*, consideró a la comprensión del mundo como la condición para cambiarlo. Aún así, la comprensión del mundo moderno, que erróneamente identificó con el capitalismo, implicaba señalar las tendencias de este mundo que inevitable y necesariamente derivarían en la trascendencia de este. Por lo tanto, aceptó uno de los principios de Hegel sin suscribir a sus resultados. Insistió demasiado en que uno no debería configurar la imagen del futuro motivado por ilusiones o sentimientos, sino sobre la sólida base de la comprensión científica del presente. Así también rechazaba el apasionado *dictum* hegeliano de que no podemos saltar por encima de Rodas. De acuerdo con Marx, las condiciones para sobrepasar y trascender Rodas están ya en Rodas. También atribuía necesidad a su proyección (la cual, en su mente, en realidad no era en absoluto una proyección, sino una conclusión científica). Para Marx, el capitalismo, es decir, el presente, no sobrevivirá, no puede sobrevivir, dado que está preñado con un acuerdo social completamente nuevo, que difiere esencialmente no solo del capitalismo, sino de cualquier pacto social existente hasta ahora: una sociedad sin mercado, sin Estado, sin política, sin división del trabajo, sin ninguna jerarquía social. A pesar de algunas vacilaciones realistas, Marx permanece fiel a su intuición inicial. La tesis hegeliana del fin de la filosofía era así reconfirmada: la filosofía necesita ser reemplazada por la ciencia. El colapso del capitalismo/del presente está necesaria y científicamente probado.

Si algo confirmaba el *dictum* del “Prefacio” de Hegel era, o mejor dicho es, la teoría de Marx. De hecho, su descripción, su comprensión del capitalismo, fue tan correcta como era posible. Así lo fueron casi todas sus descripciones del capitalismo: la concentración y centralización del capital, la globalización, la capitalización de la agricultura, la velocidad creciente del desarrollo tecnológico, y la proliferación de *trusts* y compañías accionarias en el mundo de la propiedad privada. Casi todas sus predicciones en el ámbito del capitalismo se hicieron realidad. La excepción son las predicciones concernientes al colapso necesario del “modo de producción” capitalista, tales como el incremento de la pauperización del proletariado, su número siempre creciente, su rol revolucionario y la crisis final de la sobreproducción. Es justamente en el momento en que Marx describe el colapso necesario del capitalismo y despliega la imagen de la esencia de una sociedad comunista o socialista, donde su teoría demuestra ser un sinsentido absoluto. No quiero decir que sea un peligro, dado que el régimen soviético no ha implementado la visión de Marx, sino solo su caricatura horrorosa. La visión fue inaplicable, tan fantástica como todas las buenas y deseables utopías; pero, en función de teoría social, repito, demostró ser un sinsentido total. Lo

que Marx deduce de su descripción del capitalismo como su resultado necesario, se vuelve no solo innecesario sino imposible. El análisis de Marx de un aspecto de Rodas fue brillante; su teoría sobre cómo sobrepasar Rodas sigue siendo utópica.

Marx fue brillante en su análisis de un aspecto de Rodas, pero tomó la parte por el todo. Hegel sigue siendo superior en este punto, ya que por lo menos su descripción de la modernidad se ocupó de otras aristas. Él analizó no solo la esfera de la economía, sino también otros aspectos de la sociedad, incluyendo la familia y el Estado. También hizo la más fructífera interpretación teórica de la modernidad al tomar la categoría de "derecho" como su categoría central. La descripción del capitalismo de Marx fue más profunda. Sin embargo, su modelo "base/superestructura" fue una grosera simplificación.

De este modo, si miramos el destino del proyecto marxista, Hegel parece ser confirmado. Marx fue un hijo de su tiempo. En el espíritu de su época, abrigó los sueños radicales de trascender completamente el capitalismo. Su sueño fue entretelado con su comprensión del funcionamiento de la economía capitalista, una descripción que no seguía los dictados del sueño. Marx no pudo saltar sobre Rodas tampoco. Y confirmó, aunque indirectamente, otro punto de Hegel: su insistencia en que solo la llamada *idea*, que es la total determinación de la modernidad, puede alcanzar la esencia de esta. Esta esencia de la modernidad es también la sustancia de la modernidad, tal como Hegel sostenía. La reflexión, según Hegel, no alcanza para comprender la *idea* y permanece enteramente antifilosófica.

El rechazo de Kierkegaard de la filosofía de Hegel, especialmente de su historicismo, comienza en una postura muy similar a la de Marx. Hegel, dice Kierkegaard, está envuelto en mera comprensión, en una que solo puede comprender el pasado. Pero nosotros, los humanos, estamos viviendo en el presente y continuamente actuamos con la vista puesta en el futuro y para el futuro. Nosotros, los seres humanos vivientes, somos actores, no espectadores. Solo Dios es espectador de la historia. Nuestro principal interés es nuestra propia vida, nuestra existencia, nuestras elecciones, nuestra ética, nuestra relación con Dios. La objetividad de Hegel es falsa, dado que la verdad es subjetividad.

Kierkegaard nunca pretendió que pudiéramos sobrepasar Rodas en términos históricos. Pero de hecho lo hacemos, podemos trascendernos a nosotros mismos, podemos pasar de un tipo de existencia a otro. Lo que rechazó apasionadamente fue que para Hegel la comprensión era el alfa y la omega de la tarea filosófica; que no estaba siquiera interesado en la vida, en la existencia, en la existencia del individuo singular. Para Hegel, la vida es la vida de la *idea*, o del Estado, pero no la vida tuya o mía, de un simple hombre o mujer. Elegir la rosa de la cruz del presente es, en la mente de Kierkegaard, solo una forma de decir. Aca-reamos nuestras cruces, todos nosotros, en soledad. Seguramente,

vivimos en un mundo concreto, todos lo hacemos, pero nuestra preocupación principal sigue siendo cómo vivir nuestras vidas, qué hacer de ellas, cómo elegir, como volvernos nosotros mismos. Si Hegel es la consumación de la filosofía, los filósofos necesitan ser reemplazados por “pensadores existentes”.

Finalmente, tanto Marx como Kierkegaard declararon el fin de la filosofía como lo hizo Hegel, aunque por senderos antihegelianos. El sistema hegeliano fue la última palabra en filosofía. Para Marx, la filosofía será reemplazada por la ciencia; para Kierkegaard, por la reflexión sobre la existencia, sobre el existente singular.

Así como la comprensión del capitalismo de Marx ha llevado, entre otras cosas, hacia extrapolaciones de la economía capitalista (mayormente correctas aunque limitadas), también el reclamo de Kierkegaard sobre la decisión existencial del existente singular se ha convertido en una interpretación profética de la ética de la personalidad moderna.

La declaración sobre el fin de la filosofía podría haber sido apropiada, si identificamos la filosofía con la metafísica, en el espíritu del Heidegger maduro. Pero, si se desacuerda con esta identificación ya de moda, podrían presentarse sugerencias alternativas. Quién fue “el último metafísico” es un punto de debate, pero podemos acordar que fue Hegel quien reemplazó la visión espacial de la metafísica por una temporal-histórica. Comprender el “fin de” como el “objetivo de” y la “consumación de” fue su gran jugada. Esta es la jugada que rechazaré. Mi objeción más firme contra el “Prefacio” de la *Filosofía del Derecho* de Hegel, no está motivada por el desacuerdo sobre el “salto”. Más bien al contrario. Creo que el *dictum* de Hegel de que no podemos saltar por encima de Rodas (que lo mejor que podemos hacer es elegir la rosa en la cruz del presente) es la advertencia más cándida dada a actores políticos y sociales. Si los filósofos son advertidos de este modo, la tesis necesita ser especificada.

II. Hegel ha sostenido que la filosofía, en medio de contingencias y transitoriedad, debe desenterrar la sustancia de la modernidad. ¿Sustancia o esencia? Hegel habla aquí de sustancia, no de esencia (de hecho, alude a la sustancia que es inmanente y eterna en el presente). La palabra “inmanente” puede solamente ser interpretada en conjunto con la palabra “eterna”. Sin esta última, podría ser interpretada de la siguiente manera: el presente no puede ser explicado a través de determinaciones trascendentes, ni por una deidad trascendente, ni por fuerzas “materiales” trascendentes. La especificación “eterna”, sin embargo, se refiere al “espíritu” del mundo, dado que solo el Espíritu es eterno, y es también inmanente. Por supuesto que la sustancia es también sujeto. El mundo, el mundo presente, tiene un *significado*. Este *significado* que porta la sustancia se manifiesta en todas las apariencias, las contingencias y la transitoriedad. Todas ellas portan el significado. Por

esto, la filosofía no puede "reflexionar". Por esto, Hegel excluye la razón reflexiva, crítica, del alcance de la filosofía. En el espíritu del "Prefacio" hegeliano, la práctica de concentrarse en la crítica de la contingencia o la transitoriedad no es una tarea filosófica, ya que no capta el significado que conlleva todo fenómeno de la sustancia.

Si Hegel hubiera hablado de "esencia" en lugar de "sustancia" —si no hubiera insistido en que lo "eterno" es "inmanente" a la sustancia— no habría podido declarar el fin de la filosofía, y mucho menos el fin de la historia. Esto se debe a que al declarar que lo inmanente es también lo eterno, no solo ha afirmado que toda apariencia es apariencia de la sustancia y carga su significado, sino que esta sustancia misma es necesaria. Si bien Hegel no ha excluido la contingencia de las apariencias, sí la ha excluido de la sustancia.

Es posible, no obstante, no considerar a las contingencias como solo fenómenos, rechazando el resultado de comprender a la modernidad como una necesidad (como la sustancia que alberga al espíritu eterno), y esto sin por ello negar la urgencia de reflexionar acerca de la esencia de la modernidad. En este caso, se puede llegar a la conclusión de que la filosofía como reflexión no solo es posible, sino que se trata de la expresión filosófica adecuada a la modernidad. Las reflexiones acerca de este o aquel fenómeno, esta o aquella contingencia, pueden servir como acercamiento para captar la esencia de la modernidad. Desde la segunda mitad del siglo XIX, todos los filósofos o sociólogos teóricos relevantes se han ocupado precisamente de esta tarea. Han reflexionado acerca de algún fenómeno de la modernidad, sea este la religión, la tecnología, el discurso, la estratificación, la sexualidad, el lenguaje, la política, el modo de vida, la economía, la ética u otros.

Cabe agregar, para hacer justicia a Hegel, que este no deja de mencionar el "interminable material", la "infinita variedad de circunstancias que se desarrolla en esta externalidad bajo la luz de la esencia que centellea en ella" (aunque se apura en aclararnos que todo esto no es el objeto de la filosofía). Sin embargo, ¿es posible realizar la tarea de la filosofía sin reflexionar acerca de estos elementos? Solamente con la condición de que todo ese material interminable del que habla Hegel esté "listo" al momento de la constitución del sistema; que no cambie con el tiempo, y que no ingrese en la esencia de la modernidad. Este último punto es el decisivo, dado que si el llamado "interminable material" cambia de modo constante, y el cambio se torna esencial, entonces no sabremos qué es Rodas mientras vivamos en la Isla de Rodas. Rodas no es nuestro pasado, sino nuestro presente, nuestro presente en permanente cambio, incluyendo el futuro de nuestro presente. Nuevamente: no sabremos exactamente de qué se trata Rodas, mientras vivamos en Rodas. No podremos comprenderlo enteramente. Es también por esto que necesitamos reflexionar acerca de ello. No aprehendemos lo eterno en lo temporal y, sin embargo, necesitamos aprehender lo esencial en

lo temporal que cambia de modo constante. Esto es también el motivo por el cual necesitamos la filosofía, y por el cual no logramos inventar sistemas metafísicos nuevos. Por esto, la comprensión de nuestro mundo implica acción. No es posible comprender “Rodas” sin comprender los saltos, e incluso sin sugerir saltos. Permítaseme proveer un simple ejemplo. En los tiempos de Hegel, la democracia era una especificidad norteamericana, y el totalitarismo era algo desconocido, así como las guerras mundiales, la ciencia y tecnología modernas, etc. No es posible comprender Rodas ahora, es decir, la esencia de Rodas, de la modernidad, sin incluir la comprensión de dichos fenómenos. No es posible saltar sobre Rodas; no obstante, si no se incluye en la comprensión a los elementos en permanente cambio de Rodas, nunca se podrá siquiera comprenderlo. Antes de dejar atrás la metáfora hegeliana: el mapa de Rodas está repleto de espacios en blanco, y no conocemos siquiera cuán extensa es la isla, sus perímetros, sus límites.

La comprensión hegeliana de la modernidad es profunda, y es probablemente la mejor que tenemos. Sin embargo, alberga numerosos espacios en blanco, y en otros puntos los fenómenos mismos han cambiado. En síntesis: no se puede presentar la *idea* de modernidad en el sentido hegeliano. No se puede presentar la determinación total de la modernidad, ni siquiera la de su esencia, ya que no existe. Dado que la modernidad no es “actual” en sentido hegeliano, sino meramente “real”, tampoco será nunca “racional” (también en sentido hegeliano) mientras exista.

Si esto es así, entonces la categoría de “necesidad” deberá ser reconsiderada, al menos en el universo de la acción humana, en la historia. Si se rechaza la posibilidad de comprender la idea de modernidad en su totalidad, entonces tampoco puede aceptarse la concepción hegeliana de necesidad histórica, dado que esta se sigue retrospectivamente de aquella comprensión.

El problema de la necesidad surge de tres temáticas diferentes, pero vinculadas entre sí. Primero: ¿es necesario el surgimiento de la modernidad? Segundo: ¿es necesaria la estructura de la modernidad? Y en tercer lugar: ¿es necesaria la imposibilidad de comprender la trascendencia de la modernidad *en* ella misma?

La comprensión más simple que se puede ofrecer de la necesidad histórica es la siguiente: el pasado no puede ser cambiado; es el resultado de cadenas causales, y por esto mismo es necesario. Desde mi punto de vista, la respuesta simple es incorrecta. En este sentido, coincido con Aristóteles y Leibniz. Aristóteles sostenía que todo aquello que resulta de la cadena de *causa efficiens*, es contingente. Solo aquello que derive de *causa finalis* será necesario. Por ejemplo, encontrar un tesoro al hacer un pozo para plantar un árbol es contingente, mientras que el hecho de que un ser humano conciba un ser humano y no un caballo, es necesario. Leibniz, por su parte, insiste en que toda verdad de hecho es contingente, mientras que solo las verdades de razón son

necesarias. Indudablemente, Hegel aceptó esta posición filosófica más sofisticada y dio forma a su concepción de la historia sobre la base de este modelo filosófico. En primer lugar, comprendió la modernidad como el *telos* de la historia; en segundo lugar, sugirió que las verdades de hecho terminan fusionándose, en última instancia, con las verdades de razón. He intentado mostrar por qué la historia humana no puede ser presentada bajo el modelo de la propuesta filosófica óptima, pero no quisiera que de esto se derive la conclusión de que la propuesta filosófica más sofisticada es errónea. Quisiera en cambio sugerir que "necesidad" significa algo diferente —si es que significa algo— en el contexto de las historias humanas en general, y en el contexto de la modernidad en particular.

A menos que se adhiera a la versión más fuerte de la predestinación, tiene que admitirse que la emergencia de la modernidad ha sido contingente. Sin embargo, el reconocimiento de este hecho no lleva necesariamente a la conclusión de que la esencia de la modernidad sea también contingente. Génesis y esencia no suelen coincidir. No obstante, la necesidad no es la única categoría opuesta a la contingencia. La probabilidad —y también el destino— son también categorías opuestas a la contingencia, aunque no contradictorias.

Permítaseme retomar brevemente a Hegel. La modernidad, afirma él, se desarrolló necesariamente y es en sí misma necesaria. Como tal, la modernidad es también la consumación de la libertad humana. En la modernidad, todas las personas son libres.

Quisiera ahora presentar un relato alternativo. El advenimiento de la modernidad ha sido contingente, y en cuanto advenimiento ha sido esencialmente temporal. La acción humana ha contribuido torpemente a su advenimiento. Este pasó de la posibilidad, a la probabilidad y a la realidad. Pero esta realidad nunca ha estado completamente determinada, puesto que no puede ser completamente determinada. Se trata de una realidad en permanente cambio. No solo esto, sino que está cambiando a diferentes velocidades y con resultados diversos, debido a las diferentes determinaciones en los múltiples lugares y culturas del mundo moderno. Esta realidad no completamente determinada, "abierta", es, de hecho, el destino para los hombres y mujeres que han nacido —contingentemente— en este mundo moderno.

Mi relato alternativo requiere el regreso a un pensamiento anterior. La modernidad se basa en la libertad y, sin embargo, la libertad es un fundamento que no funda. El "espíritu libre" de Hegel era considerado como fundacional, ya que se lo creía eterno, teleológico. ¿Pero qué sucede si la libertad no funda? Si la libertad es un fundamento que no funda, y si somos arrojados al mundo moderno de manera contingente, entonces somos arrojados a la libertad. Es nuestro destino ser, devenir libres. Si no nos volvemos libres, entonces no estamos cumpliendo con nuestro destino; permanecemos contingentes. Esta experiencia confirma

la filosofía de la existencia de Kierkegaard. Las circunstancias a las que somos arrojados, que se tornarán nuestro propio destino, hacen que elegimos a nosotros mismos –la llamada “elección existencial”– sea la condición para que constituyamos nuestro propio destino. Y si, como notó Kierkegaard, nosotros no hacemos esta elección, la harán otros en nuestro lugar. De cualquier manera, siempre hay alguien que está eligiendo. A través de estas elecciones, siempre introducimos algo nuevo en el mundo. Esta dinámica es la que Hannah Arendt denominó “natalidad”.

¿Qué significa el referirse a nuestro mundo como “necesario”? ¿Por qué habríamos de caracterizar al mundo moderno como “necesario”?

La segunda pregunta ya ha sido respondida a través de la imagen de Rodas y el ejemplo de la futilidad de la proyección en Marx del fin de la alienación gracias al comunismo, y el camino que llevaría a este resultado. Es cierto que no se puede dar el salto sobre Rodas. No porque no haya nada después o fuera de Rodas, sino porque no podemos comprender esto que nos es desconocido, porque no es más que una expresión de deseo o una pesadilla, pero nunca podrá ser una predicción. Quien igualmente intente hacer el salto, guiado por un sueño o una pesadilla, se dará la cabeza contra la pared, o será llevado por la corriente.

Quisiera ahora volver a la primera pregunta. ¿Qué significa el referirse a nuestro mundo como “necesario”? Si no se responde a este interrogante, el segundo permanecerá suspendido en un limbo.

He sugerido que si la emergencia del mundo moderno ha sido contingente, entonces la esencia de la modernidad no puede ser pensada como necesaria, al menos no en el sentido positivo de esta palabra. Permítaseme recordar brevemente la posición de Aristóteles y Leibniz, compartida también por Hegel. Solo la teleología, solo una *causa finalis*, confirma la necesidad en un sentido positivo. Y, sin embargo, si el mundo moderno no puede ser comprendido como necesario en un sentido teleológico, entonces toda la metáfora de Rodas, que aceptamos inicialmente, se volvería un mero absurdo.

No obstante, esta metáfora está lejos de ser un absurdo. Tampoco lo es la insistencia de Hegel en que somos todos hijos de nuestro tiempo, incapaces de trascender el conocimiento y el autoconocimiento de nuestra época.

Quisiera entonces ensayar una concepción meramente negativa de la necesidad, como la inclusión de lo imposible. De hecho, hacemos uso frecuente de esta noción, aun cuando no lo percibamos. Nos referimos al pasado como algo “necesario”, dado que es imposible cambiarlo, aunque querríamos hacerlo. Lo que sea que haya sucedido podría haber sucedido de otro modo si hubiéramos elegido de manera diferente; es contingente, pero nosotros ahora no podemos volver atrás y elegir otro camino, dado que ahora es imposible. Con frecuencia nos complacemos en escribir historias alternativas, en un nivel tanto personal como colectivo. En este sentido, “necesidad” se comprende de una forma

meramente negativa, no positiva. Indudablemente se puede entender a la necesidad en un sentido tanto negativo como positivo: por ejemplo, es necesario morir, si bien soñamos lo imposible (esto es, la inmortalidad). También soñamos con el rejuvenecimiento, con tener alas, con metamorfosis: no solo mientras dormimos, sino también soñando despiertos, en poesías, en imaginaciones religiosas, en las bellas artes (es el caso, por ejemplo, de las representaciones del Jardín del Edén). El concepto de "milagro" es sumamente importante, ya que completa el vacío entre lo imposible y lo deseable, entre lo imposible y lo real. Y, sin embargo, los milagros han estado notablemente ausentes de la imaginación religiosa, o al menos han sido burdamente racionalizados.

Quisiera ahora volver a la metáfora de Rodas. Lejos está de ser un sinsentido, si se piensa en la necesidad como un concepto negativo.

Si nos referimos al mundo moderno como necesario, podríamos querer decir que ciertos órdenes sociales, prácticas y resultados son, aquí y ahora, imposibles. Están, en principio, excluidos. Pueden estar excluidos de dos maneras diferentes. En primer lugar, no pueden ser siquiera ensayados; en segundo lugar, si fueran ensayados llevarían al colapso del orden mundial actual y, muy probablemente, del orden mundial en general. La mayoría de las veces, aunque no siempre, se dan los dos modos de exclusión. Así, por ejemplo, nos encontramos con la propuesta de Marx de abolir el mercado. En la modernidad, la distribución de bienes, servicios, trabajo, personas y propiedades es llevada a cabo por el mercado. Es absolutamente imposible abolir el mercado. Las propuestas de Marx acerca de cómo debería hacerse lo imposible, en el Volumen III de *El Capital*, no solo son completamente irrealizables, sino incluso indeseables, dado que limitarían enormemente la libertad personal. En la modernidad el mercado es, por lo tanto, necesario. Incluso cuando es ensayada solo parcial o localmente (como sucedió, por ejemplo, en el régimen de Pol Pot), la abolición del mercado resulta en hambruna, asesinatos en masa y anarquía: el colapso del orden social. Otra sugerencia —por momentos incluso popular— es la de revertir el desarrollo de la ciencia y la tecnología, y retornar a la división simple del trabajo, la llamada "naturaleza". Este proyecto también está excluido de las posibilidades de la modernidad, y es por lo tanto irrealizable. La distribución a través del mercado y el desarrollo de la ciencia y la tecnología son, junto con la posibilidad de inventar nuevas instituciones políticas, los tres constituyentes esenciales de la modernidad (y como tales, son necesarios, dado que excluyen la posibilidad de su abolición). Y esto, del mismo modo en el que no podemos volver sobre nuestros pasos y borrar el presente eligiendo caminos alternativos e imaginarios en el pasado.

¿Qué es, entonces, imposible en principio en Rodas? Todo aquello que contradiga la esencia de la modernidad, que contradiga un elemento —o más de uno— constituyente de su esencia. Podemos soñar con un

retorno a la llamada “vida natural”, podemos soñar con la abolición del mercado o el Estado, con compartir un mundo sin política o leyes a través del amor, de la amistad o la hermandad. Es posible soñar con todo esto; son a veces sueños hermosos, pero no se puede siquiera intentar implementarlos más que a una escala muy local y por un lapso de tiempo muy reducido.

La necesidad es, por lo tanto, la exclusión de lo esencialmente imposible.

Todo es posible en la modernidad, exceptuando la abolición de cualquiera de sus tres elementos esenciales. Los proyectos posibles pueden ser probables o improbables, pero ninguno de ellos será necesario. Y esta circunstancia misma, este “horizonte abierto”, es esencial en la modernidad. Sin embargo, de esto mismo se sigue que la modernidad no podrá ser nunca entendida íntegramente, dado que es —y seguirá siendo— un mundo con horizontes abiertos, el territorio abierto para pruebas y errores, para la autodeterminación, para la determinación a través de la acción humana. Había algo de verdad en la crítica de Marx hacia Hegel. Dado que la modernidad está abierta a la acción, también está abierta a las acciones ciegas, cuyo significado podrá ser comprendido, quizás, solo retrospectivamente.

Alguna vez Max Weber sugirió que para poder alcanzar lo posible, es necesario luchar día tras día por lograr lo imposible. Con esto quería decir que de antemano no podemos saber con certeza qué es posible y qué no, antes de intentarlo. Los seres humanos somos bastante conservadores; somos mayormente temerosos de emprender caminos nuevos; nuestra imaginación no suele volar libremente, al menos no si nuestro modo de vida habitual no es cuestionado.

Los tres constituyentes esenciales de la modernidad son abstractos. Han sido enriquecidos, y siguen siendo enriquecidos (en palabras de Hegel, concretizados), a través de una multiplicidad de nuevos órdenes, cosas, ideas, instituciones, que antaño habían sido considerados imposibles. Si la hegeliana “determinación completa de la *idea* de modernidad” es la esencia de la modernidad tal como es enriquecida por acciones, pruebas y errores, tragedias y momentos festivos, entonces se torna vacua su propuesta inicial de que la filosofía necesita comprender lo real, en lugar de reflexionar acerca de ello.

¿Sabemos exactamente dónde termina Rodas? ¿Cómo podemos saber de antemano si saltaremos a la Isla de Rodas o terminaremos cayendo en aguas profundas? Ni siquiera Hegel ha negado que podamos saltar a Rodas.

Hubo un momento, hace no mucho tiempo, en que el voto femenino, la redistribución de la riqueza por parte del Estado, la jubilación, la educación masiva, la comunicación global, la liberación sexual, parecían imposibles, mientras que hoy en día todas estas cuestiones se dan por sentadas, al menos en las democracias liberales. ¿Y qué tenemos por

delante? Las probabilidades de una actualización del proyecto kantiano de paz perpetua no son demasiado altas, pero no se la puede excluir: no es imposible, dado que no contradice la esencia de la modernidad. Fuertes restricciones a los efectos colaterales de la tecnología moderna son más probables que improbables, a menos que con ellas se intente poner un freno demasiado contundente al desarrollo de la ciencia y la tecnología (esto es, a la esencia de la modernidad). Sin embargo, una Tercera Guerra Mundial también es posible, dado que la acción política —incluyendo la política bélica— es y será contingente y, por lo tanto, incapaz de contradecir aquella esencia. Dentro de la modernidad hay posibilidades tanto deseables como indeseables; quizás incluso deseables para unos, e indeseables para otros. Podrán suceder o no, dado que esto depende de contingencias que no contradicen a la necesidad en su sentido negativo.

Cabe aclarar, para evitar malos entendidos, que mi intención aquí no es la de reflotar una tradición incorrecta de un Hegel malinterpretado. No estoy sosteniendo que la necesidad se realice a través de las contingencias. Nuevamente: los tres constituyentes de la modernidad son su esencia, y cualquier cosa que contradiga esta esencia es, por definición, imposible. Por otro lado, cualquier cosa que permanezca dentro del límite de esta esencia podrá ser posible o imposible, probable o improbable. En este punto interviene el rol decisivo de la acción humana. La acción humana, principalmente aquella social y política (incluida la reflexión), es necesaria en la modernidad, dado que esta se basa en la libertad, y la acción humana (nuevamente, incluida la reflexión) manifiesta su esencia. El surgimiento de posibilidades, deseables o no, el enriquecimiento de la esencia de la modernidad por parte de contingencias puntuales, dependen —si bien no exclusivamente— de la acción humana, incluyendo la reflexión. La modernidad no está por detrás de nosotros, es nosotros, está *por delante* de nosotros. Mientras la modernidad subsista, nunca estará enteramente "determinada" y, por lo tanto, nunca será enteramente comprendida. La esencia de la modernidad no puede ser pensada metafísicamente en absoluto, ni siquiera con una metafísica desarrollada bajo el disfraz de historia mundial.

Este es el desafío de nuestra época. Este desafío hace de la filosofía "reflexiva", la filosofía posmetafísica, la adecuada para nuestra época. La filosofía puede reflexionar acerca de todo: la política, la poesía, la vida, la naturaleza, el lenguaje, la cultura, el pensamiento, la tecnología, el conocimiento, la verdad, el poder, la historia, nuestra herencia, dios, o lo que sea. Cualquier cosa sobre la que reflexione la filosofía, está a la vez reflexionando acerca de nosotros mismos. Seguimos siendo hijos de nuestro tiempo, y somos conscientes de ello. Estamos delimitados por la prisión de la historicidad, y lo sabemos. No podemos saltar sobre Rodas. Aquí está la rosa, aquí bailamos.

Referencias bibliográficas

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. 1975. "Prefacio" en *Principios de la Filosofía del Derecho* (Buenos Aires: Sudamericana). Traducción de Juan Luis Vernal.



Casos y casuística en la investigación social contemporánea

Cecilia Hidalgo

A Félix. G. Schuster, un “caso”¹

Cecilia Hidalgo es profesora titular regular de la UBA y profesora en diversos programas de posgrado. Graduada como antropóloga se ha especializado en Epistemología y Metodología de la Investigación, campo en el que se dedica a la investigación de comunidades científicas. Coautora con Gregorio Klimovsky de La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales (1998, reed. 2001). Ha ocupado posiciones de relevancia en el área de gestión científica, en especial, directora a cargo del Instituto Nacional de Antropología dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación (1987-1989), prosecretaría de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA (1991-1998), coordinadora del Área de Acreditación de Carreras de Grado de la CONEAU (1999-2002) y Secretaria de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA (2002-2006).

1. Blas Alberti, profesor de la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA en la que me gradué, me presentó en 1975 a un amigo y compañero suyo de militancia, Félix Gustavo Schuster, al que consideraba muy especial tanto por su saber como por su personalidad. Al conocerlo se desencadenó en mí un “giro schusteriano”, de apertura a la reflexión sobre la investigación social en Latinoamérica, sus

I. El marco actual del debate sobre la naturaleza y el papel de los casos en ciencia

Si bien la búsqueda de una comprensión del papel de la experimentación y los estudios de casos en ciencia no es nueva, desde la década de 1980 varios trabajos muestran un sensible incremento del interés por la temática. En ellos, científicos sociales (Geertz, 1980) y epistemólogos (Gallison, 1987, 1997; Hacking, 1983; Giere, 1999, 2006; Nickles, 1999) buscan alternativas a concepciones muy establecidas acerca de la ciencia, las teorías, los datos, las leyes, entre otras cuestiones. En particular, la importancia asignada al estudio de la práctica científica efectiva, alentada por los enfoques de la epistemología naturalizada (Giere, 1988), ha promovido un escrutinio cuidadoso de ejemplos realistas de producción de conocimiento científico como base para una reflexión filosófica ulterior.

En contraste con las perspectivas epistemológicas tradicionales, proclives a evaluar –por ejemplo, a juzgar cuándo una razón es “buena”, un argumento “coherente”, los elementos probatorios “suficientes”–, los epistemólogos naturalizados han reaccionado intentando evitar prescripciones o concepciones de la racionalidad científica apriorísticas. Por ello, su mirada ha recaído sobre situaciones pasibles de develar la complejidad de los procesos de descubrimiento, de validación y de aplicación, desafiando los posicionamientos tanto normativos como teoricistas. Así, el experimento, el caso, el ejemplo, ha comenzado a revestir interés intrínseco y no solo por su vinculación con la puesta a prueba de teorías: ha adquirido autonomía y se reconoce en quienes los emplean, creatividad y habilidades artesanales peculiares.

Ya en “Géneros confusos”, su famoso artículo de 1980, Clifford Geertz sostenía que muchos científicos sociales habían renunciado a un ideal de explicación basado en leyes y ejemplos para asumir otro, basado en casos e interpretaciones. Como es sabido, Geertz defendió un enfoque interpretativo atento a la inmediatez de los detalles etnográficos,

fundamentos y aplicaciones. Durante la dictadura militar, salido Félix de la prisión, SADAF fue la catacumba en la que encontramos una zona de refugio y de imaginación donde pensar alternativas. Desde entonces hemos trabajado juntos –a partir de 1983 en la UBA– tematizando y actuando en el campo de la investigación social, las prácticas de diversas comunidades científicas, su creatividad. Schuster ha roto todos los moldes y es, sin lugar a dudas, “un caso”, pues condensa una conjunción de cualidades raramente concretizadas en una sola persona: una inteligencia aguda y una inmensa cultura acompañadas siempre por el afecto, el altruismo, la calma, la humildad, la sinceridad, el respeto y la preocupación por los demás. Vale la pena desplegar el “caso Schuster” para mostrar que esa conjunción es posible, aunque en muchos sentidos nos resulte inimitable.

negándose a articular sus ideas en sistemas generales y abstractos, a los que consideraba vacuos. Su recurso a casos concretos, sus reflexiones teóricas siempre basadas en estudios etnográficos específicos y circunstanciados tomaron distancia del debate interno altamente teórico de las ciencias sociales de los años sesenta y setenta. En el campo de la historia se formularon argumentos incluso más radicales, siempre tendientes a suspender la elaboración teorizante y el automatismo en la explicación de lo social. Ello indicaría que la vocación revisionista en la epistemología de fin del siglo XX se hizo eco de una discusión ya instalada y apremiante en el seno de las ciencias humanas de los ochenta. Sin teorías generales ni fundamentos seguros, el estudio de casos se transformaría en el motor de la innovación científica, lugar de vitalidad del pensamiento social donde se esperaba surgirían nuevas ideas y estrategias analíticas.

El presente trabajo propone una reflexión sobre el uso de ejemplos y análisis casuístico en la producción de conocimiento social, fundamentalmente en el campo de la antropología y la historia, disciplinas emblemáticas en su empleo. Una interpretación corriente ha entendido que el estudio de casos es un recurso empleado para negar la existencia de principios generales y para afirmar tan solo conocimientos particulares. En contra de esta interpretación argumentaré, en primer término, que la práctica casuística no opera en oposición radical al ideal nomológico. Antes bien, su rechazo concierne al apriorismo normativista, por una parte, y al “automatismo” de la aplicación de esquemas interpretativo-explicativos generales a situaciones particulares, por otra.

En segundo término, me centraré en la especificidad del recurso a casos en la ciencia social contemporánea, argumentando que sus diferencias notorias con respecto a la selección de ejemplos típicos o modelos de aplicación privilegiados permiten que el interés epistemológico se desplace de la relación teoría/ejemplo a una consideración renovada del valor de la casuística, tanto desde el punto de vista cognitivo como discursivo. Retomaré consideraciones coincidentes, elaboradas en el campo de la argumentación moral por Albert Jonsen y Stephen Toulmin (1988), quienes vieron en el método casuístico aplicado en la discusión ética —que tuvo su auge en los siglos XVI y XVII— una vía intermedia entre dos versiones extremas y sensiblemente diferente a ellas: la que busca principios invariables cuyas implicancias prácticas estén libres de excepciones y la que presta atención estrecha a los detalles específicos de los casos y las circunstancias morales sin atender a la dimensión de lo general. En particular afirmaré, siguiendo las tesis de Michel de Certeau (1975) que retoma Jacques Revel (2001), que la individualización de un caso en un conjunto supone las más de las veces constituirlo como variante de un dominio general. De este modo, la pertinencia del caso pasa a depender de que permita delimitar una serie u orden y construir variantes y desviaciones significativas en su seno. Captar y

ser capaces de interpretar el sentido de lo particular supondría entonces contextualizar, situar el caso en relaciones de interdependencia con otros, establecer comparaciones circunstanciadas. De tal manera, identificar un hecho como “un caso” supone admitirlo como información novedosa susceptible de revisar nuestras creencias, cuestionar nuestros juicios habituales y reconsiderar nuestro orden de prioridades.

La presente reflexión tiene como trasfondo las investigaciones empíricas de comunidades científicas (antropólogos, sociólogos, biólogos moleculares, físicos nucleares, entre otros) que hemos emprendido en un equipo dirigido por Félix G. Schuster a lo largo ya de varios años. En ellos hemos alegado en favor del recurso a casuística y a ejemplos considerados en detalle, en el convencimiento de que un tratamiento minucioso de los casos es imprescindible para revitalizar la imaginación y la creatividad epistemológicas.

II. Ejemplos y casos como recurso heurístico de orientación nomológica

Félix G. Schuster ha sostenido en sus cursos que al recorrer los usos más comunes de los casos y los ejemplos en la ciencia social se constata que en la investigación contemporánea la apelación a la casuística es ampliamente consistente con el ideal normativo o nomológico. Así, el recurso a casos y ejemplos es las más de las veces compatible con la búsqueda de regularidades, en particular cuando se da:

- a. la identificación de casos representativos que permiten universalizar (uso inductivo);
- b. la emergencia de un caso que sugiere la formulación de una hipótesis explicativa (uso abductivo);
- c. la referencia a un caso como ejemplificador de alguna hipótesis o alguna teoría (uso deductivo o ilustrativo);
- d. la identificación de contraejemplos cuestionadores de hipótesis o teorías (uso refutatorio);
- e. la vinculación de casos semejantes para acceder a alguna formulación general (uso comparativo).

Como se advierte, ninguno de estos usos se limita a las singularidades de los hechos, lo que es más, el examen casuístico opera en ellos como punto de referencia para la formulación, refinamiento o puesta a prueba de hipótesis generales, sean interpretativas o explicativas. Si a ello agregamos que una trayectoria habitual, siempre compatible con el ideal nomológico, conduce en e. desde el estudio de caso único hacia el establecimiento de comparaciones entre casos, constataremos que, en este marco, la casuística se erige en fundamento posible de la

identificación de ciertas regularidades primero, de la formulación de afirmaciones legaliformes luego y, por fin, de la evaluación de la aceptabilidad de tales afirmaciones en ejemplos y casos no estudiados o tomados en cuenta previamente.

¿Pero de qué tipo de regularidades, afirmaciones legaliformes y criterios de evaluación se trata? Una objeción común afirma que las generalizaciones que se emplean al dar cuenta de casos singulares suelen corresponder al estado inferior de ser meras opiniones, productos de una sagacidad intuitiva o comprensiva que cualquier persona, sin ser un científico, podría manifestar. Del mismo modo, debe advertirse que siempre es posible cambiar el nivel de enunciación pasando de uno en que se usan nombres propios a otro en que se emplean variables. Por ello, acecha el peligro de que detrás de un apego por la casuística se esconda la defensa de enunciados que son generalizaciones tan solo en apariencia, pues corresponden a ejemplos de aplicación puntuales caracterizados recurriendo a términos generales.

Sin embargo, ha de advertirse que en la mayor parte de los usos listados, el análisis de casos no tiene que ver con un producto terminado, sino que gira alrededor de estadios de descubrimiento y creatividad (Klimovsky y Schuster, 2000). En tal contexto, es de esperar que aun cuando al dar cuenta de los casos se formulen generalizaciones, estas no revestirán el carácter de teorías científicas rigurosamente establecidas y probadas. Por el contrario, hasta pueden llegar a corresponder a generalizaciones de sentido común que no responden al conocimiento históricamente generado en una disciplina. Muchas veces prejuiciosas o directamente falsas, tales generalizaciones suelen no trascender el umbral de lo plausible: por cuidadosas que hayan sido las exploraciones que las generaron, no les cabría en sentido estricto el mote de hipótesis, dado que aún les queda por superar diversas instancias de validación (Becker, 1958: 502). En los historiadores, la tendencia a oscilar entre planos de interpretación altamente generales y abstractos en un extremo, y excesivamente detallados en otro, ya fue señalada en 1952 por Marc Bloch (citado por Hughes, 1960), quien sostenía que el cuidado escrupuloso del historiador por afirmar con seguridad que un evento había ocurrido, contrastaba con el amateurismo que ese mismo historiador tendía a manifestar a la hora de explicarlo.

Pero, precisamente porque el estudio de casos motoriza la innovación científica erigiéndose en el terreno de la formulación de nuevas ideas y estrategias analíticas, estas objeciones pierden contundencia. Cuando nos concentramos en las fases de creatividad y descubrimiento, es razonable aceptar que las teorías científicas no tienen por qué ser totalmente rigurosas al inicio. Es más, puesto que lo que se está intentando desarrollar es una nueva forma de ver las cosas, podría incluso admitirse que es preferible que las afirmaciones que se formulan sean vagas y aproximadas, pues eso permitirá que la perspectiva innovadora no falle

antes de haber mostrado su potencial. Se puede aceptar que las generalizaciones adolezcan de las características rudimentarias mencionadas, pues son los casos a analizar u observar y no las generalizaciones teóricas los que se constituyen en piedra de toque del proceso científico.

Si bien los recaudos teóricos y metodológicos de los científicos sociales no se centran en tales generalizaciones —que, aún vacuas, vagas o aproximadas forman parte de su razonamiento—, sí lo hacen dos cuestiones principales referidas a los casos a analizar. En efecto, para que los usos de la casuística recién listados (inductivo, deductivo, refutatorio, abductivo, comparativo) lleguen a poner en tela de juicio a las teorías comúnmente aceptadas, por ejemplo, por su carácter apriorístico o simplificado en exceso, es preciso que se den dos condiciones:

1. que los casos hayan sido concienzudamente seleccionados;
2. que su tratamiento sea sutil o realístico.

Con respecto a la primera, Thomas Nickles (1999) ha señalado que, como condición mínima, la selección debería ajustarse a criterios y condiciones específicas, rechazándose la elección de una casuística anárquicamente individualista. Con respecto a la segunda, es extendida la idea de que los estudios de caso son intensivos y a fondo, tanto en relación con el tiempo que se les dedica como en términos de la información que de ellos se recaba y analiza.

III. Especificidad del recurso a casos en las ciencias sociales: los casos como variantes de un tipo, serie u orden general

Llegados a este punto propongo agregar al listado de Schuster un uso más, que considero ampliamente ejemplificado en la investigación social:

- f. la consideración de casos diferenciales que permitan distinguir matices conceptuales relevantes en las cuestiones o relaciones estudiadas (uso conceptual-comprensivo).

De acuerdo con este uso, los estudios de caso formarían parte integral de un proceso de conceptualización y teorización amplio en el que se articulan y consolidan interpretaciones y explicaciones. La función de la casuística consiste en tornar saliente y mostrar con elocuencia una diferencia conceptualmente significativa en un rango u orden general.

Diversos autores que se han dedicado a cuestiones metodológicas de las ciencias sociales y humanas reconocen en sus trabajos este uso. Así, Thomas Yin (1994) sostiene que un objetivo prioritario del estudio de casos es comprender mejor un fenómeno, subrayando que los diseños corrientes no se limitan al estudio de un caso único. Robert Stake

(1994) ha distinguido tres tipos de estudios de casos: intrínsecos, instrumentales y colectivos. En los estudios de casos *intrínsecos* el cometido explícito es la particularización y no se pretende establecer relaciones con otros casos o con problemas generales. Sin embargo, el propio autor sostiene en un texto posterior (Stake, 1998) que conceptualizar un caso singular supone ver en qué se diferencia de otros casos. De tal modo, incluso la afirmación de la unicidad de un caso implicaría el reconocimiento de casos de los que se distingue. Los estudios *instrumentales* son perfectamente compatibles con el ideal nomológico tal como expusiéramos con anterioridad: se interesan por conocer y comprender algo que trasciende el caso seleccionado afectando del mismo modo a otros casos del dominio. Finalmente, también los estudios de caso *colectivos* revisten un cierto grado de instrumentalidad, pero en lugar de seleccionar uno solo, los investigadores estudian un conjunto de casos, erigiéndose cada uno de ellos en instrumento para conceptualizar el fenómeno o problema que colectivamente representan. En igual sentido, Sabino (1996) releva una terna de criterios que orientan la selección de casos variados en un mismo dominio: buscar casos típicos, seleccionar casos extremos y analizar casos desviados o marginales. Los casos típicos son elegidos porque expresan de manera elocuente las descripciones y caracterizaciones ofrecidas por los investigadores, constituyéndose en algo así como modelos canónicos a los que se ajustan las conceptualizaciones contenidas en un tipo ideal. Los casos extremos y los desviados se identifican teniendo en mente una serie u orden de casos típicos, siendo el conjunto de casos lo que permite abrir el juego a la formulación de nuevas preguntas, encontrar soluciones a problemas no resueltos con anterioridad, problematizar segmentos que eran visualizados como no conflictivos y generar condiciones para innovar.

La apelación a casos parece entonces engarzarse de una manera virtuosa con la búsqueda de una conceptualización y comprensión general de un rango de fenómenos o problemas a los que, sin embargo, se anhela caracterizar con sensibilidad hacia sus particularidades. En tal medida, podemos resaltar cierto paralelismo con las consideraciones realizadas por Albert Jonsen y Stephen Toulmin sobre el rol del caso en la argumentación moral. En *The Abuse of Casuistry: A History of Moral Reasoning* (1988), los autores analizan situaciones donde ni una experiencia amplia ni innumerables estudios sobre casos concretos (“intrínsecos” en la terminología de Stake) se mostrarían suficientes para ofrecer respuestas a ciertos problemas morales. Para alcanzar respuestas plausibles, la esencia del pensar casuístico medieval y de los siglos XVI y XVII consistía en ordenar casos por analogía a partir de un paradigma. El procedimiento común iba de los casos simples a los complejos. Se buscaba la formulación de una taxonomía de “casos tipo” que, bien analizados, sirvieran como objetos paradigmáticos a ser comparados con casos nuevos y complejos. Los casos paradigmáticos gozaban de

certeza por su conexión con principios generales; los casos que se alejaban del paradigma por la vía de motivos y circunstancias particulares experimentaban una pérdida paulatina de necesidad y certeza en las conclusiones. En la construcción de esos casos tipo la conexión nomológica se manifestaba en la apelación a máximas, verdades reveladas y autoridades. Sin embargo, la necesidad de interpretar las máximas con apego a circunstancias y motivos diferenciales hacía que los casuistas consideraran fundamental poseer una sensibilidad especial para captar las diferencias entre los casos y para reconocer con detalle y sutileza sus características particulares relevantes. Ello obligaba eventualmente a redefinir las reglas generales y su aplicación. Tanto las reglas generales como la variación de particularidades ofrecidas por los casos formaban parte esencial del procedimiento intelectual.

Al igual que en la casuística moral, el paso de un registro nomológico —aún manejando generalizaciones intuitivas o de sentido común— a otro en el que ejemplifican o presentan especificidades, es ampliamente visible en la labor de antropólogos e historiadores. En ambas disciplinas se anhela formular enunciados inclusivos pero precisos, propiedades que se contraponen en gran medida. Por ello, en lo que concierne a su carácter inclusivo, se admite que las generalizaciones sean relativamente vacías y no revistan un nivel teórico sofisticado, pues en este uso tan solo delimitarán el rango o dominio amplio de fenómenos en el que luego se identificarán casos tipo, casos extremos y casos divergentes. La generalización toma la forma, entonces, de una suerte de principio organizador pasible de ser aplicado a una serie específica de eventos tipo, que son los que han de satisfacer la exigencia de precisión.

Así pues, al trabajar sobre casos, acontecimientos o hechos concretos, antropólogos e historiadores ordenan la profusión de lo real apelando a operaciones de conocimiento entre las que se incluyen la identificación, el ordenamiento y la comparación de datos e información, la formación de conceptos, la caracterización de tipos ideales, además, por supuesto, de la formulación de generalizaciones. Los casos ayudan a lograr una esquematización que ajuste las piezas de los datos etnográficos o históricos entre sí de una manera holística o unitaria, sea en términos de proceso (una teoría coherente del cambio a través del tiempo en palabras tales como “desindustrialización”) o de estructura (un corte de sección más estático de una situación particular como “familia ensamblada”). Entre estas operaciones se destacan las esquematizaciones que Max Weber denominara *tipos ideales*, construcciones conceptuales que otorgan orden a cuerpos vastos y complejos de material empírico social. Despojadas de rasgos particularizantes, estas abstracciones de la realidad social habilitan posteriores razonamientos por comparación.

Debe señalarse que tanto entre antropólogos como entre historiadores tal exigencia de precisión va incluso más lejos, hasta llegar a coincidir con la singularización o particularización de los fenómenos o casos

estudiados. Por cierto, la tendencia actual a manejar una cantidad muy elevada de datos históricos heterogéneos genera serios problemas de ordenamiento intelectual del material empírico (Hughes, 1960: 43). Pero en ambos casos, la producción de narrativas históricas o etnografías específicas y circunstanciadas, liberan a historiadores y antropólogos de esquemas de referencia rígidos y unitarios, siendo la presentación de los casos históricos o etnográficos un modo de representación de la diversidad antes que un modo de representación de la singularidad.

Michel de Certeau (1975) ha destacado la relevancia del caso que permite construir desvíos (*ecarts*) significativos en el seno de una serie u orden. Jacques Revel (2001) retoma la propuesta de Certeau a fin de oponerse a la ingenuidad epistemológica que supone aceptar la oposición nomológico/ideográfico como modos de conocimiento y de argumentación científica particulares y excluyentes. Los casos no señalarían el reconocimiento de nuevas realidades individuales, sino que, combinados con un modelo inclusivo construido, tomarían la forma del señalamiento de una diferencia. Lo que el caso destaca es la diferencia, y la manera de dar cuenta de ella formalmente debería exhibir la pertinencia del detalle que constituye una excepción. La comparación de individualidades captadas en sus contextos supone al propio tiempo que, para ser comprendidas, tales singularidades sean situadas en relaciones de interdependencia con otros casos. Afirma Revel:

“Cada caso histórico es único y tiene vocación de ser contextualizado en el tiempo que le confiere precisamente su singularidad. Sin embargo, no se extraerá la conclusión de que está por ello encerrado en su singularidad: al contrario es sobre una particularización que puede fundarse un comparatismo elaborado, capaz de dar cuenta a la vez de sus medios y de sus límites” (Revel, 2001: 67).

Identificar algo como un caso no sería entonces simplemente ver en él un hecho particular encerrado en su singularidad, sino una unidad portadora de información novedosa susceptible de hacernos revisar nuestros conceptos y generalizaciones, de cuestionar nuestros juicios habituales. De este modo, la justificación del razonamiento por casos no consiste simplemente en que permita enunciar una regla general, válida para todos los casos semejantes, sino antes bien que desencadene un proceso de revisión de nuestras creencias y, por ende, de la aplicabilidad de generalizaciones, términos generales (sea de proceso o de estructura) o reglas que de otro modo aplicaríamos de manera casi automática. Lo que el caso suspende es el “automatismo” de la aplicación de generalizaciones o términos, obligándonos a reconsiderarlos para hacerlo tratable (Livet, 2001: 310-314).

Conclusión

Con autores como Certeau, Revel, Livet, Toulmin y Jonsen hemos visto en qué sentido comprender un caso conlleva construir poco a poco una red de normalidades y excepciones, de contextos diferentes pero vinculados, de manera de suspender ciertas inferencias y permitir otras. En lo que concierne a la propia práctica epistemológica, quizá estas reflexiones nos ayuden a entender por qué los estudios de caso detallados nos abren a un mundo más amplio en el análisis de la ciencia contemporánea. La estrategia contextualista, ampliamente promovida por Schuster (1982, 1993, 1994; Alberti y Schuster, 1995), torna complementarios los momentos generalizantes y singularizantes. Dado que en el conocimiento social, así como en moral, lo particular reviste singular importancia, la casuística parece inevitable para lograr que las interpretaciones y explicaciones válidas enraizadas en la comprensión de contextos específicos y circunstancias concretas.

Como muchos antropólogos e historiadores han señalado, quienes buscan conocimiento social sistemático y controlado no se contentan con la aceptación de proposiciones universales de bajo contenido empírico, vacuas o apriorísticas. Buscan ser capaces de discernir nuevos factores y consideraciones a ser tomados en cuenta a medida que nuestro campo de experiencias se extiende, sea hacia otras culturas o hacia otros momentos históricos. Esta afirmación se malentendería si se la equiparara simplemente a la negación de la existencia de principios generales y la afirmación única de conocimientos particulares. El ideal nomológico convive en las ciencias sociales con el ideal ideográfico, y la tensión y riqueza de tal convivencia se expresan de manera especial en el recurso que en la actualidad se realiza al estudio de casos, cuando los principios generales, los términos teóricos, las teorías más consagradas han perdido plausibilidad.

En su estudio sobre la creatividad científica, Thomas Nickles ha subrayado la importancia de emprender el análisis filosófico de las metodologías basadas en casos de una manera más abierta y desprejuiciada. En su argumentación muestra cómo por momentos la creatividad científica procede obviando el uso de reglas, por momentos se apoya en ellas tanto para buscar nuevas aplicaciones como para llegar a ejemplos en que se las quiebra, y por fin, por momentos se recurre tanto a reglas como a ejemplos o casos. Distingue Nickles (1999: 337-8):

1. El aprendizaje por el ejemplo o razonamiento basado en casos, donde se alienta la búsqueda de analogías o semejanzas de nuevos problemas y sus soluciones, sin apelar explícitamente al uso de reglas, al estilo del manejo de ejemplares kuhnianos.
2. El que se basa en un ejemplar, pero divergente, es decir, aquellos que permiten identificar cambios o transformaciones en el arsenal de ejemplares, alterando las relaciones de semejanza.

3. El que en el marco de un pensamiento convergente, dentro de un sistema único de reglas busca nuevas aplicaciones a fin de lograr una comprensión más honda de las consecuencias del sistema de reglas.
4. En el que al igual que en el punto 3. busca nuevas aplicaciones pero llega a situaciones de divergencia en las que se quiebran las reglas.
5. Presentaciones mixtas que involucran tanto un trabajo de modelación sobre ejemplares como el uso de reglas, ya sean divergentes o convergentes.

Por lo expuesto, vemos que en la práctica científica el recurso a casos no es tan solo instrumental sino que, antes bien, constituye un aspecto conceptualmente ineludible e integral de un proceso de teorización sofisticado. En él, los científicos sociales contemporáneos pretenden abandonar el terreno de la explicación automática basada en generalizaciones de trazo grueso, sin quedar por ello atrapados en la singularidad de los acontecimientos. Este proceso sofisticado es el que Schuster ha alentado y ejemplificado en sus obras, investigaciones y clases.

Referencias bibliográficas

- ALBERTI, Blas y SCHUSTER, Félix Gustavo. 1995. *URSS: la crisis de la razón moderna* (Buenos Aires: TEKNE).
- BECKER, Howard. 1958. "Culture case study and Greek history: comparison viewed sociologically" en *American Sociological Review* Vol. 23, Issue 5.
- BERTHELOT, Jean-Michel (comp.). 2001. *Epistémologie des sciences sociales* (París: PUF).
- CERTEAU, Michel de. 1975. *L'écriture de l'histoire* (París: Gallimard).
- GALISON, Peter. 1987. *How Experiments End* (Chicago: University of Chicago Press).
- 1997 *Image and Logic* (Chicago: University of Chicago Press).
- GEERTZ, Clifford. 1980. "Blurred Genres: The Refiguration of Social Thought" en *The American Scholar* (United Chapters of Phi Beta Kappa) Vol. 29, N° 22, Spring.
- GIERE, Ronald N. 1988. *Explaining Science: A Cognitive Approach* (Chicago and London: University of Chicago Press).
- 1999 *Science Without Laws* (Chicago: Chicago University Press).
- 2006 *Scientific Perspectivism* (Chicago: University of Chicago Press).

- HACKING, Ian. 1983. *Representing and Intervening* (Cambridge: Cambridge University Press).
- HUGHES, H. Stuart. 1960. "The Historian and the Social Scientist" en *The American Historical Review* Vol. 66, Nº 1.
- JONSEN, Albert y TOULMIN, Stephen. 1988. *The Abuse of Casuistry: A History of Moral Reasoning* (University of California Press).
- KLIMOVSKY, Gregorio y SCHUSTER, Félix Gustavo (comps.). 2000. *Descubrimiento y creatividad en ciencia* (Buenos Aires, Eudeba).
- LIVET, Pierre. 2001. "Action et cognition en sciences sociales" en Berthelot, Jean-Michel (comp.) 2001 *Epistémologie des sciences sociales* (París: PUF).
- NICKLES, Thomas. 1999. "Paradigm Shifts" en *Encyclopedia of Creativity* (Academic Press) Vol. 2.
- REVEL, Jacques. 2001. "Les sciences historiques" en Berthelot, Jean-Michel (comp.) 2001 *Epistémologie des sciences sociales* (París: PUF).
- SABINO, Carlos. 1996. *El proceso de investigación* (Buenos Aires, Editorial Lumen Humanitas).
- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1986. (1982) *Explicación y predicción* (Buenos Aires: CLACSO).
- 1997 (1993) *El método en las ciencias sociales* (Buenos Aires: CEAL).
- (comp.) 1994 *Popper y las Ciencias Sociales* (Buenos Aires: CEAL).
- STAKE, Robert. 1994. "Case Studies" en Denzin, Norman y Lincoln, Yvonna (eds.) *Handbook of Qualitative Research* (Thousand Oaks, London, New Delhi; Sage Publications)
- 1998 *Investigación con estudio de casos* (Madrid: Morata).
- YIN, Robert. 1994. *Case Study Research. Design and Methods* (New York: Sage).

Kierkegaard y la epistemología

Patricia C. Dip

"[...] Sócrates fue grande precisamente porque distinguía entre lo que comprendía y lo que no comprendía [...]" (Kierkegaard, 1984: 26)¹.

Patricia C. Dip, doctora en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como docente universitaria e investigadora del CONICET. Es autora de infinidad de artículos sobre filosofía contemporánea. Ha traducido a Kierkegaard y participado de múltiples congresos de filosofía en general y jornadas dedicadas especialmente al pensamiento del filósofo danés en Argentina, Brasil y Estados Unidos. Actualmente se dedica a estudiar en el área de "filosofía de la praxis". E-mail: patriciadip@hotmail.com.

Introducción

Es un lugar común pensar a Kierkegaard como un irracionalista, cara a la paradoja y el salto de la fe, cuyo principal objetivo ha sido subrayar la importancia de los elementos subjetivos en la producción y el desarrollo del conocimiento. Esta imagen empobrecida y errónea del

1. Esta es una cita que Kierkegaard toma de Hamann.

pensador danés merece ser discutida. Creo que es suficiente centrarse en el período de 1842-1847 de su labor filosófica para cuestionar esta caricatura.

En la “Introducción” a *El concepto de la angustia* (1844) nos topamos con una discusión epistemológica que pone de relieve que el progreso de la ciencia depende de su capacidad de pensar de modo “interdisciplinario”. Un poco antes, en los *Papirer IV B* (1842-1843), Kierkegaard comienza a esbozar una distinción entre dos tipos de conocimiento: el conocimiento “objetivo”, que le atribuye a la matemática, la estética y la metafísica, y el conocimiento “subjetivo”, propio del saber ético-religioso. Esta misma distinción, aunque analizada desde otra perspectiva, sigue presente en el *Postscriptum* (1846) y en los *Papirer VIII 2 B* (1847).

Me propongo aquí centrarme, por un lado, en la formulación del trabajo “interdisciplinario” que aparece en 1844 y, por el otro, en la discusión en torno a la contraposición entre dos tipos de saber, el objetivo y el subjetivo, con el fin de mostrar que el danés no se opone al desarrollo del pensamiento científico, sino que, en todo caso, se ocupa de establecer sus límites. Estos límites, no obstante, no responden a la lógica propia del discurso científico. Es decir, no son formulados de manera objetiva, sino presentados como la necesidad que define y determina al denominado por Johannes Climacus en el *Postscriptum* “pensador subjetivo”.

Cuestiones metodológicas

Cuando Vigilius Haufniensis intenta pensar el pecado original, comprueba que este fenómeno “no tiene domicilio propio en ninguna ciencia”. Es decir, el pecado no puede convertirse en objeto de ningún saber. No le corresponde a la dogmática, tampoco a la ética, y menos aún a la psicología. En este contexto, el seudónimo distingue la realidad, la posibilidad real y la posibilidad ideal del pecado. Frente a la imposibilidad de concebirlo objetivamente, por ser una realidad carente de sustancia, Haufniensis busca una posible solución. Esta consiste en realizar un rodeo que le permita hablar del pecado de “modo indirecto”. Ya que, en sentido estricto, no puede constituirse en objeto de conocimiento, habrá entonces que buscar un fenómeno similar del que sí pueda hablarse con sentido, a saber, la angustia².

No es necesario entrar en los pormenores de la argumentación para comprender que el autor seudónimo descubre que existen fenómenos que por su propia naturaleza, esquiva, indeterminada, compleja, exigen

2. Por eso *El concepto de la angustia* es considerado “un mero análisis psicológico en la dirección del problema dogmático del pecado original”.

que las ciencias se pongan en diálogo entre sí. En este caso particular se trata de la ética, la dogmática y la psicología. Si de este proceder podemos sacar alguna consecuencia relevante para el pensamiento contemporáneo, esta no es otra que la necesidad de promover el desarrollo de la discusión interdisciplinaria. Esta discusión no es menor, pues como resultado de ella pueden surgir nuevos campos del saber³. Si hoy tuviéramos que realizar el ejercicio de pensar nuevamente la angustia, por ejemplo, no podríamos hacerlo sin tener en cuenta el desarrollo de una práctica que Haufniensis desconocía, pero Kierkegaard anticipaba en algunas de sus obras, el psicoanálisis⁴.

Mientras en el “Prólogo” a *El concepto de la angustia* el autor realiza algunas consideraciones preliminares en torno a la investigación que se propone realizar, en la “Introducción” hace referencia al principio metodológico del que esta es parte y expone las razones por las cuales es necesario repensar la relación que las ciencias implicadas tienen entre sí con el fin de evitar desviaciones metódicas que impidan el desarrollo efectivo de la investigación.

“A juicio mío, quien se disponga a escribir un libro hará muy bien en tener consideradas de antemano todas las diversas facetas del asunto que quiere tratar. Tampoco estará nada mal que, en cuanto ello sea posible, entable conocimiento con todo lo que hasta la fecha se haya escrito sobre el mismo tema. Y si nuestro escritor en ciernes se topa por este camino con alguien que de una manera exhaustiva y satisfactoria haya tratado una que otra parte del asunto, entonces hará muy bien en alegrarse...” (Kierkegaard, 1984: 29).

3. Acepto que no estoy haciendo un uso apropiado del lenguaje. No establecí distinciones entre las nociones de ciencia, campo, práctica y saber. No creo que sea necesario establecerlas en el contexto de este trabajo.
4. Kierkegaard anticipa problemas propios del psicoanálisis no solo con la introducción de categorías tales como la angustia y la repetición, sino también con la discusión de cuestiones relativas a la misma práctica psicoanalítica tales como: el efecto liberador de la palabra, la importancia de distinguir la “comprensión intelectual o teórica” de la “comprensión subjetiva”, que exige un ejercicio de “apropiación” interior por parte del individuo, y el rechazo al modo moderno de dar cuenta de la idea de sujeto. Además, si recordamos el *Seminario 10* (“La angustia”, 1962-1963) de Lacan, donde los psicoanalistas son definidos por su “praxis”, la “erotología”, no podemos obviar la anticipación kierkegaardiana de la misma realizada en 1847 con sus deliberaciones en torno a la praxis amorosa en *Las obras del amor*. Aunque, para ser justos con la historia de la filosofía occidental, desde el exclusivo punto de vista del “método”, tenemos que decir que el primer antecedente de la práctica psicoanalítica no lo encontramos en Kierkegaard, sino en un pensador muy apreciado por él: Sócrates. El método socrático, basado en el “aparente” no saber del maestro y en la búsqueda de autoconocimiento por parte del discípulo, puede pensarse como una primitiva prefiguración del método psicoanalítico.

“En lo que concierne a mi pobre persona, he de confesar con toda sinceridad que en cuanto autor soy como un rey sin reino...” (Kierkegaard, 1984: 30).

Esta confesión quedará aclarada una vez que se discuta la imposibilidad de pensar el pecado en sentido estricto. El conocimiento de los fenómenos cristianos tiene como límite la revelación divina. No obstante, ello no impide establecer un diálogo entre la “segunda ética”, la psicología y la dogmática con el fin de describir el pecado en la medida que pueda convertirse en objeto de ciencia. El diálogo entre estas ciencias surge del rechazo al marco teórico a partir del cual se pensaba previamente el pecado, a saber: el determinado por la metafísica, la lógica y la “primera ética”.

“Partamos del principio de que todo problema científico ha de tener, dentro del amplio campo de la ciencia, su lugar determinado, su objetivo y sus límites propios” [...]

“Este principio constituye, además, el interés de toda investigación especializada” (Kierkegaard, 1984: 31).

Cuando esta olvida el lugar que le es propio, corre el riesgo de perderse y llegar a cualquier lugar. La desviación metódica destruye la armonía que debe reinar entre las ciencias y no produce conocimiento sino mera confusión. El autor da tres ejemplos de este tipo de error, cometidos por Hegel y los hegelianos daneses. En primer lugar, hace mención a la pretensión hegeliana de aprehender la realidad por medio de la lógica. No es posible llegar a las determinaciones de la realidad partiendo del ser puro o nada como se plantea en *La ciencia de la Lógica*⁵. Este modus operandi genera una pérdida tanto para la lógica como para la realidad.

“Ni la lógica ni la realidad quedan servidas. No la realidad, pues la lógica no deja paso a la contingencia que es esencial a todo lo real. Pero tampoco queda servida la misma lógica, pues cuando esta acaba de pensar la realidad, ha introducido en su mismo cuerpo algo que no puede asimilar, anticipando una cosa que según su misión solamente ha de preparar” (Kierkegaard, 1984: 32).

5. En la misma época Feuerbach y Marx también le critican a Hegel esta pretensión. Feuerbach lo hace en 1839 en *Aportes para la crítica de Hegel*, donde sostiene que no es posible partir del ser puro porque “ser” significa “ser determinado”. Por su parte, Marx considera el pensamiento especulativo como mera “abstracción” en los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844.

Supuestamente, “lo negativo” es la fuerza que pone todo en movimiento en la lógica. Sin embargo, en la lógica no puede producirse ningún movimiento porque esta simplemente “es”, “y precisamente esta impotencia de lo lógico es la que marca el tránsito de la lógica al devenir, que es donde surgen la existencia y la realidad” (Kierkegaard, 1984: 36). La lógica y la realidad son elementos heterogéneos. Plantear la identidad entre ambos y el devenir de lo real a partir del “movimiento lógico”, es un error metodológico porque el “movimiento” no ocupa más que un lugar inadecuado en la lógica⁶.

En segundo lugar, se refiere al error en el que incurre la dogmática cuando considera la fe como algo “inmediato”, “sin recurrir a ninguna otra definición más aproximativa” (Kierkegaard, 1984: 32). Esto implica una pérdida para ambas. La fe no solo pierde sus “presupuestos históricos” sino también su necesidad. Si la fe fuera algo inmediato, mantenerse en ella no requeriría ningún esfuerzo por parte del creyente. Por otro lado, también pierde la dogmática, pues no comienza por donde debe, algo previo a ella misma, sino por la lógica.

Por último, menciona el equívoco de las investigaciones propedéuticas que utilizan el término *reconciliación* para hacer referencia a la identidad de sujeto y objeto en el seno del pensamiento especulativo. “Por lo general, siempre fue un supuesto de toda la filosofía antigua y de la Edad Media que el pensamiento tiene realidad. Con Kant se hizo dudoso este supuesto” (Kierkegaard, 1984: 33). Aceptemos que Hegel haya superado el escepticismo kantiano de modo tal que el pensamiento no tenga realidad en virtud de una suposición previa. “En este caso, ¿será una *reconciliación* esa realidad del pensamiento lograda de un modo tan consciente?” (Kierkegaard, 1984: 34). En lugar de hablar de tesis, antítesis y síntesis, se escoge una terminología nueva que usa el término “mediación” para referirse a la síntesis. “¿Acaso significa esto un gran progreso? Ya que la mediación es algo equívoco, que lo mismo puede indicar una relación entre dos como el resultado de la relación, tanto aquello en lo que dos cosas se relacionan como los elementos relacionados. La mediación designa a la par movimiento y reposo” (Kierkegaard, 1984: 34).

“La síntesis ha quedado definitivamente abandonada y se dice mediación. ¡Que así sea! Sin embargo, la ingeniosidad contemporánea reclama todavía más y dice reconciliación. ¿Cuáles son las consecuencias? Que con ello no se saca ningún provecho

6. En esta misma línea de análisis, Trendelenburg le critica a Hegel confundir categorías lógicas con categorías reales.

para las propias investigaciones propedéuticas; ya que estas, naturalmente, ganan tan poco con un nuevo título como la verdad en claridad o un alma humana en beatitud. Lo que así se logra es confundir de raíz dos ciencias, o sea, la ética y la dogmática” (Kierkegaard, 1984: 34).

Haufniensis está preocupado por tratar el problema del pecado partiendo del marco teórico apropiado.

“El pecado tiene su lugar determinado; o, mejor dicho, no tiene ningún lugar en absoluto, y esta es cabalmente su determinación. Si se lo trata en otro lugar cualquiera, entonces resultará indefectiblemente alterado, puesto que se le enfoca desde un ángulo de reflexión inesencial. De este modo quedará alterado su concepto, y al mismo tiempo aquel talante que corresponde al concepto exacto” (Kierkegaard, 1984: 37).

No es necesario llamar la atención sobre la importancia capital que tiene en la investigación científica la aplicación del método apropiado⁷. De ella depende el marco teórico que permite desarrollar la “reflexión esencial”, es decir, la que respeta tanto al concepto como al talante que le corresponde⁸.

El talante que corresponde al concepto del pecado es la seriedad. Por eso, no puede ser tratado de modo unilateral en la metafísica, pero tampoco en la psicología, y menos aún en la estética. De allí que el objetivo de este capítulo sea el tratamiento de otro concepto, el de la angustia, teniendo siempre como *telos* el dogma del pecado original. La explicación de ello radica en que, “en realidad, el pecado no tiene domicilio propio en ninguna ciencia. El pecado es objeto de la predicación, en la cual el individuo habla como individuo al individuo” (Kierkegaard, 1984: 39). La predicación está basada en el diálogo, cuyo secreto no es otro que la “apropiación interior”.

¿Cómo se resuelve entonces la discusión epistemológica en torno al problema del pecado? Con un nuevo acomodamiento de las ciencias

7. Lo que define la investigación científica es la utilización de un método. En la discusión que se plantea en esta obra se distinguen: el método psicológico, el dogmático y el ético. La posibilidad de que se produzca un cambio de paradigma depende justamente del diálogo que entablan las ciencias entre sí una vez que han reconocido la interdependencia existente entre el método elegido, que debe respetar tanto al concepto como al talante, y el marco teórico.

8. Según Haufniensis, tanto la ciencia como el arte y la poesía suponen un “talante”, una cierta disposición, cuyo carácter no es mental, sino emotivo, tanto en el que la produce como en el que la recibe. Esta idea es interesante porque supone que la producción de conocimiento no es un ejercicio meramente racional y objetivo, sino que implica una relación con la emotividad del hombre.

que discuten el tema, o en términos contemporáneos, a partir de un “cambio de paradigma”⁹ que supone dos momentos simultáneos. En primer lugar, el pecado es un tema que no le compete a la metafísica, la lógica y la primera ética, sino a la dogmática, la segunda ética y la psicología. Este nuevo modo de ordenar las ciencias descansa, a su vez, en la aceptación de la diferencia cualitativa entre el paganismo y el cristianismo¹⁰. En segundo lugar, cada ciencia debe reconocer sus límites propios. En lo que a estos respecta, “la dogmática esclarece el tema del pecado original, es decir, la posibilidad ideal del pecado, al mismo tiempo que la psicología ha ido sondeando su posibilidad real. En cambio, la segunda ética no tiene nada que hacer con la posibilidad del pecado o con el pecado original. La primera ética ignora el pecado y la segunda ética incluye en sus dominios la realidad del pecado y aquí no puede entrar la psicología sino es mediante un abuso o falta de comprensión” (Kierkegaard, 1984: 47). Cuando cada ciencia reconoce sus límites y, la dogmática se ocupa de la “posibilidad ideal”, la segunda ética de la “realidad” y la psicología de la “posibilidad real” del pecado, resulta una “ciencia nueva”.

En este momento de la discusión puede sostenerse que *El concepto de la angustia* es una obra que contiene una “revolución teórica” implícita a la que no se le ha prestado atención: el anuncio de una nueva ciencia, el psicoanálisis. La discusión presupone que la “filosofía primera” es la totalidad científica pagana, cuya esencia es la inmanencia o, dicho en griego, la reminiscencia. “En este caso, por *secunda philosophia* habría que entender aquella cuya esencia es la trascendencia o la repetición” (Kierkegaard, 1984: 45). Y, me tomo el atrevimiento de agregar, por “tercera filosofía” —el psicoanálisis— habría que entender una práctica que toma el concepto de la angustia de manera autónoma, es decir, no ocupándose ya de su *telos* dogmático.

9. “Con la dogmática comienza la ciencia que, en contraste con aquella ciencia estrictamente llamada ideal, parte de la realidad. La dogmática comienza con lo real para elevarlo hasta la idealidad. Esta ciencia no niega la presencia del pecado, al revés, lo presupone y lo explica suponiendo el pecado original.” Pero, “la dogmática no tiene que explicar el pecado original; su única explicación es suponerlo” (Kierkegaard, 1984: 43). “Por lo tanto, la nueva ciencia empieza con la dogmática, exactamente en el mismo sentido en que la ciencia inmanente comienza con la metafísica. Aquí vuelve a hallar la ética nuevamente su puesto, en cuanto ciencia peculiar que propone a la realidad como tarea la conciencia que la dogmática tiene de la misma realidad” (Kierkegaard, 1984: 44).

10. “El escepticismo del pecado es totalmente extraño al paganismo. Para la conciencia moral de los antiguos el pecado viene a ser como el error respecto de sus conocimientos, una excepción aislada que no demuestra nada” (Kierkegaard, 1984: 43).

Conocimiento objetivo y conocimiento subjetivo

Si bien la contraposición entre el conocimiento objetivo y el conocimiento subjetivo es introducida recién en 1846 en el *Postscriptum*, ya aparecen indicios de la misma algunos años antes. Cuando el autor de *Johannes Climacus o el dudar de todas las cosas* (1842-1843) analiza la proposición en “la filosofía comienza con la duda”, establece una distinción entre las proposiciones matemáticas y las proposiciones ético-religiosas. En el caso de las primeras, la personalidad de quien las enuncia no posee ningún rol, siempre que lo haga correctamente; en el caso de las segundas, sin embargo, la personalidad juega un rol fundamental, pues estas proposiciones no exigen talento, sino autoridad. “Si alguien posee talento suficiente para ver todo lo que implica una proposición tal, talento suficiente para enunciarla, no se sigue de allí que él mismo crea en ella o que la realice y mientras este no sea el caso cambia entonces la proposición religiosa por una histórica o la proposición ética por una metafísica” (Kierkegaard, 2007: 65). Entonces, dado que “una duda objetiva no es duda sino deliberación” (Kierkegaard, 2007: 65), quien se relaciona con la duda debe hacerlo de modo “subjetivo”.

La contraposición entre el conocimiento objetivo y el subjetivo exige, a su vez, la formulación de una distinción metodológica, manifiesta en la elaboración del “método indirecto de comunicación”. Solo las verdades objetivas pueden transmitirse de modo directo. Las subjetivas necesitan de un recurso distinto. El saber objetivo posee un objeto que puede describirse. Esta descripción puede ser corroborada de modo intersubjetivo. Por el contrario, el saber subjetivo carece de objeto o, en otros términos, es el propio sujeto de conocimiento quien deviene en objeto. De allí que la descripción y su correspondiente corroboración resulten insatisfactorias. No obstante, sería un error pensar que Kierkegaard rechaza el conocimiento objetivo. Su interés radica más bien en distinguir estos dos tipos de saber.

Algunos creen que en el *Postscriptum*, Johannes Climacus enarbola la bandera del pensamiento subjetivo introduciendo un concepto arbitrario de verdad cuya característica esencial es su carácter subjetivo. Si deseamos cuestionar esta creencia, debemos comprender que la consigna “la verdad es subjetividad” solo puede ser pensada a partir del contenido temático de la obra que condiciona la discusión en torno a la relación subjetividad-objetividad, a saber: “lo cristiano”.

En este contexto es imprescindible reconocer la formulación de dos niveles de análisis del pensamiento objetivo:

1. como esfera autónoma de conocimiento;
2. en su relación dialéctica con el pensamiento subjetivo.

El método de la comunicación indirecta se fundamenta precisamente en el segundo nivel de análisis. Al concentrarse en el problema de la

“apropiación subjetiva” de la verdad religiosa, Climacus pone de relieve que la “aproximación” del saber histórico deviene inesencial, pues lo que define al creyente no depende del fundamento histórico de la fe, sino de su apropiación personal de la misma.

En el marco del tratamiento de este problema, es importante señalar dos cuestiones relativas a la relación dialéctica entre el conocimiento objetivo y el subjetivo. En primer lugar, lo desigual de la relación pues, aunque estén en tensión, los dos términos no pueden equipararse. Existe, ciertamente, una supremacía de lo subjetivo. En segundo lugar, el conocimiento objetivo posee aquí un valor relativo, ya que está subordinado a la posible relación con la verdad que establezca el individuo cognoscente. Cuando lo esencial es la apropiación subjetiva, el conocimiento objetivo se convierte en interpelación inesencial.

El pensador subjetivo no responde al paradigma racionalista del *ego cogito, ergo sum*¹¹, sino que depende de otro modelo de análisis, el del *pathos* existencial. Lo primero no es, entonces, la identidad entre el pensar y el ser, sino la necesidad del existente de constituirse a sí mismo a partir de la expresión, no de la razón, sino de la pasión, manifiesta en la labor de apropiación interior. A diferencia del pensador objetivo, el pensador subjetivo es consciente de la “dialéctica de la comunicación”.

Mientras el pensamiento objetivo es indiferente al pensador subjetivo y su existencia, el pensador subjetivo —en tanto existente— está “esencialmente interesado” por su propio pensamiento, existe en él. Por eso, su pensamiento se orienta hacia la interioridad y la apropiación, mientras el pensar objetivo se preocupa por la certeza, la completud y los resultados. Si bien el pensamiento objetivo posee una esfera autónoma de acción —la de la ciencia—, cuando se trata de llamar la atención sobre lo religioso, no puede evitarse la colisión entre el pensamiento objetivo y el subjetivo. Este último requiere lo que Climacus denomina “doble reflexión”, es decir, la reflexión que hace referencia a un secreto esencial que solo puede ser comunicado de modo indirecto.

Si pensamos la reflexión en su sentido habitual, el secreto de la interioridad no ocupa ningún lugar, y la comunicación es directa. La “doble

11. Según Kierkegaard, el escepticismo cartesiano es presa de las siguientes paradojas: en primer lugar, no es posible dudar de todo, hecho que el mismo Descartes acepta en las *Meditaciones metafísicas* al postular su primera verdad indubitable; en segundo lugar, contra cualquier apariencia, esta primera verdad indubitable no es verdad puesto que el “*ego cogito, ergo sum*” es: **a)** o bien una proposición tautológica que se ocupa de plantear la identidad entre *cogito* y *sum*; **b)** o bien una proposición falsa, dado que del plano del pensamiento no puede deducirse la existencia, pues pensar y ser pertenecen a órdenes completamente distintos; finalmente, no es posible comenzar a filosofar partiendo de la duda porque si debiera dudarse de todo metódicamente, la duda se extendería ad infinitum y, de este modo, jamás se podría dejar de dudar y comenzar a pensar.

reflexión”, por su parte, presupone el sentido habitual de la reflexión y, además, exige el esfuerzo de pensar estando inserto en el proceso de existir. Cuando en este proceso el individuo se cuestiona acerca de su relación personal con el cristianismo, es decir, se preocupa por su felicidad eterna, el pensamiento llega a su límite máximo: la paradoja. Esta paradoja consiste en basar la felicidad eterna en algo histórico. Es fundamental comprender que la categoría de lo histórico que piensa Climacus aquí lleva implícita una contradicción. Al pensar el cristianismo solo puede hablarse de “lo histórico” contra su misma naturaleza, puesto que se trata de lo “eterno-histórico”, una contradicción que conduce a la ruptura con todo pensamiento, a saber: que lo eterno por naturaleza, Dios, exista en el tiempo¹².

Esto explica por qué no tiene sentido abordar el cristianismo desde una perspectiva meramente objetiva. Si se pregunta por la verdad histórica o filosófica del cristianismo, el problema de la apropiación subjetiva de esta verdad ni siquiera aparece. La fe no surge de la deliberación, por el contrario, lo que la condiciona —aunque no la garantiza— es el infinitamente apasionado interés personal¹³.

Quien aborda la verdad del cristianismo de modo histórico, concentrándose en la “doctrina” cristiana, debe considerar la Sagrada Escritura como documento crucial. Por otra parte, la respuesta que se obtiene del abordaje filosófico de la verdad cristiana, es mera mistificación. Ni la Sagrada Escritura ni la mistificación filosófica implican la relación subjetiva del individuo con su propia felicidad eterna, pues esta última está determinada por la pasión personal. El sujeto que pregunta por la verdad del cristianismo se halla en una de estas dos situaciones, o lo hace con fe, convencido de esta verdad, en cuyo caso todo lo demás carece de importancia, ya que la fe es precisamente el “infinito interés en el cristianismo”, y todo otro interés se convierte en mera tentación; o bien no tiene fe y se relaciona con esta verdad como observador, de modo objetivo y, por lo tanto, no está “infinitamente interesado” en resolver la cuestión. La fe es el presupuesto de la relación personal con la verdad cristiana.

En los *Papirer VIII 2 B (La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa)* Kierkegaard sostiene que la época moderna se caracteriza por el olvido de la diferencia entre la ciencia y el arte, que conlleva la asunción de que toda comunicación es directa. A su vez, el arte es comprendido solo de modo estético, en el sentido de las bellas artes. La contraposición entre lo objetivo y lo subjetivo elaborada en el *Postscriptum* es enfocada aquí desde el punto de vista del problema de la comunicación.

12. Cf. Kierkegaard (1984: 578-579).

13. Cf. Kierkegaard (1984: 29).

Como la época moderna defiende la objetividad¹⁴, toda comunicación toma como objeto el conocimiento, es comunicación de un “saber”. Por el contrario, cuando el ángulo de la reflexión no es el objetivo, sino el personal, la preocupación que surge no es acerca del contenido de la comunicación sino acerca del sentido de la misma. De allí que el esfuerzo de Kierkegaard radique en encontrar una definición de la comunicación de “capacidad”, que supone la aceptación de la diferencia entre lo que en términos contemporáneos podemos denominar el “conocimiento científico” —que se caracteriza por la posesión de un objeto— y el “conocimiento artístico o de capacidad”, que carece de objeto puesto que supone, o la ejecución de una habilidad, o bien la realización de una acción, como en el caso de la capacidad ética.

Existen tres capacidades —estética, ética y religiosa—, cada una de las cuales se aborda con un método propio, basado en la dialéctica de la comunicación (directa e indirecta). Mientras el conocimiento científico se comunica de modo directo, el conocimiento artístico se comunica de modo indirecto. Aquí se establecen ciertas distinciones sutiles. La comunicación de una capacidad estética es directa, pero como se trata de la comunicación directa de una capacidad, el método que debe aplicarse para comunicarla es finalmente el indirecto. La comunicación de la capacidad ética es indirecta en sentido pleno y la comunicación de lo religioso, parte de un saber, la existencia de Dios en el tiempo o el surgimiento del cristianismo, que se comunica de modo directo, pero es esencialmente comunicación indirecta¹⁵.

A su vez, cada conocimiento se comunica en un medio determinado, o bien la posibilidad o imaginación, en el sentido de la idealidad, o bien en la actualidad o realización, que en el caso de la comunicación de lo ético, por ejemplo, exige que la comunicación se produzca en una determinada “situación”, que trastoca el sentido habitual de la comunicación científica. La edad moderna comunica “lo ético” como ciencia en lugar de hacerlo como un arte o capacidad. Este error se basa en la falta de comprensión del sentido de lo ético, que por su propia naturaleza

14. Pensarlo todo desde el punto de vista de la objetividad implica cierta deshonestidad de la modernidad, que carece de la ingenuidad o primitivismo de la antigüedad: la necesidad de “reexaminar” lo universalmente humano. En otros términos, evadir la responsabilidad de reexaminar los presupuestos a partir de los cuales se construye la universalidad y aceptar, por consiguiente, lo universal como dado, es una práctica deshonestas.

15. La diferencia entre ser formado en lo ético y ser formado en lo religioso consiste en lo siguiente: lo ético es definido como lo “universalmente humano” mismo, por eso, en tanto ser humano, el hombre ya se encuentra en posesión de lo ético. Sin embargo, el hombre no posee lo religioso en sentido cristiano de modo inmediato, sino que necesita adquirirlo.

exige “realización”. Lo ético no comienza por la ignorancia con el fin de convertirse en conocimiento, sino que parte de un conocimiento que compele a la acción. Kierkegaard parte del supuesto de que lo ético implica una cierta indiferencia respecto del conocimiento teórico, pues todo hombre sin distinción lo posee. La cuestión entonces no radica en la enseñanza de un saber desconocido, sino en volver explícito lo ya poseído de modo implícito. De allí que plantear el problema de lo ético en el terreno de la mera teoría o en el medio de la posibilidad, implique una dilación acerca de la realización de la tarea implícita en el imperativo moral, que debe ser comprendido en el medio de la actualidad.

El sentido habitual de la comunicación es trastocado, pues los elementos que la constituyen (el objeto, el comunicador y el receptor) se desvanecen. El objeto desaparece porque todos lo conocen. El comunicador también, ya que, dado que todos saben a priori qué implica lo ético, a saber, el cumplimiento del deber, nadie puede enseñarle a otro a realizarlo. Finalmente, si no hay comunicador, tampoco hay receptor. Solo puede permanecer un comunicador: Dios¹⁶. La comunicación indirecta está basada en la “decepción”, dado que el solo intento de comunicar lo ético de modo directo implicaría un engaño. La ironía entra en juego aquí, a saber, “la más alta seriedad” que se necesita para ayudar a un hombre a que se relacione con Dios.

Resumiendo, Kierkegaard no realiza ninguna objeción con respecto a la necesidad de comunicar el conocimiento científico con el método adecuado, a saber: el discurso directo. La dificultad que plantea es simplemente que este método es inadecuado a la hora de dedicarse a la comunicación de las verdades de carácter ético-religioso. No comprender la necesidad de utilizar distintos métodos de comunicación solo puede conducir a la confusión propia de la época moderna que tiende a pensar todo problema en el ámbito del puro pensamiento o en el medio de la posibilidad, mostrando de este modo su incapacidad para dar cuenta de la praxis.

Referencias bibliográficas

- KIERKEGAARD, Søren. 1984. *El concepto de la angustia* (Madrid: Ediciones Orbis). Traducción de Demetrio G. Rivero.
- 2007 *Johannes Climacus o el dudar de todas las cosas* (Buenos Aires: Gorla). Traducción de Patricia C. Dip.
- 1968 *Concluding Unscientific Postscript to Philosophical Fragments* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press). Edición y traducción de Howard V. Hong y Edna H. Hong.

16. Evidentemente, este último enunciado supone que la ética no es autónoma.

Hondos y profundos, tragedia y *episteme* en Kierkegaard y Nietzsche

Eduardo Grüner

Eduardo Grüner es profesor titular de Sociología y Antropología del Arte de la Facultad de Filosofía y Letras y de Filosofía Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Autor de los libros Un género culpable (1995), Las formas de la espada (1997), El sitio de la mirada (2000), El fin de las pequeñas historias (2002), La cosa política (2006), La oscuridad y las luces (en prensa). Fue vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales y director del Instituto de Estudios de América Latina y El Caribe de la UBA.

Algunas modestas proposiciones para preguntar por *otro* sujeto

Hace más tiempo del que estoy dispuesto a confesar públicamente, cuando yo era un jovenzuelo estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, habíamos conformado unas regocijantes tertulias filosóficas bajo la dirección de Félix, en las que también revistaban Liliana Gaston, Norberto Sessano y Héctor Palomino. Durante alguna de

esas veladas imborrables, Félix hizo, como al pasar —muchas de las mejores palabras de los maestros, se sabe, parecen ser “al pasar”— una elaborada y sentida distinción entre lo que llamó filósofos *profundos* —digamos, Descartes, Kant o Hegel— y filósofos *hondos*, de los cuales el “paradigma” (dicho sea sin necesaria intención kuhniana) era para él Søren Kierkegaard. Años después —y siempre “al pasar”— le escuché decir que uno de sus textos filosóficos preferidos era *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche. Sí, se leyó bien: Kierkegaard y Nietzsche, favoritos de Félix, el epistemólogo, el filósofo de la ciencia, el lógico del lenguaje, etc. Que esto pudiera constituir para mí una sorpresa no habla de Félix —no estamos ante un caso de Jekyll y Hyde filosófico— tanto como habla (mal) de mí: no era todavía capaz de reconocer que puede haber maneras *hondas* de hacer *cualquier* rama de la filosofía. Para colmo, hubo más “sorpresas”: por ejemplo, un extraordinario —y a esta altura ya mítico— texto de Félix sobre... Mariano Moreno. Las honduras se argentinizaban, se latinoamericanizaban, se hacían de “izquierda nacional”, no sé cómo decirlo. En todo caso, mostraban una *diáfana complejidad* (y en algunos casos, eso no es forzosamente un oxímoron). Pero no quisiera abundar en cosas que son muy difíciles de transmitir. Baste decir que, cuando Cecilia Hidalgo me dio la alegría de proponerme participar de este homenaje a Félix, en lo primero que pensé fue en Kierkegaard y Nietzsche. Escribir un ensayo sobre esos dos pensadores monumentales hubiera excedido mis magras capacidades (y no puedo negar que hubiera sido mi inmoderado sueño: pero en fin, será una deuda más, entre otras infinitamente más importantes, que tendré con Félix). En los balbuceos que siguen, sin embargo, habrá que escuchar ecos de esos nombres, y quiero creer que también, y sobre todo, de aquellas tertulias en su momento interrumpidas de la manera menos honda.

I. Una leyenda apócrifa (de esas de las que se dice que *se non é vero, é ben trovato*) cuenta que un ya desaparecido filósofo argentino visita a Heidegger en su célebre “choza” de la Selva Negra. Interrogado por la secretaria sobre a quién debe anunciar, el argentino se presenta como “Fulano de Tal, filósofo argentino”. A los pocos minutos la secretaria regresa con gesto adusto, diciéndole: “Dice el profesor Heidegger que debe haber un error, pues la filosofía solo es griega o alemana”. Despachemos rápidamente el obvio *eurocentrismo* —y la vocación humilladora, hay que decirlo— del ex rector de Friburgo (y todos sabemos lo que ese rectorado significó, aunque a veces conviene olvidarlo para poder *leer* a Heidegger). La anécdota viene a cuento de que al pensador del *otro comienzo* de la filosofía jamás se le podía pasar por las mientes que ese *recomienzo* viniera, no digamos ya de la Argentina, sino en general de una región como Latinoamérica. Sin embargo, en estos lares *hay*, no cabe duda, filósofos, y desde hace unas cuantas décadas existe la pretensión de una filosofía *propia* latinoamericana.

Y, por cierto, no es la menor de las ironías que *muchos* de esos filósofos latinoamericanos invoquen cierta genealogía “heideggeriana” para un pensamiento *emancipatorio* y anticolonial. Y seguramente por muy buenas razones (no es eso lo que quisiéramos discutir ahora). Lo que quisiéramos discutir(nos) es una serie, ni siquiera de hipótesis: de asociaciones más o menos libres, o incluso de *prejuicios* (en el sentido de Gadamer: condiciones *de partida* para el conocimiento) que, sin renunciar a nada ni a nadie, nos permitieran *sospechar* una diferencia. Va de suyo: no estamos inventando nada. En lo que sigue, aunque por comodidad prescindiremos de las citas, está implicada, como siempre, una *polifonía* de voces “filosóficas” de las que nos apropiamos con absoluta desaprensión.

Nos vamos a permitir empezar de una manera (no tan) indirecta. No sabemos si se han extraído suficientes conclusiones *filosóficas* del hecho de que Montaigne fuera uno de los primeros, y ciertamente de los más virulentos, *críticos* de la colonización de América, y por extensión, del racismo propiamente *moderno* (y el “racismo”, aunque no tenemos tiempo de desarrollar esta idea ahora, es también un invento moderno), que emergió como efecto de ese “choque de culturas”. Y fue también uno de los primeros en utilizar a las sociedades “salvajes” como espejo deformante para los muchos males que percibía en las “civilizadas”. Pero lo hizo de una manera muy diferente al muy posterior Rousseau de *El origen de la desigualdad...* o al Montesquieu de las *Cartas persas*, o a cualquiera de los otros cultores del mito del *buen salvaje*. Estos, precisamente por su *idealización* de la sociedad “salvaje”, la habían, por así decir, despojado de su *corporalidad* particular y concreta, para hacerla entrar en el *equivalente general* del paradigma ideológico, esa moneda de intercambio del *concepto*. Con eso —y más allá de sus inmejorables intenciones, que son el empedrado de ya sabemos el camino a dónde— no hacían sino repetir, por el lado “progresista”, el gesto más primario del racismo. Porque es inevitable: yo puedo representarme al Otro como una bestia o como un ángel, y sin duda para el Otro no será lo mismo; pero en ambos casos, el Otro... no es *humano*.

Montaigne, en su crítica, hace algo muy distinto. Por ejemplo, en uno de sus *Ensayos*, habla del “canibalismo”. Cristóbal Colón había bautizado a los primeros indígenas que encontró, pertenecientes a la cultura *arawak*, como *caribes*. De allí derivó, por similitud fónica, la palabra *caníbal*, como sinónimo de *antropófago*, o comedor de carne humana. Puede encontrarse, entre paréntesis, una referencia paródica a esto en el personaje de *La tempestad* de Shakespeare llamado Calibán (un obvio anagrama de “caníbal”). Como sea, por supuesto que los *arawak* no son caníbales, por la sencilla razón de que *no existe* tal cosa como el “canibalismo”: *ninguna* cultura se alimenta de carne humana; lo que sí existe, o existía, en algunas culturas, incluida la *arawak*, era la práctica, muy ocasional y fuertemente sacralizada, de la *antropofagia ritual* ejercida

con algunos prisioneros, y a veces con el propio jefe local. Pero el típico procedimiento fetichista de confundir la parte por el todo infundió en el pensamiento racista de la época la *equivalencia general* entre “salvaje” y “caníbal”. Ahora bien: Montaigne, que advierte perfectamente la mistificación, la hace girar 180 grados para decir que el verdadero “cannibalismo” es una *potencialidad permanente* en el corazón mismo de la llamada “civilización”, que es la que realmente está *devorando* a las culturas “salvajes”. Las consecuencias filosóficas de tal metáfora, decíamos, son enormes. Para empezar, Montaigne está diciendo que lo que la civilización occidental llama “el Otro”, el “ajeno”, no es tal cosa, sino la *parte maldita* de la propia cultura occidental, la que ella no quiere reconocer como producto de *su propio* “salvajismo”. Es decir, no una radical *alteridad*, no una espiritual *trascendencia*, sino una bien material *tensión inmanente* a su propia lógica, a su propio logos.

Pero, por ahora, nos interesa más otro *momento* de la metáfora. Al elegir como referencia de ella el “cannibalismo”, Montaigne no está en el registro del puro *concepto* abstracto, sino en el del *límite* que al *concepto* le pone el *cuerpo*. Para más: el cuerpo *desgarrado* por los dientes, por las garras, por las fauces y el estómago de los “salvajes” colonialistas. O sea, algo así como un siglo antes que Descartes, Montaigne está “filosofando” sobre un *sujeto* “moderno” bien diferente al de la incontaminada nube del *cogito*. Y es apoyándose en Montaigne, así como en otro francés “maldito” (La Bóetie), que el extraordinariamente original antropólogo Pierre Clastres genera una hipótesis a la que todavía no se le ha sacado suficiente jugo, y que para los latinoamericanos (y los africanos) debería constituir un verdadero *paradigma crítico*: la de que esas sociedades “salvajes” *no son* sociedades “atrasadas”, sino sociedades que tienen una concepción muy diferente sobre lo que es el “progreso”; *no son* sociedades “sin Estado y sin mercado”, sino sociedades *contra* el Estado y el mercado, cuya lógica no es la de la acumulación económica sometida al imperativo de la “racionalidad instrumental” a cualquier precio —normalmente, el precio de lo propiamente *humano*—, y que produce la diferenciación de ese poder *contra* la sociedad que Clastres llama “el maléfico Uno”; *no son*, en definitiva, “sociedades sin historia”, como célebremente lo pretendía Hegel (e increíblemente todavía lo hacía Engels), sino sociedades con *otra* historia: una historia que quedó sepultada, fagocitada y *canibalizada*, en efecto, por lo que Walter Benjamin llamaría “la historia de los vencedores”. Y bien: no es, claro está, que la Latinoamérica de hoy pueda compararse literalmente con esas sociedades “salvajes”: para su suerte o (más probablemente) su desgracia, Latinoamérica sí tiene Estado y mercado, y sí ha sido incorporada a la corriente histórica de Occidente, y es por eso, porque se la mide con *esa* vara, que es “atrasada”, “subdesarrollada”, “en vías de desarrollo”, “periférica”. Pero Latinoamérica, antes de serlo, cuando era *abya-yala* (o cuando era, como desde su propia perspectiva pero no sin razones lo pensaba

Toussaint L'Ouverture, una "segunda África") o lo que fuese, *había* tenido su propia historia. La manera latinoamericana de *estar* en la historia de Occidente, en la "modernidad", entonces, es *diferente*: es una manera *dividida*, "esquizofrénica" si se quiere decir así; una manera en conflicto consigo misma, una manera *trágica* y, por lo tanto, abierta permanentemente al abismo de lo *decisivo* de su *ser-en-el-mundo*. Lo cual, como debería ser obvio, *tiene* que arrojar una filosofía radicalmente diferente.

Y esto nos permite llegar a lo que —en cierto modo contra nuestra propia voluntad— no tendrá más remedio que ser, no digo el *tema*, pero sí el *motivo* central de estos apuntes. Habrá que volver al centro de la cuestión, hacer de ella la cuestión central: a saber, la del *sujeto*. Alguna vez nos atrevimos a escribir que estábamos un tanto hartos de la obsesión moderna (y también posmoderna, aunque aparentemente por la negativa) con la *subjetividad*. Incluso, en varios lugares, ensayamos una decidida defensa de la dignidad del *objeto*, que intentaba rescatar (casi decimos, *redimir*) a la materia objetual de su destino *fetichizado* por la lógica (y la metafísica), no ya tan solo del mundo de la mercancía, sino de la *mercancía-mundo*, que es nuestra "historia destinal" en la era de la (falsa) "globalización". Tampoco, confesémoslo, se trataba de una idea particularmente original. Desde costados tan diferentes como el Heidegger abogado de un *desocultamiento del Ser* obturado por los excesos de una subjetividad omnipotente que hace del propio Ser un "ente entre los entes" y que remonta esta metafísica de la técnica a los orígenes mismos del logos socrático, o la (primera) Escuela de Frankfurt obsesionada con una *racionalidad instrumental* que ha montado su soberbia sobre una dominación —y, por lo tanto, una *alienación* distanciada de lo humano propiamente dicho— de la naturaleza, una buena parte del pensamiento crítico más hondo del siglo XX ha pivotado sobre la destrucción, por parte de esta *subjetividad excesiva*, de esta *Hybris* "criminal" del Sujeto, del universo "objetual" más primario del hombre. A su propio modo y con otra inflexión "filosófica", esto estaba ya presente en el primer Marx, en el Marx llamado "humanista". Por ejemplo, en todas sus reflexiones a propósito del fenómeno de una *alienación originaria* en la que la propia "esencia" del hombre (su capacidad de transformar la naturaleza para producir y reproducir sus propias condiciones de vida) le es *apropiada*, más aún, *secuestrada* por la enajenación del producto y del proceso entero de trabajo en la sociedad de clases. No se trata ya pues de una "enajenación" *genérica* como simple *momento* de objetivación del hombre en sus productos, pero que justamente por ser solo un momento supone la íntima *colaboración* entre hombre y naturaleza. Y el mundo de los objetos —no importa cuán opaco, denso y "nauseoso"— es por supuesto central en toda la obra de Sartre: la actividad *nadificadora* del sujeto está, por ello mismo, indefectiblemente *enredada* en los objetos, y es solo contando con ese "enredo" que puede llevarse a cabo una acción *para sí* en el mundo del *en sí*. De manera

semejante, en Merleau-Ponty es la relación entre el propio *cuerpo* y el universo objetual la que permite una apertura “erótica” y fenoménicamente sensible hacia una auténtica alteridad. No hay posibilidad, pues, de una filosofía crítica activa asentada pura y exclusivamente en una *subjetividad* que –no importa cuán emancipadoras sean sus intenciones– quede atrapada en el desliz de un siempre acechante idealismo subjetivo que nos devuelva a los impasses cartesiano-kantianos.

Pero, qué se le va a hacer: nuestros hartazgos importan poco, la cuestión del sujeto se repite (aunque sea como farsa), *insiste* (¿retornando de lo reprimido?), o como quiera decirse. Abordémosla una vez más, pues, de una manera que quisiera ser *final* (y que, previsiblemente, fracasará nuevamente). Procuraremos, sin embargo, en este nuevo abordaje, no perder de vista aquel hartazgo, ni aquella defensa de una *materia* que deberá volver por sus fueros: ante todo, aunque no solamente, bajo la forma de naturaleza, asimismo, redimida para hacer frente a aquella *desmaterialización* fetichista del universo. Por detrás, o por delante, de toda “búsqueda” del Sujeto debería estar, pues, la restitución de su vínculo desalienado *tanto* con la historia como con la naturaleza. Ese horizonte de posibilidad solo se vuelve pensable, sin embargo, si partimos del estado actual y *material* de los sujetos “realmente existentes”.

II. Comencemos, entonces, con “la cuestión central” de la manera más brutal y más esquemática posible. El debate entre el pensamiento *moderno* (al menos el “oficial”) y el pensamiento llamado *post* a propósito de la cuestión del Sujeto fue, y es, *obturado* por un efecto binario, o dicotómico, de *polarización*, que en los momentos más radicalizados (y *massmediatizados*) del *polemos* adquirió la escenografía de un *match* de boxeo: en este rincón, el Sujeto cartesiano (o, al menos, una cierta *simplificación* de sus complejidades, pero cuyos efectos sobre el pensamiento moderno son indudables): sujeto del *cogito*, sujeto “transparente” ante sí mismo, fuente *unificada* y “monádica” de todo conocimiento y razón, sujeto *universal abstracto*, deshistorizado, “eterno”, aunque desde ya, sujeto también (he ahí su “modernidad”, pese a su carácter ahistórico) de la metódica *duda*, tan solo limitada por la doble *certeza* del *e(r)go sum* y de la existencia del garante supremo, Dios. O sea, para seguir esquematizando –pero esto se ha dicho tantas veces que ha pasado a *incorporarse* al núcleo de su definición–, sujeto, por excelencia, *burgués*. Y ciertamente, la especificación *trascendental* del susodicho Sujeto en Kant, junto a otra forma de límite a su entendimiento interpuesto por el *noumeno*, inaugura otro “submomento” moderno-burgués, el de un *criticismo* que, sin embargo, no por enriquecer decisivamente la dimensión “dubitativa” acotada al máximo en el optimismo cartesiano, dejará de inscribirse en la etapa de *ascenso* de aquella subjetividad “burguesa” hasta culminar en el “complejo” *estado ético/héroe histórico* hegeliano (esto, sin duda, más allá, o a pesar, de Kant, pero no *en otro lado*).

En el otro rincón, contra el Sujeto “cartesiano” –al cual podemos darle ya nuestro propio nombre (im)propio: el *Sujeto Pleno*, su contrincante polar, el Sujeto ¿qué cosa? Acumulemos, siempre impropia-mente, los (in)atributos: “fragmentado”, “disperso”, “diseminado”, “múltiple”, “desplazado”, “desidentitario”, “rizomático”, “híbrido”, “dislocado” y *via dicendo*. La misma indeterminación, o, como se dice, *indecidibilidad* de los significantes que podrían delimitarlo, es la *marca* –la *huella*, dicho “derridianamente” – de su permanente deslizamiento ad infinitum, de su *diferencia* –para permanecer en la jerga–: inalcanzable por la *palabra*, que a su vez es inalcanzada por el (anterior) Sujeto, este Sujeto que ni siquiera es, por oposición al *pleno*, un Sujeto *vacío* (pues ello supondría al menos un *hueco* a la expectativa de un “contenido” que le diera forma, cuando de lo que se trata es del más inabarcable *in-forme*) y que, por lo tanto, habría que llamar, si se quiere seguir usando el lenguaje para invocar aunque fuera su *ausencia*, un *No Sujeto* (haciéndose cargo de la aporía irresoluble implicada en el lenguaje mismo, que obliga a *nombrar* aquello mismo que se pretende *negar*). Este *No Sujeto* o *A Sujeto*, decíamos, es exactamente el *negativo* del Sujeto Pleno: *pura* duda desmetodizada, sin garante alguno puesto que Nietzsche nos ha informado que Dios ha muerto (aunque, ya lo sabemos, retorna fantasmáticamente y, por lo tanto, más fuerte que nunca), ya impotente para ser fuente de conocimiento y razón –pero, curiosamente, armado de la omnipotencia de poder ser *cualquier cosa*–, su *a existencia* también ha atravesado, reconozcamos, los avatares de la *petite histoire*: primero simple “soporte de las estructuras” (lingüísticas, ideológicas, del parentesco, míticas, lo que fuese), luego –hasta antes de ayer– *disuelto* junto con lo que supuestamente debía soportar. ¿Es, este No Sujeto, hijo dilecto (hasta donde pueda tener padre, claro está, un *no existente*) de la *Destruktion* “antihumanista” heideggeriana, hecha consigna combativa en *El hombre ha muerto* del muy sujeto Foucault? Suspendamos para más adelante la pregunta, ya que en este estadio (tramposamente) descriptivo no podríamos aún tener una(s) hipótesis de respuesta. Tan solo permítanos, por ahora, esbozar una sospecha completamente *grosera*: ¿no será, este No Sujeto, el *colmo* del “humanismo abstracto” que se ha pretendido dejar atrás? ¿no será que *ahora sí* esa omnipotencia de un No Sujeto que es pura *potencialidad* ha venido, por fin, a ocupar –en el puro imaginario ideológico, se entiende– el lugar de Dios? ¿no habrá sido este, contra lo que se postula, el último y más extremo intento de *antropomorfización* de lo real?

Como sea: el *ring* está servido, los contendientes en sus esquinas, la campana ya sonó (hace por lo menos tres décadas, pero ¿qué es eso sino un *instante* en la historia de las ideas?). Segundos afuera. Pero, justamente: quisiéramos hablar de –o mejor: escuchar a– los “segundos”. Aunque, solo en virtud de mayor claridad expositiva, procuraremos escuchar, como se verá, a lo que convendremos en llamar *el tercero*:

más específicamente, el *Tercer Sujeto*; el que no es ni el *Sujeto Pleno* ni el *No Sujeto*, sin por ello representar ninguna *tercera vía* (o *posición*) entre ellos, sino *otra cosa*. Pero todavía no. Retrocedamos, antes, unos pasos. Los contendientes, se dice, representan a, o son “esponsorados” por, respectivamente, la modernidad y la posmodernidad. Pero, ¿es tan evidente que hay allí una representación tan *lineal* por parte de los sujetos? ¿es ella, incluso, *posible*? ¿no nos ha pretendido enseñar el pensamiento *post*, precisamente, la *imposibilidad* de la “representación”, así como la *post* –política, o en otro registro, la postestética, nos ha enseñado, y de la forma más *realmente* dramática– la *crisis de la representación*? Pero –discúlpenos– todavía tenemos que retroceder un paso más: ¿hay algo llamado “modernidad” a la que se pueda oponer *en bloque* algo llamado “posmodernidad”?

Entiéndasenos: no estamos preguntando otra vez –como se ha hecho con insistencia tantas veces antes– si hay una verdadera *oposición* entre una y otra, o si esta es la *continuidad radicalizada* de aquella (en cuyo caso se propone llamarla *hiper* o bien *super* modernidad, etc.). No. Estamos preguntando si será cierto que la modernidad es *una*. Porque, ya lo sabemos, por definición, la posmodernidad es *múltiple*. Precisamente, se dice, esta multiplicidad no articulada, este *rizoma*, es lo que diferencia a la posmodernidad de, y la opone a, la modernidad. Pero, de nuevo, ¿es tan seguro que haya *una sola* modernidad, definida por los grandes relatos lineales, totalizadores, evolutivos y “progresistas”? Ya en alguna otra parte hemos expresado nuestra extrañeza por el hecho de que el pensamiento crítico *post* se someta con tanta ligereza a la propia operación ideológica que se propone combatir: vale decir, a la versión *oficial* de una modernidad que, como diría Adorno, se presenta a sí misma como armónica y reconciliada. Es cierto que el pensamiento *post* –también lo hemos dicho antes– ya no existe, al menos en su versión “fuerte” –es decir, la que paradójicamente dio en llamarse *pensamiento débil*–: se derrumbó (por solo acotar una fecha emblemática a modo de taquigrafía) el 11 de septiembre de 2001, arrastrado por ese fenomenal *acontecimiento*, por ese nuevo y perverso *gran relato* que nos devolvió, al decir de Žizek, al *desierto de lo real*, o, en una palabra, a la historia en su peor sentido. Pero los muertos, se sabe, nunca se van del todo: dejan tras de sí una estela fantasmagórica. Y aunque el pensamiento *post* esté hoy agotado, ha dejado sus marcas, entre las cuales no es la menor la *ya-no-existencia* de algo que pudiera llamarse el *Sujeto Clásico*, el *Sujeto Pleno*, que nos ha acostumbrado a dar por descontado, a incorporar como *doxa*, que el Sujeto ha muerto. Lo cual implica, en todo rigor lógico, la *supervivencia* (y el triunfo, por *knock-out*, de uno de los contrincantes) de aquella confrontación dicotómica (y cósmica, por así decir) entre el *Sujeto Pleno* y el *No Sujeto*.

Retomando, pues: hay por lo menos otra versión, otro *relato* de la modernidad, que es un relato *crítico* (e incluso podríamos atrevernos a

llamarlo *autocrítico*, puesto que está construido *desde adentro* de la propia modernidad), que se coloca en los antípodas de aquella versión “oficial”, pero que no llega a la *negación* de toda pertinencia “modernista”, como la que ha hecho el pensamiento *post*. Podríamos llamarlo, por comodidad, otra vez, el *tercer relato*. Este relato crítico reconoce numerosos antecedentes en la propia historia del pensamiento europeo: ya podemos encontrarlo en los inicios mismos de esa época en el citado Montaigne, o en los *Pensamientos* de Pascal, o en Bartolomé de Las Casas a su manera, o en La Bóetie, o en el *Abbé* Raynal, o en ciertas zonas de Spinoza. E incluso antes —y, casualmente, fuera de Europa— en la inclasificable filosofía de la historia de Ibn Khaldun, o en las traducciones sugestivamente *intersticiales* del entre-dos de las culturas, digamos en Averroes. Y en los orígenes mismos de la cultura occidental en el pensamiento y la literatura *trágicos*. Es decir, en esa forma, la *tragedia*, de la cual Kierkegaard decía que era *imposible* en la modernidad, puesto que requeriría una suerte de *reanudamiento* de sus “tres estadios” (el *estético*, el *ético* y el *religioso*), precisamente cuando uno de los efectos de la modernidad ha sido su *separación*. Pero, por una cuestión *de época*, ese *tercer relato* estalla plenamente, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en los nombres de aquellos que célebramente fueran calificados por Paul Ricoeur como los tres grandes *maestros de la sospecha*: Marx, Nietzsche y Freud. Y que un autor reputado como típicamente *post* y como adalid de la muerte del Sujeto, Michel Foucault, haya celebrado casi ditirámbicamente la nueva y revolucionaria *hermenéutica* inaugurada por esos tres nombres, no dice poco sobre la necesidad de interrogar críticamente, a su vez, la *imago* apresurada que confronta a nuestros dos míticos contendientes.

Pero, sea como sea, esta *tercera versión* de la modernidad es la constatación de una realidad, por decirlo rápidamente, *dividida contra sí misma*. La modernidad no es ni una monolítica *unidad* ni una indeterminable *diseminación*: es una *fractura*. Se la puede llamar, simplificando hasta la caricatura, fractura entre explotadores y explotados (Marx), entre la voluntad de poder y la “risa” zaratustriana (Nietzsche), entre la conciencia y el inconsciente (Freud). Y aun, y ante todo, habría que agregar la más difícil de identificar con un nombre propio: la que, entre los siglos XVI y XX, dividió al *mundo entero* contra sí mismo, por el proceso de colonización. Es decir: la que *hizo* la modernidad (la “hizo”, ante todo, *materialmente* posible: bastaría leer el famoso capítulo XXIV de *El Capital*, o los textos de Immanuel Wallerstein o Samir Amin, para entender cuánto le debe la historia de la acumulación mundial de capital a los “pueblos sin historia”), pero tras cual hechura el pensamiento dominante prolijamente barrió bajo la alfombra del unilineal *progreso*, ese del cual Benjamin podía decir sin aporía que, porque era el progreso de los *vencedores* de la historia, era por lo tanto una marca de *barbarie*.

Empecemos por este último punto (que es el más antiguo, el origen, la *arché* de la modernidad). En su examen se leerá, entre líneas pero sin mayor dificultad, que el *Tercer Sujeto* de la modernidad —el sujeto ni pleno ni diseminado, sino *dividido*, para decirlo *á la Freud*— es incluso *anterior* al cartesiano, puesto que está en el fundamento histórico *negado* de este. Pregúntesele a cualquiera, al más convencional de los profesores de historia del colegio secundario, cuándo fecha el inicio de lo que se llama “modernidad”. Muchos dirán: caída de Constantinopla en manos del Imperio Otomano. Algunos, más culturalistas, arriesgarán: la Reforma Protestante (célebre tesis weberiana). O dirán: Renacimiento, invención de la imprenta. Sin duda también muchos, acercándose algo más a nuestro argumento, adelantarán el “descubrimiento” de América. Década más o menos, estamos entre fines del siglo XV y principios del siglo XVI. De acuerdo. Digamos, para redondear: año 1500. Pero, pregúntesele ahora a un profesor de historia de la filosofía por la fecha de nacimiento del sujeto moderno. Casi todos responderán sin vacilar remitiendo al *cogito* de Descartes, alguno más audaz se atreverá a citar a Spinoza o a Hobbes. En todos los casos, mediados del siglo XVII. Digamos, para redondear: año 1650. Conclusión: el sujeto moderno, al parecer un tanto *retardado*, llegó *un siglo y medio* tarde a la modernidad de la cual es sujeto: un verdadero exceso de su tiempo de gestación. Sobre todo teniendo en cuenta que, según nos dice el principio *individualista-liberal* de la filosofía moderna “oficial”, son los sujetos los que *hacen* la sociedad, y no viceversa. Pero aquí, entonces, la teoría que llamaremos *agregativa* (la sociedad es la *suma* de los individuos que la conforman, etc.) se muerde aporéticamente la cola: si es así, ¿no debería el sujeto moderno *preceder* a la modernidad? Pero, informados por nuestro erudito profesor de historia del pensamiento, acabamos de ver que él está retrasado *150 años* respecto de ella. ¿Entonces?

La solución no es muy difícil, a condición de *suspender*, otra vez, la premisa *individualista-liberal* (y, lo veremos, *eurocéntrica*). O, mejor: de invertir la lógica de su causalidad, agregándole una retorsión. Como en el dispositivo del *fetichismo de la mercancía* de Marx, es la sociedad la que produce a sus sujetos, pero la operación ideológica dominante oculta celosamente el proceso de producción, y le “inventa” un producto eterno, ahistórico. El *Sujeto Pleno* (“cartesiano”, “kantiano”, o lo que se quiera) tuvo que esperar la igualmente plena consolidación de una nueva lógica social, económica y política en los países llamados “centrales”, que se las ingenió para ocultar la propia historia del *surgimiento* de esa “centralidad” en 1492. Más en general, para ocultar que el Occidente europeo moderno no era una construcción armónica y racional del *Sujeto Pleno*, sino que el *Sujeto Pleno* era la palanca de desplazamiento de la emergencia conflictiva, desgarrada, sangrienta, de unos nuevos sujetos sociales en estado de fractura trágica y violenta. Porque —aún manteniendo las fechas emblemáticas que nos señalaban nuestros muy clásicos

historiadores—, ¿no tendríamos una *imago* muy diferente de la subjetividad moderna si, eliminando aquel desajuste de un siglo y medio, hiciéramos *coincidir* el nacimiento del sujeto moderno con los acontecimientos que, se nos dice, señalizan el comienzo de la “modernidad”? Se demostraría así, por ejemplo, que el sujeto moderno es el producto de un *choque* de las culturas y las sociedades: entre Oriente y Occidente en la caída de Constantinopla, o de las guerras religiosas en relación con la Reforma, y ni qué decir de *tres* civilizaciones en el “descubrimiento”, conquista y colonización de América (decimos de *tres*, porque demasiado frecuentemente se olvida lo íntimamente ligada que está la explotación de América a la destrucción de África mediante el tráfico de fuerza de trabajo esclava). Quiero decir: aun desde un punto de vista estrictamente “filosófico”, ¿no tiene más que ver con el nacimiento del sujeto moderno el debate entre Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda sobre el estatuto del *alma*, de la *psyché* de los indígenas americanos o de los negros africanos, que con la plenitud autónoma y monádica del *cogito*?

Pero, para completar nuestros acontecimientos fundacionales, ¿y el así llamado “Renacimiento” (y mucho habría que discutir sobre ese maltratado concepto)? ¿No hay allí, como suele ocurrir con el arte, una suerte de *anticipación* del *Sujeto Pleno*, incluso del sujeto de la *racionalidad instrumental* frankfurtiana, a través de la invención de la *perspectiva*, que no solamente le da protagonismo al *individuo*, sino que permite colocarlo en *primer plano*, en *posición dominante*, dotando a esa posición de una organicidad y armonía *naturales*, y quitando de escena la *problematicidad* histórica de esa construcción? ¿No es mérito principal del gran historiador del arte *crítico* Aby Warburg, en las huellas de Nietzsche y de Freud, el haber mostrado que este era un gesto de *represión* del sujeto trágico y profundamente problemático de aquella cultura “arcaica” que ahora se pretendía hacer “renacer”, pero solamente por su lado *apolíneo*?

En todo caso, tanto el *Sujeto Pleno* de los modernistas “oficiales” como el *No Sujeto* de los posmodernistas elimina —por vías opuestas pero complementarias— la corporeidad fracturada *de origen* del *sujeto colectivo* de la modernidad, de ese que hemos llamado el *Tercer Sujeto* (aunque en verdad, cronológicamente, sea el primero). Es verdad que los posmodernos o los posestructuralistas recusan críticamente las pretensiones omnipotentes del *Sujeto Pleno*; pero a su vez pierden en el camino el carácter *trágico* del sujeto, al cambiar su *plenitud* por su *diseminación*, disolviendo pues su *fractura* originaria y, por lo tanto, su violenta *historicidad*.

III. En suma, *estamos todos locos* si creemos que nos la vamos a seguir arreglando con la oposición entre el *Sujeto Pleno* y el *No Sujeto*. Elegir por cualquiera de ellos significaría de nuevo tomar la parte por el

todo, y así imaginarnos una *falsa* totalidad conceptual y abstracta. El *Tercer Sujeto*, en cambio, el *Sujeto Dividido* (en todos sus campos históricos, y no solamente el “subjetivo”), vale decir ni *entero* ni *diseminado*, nos fuerza a instalarnos en el centro del *conflicto*, de la *fractura*, de la *falla* (como quien dice “falla geológica”) material y originaria. ¿Se le quiere poner nombre? Siempre se puede: es, para empezar, el *Sujeto Dividido* de la *naturaleza* misma, esa que como estamos viendo hoy ha sido *fracturada* hasta su más extrema canibalización, y de la cual ya decía Montaigne, en 1580, que es la testigo por excelencia de la *insignificancia* del hombre, que, al estimarse soberbiamente superior al resto de las *cosas*, ha olvidado los vínculos que lo unen a la materia; es el *Sujeto Dividido* “proletario”, cómo no, todavía, aunque se lo pretenda “diseminado”, que ha sido en verdad *fracturado* entre su *en sí* y su *para sí*, entre lo que se le asignaba como su “misión histórica” y su dramático aplastamiento bajo el régimen del capital; es el *Sujeto Dividido* “periférico”, o “tercermundista” o “poscolonial”, *fracturado* entre una “identidad originaria” irrecuperable o quizá puramente imaginaria, y su *identificación imposible* con la globalizada totalidad abstracta del capital mundial; es el *Sujeto Dividido* “indígena”, “negro”, “mestizo”, *fracturado* entre el *color* bien distinguible de su cuerpo y el *no color* que es el ideal “blanco” de inexistencia corporal; es el *sujeto dividido* “desocupado”, “marginal”, “migrante obligado y rechazado”, “sobrante”, “desechable”, *fracturado* entre su afán de recuperación de una no sé sabe qué *dignidad integrada* y su carácter de *resto* despreciado, cuando no odiado por ser el espejo anticipador de un siempre posible futuro de la llamada “clase media”; es el *Sujeto Dividido* “mujer”, “trans”, “sexualmente minoritario”, *fracturado* entre su deseo de *diferencia* y su reclamo de *igualdad*; es el *Sujeto Dividido* “judío”, “musulmán”, “ateo”, “panteísta”, incluso “cristiano”, *fracturado* entre lo *sublime* de su fe o de su creencia, y lo frecuentemente *monstruoso* de su iglesia (porque hasta los ateos, ya se sabe, tienen iglesia), que permanentemente les inculca el *odio* del universal abstracto hacia el particular concreto; es el *Sujeto Dividido* “ciudadano honesto y preocupado”, *fracturado* entre su auténtico concernimiento por el destino de la polis humana y su absoluto hartazgo y desazón, más, *desesperación* frente a la descomposición, la canallez asesina o la imbecilidad que pasa por ser la *política* mundial. Es, como *Aufhebung* de todos ellos pero sin “sintetizarlos”, el sujeto *trágico*, el sujeto *fracturado* entre su potencia *heroica* y su destino histórico *abyecto*.

¿Es este, todavía, un sujeto “filosófico”? Por supuesto. Pero con la condición de que *ensayemos* una filosofía que esté a su altura: una filosofía igualmente *dividida*, igualmente *fracturada*, igualmente en *tensión inmanente* entre el *concepto* y el *cuerpo*. Una filosofía, por lo tanto, que no renuncie, como no podría renunciar, al *concepto*, pero tampoco a su siempre renovado *fracaso*. A su siempre reconstruido *límite* levantado por las *fracturas geológicas* del *cuerpo* del sujeto. O de la naturaleza

misma, de la *materia* barroza de la que el sujeto ha emergido, y sigue emergiendo. Con esa condición, podemos hasta probar la audacia de darle, a este *Tercer Sujeto*, su nombre: el *Sujeto Fallado*. El de aquella “falla geológica”, pero también como quien dice: *fallado de fábrica*, para calificar a lo que está constitutivamente mal hecho, *maltrecho*. No es, como se ve, el sujeto entero, *completo*, del modernismo “dominante”. No es tampoco el No Sujeto disperso, difuso, etéreo del posmodernismo “des(cons)tructivo”. No es *múltiple* e indeterminable, es *dividido* y reconstruible en cada avatar histórico, sin por ello perder su *fractura* constitutiva, sino exponiéndola de otra manera. No es la alegre y desproblematizada proliferación de diferencias del “multiculturalismo”: es siempre el mismo, el sujeto de la *fractura* que se manifiesta en las discontinuidades y solapamientos de la materia histórica. Y que pelea desde ahí contra aquella abyección de su destino a la cual lo ha *arrojado* no su *Dasein* ontológico, sino el *poder* de turno. Que sea o no “filosófico” es, claro está, materia de *debate*. Pero, justamente: ¿qué otra cosa podría ser la filosofía, la que nos *interesa*?

Ese *ensayo* de debate, hoy, solo puede recrearse sobre nuevas bases desde la “periferia”, y en particular desde América Latina, puesto que lo que solía llamarse el “primer mundo” está paralizado —ya sea por sus propios intereses o, en el campo intelectual, por el abandono de la discusión *originaria* sobre lo político-cultural *corporizado*— para seguir llevándolo adelante. Y además, ese “primer mundo” ya ha sido, desde hace al menos un siglo y medio, demasiado atravesado por lo que Aníbal Quijano llamaría la *colonialidad del saber* como para estar en condiciones de redefinir a fondo sus propias premisas teoréticas, filosóficas, historiográficas, y recuperar aunque fuera algo de su pérdida *materia*. Pero desde luego, ello no significa en absoluto que los intelectuales, los “ensayistas filosóficos” latinoamericanos debamos volver la espalda o arrojar por la ventana la gran tradición de pensamiento crítico producida en la modernidad europea: justamente, por nuestra propia historia, e incluso por las peores razones de esa historia colonial, estamos en situación privilegiada para emprender ese diálogo, todo lo conflictivo y ríspido que sea necesario, aunque sin la falsa ilusión de poder barrer bajo la alfombra, mágicamente, nuestra propia y desgarrada genealogía cultural, nuestro propio cuerpo “canibalizado”, nuestra propia *falla geológica*. Pero, precisamente: tenemos que hacernos cargo de ese *desgarramiento*, tomarlo como punto de partida para pensar el mundo *desde otro lado*, reinscribiendo en *nuestra* propia “escritura” lo que creamos útil (ejerciendo, como alguna vez proponía Haroldo de Campos, la ahora sí sana *antropofagia* de deglutir todo aquello que sirva a nuestro metabolismo cultural, y vomitando el resto). Y, sobre todo, aunque no podamos empezar de cero, sacudirnos la modorra de lo *filosóficamente correcto* e inventar, es decir, *ensayar*. ¿Hace falta repetir una vez más el canónico *dictum* de Simón Rodríguez?:

O inventamos o erramos. Y el peor error será siempre no tanto el de volverse locos como el de perder el propio cuerpo.

El sujeto de ese “otro lado” —y, por lo tanto, el pensamiento que pueda pensarlo incluso, y sobre todo, en su *todavía no*, para decirlo con Ernst Bloch— es, si seguimos consecuentemente el esbozo que acabamos de hacer, el del “intersticio”. O, como hemos propuesto en alguna otra parte para traducir (para hacer una *deslectura productiva*) el *in-between* de Homi Bhabha, el sujeto-cuerpo-pensamiento del *linde*. Nada que ver —hay que precipitarse a aclararlo— con la “hibridez” de algunos autores actuales. Más bien lo contrario: el *linde* es, ante todo, una *frontera*. Y desde siempre (pese a la insidiosa ideología de la globalización), pero con renovados bríos después del 11 de septiembre de 2001 (que terminó de liquidar lo que quedaba de la *realidad* de la globalización, aunque persistan los jirones de ideología) las fronteras no son recocidos de amables síntesis interculturales, son un espacio de *conflicto* y un *campo de batalla*: pregúntesele a los “espaldas mojadas”, a los palestinos, a los turcos berlineses, a los marroquíes de Melilla, a los tutsies (como antes a los hutus), a los bolivianos de Buenos Aires, a los *saharauies*, a los pakistaníes en Londres, a los argelinos de la *banlieu* de París, lo que sea. Casi ninguno de ellos tiene mayor oportunidad de “negociar” su identidad o su cultura. Tampoco la tuvieron, históricamente, los “amerindios” ni los “afroamericanos”. Toda “negociación”, en una situación desigual de poder, no puede sino ser una *imposición* de una de las partes sobre la otra. Otra es que las estrategias de defensa ante la imposición sepan, o puedan, reapropiarse, “resignificándolas” (como se dice ahora), de fragmentos de la identidad o la cultura perdidas para con ellos *producir* alguna “novedad” que permita, aunque fuera imaginariamente, no perderlo *todo* (en términos más teóricos, se trata de lo que Ernesto de Martino hubiera llamado una cierta “recuperación”, bajo la forma de creación cultural, de la *crisis de la presencia social*). Pero se trata, insistamos, de estrategias de *defensa* —y por supuesto enmarcadas y contenidas por el sociometabolismo del Capital—, y no de iniciativas autónomamente productivas que supongan auténticas *alternativas* a ese sociometabolismo.

El *sujeto* que surge de, es “producido” por esa *crisis* cultural (que, para volver a nuestros ejemplos, puede haber adquirido dimensiones históricas apocalípticas, como fue el caso de los “amerindios” o los “afroamericanos”) no puede menos que ser él mismo un sujeto *fracturado*. Es de ese *reconocimiento* de una fractura estructural que hay que partir para teorizar, para hipotetizar, para conjeturar, y —lo más difícil— para *actuar*.

Kierkegaard o Nietzsche no *hablaron*, estrictamente, de este *Tercer Sujeto*. Pero en sus hipótesis —sean o no “filológicamente correctas”— sobre el origen y desarrollo de la *tragedia*, hay la intuición de una *fractura* del sujeto que anticipa el conocimiento más “científico” que obsesionó a

un Freud. O que, desde su propia perspectiva, obsesionó a ese casi coetáneo de Kierkegaard y Nietzsche que fue Marx (y que, extrañamente, nunca los cita). Son nombres de los que una *filosofía latinoamericana* (ese *work-in-progress*, como llamaba Joyce a su propia obra) no podría prescindir, en tanto *matriz* filosófica de una subjetividad histórica, asimismo, *fracturada* como es la nuestra. Yo no estaba en condiciones de entender esto cuando escuchaba a Félix hablar de su *hondura* por contraposición a la *profundidad* de Descartes o Hegel. Probablemente no lo esté tampoco ahora, ni puedo saber hasta qué punto estoy forzando el pensamiento de Félix al usarlo para mis propios propósitos. Aunque, finalmente, ¿no es eso un maestro? Quiero decir: ¿no es alguien cuyo pensamiento está para utilizarlo como *pretexto* de los tímidos “ensayos” propios? Félix, claro está, no puede ser tenido como *culpable* de lo que uno piensa. Pero sí es, en buena medida, *responsable*.



Parte **IV**

**Filosofar la
sociedad**



Facticidad, creatividad y pluralismo en las guerras del realismo histórico

Verónica Tozzi

Verónica Tozzi es doctora en Filosofía por la UBA. Se desempeña como investigadora independiente del CONICET, coordinadora en el Posgrado de Epistemología e Historia de la Ciencia de la Universidad Nacional de Tres de Febrero y profesora de Filosofía de la Historia en la UBA y de Epistemología de las Ciencias Sociales en el posgrado de la UNTREF. Es autora de La historia según la nueva filosofía de la historia (2009) y coeditora de El giro pragmático en la filosofía (2003). Ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales artículos especializados sobre filosofía de la historia y problemas de representación histórica del pasado reciente en la Argentina. E-mail: veronicatozzi@fibertel.com.ar.

Podríamos clasificar a los filósofos de la ciencia en dos tipos: aquellos que buscan elaborar una filosofía normativa que dicte al científico acerca del verdadero significado y la correcta finalidad de su quehacer y aquellos para quienes la indagación sobre la naturaleza de la ciencia está guiada por lo que la propia práctica científica les puede enseñar. Filósofos de ambas clases comparten su

preocupación por el estatus del conocimiento científico pero pareciera que a los de la segunda los mueve el placer adicional que la familiaridad con la actividad investigativa les puede suscitar.

El estilo de práctica filosófica de Schuster, destacada por su colaboración con tantos científicos sociales, claramente lo sitúa en el segundo grupo: el de aquellos cuya curiosidad los empuja a inquirir en los procesos que hacen posible la creatividad de esa sugestiva actividad que llamamos ciencia.

Gran parte de su trabajo en los pasados quince años ha contribuido al desarrollo de lo que en la filosofía de la ciencia se conoce como el contexto de descubrimiento (todo aquello que da cuenta de los procesos de producción o elaboración de las teorías científicas).

Personalmente, he tenido ocasión de entrenarme en esta línea de trabajo por mi participación como doctoranda e investigadora en el seminario de filosofía de las ciencias sociales que Schuster ha venido convocando desde 1979 en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF) y en el equipo subsidiado por el Programa de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (UBACyT), dedicado a Descubrimiento, Creatividad y Heurística que Klimovsky y Schuster han dirigido en la Facultad de Filosofía y Letras. Mi participación en el seminario de los “martes” en SADAF me permitió acercarme al Programa Fuerte en la Sociología de la ciencia y educarme en una apertura positiva a las reflexiones que otorgan un rol crucial a la ciencia como empresa social, colectiva y situada históricamente, sin ver en ello un desprestigio o anticientificismo. Asimismo, la participación en los equipos UBACyT hizo posible la aproximación intelectual a los desarrollos filosóficos de “los amigos del descubrimiento”, gracias a lo cual aprendí que la filosofía de la ciencia no tenía que limitarse a evaluar la admisibilidad de las teorías científicas en función de ser reconstruibles lógicamente. Es este potente y novedoso *background* el que me ha acompañado todos estos años en mi trabajo específico en filosofía de la historia. Concretamente, me ha guiado a elaborar de manera peculiar un abordaje de la obra del teórico de la historia Hayden White como quien ha aportado más profundamente a dilucidar los procesos o recursos creativos que intervienen en la producción de interpretaciones del pasado.

Es entonces la ocasión de testificar que la participación en dichos equipos me ha habilitado a realizar una lectura provechosa (desde el punto de vista de una nueva filosofía de la ciencia) de la obra de Hayden White, en tanto advierte que la aproximación social a la indagación en los procesos creativos no conduce llanamente a un antirrealismo o idealismo fácil. Por el contrario, nos exige apertura y persistencia en la búsqueda de estrategias que hagan posible la discusión científica en torno a la mejor interpretación.

Este escrito consta de cuatro secciones. La primera explica cómo los problemas clave de la filosofía de las ciencias adquieren un tono

particular en el caso de la historia. La segunda se dirige, mediante una estrategia indirecta, a desactivar ciertas pretensiones en cuanto a que la supuesta ausencia de su objeto de estudio —el pasado—, coloca a la historia en inferioridad de condiciones respecto de otras disciplinas científicas. Las secciones tres y cuatro se apropian de la obra de White a partir de esta reconsideración que la nueva filosofía de la ciencia ha hecho de los procesos de creatividad y evaluación heurística de interpretaciones en conflicto. En espíritu schusteriano, el fin perseguido es contribuir a una consideración positiva del pluralismo historiográfico.

¿Especificidad de la indagación histórica?

Una idea varias veces sostenida en la literatura filosófica afirma que el conocimiento histórico es sui generis, es decir, de un tipo característicamente distinto al de otros tipos de conocimiento; específicamente, al conocimiento científico no solo natural sino también social. Por consecuencia, se asevera que el historiador se propone primordialmente descubrir lo que sucedió en el pasado y comprender los hechos en toda su particularidad, variedad y riqueza. De este modo, diremos que el historiador se interesa por la Guerra del Peloponeso, la Guerra de los Cien Años, la Guerra de Crimea, la Guerra del Paraguay, la Segunda Guerra Mundial, etc., y trata de apreciar todos los detalles que constituyen a cada una como una guerra particular distinta de cualquier otro suceso semejante. El historiador no se interesa por las “guerras” en general sino por cada una en su singularidad específica. En su versión extrema, esta posición llega a afirmar que la tarea del historiador es descubrir los hechos, dejando al científico social la tarea de explicarlos mediante alguna teoría general.

Schuster ha combatido directamente este achatamiento de la tarea del historiador, quien no solo se interesa por registrar lo que sucedió sino por dar cuenta de por qué sucedió y todavía más: por dar una consideración “significativa” a su audiencia contemporánea de lo que sucedió. Es importante aquí retornar a su bien conocido *Explicación y predicción*, cuyo capítulo final nos ofrece un ejemplo de reconstrucción en términos hempelianos de una explicación de un suceso histórico concreto o, más específicamente, de una secuencia de sucesos históricos concretos.

Para ello, se centrará en un período de la historia argentina —la Revolución de Mayo— y en especial en el papel protagónico de Mariano Moreno para analizar, entre otras cosas, la noción de causalidad, la relación entre los individuos y las fuerzas económicas, políticas y sociales y la posibilidad de aplicar en la historia leyes de otras disciplinas¹. Schuster nos describe los antecedentes históricos previos a la aparición de la figura de Moreno y a su obra *La Representación de los hacendados*,

escrita a pedido de los propios hacendados, clase interesada en expandir sus frutos y, por tanto, aumentar su poder político, por lo cual se presentan como los representantes de los intereses de los americanos, defendiendo los suyos propios. El protagonismo de Moreno, explicará Schuster, es posible por la convergencia en 1809 de una serie de fuerzas y acontecimientos de tipo económico (expresados en la lucha del comercio libre contra el monopolio mercantil), políticos (manifestados por el enfrentamiento entre el partido patriota y el español, y en cierto sentido el francés, con el proyecto de la independencia comenzando ya a entrar en escena) y sociales (a través del ascenso de la clase de los hacendados en detrimento de los monopolistas)². Su conclusión será que es posible formular explicaciones nomológicas deductivas en historia así como también formular predicciones. Específicamente, Schuster hace explícitas las generalizaciones subyacentes como “siempre que una clase afirma su poder político, y lo hace en nombre del conjunto de la sociedad, está representando en realidad sus propios intereses (al margen de que esto pueda ser, o no, progresivo)” que le permiten justificar la conexión entre los antecedentes y los sucesos a explicar. Finalmente, indica cómo esta explicación podría ser corroborada empíricamente, dando cumplimiento de este modo a todas las condiciones exigidas por Hempel³. En definitiva, Schuster se propone con este ejemplo ir más allá de Hempel y defender la posibilidad efectiva y ya alcanzada de dar explicaciones nomológico-deductivas en historia.

Ahora bien, habilitar al historiador a hacer “algo más” que registrar hechos ocasiona una serie de problemas. Basta que cada uno de nosotros piense en lo que involucra iniciarse en la historia de cualquier acontecimiento o proceso pasado para rápidamente encontrar que la supuesta “historia” de algún acontecimiento no es otra cosa que el desfile de una serie de versiones sobre el mismo (sucesivas o contemporáneas) conflictivas y no inmediatamente susceptibles de complementación.

Con esta preocupación es que Raymond Martin aborda la cuestión de si puede hablarse significativamente de progreso en los estudios históricos a partir de un recorrido por la historiografía en torno a la revolución norteamericana prácticamente desde la contemporaneidad de los acontecimientos hasta nuestros días.

“En un primer momento [relata] surgieron las interpretaciones liberales; luego las imperialistas; posteriormente las interpretaciones progresistas; les siguieron las interpretaciones neoliberales;

1. Véase Schuster (1982: 91).

2. Véase Schuster (1982: 94).

3. Véase Schuster (1982: 99).

para culminar con la mezcla actual de perspectivas contemporáneas, tan variadas entre sí que la vieja dicotomía entre liberales y progresistas, un elemento básico de la historiografía Norteamericana, se ha vuelto obsoleta” (Martin, 1998: 15).

¿Cómo puede reconstruirse o apreciarse este sucesivo pero persistente ir y venir cíclico de líneas interpretativas que nunca son definitivamente refutadas o abandonadas pero tampoco claramente inmunes a desestimación? Esta puede provenir, por nombrar algunas pocas posibles causas, en primer lugar de la falta de compatibilidad con nueva evidencia; en segundo lugar, de un explícito y burdo compromiso ideológico; finalmente, de la mera falta de sofisticación teórica ante los avances que puedan constatarse en otras disciplinas de indagación social como los estudios de género o nuevas identidades.

En consonancia con el interés de Schuster en los sucesos de Mayo, es oportuno recordar aquí el derrotero de la historiografía argentina en torno a los eventos que ocasionaron nuestra independencia del Imperio Español. Mitre y Vicente Fidel López sostienen que la independencia fue el resultado de actores que conscientes de su identidad nacional emprendieron acciones para liberarla. Posteriormente nos encontramos con nuevas historiografías disolutorias de tal identidad unitaria y de la univocidad de expresiones tan caras para nuestra comprensión de los procesos históricos del siglo XIX como “argentino”, “patria”, “pueblo”, “nación”. Finalmente, culminamos con el “desenmascaramiento” de las condiciones de “fabricación” o “invención” de la nación⁴.

Una lectura progresista de este despliegue interpretativo podría quizá ser derivada si seguimos una consideración hipotético-deductivista que tome a cada propuesta interpretativa como una conjetura que resulta de la refutación de una anterior gracias a la evidencia histórica, y provisoriamente corroborada mientras no sea refutada por alguna otra nueva evidencia señalada por la aparición de una nueva conjetura. Pero es difícil moldear la historia de la historiografía con este esquema; por el contrario, atestiguamos la presencia de muchas interpretaciones conflictivas y la poca efectividad que la evidencia tiene para arbitrar entre ellas. Es más, esta conflictividad y multiplicidad es incluso contrastante con la aparente “consensualidad” de la práctica de las ciencias naturales en sus períodos de ciencia normal –versión promovida por Kuhn como signo de “cientificidad” y “madurez”–, conduciendo a diversas variantes de escepticismo en torno de la posibilidad de que la investigación histórica represente o dé cuenta del pasado.

Dos razones se han esgrimido para explicar la implausibilidad de los acuerdos:

4. Véase Chiaramonte (1989).

- a. la inaccesibilidad observacional o empírica del pasado;
- b. el hecho de que la historia se escribe bajo el signo de los intereses del presente, los cuales no solo resultan ajenos y distantes de los intereses que rodearon la ocurrencia de los acontecimientos mismos, sino también poseen un carácter epistémica y políticamente controversial.

Estas dos supuestas razones dejan a la historiografía atada de manos pues, de acuerdo con **b.**, dado que siempre la historia se escribe desde un contexto local, sectorial o incluso epocal, la discusión histórica, más que pensarse en función de intercambios de argumentos, debería ser descripta como la serie o aglomeración de permanentes y persistentes reescrituras del pasado.

Ahora bien, si la satisfacción de la ambición de consensos interpretativos es frustrante, no menos sucede con la que se atiene al aséptico registro de lo que realmente ocurrió. Pues, si de acuerdo con **a.**, negamos toda accesibilidad al pasado, inevitablemente condenamos de entrada a la indagación histórica al fracaso aún en la realización de su objetivo supuestamente más humilde, pues ¿cómo registrar hechos si estos son por principio inaccesibles?

Y es justamente en este punto que se suscitan las siguientes tres preguntas fundamentales para la filosofía de la historia que Schuster estimula a responder:

1. ¿Es realmente sostenible la tesis de la peculiar inaccesibilidad del pasado?
2. El reconocimiento del carácter contextual de una práctica científica, histórica o de cualquier tipo, ¿sume a científicos e historiadores en un caos de intereses distorsivos y paralizantes de la investigación?
3. La permanente y conflictiva reescritura de la historia, ¿puede ser apreciada positivamente como una expresión de pluralismo y un motivo indispensable para continuar la investigación, esto es, poder seguir siendo curiosos por lo que las indagaciones científicas e históricas nos pueden enseñar?

La primera pregunta me llevó a reconsiderar aquello que entendemos por facticidad o información histórica a partir del estudio de la obra de Arthur Danto y Hayden White, cuestión que podrá apreciarse en los apartados dos y parte del tres.

La segunda lleva a especificar cómo cada contexto de investigación puede proveer recursos conceptuales para que el historiador produzca interpretaciones relevantes y significativas del pasado. Es en este punto donde las cuestiones de descubrimiento y creatividad en ciencia adquieren máximo interés. La obra de White proporcionará su explicitación.

La tercera apunta directamente contra el no justificado prejuicio de que la coexistencia de diversas y conflictivas versiones de los mismos

sucesos históricos es un indicio del estado de subdesarrollo de la disciplina. Es aquí donde introduciremos la noción de “evaluación heurística” que Thomas Nickles habilita para pensar una práctica científica pluralista si es combinada con el “realismo figural” whiteano.

Danto y el escepticismo histórico

Existen estrategias menos inocentes para construir una imagen de especificidad histórica, basadas en la supuesta inaccesibilidad experiencial del pasado (no así del presente), derivando en un escepticismo acerca de la posibilidad de conocerlo.

Un escéptico respecto del pasado, diría el filósofo de la historia Arthur Danto, es aquel que sostiene que no es posible afirmar verdaderamente las proposiciones p ni $\neg p$ y tampoco es posible ofrecer una justificación de ellas cuando están expresadas en tiempo pasado.

Existen diversas maneras de construir argumentos escépticos que concluyan en esta afirmación, pero veamos en principio dos: una *verificacionista*, que denuncia la no verificabilidad, y por tanto no significatividad, de tales afirmaciones por lo que la cuestión en torno a su verdad o falsedad es siquiera planteable, o con cierta sofisticación, otra *pragmatista*, estrictamente hablando, dichas afirmaciones refieren a su modo de verificación o procedimientos de detección, los cuales tendrán lugar después de la enunciación de las afirmaciones históricas por parte del historiador, esto es, en su futuro⁵. En fin, su significado remite al futuro no al pasado. De esta manera, un enunciado como “ayer hubo una manifestación en la Plaza de Mayo” para la primera versión es inverificable y, por tanto, no significativo; para la segunda, es una predicción encubierta, no refiere al evento en pasado sino a la evidencia relevante.

Si bien la primera versión, la verificacionista, fue rápidamente abandonada como ideal de ciencia (contrastando con el avance del pragmatismo), Danto se ve en la necesidad de atacar conjuntamente estos argumentos y por una única y compleja razón: *es urgente desestimar cualquier duda acerca de la referencialidad del lenguaje histórico a la realidad pasada pues la duda acerca de que el lenguaje histórico refiere a la realidad pasada arriesga la posibilidad de todas nuestras prácticas cognitivas*. Danto ataca estos argumentos desnudando un mismo trasfondo positivista: el conocimiento certero del mundo es aquel al que accedemos a través de la experiencia directa en tiempo presente.

“Oraciones narrativas” (octavo capítulo de *Analytical Philosophy of History*) ofrece según mi criterio el mejor desprestigio del escepticismo

5. Véanse Danto (1985: 29-30).

presentista con la consecuencia específica que esto tiene en la historiografía: negar que el conocimiento más adecuado del pasado es el que provee el testigo directo o contemporáneo. Pues, dirá Danto, hay un tipo de oraciones que pueblan todo trabajo histórico y que efectivamente se expresan en tiempo pasado, pero su peculiaridad o especificidad reside en que refieren a por lo menos dos eventos separados aunque solo describen (y solo son acerca de) el primer evento al que refieren y por ello mismo no accesibles a los testigos directos⁶.

En una lúdica prosa, "Oraciones narrativas" nos provee de un argumento contra el cronista o testigo ideal en tanto prototipo positivista del ideal de historiador objetivo: aquel que registra los acontecimientos a medida que suceden y tal cual suceden sin otra ayuda que su presencia en la coordinada espacio-temporal de ocurrencia. Por el contrario, el historiador escribe no solo con la ventaja de poseer el conocimiento de los eventos posteriores al suceso en cuestión, sino con la posibilidad de seleccionar ciertas líneas temporales y desestimar otras de acuerdo con los intereses teóricos de su presente. Pues para Danto, cualquier organización del pasado en estructuras temporales diacrónicas o sincrónicas no se reduce al establecimiento de una magra conexión, sino que en ella interviene la categoría de significación. No solo se busca establecer relaciones temporales o causales, o del tipo que sean entre los sucesos, sino relaciones significativas, esto es, que respondan a las preguntas e intereses cognitivos de alguna comunidad de historiadores en particular.

Danto ofrece otra consideración adicional a la naturaleza de ese tipo de lenguaje poblado de una clase de oraciones que se proponen cuando afirmadas describir un evento anterior a su preferencia o inscripción y que llamará lenguaje histórico. Deberíamos preguntar: ¿en qué perjudica a la credibilidad de la oración el que su preferencia sea posterior a la ocurrencia del evento en cuestión? Para responder debemos hacer una distinción en la consideración de la temporalidad de la oración. En un sentido, las oraciones históricas funcionan como "deícticos" temporales, esto es, su enunciación en tiempo pasado o la recurrencia a ese tipo de expresiones tales como *ex presidente*, *casado*, *divorciado*, *transexual*, *curado*, etc. (todas refiriendo a un estado anterior o condición diferente del descrito en el presente) se usa a sí misma como indicadora de su relación de posterioridad con el evento. El hecho de que la preferencia es posterior al evento no incide en el contenido ni en la posibilidad de la verdad de la oración; por ello, la diferencia temporal no puede funcionar de ninguna manera como parte de un argumento

6. Véase Danto (1989).

escéptico. Lo que hace verdadera a una oración no resulta perturbado ni lo hace condicionado por el momento en que dicha oración es proferida.

Ahora bien, hay otra manera en la que la temporalidad de ciertas expresiones puede sí afectar a su contenido o verdad. Son aquellas expresiones que podríamos llamar, dice Danto, históricamente cargadas, solo que la dirección de determinación o contaminación es desde el pasado hacia el presente y no a la inversa. Nuestro lenguaje ordinario es ineludiblemente “especioso”, denso. En un sentido más general, todo nuestro lenguaje supone duración; por ejemplo, ganar una carrera supone correrla, pasar un examen supone haberlo rendido, por tanto, la caída en el escepticismo acerca de todo aquello que desborde del instante presente, atañe no solo a la historia, sino a todo nuestro conocimiento. Cualquier embestida escéptica (siendo el escepticismo instantáneo solamente un caso extremo) basada en la supuesta especificidad de la historia por la “paseidad” o “preteridad” de sus eventos, resulta insostenible.

Finalmente, Danto agregará que en lugar de creernos con el escéptico que nuestra adhesión al presente nos conmina a distorsionar el pasado —el presente como una especie de lentes coloreados que colorean todo lo que vemos incluso el pasado— debemos advertir que son las expresiones históricas las que dan significado (colorean) a nuestro presente y nos posibilitan hablar de él. Es el pasado, en todo caso, el que distorsiona el presente, y por ello mismo vemos la imposibilidad del escepticismo histórico por el carácter constitutivo que el pasado ejerce sobre el presente.

Los argumentos de Danto no pretenden ser contundentes, esto es, no efectúan una refutación directa y definitiva del escepticismo histórico. Más bien, apuntan a advertir acerca de la imposibilidad de poner en duda nuestro conocimiento o acceso al pasado partiendo del supuesto de que accedemos con más certeza a lo que nos es contemporáneo. Consecuentemente, una vez que nos anoticiamos de la especiosidad del lenguaje, de su carga pasada, no nos queda otra que acompañarlo en su afirmación de que “Es imposible sobreestimar el alcance al cual nuestras formas comunes de hablar acerca del mundo son históricas. Ello se muestra en el inmenso número de términos de nuestro lenguaje cuya correcta aplicación presupone el modo histórico de pensamiento” (Danto, 1985: XV).

Danto da un paso más allá, señalando que nuestras creencias acerca del pasado “penetran” el lenguaje que usamos para describir objetos contemporáneos al punto que tampoco podríamos dudar de manera sensata de la existencia del pasado.

Veamos un ejemplo: pensemos en dos objetos materialmente indiscernibles que satisfagan descripciones en cuanto a cerámica incaica, pero supongamos que uno fuera genuino y el otro, una reproducción, esto es, ambos satisfacen desde el punto de vista perceptivo la oración

narrativa que remite al evento pasado Imperio Inca. Ahora bien, un escéptico metafísico podría alegar que guiados únicamente por lo perceptual no tenemos manera definitiva de desechar la posibilidad de que el mundo tal como lo conocemos haya sido creado hace solo cinco minutos atrás, convirtiendo así a la casi totalidad de nuestras afirmaciones históricas en falsas. Si nos dejamos llevar por el escéptico y eliminamos las descripciones históricas de nuestro lenguaje, ciertos objetos del mundo como las *cerámicas indígenas* del museo y las reproducciones que adornan mi casa serían indiscernibles, ya no tendríamos significativamente dos tipos de objetos, uno genuino y otro una reproducción. Por el contrario, si restauramos las descripciones históricas al lenguaje, resultarían ahora sí dos clases diferentes objetos, uno *cerámica incaica*, el otro una reproducción (aunque ninguna de estas *diferencias* se manifestara incluso al ojo antropológicamente educado). ¿Qué llevaría a adoptar una u otra posibilidad? ¿Qué motivaría a abandonar al escéptico?

“La conjetura de Russell es incompatible con cualquier enunciado histórico ordinario aplicado al mundo presente, si por un loco instante creemos que la conjetura es verdadera, todos los enunciados históricos se harían falsos y todos los sectores del lenguaje quedarían fuera de juego. Y en ese caso, los objetos [...], perderían para nosotros todo el interés que tienen sobre la base de nuestras creencias históricas usuales Y ello es así sean nuestras creencias verdaderas o falsas” (Danto, 1989: 336).

Como habrá podido apreciarse, las reflexiones de Danto en torno al estatus del conocimiento histórico han discurrido a través del análisis del lenguaje histórico. La manera como hablamos del mundo no es independiente de cómo es el mundo para nosotros, no tenemos por fuera del lenguaje un acceso al mundo en sí. Por otra parte, el análisis de dicho lenguaje y su carácter especioso así como la naturaleza valorativa e interesada que guía la construcción de narraciones, reclama indagar en las diferentes estrategias que desde diferentes épocas y situaciones utilizan los historiadores. Si bien Danto mismo no lo ha hecho, su pensamiento nos abre la puerta para introducirnos en el análisis del contexto de descubrimiento y creatividad en la investigación científica y efectuar esta tarea focalizándonos en el lenguaje que utilizan los historiadores. Félix Schuster denominaría a este tipo de trabajo “contextualización relevante” pues “nos permitirá el análisis de aquello que, en las bases para la elaboración de la teoría o plantee, de modo explícito o implícito, problemas atinentes a consecuencias metodológicas que podrían manifestarse en el proceso de justificación o incluso de aplicación de las teorías” (Schuster, 1999: 33). La distinción señalada entre lenguaje histórico como déictico temporal y lenguaje histórico en cuanto significativamente “pasado-cargado” es relevante a la hora de pensar algo como la especificidad de la historia, ya que habilita cuestiones concernientes al

análisis de los modos de producción del conocimiento y el punto al cual ello podría encerrarnos en posiciones relativistas. Schuster da una lista de los elementos a tener en cuenta: presión de autoridad, modos de distribución de los recursos, establecimiento de prioridades de investigación, formas de manejo institucional, tipos de vínculos, pautas de publicación... etcétera⁷. La cuestión según Schuster para evitar caminos inconducentes es analizar si estos elementos aportan o no al conocimiento en el triple sentido del contenido de las teorías, la metodología y la instrumentación guiados por la estrategia de “analogías cognitivas”, resoluciones exitosas en un campo que se transfieren a campos nuevos. En este sentido, “el lenguaje del lenguaje ordinario, cotidiano, y su relación con el lenguaje técnico de la ciencia, es un tema que merece ingresar en la discusión” (Schuster, 1999). Este específico tipo de análisis queda ampliamente ejemplificado, como veremos a continuación, en la obra de Hayden White.

Una teoría de la historia literariamente informada

En 1973 aparece *Metahistoria, La imaginación histórica en el siglo XIX* de Hayden White⁸ promoviendo un cambio en nuestro modo de pensar los problemas de la filosofía de la historia a punto tal de ocasionar el advenimiento de lo que hoy llamamos la “nueva filosofía de la historia”. *Metahistoria...* —al igual que la obra subsiguiente de White— ha sido leída como una burda igualación entre historia y literatura. Sugiero, por el contrario, leerla en función de una apelación a la teoría literaria con el objeto de ofrecer un estudio sistemático y de amplio alcance de los “recursos lingüísticos” que intervienen en la producción de aquellos tipos de discurso cuyo tema es el pasado humano. Estos discursos se han encarnado en dos ámbitos, la filosofía especulativa de la historia y la historiografía académica, en tanto tratan de hacer el pasado inteligible a través de la elaboración de narrativas, dado que es este tipo de discurso el que permite relacionar de una manera sincrónica acontecimientos que se han dado en forma diacrónica. Sus mayores expresiones tuvieron lugar en el siglo XIX.

Los grandes exponentes de la filosofía especulativa de la historia e historiografía del siglo XIX trataban de producir, no sin esfuerzo, una consideración “realista” del pasado que mediara entre otras consideraciones alternativas e incluso conflictivas, el registro sin pulir y el público.

7. Véase Schuster (1999: 27).

8. Véase White (1992).

Todas, *sin excepción*, son “*formas de realismo*”, sus diferencias residirán en la elección de formas de tramar, en la elección de lo que consideren tipos aceptables de conexiones entre los eventos históricos y, finalmente, sus evaluaciones acerca de la posibilidad o deseabilidad de cambio para el presente y el futuro.

En suma, analizadas como discursos producto de una selección entre los recursos efectivamente disponibles, filosofías especulativas de la historia e historiografía no tienen diferencias esenciales, sino solo en el hecho de que la primera, no limitada por la evidencia, deja al descubierto o aparenta ser pura trama, la historia en cuanto comercia más directamente con la evidencia oculta los recursos discursivos. La apelación a la teoría literaria se entiende y se espera no solo en la medida en que estamos tratando con discursos, lenguaje, sino que dicho lenguaje ha optado por la forma narrativa. Por tanto, de lo que se trata no es de apropiarse de la teoría literaria sino de producir una teoría de la obra histórica, que especificaré como teórico-literariamente informada⁹, para desentrañar todos estos intentos de representar realistamente el pasado. No quiero pasar por alto que he entrecomillado la expresión “*formas de realismo*”; el objetivo es señalar que lo que se está cuestionando es la consideración *naïve* del mismo, dado que:

1. una representación realista del pasado es algo a producir, no algo a encontrar o descubrir;
2. no existe una única manera de representar realistamente la realidad;
3. los criterios de realismo son históricos y han variado a lo largo de la historia. No se trata entonces de abandonar el realismo, sino de sofisticarlo. La última obra de White, *Figural Realism*¹⁰, permitirá hacerlo al encarnar los recursos lingüísticos revelados por la teoría literaria en la compleja interacción entre práctica historiográfica, pasado y la propia historia de la práctica historiográfica.

En este sentido, aquí bien claro que esta investigación puede enmarcarse o emparentarse con la revalorización que la nueva filosofía de la ciencia se ha dado al contexto de descubrimiento y a los procesos de creatividad científica. En lugar de la vieja y tajante distinción entre un contexto de creatividad y uno de evaluación discriminados por la posibilidad de reconstrucción lógica o racional, se pensará que en toda etapa investigativa hay creatividad y evaluación.

9. Elementos o recursos literarios que utilizan historia y filosofía especulativa de la historia incluso en aquellos discursos abiertamente antinarrativos. Más aún, sus recientes recomendaciones de expresar el discurso histórico en formas no clásicamente narrativas es una muestra de la necesidad de seguir apelando a la teoría literaria.

10. Véase White (1999).

Concretamente, Nickles (1980) sugiere la división entre tres contextos: generación, prosecución y justificación de hipótesis o teorías. Más específicamente, se trata de discriminar, por un lado, en el descubrimiento: una fase de generación o pensamiento inicial y una fase de prosecución, de seguimiento de esa idea o intuición; y, por el otro, dividir la justificación en una justificación “final” (la versión actualizada de la teoría tradicional de la justificación) y una fase previa –indistintamente denominada “evaluación preliminar” y “evaluación previa”– en la que la idea ya no solo nos parece interesante, sino plausible. En fin, nos hemos equipado con una metahistoria de carácter literario que nos permitirá considerar a la obra histórica como un esfuerzo para producir una consideración realista que debe negociarse frente a otras alternativas.

En el ensayo introductorio, White nos advierte del hecho de que para poder constituir un discurso acerca del pasado como histórico, el historiador debe prefigurar previamente el campo histórico¹¹, denominación con la que hace referencia al registro documental antes del análisis y la conceptualización. Esta operación, señala, es de carácter tropológico, esto es, no es resultado de ningún proceso inferencial, no hay reglas lógicas que obliguen, a partir del registro evidencial, a adoptar una forma de conceptuar en lugar de otra. Estas son más bien adopciones poéticas a partir de las cuales quedarán permitidos ciertos tipos de relaciones entre ciertas categorizaciones de agencia y diversas especificaciones acerca de la fuerza determinante de las circunstancias. Los recursos disponibles para hacer conceptualizables dichos elementos “brutos” nos son proporcionados por el uso lingüístico mismo, pues el acto de prefiguración será entendido a partir de los cuatro tropos básicos para el análisis del lenguaje figurativo: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Efectivamente, la metáfora sancionará las prefiguraciones del mundo de la experiencia en función de objeto-objeto, la metonimia en términos de parte-parte, la sinécdoque en términos de parte-totalidad, mientras que la ironía, considerada un “metatropo”, afirmará en forma tácita la negación de lo afirmado positivamente en el nivel literal. Esta prefiguración constituye, podríamos afirmar, la infraestructura del texto histórico, o sea, el campo histórico se constituye como un dominio sobre el cual el historiador puede aplicar –del modo más coherente posible– sus creencias ideológicas, sus concepciones epistemológicas o sus preferencias narrativas.

El resto del libro nos proporciona una aplicación de dicho aparato conceptual al análisis de cuatro grandes historiadores y cuatro grandes filósofos de la historia del siglo XIX. Las historias de Michelet, Ranke,

11. Véase White (1992: 25, n 8).

Tocqueville y Burkhardt y las filosofías de la historia de Hegel, Marx, Nietzsche y Croce son examinadas para dejar al descubierto en sus escritos un nivel preconceptual, de carácter intrínsecamente estético o figurativo, determinante del nivel conceptual explícito. Es decir, tanto los compromisos explícitos de carácter teórico-epistemológico y político-moral, así como las elecciones entre diferentes técnicas narrativas para tramar los acontecimientos pasados, se correlacionan en la obra de estos grandes autores, implícita y determinadamente, con alguno de los tropos. Me gustaría expresar que uno de los logros más destacados del estudio whiteano reside en haber revelado el esfuerzo de cada uno de estos autores por conciliar entre sí los compromisos epistemológicos, narrativos e ideológicos sugeridos por su preferencia tropológica, conciliación que no siempre resulta exitosa desde el punto de vista de la coherencia. En otras palabras, el abordaje metahistórico detallará justamente las dificultades a las que se enfrentaron estos grandes pensadores para coordinar las diferentes dimensiones que conforman un discurso histórico, coordinación que no viene dictada por el registro, sino que es un trabajo a realizar.

Debemos agregar en relación con estas consideraciones una observación fundamental: los recursos efectivamente utilizados por los filósofos de la historia e historiadores *no agotan los recursos culturales disponibles* para la composición de un discurso histórico. Ello se hace manifiesto tanto en la elección de los modos de tramar, así como también de las expresiones ideológicas. En el primer caso, debido a que los historiadores no están primariamente interesados en la belleza o la innovación literaria es que apelan a los modos menos sofisticados de trama. En el segundo, notaremos que solo ingresan al ámbito de obra histórica o discurso histórico aquellas ideologías que White denomina cognitivamente responsables, esto es, aquellas que consideran que cualquier propuesta de cambio, reforma o conservación del presente para el futuro debe legitimarse en un conocimiento del pasado.

Dos importantes consecuencias podemos extraer a partir de estas sugerencias. En primer lugar, estamos ahora en condiciones de explicar las diferencias primordiales entre relatos históricos rivales: lo que los hace irreconciliables no proviene de haber seleccionado diferentes hechos, ni de haber adoptado diferentes concepciones metodológicas o epistemológicas, ni siquiera en sostener diferentes compromisos ideológicos o haber elegido diferentes técnicas de narración. Lo que los distingue e impide su conciliación es resultado del acto, precrítico y constructivo de prefiguración tropológica¹². En segundo lugar, estamos

12. Véase White (1992: 10).

también en condiciones de apreciar positivamente las dificultades enfrentadas por estos autores para lograr un cierre definitivo y coherente sobre el tema del que se ocupan, ocasionando que sus modos o estilos de mirar al pasado sigan vigentes.

El realismo como promesa

En “Auerbach’s Literary Theory. Figural Causation and Modernist Historicism”¹³, White dice encontrar en la historia de la literatura de este autor (Auerbach, 1950), un concepto apropiado de realismo: el “realismo figural”, no solo para la historia literaria sino para la historia en general. A través del análisis de diferentes obras de la literatura occidental describe, por un lado, cómo cada una de ellas ha propuesto conexiones entre los acontecimientos para representarlos adecuadamente y, por el otro, las conexiones que se establecen en estos sucesivos intentos de representación. La noción de “figura” o “interpretación figural” mediante la cual se “[...] establece una relación entre dos acontecimientos o personas, por la cual, uno de ellos no solo tiene su significación propia, sino que apunta también al otro, y este, por su parte, asume en sí a aquel o lo consume” (White, 1999: 74).

El realismo figural es la expresión para describir la actividad involucrada en toda historización: se trata en cierta manera de una apropiación retrospectiva. Así es como el Renacimiento Italiano se conecta con la Cultura Grecolatina, considerando a esta como apuntando hacia el Renacimiento y a este como consumando aspectos de la primera. O *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, donde Marx otorga significado a la Revolución de 1848 como una consumación de la de 1789 y a esta como apuntando, figurando, lo que sucedió en 1848. Por otra parte, 1789 puede haber sido un efecto de la Reforma Protestante y del Iluminismo y, como tal, el final de un proceso más que la prefiguración de acontecimientos por venir. El acontecimiento pasado es visto retrospectivamente por algún grupo posterior como una figura y los sucesos posteriores con los que se lo relaciona desde el presente son vistos como la consumación, o cumplimiento de lo figurado en el anterior. Sin embargo, como acontecimiento histórico, permanece abierto a la apropiación retrospectiva por cualquier grupo que pueda elegirlo como prototipo legitimante de su propio proyecto de autoconstitución (White, 1999: 89; 95).

Lo que se puede derivar de estas observaciones y nos motiva a acompañar a White en la apropiación de ellas como justa consideración de lo que sería un “realismo histórico”, reside en la propuesta de

13. En White (1999).

tres prescripciones metodológicas. Primera: tomar a las representaciones de la realidad (literarias o históricas) como proponiéndonos mirar bajo otro aspecto los acontecimientos pasados; se nos insta a asumir otra perspectiva, con la promesa de que bajo esta nueva mirada la realidad se verá mejor. Segunda: estas propuestas son hechas siempre desde algún contexto (disciplinar y/o político) y es el contexto el que legitima la significación alcanzada. Tercera: las diferentes propuestas se relacionan entre sí figuralmente, y esto será síntoma de fertilidad metodológica; Auerbach mismo relacionará figuralmente los diversos y sucesivos realismos de la literatura occidental como cuando describe el realismo de Balzac como el cumplimiento de la promesa de representación del realismo de Dante. En síntesis: el realismo figural nos permitirá explicar, en primer lugar, la relación entre las representaciones históricas de la realidad y la realidad, en segundo lugar, la relación entre una representación y su contexto, y en tercer lugar, la relación entre las sucesivas representaciones mismas, no siendo ninguna una consumación de su propia propuesta de representación.

La posibilidad de apreciación positiva de esta dificultad de cierre me es posible nuevamente si emparentamos otra vez el trabajo de White con los desarrollos de la nueva filosofía de la ciencia ligados a los amigos del descubrimiento. El “realismo figural”, en fin, elucidando la operación historizante como promesa siempre renovada, pero nunca cumplida, de representar realistamente el pasado, explica por qué no se puede, ni importa, alcanzar la versión definitiva del pasado. En clave pragmatista, evocamos a la práctica científica adoptando en numerosas ocasiones ciertas teorías no tanto por su mayor conformidad con la evidencia (algo no decidible definitivamente), sino por abrir nuevas vías de investigación. Este tipo de evaluación, identificado en estudios concretos de los procesos de producción de teorías científicas como “evaluación heurística”, nos provee el modo adecuado de comprender el carácter controversial de la práctica historiográfica. La noción de “*heuristic appraisal*” se distingue de la de “*epistemic appraisal*” —reiterado foco de interés de los filósofos—, porque no juzga los méritos de una teoría por su registro pasado de éxito o fracaso predictivo, sino que la valora positiva o negativamente por abrir nuevas áreas de investigación para aquellos miembros de la comunidad científica que se involucran en ella¹⁴. Esta mirada pragmatista del “realismo figural” permite apreciar no solo que la verdad y la significación de los acontecimientos del pasado únicamente puede conocerse después de su ocurrencia (como señalara acertadamente Danto), sino que lo que hace verdaderamente

14. Véase Nickles (1989: 176). He aplicado esta noción a la historiografía en mi contribución a la compilación del equipo en Tozzi (2005).

significativa una representación es su valor heurístico, esto es, que nos legue cuestiones abiertas acerca de tales acontecimientos como para que merezca volver sobre ellos o valga la pena reescribir su historia.

Pluralismo más allá de la ironía

El trabajo en los grupos de investigación bajo la dirección de Schuster me permitió elaborar una mirada de la obra de White evitando que pueda derivarse un determinismo lingüístico. Por el contrario, bajo una lupa pragmatista del mismo alcance que la que ha inspirado a los sociólogos de Edimburgo, atender al hecho de que embarcados en el análisis de cualquier tipo de escrito debemos:

“[...] tener en cuenta las formas en que el uso de los diversos códigos, de los cuales el lenguaje es en sí mismo un paradigma, *capacita tanto como limita* aquello que puede decirse acerca del mundo” (White, 1999: 46-47; énfasis propio).

Dirigir la atención al carácter “inventado” de los hechos históricos, es solo una advertencia a asumir con seriedad (y no retóricamente) que los hechos no nos vienen “dados” ni están ya almacenados como “hechos” en el registro documental.

Por otra parte, todo remite a las diversas maneras de caracterizar en forma figurativa el conjunto total de hechos como representaciones de totalidades de clases fundamentalmente diferentes. Sin embargo, estas versiones alternativas y, en cierto sentido, conflictivas y hasta mutuamente excluyentes, del mismo conjunto de acontecimientos, pueden aparecer, según White, como del mismo modo plausibles a sus respectivas audiencias. La trama propuesta por el historiador no es algo encontrado en los sucesos mismos: ellos no son intrínsecamente satíricos, cómicos o trágicos; si el historiador eligió alguna de estas modalidades disponibles a él (en tanto recursos culturales socialmente disponibles a cualquiera) se debe a que comparte con sus audiencias ciertos preconceptos y ciertas preferencias emotivas sobre la mejor manera de expresar su conocimiento acerca de los mismos. Los recursos están disponibles para todos; cómo los utilizemos es en última instancia responsabilidad de cada uno.

Esa misma pertenencia y dirección es la que me ha permitido elaborar una lectura pragmatista de las controversias historiográficas en cuanto a promover aquellas propuestas interpretativas heurísticamente superiores. En una serie de trabajos he podido ejemplificar de manera amplia esta perspectiva para diversos casos: en la controversia entre los historiadores Goldhagen y Browning en torno a la conducta de la policía del orden del Tercer Reich, en los intensos debates y reclamos de voz por parte de las nuevas historias de la identidad, y más recientemente

en la construcción de la memoria y la historia de los ex soldados de Malvinas. Pero no es momento ahora de exponer ello.

Como se habrá podido apreciar, he dedicado gran parte de este ensayo a mostrar como mi trabajo con Schuster me ha permitido leer los aportes de White. Ahora quiero dedicar estas últimas líneas a señalar como la obra de White me permite leer a Schuster.

En las páginas finales del prefacio a *Metahistoria*, White señala que el siglo XIX tuvo un camino desde la metáfora pasando por la sinécdoque y la metonimia hasta culminar en la ironía. Ello comportó, en la dimensión explicativa, iniciar desde una aproximación ideográfica o formista, pasando por estrategias integradoras del tipo del mecanicismo marxista y el organicismo de Ranke, para terminar en el contextualismo de Burckhard que a la sazón motiva la historiografía contemporánea desde el siglo XX. Ahora bien, la culminación en la ironía no puede leerse como un avance del realismo o mayor cercanía a la verdad. La ironía es un metatropo promotor de aquellas estrategias más “humildes” que se reprimen de proporcionar explicaciones históricas con pretendida sofisticación teórica. Pero el estudio metahistórico revela que *no hay base teórica apodícticamente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquiera de los modos sobre los demás como más “realista”*. No obstante, insiste White, igualmente estamos obligados a hacer una elección entre estrategias interpretativas rivales en cualquier esfuerzo por reflexionar acerca de la historia en general, solo que el análisis tropológico enseña que la mejor base para elegir una perspectiva de la historia antes que otra es por último estética o moral, antes que epistemológica, por lo cual no estamos en última instancia obligados a permanecer en la ironía.

Es gracias a esta vuelta de la ironía contra sí misma que puedo hoy leer el capítulo final de *Explicación y predicción* en el que Schuster historiador defiende una explicación del protagonismo de Moreno en términos de fuerzas y acontecimientos de tipo económico, un espíritu mecanicista guiado por un tropo metonímico. El Schuster epistemólogo y el Schuster historiador navegan entre el pluralismo y el marxismo. Dicha combinación es posible en la medida que un compromiso metahistórico pluralista como el que adoptan White y Schuster no les impide que, en tanto historiadores, no puedan sostener y defender, con la ayuda de los mejores recursos disponibles, cierta interpretación de ciertos acontecimientos como “la” mejor o mejor que otras alternativas.

Referencias bibliográficas

- AUERBACH, Erich. 1950. *Mimesis, la representación de la realidad en la literatura occidental* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- CHIARAMONTE, José Carlos. 1997. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)* (Buenos Aires: Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel Historia).
- DANTO, Arthur. 1985. *Narration and Knowledge* (New York: Columbia University Press). [Incluye la versión completa de *Analytical Philosophy of History*, aparecido en 1965].
- 1989 “Oraciones narrativas” en *Historia y Narración* (Barcelona: Paidós). Introducción y traducción de Fina Birulés. [Corresponde al capítulo 8 de *Analytical Philosophy of History*, incluido en Danto (1985)].
- MARTIN, Raymond. 1998. “Progress in Historical Studies” en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History* Vol. 37, N° 1: 14-39.
- THOMAS Nickles (ed.). 1980. *Scientific Discovery. Logic and Rationality*, Reidel Publishing Company, Introduction.
- 1989 “Heuristic Appraisal: A Proposal” en *Social Epistemology* Vol. 3, N° 3: 175-178.
- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1982. *Explicación y predicción. La validez del conocimiento en ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- 1999 “Los laberintos de la contextualización en ciencia” en Althabe, Gérard y Schuster, Félix (comps.) *Antropología del presente. Ciencia, política y sociedad* (Buenos Aires: Edicial).
- TOZZI, Verónica. 2005. “Evaluación heurística en la historiografía. El debate Browning-Goldgahen” en Klimovsky, Gregorio (ed.) *Los enigmas del descubrimiento científico* (Buenos Aires: Alianza).
- WHITE, Hayden. 1992. (1973) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- 1999 *Figural Realism, Studies in the Mimesis Effect* (Baltimore: The Johns Hopkins).



De la unificación a la diversidad en las ciencias sociales

Patricia Morey

Patricia Morey, profesora titular de Teoría del Conocimiento y Epistemología de las Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Doctora en Filosofía bajo la dirección final del profesor Félix Schuster. Publicaciones (libros): Pluralismo Limitado. Un modelo para explicar la variabilidad en teoría social, Paradigmas de Género. En revistas y libros: Episteme, Revista Latinoamericana de Filosofía, Epistemología e Historia de la Ciencia, Discurso Social y Construcción de Identidades. E-mail: pem@cordoba.net.

Introducción

La unificación del conocimiento es un tradicional anhelo epistemológico que subyace en la formulación de sistemas filosóficos completos y se presenta como un vigoroso criterio de cientificidad. En filosofía y en las ciencias naturales ha persistido el fuerte interés en marcos explicativos que unifiquen fenómenos dispersos en teorías sistematizadas. En las ciencias sociales está presente en la visión sinóptica de Comte como en el optimismo de

Parsons en la construcción de una teoría unificada; en la teoría marxista como en la teoría multidimensional del sociólogo Jeffrey Alexander. La idea de orden ante la diversidad subyace también en el criterio de reducción a entidades básicas o fundantes, fuertemente influyente en las ciencias sociales. Para la sociobiología, el conductismo, el materialismo eliminativo, el individualismo metodológico y el fisicalismo en filosofía de la mente, la reducción es un estándar epistémico fundamental¹.

Tal como expresa Thomas Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions* (1996), la unidad es sinónimo de progreso; existe progreso en la ciencia normal, resultado del trabajo creador especialmente dentro de las comunidades, como realización colectiva del grupo. Una comunidad científica es un instrumento inmensamente eficiente para resolver problemas o enigmas dentro de un consenso de presuposiciones básicas. También las revoluciones terminan en progreso al concluir con una victoria total de uno de los dos campos rivales, que se asegura de que los miembros futuros de su comunidad vean la historia pasada como error. El filósofo de la ciencia americano afirma:

“El desarrollo científico como el biológico constituye un proceso unidireccional e irreversible. Las teorías científicas posteriores son mejores que las anteriores para resolver enigmas en los medios a menudo totalmente distintos a los que se aplica [...] Soy un convencido creyente en el progreso científico” (Kuhn, 1996: 206).

Existe progreso porque una teoría se percibe como superior, porque es un mejor instrumento para descubrir y resolver rompecabezas o porque es capaz de predecir con mayor exactitud y esto es posible gracias a la unificación. La adquisición de un paradigma es un signo de madurez y las sucesivas transiciones de un paradigma a otro a través de revoluciones es la manera común de cambio en una ciencia madura (Kuhn, 1996: 11-12). La variedad de escuelas y visiones competitivas, aunque realizan contribuciones significativas al cuerpo de conceptos y fenómenos son solo preliminares a un marco teórico uniformemente aceptado por los científicos². Es justamente la síntesis la que es capaz

-
1. El problema de la unidad y diversidad en ciencias sociales es un tema central de mi tesis de doctorado, *Pluralismo limitado. Modelo para explicar la diversidad teórica en ciencias sociales* dirigida primero por Ezequiel de Olaso y luego por Félix Schuster. En este artículo extenderé y ampliaré algunas ideas allí delineadas.
 2. Afirma Kuhn: “*in the early stages of the development of any science, different men confronting the same range of phenomén, describe and interpret them in different ways [...] What is surprising, and perhaps also unique in its degree to the fields we call science, is that such initial divergences should ever largely disappear*” (Kuhn, 1996: 17).

de atraer a la próxima generación de investigadores, y las escuelas más antiguas gradualmente desaparecen. La constitución del paradigma transforma un campo de estudio en una disciplina y a sus practicantes en profesionales³.

Sin embargo, la mayoría de los ejemplos utilizados por los filósofos de la ciencia y por Kuhn provienen de las ciencias naturales. En las ciencias sociales la situación es diferente, se investiga en muchos campos y con diferente perspectiva y se aumenta el nivel de información en diferentes áreas, se resuelven problemas antes desconocidos con diferentes marcos teóricos. Pero también en algunas áreas existe inconmensurabilidad y en algunos casos retroceso o pérdida de información.

En este artículo intentaré mostrar que existen diferentes relaciones entre las teorías y distintas formas de investigar problemas: a menudo existe un movimiento pendular y otras veces, inconmensurabilidad entre marcos teóricos. Algunos autores proponen síntesis teóricas que son utilizadas, como afirma Kuhn, como criterios para seleccionar problemas y para concentrarse en ellos. Sin embargo, ante la diversidad de aproximaciones en esta situación multiparadigmática, con frecuencia los científicos sociales integran paulatinamente distintos marcos teóricos al seleccionarlos de acuerdo con el caso a estudiar. Por otro lado, algunos autores exigen y muestran que la reducción a elementos componentes es la base de cientificidad y otros reducen, sin una explicitación directa, al sobre enfatizar un aspecto de la realidad social y concentrarse en él para su estudio. También existe un cierto eclecticismo en la práctica de algunas disciplinas en determinados países, y cambios y transformaciones marcados por la época, los países y los contextos político-económicos que marcan rumbos. En definitiva, en las disciplinas sociales hay una diversidad de aproximaciones y una variedad de relaciones entre diferentes perspectivas teóricas.

Sin embargo, es posible afirmar sin dudas que, a pesar del aparente desorden, el conocimiento en las disciplinas sociales avanza. Esta breve caracterización y ejemplificación obviamente puede ser ampliada, ya que suceden varias cosas al mismo tiempo en el estudio del ser humano, por lo tanto es necesario rectificar la idea kuhniana y de algunos filósofos de la ciencia que, como él, asocian unificación con progreso y cientificidad. En este artículo mostraré algunos de los diferentes procesos de relación que existen en la comprensión de la realidad social.

3. Aunque haya definido el término paradigma de formas muy diferentes entre sí, asegura taxativamente: "*it is hard to find another criterion that so clearly proclaims a field a science*" (Kuhn, 1996: 22).

Diferentes mecanismos de interrelación en los estudios sociales

Es la multiplicidad de direcciones y procesos lo que se observa en las ciencias sociales, a menudo movimientos históricos pendulares de presupuestos básicos; en algunos casos inconmensurabilidad u oposición, propuestas de integración y síntesis, integración paulatina entre teorías rivales, reducción a elementos considerados más básicos o reduccionismo por omisión o cambios temáticos, temas y perspectivas que se desarrollan y luego pierden fuerza o interés de la comunidad científica.

Movimientos pendulares

Existen movimientos históricamente pendulares de algunos presupuestos básicos: de considerar a las ciencias naturales como modelo a pensar que es necesario utilizar solamente una metodología específica, de buscar explicaciones causales a los fenómenos a restringir el conocimiento a la comprensión del sentido, de buscar determinaciones materiales a obviarlas, de pensar la razón como constituyente primordial de la naturaleza humana a considerar la emoción o el sentimiento artístico como característica constituyente.

Por ejemplo, en distintas disciplinas existe un movimiento desde un reduccionismo biológico a la importancia de influencias sociales y un nuevo acercamiento, tímido pero en ascenso en los últimos años, a los fenómenos físicos. Es el caso de la criminología. Como afirma Rafter (2006), el siglo XIX se caracterizó por un fuerte determinismo biológico en criminología, pero desde el comienzo del siglo XX la sociología se afianzó rechazando el modelo médico, dominando el campo al dar explicaciones psicosociológicas que excluyeron y marginaron a investigadores que pudieran incluir elementos biológicos de las acciones delictivas. Aún más, se los trató con hostilidad. Para los sociólogos que dominaron la criminología a finales del siglo XX, era casi un deber político y moral oponerse a la intrusión de un criminólogo que defendiera una teoría biológica del crimen. Sin embargo, hoy la biocriminología, aunque no ocupa un rol central y es resistida, se está desarrollando rápidamente, empujada por los avances en genética y neurociencias.

Inconmensurabilidad

En algunos casos, los marcos teóricos son fuertemente diferenciados y se presentan como mutuamente excluyentes, lo que nos aproxima a la idea de inconmensurabilidad kuhniana⁴. Para Kuhn, el cambio de paradigmas se debe al triunfo del nuevo paradigma sobre el viejo y entre ambos la incomunicación es persistente. A pesar de las críticas que ha recibido esta visión del cambio teórico, especialmente a partir de ejem-

plos detallados en la historia de la ciencia (Laudan, 1984), considero que en las ciencias sociales existen de hecho teorías y perspectivas que adoptan presupuestos, criterios, metodologías de forma excluyente y holística, lo que impide el diálogo. No solo hay sucesión histórica de marcos teóricos, sino coexistencia de los mismos.

En sociología, por ejemplo, los paradigmas funcionalista y de conflicto no se han sucedido temporalmente sino que puede considerarse que ambos han predominado durante el siglo XX. Sus presupuestos, en sus versiones más fuertes, los hacen de difícil comunicación. El primero imagina la sociedad como un sistema complejo cuyas partes trabajan juntas para fomentar la cohesión y la estabilidad (Macdonald y Plummer, 2007). La acción está guiada por la estructura social, que implica pautas o regularidades estables de comportamiento y es posible entender la conducta de los individuos sobre la base de las consecuencias para el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. La interdependencia es sustentada por la solidaridad y en su versión parsoniana la coherencia entre las partes justifica considerar a la sociedad como un sistema que se mantiene en equilibrio y estabilidad. El presupuesto de integración oculta las desigualdades y los conflictos. Por el contrario, en el paradigma de conflicto, es la competencia o la dominación lo que explica las desigualdades persistentes. Existen grupos y clases, género y raza, que compiten entre sí en una desigual distribución de los recursos materiales y de reconocimiento simbólico. El privilegio y el poder, la exclusión y la marginación, la sujeción y la emancipación, es la terminología dominante en este marco teórico.

La larga disputa entre paradigmas liberales y socialistas muestra diferencias fundamentales entre dos concepciones del hombre, de la historia, del manejo de la economía, de la representatividad política y de la relación entre Estado e individuo. La diferencia estriba en definiciones básicas como el concepto de persona o el de representatividad. Los métodos, lógica y valores en cada uno de los sistemas son autosuficientes y antagónicos⁵. Este es un caso en que la traducibilidad entre

4. La idea de inconmensurabilidad no está presente en trabajos anteriores de Kuhn, como en *La revolución copernicana*, y se flexibiliza en sus escritos posteriores. Pero ha sido la noción de intraducibilidad paradigmática la que produjo mayor resistencia por considerarla un fuerte componente relativista en la concepción de la ciencia.

5. Para Levine, Sober y Wright el marxista es científico y materialista, la teoría liberal ideológica e idealista; el marxismo es holístico, la teoría liberal, individualista; el marxismo es dialéctico e histórico, la teoría liberal, lineal y estática; el marxismo es antiempirista y antipositivista, la teoría liberal, empirista y positivista. Es especialmente una división metodológica irreconciliable la que separa al marxismo de sus rivales (Levine, Sober y Wright, 1987: 41). A pesar de esta caracterización, los autores intentan una síntesis, el marxismo analítico, que considero imposible si se tienen en cuenta las fuentes clásicas.

teorías ha sido casi imposible, quizás constituyendo un ejemplo histórico de prolongados enfrentamientos acompañados de pocos intentos de comunicación o de búsqueda de un piso común⁶.

No hay mejor ejemplo de inconmensurabilidad que la planteada entre las diferentes interpretaciones sobre las depresiones, en especial entre los paradigmas psicoanalíticos y los biólogos. Los psicoanalistas freudianos, utilizando un método de exploración de los estados mentales basados en el inconsciente, bucean en el pasado, en las relaciones familiares, y su tratamiento consiste en terapias discursivas. Por otro lado, para los psiquiatras biólogos las depresiones tienen un origen en los neurotransmisores cerebrales y existe una predisposición hereditaria transmisible genéticamente, por lo que el tratamiento se basa en fármacos antidepresivos. El divorcio entre estas dos interpretaciones teóricas es tal que algunos representantes lacanianos tienen un rechazo a la incorporación de explicaciones fisiológicas a sus teorías, a la incorporación de información de ámbitos diferentes a su propio paradigma; asisten a sus propios congresos y se analizan mutuamente, lo que les impide en la práctica conocer los avances de la genética y estudios neurológicos actualizados. Por otro lado, muchos psiquiatras biólogos minimizan los aspectos sociales de la enfermedad, desnudándola de las particularidades contextuales y familiares en las que se desarrolla.

En este y otros ejemplos observamos que cada marco teórico ilumina un aspecto de la realidad social en un continuo flujo de ideas bajo el paraguas de ciertos presupuestos básicos que no se cuestionan durante un período de tiempo prolongado. Bajo una óptica kuhniana puede afirmarse que son dos maneras de ver el mundo de forma diferente, y sus representantes poseen criterios evaluativos propios, *ven* cosas diferentes. Como afirma Kuhn, cada grupo utiliza su paradigma en defensa propia.

Integración y síntesis

Importantes teóricos sociales han trabajado en la integración de marcos explicativos antagónicos. Parsons realizó un gran esfuerzo intelectual de síntesis de diferentes ontologías en las primeras décadas de este siglo. Anthony Giddens (1984), con la teoría de la estructuración, intenta sintetizar y elaborar de manera conjunta diversas corrientes: el trabajo etnometodológico y el fenomenológico con el estructuralismo

6. La defensa de posturas individualistas y holistas es otro ejemplo de posiciones claramente contrapuestas, o al menos planteadas como tal por numerosos autores. No pretendo afirmar que no existen posibilidades teóricas de comunicación, solo describo la situación de antagonismo real y excluyente en la historia de la filosofía y de la ciencia, es necesario reconocer profundos cismas de hecho que producen incomunicación.

marxista en un intento de coordinar agencia con estructura. Habermas, en sus trabajos sobre teoría social, se ha constituido no solo en un reelaborador de los clásicos, sino en un intelectual preocupado por fundamentar las ciencias sociales en una unidad que articule los paradigmas del mundo de la vida y el sistema. Jeffrey Alexander, parsoniano en espíritu, intenta en sus obras integrar los niveles micro y macro de análisis, las tradiciones individualistas de la fenomenología y el interaccionismo con elementos colectivistas para explicar de manera total el fenómeno social con “una posición multidimensional que sea coherente y satisfactoria”. Dice este autor:

“He tratado de demostrar que es también la única perspectiva desde la cual toda la variedad de las teorías sociológicas rivales se pueden interpretar con justeza sin dejar de lado ninguno de sus intereses parciales” (Alexander, 1992: 300).

Integración paulatina en la práctica utilizando estrategias de eficiencia

Es importante señalar un movimiento de integración paulatino, un proceso de permanente entrecruzamiento que se da de hecho ante la diversidad y la oposición teórica. En este sentido, es relevante comentar el trabajo de Beitman, Goldfried y Norcross (1989) sobre el movimiento de integración de las diversas psicoterapias en Estados Unidos. Según los autores, las rivalidades entre diferentes orientaciones teóricas en esta disciplina tienen una larga historia. Al comienzo los sistemas terapéuticos compiten por atención en un ambiente de antipatía mutua y profunda desconfianza; sin embargo, en una segunda etapa la lucha se transforma suavemente en un “piso” común de acuerdos básicos⁷. Hoy, existe una etapa de integración y los resultados aparecen más como un clima de acumulación que como un avance científico ordenado. Lo que es más importante aún, los debates aparecen menos polémicos y con una mayor percepción de las inadecuaciones de cualquier sistema por sí solo, y se reconoce el valor potencial de las otras aproximaciones⁸.

7. “[...] estos acuerdos subterráneos reflejaban una apertura creciente a las contribuciones de diversas corrientes, tanto como una conciencia creciente de que cualquier escuela tiene limitaciones clínicas distintivas. Algunos clínicos aventureros comenzaron gradual, aunque no sistemáticamente, a utilizar estrategias que se consideran eficaces sin tomar en cuenta su origen teórico” (Beitman, Goldfried y Norcross, 1989: 73).

8. Es más, han aparecido movimientos que apuntan específicamente a la integración y al eclecticismo; es sugestivo el nombre de la revista internacional *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy* y de una serie de artículos que han aparecido en la última década dedicados a la integración en esta área.

Esto nos lleva a pensar que la práctica produce en algunos casos al menos permeabilidad entre los marcos teóricos⁹. El peligro de esta posición es, por un lado, que las teorías incluidas no estén tratando sobre la misma temática o no posean como referencia el mismo nivel ontológico y, por otro, que se lo cuestione como una síntesis ecléctica, en donde se subordinen y distorsionen las partes de diferentes sistemas o que no se respete cierta “autonomía”. Debe rescatarse la idea de que, aunque para algunos el eclecticismo lleva a la confusión, la búsqueda de relaciones entre perspectivas en general es considerada ampliamente fructífera. Lo que en muchos casos en ciencias sociales se observa entonces es un “*razonable eclecticismo en la práctica*” (Reck, 1992: 375), un intento de utilizar la riqueza conceptual e informativa de los diferentes marcos teóricos.

Reducción

Creo que hay dos tipos de reducción: una explícita, que exige reducir dimensiones no observacionales a estratos más básicos o fundamentales, y otra que reduce al sobreenfatizar un nivel en relación con todos los restantes y que omite incorporar variables esenciales en la explicación de un fenómeno.

Reducción como exigencia epistémica

La primera, que se trabajará en este apartado, requiere de la reducción a un nivel físico, biológico o a la necesidad de que las leyes sociales sean entendidas por mecanismos que refieran a los individuos. Es necesario hacer notar que hay una estrecha relación entre el reduccionismo y el fisicalismo ontológico —el mundo está compuesto de partículas fundamentales y fuerzas que las determinan— y un reduccionismo fuerte defiende la idea de que todas las ciencias deberían ser reducidas a la física, por lo que supone un monismo ontológico.

El reduccionismo es una doctrina empírica que se sostiene con ejemplos exitosos, pero tomada como exigencia se transforma en limitativa, afecta el desarrollo de las ciencias que contienen generalizaciones de nivel elevado y se transforma en una legislación prohibitiva. Aunque en los ejemplos exitosos la reducción de teorías consigue efectivamente aumentar los contenidos explicativos de los fenómenos, y muestra que las reducciones a veces son posibles y deseables en la relación

9. El marxismo analítico, por ejemplo, puede considerarse un intento de integración entre versiones más fuertes del holismo marxista y el individualismo liberal. Estos pensadores sostienen la posibilidad de realizar una reformulación no antagónica de estas posiciones.

interteórica, considero que no es este un estándar indispensable. Por el contrario, en algunos casos su defensa disminuye la posibilidad de desarrollar áreas de investigación fructíferas, al intentar eliminar en principio niveles de discurso para reducirlos a los elementos que lo componen, proceso de difícil aplicación sin pérdida de información.

Los reduccionistas en sentido estricto focalizan su interés en la transformación de niveles de explicación de más complejidad o de mayor abstracción a elementos considerados de nivel más básico, en general, aspectos físicos o materiales de nivel más bajo. Un ejemplo clásico es el programa de Paul y Patricia Churchland que afirman que la psicología será reemplazada por la neurofisiología y el estudio de los sistemas nerviosos, la psicología popular debe reducirse a eventos cerebrales y leyes psicofísicas (Churchland, 1995). La reducción aporta al aumento de conocimiento en la medida en que muestra la conexión entre diferentes unidades de análisis, pero a menudo se presentan explicaciones parciales de fenómenos sociales como si fueran explicaciones completas, lo que significa unilateralidad y retroceso.

Reduccionismo por omisión

Hay un reduccionismo más sutil, aquel que intenta explicar un hecho social enfatizando solo un aspecto de la complejidad de los fenómenos humanos. La definición de reducción se amplía en la medida en que se dé prioridad existencial y metodológica a un aspecto determinado de la acción humana, constituyendo un ámbito imperialista de explicación en desmedro de otras dimensiones de análisis. Es el caso de la exigencia de la reducción de la sociología a la psicología o de las estructuras sociales a la conciencia individual¹⁰, de la preeminencia del determinante social en relación con el ámbito individual, o de la determinación en última instancia de la infraestructura económica o de las condiciones materiales de vida en la determinación de factores normativos¹¹.

Creo que también este es el caso de algunas corrientes hermenéuticas que, al poner el acento en el lenguaje, el sentido y las representaciones han perdido elementos esenciales para la comprensión del ser humano como son los aspectos materiales, parte ineludible de un ser

10. Haciendo referencia a la centralidad de la construcción de significado para explicar instituciones, Peter y Brigitte Berger afirman: "En la medida de que la gente percibe a la familia como una fuente importante de significado, valor e identidad, eso es lo que la familia es, independientemente del análisis sistemático de su funcionamiento" (citado en Trigg, 1997: 151).

11. Aunque la reducción más solicitada es la microrreducción —que como afirma Bunge se focaliza en la composición, se conoce un objeto en la medida en que descubrimos sus partes constitutivas— la tesis de los macrorreduccionistas es que conocemos un objeto si conocemos sus relaciones o posicionamiento en el conjunto (Bunge, 1996: 128).

bio-psico-social. Podría conjeturarse que en ciencias sociales en las últimas décadas ha existido una creciente predisposición al idealismo, definiendo idealismo como la tendencia a obviar los factores ambientales, biológicos, demográficos y económicos (Bunge, 1996).

Por ejemplo, la corriente interpretativa, influenciada por el campo de la crítica literaria, ha sido fuertemente influyente en ciencias sociales en general y en antropología en particular.

Clifford Geertz, representante paradigmático de esta corriente, considera la cultura como un texto, por lo tanto, la metodología adecuada es descubrir el significado que los actores otorgan a sus acciones¹². En *Géneros confusos*, Geertz presenta en términos wittgenstenianos a la antropología centrada en juegos que deben seguir reglas, que establecen estrategias, que inspiran acciones. Por lo tanto, es el lenguaje y el sentido la clave de comprensión. Aunque el significado que los actores dan a sus actos es una clave fundamental para entender la conducta, esto no significa que la acción humana pueda entenderse solo reduciéndola a la autocomprensión, ya que a menudo existe contradicción entre la interpretación y la acción y porque una gran cantidad de determinantes (ideológicos, cognitivos, inconscientes, preconscientes), muchos de ellos descubiertos en investigaciones científicas, son desconocidos por los actores¹³.

El reduccionismo, en este caso, no es un imperativo epistemológico, pero lo es en la medida en que excluye sistemáticamente otro tipo de explicaciones. La hermenéutica es importante como metodología de análisis, ya que gran parte de la conducta humana requiere conocer cómo los sujetos interpretan su vida, pero es errada en la medida en que se considera a sí mismo el único método válido. Es el mismo problema de algunos especialistas en las disciplinas humanas que, al cuestionar la objetividad, tiran por la borda la observación; al cuestionar las teorías únicas, tiran por la borda serios criterios cognitivos que permitan seleccionar aquellas teorías o explicaciones que sean más ricas en aproximaciones y variables y que tiendan a dar cuenta de los fenómenos sociales de forma más compleja y completa.

12. A menudo se define lo cultural como aquella postura que se resiste a incorporar factores biológicos.

13. Así también lo que se denominó la historia cultural se dirigió a buscar el sentido, las necesidades, deseos, discursos de los actores sociales, ignorando o evitando cualquier referencia a perspectivas evolutivas, cognitivas o neuropsicológicas.

Cambios teóricos influenciados por transformaciones sociales

Algunos fenómenos sociales y metodologías gozan de preeminencia académica durante décadas y luego no despiertan interés, pasan de moda o el contexto político social redirecciona los intereses teóricos¹⁴.

Durante los 60 y 70, en muchos países los temas predominantes fueron la lucha de clases, el imperialismo, la cultura burguesa, las transformaciones totales. En el arte, la filosofía, la política, la economía, y hasta en la epistemología, un cambio real y verdadero debía ser revolucionario. La metodología debía ser crítica y participativa y, si era necesario, violenta. El marxismo y el materialismo explicaban al ser humano atravesando la antropología, la sociología, la geografía humana y la historia. A fines del siglo XX y principios del XXI, se trocó la lucha en diálogo y la igualdad económica en el reconocimiento de los diferentes, se buscó respeto para los grupos y no tanto justicia para los explotados. Durante los 60 y 70 las reivindicaciones particulares debían esperar al cambio global. Hoy, por el contrario, se reclama por el salario de este o aquel gremio, por la juventud sin trabajo, por un mayor presupuesto educativo, por la disminución de la contaminación ambiental para evitar el colapso mundial, sin una reflexión sistemática desde un marco teórico que una los problemas particulares con un sistema económico-político que no puede satisfacer las necesidades mínimas de gran parte de la población mundial, ni funcionar sin destruir el frágil equilibrio ecológico.

No hubo una falsación explícita ni un combate intelectual perdido, sino más bien que el juego de palabras trocó la *confrontación*, necesaria para un cambio profundo, con diálogo, pragmatismo, realidad política, acuerdos por encima de las diferencias. El fin de las ideologías, que parecía un ridículo espejismo liberal, se hizo realidad después de la caída del muro de Berlín. Los resultados deplorables e inocultables de los comunismos soviético y chino arrastraron consigo las utopías del siglo XX y junto al triunfo del capitalismo salvaje se borró la fuerza y fiereza de las teorías críticas convirtiendo a gran parte de la teoría social en interpretaciones hermenéuticas. Del mismo modo, el agente, la teoría racional, la subjetividad y el hombre autónomo se constituyeron en presuposiciones de la filosofía y la economía, y se abandonaron los determinismos sociológicos y los factores estructurales a favor del poder lingüístico.

14. Hoy el existencialismo no tiene prédica. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la Argentina se leía mucho al gran filósofo Sartre y poco a la literata y pequeña filósofa Simone de Beauvoir; en la actualidad el pensamiento de la segunda es más influyente, citado y leído que el gran inspirador.

Teorías de nivel medio

Hay, en algunos campos, límites difusos en las investigaciones, se borran las fronteras de paradigmas completos o de oposiciones fuertes. Para Bruce Knauft (2006) esta es la situación de la antropología en Estados Unidos que, en los últimos años, ha tomado un giro inesperado. Los debates de los 80 y 90 —relacionados con etnografía y reflexividad, ciencia y seudociencia, objetividad versus la posición subjetiva del autor— han perdido energía y su sentido de lucha. Se han desdibujado las polarizaciones y las fragmentaciones sin que signifique que haya habido triunfos teóricos, más bien los antropólogos han combinado pedazos de diferentes perspectivas: positivistas y pospositivistas, históricas y genealógicas, simbólicas y de economía política¹⁵. Los problemas, más que resolverse, se incorporan como variantes en temas mayores. Según el antropólogo norteamericano es dificultoso hablar de “teorías” más allá de aplicaciones a problemas específicos, y existe una tendencia a trabajar en un nivel medio. Además, especialmente en Estados Unidos, se adoptan posturas críticas en temas sociales, políticos e institucionales sin comprometerse con afirmaciones de crítica global.

Algunas reflexiones finales

Para Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* la ausencia o escasez de escuelas en competencia es un signo de cientificidad de las ciencias desarrolladas. La unificación, los paradigmas, el consenso constituyen un valor cognitivo persistente en filosofía de la ciencia, un ideal epistémico que subyace en la idea de corrección científica.

He querido mostrar, en este artículo, que en las disciplinas sociales la producción es esencialmente compleja, multiparadigmática, dispar, con diferentes aproximaciones en competencia, intentos de síntesis que conducen en algunos casos a la inconmensurabilidad y, en otros, a una integración paulatina. Existen distintos procesos simultáneamente: a menudo se proponen grandes paradigmas que se suceden o coexisten que luego se resuelven, se sintetizan o caen en el olvido, o son obviados porque cambia el contexto social que los sustenta. A menudo los investigadores adhieren a teorías que defienden con rivalidad, hostilidad o indiferencia hacia los resultados de otros puntos de vista. El funcionamiento en las ciencias sociales se parece más a lo descrito por

15. Knauft selecciona al azar números recientes de *American Ethnologist* y *American Anthropologist*.

(Kuhn, 1996: 252) como período preparadigmático: escuelas competidoras que se cuestionan recíprocamente propósitos y normas, pero se progresa sin unificación.

Sin embargo, no quedan dudas del aumento del conocimiento en las disciplinas sociales, pues, a pesar de la diversidad teórica y de perspectivas, las fronteras se expanden continuamente. Con la irrupción de las nuevas tecnologías, en especial computadoras e Internet, y la gran cantidad de investigadores en actividad, la producción es amplísima. Es una gran explosión en diferentes direcciones: se investiga en distintas áreas, las publicaciones periódicas se multiplican analizando temas de historia de las ciencias sociales, discusiones de clásicos, estudio de fenómenos pasados y recientes. Se desarrollan investigaciones empíricas puntuales o teóricas generales, macroanálisis de fenómenos globales y microanálisis de casos particulares. Además, los grandes campos de investigación han tendido a la especialización y a la fragmentación; la sociología, por ejemplo, se ha atomizado en subespecialidades: sociología de empresas, sociología histórica, de género, comparativa, histórica. Cada día hay más conocimiento y las fronteras se ensanchan permanentemente a pesar de las dificultades.

Esto no significa que la investigación no deba regirse por criterios cognitivos: las observaciones deben ser rigurosas, debe alentarse la profundidad y la incorporación de diversas variables para entender fenómenos que son constitutivamente complejos, las reducciones son posibles e iluminadoras en muchos casos, pero no son el único camino posible ya que las propiedades emergentes requieren de metodologías acordes a la dimensión correspondiente. Además, es posible evaluarlas por su importancia, hay muchas investigaciones “interesantes” para algunos pero triviales desde el punto de vista del impacto social de las mismas.

Esta clasificación de distintas situaciones en la investigación en ciencias sociales, necesariamente breve e iluminada con limitados ejemplos, ha tenido el propósito de mostrar la compleja forma de aumento del conocimiento de lo social. Lo paradójico es que, sin embargo, reconocemos que el intento de comprender un fenómeno desde diferentes dimensiones es superior al de comprenderlo desde una sola perspectiva, por lo que la idea de completitud persiste a pesar de la descripción de la diversidad¹⁶.

16. Es correcto delimitar un campo de estudio desde una dimensión, como lo hace Goffman en sus trabajos sobre la intersubjetividad, ya que aquella señala la artificial limitación de esta unidad de análisis, la recorta analíticamente. Lo que es reduccionista es presentar una perspectiva particular como si fuera una comprensión exhaustiva. El ideal para entender un fenómeno es el de entenderlo en sus diferentes dimensiones, por lo que persistiría la idea de completitud a pesar de que negamos la idea de unidad teórica como criterio privilegiado.

Este estado de situación concuerda con lo que considero que es un modelo para las ciencias sociales de *pluralismo limitado*, que no necesita un anclaje sustantivo o un análisis privilegiado, ni tampoco síntesis completas entre posiciones antagónicas. No obstante, la infinita variedad posible de marcos teóricos está limitada por escuelas y tradiciones históricamente conformadas como resultado tanto de condicionamientos externos como de criterios cognitivos.

Referencias bibliográficas

- ALEXANDER, Jeffrey y GIESEN, Bernhard. 1987. "From Reduction to Linkage: The Long View of the Micro-Macro Link" en Alexander Jeffrey *The Micro-Macro Link* (University of California Press).
- BEITMAN, Bernard, GOLDFRIED, Marvin y NORCROSS, John. 1989. "The Movement towards Integrating the Psychotherapies: An Overview" en *American Journal Psychiatric*.
- BUNGE, Mario. 1996. *Finding Philosophy in Social Science* (Yale: Yale University Press).
- CARNAP, Rudolf. 1963. "Intellectual Autobiography" en Schilpp, Paul (ed.) *The Philosophy of Rudolf Carnap* (La Salle, Illinois: Open Court).
- CHURCHLAND, Paul. 1995. "El materialismo eliminativo y las actitudes proposicionales" en Rabossi (comp.) *Filosofía de la mente y conciencia cognitiva* (Barcelona: Paidós).
- GEERTZ, Clifford. 1991. "Géneros Confusos. La reconfiguración del pensamiento social" en Reynoso (comp.) *El surgimiento de la antropología postmoderna* (México DF: Gedisa).
- GIDDENS, Anthony. 1984. *The Constitution of Society* (Cambridge: Polity Press).
- KNAUFT, Bruce. 2006. "Anthropology in the Middle" en *Anthropological Theory* Vol. 6, N° 4.
- KUHN, Thomas. 1978. (1956) *La revolución copernicana* (Madrid: Orbis-Hispamérica).
- 1982 (1977) *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- 1989 (1987) "Comensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad" en *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos* (Barcelona: Paidós).
- (1993) "Afterwords" en *World Changes. Thomas Kuhn and the Nature of Science* (Cambridge, Mass.: Ed. Paul Horwich. MIT Press).

- 1996 (1962) *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago Press).
- LAUDAN, Larry. 1984. *Science and Values* (Berkeley: University of California Press).
- LEVINE, Andrew, SOBER, Elliot y WRIGHT, Eric Olin. 1986/1987. "Marxismo e individualismo metodológico" en *Zona Abierta* N° 41-42, octubre 1986/marzo 1987.
- MOREY, Patricia. 2003. *Pluralismo Limitado. Modelo para explicar la diversidad teórica en Ciencias Sociales* (Córdoba: Editorial Universitarias).
- MACIONIS, John y PLUMMER, Ken. 2007. *Sociología* (Madrid: Prentice Hall).
- RAFTER, Nicole Hahn. 2006. "Eysenck in Fagins Kitchen: the Return to Biological Theory in 20th century Criminology" en *History of the Human Sciences* Vol. 19, N° 11.
- RECK, Andrew. 1992. "An Historical Sketch of Pluralism" en *The Monist* Vol. 73, N° 3.
- TRIGG, Randall. 1997. *Understanding Social Science* (Oxford: Blackwell).
- WOOD, J. Carter. 2007. "The Limits of Culture? Society, Evolutionary Psychology and the History of Violence" en *Cultural and Social History* Vol. 4, N° 1.



Filosofía de las ciencias sociales y estudios sociales sobre los cuerpos¹

Adrián Scribano

“La identificación de problemas en ámbitos con los que ya tenemos cierto grado de familiarización puede iniciar el camino hacia el conocimiento de la realidad de que se trate.

El desarrollo metodológico posterior puede aportar al logro de ese conocimiento. La tarea no es fácil pero todo desafío es incitante.”

Félix Gustavo Schuster

Adrián Oscar Scribano es licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Villa María, doctor en Filosofía por la UBA y Diploma de Derechos Humanos, Universidad Complutense de Madrid. Es investigador del CONICET y profesor en la Universidad de Villa María. Es autor de El proceso de investigación social cualitativo (2008), Combatiendo Fantasma: Teoría Social Latinoamericana, una Visión desde la Historia, la Sociología y la Filosofía de la Ciencia (2003) y Una Voz de Muchas Voces. Acción Colectiva y Organizaciones de Base. De las prácticas a los conceptos (2003). E-mail: adrianscribano@yahoo.com

1. Si bien se reconoce la importancia de reparar en la centralidad epistémica del uso del plural, es decir, cuerpos y no del singular “cuerpo” dicha justificación desbordaría los objetivos del presente trabajo.

Todo desafío es incitante y escribir un artículo para un libro en homenaje a Félix Schuster es un gran desafío. No es necesario extenderse en méritos, conocimiento y sabiduría del homenajeado; pero sí hacer explícito que la temática seleccionada responde a una de las virtudes de Félix que me ha tocado vivir de cerca: la combinación entre tolerancia, pluralismo y apertura intelectual.

Como cientista social del “interior” del país debo agradecer la posibilidad de haber encontrado en Félix alguien con quien dialogar y sentirme acompañado en búsquedas no siempre compartidas por él.

Me pareció una buena manera de homenajearlo aceptar el desafío de incitar a pensar sobre una temática que —a pesar de la existencia profusa de información al respecto— no ha sido del todo trabajada en el campo de la filosofía de las ciencias sociales: los estudios sociales sobre los cuerpos.

El cuerpo como clave de las indagaciones sobre la sociedad es un topos recurrente en las ciencias sociales contemporáneas en general y en las latinoamericanas en particular.

El estatus helicoidal y mobesiano del cuerpo en la constitución de la sociedad y la subjetividad no solo ha impactado en las reconstrucciones de los procesos de estructuración social, sino también en los modos de conocerla. La centralidad epistemológica de la temática aludida se puede observar en tres niveles: las implicancias metodológicas, el impacto en la redefinición de las relaciones entre conocimiento y “sujeto cognoscente” y la multiplicidad de estudios específicos que ha alentado.

Las formas sociales de dominación, la presencia de regímenes y políticas corporales que acompañaron la hegemonía neoliberal, la presencia cada vez más pronunciada de la estetización de la corporalidad (y la política) y las múltiples luchas por el reconocimiento de las diferencias y contra la discriminación han puesto a los estudios sociales sobre los cuerpos en un primer plano de las ciencias sociales de nuestro continente.

El presente trabajo tiene por objetivo brindar una síntesis de algunos de los “patrones” de indagación sobre los cuerpos que se han producido en América Latina procurando hacer visibles sus aportes en la metodología de la investigación social, la constitución de tradiciones teóricas y los campos de trabajo empíricos que se han abordado.

La estrategia argumentativa que se ha seleccionado es la siguiente:

1. se esquematiza la impronta del trabajo a través de los cuerpos como mediación en los procesos de indagación;
2. se sintetizan los soportes teóricos más usados;
3. se bosqueja una modalidad de clasificación de los estudios empíricos que se han efectuado en la región.

Se finaliza argumentado a favor de la necesidad de visualizar, cada vez con mayor urgencia, los desafíos que plantean a nivel de la filosofía de las ciencias sociales en la región, los estudios sobre los cuerpos.

Es importante apresurar una aclaración de carácter metodológico, ya que por diversos motivos se dejan aquí intencionalmente fuera del análisis al menos tres tipos de fuentes:

- a. dado el cariz latinoamericano no se toman en cuenta los trabajos que se han producido fuera de la región;
- b. por la autoexigencia de originalidad y al estar produciéndose un balance de la experiencia del Grupo de Trabajo de la Asociación Latinoamericana de Sociología y la Red Latinoamericana dedicada al estudio de las emociones y los cuerpos, se excluyen las indagaciones que se producen en ese contexto;
- c. por motivos de espacio no se toman en cuenta los trabajos realizados en la Argentina que se suponen (mayormente) conocidos por los lectores del libro al cual se integra el presente artículo.

Conocimiento a través los cuerpos

En los últimos años, uno de los aspectos de mayor relevancia en el campo de las estrategias de indagación en las ciencias sociales en América Latina, es la expresa focalización del “uso” y “rescate” del cuerpo y sus sentidos como base para dichas estrategias. En una tensión, siempre difícil, entre supuestos epistémicos, recomendaciones metodológicas y rediseño de procesos de observación, las prácticas de “captación” de sentido se han ido desplazando hacia las capacidades de los propios cuerpos y sus potencialidades sensitivas.

Mientras el teatro, la danza, la *performance*, la música ocupaban cada vez más las escenas sociales de producción y reproducción de la estructuración social, paulatinamente se han ido convirtiendo en procesos y mediaciones para la observación.²

La utilización de las mediaciones sensibles y corporales para la indagación social se basa (al menos en forma parcial) en tres rasgos centrales de las ciencias sociales en la actualidad:

- a. la “ampliación” de las definiciones epistémicas de la conexión entre percepción, observación y conocimiento científico;
- b. la reconceptualización de las relaciones entre expresión del sentido de la acción y los procesos de expresividad de sensibilidades;

2. Es necesario aclarar que hay otras formas de investigar el cuerpo y la corporalidad pero que se han seleccionado aquí aquellas donde el cuerpo mismo tiene una mayor “carga” de mediación procesual. La fotografía, la videograbación y la plástica son también consideradas como parte de lo que se denomina “investigación basada en el arte” donde el cuerpo tiene un lugar central.

c. la apropiación científica de medios tecnológicos y artísticos para observar lo social.

La impronta de estas prácticas ha tomado muy diversos caminos, los componentes centrales de la utilización de la música, el teatro, la danza y la *performance* en tanto “ejemplos” de cómo “funcionan” metodológicamente las mismas son también múltiples.

La música, por ejemplo, ha sido re-tomada por la antropología y la sociología desde diferentes posiciones teóricas. Los sonidos han sido recuperados, no hace mucho tiempo, como eslabón entre la vida de los sujetos y la expresión de sus identidades en la investigación cualitativa en particular y social en general. Sea desde su capacidad de “hacer ver” las formas estructurales de un mundo social, pasando por su capacidad de generar reflexividad práctica, hasta llegar a su capacidad de revelar las “formas sociales de apreciación”, la utilización de “lo musical” se ha convertido en un medio de gran potencia en la investigación social.

La música incrementa la relación entre tonada y acto del habla, permitiendo retomar la escucha y la audición como vehículo de exploración de la identidad; permite reconstruir un complejo indeterminado entre el sujeto, los sentidos otorgados y lo que en ambos hay de materialidad socialmente construida.

Como sostiene Oliveira Pinto (2001) la investigación musical no solo se remite a los intereses musicológicos, sino también (y prioritariamente) a la música como un revelador cultural. Sonidos, corporalidad, danza y *performance* son parte de un entramado de mediaciones que permiten entender las formas de estructuración social. En este contexto el autor afirma:

“En el ritual la relación entre música y danza revela mucho del significado y de la importancia de los preceptos religiosos y de los mitos. Aquí el cuerpo es el soporte de símbolos, el cuerpo, en tanto tal actúa y se pone en movimiento” (Oliveira Pinto, 2001: 232).

Otro ejemplo posible de cómo se investiga desde los cuerpos es la utilización de las muchas maneras en la que se emplea la puesta-en-escena. En América Latina la conexión entre teatro (y otras formas de poner en escena como la comparsa) y la investigación social tienen ya una larga data. Un caso paradigmático es brindado por la experiencia que en Brasil ha llevado adelante Augusto Boal siguiendo a Freire (Arvind Singhal, 2004).

Una pregunta frecuente sobre estas prácticas de indagación es la referida a los límites “manejables” entre la actividad misma y la investigación. Las posibles respuestas a esta pregunta no implican transformar la investigación social en una forma de “hacer” teatro, danza o comparsa, sino identificar la potencialidad que hay en la puesta en escena

para reorientar las indagaciones y reinventar sus límites y “funciones” (Marcus, 2004). Es pensar en “crear” las condiciones para permitir que por “un momento” la vida de los sujetos (y del investigador) devenga en palco, escenario, calle, de forma tal que se hagan presentes, se representen las relaciones de dichos sujetos entre sí y sus condiciones materiales de existencia.

Desde el teatro hasta la comparsa, desde la danza ritual hasta el baile popular, se va haciendo accesible la puesta en escena de los cuerpos en presentación social, la apropiación de las *hexis* corporales y la potencia reprimida de la seguridad que brinda el disfrute hecho carne.

En el marco del plexo significativo que se entrama entre música, teatro, danza, *performance*, se evidencia la centralidad de articulación entre la indagación social, el “lugar” de los cuerpos en ella y la creatividad.

Cuando se ingresa al “mundo” de la expresividad en relación con la indagación cualitativa del mundo social, se abren de inmediato una serie de preguntas o ámbitos de trabajo teóricos y metodológicos. Aquí se pretende solamente enfatizar cómo la danza, el teatro, etc., son diferentes formas de captar, provocar y asumir las experiencias de los sujetos e invitan a pensar el lugar de dichas “técnicas” en la investigación. En esta dirección es posible “sistematizar” las diversas posibilidades de sus usos, en al menos, cuatro potencialidades:

1. como técnicas de obtención de información;
2. como disparadores de expresión;
3. como artefactos u objetos sociales;
4. como modos de intervención social.

1. El teatro, la *performance* artística o la ejecución musical pueden ser utilizados en tanto estrategia de captación de información donde lo expresivo cobra centralidad. El desplazamiento necesario y fundamental es el de re-aprehender lo que se denomina *dato*. No son meras técnicas de recolección de información. Al captar desplazamientos, imaginarios encarnados, cuerpos en movimiento, estas estrategias co-construyen con los sujetos una información sensorial dispuesta en el continuo que va desde el deseo, pasa por la sensación y llega hasta la sociedad hecha regla (a la Wittgenstein). Extrae, vuelve a la luz lo que cientos de años de olvido han dejado enterrado en los cuerpos: su información sobre las marcas que dejan las condiciones de existencia.

2. Las acciones dramatúrgicas (y el resto de “técnicas” aquí mencionadas) pueden ser utilizadas en tanto disparadores de expresión. En América Latina existe —desde Paulo Freire hasta las actuales propuestas de Educación Popular— una larga tradición al respecto. Lo visto, lo oído, lo olido, lo palpado proyectan a los sujetos hacia el cruce entre el mundo interior, el mundo natural y el mundo social que anida en sus experiencias. Posibilitan la puesta en valor de emociones que el “orden

corporal vigente” rechaza como puramente subjetivo. La investigación tiene aquí una vía para adentrar(se) con los otros en ese mundo social que se le niega desde la pura exterioridad o la mera discursividad.

3. Las estrategias aludidas pueden ser tomadas también como artefactos u objetos sociales. Son los sujetos mismos que, desde hace miles de años cantan o desde hace algún tiempo toman fotos o el aún más cercano graban las escenas cotidianas. Estos cantos, bailes, fotos, videos, etc., no son solamente componentes de estilos de vida, elementos culturales, sino también productos de los procesos (múltiples) que evocan los dispositivos de regulación de las sensaciones, mostrando “el lugar” de las emociones en los complejos entramados de dominación, sujeción, resistencia y rebelión. Estas estrategias pueden ser usadas para revelar lo que ellas guardan, en tanto construcciones cotidianas de la expresividad de los sujetos.

4. Los caminos explorados en el presente texto son a un tiempo modos de intervención social. De la misma manera que al “representamos el mundo lo intervenimos”, cuando damos paso a la expresividad transformamos los sujetos de expresión y los canales por donde esta “puede” pasar. Cuerpos callados actúan, se autonarran en un video, redescubren sus emociones desde el desafío de la danza, el teatro, la foto. En esta dirección, las prácticas de indagación no-dejan-las-cosas como estaban sino que las transforman, pidiendo a los sujetos de investigación que salgan de ese “dar por sentado” del mundo naturalizado y lo rehagan desde otra perspectiva. La potencialidad de la danza, la música, se abre en una dirección incierta e indeterminada desde la perspectiva del observador y se pone al servicio de hacer que las cosas pasen. Existe un largo camino para recorrer que une estas estrategias de indagación con la investigación participativa e investigación-acción y que hace ver el lado político de toda indagación en las ciencias sociales.

Como resulta obvio subrayar, estas mediaciones son usadas siempre desde una inscripción teórica, desde enfoques conceptuales, desde alguna visión del mundo; en América Latina han existido variados intentos de apropiación y reelaboración de dichos esquemas. En el próximo apartado se exploran algunas de ellas.

Conocimiento desde los cuerpos

En nuestra región la sociología en particular y las ciencias sociales en general han producido –de diversas maneras– y con diferentes énfasis, si se me permite la expresión, un “giro corporal”.

Se ha modificado el lugar epistémico del cuerpo (y las emociones) en una especie de acento particular sobre la corporalidad como locus y destino; un singular cambio de lo que antes estaba reservado a una

relación desanclada entre observado y observador, propia de dualismos y visiones representacionistas del conocimiento.

Esto ha dado lugar a un sinnúmero de “enfoques teóricos”, cuya característica central es la consistencia pluriparadigmática y el carácter posempirista.

La presencia de la temática del cuerpo en las formas y dispositivos del conocer desde las ciencias sociales se ha instanciado alrededor de tres ejes:

- a. la aceptación “generalizada” de la constructibilidad social —y científica— de las nociones de cuerpo, subjetividades y conocimiento;
- b. las consecuentes implicancias sociocognitivas de un rechazo a miradas transparentistas, reflejas y representacionistas de la conciencia;
- c. el “corrimiento” de las parejas epistemológicas “tradicionales” tales como cuerpo-mente, cuerpo-espíritu, material-simbólico, etcétera.

Existen diversas maneras de sistematizar las orientaciones teóricas en las que se fundan los estudios sobre el cuerpo; una posible, teniendo en cuenta el contexto latinoamericano y sin pretensiones de exhaustividad, es la siguiente:

- a. una línea de trabajo ligada a Foucault y sus conceptos de control, disciplinamiento y tecnologías del yo;
- b. un enfoque conectado a Bourdieu y sus nociones de hábitus, hexis corporal y espacio social;
- c. un conjunto de investigaciones en el campo de lo biopolítico que refieren a Esposito, Agamben, por un lado, y a Negri y Hardt, por el otro;
- d. las indagaciones que, desde una visión poscolonial, retoman la corporalidad como pista para un pensamiento contrahegemónico.

Otra posibilidad para comprender las discusiones teóricas que implican los estudios a los cuales se está haciendo referencia es señalar la impronta de trabajos claves en la bibliografía específica. En este sentido, no se puede soslayar la importancia de Bryan Turner y de su trabajo *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social* (1989) y la influencia de David Le Breton con sus muy citados, *Antropología del cuerpo y modernidad* (1995) y *La sociología del cuerpo* (2002).

Una perspectiva diferente para comprender las tradiciones teóricas que suelen respaldar las investigaciones en este campo de indagación es acudir a los autores clásicos en la temática: Nietzsche, Merleau-Ponty, Spinoza, Marx. Una mirada complementaria se obtiene relevando la presencia de autores contemporáneos de la sociología como Goffman, Simmel y Elias; de la filosofía como Derrida, Butler y Deleuze; o desde el psicoanálisis como Freud, Lacan y Zizek.

Existe así un cruce entre filosofía y ciencias sociales que se renueva (y de alguna manera se repite): la filosofía social, la epistemología so-

cial, los estudios poscoloniales intercambian con la sociología, la antropología, etc., términos teóricos y supuestos ontológicos y epistémicos.

Como se ha insinuado ya, los estudios de género(s), con todo lo que el plural utilizado implica, los dedicados a los pueblos originarios y a campesinos, los focalizados en la depredación de la naturaleza y la energía, y los que se realizan alrededor del amplio campo de la educación corporal, solo para mencionar los más extendidos, han receptado y reconstruido las tradiciones y problemáticas descriptas.

Ahora bien, ¿cuáles problematizaciones teóricas desde América Latina pueden ser tomadas como puntos de partida para comprender los estudios sociales de los cuerpos? Si bien existen, aquí también, una variedad muy amplia de posibilidades de respuestas, permítase el siguiente “recorte” ejemplificativo.

Un ejemplo de la “utilización poscolonial” de las nociones desde los estudios sobre los cuerpos se puede encontrar en el texto de José Luis Grosso (2005) donde *Semiología Práctica y Filosofía Latinoamérica* se ponen al servicio de un análisis de las políticas corporales en Europa y su implicancia para nuestro continente.

Una síntesis paradigmática de la influencia de diversas tradiciones puede ser encontrada en “El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social” (2004) de Zandra Pedraza, donde se exponen los instrumentos teóricos usados en América Latina. La autora sostiene:

“En América Latina, el interés en los estudios sobre el cuerpo va en aumento. Ello puede atribuirse cuando menos a dos asuntos propios de la condición poscolonial, global y posmoderna de la región. El primero surge de la manifiesta y cotidiana evidencia de la importancia que ha cobrado el cuerpo en la vida diaria y los procesos de subjetivación y estetización en las últimas décadas [...].

[...] Desde otra perspectiva y sin que esta pueda desprenderse de la anterior, la teoría social ha derivado hacia intereses inter y transdisciplinarios, no exentos de crítica, pero atentos a nuevos objetos y temas de reflexión” (Pedraza, 2004: 8).

Si se traen a discusión estos ejemplos no es solamente por su valía académica, sino porque son modos representativos de cómo se está operando un cambio en las maneras de articular tradiciones teóricas, paradigmas disciplinarios y pinturas del mundo ontológicas.

Las consecuencias teóricas y epistémicas son de una variada gama y —nuevamente— remiten a la multiplicidad y a la complejidad.

Cuerpo pensado, vivido y “portado” se entrelazan en un juego cognitivo-afectivo, ya no hay solo sujeto que conoce en términos de “intelección material”; no existe tampoco la imperiosa necesidad de establecer “categorías” entre lo material y espiritual, se disuelve también el “peso conceptual” de las múltiples aporías y parejas epistemológicas

que sembraron la historia de la percepción de lo humano (mente-cuerpo). Claro está que las dificultades y las operaciones de solución a estas problemáticas siguen de muchas maneras en pie, pero desde el horizonte de la aceptación de la multiplicidad.

La relación espiralada y tensional entre vida, vida social hecha cuerpo y políticas de vida ha hecho caducar, en varios sentidos, los modos intelectuales de los universalismos desfundamentados, ontologías fosilizadas y teorías desencarnadas. Acompaña a esto la necesidad de los científicos sociales de repensar sus propias tradiciones teóricas, dándoles a sus propios cuerpos y a los de los otros un lugar para conocer y producir una imagen de la sociedad.

Conocimiento de los cuerpos

Las ciencias sociales latinoamericanas han producido en los últimos años un sinnúmero de exploraciones e indagaciones que tienen al cuerpo como centro de sus búsquedas y observaciones. Desde los trabajos sobre la salud reproductiva, pasando por los estudios de y desde género(s) y llegando a la centralidad de las políticas de los cuerpos, han ganado un amplio terreno en el continente.

En el marco de las múltiples y diferentes investigaciones donde el cuerpo, la corporalidad y las emociones son construidos como “objeto” de indagación es posible realizar —solo con fines analíticos— la siguiente sistematización:

- a. el cuerpo como centro de la construcción y reproducción institucional (educación, salud pública, organización del trabajo, etc.);
- b. el cuerpo como locus del conflicto social, dominación y rebelión (sexualidades, movimientos sociales, exclusión, violencia, etc.);
- c. el cuerpo como territorio —primario— de las prácticas “colonizadoras” de lo social (cuidados corporales, modas, cirugías, etc.).

Repasar la vasta bibliografía que informa sobre los estudios aludidos es una tarea que por espacio y objetivo no puede ser operada en este trabajo; sin embargo, es prudente mencionar algunas de esas indagaciones.

a. Un caso paradigmático de los cruces transdisciplinarios ocurridos y el impacto en el campo de la institucionalidad es el escrito de Francisco Ortega (2005) que aborda las consecuencias teóricas y epistemológicas de la visualización tecnológica de las vísceras humanas en las prácticas médicas.

Otra perspectiva de estas formas transversales de estudiar el cuerpo se lo puede observar en los estudios sobre transformaciones en el trabajo y sus consecuencias “físicas” como en la indagación de Peña Ghisleni y Crespo Merlo (2005) sobre patologías por hipersolicitación

en trabajadores brasileños. Se analizan ahí las consecuencias de la flexibilización laboral en la salud de los trabajadores.

Desde otra perspectiva, la religión a través de la danza, la educación por el desfile y el deporte desde el juego se articulan como miradores de la identidad de los nortinos en el estudio que presenta Guerrero Jiménez (2004) sobre Iquique-Chile asociando institucionalidades y prácticas corporales.

En nuestro medio, Mónica Groissman, en 1999 ya esbozaba estos cruces transdisciplinarios (en este caso sociología y terapia corporal) para “abordar” el cuerpo en tanto vivencialidad de las ciudades y su estructura conflictual, en su ensayo “Supervivencia urbana. El cuerpo en la posmodernidad”.

b. Más allá de las diferentes maneras de abordar las indagaciones concretas, el cuerpo como territorio de conflicto ha sido estudiado incesantemente.

Piña Mendoza (2004) señala al cuerpo como campo de batalla en el marco de su análisis de la cultura juvenil donde el mismo es usado como un dispositivo de comunicación, conflicto y encuentro.

También puede tomarse aquí lo que Priscilla Renta (2004) afirma respecto del lugar de la salsa en la historia que la danza pone a la política en movimiento, develando marginalizaciones y empoderamiento popular a través del cuerpo y la gestualidad.

Del mismo modo, se pueden encontrar trabajos como los de Citeli (2001) donde se analizan las metáforas usadas por los estudios biológicos sobre el cuerpo como base para la discusión de las diferencias de género.

Existen producciones que explicitan el cuerpo como metáfora de la política donde se cruzan historia, Estado, poder y discurso (Bello y Vilera, 2000).

Para usar una expresión de Calvario Martínez (2003) la presencia del cuerpo ausente concita el interés de muchos estudios feministas, de géneros, mujeres y masculinidad donde la búsqueda e indagaciones giran en torno a los cuerpos ocultos, mutilados; en torno a la necesidad de retomar sexualidades gozosas y la urgencia de denunciar la violencia contra los cuerpos que se depositan en las imágenes corporales hegemónicas.

c. El cuerpo como espacio primario y privilegiado de las prácticas “colonizadoras” de lo social ha sido también muy estudiado. Un ejemplo de la perspectiva transdisciplinaria a la que se ha hecho referencia se puede encontrar en el trabajo de Sérgio Alves Teixeira titulado *Produção e consumo social da beleza* (2001) que desde el cruce entre antropología, sociología y los estudios culturales se acopian y presentan materiales de la literatura, el cine, el refranero popular, que desmontan los imaginarios sobre el cuerpo bello.

Klaudio Duarte Quapper (2006) indaga al *cuerpo como instrumento para hacer* en las construcciones masculinas de la sexualidad entre hombres jóvenes de los sectores populares.

Otro ejemplo en esta área es la indagación sobre la industria del cuerpo con relación a las conexiones entre ideales estéticos corporales, *mass medias* y dispositivos regulatorios de las prácticas corporales (Pérez Henao, 2004).

Una interesante perspectiva se obtiene al situarse como lo hace Uribe Merino (para Medellín) desde la relaciones entre imagen corporal, clase, edad y sexo explorando los cambios alimentarios en el contexto de lo que denomina gastro-anomia, haciendo alusión a la desestructuración generalizada de los regímenes alimentarios (Uribe Merino, 2006).

Un modo de sintetizar los ejes conceptuales-empíricos emergentes desde esta presentación puede ser el siguiente:

1. la revisión crítica del estatuto teórico, metodológico, epistemológico y político de los estudios sobre el cuerpo;
2. históricamente existen conexiones (estudiadas y por estudiar) entre el surgimiento de los estados-nación, las formas de ciudadanía y los modos sociales de hacer cuerpo las reglas, normas y leyes;
3. los sectores subalternos son objeto de políticas de los cuerpos asociadas a la razón eurocéntrica, que demanda una indagación desde el margen, y descolonizadora;
4. las sensibilidades sociales son el fruto de las interacciones sociales que hacen emerger formas de apreciar y valorar las alegrías y los miedos, las potencialidades y las oclusiones de los sujetos;
5. la porosa e indeterminada trama cuerpo, sensación y acción reclama una mirada latinoamericana que pueda redefinir su uso teórico y empírico;
6. las prácticas insumisas de género, etnia, edad y clase atraviesan las visiones y di-visiones sobre el pasado, presente y futuro de la región.

Si se aplica un “desplazamiento metafórico” y se afirma “dime qué investigas y te diré cuáles son tus problemas epistemológicos” sin lugar a dudas lo que se termina de esquematizar abre un panorama complejo e interesante para las tareas de la filosofía de las ciencias sociales.

Tareas, desafíos y mapa de navegación

Frente a lo que se termina de narrar, el conocimiento a través, desde y de los cuerpos, nace una serie de desafíos; entre los más importantes adviene el de cómo discutir intersubjetivamente los hallazgos y cómo ofrecer algunas pistas para sostenerlos y garantizarlos en tanto producción científica.

Una primera pista es aceptar que un signo de época —que acompaña a la situación actual de la filosofía de las ciencias sociales— es el “de-estar-atravesada”. El conocimiento (social) sobre la sociedad está traspasado, cruzado y surcado por la diversidad y por la multiplicidad.

En este contexto, emergen al menos tres obstáculos epistemológicos (*sensu Bachelard*) que deben despejarse como inicio de un trabajo crítico.

Un resabio empirista es creer que puede existir algo así como un objeto único de una disciplina particular; la sociología del cuerpo, como toda la sociología contemporánea, ha abandonado esta perspectiva.

Otro obstáculo epistemológico se lo puede encontrar en el mismo “gesto” perceptual de hacer participar en la observación aquello por medio de lo cual observamos: el cuerpo del investigador. Este punto, nodal y discutible por cierto, es un equívoco dado que se “salta” —y esto puede ser visto desde diversas tradiciones— la reflexividad como rasgo del conocer.

La imposibilidad de dar garantías y fundar validez de los estudios sobre los cuerpos es otro “natural” obstáculo epistemológico. Dicha objeción pasa por alto las numerosas maneras de argumentar el conocimiento que emergen desde las ciencias sociales en la actualidad.

El cuerpo es el inexcusable punto de partida y llegada de toda mirada sobre lo exterior, pues es, en algún sentido, la metáfora primera de lo que es interno y externo, de lo que es conocido y de aquello que conoce.

Como se ha podido observar, en América Latina nacen (y renacen) varias preguntas, entre las cuales se pueden mencionar: ¿cómo se descolonizan nuestros cuerpos? ¿Cuáles son los límites de la razón coagulante? Es por demás obvio que no se pueden responder aquí estos interrogantes, solamente es posible sintetizar algunos nodos centrales que van dibujando una madeja conceptual que comience el camino.

En primer lugar, hay que enfatizar (y recordar aquí) que hacer teoría es una práctica corporal. Acción de un cuerpo que al ser la primera forma de conocer el mundo, de percibirlo que tiene el sujeto, también es el locus de las maneras de pintarlo, de dibujarlo. La práctica teórica es una experiencia que se potencia en los entramados de sensaciones y emociones. La reflexión sobre el cuerpo no puede ser —de ningún modo— realizada fuera de él.

La experiencia teórica es una apropiación de la complejidad que implica la dialéctica entre sujeto y objeto del conocer. Saberes, creencias y teorías comparten —intersecan— los espacios de la vida que todo elaborador (*qua sujeto*) de pinturas del mundo experimenta. El juego de aprehender lo social en tanto experiencia teórica es un efecto que excede su causa.

En segundo lugar, reconstruir las percepciones *del y sobre el* cuerpo implica, al menos, dos caminos que se tuercen e intersecan. El uno, ontológico y el otro, metodológico.

El primero de ellos, es recorrer las proximidades, distancias y enma-
dejamientos entre cuerpo individuo, cuerpo social y cuerpo subjetivo, tal
como lo hemos realizado en otros lugares (Scribano, 2007a y 2007b).
Este camino conlleva la decisión de hacer evidentes las conexiones
entre la vivencia corporal en tanto organismo, la experiencia del cuerpo
en su modalidad de acto reflexivo, junto con la práctica corpórea en
tanto construcción social. Esta vía de *redescripción ontológica* conlleva el
esclarecimiento de las diferencias entre energías corporales y sociales.

El segundo de los caminos posibles es dibujar y reconstruir lo que
sabemos del cuerpo en dirección a su conocimiento como *cuerpo ima-
gen, cuerpo piel y cuerpo movimiento*. Estas tres maneras de la inscrip-
ción de la corporeidad en una narrativa, pretenden, a partir del análisis
reconstrutivo, ver lo corporal desde sus impactos en la sociabilidad, la
sensibilidad y la vivencialidad en tanto fenómenos sociales.

Las interacciones entre cuerpo imagen, cuerpo piel y cuerpo movi-
miento como señaladores de la dominación social y como localizadores
de enclasmiento se pueden tomar como un interesante punto de parti-
da teórico-metodológico. Dichos cruces se insertan en los modos deter-
minados que asumen particulares políticas de los cuerpos, articulándose
a los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regula-
ción de las sensaciones.

Finalmente, un mapa de navegación epistemológica factible puede
ser entendido apelando también al punto de partida de este trabajo. *El
método en las ciencias sociales*, de Félix Schuster, concluye con un
llamado de atención sobre la pluralidad de acceso a la realidad social
en términos metodológicos. En las mediaciones metodológicas, tradi-
ciones teóricas y estudios empíricos sistematizados aquí, dicha plurali-
dad adviene como un rasgo central.

Desde la perspectiva apuntada es posible suponer que pluralidad,
apertura y creatividad serán los “gestos filosóficos” que permitirán na-
vegar por las aguas donde la sociedad se presenta conocida en, por y a
través de los cuerpos; y desde donde percepciones, emociones y sensi-
bilidades de los observadores serán incluidas en la observación.

Todo lo escrito en este trabajo adquiere mayor relevancia aún si se
tiene presente que la batalla de, por y en los cuerpos es un capítulo –y
no el menor– de nuestra disputa por una sociedad más justa, autónoma
y multicromática.

Referencias bibliográficas

- ALVES TEIXEIRA, Sérgio. 2001. "Produção e consumo social da beleza" en *Horizontes-Antropológicos* (Porto Alegre) Año 7, N° 16, diciembre.
- BARROS, Daniela D. 2005. "Imagem corporal: a descoberta de si mesmo" en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos* Vol. 12, N° 2, mayo-agosto.
- BELLO de ARELLANO, María Eugenia y VILERA de GIRÓN, Aliria. 2000. "La relación sujeto, discurso y poder" en *Revista Aldea Mundo* (San Cristóbal, Venezuela: Universidad de los Andes) Año/Vol. 5, N° 9, mayo-octubre.
- BERCIAT, Eduardo. 2000. "La sociología de la emoción y la emoción de la sociología" en *Papers* N° 62.
- BLANCKAERT, Claude. 2001. "Lógicas da antropotecnia: mensuração do homem e biosociologia" (1860-1920) en *Revista Brasileira de História* (San Pablo) Vol. 21, N° 41.
- BOURDIEU, Pierre et al. 1999. *La miseria del mundo* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- CALVARIO MARTÍNEZ, Leticia. 2003. "La presencia del cuerpo ausente" en *Revista de Ciencias Sociales* (Cr.) (San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica), trimestral, Año/Vol. III y IV N° 101 y 102.
- CITELI, María Teresa. 2001. "Fazendo diferenças: teorias sobre gênero, corpo e comportamento" en *Estudos Feministas* (Florianópolis) Año 9, 2º semestre.
- DELFINO, Andrea. 2004. "Flexibilidad y rigidez: la permanencia de las representaciones sobre lo femenino en un contexto de transformaciones productivas" en *Ámbitos* (Sevilla) N° 11 y 12, primer y segundo semestre.
- DUARTE QUAPPER, Klaudio. 2006. "Cuerpo, poder y placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos [1]" en *Revista Pasos* N° 125, Segunda Época, mayo-junio. En <www.dei-cr.org/pasos>.
- ELIZALDE, Silvia. 2006. "El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles" en *Revista Ultima Década* N° 25, Centro de Investigación y Difusión Poblacional Achupallas (Viña del Mar, Chile), diciembre.
- FAUSTO, Carlos. 2002. "Banquete de Gente: Comensalidade e canibalismo na amazônia" en *MANA* Vol. 8, N° 2.
- GROSSO, José Luis. 2005. "Cuerpo y Modernidades Europeas. Una mirada desde los márgenes" en *Boletín de Antropología* (Medellín: Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia) N° 36.

- GROISSMAN, Mónica. 1999. "Supervivencia urbana. El cuerpo en la posmodernidad" en *Topía* N° 26.
- GUERRERO JIMÉNEZ, Bernardo. 2004. "Bailar, jugar y desfilarse: la identidad cultural de los nortinos" en *Revista de Ciencias Sociales (CI)* (Iquique, Chile: Universidad Arturo Prat) N° 14.
- LE BRETON, David. 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
—*La sociología del cuerpo* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- LONG, Janet (coord.). 1997. *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos* (México DF: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM).
- LUNA, Rogelio y SCRIBANO, Adrián (comps.). 2007. "Contigo Aprendí... Estudios Sociales de las Emociones" CEA-CONICET-UNC –CUSCH-UdeG.
- MARCUS, Georges. 2004. "O intercâmbio entre arte e antropologia: como a pesquisa de campo em artes cênicas pode informar a reinvenção da pesquisa de campo em antropologia" en *Revista de Antropologia* (San Pablo: USP) Vol. 47, N° 1.
- NATERAS DOMÍNGUEZ, Alfredo. 2005. "Los usos públicos del cuerpo alterado en jóvenes urbanos mexicanos" en *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana* (Santiago de Chile) Año/Vol. 4, N° 11.
- OLIVEIRA PINTO, Tiago de. 2001. "Som e música. Questões de uma Antropologia Sonora" en *Revista de Antropologia* (San Pablo: USP) Vol. 44, N° 1.
- ORTEGA, Francisco. 2005. "Fenomenologia da visceralidade. Notas sobre o impacto das tecnologias de visualização médica na corporeidade" en *Cadernos de Saúde Pública* (Rio de Janeiro) Vol. 21, N° 6, noviembre-diciembre.
- PEDRAZA, Zandra. 2004. "El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social" en *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal* (Berlín) Vol. 4, N° 15.
- PEÑA GHISLENI, Angela y CRESPO MERLO, Álvaro Roberto. 2005. "Trabalhador contemporâneo e patologias por hipersolicitação" en *Psicologia: Reflexão e Crítica* Vol. 18, N° 2.
- PÉREZ HENAO, Horacio. 2004. "El cuerpo es el mensaje o del cuerpo en las funciones básicas de los *mass media*" en *Palabra-Clave* (Bogotá, Colombia: Universidad de la Sabana) N° 11, diciembre.
- PIÑA MENDOZA, Cupatitzio. 2004. "El cuerpo, un campo de batalla. Tecnología de sometimiento y resistencia en el cuerpo modificado" en *El cotidiano* (México DF: UAM- Azcapotzalco) Año/Vol. 20, N° 126, julio-agosto.

- POLLO MÜLLER, Regina. 2000. "Corpo e imagem em movimento: há uma alma neste corpo" en *Revista de Antropologia* (San Pablo: USP), Vol. 43, N° 2.
- RENTA, Priscilla. 2004. "Salsa dance: latino/a history in motion" en *Centro Journal* (City University of New York: Nueva York, Centro de Estudios Puertorriqueños) Año/Vol. XVI, N° 2.
- SCRIBANO, Adrián. 2005. "La batalla de los cuerpos: ensayo sobre la simbólica de la pobreza en un contexto neo-colonial" en *Itinerarios de la Protesta y del Conflicto Social*. Centro de Estudios Avanzados. UNC, Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales. UNVM (Córdoba: Editorial Copiar).
- (comp.) 2007b "Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones" en Scribano, Adrián (comp.) CEA-CONICET-UNC (Córdoba: Jorge Sarmiento Editor).
- (comp.) 2007a *Policromía Corporal. Cuerpos, Grafías y Sociedad*. CEA-CONICET-Universidad Nacional de Córdoba. Universidad de Guadalajara. Colección Acción Social (Córdoba: Jorge Sarmiento Editor, Universitas).
- SIMMEL, Georg. 1986. *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (Barcelona: Península).
- SURRALLÈS, Alexandre. 2005. "Afectividad y epistemología de las ciencias humanas" en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* (Madrid) noviembre-diciembre, N° especial. Antropólogos iberoamericanos en red: <www.aibr.org>.
- SYNNOTT Anthony. 2003. "Sociología del olor" en *Revista Mexicana de Sociología* (México) Año 65, N° 2, abril-junio.
- TURNER, Bryan. 1989. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- URIBE MERINO, José Fernando. 2006. "Las prácticas alimentarias relacionadas con la búsqueda del ideal corporal. El caso de la Ciudad de Medellín (Colombia)" en *Boletín de Antropología* (Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia) Año/Vol. 20, N° 37.

El enfoque neoclásico en historia económica, un análisis epistemológico¹

Gustavo Marqués

Gustavo Marqués es doctor en Filosofía de la UBA y magíster en Filosofía (SADAF). Es profesor titular regular de las materias Metodología de las ciencias sociales (Facultad de Ciencias Económicas, UBA) e Introducción a la Filosofía (Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Lomas de Zamora). Es profesor adjunto interino de la materia Epistemología de la economía (Facultad de Ciencias Económicas, UBA). E-mail: marquesgustavo@hotmail.com.

221

Introducción

La lógica de la situación popperiana fue propuesta inicialmente para la historiografía, aunque en su formulación habitual presenta un marco conceptual más

1. Este trabajo es parte de la tesis de doctorado que defendí bajo la dirección de Félix Schuster, por quien siento un enorme respeto, y a quien me une una larga relación de amistad, que me honra y enorgullece.

general, que puede ser extendido a las diferentes ciencias sociales y revestir diversas formulaciones específicas.

En este trabajo nos proponemos dos objetivos básicos. En primer lugar, examinaremos la especificación neoclásica de la lógica de la situación en el caso de la historia económica argentina, mostrando que puede generar una historia anacrónica, a priorista y de pobres recursos explicativos. A tal efecto, la compararemos con la especificación “institucionalista” (que es crítica de aquel enfoque). En segundo lugar, examinaremos el propio marco conceptual que proporciona la lógica situacional, argumentando que aunque puede ser utilizada para algunas historias especiales (en que se procura exhibir el encadenamiento de circunstancias que condujeron casi con necesidad a un resultado dado), es un esquema excesivamente rígido para otros propósitos historiográficos, en que lo que se procura más bien es mostrar la diversidad de alternativas que permanecen abiertas (a futuro) en cada momento de la historia.

La lógica de la situación y su especificación neoclásica

En un artículo que data de 1967 (y que fue publicado en su totalidad en inglés recién en 1996) Popper sostiene que “las ciencias sociales teóricas operan casi siempre mediante el método de construir situaciones o condiciones típicas. Es decir, mediante el método de construir un modelo” (Popper, 1985: 357-358). A diferencia de los modelos de las ciencias naturales, una “situación” social involucra dos clases de componentes: las restricciones *objetivas* a que se enfrenta el agente –como precios, ingresos, recursos, etc.– y sus restricciones *subjetivas*: el conocimiento de que dispone de la situación en que se encuentra y sus fines. Conviene aclarar que lo que aquí llamamos condiciones *subjetivas*, no lo son en el sentido usual de este término. Según Popper:

“En nuestro análisis situacional *reemplazamos* experiencias psicológicas concretas (o deseos, esperanzas, tendencias) por elementos situacionales abstractos y típicos, tales como *objetivos* y *conocimiento*” (Popper, 1985: 359).

En términos más actuales podríamos decir que las “situaciones sociales” son “escenarios”, circunstancias típicas en las que se hallan inmersos individuos humanos típicos, es decir, despojados de sus peculiaridades psicológicas. Su reacción es perfectamente determinada y predecible porque la “situación” y su racionalidad los *constrañen* a adoptar ese (único) curso de acción. Como ha dicho Popper:

“Habiendo construido nuestro modelo, nuestra situación, asumimos no más que los actores actúan dentro de los términos del modelo, o que ellos llevan a la práctica lo que estaba *implícito* en

la situación. Esto es, incidentalmente, a lo que alude el término *lógica situacional* (Popper 1996: 169).

Tal como ha sido presentada por Popper, la lógica de la situación proporciona un marco general para el análisis del comportamiento humano, que puede ser especificado de diversas maneras. Una de ellas es la especificación típica de la (micro) economía, que aquí llamaremos “enfoque neoclásico”. En el centro de la argumentación neoclásica se encuentra la creencia de que no resulta posible inteligir un proceso o fenómeno económico si su acción no puede ser interpretada como la apropiada (racional) en un marco de “estados mentales” y restricciones que han sido especificadas al modo neoclásico.

El enfoque neoclásico en un sentido estricto puede concebirse, pues, como una *especificación particular* de la lógica de la situación, que incorpora tres ingredientes:

1. modela el aspecto “objetivo” de la situación a que se enfrenta el agente, empleando solo aquellos factores que la teoría económica considera pertinentes (precios, ingresos, tasas de interés, etc.);
2. solo atribuye a los agentes al (acotado) conjunto de disposiciones cognitivas y volitivas mencionados en los principios de la teoría, los cuales son asumidos a priori y escapan a la indagación empírica;
3. considera a los agentes como abocados a resolver el problema consistente en seleccionar los medios para optimizar una función objetiva en presencia de restricciones.

Típicamente, la racionalidad de sus decisiones consiste en hallar aquellos valores de las variables independientes (referidas en **1** y **2**) que asignan un valor óptimo a la variable dependiente (utilidad o beneficios, según el caso). Proceder en forma apropiada significa, pues, resolver un problema de optimización restringido (lo que en términos matemáticos significa resolver una ecuación lagrangiana).

Un rasgo característico de este procedimiento es que se *asume* el aspecto “subjetivo” de la situación, y la investigación empírica se orienta exclusivamente a averiguar las restricciones “objetivas”. Ellas desempeñan el papel explicativo central. Vamos a mostrar ahora, mediante un caso concreto, cómo ha sido empleado el enfoque neoclásico en historia económica.

El enfoque neoclásico en historia económica

Desde su surgimiento, a mediados del siglo XIX, la historia económica se mantuvo en gran medida desconectada de la teoría económica, siendo más bien lo que hoy llamaríamos historia social. A ello se debe que en su trabajo “La expansión agraria de la pampa húmeda (1850-

1914). Tendencias recientes de su análisis histórico”, Eduardo Míguez designa a la historiografía argentina relativa a esa temática practicada hasta los años 60 como historia “institucionalista”. Con ello alude a una historia económica que explica los fenómenos económicos con recursos que pertenecen a otras disciplinas sociales. Esta situación recién se revierte en la historiografía argentina a partir de los años 70, merced al trabajo de historiadores como Ezequiel Gallo, Carlos Díaz Alejandro y Roberto Cortés Conde, entre otros. Este cambio se traduce en la construcción de una nueva historia que arroja una imagen o interpretación muy diferente a la anterior. En esta sección mostraremos la diferencia en la estructura argumental de ambos enfoques.

El centro de la crítica neoclásica a la historiografía “institucional” consiste en subrayar la necesidad de priorizar el empleo de la teoría económica por sobre los aspectos institucionales. Será útil, para comenzar, ilustrar esta diferencia con un ejemplo.

A partir de 1826 y hasta 1879 se desarrolla un proceso de extensión de la frontera pampeana. A fines de la década del ochenta del siglo XIX la conquista del desierto estaba concluida y habían sido agregadas al usufructo potencial una enorme cantidad de nuevas tierras. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en América del Norte, no había existido hasta entonces un desplazamiento poblacional significativo hacia las nuevas áreas, sino que estas fueron ocupadas con ganado vacuno y objeto de una explotación de tipo extensivo. La agricultura, por su parte, tuvo solo un desarrollo limitado y se concentró casi exclusivamente en las zonas periféricas al área costera. ¿Qué detuvo durante todo este tiempo el poblamiento y el desarrollo agrícola en las zonas nuevas ganadas al indio?

Horacio Giberti ha proporcionado la explicación “institucionalista” clásica de este fenómeno. Parte de hechos bien establecidos (y económicamente significativos): la tierra se repartió de manera diferente en la provincia de Buenos Aires a como se lo hizo en otras regiones del país, y el tipo de explotación que de hecho predominó fue el ganadero y el modo extensivo. Pero señala que, aunque “muchos hombres comprendían entonces la utilidad de la expansión agrícola”, la causa de este proceso diferencial debe buscarse en “el abrumador predominio ganadero y la oposición cerril de ciertos propietarios [que] hacían que pocos aprobasen medidas favorables a la agricultura” (Giberti, 1961: 158).

En su opinión, la postura de este grupo fue *irracional*, además de perjudicial para el desarrollo nacional, y presupone que un mayor desarrollo agrícola hubiera sido posible de no haber mediado dicha ingerencia “institucional” (y que tal evolución, de haber ocurrido, hubiera sido deseable). Salvando las diferencias de matiz y énfasis, otros historiadores “tradicionales” han recorrido básicamente esta misma línea argumental.

Cuestionando esta argumentación, Cortés Conde aborda el problema de un modo más reconocible para el economista. En primer lugar,

transfiere la toma de decisiones a los propios interesados (los potencia- les ocupantes de tierras baldías) y, en segundo lugar, se formula la cues- tión más básica de “qué es lo que lleva a la población a trasladarse desde zonas conocidas a otras nuevas y, por ende, más azarosas” y plantea como hipótesis de trabajo que “quizás la motivación principal estaría vinculada a la percepción de significativas ventajas y beneficios en la más difícil vida de las áreas aún no pobladas” (Cortés Conde, 1968: 5).

Si se asume, como él lo hace, que la percepción que los agentes tenían de la situación era básicamente correcta, ambos supuestos (acer- ca de sus preferencias y expectativas) implican que la ausencia de des- plazamiento corresponde a ausencia de incentivos económicos.

Guiado por esta percepción, Cortés Conde reconstruye las condicio- nes económicas objetivas del momento y encuentra que la ausencia de mercados capaces de absorber la potencial exportación agrícola que podría haberse producido en las nuevas áreas, así como la inexistencia de vías y medios de transporte adecuados, que hubiera llevado los cos- tes a un nivel inaceptable, “explica, más que una malsana tendencia a la acumulación de tierras, el tipo de explotación dominante” (Cortés Con- de, 1968: 5-6). Considera erróneo, entonces, el argumento de Giberti. En las condiciones descritas, solo fue posible (económicamente viable) el desarrollo de una ganadería extensiva (que requería escasa atención y podía autotransportarse hasta frigoríficos y puertos). El episodio nar- rado resulta ilustrativo para especificar la diferente manera en que es reconstruida la situación por uno y otro enfoque. De manera algo más formal, las características básicas de ambas especificaciones son las que se detallan a continuación.

Especificación “institucionalista”

El historiador institucionalista construye a los agentes intervinientes y la situación en que se encuentran mediante una visión más sociológi- ca y “cuestionadora” (Sábato, 1989). Distingue básicamente dos clases de agentes: los desposeídos (D) y los poseedores de tierra (T). De una parte, toma partido por algún sector social (generalmente más débil desde el punto de vista económico y social), en este caso (D), y acostumbra hacerse cargo de sus reclamos: se le atribuyen ciertas preferencias y expectativas básicas (como ser, disponer de tierras propias y trabajar independientemente). Además, explica el comportamiento de (D) como resultado no de sus propias decisiones, sino de las decisiones de otro grupo social (T) antagonico al primero. Ello implica que se retrata a las acciones de los desposeídos como no deliberadas ni óptimas. Por otra parte, no asigna mayor importancia a la necesidad de efectuar una des- cripción precisa de las restricciones específicamente económicas imperantes. En lugar de ello, trae a escena factores que por lo general quedan fuera del análisis económico: juegos de poder, prejuicios y acti- tudes irracionales.

Sobre la base de esta reconstrucción de las condiciones objetivas y subjetivas del sector social favorito, se anticipa el “comportamiento esperado” del trabajador: en el relato de Giberti era de esperar que una abundante masa de mano de obra se desplazara hacia las nuevas áreas y las destinara a la producción agrícola. Sin embargo, esto no ocurrió. El problema que se plantea a continuación al historiador es descubrir los factores responsables de esta “desviación”. La explicación tradicional ha apuntado a responsabilizar de este resultado al otro sector social, al que se atribuyen expectativas e intereses opuestos al sector del trabajo, dando así origen a las explicaciones basadas en maniobras de la oligarquía vacuna bonaerense, a su apatencia desmedida de tierras, etcétera.

Especificación neoclásica

Quien procede según el enfoque neoclásico, actúa de manera diferente. En primer lugar, postula en los agentes las preferencias y expectativas asumidas en la teoría económica y explica su acción como resultado de sus propias decisiones. En nuestro ejemplo, la hipótesis de que la gente se muda a áreas en que la vida es “más difícil” solo ante “la percepción de significativas ventajas y beneficios” y la hipótesis de que los agentes poseían conocimiento adecuado de las oportunidades que se les presentaban. Como dice Cortés:

“Fuera de circunstancias muy singulares, como el *gold rush* en California y Australia, la percepción de beneficios debía corresponder a un hecho más o menos cierto: que las tierras rindieran efectivamente (es decir, que las condiciones del clima y del suelo fueran favorables) y que su producción fuera comercializable en una medida, al menos, que justificara los costos y el esfuerzo del productor” (Cortés Conde, 1968: 5).

Sobre la base de estas hipótesis de conducta, todo el peso de la investigación se desplaza ahora a la averiguación del *contexto económico* relevante, con la expectativa de hallar que el comportamiento de los agentes fue adecuado después de todo.

Ambos argumentos son muy diferentes desde el punto de vista de los contenidos y de su estructura. En primer lugar, especifican de manera diferente tanto la situación objetiva como la “subjetiva”. En segundo lugar, en tanto que en la primera manera de argumentar, el peso de la explicación recae en la situación de conflicto y en particular, en el papel obstaculizador de (T), en el modo neoclásico de argumentar estos aspectos se desvanecen: el comportamiento de (D) es mostrado como respondiendo a sus propias preferencias y expectativas, y su elección como óptima, dadas las restricciones imperantes. El neoclásico piensa que el historiador “institucionalista” construye erróneamente las circunstancias objetivas en que se enmarca la acción. En lugar de las circunstancias “correctas” (específicamente económicas) se postula lo que podría

describirse como una visión romántica del presente (y del futuro) en la que se niegan o minimizan las dificultades objetivas que bloquean la realización de las aspiraciones atribuidas a los agentes preferidos (en el caso de que estas hubieran tenido realmente lugar) y, a la vez, exageran las oportunidades favorables que se les presentaban. Míguez expresa esta idea con absoluta claridad:

“Ya sea debido a la falta de un modelo teórico sobre el funcionamiento de la economía agraria (las múltiples interrelaciones de los distintos factores relevantes), o por atenerse dogmáticamente a esquemas originados en realidades muy diferentes, se tiende a confundir un cierto *ideal* con lo *posible*, atribuyendo las desviaciones de la realidad respecto del ideal a la incapacidad, irracionalidad, o mala voluntad de los actores (y siguiendo una tradición argentina, al Estado principalmente entre ellos) y no a las condiciones concretas del proceso. Teniendo presentes estas últimas, en cambio, y siguiendo una línea de reflexión similar a la de los trabajos que analizamos para el período que precede a la gran expansión de 1880, parece posible hallar una coherencia económica en la forma que adoptó este crecimiento de la producción pampeana” (Míguez, 1986: 98; el destacado es del original).

Desde la óptica del enfoque neoclásico, como el “ideal” nunca se realiza, los “institucionalistas” se topan a cada paso con “desviaciones” que se ven forzados a explicar apelando al tipo de factores que les resulta favorito: instituciones defectuosas, juegos de poder y mentalidades específicas que funcionan como obstáculos, etc. La historia se transforma en una sucesión de opciones frustradas por la tozudez de sectores con el poder suficiente para interferir en el curso de acción deseado por los potenciales trabajadores. Por el contrario, ante conductas que resultan desviadas según el parámetro institucionalista, la explicación económica neoclásica paradigmática consiste en mostrar que resultan perfectamente “normales” (y, por ende, no se requiere en absoluto de explicaciones especiales) en cuanto uno se reconcilia con lo verdaderamente “posible”: vale decir, se reconstruye en forma adecuada el contexto y se atribuye a los agentes involucrados ciertas motivaciones y creencias absolutamente básicas y razonables. Al respecto, sus explicaciones son más económicas también en el sentido epistémico, ya que necesitan menos hipótesis.

El enfoque neoclásico conduce más sistemáticamente que el “institucionalista” a un acuerdo entre los registros y las expectativas teóricas. Desde la nueva óptica, las “desviaciones” se desvanecen y ya no existe necesidad de explicar los fenómenos invocando episodios del tipo de una conspiración de terratenientes. La historia adquiere sentido y racionalidad económica. En síntesis, las continuas “desviaciones”, así

como el carácter “cuestionador” y crítico de la historiografía institucionalista, serían meramente el fruto combinado de impericia teórica y prejuicio ideológico.

La “disolución” de las desviaciones es un resultado importante para el neoclásico, ya que no es posible hablar en sentido estricto de explicación económica de fenómenos desviados. Estos deben ser explicados desde fuera de la economía, sobre la base de conocimientos proporcionados por algunas de las ciencias sociales restantes. Mal puede hablarse de una historia propiamente económica, si continuamente esta debe hacer a un costado sus recursos teóricos propios para “importar” explicaciones de las disciplinas colindantes. Como ha dicho Cortés Conde:

“[...] aun cuando la vida económica, la producción, el comercio, el crédito y el dinero ocuparon un lugar preponderante en la obra de Braudel, no aparece en ella un intento riguroso por dar explicaciones económicas a esos fenómenos. Se trata más bien de descripciones de un geógrafo o de un antropólogo que se ocupa de la economía como otro aspecto de la cultura” (Cortés Conde, 1992: 125-126).

La señal identificatoria de la buena historia económica está dada, no tanto por los fenómenos de que se ocupa, como por el abordaje a que los somete.

Detengámonos un momento en el papel explicativo privilegiado que el enfoque neoclásico asigna al contexto económico. ¿Cómo conciliar la explicación neoclásica del no poblamiento pampeano con el hecho —aparentemente contradictorio— de que en el mismo contexto de limitada demanda externa y ausencia de redes ferroviarias, se verifica en fecha muy temprana un importante asentamiento agrícola en las nuevas tierras del centro de Santa Fe? En la versión Miatello-Giberti (que se encuentra en la misma línea argumental que la de Girbal de Blacha, a que críticamente alude Míguez) la situación se explica de manera relativamente sencilla: invocando una diferencia en el comportamiento entre los terratenientes de Buenos Aires, de una parte, y los de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, de la otra. La aparente paradoja es explicable, pues, en términos de *mentalidades diferentes*: conservadores, los primeros; más abiertos y sensibles a los requerimientos populares, los segundos. ¿Cómo se las arregla el programa de investigación neoclásico en historia económica argentina para dar cuenta en sus propios términos de esta anomalía?

Aunque Míguez admite cierto fundamento en la atribución de conservadurismo a los terratenientes bonaerenses, apuesta a que la explicación debe hallarse no en mentalidades diferenciales, sino en *una misma mentalidad* (la definida en los axiomas de la teoría) operando en *circunstancias económicas diferentes* (precios y productividad de la tierra), (Míguez, 1986: 99). Cortés Conde, por su parte, sigue una línea de

pensamiento semejante al señalar que la existencia de redes fluviales que conducían al puerto de Buenos Aires abarataba sustancialmente los costos del producido en Santa Fe y convertía al litoral en un mercado posible para dichos productos. Dicho en otros términos, los asentamientos de Santa Fe disfrutaban de una *ventaja locacional* decisiva respecto de las regiones pampeanas recién conquistadas (Cortés Conde, 1968). La especificación de la situación en uno y otro caso, en particular su componente *objetivo* (las características geográficas y económicas), soportan una vez más todo el peso de la explicación neoclásica. Más importante, la aparente desviación es reinterpretada como un caso de comportamiento económicamente racional. El enfoque neoclásico construye sus explicaciones haciendo pasear al “hombre eterno” (Veyne, 1984) por diferentes escenarios.

Qué tipo de historia económica genera el enfoque neoclásico

Los historiadores de la economía aceptan sin vacilaciones que para escribir buena historia económica es necesaria una buena formación en teoría económica. Muchos creen que esta teoría debe incorporar al menos a la microeconomía neoclásica. Sin embargo, al aplicar la instanciación neoclásica de la lógica de la situación con propósitos historiográficos, se suscitan diversos inconvenientes, algunos de los cuales derivan directamente de la naturaleza de la lógica situacional y otros, de su especificación neoclásica. Estas son algunas de las dificultades mencionadas:

1. Incompatibilidad entre la lógica de la situación y ciertos propósitos de la historiografía. La lógica de la situación proporciona explicaciones porque genera argumentos con fuerza *deductiva*. Se explica un hecho cuando la descripción del mismo es deducible de un conjunto de premisas (corroboradas). Las restricciones fortísimas impuestas a las pautas de comportamiento de los agentes, y al contexto en que estos toman decisiones, resultan *necesarias* para asegurar un *único tipo* de comportamiento bien definido.

La fuerza de la lógica de la situación reside en esto. Cualquier otro comportamiento diferente debe ser excluible en principio como no racional. Esto es lo que Spiro Latsis (1972) denominó “determinismo situacional”. Como señaló oportunamente Latsis, el procedimiento no deja espacio para la toma de decisiones: los agentes se encuentran en una situación que no les ofrece auténticas opciones.

Esta forma argumentativa es incompatible con ciertos propósitos específicos de la historiografía. Carlo Cipolla alertaba a los historiadores del peligro constante de incurrir en lo que llamó “*posteriorismo*”, es decir:

“Imponer arbitrariamente a posteriori, a la realidad, una lógica de desarrollo que a priori no es evidente en modo alguno [...] Las reconstrucciones a posteriori ocultan, en vez de ilustrar, los procesos de toma de decisiones y resolución de problemas que son la constante de la trayectoria humana. Sabemos que César pasó el Rubicón. Más, para César, el problema consistía en si debía pasarlo o no. Ver las cosas a posteriori puede deformar fácilmente nuestro juicio” (Cipolla, 1991: 96).

La reconstrucción *a posteriorismos* de las acciones humanas, consiste precisamente en hallar una configuración de la situación, tal que el comportamiento registrado sea el único que resultaba lógico en la ocasión. Recomendar la lógica de la situación como método es inducir a considerar cada hecho acaecido como necesario, en el sentido de que no existían opciones razonables al desenlace que finalmente ha ocurrido. Sin embargo:

“Cuando nos referimos al pasado conviene recordar que los hombres de ese pasado tenían que enfrentarse a opciones y decisiones, mientras que nosotros, aprovechando la perspectiva histórica, estamos en condiciones de valorar los resultados, no solo a corto plazo, sino también a largo plazo, de aquellas opciones” (Cipolla, 1991: 97).

Puede sostenerse, entonces, que una de las tareas *específicas* del historiador de la economía —aquella que lo distingue del mero análisis económico aplicado en forma retrospectiva— es mostrar precisamente estas circunstancias. Mostrar que las opciones desperdiciadas o desatendidas —que desde la perspectiva actual consideramos inexistentes o claramente inferiores— estaban entonces vigentes y, en consecuencia, otras decisiones hubieran sido posibles. Diversos cursos de acción se mostraban entonces como racionales. Ello contribuiría a reconstituir la riqueza y complejidad del pasado. Si esta fuera la tarea peculiar del historiador de la economía o, al menos, un aspecto importante de la misma, la lógica de la situación no parece adecuarse a este objetivo.

2. Como anticipamos, algunos inconvenientes residen en aquella especificación particular de la lógica de la situación en que consiste el enfoque neoclásico. En especial, la especificación neoclásica del aspecto “subjetivo” de la situación genera una historia que presenta dificultades para explicar y es propensa al anacronismo. Pero, aunque la objeción recién señalada pueda desestimarse para los propósitos específicos de la economía, el recurso de especificar de antemano algunos de los estados mentales clave de los agentes es un procedimiento a priori que no se ajusta bien a la práctica historiográfica.

Como el objetivo del historiador no es predecir ni controlar, sino *describir* o *explicar* el comportamiento (individual o agregado) de los agentes,

para alcanzar este objetivo, necesita *atribuir* a los agentes *sus propios* motivos y razones, no motivos y razones cualesquiera (que son seleccionados básicamente por razones de tratabilidad matemática). La atribución de estados mentales a otras personas puede inspirarse en el conocimiento de nosotros mismos, pero tal atribución es hipotética, es decir, se trata de conjeturas empíricas que deben ser contrastadas como el resto de las conjeturas. Este es ciertamente una posición que el historiador aplaudiría, pero que no se compadece con la práctica económica usual.

3. Sin embargo, el análisis situacional permite otras especificaciones, que parecen ser más adecuadas para ciertos propósitos historiográficos. De una parte, es posible relajar las restricciones impuestas por el enfoque neoclásico a los componentes “subjetivos”: cambiar, ya sea las creencias (por ejemplo, retratar a los agentes como poseyendo información incorrecta o incompleta) o los fines que el agente persigue (por ejemplo, atribuyéndole un propósito distinto al indicado por la teoría). En estos casos son los elementos “subjetivos” de la situación los que pasan a desempeñar el papel explicativo central. Esta especificación de la lógica de la situación ya no compromete a su usuario con el enfoque apriorístico acerca de los estados mentales característico de la economía neoclásica, y es una salvaguarda contra la tentación de cometer anacronismo. Sin embargo, no es seguro que esta instanciación resulte enteramente compatible con la lógica de la situación, ya que parece implicar algún tipo de psicologismo, al menos en su forma más débil: la explicación demanda ahora *averiguar* los estados mentales “reales” del agente (algo que Popper ha calificado de irrelevante).

De otra parte, también puede ampliarse la especificación del aspecto “objetivo” de la lógica situacional: aspectos sociológicos o institucionales anteriormente descuidados, pueden ahora formar parte de la situación. El levantamiento de esta restricción deja mayor libertad al historiador y permite deslizarse desde la historia económica a la historia social. Sin embargo, esta flexibilización presenta un problema para el historiador *de la economía*. La explicación resultante ya no sería económica en sentido estricto. Si se deja absoluta libertad para modelar los componentes objetivos y subjetivos de la situación, pareciera que junto con las tipificaciones específicamente económicas de los agentes desaparece también la teoría económica. Esta característica, que puede ser considerada ventajosa desde la óptica del historiador, seguramente será apreciada como un retroceso desde la perspectiva del economista.

4. Aun siendo válidas, las críticas recién mencionadas *no* implican que el enfoque neoclásico es inaplicable en *todos* los casos. Todo lo que se sostiene es que, en referencia a ciertos problemas especiales que el historiador puede plantearse, no es posible obtener resultados

adecuados con este enfoque. En el caso del debate entre neoclásicos e institucionalistas en historia económica argentina, pareciera que los primeros delimitan con mucho cuidado la aplicación de los instrumentos que les proporciona la teoría económica. Por esta razón, no basta en estos casos enrostrarles sin más las críticas generales, sino que debe mostrarse que estas también se aplican en los casos especiales en que ellos se ocupan. Con una excepción: no creo que las historias neoclásicas puedan escapar a la crítica de a priorisimos respecto de los estados mentales de los agentes. Pero las objeciones referentes a que la lógica de la situación no es útil para ciertos propósitos del historiador y a la necesidad de incorporar más factores explicativos, requieren de un examen más detenido.

La consigna de Cortés Conde (1979) y Míguez (1990) es abstenerse de producir síntesis y visiones omnicomprensivas de la historia nacional antes de haber determinado los hechos fundamentales y efectuado su análisis. En particular, el historiador de la economía puede estar interesado en averiguar el movimiento de una variable económica clave durante un cierto lapso (por ejemplo, la evolución de la oferta o demanda de empleo a través de una década), o el momento preciso en que se conformó un mercado competitivo de tierras o de trabajo. Y puede hallar que para *estas* tareas, la teoría económica es suficiente, porque permite reconocer el aspecto principal de los fenómenos bajo consideración.

Sin embargo, si el análisis se detiene en este punto, el historiador crítico puede objetar que la historia neoclásica deja fuera de consideración aspectos importantes que deberían haber sido incluidos. ¿Hasta qué punto es razonable esta exigencia?

A decir verdad, una historia económica no está obligada a explicar todos los fenómenos económicos, sino que es necesariamente selectiva: debe plantear con claridad cuál es el problema (específico) que desea abordar o resolver. Determinado su objetivo, está obligada a tomar en cuenta todos los factores relevantes que tienen incidencia sobre el mismo.

Sobre esa base, podemos distinguir dos tipos de crítica: interna y externa. La primera se ejerce desde el interior de la postura examinada: implica aceptar como objeto válido de indagación el problema que el autor se propone resolver, y evaluar si el enfoque escogido logra ese objetivo por completo o en qué medida lo hace. No sirve denunciar meramente la existencia de omisiones, sino de aquellas omisiones que deben ser reparadas si los objetivos propuestos han de ser alcanzados. La crítica interna consiste en identificar una desconexión entre los factores explicativos aducidos y el fenómeno que se desea explicar.

Mi interpretación es que la crítica neoclásica del enfoque “institucionalista” es del tipo “interno”: no necesariamente niega la existencia de factores institucionales o culturales invocados por este último; más bien sostiene que aunque estén presentes factores no estrictamente

económicos, el resultado hubiese sido básicamente el mismo si estos no hubiesen actuado, debido a que la existencia de los factores mencionados hubiera garantizado de todas maneras el resultado dado.

Así, por ejemplo, la tesis de que los cambios en el tamaño de la propiedad ganadera en un cierto tiempo y lugar pueden ser explicados apelando solo a factores geográficos y económicos, no niega la presencia de apetencias y juegos de poder, o mentalidades especulativas de parte de los actores; más bien afirma que, dadas las condiciones objetivas, el resultado habría sido el mismo, sean cuales fueren las intenciones de los agentes involucrados. Se asevera que el resultado registrado (que desea explicarse) carece de conexión con las características idiosincrásicas, psicológicas o culturales atribuidas a los actores, o a un cierto sector de los mismos. Para desarticular este argumento, la crítica “institucionalista” debe mostrar que, en este caso, la tesis de la “desconexión” es falsa. No debe limitarse a mostrar que es verdad que los terratenientes se reunían para “conspirar” (seguramente lo hacían), sino que esta conspiración contribuyó de manera significativa a la producción del resultado final.

En cambio, la crítica externa se ejerce, por decirlo así, desde fuera: revela la existencia de otro punto de vista acerca de los mismos sucesos. De hecho, buena parte de las críticas de historiadores o científicos sociales a sus colegas “neoclásicos” son externas: señalan ausencias de cierto tipo en sus relatos (por ejemplo, del conflicto social, de relaciones de poder, del papel del Estado y otras instituciones, etc.) o lamentan el simplismo del problema elegido o su falta de interés. Es importante que alguien señale que ciertos aspectos relevantes de la problemática estudiada han sido dejados de lado: ello pasa a engrosar y enriquecer la agenda de tareas pendientes de la comunidad de investigadores sociales. Si nadie se ocupara de ellos, la visión que poseeríamos del pasado sería muy limitada. Sin embargo, pese a su importancia, la crítica externa es algo más incierta que la mencionada en primer término, ya que puede (y a veces suele) reflejar meramente un conflicto de intereses entre autor y crítico, y no puede negársele al historiador el derecho a limitar sus intereses de la manera que crea más adecuada. Por otra parte, usada sin criterio conduce a una crítica facilista: siempre quedan fuera de consideración aspectos que alguien puede juzgar importantes. Además, la introducción forzada de elementos cuya relación con el asunto principal es poco clara (o inexistente) debilita más que refuerza la investigación. El debate se enriquecería si los críticos “institucionalistas” realizaran con mayor frecuencia críticas internas del enfoque neoclásico en historia económica.

5. Pero existe un motivo de desacuerdo aún más básico que el mencionado. El historiador de la economía puede objetar al neoclásico que sus obras alientan y sugieren mucho más de lo que dicen en forma

explícita. Aunque este niega expresamente la conveniencia de las grandes interpretaciones, sus obras presuponen necesariamente alguna de ellas o, al menos, sugieren una imagen de la historia nacional que es incompatible con la ofrecida por otras visiones más tradicionales. En consecuencia, el historiador “institucionalista” puede rechazar la imagen implícita de la sociedad o la época que “emana” de lo que en principio puede parecer un aséptico análisis económico.

Algo que impacta al comparar los relatos que proporcionan vastas versiones historiográficas del entero proceso de transformación pampeano en el período ya mencionado, es que de ellas resultan dos visiones completamente disímiles. Se difiere, de una parte, acerca del desempeño de los principales actores económicos del período y acerca de la mentalidad prevaleciente en la clase dominante. La historiografía “institucionalista” tiende a considerar que lo que designa como clase dominante hizo un uso irracional de los insumos —en particular, de la tierra— y tiende a puntualizar aquellos aspectos que la aproximarían a la caracterización usual de las clases precapitalistas: su molición, su preferencia por el ocio y el consumo antes que por la inversión productiva, etc. La historiografía neoclásica, en cambio, tiende a enmarcar el accionar de la clase dominante dentro de los parámetros de una estricta racionalidad económica y los retrata como empresarios ágiles y dúctiles, innovadores, siempre atentos para usufructuar las oportunidades que se les presentaban. Díaz Alejandro, por ejemplo, sostiene que

“[...] la primera generación de aquella clase en nada se ajustaba a la caricatura habitual del terrateniente apático. La tierra se ganaba principalmente en lucha abierta contra los indios o contra los enemigos políticos, y sus mentes estaban llenas de las ideas liberales del siglo XIX. Su liderazgo determinó el notable crecimiento posterior a 1860, que transformó la Argentina de uno de los países más atrasados de América Latina en uno de los más prósperos y cultos” (Díaz Alejandro, 1983: 72).

¿Está, por decirlo así, esta imagen laudatoria del pasado en las obras neoclásicas mismas? O, por el contrario, ¿es inducida en ellas por los lectores? Parece tratarse de un caso de responsabilidades compartidas. Las descripciones no “contienen” en sí mismas valoraciones, sino que nosotros reaccionamos ante ellas generando juicios de valor. Forma parte de nuestra cultura que allí donde se dice “el método “A” permite producir “X” cantidades del bien “Y” con menos insumos que el método B”, tanto el profesional como el lego interpreten directamente que “A” es mejor que “B”. Ello indica que todo discurso, aunque no contenga juicios explícitos de valor o conceptos normativos, puede desempeñar una función política e ideológica (consistente en recomendar o desaconsejar cierto estado de cosas o curso de acción). No debido a que se

formulan juicios de valor, sino a nuestra disposición mental a extraer consecuencias normativas a partir de ciertos enunciados de hecho.

Pero, aunque esta actitud es inevitable, no es verdad que quien describe o relata carece de toda responsabilidad respecto de las imágenes que evoca en la mente de sus lectores. Es necesario advertir al lector el absurdo que encierra pensar que de la mayor eficiencia de un sistema económico, en el sentido de mayor productividad, se puede inferir su deseabilidad. Para mostrar el locus del absurdo, adquiere importancia central restituir los factores extraeconómicos que han sido dejados fuera de consideración. Es muy importante suplementar el trabajo técnico de medición de factores estrictamente económicos con una discusión de los aspectos necesariamente omitidos en tales cálculos. De lo que se trata en definitiva es de completar la información de la audiencia para que pueda ejercer más plenamente su juicio crítico. Obtener una medición de determinadas variables puede constituir un hallazgo importante. Detenerse en ese punto no es, en principio, censurable. Sin embargo, deja tras de sí un vacío que en la mente de la audiencia es de inmediato ocupado por la inferencia espuria que lleva de lo eficiente a lo deseable. Un autor debe responsabilizarse tanto de lo que dice como de lo que omite, si lo omitido tiene consecuencias tanto en la interpretación del texto como en la evaluación de políticas económicas.

Conclusiones

El marco analítico que proporciona la lógica situacional parece especialmente apto para ciertas ramas historiográficas, como la historia de las ideas, o para circunstancias especiales en que pueda trabajarse con un agente representativo operando en un entorno simple. Pero puede no ser válida para alcanzar ciertos propósitos historiográficos cuya persecución es razonable atribuir a la historia (como mostrar que otros cursos de acción, no realizados, eran entonces posibles).

La especificación neoclásica estricta de la lógica de la situación no es apta para la historia, ya que da por supuestos los componentes subjetivos de la situación y restringe excesivamente (y a priori) los componentes objetivos de la situación. Una especificación algo más débil, que relaje algunas de las restricciones recién mencionadas, puede ser más aceptable para el historiador, pero solo en la medida en que deja de serlo para el economista neoclásico. He aquí un primer problema para articular las visiones histórica y económica, que gira en torno a qué elementos o factores incorporar en la descripción de la situación. Este problema no constituye en principio una barrera infranqueable para iniciar un diálogo entre ambas partes, que podría basarse esencialmente en la incorporación de elementos de juicio empíricos y en el esfuerzo común por construir una crítica interna de la óptica que se cuestiona.

Referencias bibliográficas

- CIPOLLA, Carlo M. 1991. *Entre la historia y la economía* (Barcelona: Crítica).
- CORTES CONDE, Roberto. 1966. "Cambios históricos en la estructura de la producción agropecuaria en la Argentina. Utilización de los recursos" en *Desarrollo Económico* N° 20, enero-marzo.
- 1968 "Algunos rasgos de la expansión territorial en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX" en *Desarrollo Económico* N° 29, abril-junio.
- 1979 *El progreso argentino 1880-1914* (Buenos Aires: Sudamericana).
- 1992 "Historia económica: nuevos enfoques" en Cornblit, Oscar (comp.) *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias* (Buenos Aires: Sudamericana).
- CORTES CONDE, Roberto y GALLO, Ezequiel. 1967. *La formación de la Argentina moderna*, (Buenos Aires: Paidós).
- DIAZ Alejandro, Carlos. 1983. *Ensayos sobre la historia económica argentina* (Buenos Aires: Amorrortu).
- GIBERTI, Horacio. 1961. *Historia económica de la ganadería argentina* (Buenos Aires: Solar/Hachette).
- LATSIS, Spiro. 1972. "Situational Determinism in Economics" en *British Journal for the Philosophy of Science* Vol. 23, N° 3.
- MIGUEZ, Eduardo. 1986. "La expansión agraria de la pampa húmeda (1850-1914): Tendencias recientes de su análisis histórico" en *Anuario IEHS* (Tandil) N° 1.
- 1990 "La investigación histórica hoy: recuperando lo pequeño" en *Revista de Historia* (Universidad Nacional del Comahue) N° 1.
- ORTIZ, Ricardo R. 1971. *Historia económica de la Argentina* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- POPPER, Karl. 1981. *La miseria del historicismo* (Madrid: Alianza).
- 1985 "The Rationality Principle" en Miller, David (ed.) *Popper Selections* (Princeton, N. J.: Princeton University Press and New York: Routledge).
- 1996 *The Myth of the Framework* Edited by M. A. Notturmo (London: Routledge).
- SABATO, Hilda. 1989. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar (1850-1890)* (Buenos Aires: Sudamericana).
- SABATO, Jorge. 1991. *La clase dominante en la Argentina moderna* (Buenos Aires: Imago Mundi).

- SCOBIE, James R. 1968. *Revolución en las pampas* (Buenos Aires: Solar/Hachette).
- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1982. *Explicación y predicción* (Buenos Aires: CLACSO).
- 1992a *El método en las ciencias sociales* (Buenos Aires: Centro Editor).
- (comp.) 1992b *Popper y las ciencias sociales* (Buenos Aires: Centro Editor).
- VEYNE, Paul. 1984. *Cómo se escribe la historia* (Madrid: Alianza).



Interpretaciones históricas divergentes: el caso de la enfermedad de Chagas¹

César Lorenzano

César Lorenzano es médico por la UBA y doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido profesor regular de la Universidad Nacional Autónoma de México y la UBA. En la actualidad es profesor regular de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, donde dirige la Maestría y Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia. Ha dictado cursos y seminarios de grado y de posgrado en varias universidades del país y del exterior. Es autor de numerosos artículos especializados y entre otros libros de: La estructura psicosocial del arte, La estructura del conocimiento científico, El enigma del arte, y Por los caminos de Leloir, estructura y desarrollo de una investigación Nobel. Este último fue premiado por el CONICET en 1990 por su aporte a la historia de la ciencia argentina. En 1983 recibió el Premio Nacional de Crítica de Arte de México. E-mail: cesarlor@arnet.com.ar

1. Este trabajo es parte de la tesis de doctorado que defendí bajo la dirección de Félix Schuster, por quien siento un enorme respeto, y a quien me une una larga relación de amistad, que me honra y enorgullece.

Introducción

A fines de 1999, François Delaporte publica un libro en el que reinterpreta de manera polémica la historia que conduce al descubrimiento de la enfermedad de Chagas.

En la versión habitual, Carlos Chagas descubre la enfermedad, pero comete algunos errores que hacen que caiga en el olvido. Sus hallazgos son rehabilitados por Salvador Mazza.

En el libro de Delaporte, tanto la figura de Carlos Chagas como la de Salvador Mazza son puestas en una perspectiva que choca con las versiones usualmente admitidas. Lo hace con un apego notable a los textos originales, a los que somete a análisis conceptual y epistémico.

Para quienes no compartimos sus tesis, es un desafío desmontar su bien armada arquitectura interpretativa, que obliga, asimismo, a revisar toda la bibliografía pertinente. A la luz de esta discusión, añejos materiales adquieren un nuevo significado.

Esto es así, pues las diferencias que advertimos entre nuestras posiciones y las de Delaporte van más allá de señalamientos puntuales o interpretaciones disímiles en los escritos. Tienen que ver con:

1. la percepción de cuáles son los aspectos relevantes de la enfermedad de Chagas;
2. la manera en que se validan las afirmaciones científicas;
3. quizás fundamentalmente, con la concepción epistemológica, que incide profundamente en la estructura del relato histórico, en la interpretación de los hechos, y en el rol que le asignamos *en este caso preciso* al conocimiento no contemporáneo de los sucesos que se analizan.

Por estos motivos, a pesar de que leemos los mismos textos, vemos en ellos cosas diferentes, y las historias que construimos divergen entre sí.

El presente artículo se centra en la segunda parte de su libro, en la que investiga la “refundación” de la tripanosomiasis americana, y el rol de Salvador Mazza en esa historia, al que califica de “impostor”.

Las razones para proceder de esta manera radican en que sus interpretaciones con respecto a Mazza —a quien estudiamos en detalle durante largos años— nos resultaron demasiado provocativas y potencialmente erróneas.

Dejaremos de lado su peculiar interpretación sobre el descubrimiento mismo de la enfermedad —del que se ocupa en la primera parte del libro—, y los roles que cumplieron en él Carlos Chagas y Osvaldo Cruz. Basta con decir que Chagas queda lo suficientemente disminuido como que también sus apreciaciones al respecto ameritan una respuesta pormenorizada.

En nuestra respuesta a Delaporte se expondrán primeramente sus tesis centrales, para mostrar a continuación los puntos en los que

disentimos; se analizará e interpretará el material bibliográfico pertinente, y la forma en que apoyan o ponen en cuestión sus interpretaciones.

Al concluir, veremos en su justa dimensión a Salvador Mazza, y tendremos una imagen más acotada de los mecanismos históricos, sociales, conceptuales y epistémicos con los que se construye el conocimiento científico, que complementan y rectifican los expuestos por Delaporte.

Las tesis centrales de Delaporte

Delaporte argumenta contra la tesis generalmente aceptada de que la enfermedad de Chagas, luego de un período de olvido que dura una docena de años, es “rehabilitada”, y sus estudios se renuevan gracias a los esfuerzos de Salvador Mazza y sus colaboradores.

Para Delaporte, esto no es así. Los estudios no se “renuevan”, ni la enfermedad se “rehabilita” luego de los golpes que recibe Chagas al no probarse que se trata de una epidémica de vastas dimensiones.

Según Delaporte, la enfermedad alcanza su dimensión actual gracias al descubrimiento por parte de Cecilio Romaña (en ese entonces un joven médico y científico argentino, discípulo de Mazza) del signo que lleva su nombre, consistente en una conjuntivitis con edema unilateral de ambos párpados, acompañada de adenopatías regionales. Este signo, que facilita el diagnóstico de la fase aguda de la enfermedad, permite elevar notablemente, en corto tiempo, el número de enfermos reconocidos y sentar, en consecuencia, la real importancia epidemiológica de la enfermedad. Mazza, quien atribuye el signo a Chagas, y a sí mismo como su continuador, es un *impostor*.

Pero no se trata únicamente de que Romaña rehabilita la enfermedad de Chagas. La “refundación”, pues la instala, epistemológicamente, en otro terreno. En primer lugar, la separa en forma tajante de las enfermedades endócrinas, donde la había emplazado Carlos Chagas al sostener que el tripanosoma afecta primordialmente a la glándula tiroidea. A partir de los trabajos de Romaña, vemos en la tripanosomiasis americana una enfermedad parasitaria, y no una enfermedad endocrina. En segundo lugar, en el signo de Romaña coinciden la puerta de entrada de la infección –la conjuntiva– con la sintomatología clínica observada, ya que la conjuntivitis se debe al contacto con la deyección del triatoma –que vehiculiza las formas infectantes del tripanosoma–, para desde allí penetrar al organismo.

Hasta aquí, la caracterización que hace Delaporte sobre la “refundación” de la enfermedad de Chagas. Veamos ahora los distintos aspectos de la enfermedad, y los argumentos que apoyan o refutan estas tesis.

La estructura de la enfermedad

La tripanosomiasis americana o enfermedad de Chagas es una enfermedad causada por un parásito, el *Trypanosoma cruzi*.

En su estudio, se consideran al menos tres aspectos.

El primero de ellos es el *parasitológico*. En él se estudia la evolución natural del parásito, que en este caso tiene un doble ciclo: en un insecto del género de los triatomas (la vinchuca en Argentina; el barbeiro, en Brasil), y en huéspedes intermedios, mamíferos, entre ellos el hombre.

El segundo aspecto es el *clínico*, en el que se la considera como enfermedad. Al igual que en muchas enfermedades infecciosas y parasitarias, existe una puerta de entrada del microorganismo, una primoinfección, una fase aguda de la enfermedad y un período crónico, al que se llega luego de un período de latencia.

En cada uno de los estadios de la enfermedad, los signos clínicos se encuentran íntimamente ligados a alteraciones anatomofisiopatológicas, que a su vez se acompañan de manifestaciones inmunológicas.

Pero la enfermedad no es únicamente un suceso individual. Interesa asimismo como proceso social, su incidencia en las poblaciones humanas, y las condiciones ambientales en las que se desarrolla.

Este es el tercer aspecto de la enfermedad: el aspecto *epidemiológico*. Si los primeros hacen al diagnóstico de la enfermedad, este tercer aspecto es crucial, pues de su correcta interpretación depende la prevención de la enfermedad.

La simple enumeración de la compleja estructura de la enfermedad nos pone en la pista de los desacuerdos con la versión histórica de Delaporte. Notamos que en ella el peso se vuelca a la fase aguda de los aspectos clínicos, en detrimento de la fase crónica, y ciertamente, de los aspectos epidemiológicos.

En ella se visualiza una cierta continuidad en el proceso, y no tanto una ruptura epistemológica completa; refinamientos y correcciones de un marco conceptual ya establecido, y no una construcción novedosa. De este modo, el papel de Carlos Chagas continúa siendo central en esta historia, y no el simple terreno de las refutaciones, y la posterior refundación de una enfermedad.

Los aportes de Carlos Chagas

A fin de aquilatar en su real dimensión la obra de Carlos Chagas, sintetizaremos sus principales aportes, así como los obstáculos con los que tropieza.

Encuentra un agente infectante, el *Trypanosoma cruzi*, en un insecto, el barbeiro. Describe su ciclo vital en el insecto, y en el huésped humano. Refiere una puerta de entrada, y un mecanismo infectante.

Halla fases agudas de la enfermedad, las certifica mediante identificación positiva del tripanosoma en la sangre de los pacientes y logra que se reproduzcan en los animales a los que se inocula con esa sangre las mismas lesiones encontradas en los pacientes. Encuentra, en sus estudios anatomopatológicos, lesiones crónicas en diversos órganos. Investiga la distribución geográfica del barbeiro, del tripanosoma, y de los pacientes. Determina en qué condiciones ambientales se desarrolla la enfermedad, y las medidas sanitarias por medio de las cuales se la previene.

Como sabemos, la fuerte oposición que despierta su enfermedad entre los poderosos de Brasil tiene que ver con la crítica social de las condiciones de vida de los pobladores que la padecen, como le pasó a Virchow cuando advierte que son estas las que causan la epidemia de tifus exantemático en Silesia, y como le pasa a Mazza en el norte argentino.

Según se observa, sus investigaciones cubren todos los aspectos relevantes que hacen a las enfermedades parasitarias.

Sin embargo, no todos sus hallazgos son convalidados por la comunidad científica, que comprende a médicos, parasitólogos y epidemiólogos. Esto no se debe a que yerre en todos y cada uno de los puntos de la enfermedad. El barbeiro es el portador del tripanosoma, que infecta al ser humano, provocándole, sin ningún género de duda –y esto se encuentra certificado por el cumplimiento de los postulados de Koch– una enfermedad aguda en los casos –paradigmáticos– con los que inaugura el conocimiento de la enfermedad. Describe con todo acierto la enorme mayoría de las múltiples lesiones anatomopatológicas de la enfermedad que hoy se reconocen como tales (tanto las que corresponden a la etapa aguda como a la crónica). Sitúa con corrección la distribución geográfica del barbeiro y el tripanosoma, y su importancia epidemiológica.

Empero, tempranamente se le señalan errores. Muchos derivan de las dificultades propias de la investigación de las enfermedades infecciosas; otros, de las especiales circunstancias históricas y geográficas en las que realiza su trabajo, que le permiten llegar a sus mayores descubrimientos, pero al mismo tiempo, ponen un velo sobre otros aspectos.

Con respecto al estudio específico del parásito, de su ciclo vital, y de su inoculación en el humano, comete errores que son profusamente señalados. El tripanosoma no se reproduce sexualmente, no tiene una fase en el pulmón humano, y no se transmite por la picadura del insecto, como sostiene.

No es sencillo seguir toda una línea evolutiva, si lo que tiene a su alcance el investigador son instantáneas, momentos congelados del ciclo del parásito, que debe ordenar, llenando con la imaginación las transiciones entre unos y otros, hasta que forman un continuo. ¿Es de

extrañar, entonces, que utilice modelos de evoluciones ya establecidos para otros parásitos, a fin de pensar el ciclo del tripanosoma? Aunque no los tome mecánicamente, aunque los adapte a lo que encuentra, no puede dejar de tener hiatos en sus interpretaciones, no puede menos que errar. ¿Cómo no pensar que el barbeiro contagia picando, si así se contagia el paludismo, y si encuentra tripanosomas en las glándulas salivares del insecto?

Chagas observa e interpreta desde el punto en que ha llegado el conocimiento de su época. Por eso se equivoca. También se equivoca por la misma situación que lo lleva a descubrir la enfermedad: la riqueza en enfermedades infecciosas, parasitarias y carenciales de la región en la que investiga. Le permite dirigir su atención al barbeiro y encontrar el tripanosoma, mientras estudia el paludismo. Pero al mismo tiempo, a su enfermedad se le superponen una multitud de dolencias; por la dificultad de separarlas, interpreta como propia del tripanosoma a la forma pulmonar de otro microorganismo.

Con todo, este es un error menor. Más seria es la superposición del dominio territorial del tripanosoma, y de los trastornos de la tiroides, en un momento en el que todavía se podía discutir el origen del bocio, y la insuficiencia tiroidea. Esto lo lleva, por sobre las demás alteraciones anatomopatológicas que encuentra en la enfermedad, a privilegiar como características a las tiroideas. Cuando pone el acento en ellas, transforma a la parasitosis en una enfermedad principalmente endocrina (tiroiditis parasitaria).

Las desviaciones en el conocimiento del ciclo del tripanosoma, y de los mecanismos de infección, son corregidas por Brumpt y por un conjunto de jóvenes científicos brasileiros que trabajan junto a Chagas en el Instituto "Oswaldo Cruz". Ni el primero, ni los segundos, ponen en duda el enorme aporte de Carlos Chagas al conocimiento del *Trypanosoma cruzi*, ni discuten su paternidad en la enfermedad.

En cuanto a la preeminencia de las lesiones de las tiroides, muy tempranamente Kraus y colaboradores (1915-1916) constatan la existencia de un insecto parecido al barbeiro, la vinchuca, distribuido en una gran extensión geográfica del norte argentino, que se encuentra parasitado por el *Trypanosoma cruzi*, sin que exista bocio endémico en la región. Tampoco encuentran *Trypanosomas cruzi* en la sangre de bociosos y cretinos evidentes, ni se obtienen en el cultivo de animales de experimentación. La situación tiene el aspecto de una experiencia refutatoria clásica, y así es vista por los oponentes de Chagas, que concluyen que no existe la enfermedad crónica; si acaso, la enfermedad aguda en apenas unos pocos casos comprobados. Correspondió a la escuela argentina de epidemiología, encabezada por Mazza, restablecer su importancia epidemiológica.

Romaña y la refundación de la enfermedad

Al llegar a este punto, Delaporte presentó todas las precondiciones que necesita para sostener su tesis principal: que Romaña refunda la enfermedad de Chagas con el descubrimiento del signo que lleva su nombre.

La jugada es la siguiente: la enfermedad de Chagas, hasta ese momento, es una parasitosis pero no una enfermedad definida. Solo con el signo de Romaña la parasitosis pasa a ser la “forma pura de la enfermedad de Chagas”, aquella que une la presencia de parásitos a su signo inequívoco (patognomónico), que unifica la vía de entrada del parásito en el ser humano, y el mecanismo de inoculación: deyección del insecto con formas infectantes de tripanosoma, entrada al organismo por la conjuntiva.

Así visto, hasta Romaña el mal de Chagas pertenece al dominio de la parasitología (como disciplina que estudia los parásitos en general) y no al de las enfermedades infecciosas y parasitarias. O acaso, al de las parasitosis inofensivas, como sostienen los adversarios de Chagas, primero, y de Mazza, después.

Por supuesto, Delaporte se cuida de decir que los signos generales de enfermedad son suficientes para definir una entidad clínica. Basta con recordar que muchas de las virosis no presentan otra sintomatología, y bastante menos aparatosa en ocasiones que la del Chagas, para ser vistas como enfermedades definidas y no una simple portación de virus por un sujeto sano.

De mencionarlo, comenzaría él mismo a demoler su tesis. Tampoco menciona todas las lesiones que describe Chagas –además de las tiroideas–, y que provocan síntomas cardíacos, nerviosos, digestivos, etcétera.



Pese a Delaporte, Chagas diagnostica *clínicamente* la enfermedad con solo mirar al paciente. Citándolo, Brumpt (1913: 187) expresa: “La cara del enfermo presenta una hinchazón característica que puede hacer sospechar la enfermedad a la distancia”.

En la fotografía con la que ilustra la enfermedad de Chagas, en su forma aguda (Figura de la izquierda), tomada por Carlos Chagas y dada a Brumpt por Couto, nosotros, lectores, también diagnosticamos la enfermedad a la distancia. Acertamos: “el niño tiene un gran número de parásitos en la sangre periférica”, nos dice Brumpt desde las páginas de su libro.

Pero entonces dice Delaporte: lo que Chagas ve es un hipotiroidismo (aunque tenga parásitos

en sangre: es precisamente, un hipotiroidismo parasitario), y no tiene más remedio que verlo así, pues todavía no existe (conceptualmente) la “forma pura de la enfermedad”: edema unilateral de párpados, adenopatías, sin hipotiroidismo. “Forma pura” significa sin superposición con otra enfermedad.

El círculo se ha cerrado, y el argumento es meramente definicional: Chagas no puede diagnosticar la enfermedad de Chagas, porque la enfermedad de Chagas no está constituida. O peor aún: si el argumento es epistémico —y quizás esta forma de entenderlo es la que hace más justicia a las palabras de Delaporte— se trata de dos enfermedades distintas, la primera de las cuales (la de Chagas) no existe, pues es (erróneamente) endocrina, y la segunda, que (de manera engañosa) tiene el mismo nombre, comienza con Romaña (en realidad, llevado al extremo, es la enfermedad de Romaña).

Al sostener esta “forma pura” como lo característico de la enfermedad, Delaporte pierde de vista a las formas crónicas (si seguimos su razonamiento al pie de la letra, no son formas puras: comprometen algún órgano en particular, cuyos signos se superponen a los que provoca el parásito).

De hacerlo, desacreditaría el centro mismo de sus tesis, ya que vería que el signo de Romaña identifica únicamente a las formas agudas y es, por lo tanto, solo *parcialmente* responsable de la reactualización de la enfermedad de Chagas.

La enfermedad crónica

Habíamos mencionado que uno de los aspectos imprescindibles para el conocimiento de una enfermedad infecciosa es el que se refiere a su estadio crónico (si lo posee).

En el caso de la enfermedad de Chagas, es central. Es por su período crónico por el que se la conoce. Si se limitara al período agudo, y este consistiera solo en el signo de Romaña, cabría la posibilidad de que con posterioridad a este, hubiera curación completa o el parásito permaneciera, inofensivo, en el organismo. Tal como le dicen sus detractores a Chagas. El período agudo es, al menos en Argentina, donde investiga Romaña, de curso benigno. Tanto, que a menudo pasa desapercibido, o no se le da importancia.

Es la fase crónica de la enfermedad, su peso patológico y epidemiológico, la que le otorga interés y justifica las enormes campañas preventivas que tienden a su erradicación.

Sin ningún género de duda, la tripanosomiasis americana tiene la importancia que le asigna Chagas, y se manifiesta en su período crónico por trastornos cardíacos que fueron estudiados por él.

¿Es posible sostener, como lo hace Delaporte, que la enfermedad de Chagas se “refunda” porque es más sencillo reconocer pacientes

agudos después de Romaña? ¿O corresponde más bien que se la sitúe cuando se identifica la fase crónica, y se visualiza su relevancia clínica y epidemiológica?

El simple planteo de la cuestión centra la pregunta por la renovación del interés acerca de la enfermedad de Chagas en la resignificación de la cardiopatía chagásica que ocurre hacia los años treinta.

El mal de Chagas, una enfermedad cardíaca

La pregunta historiográfica central que ahora planteamos es en qué momento la enfermedad de Chagas comienza a ser una afección centralmente cardíaca y a tener el peso epidemiológico que mencionamos.

Ya en los primeros artículos de Carlos Chagas aparecen identificadas lesiones cardíacas en pacientes crónicos de la enfermedad, en cuidadosos estudios anatomopatológicos que muestran tripanosomas en el miocardio. Romaña (1963: 64) en su madurez, pese a Delaporte, comenta el importante papel desempeñado por Chagas en el estudio de las manifestaciones crónicas de la enfermedad.

Asimismo, investigadores como Vianna y Crowell (1923), y Magarino Torres (1935) hicieron el hallazgo de tripanosomas en el miocardio de enfermos crónicos.

En la Quinta Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte de 1929, y publicado en 1935, Salvador Mazza (1935) presenta una forma crónica cardíaca de la enfermedad de Chagas, comprobada por inoculación en animales de experimentación (perrito).

Romaña (1934b) encuentra los dos primeros casos de cardiopatía chagásica crónica que publica la Misión de Estudio de la Patología Regional Argentina (MEPRA), la institución que Mazza funda en Jujuy, como una dependencia del Instituto de Patología Quirúrgica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Un hecho que Delaporte apenas menciona, y al que aparentemente no atribuye ninguna importancia. Sin embargo, es un paso más –y no menor– en la construcción histórica de la etapa crónica de la enfermedad de Chagas.

El propio Mazza presenta junto a Jörg (1935: 229-230) un interesante estudio en el que definen la enfermedad crónica por lesiones tales como la miocarditis crónica esclerosa, la miositis, la esplenitis. Hacemos notar que tanto en la enfermedad aguda como en la crónica, no se menciona la existencia de alteraciones tiroideas. En este artículo, la separación entre enfermedad de Chagas e hipotiroidismo o bocio es total, y el órgano principalmente afectado es el corazón.

Lentamente, la miocardiopatía chagásica comienza a ser vista por los investigadores como una de las formas centrales en que se manifiesta la enfermedad. Aquí es donde comienza su reactualización (o “refundación” si seguimos la terminología de Delaporte). En ella, la labor de la

MEPRA —y por cierto, de su fundador, el incansable trabajador que es Salvador Mazza— es central. Demuestra la existencia de vinchucas parasitadas en prácticamente todo el territorio argentino, con epicentro en el norte del país, y hasta su muerte en 1946 describe cerca de 1400 casos diagnosticados; la mayor casuística que jamás haya reunido, y que demuestra la importancia epidemiológica de la enfermedad. Ya no es, gracias a Mazza, esa parasitosis sin enfermos que le reprochan a Chagas.

Ya a mediados de los años 30 (recordemos que Romaña presenta su signo en 1935), las alteraciones específicas del electrocardiograma son un signo importante de la enfermedad, tanto en los pacientes humanos, como en experiencias con animales de laboratorio, al punto que basta su comprobación para sostener que el parásito afecta al miocardio.

En 1938, los doctores Aguirre y Jiménez presentan en el Sexto Congreso Nacional de Medicina (Córdoba, Argentina) un trabajo en el que muestran que el electrocardiograma de los pacientes chagásicos basta para hacer el diagnóstico de la enfermedad. Es suficiente una telerradiografía de tórax o un electrocardiograma para que los médicos diagnostiquen, inequívocamente, la enfermedad crónica de Chagas. Pese a todo, recién a mediados o fines de los años 50 los cardiólogos aceptan su importancia epidemiológica.

El mal de Chagas adquiere, entonces, la fisonomía que hoy se le reconoce. Se ha completado la reformulación de la enfermedad, en todas sus facetas.

La pregunta equivocada

Delaporte basa su texto en preguntas clásicas de la historiografía tradicional, y que se sintetizan en las exclamaciones: *¿Qué se descubre? ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo?* Dando por sentado que la enfermedad de Chagas se “refundá”, responde que lo hace Romaña, en un apretado haz de tres artículos, en los que establece el signo que lleva su nombre. Un hombre determinado, en un momento puntual, un único suceso.

Cuando vemos que lo más importante de la enfermedad de Chagas reside en su fase crónica, y que la cardiopatía chagásica se funda en las investigaciones de más de un científico, que a su vez se basan en los estudios originarios de Carlos Chagas, comenzamos a sospechar que las preguntas no son las correctas. Pertenecen, como pensamos, a un ámbito teórico en el que se descuidan —o se desconocen— los aspectos sociales y colectivos de la ciencia, ya que es solo desde una perspectiva individualista que adquiere sentido preguntarse quién descubre qué y cuándo. Una visión romántica de la ciencia, en la que no faltan los héroes, ni tampoco los villanos.

No es únicamente que se equivoque en situar el momento de la renovación de los estudios. El punto es que no existe el momento exacto

de la inflexión histórica, ni el héroe que toma sobre sus hombros el peso de gestar una novedad absoluta.

Cuando se adopta una concepción histórica y social de la ciencia, se percibe que evoluciona gracias a las contribuciones —desiguales, quizás— de una comunidad de investigadores que toman como objeto de sus trabajos los aportes inaugurales de quienes exploran, por primera vez un campo de conocimiento determinado.

¿Los errores disminuyen la estatura de la obra de Chagas, o son parte de un proceso en el que este autor dio los primeros, trascendentes pasos, con los que fija la agenda de la investigación de la más importante enfermedad parasitaria de esta parte del mundo?

No es necesario ser un lakatosiano o un kuhniano ortodoxo para concordar, con Lakatos o Kuhn, que toda investigación se encuentra, desde el comienzo, ante un mar de interrogantes que debe responder. Sin embargo, es desde allí, desde las investigaciones inaugurales, que se comienzan a rellenar los huecos que deja.

Precisamente, sin ese carácter de inacabado del conocimiento no existiría avance, ya que la investigación consiste, precisamente, en avanzar por los caminos que abren las primeras investigaciones, señeras, paradigmáticas, en cada campo del conocimiento.

Por supuesto, esto exige pensar, además, en la construcción del saber por parte de una comunidad científica, y no por investigadores aislados. Nunca como en la enfermedad de Chagas resulta evidente este carácter colectivo de la ciencia.

Sin los trabajos de Chagas no hubiera existido la estructura de conocimiento sobre la cual construyen quienes continúan investigando la tripanosomiasis americana. Tampoco hubiese existido su renacimiento sin su tozudez en sostenerla. Si hubiese admitido que se equivocó en toda la línea, como quieren sus adversarios, Mazza no hubiese tomado su palabra por buena, reiniciando los estudios sobre el Chagas, aun cuando las investigaciones de su amigo y colega Kraus excluyen la existencia de la enfermedad en la Argentina.

Romaña y Mazza

La pregunta acerca de quién descubre qué y cuándo, lleva a Delaporte a menospreciar el papel de Mazza (el impostor, dice) en la reactualización de los estudios sobre la enfermedad de Chagas. Para eso revisa una vieja discusión entre Romaña y Mazza a la luz de los artículos de Días, de los que pareciera tomar su tesis central, y sus argumentos.

El problema, tal como lo plantea Delaporte, es acerca de la primacía de un descubrimiento, el de lo que hoy llamamos signo de Romaña.

Mientras Romaña (y Delaporte) habla de descubrimiento, Mazza insiste en que no hay tal; el edema bípalebral unilateral ya era conocido

por Chagas y, por supuesto, por él mismo, quien sigue fielmente sus enseñanzas.

Aunque ya hemos argumentado acerca de las dificultades epistémicas de establecerlo, vamos a seguir con cuidado todos los antecedentes de la controversia, esperando que la revisión arroje luz sobre la misma. Espero que el lector sepa disculpar la abundancia de citas, pero en ellas se juega la justeza de los análisis.

Luego veremos que tanto Mazza como Romaña coinciden en los puntos centrales de la controversia, más allá de las confrontaciones personales, que la tiñen con sus ásperos ribetes.

El artículo de Carlos Chagas

Comenzaremos primeramente con el artículo en el que Carlos Chagas reúne todas las observaciones que realizó desde el año 1909, cuando descubre la tripanosomiasis americana. Utilizaremos la versión de Salvador Mazza, quien traduce el escrito y aporta una introducción, así como unas pocas notas en las que se refiere a la interpretación de los casos y de sus fotografías.

Se trata de 29 observaciones, que son la totalidad de su casuística. Como notamos, un número escaso, y que justificaba el ataque de sus adversarios.

Al comienzo del artículo, Chagas describe el aspecto de los casos agudos:

“La facies de un caso agudo de tripanosomiasis es casi siempre característica; aspecto vultuoso, hinchado; infiltración subcutánea de todo el rostro, mostrándose los párpados hinchados, los ojos semicerrados, los labios espesados y la lengua algunas veces gruesa y pastosa” (Chagas, 1941: 12).

Haciendo referencia luego al resto de los signos, entre ellos, las adenopatías.

No vemos aquí que hable de hinchazón unilateral de párpados: esta es una descripción general, y se refiere a los casos, habitualmente graves, que diagnóstica.

Si resumimos la descripción de los ojos en cada uno de los casos, vemos que no hay un patrón descriptivo constante que permita una comparación perfecta. De esta manera, menciona la existencia de párpados bilaterales hinchados, con o sin hinchazón del rostro; queratitis con conjuntivitis doble; hinchazón de la cara, sin hacer alusión de los párpados; infiltración general, que muchas veces menciona como mixedematosa.

Únicamente en la observación 16 menciona la hinchazón edematosa de un solo párpado (el derecho), y en la observación 28 refiere

conjuntivitis acentuada del ojo izquierdo y queratitis de uno de los ojos, signos a los que agrega en el caso 6 una infiltración acentuada de cara.

Señalemos que en su casuística Chagas indica expresamente que al menos en dos casos hubo sintomatología ocular unilateral, los casos 16 y 28, en es último con conjuntivitis.

Si ahora miramos las fotografías que acompañan a las observaciones, el caso 16 presenta todas las características que a primera vista acostumbramos a asociar con el signo de Romaña. Desgraciadamente, el caso 28 no se encuentra acompañado por una fotografía.

Sorprendentemente, al examinar el resto de las fotografías —que pertenecen a los casos en los que Chagas no menciona edema unilateral de párpados—, constatamos que al menos el caso 6 presenta incuestionablemente el signo de Romaña.

No tenemos manera de saber si esto que hoy vemos en las figuras, y leemos en el texto de Chagas, es lo mismo que vieron y leyeron sus discípulos brasileiros (no porque haya alteración de los textos; nos referimos a cómo los interpretaron). Quizás no, pues pareciera que E. Días y E. Chagas pueden ver el edema unilateral de los párpados únicamente luego de que se les muestra Romaña, y solicitan por ello que lleve su nombre. (O lo hicieron porque significaba una confirmación —como veremos— de sus propios descubrimientos.)

En todo caso, es altamente probable que Mazza los vea igual que nosotros. Si no, no se explica que no evidencie ninguna sorpresa cuando supervisa muy de cerca las investigaciones de Romaña, las apoya, y las hace conocer en su publicación periódica.

Mazza, el impostor

Una prueba de esto que decimos, es un caso un caso de enfermedad aguda de Chagas —la paciente se llama Vilcha— encontrado por Mazza en 1927. Aunque no la publica en su momento, constituye durante años uno de los ejemplos que utiliza en sus charlas de divulgación. La fotografía la cede a Niño, quien la presenta —junto a otros casos— en su tesis de doctorado de 1929.



Caso 16: indudablemente, el paciente presenta un edema unilateral de los párpados derechos.



Caso 6: nos encontramos una vez más ante un paciente de Chagas que presenta el "signo del ojo", llamado luego signo de Romaña.



Cuando la observamos, nos encontramos frente a un caso que es similar a los de Carlos Chagas. Podemos advertir que la paciente presenta, sin ninguna clase de dudas, un edema unilateral de párpados, y que el diagnóstico que se realiza sobre la base de la sintomatología es correcto.

Delaporte señala que en su momento Mazza no menciona el edema unilateral de párpados entre la sintomatología de la paciente, ni tampoco lo hace Niño (1929: 202) quien habla de “edema de párpados y de extremidades”. Argumenta que es recién después de que Romaña lo presenta como patognomónico, y no antes, que Mazza –retrospectivamente– es capaz de ver en su paciente el signo como tal. No lo descubrió, sino que le enseñaron a verlo. Cuando dice que lo vio anteriormente, comete –según Delaporte– una impostura, con la finalidad de desplazar a Romaña como descubridor del mismo.

Indudablemente, vemos el signo de Romaña en la pequeña paciente de Mazza. Sin embargo, es correcto que en 1927 todavía no sabía de la enorme frecuencia del edema unilateral de párpados y de su consiguiente importancia para el diagnóstico de la enfermedad; lo que, como sabemos, no le impide diagnosticarla correctamente.

Romaña mismo no menciona en los siete primeros casos que publica que el signo sea patognomónico y hace, igualmente, un reconocimiento retrospectivo del signo.

¿Impostura, o un mecanismo psicológico que hace ver lo que se conoce hoy, como reconocido desde siempre? No sabemos qué pasó en el psiquismo de Mazza. Solo podemos afirmar que encontró el primer caso de enfermedad de Chagas en nuestro país con edema unilateral de párpados, lo diagnosticó correctamente, aunque recién a partir de 1935 comienza a pensar, junto con Romaña, que es el principal signo de la enfermedad aguda.

Más allá de interpretaciones ad hómitem sobre la personalidad de Mazza –proverbialmente intolerante– y de sus intenciones, avanzaremos en la reconstrucción histórica del descubrimiento, y en la interpretación de lo que sucedió.

Entre 1934 y 1935, Mazza y Romaña publican en MEPRa una serie de artículos con los que llenan casi todas las páginas de la revista, solos, con otros autores o juntos, y que revelan a dos autores que se apoyan mutuamente en el establecimiento de la vigencia de la enfermedad de Chagas en nuestro país, el lugar donde se inicia el descrédito del investigador brasileiro. Muestran la confianza que se dispensan, y que coincide con su condición de maestro y discípulo. Firman juntos un último artículo en 1936. A partir de allí, la ruptura.

Algunos trabajos previos en común establecen una sólida relación entre ambos (Mazza y Romaña, 1931a, 1931b, 1931c y 1933).

La situación es clara: incluso antes de recibirse en 1931, Romaña es introducido por Mazza en los estudios acerca de la enfermedad de Chagas; firma con él sus primeros trabajos, probablemente bajo su guía completa. Mazza, que permanentemente busca colaboradores para sus investigaciones, aliados en las luchas epidemiológicas contra las enfermedades transmisibles de la zona, realiza una intensa labor docente entre los médicos y demás agentes sociales que puedan auxiliarlo; da conferencias, investiga en el terreno, funda sociedades científicas en todas las provincias. El joven médico Romaña es uno de los que Mazza interesa en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades regionales; posiblemente, se trataba de uno de sus discípulos más talentosos, con el que colabora y al que respeta, al menos —como veremos— hasta 1936. A su vez, para este debió ser por demás refrescante encontrar una oportunidad para canalizar sus inquietudes, perdido en un pueblito del interior del país.

La aparición del signo de Romaña como tal

Es en este escrito *cuando Romaña piensa por primera vez que lo que describe no se encuentra presente en los escritos de Chagas*:

“El principal síntoma por lo novedoso, constatado en ellos, la conjuntivitis tripanosómica unilateral, será objeto de una publicación especial, juntamente con otras observaciones complementarias” (Romaña, 1935a: 19).

Y por cierto, muestra asimismo que Mazza no impone sobre sus colaboradores hasta la última línea de sus escritos, por lo que los anteriores reconocimientos a Chagas y a él mismo le pertenecen, sin dudas, al propio Romaña.

En el siguiente artículo (Romaña, 1935b) plantea su tesis completa: la conjuntivitis unilateral es el signo inicial más frecuente de la enfermedad de Chagas, y expresa la puerta de entrada predominante del tripanosoma, la conjuntiva. Es un signo nuevo, no presente previamente en Chagas.

Lo fundamenta en los casos que estudió, ya que:

“[...] nueve suman hasta la fecha los casos agudos de tripanosomiasis americana que llevamos observados, habiendo podido establecer claramente en seis de ellos que la afección comenzó por la inflamación de uno de los ojos, es decir, en el 66 % de los casos. Este hecho deja en estas condiciones de ser una mera coincidencia para imponerse por sí solo como síntoma de gran valor para presumir la enfermedad en su comienzo” (Romaña, 1935b: 17).

El argumento con el que apoya la hipótesis de que la conjuntiva es la puerta de entrada principal es por lo menos bizarro (Romaña, 1935b: 27-28), pues lo hace explicar, por la dificultad de que las deyecciones lleguen al interior de los ojos cerrados durante el sueño, la discordancia entre el “elevado porcentaje de vinchucas infectadas, comparado con la relativa poca cantidad de casos de la enfermedad que es posible identificar”.

Comenta entonces, para descartar la vía cutánea, que ya que:

“[...] en ciertas zonas de Argentina el 50, 60 y aún más por ciento de los ejemplares capturados, insectos que pululan especialmente durante el verano en los ranchos de nuestros campos, chupando noche tras noche a los habitantes de los mismos, era lógico pensar que todos o la gran mayoría de ellos en algún instante de su vida debieran haber sufrido la infección tripanosómica, pues al ser picado en una oportunidad o en otra, deberían exponer su piel al contacto de las deyecciones contaminantes, que el insecto elimina siempre al alimentarse” (Romaña, 1935b: 28).

Claramente, Romaña desconoce en ese momento la verdadera extensión de la enfermedad de Chagas, pensando que no es significativa la cantidad de infectados. Luego veremos que las mismas premisas son refutatorias de la conclusión acerca de la puerta de entrada de la enfermedad, si consideramos —como prueba Mazza— que tiene una enorme importancia epidemiológica.

Delaporte, que desconoce el real alcance de la enfermedad de Chagas, reproduce el argumento sin que le merezca ningún comentario.

La justificación del signo de Romaña

Se imponen dos preguntas. La primera es si, efectivamente, los casos descritos en los artículos anteriores justifican las afirmaciones de Romaña de que la vía de entrada es conjuntival. Romaña dice que sí, que en seis casos ha quedado evidenciada la afección por uno de los ojos (observaciones 1, 3, 6, 7, 8 y 9) y en dos más (2 y 4) adquiere papel predominante el edema palpebral como una de las manifestaciones anormales observadas por los familiares de los niños enfermos. En una sola observación este detalle no es apreciable (caso 5).

La segunda pregunta es por qué no informa anteriormente que el signo que describe es novedoso. ¿Qué hace que Romaña vea como novedad lo que antes describe como reafirmación de la sintomatología descrita por Chagas? Una primera pista se encuentra en el hecho que entre los artículos anteriores, en los que duda de la vía de entrada de la enfermedad, y el del año 1935, media su estadía en el Instituto

“Oswaldo Cruz”, durante la cual asiste a una demostración experimental de la misma. Su testimonio no deja dudas al respecto:

“En efecto, durante nuestra estada en el Instituto Oswaldo Cruz de Río de Janeiro el año pasado, tuvimos oportunidad de ver algunos enfermos cancerosos en los cuales Evandro Chagas practicaba experiencias de infección experimental de tripanosomiasis americana. Entre ellos el único que adquirió una enfermedad fue el infectado por vía conjuntival [...] en este enfermo se desarrolló una inflamación ocular en todo semejante a la por nosotros observada en los casos agudos a que nos hemos referido, y hasta la adenitis satélite completaba el cuadro. En cambio fueron negativos los intentos de infección [...] usando la vía epidérmica como puerta de entrada” (Romaña, 1935b: 27).

Si leemos correctamente lo expuesto hasta el momento, Romaña, que conoce desde Brumpt la vía conjuntival de contagio, aunque no excluye el contagio por picadura, se convence en su experiencia brasilera de la primacía de la primera, y relee a su luz (retrospectivamente) el material anterior aunque no le brinde todo el apoyo empírico que afirma tener. Es posible, asimismo, que sus nuevos amigos brasileros le hayan mostrado otra lectura de la obra de Chagas, en la que se excluye el edema de un solo ojo, contrariamente a la lectura que aprendió con Mazza, en la que existe, y con la que realiza sus primeros diagnósticos. Quizás por eso Días (1936: 345) expresa que “Hay una circunstancia curiosa que debe ser mencionada, y es que ese signo pasó inadvertido a los ojos de los investigadores que, en Brasil, estudiaban la enfermedad”. El ciclo se ha completado, y Romaña nos informa, con toda buena fe, que desde el comienzo estos diagnósticos implican una novedad, que siempre los vio así.

Esta es la respuesta a la segunda pregunta. Romaña no nos habla en los siete primeros casos de una novedad, porque en esos momentos no piensa que la haya. Recién a partir de agosto de 1934, cuando asiste a las experiencias de E. Chagas, y aún después, es cuando comienza a concebir que sus hallazgos son originales.

En cuanto a los investigadores brasileros, los trabajos de Romaña y, sobre todo, la reinterpretación de la sintomatología que hace de los casos que publicó hasta el momento, y que lo lleva a su tesis fuerte de la vía de contagio conjuntival, les permiten añadir a sus experiencias de laboratorio los signos clínicos del edema palpebral unilateral y la adenopatía concomitante, que según ellos no se han observado en Brasil, y darles una real significación a sus hallazgos de experimentales.

Como lo señala mordazmente años después Mazza (c. 1940: 22) en plena disputa, Días reemplaza con la referencia continua a la conjuntivitis esquitripanósica de Romaña la “falta de material propio de observación de esquitripanosis en Brasil, donde debe ser sin embargo frecuente”.

En un artículo de octubre de 1935, en ocasión de la Novena Reunión de la Sociedad de Patología Regional que tiene lugar en Mendoza, Mazza (1935b) insiste “Sobre el valor del edema palpebral de un solo lado para el diagnóstico de la forma aguda de la enfermedad de Chagas”.

En esa misma reunión sucede algo que años después Mazza ve como el inicio de sus diferencias con Romaña:

“A esta asamblea, dedicada en homenaje a la memoria de Carlos Chagas, fallecido el año anterior, concurrieron como delegados del Instituto Oswaldo Cruz, Evandro Chagas, hijo de aquel investigador, y Emmanuel Días. No obstante la presentación de los dos casos que nos ocupan, de San Juan, de los ya conocidos en Argentina, y de los 33 más, expuestos solo en el curso de la Reunión, que no demostraban sino excepcionalmente, existencia de ‘conjuntivitis esquizotripanósica’, los citados médicos, con un propósito desconocido, pero evidentemente con anterioridad madurado, sin aportación casuística personal, propusieron la designación de la manifestación oftálmica, como signo de uno de los médicos que habían seguido nuestras inspiraciones e instrucciones, aplicando los conocimientos recogidos de la fundamental enseñanza de Carlos Chagas” (Mazza, 1940).

Mazza se sorprende ante la iniciativa brasilera, pero no se distancia de Romaña, con quien sigue colaborando, y junto al cual publica un nuevo artículo al año siguiente (Mazza, Romaña y Parma, 1936: 31), en el que queda “confirmada la hipótesis de la penetración cutánea del *Schizotrypamun cruzi*”.

Es necesario remarcar dos cosas. La primera, que en este artículo se invierte el argumento de Romaña acerca de que la dificultad del contagio conjuntival durante el sueño explica el escaso número de enfermos; en este caso, se piensa que la puerta de entrada cutánea justifica la gran extensión de la enfermedad de Chagas, debido a las picaduras constantes de las vinchucas. En este argumento reside, quizás, la pertinaz oposición de Mazza a pensar que la enfermedad entra —mayoritariamente— por vía conjuntival: en la creencia, más tarde ampliamente confirmada, que la enfermedad es de una importancia epidemiológica central.

El segundo punto que queremos remarcar es aún más obvio. Romaña todavía piensa que la picadura es una buena alternativa frente al contagio conjuntival, como lo expresa en su primer artículo.

El distanciamiento

Aproximadamente a partir de ese momento comienza la enemistad manifiesta, que coincide con la aparición de los escritos de Días, en los que además de atribuirle a Romaña el descubrimiento de un signo patognomónico, expresa que debido a esto los casos encontrados por la MEPRA (es decir, por Mazza y sus colaboradores), y en los que se basa el reavivamiento en el interés científico por la enfermedad de Chagas, fueron descubiertos gracias a que presentaban el signo de Romaña.

La labor de Mazza deja, entonces, de tener valor propio para pasar ser subsidiaria de los hallazgos de Romaña.

Con razón dice Delaporte que se enfrenta a lo insufrible. No es él quien reactualiza a la enfermedad de Chagas. Su obra es secundaria. Lo importante es que un colaborador suyo, con el estudio de nueve casos —en los que él mismo intervino— llame la atención sobre un conjunto sintomático que piensa está ya presente en Chagas, para que se le atribuya todo el mérito.

Sin embargo, Mazza se comporta, más allá de sus exabruptos, en un contexto de discusión que es centralmente científico, además de histórico. A demostrar lo primero dedica grandes esfuerzos, quizás hasta su muerte, pues entiende que atribuir el llamado signo de Romaña a todos los pacientes agudos, oculta a la percepción del médico común los signos de las formas más graves de la enfermedad, aquellas que terminan con la muerte, y que pudieran salvarse si se utiliza a tiempo el medicamento 7602 Bayer, del que es el primero en comprobar una acción efectiva sobre la enfermedad.

No es que niegue la importancia de la identificación de un edema ocular unilateral para sospechar la enfermedad de Chagas, máxime si está acompañado por otros signos, tales como fiebre, taquicardia, decaimiento, etc.; niega que sea único, y única puerta de entrada de la enfermedad.

Desde el punto de vista científico, Mazza sostiene que la puerta de entrada, en un porcentaje importante de los casos, es la piel, y no la conjuntiva. En este contexto, el edema palpebral unilateral es secundario a la picadura, que habitualmente ocurre en la cara, cercana a los ojos, por ser la parte descubierta durante el sueño. Y la reacción conjuntival, si existe, es asimismo secundaria.

Desde el punto de vista histórico, afirma que no se trata de un descubrimiento, puesto el edema palpebral unilateral ya estaba descrito por Carlos Chagas.

No es nuestra intención resolver una discusión científica sobre la base de los escritos de la época (un historiador no resuelve un problema científico; lo hace la comunidad científica), pero sí lo es sentar las bases para comprender los puntos de vista en juego, más allá de las intenciones de sus protagonistas, que no fueron nunca percibidos como

irracionales, aun en medio de discusiones violentas, o de enconos personales. Posteriormente, veremos los puntos de vista actuales sobre la enfermedad de Chagas, y cómo la comunidad científica resolvió —salomónicamente— la disputa entre ambos investigadores.

En cuanto a las divergencias históricas, sabemos que la cuestión de las prioridades es uno de los problemas más ríspidos y comprometidos, ya que, como decíamos, involucra cuestiones de hecho y cuestiones conceptuales, de manera que en vez de un suceso puntual, se asiste a un proceso en el cual es dificultoso asignar primacías. Probablemente la solución consista en pensar que el conocimiento científico es una construcción colectiva con aportes desiguales a objetivos compartidos por parte de un conjunto de agentes históricos, sin héroes que cargan sobre sí todo el peso.

Es quizás esta perspectiva historiográfica la que nos separa más nítidamente de Delaporte. Donde Delaporte encuentra el rol privilegiado de Romaña, nosotros vemos el encuentro de una comunidad de investigadores que se apoyan mutuamente, en cuya organización el papel de Mazza es esencial. Donde ve que Romaña sigue por sus propios medios, sin vacilar, un camino nuevo, nosotros percibimos un sendero que recorre con otros, y precisamente gracias a que hay otros; que tiene idas y vueltas que resignifican lo anterior; que muestra como nuevo lo que no lo es, y en el que esta novedad se construye como tal en medio de simplificaciones que posteriormente terminan por legitimarla.

Los roles en la historia

Recordemos una vez más sus términos. De acuerdo con Delaporte, Romaña descubre el signo que lleva su nombre, y que consiste en un complejo sintomático óculo-ganglionar, consistente en una conjuntivitis unilateral, acompañada de edema de párpados, y adenopatía regional. Para Mazza, el edema unilateral de párpados está presente en los escritos de Chagas. Por lo tanto, Romaña no lo descubre. Mazza, que sigue las enseñanzas de Chagas, es quien le muestra el signo a Romaña, con el que hace sus primeros diagnósticos.

Básicamente, hemos visto que esto es así. Cuando recorremos las páginas del artículo de 1916 de Chagas, constatamos que en varias figuras, y en algunas descripciones, el paciente tiene un edema unilateral de párpados. Vemos en ellas lo mismo que en las fotografías de los artículos de Mazza y de los textos actuales sobre la enfermedad de Chagas: el signo de Romaña.

Podemos entender que Mazza ve en las fotografías lo mismo que nosotros, edema unilateral de párpados, y lo transmite a quienes lo escucharan hablar de la enfermedad de Chagas. Pero no aislándolo de los demás signos, sino como lo presenta el propio Chagas, mezclado con

la cara hinchada, los dos ojos edematizados, etc. No es cierto lo que dice Días (1939b: 969), de que la facies descrita por Chagas “no puede ser confundida con los edemas palpebrales más o menos localizados y acompañados por otros signos”. Nosotros mismos, cuando revisamos los casos, las confundimos. Niño, que es un fiel exponente del pensamiento de Chagas (en la lectura que hacen los investigadores argentinos formados por Mazza), expresa:

“el cuadro de la forma aguda se caracteriza por una serie de síntomas que tienen el sello de lo patognomónico: degeneración mucosa del tejido subcutáneo, dando al adema un carácter especial; edema localizado de preferencia en los párpados [...]” (Niño, 1929: 152).

Por eso cualquiera de ellos diagnostica correctamente la enfermedad de Chagas aguda al encontrarse con un paciente con edema unilateral de párpados, aunque no sepa que es tan frecuente ni tan significativo como se sabe luego.

Esto lo visualizó Romaña, a pesar de no ser patognomónico, no sea la conjuntiva su puerta de entrada privilegiada (en el decir de Delaporte, la única), no se acompañe de una supuración conjuntival, ni haya excluido tajantemente las lesiones tiroideas.

Este es el motivo por el cual el complejo sintomático del edema unilateral de los párpados, acompañado de una adenopatía satélite y una irritación de la conjuntiva, lleva justificadamente su nombre, y es puesto al pie de las fotografías de los pacientes con enfermedad aguda de Chagas, en todas las publicaciones que tratan el tema.

Mazza, por su parte, no fue un impostor. Fue uno de los fundadores de la parasitología argentina, el que más investigó y difundió todos los aspectos de la enfermedad de Chagas, sin dejar nada por fuera de su curiosidad insaciable, corroborando o refutando hasta el menor de los detalles. Muere, probablemente, de la misma enfermedad que combatió con todas sus fuerzas. Su proverbial mal carácter lo lleva a menospreciar a Romaña. Pero esto es un argumento ad hómitem, que no puede empañar su obra científica. Su nombre se une, merecidamente, al de Carlos Chagas, cuando se menciona a la tripanosomiasis americana.

Cuando atemperados los ánimos Romaña resume la historia y las características de la enfermedad de Chagas, sitúa en perspectiva histórica los aportes de su maestro, Salvador Mazza:

“Chagas pudo probar en juicio público célebre, la verdad fundamental del cuadro clínico que había descrito, pero hasta para el propio Brasil le faltaron datos que confirmaran su concepción epidemiológica. Recién años después comenzó a reconocerse que sus ideas fundamentales eran verdaderas. La reacción comenzó en la Argentina con el profesor Mazza a la cabeza de una falange

de médicos de tierra adentro a quienes había enseñado a descubrir la realidad del mundo patológico que los rodeaba. En 1934 me cupo la honra de llevar la aurora de esa verdad a la docta Academia de Medicina de Río de Janeiro y que, Chagas, entonces en el ocaso de su vida, la escuchara, allí donde había sido duramente combatido” (Romaña, 1958: 190).

La gran calidad humana de Romaña supera los antagonismos del pasado, y se refiere a Mazza como lo que es, el responsable de la reactualización de los estudios de Carlos Chagas.

El signo de Romaña se encuentra universalmente reconocido, y las divergencias nos parecen difíciles de comprender, más allá de las diferencias personales, en las que el característico mal carácter de Mazza debió ser un ingrediente importante.

Pese a Delaporte, Romaña no es el héroe que pinta. Ni Mazza un villano. La historia no está hecha por héroes o villanos, sino simplemente por hombres, con sus defectos y sus virtudes, que aciertan y se equivocan, pero que construyen con los otros esa estructura de pensamiento que los excede, y que es el conocimiento científico. Y no presenta siempre —al menos en las disciplinas biológicas— esos cortes nítidos que separan en otras ciencias las etapas sucesivas del conocimiento. Por lo contrario, su evolución semeja mucho más de lo pensado a la evolución biológica, en la que pequeños cambios sucesivos conducen a la transformación de lo conocido.

Habíamos cuestionado su enfoque historiográfico, pues no le permite reconocer la construcción colectiva del conocimiento científico, que se nutre de múltiples aportes, en los que un relato cuidadoso casi nunca permite aislar el momento exacto en el que aparece lo nuevo, ni el individuo que lo propone.

Pero más seria es su restricción metodológica a los escritos de la época, puesto que lo hace incurrir en errores científicos.

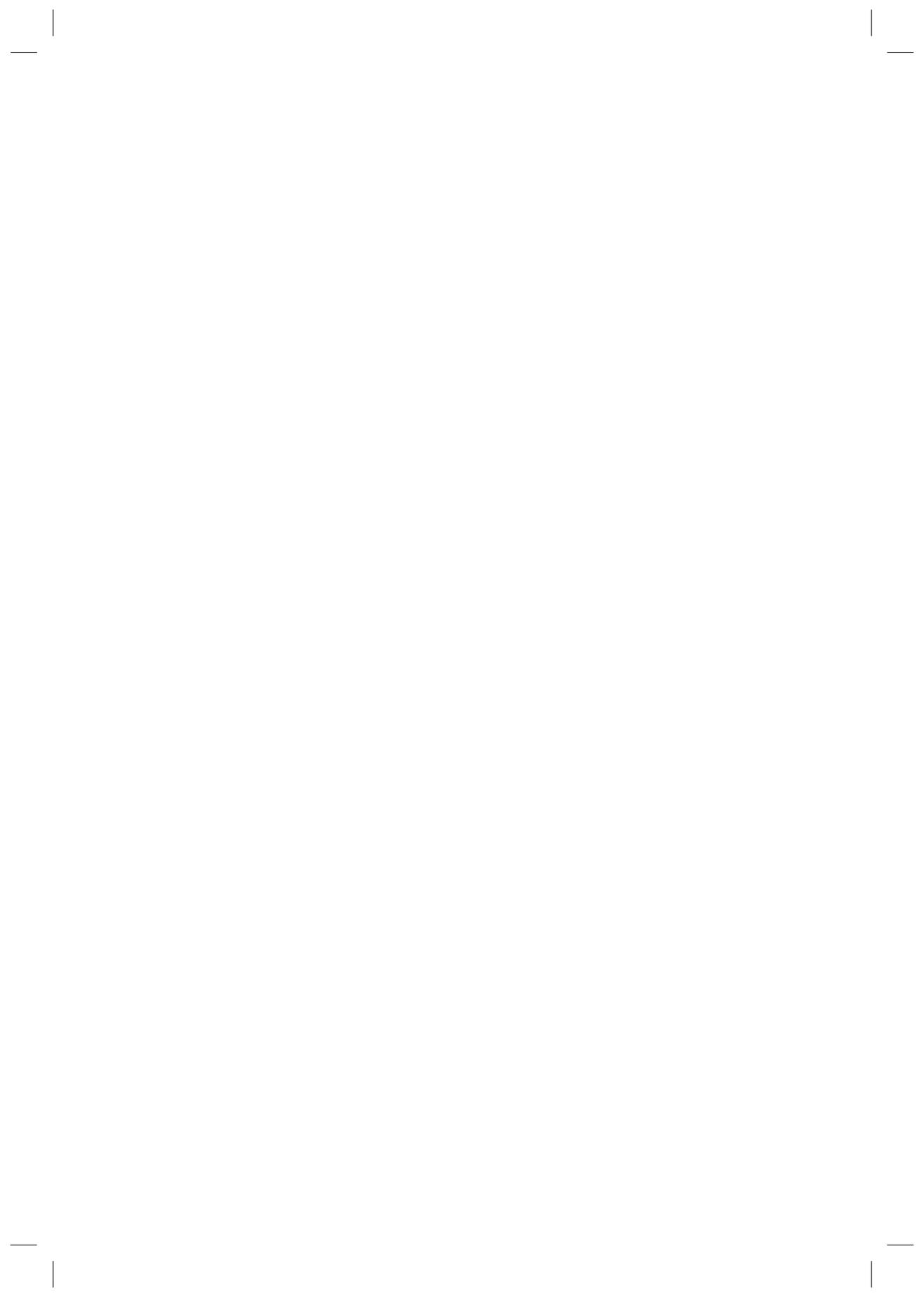
Por eso, el Chagas de Delaporte es brillante, informado, siempre provocativo, mas con falencias que es necesario rectificar, si intentamos comprender con la mayor precisión ese período sobresaliente de la historia de la ciencia latinoamericana, y el rol que jugaron, pese a todos los obstáculos, los hombres que construyeron el conocimiento actual de la tripanosomiasis americana.

Referencias bibliográficas

- AGUIRRE, Juan Alberto y JIMENEZ, Clodomiro. 1938. "Consideraciones de semiología radiológica sobre 168 roentgencardiometrías en la enfermedad de Chagas" 6°. *Congreso Nacional de Medicina, T. III* (Córdoba).
- BRUMPT, Emile. 1912. "Pénétration du Schizotrypanum cruzi a travers la muqueuse oculaire saine" en *Bulletin de la Société de pathologie exotique* N° 5.
- 1913 *Précis de parasitologie* (París: Masson).
- BENNETT, J. Claude y PLUM, Freed (eds.). 1996. *Cecil Textbook of Medicine* (20ª ed.), Sanders.
- CHAGAS, Carlos. 1941. "Tripanosomiasis Americana. Forma aguda de la enfermedad" en *MEPRA* N° 55.
- CHAGAS, Evandro. 1933. "Infection expérimentale de l'homme par le Trypanosoma cruzi" en *Comptes rendus de la Société de biologie* N° 115.
- 1935 "Infection expérimentale par le Trypanosoma cruzi chez l'homme" en *Comptes rendus de la Société de biologie* N° 118.
- CROWELL, Bowman Corning. 1923. "The acute form of American Trypanosomiasis: Notes on its Pathology, with autopsy Report and Observations on Trypanosoma Cruzi in Animal" en *American Journal of Tropical Medicine* Vol 3., N° 5.
- DELAPORTE, François. 1999. *La maladie de Chagas* (París: Payot).
- DIAS, Emmanuel. 1936. "O Signal de Romaña e os novos progressos no estudo da doenca de Chagas" en *A Folha Médica* N° 17.
- 1939a "O signal de Romaña na molestia de Chagas" en *Acta Médica* Vol. 3, N° 4.
- 1939b "O signal de Romaña e sua influencia na evolucao dos conhecimentos sobre a molestia de Chagas" en *Brasil-Médico* Año LIII, N° 42.
- KRAUSS, Rudolf, MAGGIO, C., y ROSENBUSCH, Francisco. 1915. "Bocio, cretinismo y enfermedad de Chagas (1ª Comunicación)" en *La Prensa Médica Argentina* N° 1.
- KRAUSS, Rudolf y ROSENBUSCH, Francisco. 1916. "Bocio, cretinismo y enfermedad de Chagas (2ª Comunicación)" en *La Prensa Médica Argentina* N° 17.
- MAGARINOS TORRES, C. 1935. "Patogenia de la miocarditis crónica en la enfermedad de Chagas", *Novena Reunión de la Sociedad de Patología Regional* (Mendoza).

- MAZZA, Salvador. 1935a. "Forma crónica cardíaca de la enfermedad de Chagas comprobada por inoculación en el Departamento El Carmen, Jujuy", *Novena Reunión de la Sociedad de Patología Regional* (Mendoza).
- 1935b. "Sobre el valor del edema palpebral de un solo lado para el diagnóstico de la forma aguda de la enfermedad de Chagas", *Novena Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional* (Mendoza).
- 1939 b. "Método de investigación de la epidemiología de la Enfermedad de Chagas. La viscerotomía cardio-hepática" en *La Prensa Médica Argentina* N° 50, 20 de diciembre.
- 1940 "Enfermedad de Chagas en San Juan. Consideraciones generales" en *MEPRA* N° 43, B, 20-35.
- MAZZA, Salvador y OLLE, Rodolfo. 1936. "Particularidades de dos casos de enfermedad de Chagas" en *MEPRA* N° 28.
- MAZZA, Salvador y ROMAÑA, Cecilio. 1934. "Otro caso de forma aguda de enfermedad de Chagas observado en el norte santafesino" en *MEPRA* N° 15.
- 1935 "Nota complementaria para la publicación N° 15, sobre un caso de forma aguda mortal de enfermedad de Chagas en el norte santafesino" en *MEPRA* II.
- MAZZA, Salvador y RUCHELLI, Alberto. 1934. "Comprobación de dos casos agudos de enfermedad de Chagas en Tinogasta (Catamarca)" en *MEPRA* N° 20.
- MAZZA, Salvador, ROMAÑA, Cecilio y PARMA, Bartolomé. 1935. "Un nuevo caso mortal de enfermedad de Chagas observado en el norte santafesino" en *MEPRA* N° 21.
- 1936 "Caso agudo de enfermedad de Chagas con lesión cutánea de inoculación" en *MEPRA* (Jujuy) N° 28.
- MAZZA, Salvador, ROMAÑA, Cecilio y ZAMBRA, Eduardo. 1936. "Comprobación de la lesión cutánea de inoculación en un caso de enfermedad de Chagas" en *MEPRA* (Jujuy) N° 28.
- NIÑO, Flavio. 1929. "Contribución al estudio de la enfermedad de Chagas o Tripanosomiasis americana en la República Argentina". Tesis de doctorado, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires.
- ROMAÑA, Cecilio. 1931. "Infección espontánea y la experimental del tatú del Chaco Santafesino por el *Tripanosoma cruzi*", *Séptima Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte*, (Tucumán).
- 1934a "Comprobación de formas agudas de tripanosomiasis americana en el Chaco austral y santafesino" en *MEPRA* N° 14.
- 1934b "Comprobación de formas crónicas cardíacas de tripanosomiasis americana en el norte santafesino" en *MEPRA* N° 14.

- 1934c “Nuevas comprobaciones de formas agudas puras de enfermedad de Chagas en el norte santafecino” en *MEPRA* N° 20.
 - 1935a “Dos casos agudos más de enfermedad de Chagas en el norte santafesino” en *MEPRA* N° 21.
 - 1935b “Acerca de un síntoma inicial de valor para el diagnóstico de forma aguda de la enfermedad de Chagas. La conjuntivitis esquizotrypanósica unilateral. (Hipótesis sobre puerta de entrada conjuntival de la enfermedad)” en *MEPRA* N° 22.
 - 1935c “Tripanosomiasis americana y bocio endémico. Estado actual de la cuestión” en *La Semana Médica*.
 - 1939a “Reproduction chez le singe de la conjontivite schizotrypanosomienne unilatérale” en *Bulletin de la Société de pathologie exotique* N° 32.
 - 1939b “Le parasitisme des cellules épithéliales de la conjonctivite du singe” en *Bulletin de la Société de pathologie exotique* N° 32.
 - 1945 *Qué es la enfermedad de Chagas*, Instituto de Medicina Regional, Universidad Nacional de Tucumán, Publicación 382.
 - 1958 “La enfermedad de Chagas, problema social americano. Cómo resolverlo” en *Anales de sanidad* Año I, N° 3 y 4.
 - 1963 *Enfermedad de Chagas* (Buenos Aires: López Libreros).
- WORLD HEALTH ORGANIZATION (WHO). 1995. “Chagas disease”, *Tropical Disease Reaserch. Progress 1974-94. Highlights 1993-94* (Ginebra).



Psicoanálisis y epistemología: aportes a un encuentro demorado

René Epstein

René Epstein. Psicoanalista (APdeBA), especialista en Psiquiatría. Profesor adjunto de Epistemología (profesor titular: Félix Gustavo Schuster) del Instituto Universitario de Salud Mental, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Investigador (Cons. Asesor para la Investigación, Asociación Psicoanalítica Internacional). Co-coordinador (Com. de Investigación, Federación Latinoamericana de Psicoanálisis). Ex vicerrector administrativo del IUSAM, APdeBA. Ex investigador del CONICET.

Introducción

Conocí a Félix cuando aún era difícil predecir que nuestros caminos volverían a cruzarse o, más aún, a encontrarse. Ambos éramos estudiantes universitarios avanzados, él de filosofía y yo, de medicina. Yo estaba aprovechando una posibilidad creada en aquella época (hace casi cincuenta años): como alumno de la UBA, con una autorización del profesor, se podía cursar cualquier materia en cualquiera de las facultades. La autorización me la dio Mario Bunge, y fui discípulo de Félix en “Filosofía de la Ciencia” (¿se llamaría así? Nunca pedí el certificado).

Se trataba de un curso con gente muy interesada en el tema. En aquel momento mi objetivo era ampliar mi formación pues me estaba orientando hacia la investigación científica antes de recibirme de médico. Estuve instalado en la investigación durante varios años. Pero luego, las circunstancias (bastante obvias, en 1975 en nuestro país no había mucho margen para esa actividad) y otras razones, más personales, me llevaron a convertirme en psicoanalista.

Estoy escribiendo estas líneas pues la persistencia de mis intereses por la investigación y la epistemología, reactivados desde y dentro del psicoanálisis, determinaron nuevos encuentros con Félix, incluso ahora con proyectos en común, desde el IUSAM, el instituto universitario creado por los psicoanalistas de la asociación a la que pertenezco¹.

Esta cercanía y estas circunstancias de más cercanía, me permitieron y permiten volver a apreciar la forma de ser de Félix, tan amigable, tal como la recordaba desde aquel entonces. Así que me sumo gustoso y agradecido a este homenaje.

Vayamos entonces a algunas de las consideraciones y reflexiones que he ido desarrollando sobre el psicoanálisis y la epistemología, desde las enseñanzas de Gregorio Klimovsky, imposibles de obviar, y los diversos encuentros con Félix, sus ideas y sus escritos.

Consideraciones

Ciencia

La repetición de un fenómeno o la posibilidad de hacer que un fenómeno se repita es condición de la posibilidad de crear conceptos universales. Es una expresión de la regularidad de la naturaleza o, más bien, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos de la naturaleza. Ello permite esos “universales”.

Unimos los conceptos en generalizaciones abarcativas y así se constituyen las teorías. Cierta nivel de generalidad y un mínimo conjunto de teorías crean la posibilidad de que lo que estemos considerando pueda ser pensado como una ciencia. Las teorías tienen distintos niveles de generalidad y grado de abstracción, según el fenómeno —o el aspecto del fenómeno— que describan.

Va de suyo entonces que una de las cuestiones que hace diferencia entre ciencias es que sus objetos de estudio sean repetibles o reproducibles, o repetidos. En el extremo opuesto, tenemos objetos de estudio de repetibilidad aleatoria o, aún, quizás imposible, más bien singulares.

1. Instituto Universitario de Salud Mental de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

Además, siempre habrá repeticiones cualitativamente no cuantificables; permítaseme esta contradicción dialéctica, desde el punto de vista de no mensurables, intemporales o imposibles de ser determinadas en cuanto a su persistencia.

Esta diferencia, tomada como criterio suficiente, hizo por un largo tiempo que muchos fenómenos se descartasen como objetos epistemológicos al considerarlos no pasibles de ser estudiados de un modo científico. En particular, la falta de reproducibilidad no permitía “producir” la justificación, y la falta de cuantificación impedía la determinación del “grado de veracidad” de lo repetido.

Pero esto ya no es así: los parámetros temporales del fenómeno a estudiar ahora definen más bien cuestiones significativas pero del orden de lo metodológico, no de lo ontológico. Por lo tanto, no se constituyen ni en razones ni en cuestiones técnicas que descarten una aproximación científica.

En otros términos: la cuestión de la ciencia está avanzando desde que aparece una “[...] capacidad de articulación y de bajar las armas [...] entre las metodologías cuantitativas y cualitativas [...] entre las epistemologías llamadas naturalistas, explicativas y las epistemologías llamadas antinaturalistas, comprensivistas, interpretativas” (Federico Schuster, 1995: 15).

¿A qué llamamos “científico”? A una actividad que hace del “requerimiento de precisión de los enunciados y rigor de los procedimientos” una base común, “independientemente de las diferencias disciplinarias propias de cada caso”, junto a la “posibilidad de brindar explicaciones acerca de los fenómenos, sucesos o enunciados legales” con métodos que “constituyen un instrumento idóneo que aporta al conocimiento de la realidad que se investiga” (Félix Gustavo Schuster, 1997: 57-58).

Teoría psicoanalítica

El *inconsciente* es un fenómeno o estructura que se repite de sujeto en sujeto, así como la *psicogénesis*, nombre que podemos dar al proceso de desarrollo de la mente o del psiquismo, esencialmente función de las relaciones del niño con las figuras fundamentales de su entorno. En su decurso se constituye la base de los vínculos interpersonales, un conjunto más o menos integrado de formas relacionales que subtiende todos los nuevos vínculos que cada sujeto vaya estableciendo. Llamamos “*transferencia*” a la base relacional que producen esas formas.

La existencia de este moldeado es el fundamento del tratamiento psicoanalítico de lo mental. Existe la posibilidad de producir una mayor o menor transformación de ciertos aspectos del psiquismo de cada sujeto, por medio de la “aplicación” de la “interpretación psicoanalítica”. Instrumento *princeps* de la acción terapéutica en el campo del vínculo psicoterapéutico (definición ultrasintética), la interpretación relaciona

la transferencia con lo que el paciente está viviendo, con lo que está en acto, y abre así el camino a que este haga “reconsideraciones” de la misma.

Los tres fenómenos mencionados constituyen los universales básicos de la teoría del psiquismo desarrollada por Freud, que también define un concepto límite de la individualidad (del sujeto): su diferenciación de lo biológico a través de la idea de *pulsión*, aquello de lo biológico que es el “motor de desarrollo” de lo psíquico.

El reconocimiento de esos fenómenos repetitivos y fundamentales da la base para pensar al psicoanálisis como una ciencia. Pero falta subrayar algo más: se trata de una ciencia con *múltiples aspectos productivos* que exceden la terapéutica. Y una clínica que por sus características propias, idiosincrásicas, está en situación de nutrir, *last but not least*, como todas las ciencias, no solo al campo de la metodología de la creación de los conocimientos realistas, objetivos, sino también al de la epistemología.

A fin de afianzar estos puntos de vista quiero subrayar dos cuestiones.

En cuanto a la repetición. En el interior de la teorización psicoanalítica clásica la “repetición” tiene un lugar, pero es pensada centralmente como la “compulsión a la repetición”, de importancia crucial en lo patológico. Lo que no se tiene en cuenta con claridad es que la repetición funciona como base de la existencia psíquica de un sujeto, de sus rasgos identificatorios, valga la redundancia. Freud, en su desarrollo teórico, insistió en aquella, centrado en lo que debía ser abordado por lo terapéutico: la repetición de lo “displacerero”, instaurada en el individuo mismo.

En su momento, la compulsión a la repetición fue un hallazgo no solo científico sino también ideológico. Signó, de otro modo más, la complejidad de lo psíquico en general y, por ende, de la complejidad de la naturaleza en particular, valga esta otra contradicción aparente. Con ello quedó afectada la linealidad de las ideas. En nuestro caso, en cuanto a salud, enfermedad y síntoma, en un desarrollo que no cesa de completarse.

Pero la repetición de o en lo psíquico es un fenómeno general. En el tan conocido *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (1971), en el apartado sobre “Compulsión a la repetición”, se menciona una postulación de D. Lagache sobre la posible “necesidad de repetición” como algo radicalmente distinto y más fundamental” que la “repetición de las necesidades”. Es decir, la repetición de una regularidad empíricamente detectable, con un lugar explícito en nuestra disciplina. Aún hoy este aspecto de lo complejo, de las dos repeticiones, es poco considerado teóricamente, en particular en el propio campo psicoanalítico.

Y considérese entonces esto otro: el sujeto es no solo una singularidad, sino también un conjunto de repeticiones. Es decir, tiene una generalidad que es propia, personal o individual, además de sus características psíquicas generales, y momentos de “singularidad circunstancial” o “microsingularidad”.

Disciplina psicoanalítica

Ya en 1922 Freud promovió una sistematización de los diversos aspectos de lo que se denomina “psicoanálisis”. Define al psicoanálisis como:

- “1. [...] un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas [...].
2. [...] procedimiento para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías [...].
3. [...] intelecciones psicológicas [...] que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica [...]” (Freud, 1922).

Práctica, aplicación y, si así lo aceptamos, justificación y descubrimiento: la clásica postulación de contextos introducida por Reichenbach.

Lo usual es que se restrinja la “disciplina psicoanalítica” al contexto de aplicación, a la práctica de un conjunto de conocimientos organizados que se materializa sobre la base de una norma más o menos codificada: la terapéutica (ver Wallerstein, 2005a, b; Epstein, 2005). Al no incluirse como necesarios todos esos aspectos, se genera una carencia gnoseológica, dentro y fuera del ambiente psicoanalítico.

Abordar este tema está para ser incluido en las nuevas formas de considerar la tarea de lo epistemológico. Lo que no se visualiza es la acepción del término “disciplina” en el sentido de “disciplina científica”, lo que implicaría la inclusión de toda la actividad, todas las acciones que se generan desde el “objeto de estudio”, verbigracia, a partir del “paradigma” (o, más bien, la “matriz disciplinaria” en los términos del Kuhn de la “Posdata: 1969”).

Algunas de las interminables discusiones, dentro del campo psicoanalítico y fuera del mismo, surgen de desconsiderar estas dos versiones posibles de nuestra práctica, ocultando de hecho sus significaciones. Contradictorio con la complejidad y la forma de pensamiento propia de la tarea que se desarrolla en el momento clínico, esta restricción es promovida, a mi juicio, por ciertas características de la idiosincrasia de la práctica clínica del psicoanalista; en particular, ciertos aspectos de lo “asocial” de la misma, por el “aislamiento” en que el psicoanalista realiza su tarea (ver Epstein, 2004a).

Se agregan las influencias de una cultura también disociadora, que ayuda a los abroquelamientos. Se abreva inconscientemente en las ideas de una “medicina basada en la propia evidencia” (valga esta paráfrasis que creo muy significativa en cuanto se termina abjurando de la teoría).

El afán de establecer pautas incontrastables produce afirmaciones contradictorias y opuestas, excluyentes, no complementarias. La búsqueda de preeminencias al abrigo del poder de las palabras termina instrumentando al positivismo en una forma más o menos inconsciente. Se genera una argumentación que no tiene el valor de tal. La potencialidad esteriliza lo que se podría desarrollar, por ejemplo, siguiendo la

teorización de Toulmin (1958: 5): “todas las teorías tienen atractivos claros, y defectos indiscutibles”, para luego sostener: “[...] la cuestión central es cómo nos disponemos y analizamos argumentos a fin de que nuestras determinaciones sean lógicamente cándidas [...] La forma de análisis a la que se arriba es decididamente más compleja que la que los lógicos han comúnmente utilizado [...]” (Toulmin: 1958: 9).

Ya anteriormente consideré que esta metodología podía además fundamentar una contrastación entre teorías (Epstein, 2003). Y en nuestro campo no realiza siquiera la operación dialéctica psicoanalítica de considerar lo que llamamos “el sentido antitético de las palabras”, que también puede ser un punto de partida para conceptualizaciones complejas.

Una situación al interior de la disciplina psicoanalítica, que suele ser muy aprovechada por sus detractores, es la existencia de lo que se llama el “pluralismo teórico”.

Ha habido recientemente una polémica muy representativa entre dos destacados psicoanalistas: Green (2005) sostiene que Wallerstein (2005a, b) usa la postura del pluralismo para ubicarse justamente en la idea de la disciplina restringida a una práctica, disminuyendo las “distancias” dentro del campo psicoanalítico. Y esto es así, pero las características de las “distancias” apenas se estudian. En esta polémica no resuelta, entre otras carencias aparece el desconocimiento, también propio de la cultura, de los diversos niveles de generalidad de las teorías, de las conceptualizaciones, etcétera².

La realidad práctica muestra que las diversas teorías psicoanalíticas confluyen o convergen. Es frecuente que los psicoanalistas supervisen a sus pacientes con colegas de posiciones “teóricas” diferentes de las propias con el objetivo manifiesto de “enriquecer su clínica” (ver Epstein, 2005). Reconocer esta realidad, ese dato fundamental de la cotidianidad del “contexto de aplicación” para incluirla en la discusión provocada por el “pluralismo”, sería un valioso punto inicial: se partiría, precisamente, desde las necesidades metodológicas de la práctica. La falta de teorización al respecto marca con crudeza las diferencias entre las posiciones “desde la práctica” y las posiciones “desde la ortodoxia”, que tantas veces generan contraposiciones abstractas.

Creo que vale la pena señalar que en las posturas mencionadas se juega en muchos casos otra falta de claridad acerca de lo propio de “los psicoanalistas” y de lo propio del “psicoanálisis” (v. Epstein, 2007).

2. Bernardi (1989) habla de distintos paradigmas al interior del psicoanálisis, y en los hechos también se afina en la exégesis de la práctica generada desde diversos autores (Freud, Klein y Lacan). Falta la comparación de los “objetos psicoanalíticos” desarrollados por cada uno de los autores, y quedan de lado, por ejemplo, las diferencias de niveles de abstracción.

El “pluralismo teórico” es un lugar contradictorio de nuestro campo disciplinario; dadas tantas otras convergencias de hecho, además de la mencionada, adquiere una gran trascendencia, pero como una contradicción diferente de las mencionadas por Federico Schuster en la cita sobre metodologías y epistemologías.

Reflexiones para una epistemología psicoanalítica

El desarrollo de conceptos, posiciones y niveles epistemológicos ayudará a afianzar el psicoanálisis en tanto disciplina científica, superando lo que los psicoanalistas “en ejercicio” en general están dispuestos a admitir. Plantea un enfrentamiento con la preferencia de verlo solamente “recertificable” por medio de la clínica, aunque esta no diferencia los aspectos gnoseológicos y los pragmáticos, la teoría y su uso, como ya lo señalara: la restricción es “desde la clínica y para la clínica”.

Ello dificulta la vinculación de nuestros conocimientos con el conocimiento general, y termina poniendo en juego solo los aspectos más bien idiosincrásicos y sociales de la profesión, no tanto su inserción en la cultura. La aparición de la epistemología es vista como complicando el panorama de la producción de conocimientos, por determinar un alejamiento de la clínica. Se desconoce que la idea de disciplina científica da mejores condiciones para estudiar discriminadamente las características propias: las fortalezas y las debilidades de la teoría psicoanalítica, y, más allá de la terapéutica, su desarrollo y aplicación en general.

Al convertirse este aferramiento en “signo patognomónico”, da pie a que los “estudiosos” piensen que el psicoanálisis, en el mejor de los casos, es una *vue d’esprit*. El involucramiento que conlleva genera un aspecto personal con formas “pasionales”, las que pueden “contagiar” a los observadores extradisciplinarios (Epstein, 2004a). El descuidar los temas epistemológicos propiamente dichos oculta que ambas “parcialidades” ponen en juego eludir la realidad y la objetividad desde el punto de vista del conocimiento.

Pensemos que un cambio tal como el propuesto, de considerar estas dos formas de la disciplina, la “práctica” y la “científica”, también aportará inevitablemente a la epistemología. Un buen punto de partida es repensar la triple definición freudiana.

Dentro de un espacio de disciplina científica cabe mejor el “pluralismo teórico”; nos lleva a una inserción de presunciones ontológicas, metodológicas, lógicas y terminológicas (ver Schuster, 2000: 27-28), y renueva la “empresa de adquirir conocimientos”. Más aún, dará lugar pertinente al “pluralismo metodológico” (Schuster, 2000: 27) y a la postura de los “recaudos metodológicos” (Schuster, 2001: 223).

Félix, en la mesa redonda que acabo de citar, plantea las cuestiones vinculadas a disciplinas con un conjunto muy numeroso de términos teóricos. También formula la existencia epistemológica general de una

zona determinada, la de la relación entre términos teóricos y observacionales, lo que llama “intermediarios mixtos”. Recuerdo el pintoresco comentario, tan propio de él:

“Freud sabía que no se puede bajar zumbando de lo teórico a lo pretendidamente observacional, ni subir como un balazo de lo observacional a lo teórico. Hacen falta siempre intermediarios” (Schuster, 2001: 222).

Esta zona intermedia en nuestra disciplina es un lugar especialmente fructífero si se la puede abordar sin necesidades de solución inmediata. Incluye al “pluralismo teórico” como un nivel en que los “términos teóricos” se vuelven útiles, instrumentales. A pesar de ser una de las características que alimenta el enfrentamiento más clásico del psicoanálisis con las ciencias, y en particular las “duras”, la ya señalada convergencia (en las supervisiones entre colegas), su cuño “naturalista”, marca una característica a estudiar, propia del contexto de aplicación. En Epstein y Murillo (2002) se ha postulado que es más adecuado hablar de “esquemas referenciales” y no de teorías, siguiendo la idea de “Esquema Conceptual, Referencial y Operativo” de Pichon Rivière, que subraya la práctica. Pero si se tienen en cuenta los distintos niveles de generalización, como paso intermedio podría partirse no de la idea de “pluralismo teórico”, sino de otra, la de una “multiplicidad teórica” (Epstein, 2007).

Federico Schuster (1995) nos alienta señalando:

“[...] se genera un diálogo sumamente interesante que si bien todavía [...] no ha logrado quitarle a la epistemología este carácter de disciplina normativa, rígida y formal, [...] está permitido [...] un encuentro que en lugar de partir de lo que las ciencias sociales debieran ser [...] parte de lo que las ciencias sociales son [...] un análisis de qué es lo mejor [...] que han podido producir y dónde han estado los conflictos, los problemas, las dificultades de la tarea [...]” (Federico Schuster, 1995: 12).

La única modificación a introducir sería ampliar a todas las ciencias humanas (Schuster, 2005, nota 4, citando a Rabossi).

Encontrarse con una disciplina polifacética, de metodología o epistemología idiosincrásica, tal como lo es el psicoanálisis, y limitarse a una posición positivista parece un abordaje imposible, casi por definición. La cuestión es escapar de las posiciones tradicionales, no solo las monádicas sino también las diádicas. Freud (1915: 178) plantea su “*metapsicología*” acerca de la profundidad de las hipótesis teóricas sobre los procesos psíquicos sobre la base de una descripción en sus “*aspectos dinámicos, tópicos y económicos*”, es decir, un sistema de tres términos.

Lo promisorio de los enfoques más recientes de la “sociología de la ciencia” es la inclusión significativa del contexto de aplicación: Félix lo plantea tan nítidamente cuando en línea klimovskiana dice que “la

práctica es la piedra de toque de todo el conocimiento científico” (Schuster, 1995: 79), con lo que nos encontramos teniendo que organizar también tres contextos en lo epistemológico, con un nuevo enfoque del problema de la justificación de la hipótesis teóricas.

Freud (1926: 238) ha dicho “solo quiero prevenir que la terapia mate a la ciencia”. Desde el psicoanálisis definido por Freud tenemos una situación que alude a los diversos aspectos de la posibilidad de “*producir* conocimiento aceptable”³, organizado y realista o materialista, agregaría yo.

Bajo el modelo de los contextos se puede ordenar una aproximación a los diversos aspectos de nuestra disciplina. El desarrollo de sus conceptualizaciones no se ha dado a través de una complejización progresiva a partir de la teoría original. Abreva fundamentalmente en un contexto de descubrimiento de multiplicidad de singularidades, constituidas en y desde el marco del contexto de aplicación *princeps*. Es el psicoanálisis de la clínica terapéutica. Las singularidades de los pacientes y las de “sus” analistas, llevaron a un cuadro teórico multicéntrico y arborizado, y ello ha tenido que ver con el llamado “pluralismo”, idea que nos seduce por su tinte democrático.

Creo que esta imagen debe reconsiderarse cuidadosamente: las ramificaciones se producen a diversos niveles del tronco de lo más general de la teoría; y requieren ser estudiadas sin confusiones⁴, para que las distintas “posiciones” puedan abordarse sin prejuicios, lo que no tiene que ver con una posición democrática, sino con una postura científica.

Podemos pues pensar al psicoanálisis con el “engrama” o la “matriz disciplinaria” de una epistemología actualizada. Surgirían así todas, o al menos una mayoría, de sus peculiaridades.

Por ejemplo: en el momento terapéutico del psicoanálisis los contextos de descubrimiento, el de aplicación y aun el de justificación se constituyen casi como un conjunto único, desde ya por la “estrechez” de lo temporal. Esta confluencia abre justamente otra cuestión, a mi entender, de vasto alcance metodológico; tomemos por caso, por empezar, el de las diferencias y/o semejanzas gnoseológicas generadas según la relación temporal, entre la temporalidad del proceso a observar y la del proceso del observador y el de la observación. (Esto a mi juicio nos sugiere toda una línea de cuestiones epistemológicas del orden del método.)

Me parece el momento adecuado para traer a colación consideraciones ya presentadas en un congreso interno de nuestra asociación (Epstein, 2004b). Sobre la base de la descripción que hiciera Etchegoyen

3. En Hidalgo (2000: 41).

4. En nuestra asociación hay colegas que han comenzado un trabajo de esta índole: Krakov (1998); Rotenberg (2006).

(2000) del trabajo en sesión⁵, creo que se puede afirmar que “el ejercicio de la interpretación en sesión [...] es lo que determina básicamente el aspecto hermenéutico de la actividad del psicoanalista”.

Pero no hace del psicoanálisis una disciplina hermenéutica. Acordando con que la interpretación “es objeto de una constatación o una verificación en el seno de la misma sesión” se impone que esta operación ubica a la interpretación en la posibilidad de ser considerada no solo verosímil, sino también objetiva. La materialidad del conocimiento, lo performativo de la interpretación, que se vuelve un instrumento, sostiene esa objetividad posible

Es así que en la “investigación” psicoanalítica, en la aplicación del psicoanálisis, se produce un situación que se puede plantear como aquella en la que una actividad interpretativa encuentra una base científica para “la utilización del método hermenéutico” (Epstein, 2004b). En esas circunstancias, la de los aspectos pragmáticos o instrumentales del proceso de la “investigación psicoanalítica” freudiana, la verificación adquiere una fuerza heurística más cercana a la de una falsación. Además, también es puesta en juego a existencia de hipótesis alternativas, y aun, de contrafácticos.

Decía anteriormente:

“[...] la actividad hermenéutica, interpretativa, del psicoanalista, que tiene más que un fuerte andarivel en común con la actividad y la metodología hermenéutica en general, convierte a esta metodología [...], en la sesión, en una actividad de efectos objetivos [...], y verifica que la interpretación ha sido no solo narrativa sino también explicativa [...]” (Epstein, 2004b).

La interpretación, método hermenéutico, creadora de conocimiento sobre el sujeto, puede ser verificada o falsada, en cuanto a su verdad, verosimilitud y objetividad y por vía del “método científico”.

Pero su carácter interpretativo tiene una característica especial: en el “tratamiento se configura una hermenéutica *en proceso*”, ya que “una persona no es un texto” (Epstein, 2004b). En nuestro caso, el paciente es un “texto vivo”, que “toma cuerpo” en la sesión.

5. Afirma Etchegoyen: “la interpretación es en sí misma un acto [...] singular, que consiste en proponer al analizado una hipótesis de lo que el analista piensa que está activo en el inconsciente del analizado para que él la testeé”, hipótesis que ha sido “deducida”, según este autor, de conceptos psicoanalíticos generales, aunque nos advierte que se trata de una “situación ideal”. Y más luego: “la repetición transferencial le ofrece al analista la posibilidad de testear una y otra vez sus hipótesis. A veces la transferencia repite una determinada configuración... tan cumplidamente que asume la forma de verdadero experimento” (Etchegoyen: 2000: 14, 11, 12).

Por otra parte, el status nascendi del paciente en sesión no es total. Es parcial. También podemos decir, por lo de la repetición, que es una nueva versión, o mejor dicho, una versión actual del sujeto, hay un status nascendi parcial. Por otra parte, el discurso del mismo es su versión “hermenéutica particular”, su “interpretación actual” de su “texto repetitivo”, y la interpretación “hermenéutica” que el analista en sesión hace de ese discurso, de esa interpretación, promueve que ese texto se modifique⁶.

Lo que “justifica” la validez de una interpretación produce un curioso encuentro entre “justificación” (o sea, lo más normado de la ciencia) y “entendimiento” (lo más valioso de la hermenéutica), en este proceso que pienso microepistemológico por diferenciarlo de la descripción macroepistemológica de la disciplina (Epstein, 2007).

Dentro de nuestro campo disciplinario se va desarrollando una incipiente y aún poco clara investigación empírica. Con ella, el enfrentamiento se ha deslizado hacia los desacuerdos de los metodólogos duros de la investigación empírica, opuestos a quienes se avienen a las necesidades de una investigación empírica de “especímenes” complejos. Hablo por ejemplo de la oposición entre investigación cuantitativa y cualitativa (ver Kazdin, 2006: 93).

Por el contrario, en el polo de los psicoanalistas, la posición es el descrédito de todo intento de ese orden, con el argumento de la imposibilidad de aprehender lo complejo: curioso acuerdo en contra de una investigación ampliada.

Jiménez (2006) llama al conocimiento psicoanalítico un desarrollo “apilado” de “inductivismo enumerativo” lo que resalta, además, la fragmentación teórica por falta de una metodología capaz de producir comparaciones. Este autor plantea tratar de evitar un aislamiento de la profesión, diciendo que los criterios de la “salud mental basada en la evidencia” orientan un movimiento hacia la integración del psicoanálisis, ya sugerida por otros, en centros de investigación y academia.

Según mi manera de ver, esta postura no discrimina el problema entre las calidades propias de la tarea del psicoanálisis y la de los psicoanalistas; propone como crucial el agregar la práctica de la investigación empírica y el desarrollo de una coherencia interdisciplinaria. ¿Esto no sería un nuevo empirismo, un deseo de un holismo teórico, que desembocaría una vez más en la cuestión del ejercicio terapéutico como actividad princeps, por no decir única?

6. Quizás la postura metodológica de esta parte de nuestra disciplina se corresponde con el modelo del “programa de investigación” de Lakatos (1983:67): “hay que exigir que cada etapa de un programa de investigación incremente el contenido de forma consistente”.

Decía anteriormente: “El tema epistémico es congeniar el espacio del conocimiento desde lo individual y para lo individual que surge en la sesión, y el del conocimiento de lo general que se construye por fuera de la misma” (Epstein, 1998).

Lo general, lo universal, que se construye fuera de la sesión es una serie diversa de generalidades. No queda claro en nuestra disciplina, y naturalmente no está teorizada por ahora, la relación metodológica y lógica entre una singularidad y varias singularidades (o generalidades, según desde donde se lo quiera enfocar). Por ejemplo, entre conjuntos de distintos tipos de pacientes, entre conjuntos de las categorías de lo psíquico, etc. Y, por si fuera poco, se podría pensar en las generalidades del conjunto de los pacientes que trata un clínico, si pensamos en la singularidad de la relación que este, a pesar de todo, ha de establecer, ya solo por el “pluralismo teórico” que anida en cada terapeuta.

Tampoco queda claro, como lo señalara en relación con la repetición, que en cada sujeto funciona un conjunto de categorías de lo psíquico, que se reúne a su vez de un modo general, conjunto propio de él, y que tiene expresiones y características singulares. Tengamos presente, sin embargo, que ese “conjunto propio” ha permitido desarrollar toda una sistemática de investigación empírica de proceso y de resultados psicoterapéuticos, la metodología del “caso único” (ver Kazdin, 1994).

Aquí vuelve a surgir una pregunta ya sugerida más arriba: un agrupamiento tal de determinaciones o determinantes causales, ¿puede ser abarcado por un modelo de pluralismo metodológico o necesitará además una lógica que, desplegada o sobreentendida, permita ubicarse en una posición no positivista, que considere las contradicciones en forma dialéctica, no como excluyentes sino como complementarias, con un proceso o una metodología de pensamiento “en proceso”?

Un psicoanalista hace esto en la sesión para entender e interpretar, descubriendo, actuando o “aplicando” y observando el resultado, que justifique la objetividad (relativa, no dejemos de subrayarlo) ontológica de lo descubierto y hecho.

Se ha dicho que es “imprescindible para cualquier psicoanalista, como mínimo, una doble posición como si fuera entre dos perspectivas, una necesariamente basada en Freud, y una segunda perspectiva, por lo menos posfreudiana o incluso extrapsicoanalítica”, fundamentado esto por las dificultades propias del psicoanálisis, “para abarcar cierto orden de imposibilidad” (Peskin, 2001: 227-228). Creo que es necesario subrayar una vez más que la imposibilidad es de los hombres psicoanalistas y no del psicoanálisis. La presente sujeción a la clínica dificulta aceptar la imposibilidad de que una teoría, o mejor dicho, para ser más sofisticados, que una teorización, pueda dar cuenta de una totalidad. Las exigencias de la práctica dificultan notablemente “reconocer” la existencia del teorema de Goedel, a pesar de que el campo clínico sea el de una singularidad. Y el positivismo hace lo suyo. Mucho se podría

aprovechar aquí una metodología lógica con un desarrollo tal como el de las contradicciones principales y secundarias.

La insistencia de los psicoanalistas en reafirmar su disciplina desde la clínica determina una posición metodológica que en definitiva pone al contexto de aplicación como el punto de anclaje más importante del psicoanálisis. Además, como acabo de plantear, es real que en su ejercicio se genera también el contexto de justificación. Freud lo señala: el hacer consciente lo inconsciente, la primera acepción del psicoanálisis, es el medio de producir una aplicación transformadora, la segunda acepción freudiana, y por lo tanto justificada.

La metodología de la producción de la teoría debe diferenciarse:

- a. en cuanto a la producción de los conocimientos sobre el individuo, es decir, de conocimientos de lo individual, que se realiza en la sesión y que tiene características propias, que se asemeja a lo propio de la hermenéutica;
- b. en cuanto a los conocimientos generales de lo psíquico, cuyo proceso de producción tiene características semejantes a los correspondientes a la producción de conocimiento científico usual.

Esta doble relación entre el contexto de aplicación y el contexto de descubrimiento incluye distintos lugares para el contexto de justificación. El más general está vinculado a las aplicaciones no clínicas y las posibilidades de una investigación empírica. Pero en el caso de la actividad clínica, lo que mencionara como microepistemológico, se presenta una situación que al ser absolutizada ha llevado a la confrontación ciencia-hermenéutica cuando en realidad estamos ante una circunstancia superadora de la misma.

El lugar del psicoanálisis

Freud sostiene: “El uso del psicoanálisis para la terapia es solo una de sus aplicaciones; quizás el futuro muestre que no es la más importante” (Freud: 1926, 232).

Es necesario considerar una diversidad de circunstancias históricas. Por ejemplo, justamente las dificultades para encontrar una filosofía común entre las ciencias naturales y humanas en cuanto a lo que es material y objetivo.

Hasta que los conceptos de la teoría psicoanalítica no estén lo suficientemente extendidos, y se la reconozca como científica, no se llegará a considerar todas las verificaciones y justificaciones que se producen en situaciones otras de la clínica tradicional. No se incorporarán los otros contextos de aplicación y de justificación, que quizás no sean tan propicios para el descubrimiento. Por ejemplo, la aplicación en la educación de todo aquello a que dan lugar los conceptos sobre el desarrollo

psíquico, particularmente en el caso de niños y adolescentes; o, más aún, en la prevención de los problemas de salud mental. O los enfoques de los problemas de las relaciones interpersonales, como en los caminos que se están desarrollando en lo que compete a los tribunales de familia (campo en que se juegan las relaciones inmersas en lo transferencial).

El desconocimiento de esos contextos de aplicación como parte de lo que abarca la disciplina general restringe el avance de la inserción de la disciplina psicoanalítica en el campo general del conocimiento. Pero no solo en cuanto al conocimiento de lo mental propiamente dicho, sino también en los terrenos de una complejidad a la que la consideración de causalidades simples o lineales no puede aportar mucho.

Trato de transmitir una postura, que me recuerda al capítulo sobre “La explicación en historia” del libro *Explicación y predicción* de Félix, con el desarrollo del ejemplo del capítulo subsiguiente. En el psicoanálisis tenemos a disposición un discurso, vivo y modificable, con la intencionalidad en curso, en una situación de repetición parcial, e incluso con convergencia de registros de lo lingüístico y lo no lingüístico. Tenemos un proceso en el que el comprender, el interpretar y el explicar aparecen en lo que podríamos llamar “un continuo”, junto con la posibilidad de ver intenciones y aun contrafácticos en acción.

Referencias bibliográficas

- BERNARDI, Ricardo. 1989. “The Role of Paradigmatic Determinants in Psychoanalytic Understanding” en *International Journal of Psycho-Analysis* N° 70.
- EPSTEIN, René. 1998. *Lo científico y lo hermenéutico: la importancia de la diferencia epistémica entre las teoría psicoanalítica y la práctica psicoanalítica* (Buenos Aires: Ateneo, Asociación de Epistemología del Psicoanálisis).
- 2003 *Los conceptos en el campo psicoanalítico: ¿Problema clínico o teórico?* (Buenos Aires: Ateneo, Asociación de Epistemología del Psicoanálisis).
- 2004a “Conjugando ideas: ¿Qué y cómo es una Institución psicoanalítica? Los psicoanalistas y su Institución” en *Psicoanálisis* Vol. 26, N° 3.
- 2004b “El psicoanálisis: Ciencia de la hermenéutica”, 26° Simposio y Congreso Interno, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

- 2005 On “Psychoanalytic Pluralism”, Letter to the Editor, *International Journal of Psycho-Analysis* N° 86.
- 2007 “La importancia de la teoría. Del protagonismo privado al protagonismo público: micro y macroepistemología del psicoanálisis”, 29° Simposio y Congreso Interno, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- EPSTEIN, René y MURILLO, Mabel. 2002. “Pluralismo teórico: fronteras y metapsicología”, 41° Congreso de la Federación Psicoanalítica de América Latina, Montevideo.
- ETCHEGOYEN, Horacio R. 2000. “Further Thoughts on the Testing of the Clinical Process” in the *Festschrift fuer Pearl King*, Ed. L. Steiner (manuscrito en español, gentileza del autor).
- FREUD, Sigmund. 1915. “Lo inconsciente” en *Obras Completas* Vol. 14 (Buenos Aires: Amorrortu).
- 1922 “Psicoanálisis” (Artículo para la Enciclopedia) en *Obras Completas* Vol. 18 Buenos Aires: Amorrortu).
- 1926 “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?” en *Obras Completas* Vol. 20 (Buenos Aires: Amorrortu).
- GREEN, André. 2005. “The Illusion of Common Ground and Mythical Pluralism” en *International Journal of Psycho-Analysis* N° 86.
- HIDALGO, Cecilia. 2000. “Epistemología y generación de hipótesis científicas” en Klimovsky, Gregorio y Schuster, Félix Gustavo (comps.) *Descubrimiento y creatividad en ciencia* (Buenos Aires: Eudeba).
- JIMENEZ, Juan Pablo. 2006. “After Pluralism” en *International Journal of Psycho-Analysis* N° 87.
- KAZDIN, Alan E. 1994. “Methodology, Design and Devaluation in Psychotherapy Research” en *Handbook of Psychotherapy Research and Behavior Change* (New York: Ed.: Bergin, A. E. and Garfield, S.L., John Wiley & Sons).
- 2006 “Mechanisms of Change in Psychotherapy: Advances, Breakthroughs, and Cutting-edge Research (Do not yet Exist)” en Bootzin, R. R., y McKnight, P.O.E. (eds.) *Strengthening research methodology: Psychological Measurement and Evaluation* (Washington DC: APA Press).
- KRAKOV, Héctor. 1998. *Malentendido polémico entre analistas. Una consecuencia de la diversidad teórica actual* (Buenos Aires: Ateneo, Asociación de Epistemología del Psicoanálisis).
- KUHN, Thomas. 1962, 1969. *La estructura de las revoluciones científicas*. Versión en español: 1971 (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- LAKATOS, Imre. 1983. *La metodología de los programas de investigación científica* (Madrid: Alianza).

- LAPLANCHE, Jean y PONTALIS, Jean B. 1971. *Diccionario de psicoanálisis* (Barcelona: Editorial Universidad) (Presses Universitaires de France, París, 1968).
- PESKIN, Leonardo. 2001. "Fundamentos del psicoanálisis", mesa redonda AEAPG (coord.: J. Lebas). *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados* N° 27.
- ROTENBERG, Horacio. 2006. *Estructuración de la subjetividad. En busca de una integración teórica* (Buenos Aires: Ediciones del Signo).
- SCHUSTER, Federico. 1995. "Exposición" en Schuster, Federico *et al. El oficio de investigador* 2ª ed. (Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones, Instituto de Investigación en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, UBA).
- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1995. "Consecuencias metodológicas del contexto de aplicación" en *Redes* N° 2 (Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes).
- 1997 "Pensamiento científico. Método y conocimiento en ciencias sociales. Humanismo y ciencia" en *Prociencia CONICET* (Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación).
- 2000 "Ciencia y presuposiciones" en Schuster, Félix Gustavo y Klimovsky, Gregorio (comps.) *Descubrimiento y creatividad en ciencia* (Buenos Aires: Eudeba).
- 2001 "Fundamentos del psicoanálisis", mesa redonda, AEAPG (coord.: J. Lebas), *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados* N° 27.
- 2005 (1982) *Explicación y predicción. La validez del conocimiento en ciencias sociales* 3ª ed. (Buenos Aires: CLACSO Libros).
- TOULMIN, Stephen. 1958. *The Uses of Argument* (Cambridge: Cambridge University Press) [1964, 1ª edición en rústica].
- WALLERSTEIN, Robert S. 2005a. "Will Psychoanalytic Pluralism Be an Enduring State of our Discipline?" en *International Journal of Psycho-Analysis* N° 86.
- 2005b "Dialogue or Illusion? How WG go from Here" *International Journal of Psycho-Analysis* N° 86.

Parte **V**

**Contextualizar
las ciencias**



Los contextos del conocimiento: de una epistemología de la ciencia a una filosofía de la investigación

Valeria Hernández

Valeria A. Hernández, doctora en Etnología y Antropología Social en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París), es investigadora del Institut de Recherche pour le Développement (Francia). Condujo investigaciones en Argentina y en Francia sobre ciencia (genética)/mercado/Estado en el marco del proceso de globalización. Desde 2008 investiga sobre cambio climático y sociedad en la Cuenca del Plata (proyecto europeo CLARIS LPB). Algunas publicaciones: Laboratoire mode d'emploi: science, hiérarchies et pouvoirs (2001), Scientific Diasporas (2003, coed.), Etnografías Globalizadas (2005, coed.), Turbulences monétaires et sociales. L'Amérique latine dans une perspective comparée (2007, coed.), Logiques collectives à l'épreuve de la globalisation (2007, coed.), Gérard Althabe entre varios mundos: Reflexividad, conocimiento y compromiso (2008, coed.).
E-mail: *hernandez.vale@yahoo.com*.

La representación social de la ciencia –con sus protagonistas, saberes y resultados– ha sido reconstruida unas cuantas veces a lo largo del agitado y sorprendente siglo XX. Fuente inagotable de *progreso* para la humanidad o amenazante máquina de *riesgos* insospechados,

la ciencia fue, alternativamente, objeto de esperanzas y de temor, instrumento de Estado y de denuncia, considerada por unos como suplemento ideológico del capitalismo consumista y, por otros, como basamento para una “sociedad del conocimiento” más justa.

Más allá de esta multiplicidad de posiciones, lo cierto es que, en el mundo contemporáneo, los productos de la ciencia están presentes de manera determinante (para bien y para mal) en nuestra vida cotidiana. Que habitemos el “norte” o el “sur”, el espacio rural o el urbano, ya sea que consumamos sus derivados más sofisticados (medicina de alta tecnología, las últimas técnicas de la información y de la comunicación, la biotecnología, etc.) o que solo accedamos a los menos performantes, suerte de despojos para la tecnocultura de masa (celulares, mp3, *play station*...), los resultados del esfuerzo cognitivo permean cada uno de nuestros hábitos, abriendo acalorados debates sobre los beneficios/peligros del proceso de “naturalización de la sociedad” (por ejemplo, cuando a cada comportamiento o rasgo psicológico o cultural se le asigna/busca un gen que lo explique) y su reverso “la culturalización de la naturaleza” (cuando cada recurso natural es subsumido a la sola necesidad humana, acelerando su entrada al proceso de mercantilización).

Objeto de comentario en el gran discurso mundial (¿quién no tiene una opinión sobre la ciencia y sus productos?), la ciencia moviliza a reflexiones desde perspectivas bien distintas. En el campo académico, y en particular desde el prisma epistemológico, las discusiones se concentraron inicialmente en el *producto cognitivo*, con argumentos y contraargumentos en torno a las condiciones de validación/falsación/justificación/aceptación/construcción... del conocimiento científico. En esta trama, podemos decir que un consenso mínimo existe alrededor de los siguientes postulados: **a.** la ciencia es un sistema (redes teóricas) o un producto (hipótesis) que **b.** se debe intentar falsar mediante un procedimiento racional de “puesta a prueba” permanente, **c.** procedimiento cuya naturaleza y condiciones varían de acuerdo con la perspectiva epistemológica adoptada. Gracias a este método racional de falsación, **d.** se puede establecer una línea de demarcación entre aquellas afirmaciones de raigambre metafísica y aquellas que pueden considerarse, provisoriamente, como científicas.

Paralelamente al campo epistemológico, a partir de las perspectivas sociológica e histórica, se fue constituyendo otro modo de abordar el universo científico, en el que se trató más bien de iluminar las condiciones contextuales (sociales, políticas, económicas, culturales...) de tal o cual descubrimiento, haciendo hincapié, esta vez, en la *actividad científica*. Al poner el eje en la práctica de investigación, estos estudios indagaron acerca del proceso de producción del conocimiento y no tanto respecto de las condiciones formales para lograr su “permiso de residencia” en el mundo de la ciencia. Por ejemplo, los historiadores, a través de análisis puntillosos de los cuadernos de laboratorios, los diarios

personales de investigadores y otras fuentes secundarias, han mostrado cómo la ciencia resulta de un trabajo de “fabricación cotidiana”. Por su lado, los sociólogos abordaron la práctica social científica focalizando en equipos, laboratorios e institutos de investigación, revisando nociones (tales como comunidad científica, experimento, resultado) y mecanismos propios de las comunidades expertas (dispositivos editoriales, modos de asignar prestigio, instancias de evaluación, financiación y promoción científica, etc.). Estos estudios sociológicos, a los que pronto se sumarían los antropológicos, tuvieron la ventaja evidente de poder interactuar con los protagonistas de la empresa científica. Estas *etnografías de laboratorio* se harían cada vez más frecuentes a partir de mediados de los '80, abriendo nuevas perspectivas y temáticas de estudio, disputando a la tradición epistemológica el control sobre la agenda de investigación sobre “esa cosa llamada ciencia”.

El *desplazamiento* del foco de atención entre ambas perspectivas (la epistemológica y la socioantropológica), aunque en muchas ocasiones dificultó el intercambio de ideas, de un modo global indujo, a partir de los 70, a la constitución de un importante espacio de investigación trans e interdisciplinario en torno a *la ciencia como objeto de estudio para la ciencia*. En esta nueva ágora internacional, se suscitaban discusiones sumamente ricas e instructivas, se anudaron controversias ilustrativas de las posturas de unos y otros analistas que, más allá de algunos enfrentamientos pasionales y desmesurados¹, permitieron auscultar en profundidad aquella “torre de marfil” refractaria a la mirada social, que fuera la ciencia decimonónica. En este vasto campo intelectual, la comunidad argentina irá construyendo su aporte gracias a la orientación y apertura científica que supieron darle sus miembros, siendo una de sus figuras centrales Félix Gustavo Schuster. Con el rigor de epistemólogo, la amplitud de espíritu de filósofo y el inagotable humor de cuño familiar, Schuster logró estructurar un sólido y original espacio de investigación, cuyo objetivo fue estudiar el funcionamiento de las comunidades científicas nacionales, implementando una perspectiva comparativa (se tomaron casos de las ciencias naturales pero también de las sociales) e interdisciplinaria. En efecto, el equipo de investigación que fundó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y cuya codirectora era Cecilia Hidalgo, estaba integrado por especialistas de todos los horizontes disciplinarios: además de la filosofía, contaba con el aporte de la antropología, sociología, historia, politología, entre otras. Es en dicho marco que se dio mi participación, en tanto joven integrante *full time*, entre 1990 y 1995².

1. Uno de los últimos casos de enfrentamiento “fuerte” fue el llamado “*affaire Sokal*” (Sokal y Bricmont, 1997; Jurdant, 1998; Duclos, 1997; Jeanneret, 1998).

2. Momento en que inicié en Francia mi formación de maestría y doctorado en el EHESS, bajo la dirección de Gérard Althabe. A partir de allí, mi relación con dicho equipo

La hipótesis de investigación que inspiraba las reflexiones del equipo, al que coloquialmente llamábamos “comunidades científicas”, postulaba que “los factores extralógicos –sociales, políticos, económicos y psicológicos– integran la noción de comunidad científica y son necesarios para dar cuenta de la permanencia y el cambio teórico”. Así, la idea era que cada miembro, desde su investigación personal, revisitara la noción kuhniana de comunidad científica, preocupándose por enriquecer su contenido en función del caso observado (comunidad de antropólogos, de sociólogos, de biólogos, de físicos, etc.): insistiendo en las relaciones que la comunidad estudiada establecía con la sociedad global y mostrando con detalle cómo “las acciones, expectativas y creencias” de sus miembros se articulaban con el trabajo científico concreto y sus productos.

En este sentido, las investigaciones se desarrollaban tanto en el plano teórico (análisis conceptual) como en el empírico (análisis de casos). Sobre la base de esta experiencia personal me propongo restituir aquí una suerte de testimonio acerca de este período fundante de los estudios sociales de la ciencia en la Argentina, por un lado, y por el otro, volver sobre algunos resultados de investigación que hoy en día pueden ser significativos para observar la evolución de ciertos debates y controversias en torno al modo de abordar la práctica científica y sus productos.

Para ello, en un primer momento, describiré someramente cómo estaba constituido el equipo de “comunidades científicas” (en adelante, CC) y cuál era su propuesta teórica. Luego indicaré someramente la relación establecida con el campo más amplio de los así llamados “estudios sociales de la ciencia”. Especificaré en este recorrido el aporte realizado por el equipo CC a las discusiones globales sobre “esa cosa llamada ciencia”, insistiendo en la producción epistemológica de Schuster por un lado, y por el otro, en los resultados obtenidos en las investigaciones que conduje sobre la comunidad de biólogos entre 1991 y 1994.

La perspectiva del equipo “comunidades científicas” y su constitución social

Como he mencionado, ese era el sobrenombre que le dábamos las jóvenes miembros del equipo³, en su mayoría estudiantes (o egresadas) de Antropología, que a su vez integrábamos como ayudantes la cátedra de Epistemología y Métodos de la Investigación Social (Ciencias

tomará la forma de una colaboración internacional, UBA-EHESS, primero, y luego, con mi incorporación en tanto investigadora del Institut de Recherche pour le Développement, se organizará en torno a mi equipo de pertenencia “Travail et mondialisation”, con seminarios compartidos, publicaciones conjuntas, etcétera.

Antropológicas, UBA). En ese sentido, el “círculo virtuoso” investigación-enseñanza funcionó para nosotras desde muy temprano en nuestra formación académica. Consciente de la riqueza que podían aportar los intercambios entre matrices teórico-observacionales diferentes, Schuster supo estimularlos, dentro de un marco de vigilancia epistemológica, de modo tal que el equipo interdisciplinario bajo su dirección no terminase siendo una caricatura moderna de la Torre de Babel. Fue en dicho marco que, por mi parte, tomé contacto por primera vez (en 1991) con el campo de la epistemología, las problemáticas en debate y el modo tan estimulante y riguroso con que Schuster las abordaba para el caso de las ciencias sociales. Este contexto fue fundacional, por así decirlo, puesto que, por un lado, me orientó hacia la carrera de investigadora, sin dejar nunca de articular dicha práctica con la enseñanza, y por el otro, fue fundacional en un sentido más profundo en la medida que marcó mi curiosidad por problemáticas ligadas al funcionamiento del universo de la ciencia, sus protagonistas y sus productos.

En efecto, el primer proyecto de investigación que diseñé bajo la dirección de Félix Schuster (1991) se definió en el marco de mi tesis de licenciatura⁴ y consistió en una etnografía realizada en un laboratorio de biología molecular y bioquímica del Instituto de Genética y Biología (INGEBI-CONICET). El objetivo fue interrogar la práctica de investigación de los biólogos y genetistas desde los fundamentos normativos de la epistemología tradicional (Hernández, 1994 y 1996). Intentaba así articular las dos vertientes de mi formación inicial (la principal, en antropología social, y la secundaria, en epistemología): primero, construyendo el marco intelectual sobre la base de los debates y controversias suscitados desde el campo epistemológico (la posibilidad de establecer un criterio de demarcación entre la ciencia y la metafísica, la diferenciación entre el contexto de descubrimiento y el de validación, la interacción entre base empírica e hipótesis científicas); segundo, revisando la matriz antropológica para hacerla dialogar con mi campo etnográfico.

Por aquellos tiempos, la ciencia no era un objeto canónico de la investigación antropológica⁵, por lo que una parte importante de mi tarea consistió en legitimar científicamente la propuesta de tesis. Así, en

3. Formábamos parte de ese grupo, que se incorporó al equipo en 1991: Ana Filippa (estudiante de Ciencias Políticas), Valeria Procupez (estudiante de Antropología), Adriana Stagnaro (egresada de Antropología) y quien escribe. Por su parte, en el período al que aquí hago alusión (1991-1995), Viviana Lebedinsky (egresada de Antropología) y miembro del equipo con anterioridad, residía en Brasil.
4. Con el título de *El proceso de conocimiento en el contexto del laboratorio*, fue defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en julio de 1993.
5. En ese sentido, quiero expresar mi reconocimiento a quienes, desde sus posiciones de autoridad intracomunitaria, apoyaron mi iniciativa. Me refiero a Beatriz Kalinsky,

primer lugar, en relación con el campo social elegido, el laboratorio de investigación, tuve que mostrar la pertinencia de la mirada antropológica para dar cuenta de tal configuración “moderna”. Por un lado, retomé los cuestionamientos que algunas corrientes antropológicas habían realizado a la división clásica entre unas ciencias sociales consagradas al estudio de “lo exótico” (antropología, etnohistoria) y aquellas orientadas hacia “lo familiar” (sociología, economía). Por otro lado, revisé el modo en que el conocimiento científico había sido conceptualizado por los antropólogos “clásicos” en sus estudios de la dimensión cognitiva humana. Teniendo en cuenta algunas monografías de referencia⁶ mostré la presencia de un a priori compartido: la supremacía del saber científico como modo de dar cuenta de la realidad. Este era el talón de medida universal, en función del cual en estos estudios se comparaba y definía los sistemas de conocimiento de las sociedades no occidentales. Una vez subrayado dicho *presupuesto*, me concentré en deconstruir la mirada etnocéntrica acerca de la ciencia para sustituirla, en un segundo tiempo, por un abordaje crítico del campo científico. A partir de este doble trabajo de deconstrucción teórica (sobre la noción de “exótico” cuestionando “*le grand partage*” entre sociología y antropología, y sobre la fetichización de la “ciencia” como referente objetivo) desarrollé, en conclusión, una reflexión respecto de las condiciones de realización del trabajo de campo en nuestras propias sociedades complejas. En este sentido, discutí la afirmación levistruassiana relativa a la necesidad del “*regard éloigné*” (distancia etnocultural entre el observador y el observado) como garantía de objetividad del conocimiento antropológico, al tiempo que exploré, a través de la relación familiaridad/desfamiliaridad (Condominas, Rosaldo, Marcuse...), los modos en que “lo exótico” había sido construido en diversos contextos académicos. Globalmente, en dicha conclusión sostuve que la ruptura con las posturas objetivistas (filolevistraussianas) puede darse cuando el investigador ha tomado conciencia de su propia condición de sujeto exótico ante los ojos de sus interlocutores. Esta toma de conciencia supone un acto de reflexividad mediante el cual se observan las condiciones en que se produce y valida el conocimiento generado en el campo. Supone reconocer “la necesidad de etnografiar a los etnógrafos” (Condominas, 1965) e insistir en que el atributo de “exótico” no es inherente a algunos grupos ni es unidireccional, sino que depende del contexto: alternativamente, antropólogo y no antropólogo van ubicán-

siempre dispuesta a estimular a los jóvenes estudiantes en sus proyectos, y a Carlos Prego, quien poseía una gran cultura científica sobre el campo de los “estudios sociales de la ciencia”, desconocido para la mayoría de los colegas en ese momento.

6. Entre otros, Malinowski (1948), Levy-Bruhl (1922), Evans-Pritchard (1934), Horton (1980).

dose en ese lugar (de lo exótico) en función de cada coyuntura, con las consecuencias teóricas y metodológicas que ello conlleva. Por ende, aquel “punto de vista del nativo”, cuyo contenido supuestamente estable y compacto debía ser restituido por el antropólogo a través del trabajo de campo, será –según la nueva antropología autorreflexiva– conjugado con “el punto de vista del antropólogo” en dos sentidos: al incorporar las interpretaciones del “nativo” acerca del trabajo interpretativo del antropólogo y al plantear la necesidad de un dispositivo de reflexividad que permita volver analíticamente sobre la propia implicación. Así disuelta la “antropología de lo exótico”, la tesis de construir una antropología de la ciencia, cuyo campo etnográfico fuese un laboratorio de biología molecular, no resultaba, a su vez, “un exotismo” sino que, al contrario, permitía ejercitar localmente esa nueva epistemología antropológica derivada del giro interpretativista.

El recorrido teórico y metodológico que acabo de sintetizar estuvo estrechamente relacionado con la interacción cotidiana de investigación establecida con mi director y, de un modo general, con el equipo de CC. A tal punto que me resulta imposible identificar, aun con el beneficio que da la distancia histórica, qué fue causa y qué efecto, qué fue primero y qué después, quién dijo qué cosa... En este sentido, es indudable que, para estas aprendices de investigador que éramos aquellas jóvenes estudiantes, el estímulo intelectual permanente de Félix Schuster y Cecilia Hidalgo fue el motor esencial que nos permitió profundizar en los cuestionamientos epistemológicos sobre nuestra propia práctica de investigación. En lo personal, a partir de aquí, ambas dimensiones serían inseparables: la producción de conocimiento sobre lo social estaría acompañada por una mirada reflexiva sobre dicha producción. Esta imbricación se iría profundizando con el tiempo y el trabajo de investigación realizado junto a otro gran maestro, Gérard Althabe, con quien terminaríamos haciendo de esta dialéctica entre implicación y reflexividad el pivote epistemológico del trabajo de campo (Althabe y Hernández, 2004; Hernández, 2005a y 2005b).

Luego de esta primera etnografía de laboratorio, y con la intención de trascender la dinámica de trabajo dentro del mismo y abordar aspectos más bien sociales de la comunidad de biólogos, me propuse estudiar un segundo laboratorio que mis interlocutores me habían señalado como “LA” competencia (también estudiaba el parásito *Trypanosoma cruzi*, responsable de la enfermedad denominada *Mal de Chagas*). Desde el punto de vista teórico-metodológico, este viraje sociológico que aspiraba darle a mi perspectiva me llevó a indagar otra bibliografía, confrontándome con formas radicalmente distintas de pensar y estudiar la ciencia. Así, tomé contacto con el campo de los “estudios sociales de la ciencia” cuya heterogeneidad analítica y disciplinaria era, ya en ese momento (1993), muy importante. En el camino de elaboración de dicho caleidoscopio epistemológico, mi pertenencia al equipo CC y la interlocución

permanente con Schuster resultaron anclajes fundamentales ya que me enseñaron a leer cada una de sus formas pero sin caer en un eclecticismo improductivo. El factor común de los “estudios sociales de la ciencia” (ESC) radica en el interés por “el contexto” y la interrogación sobre el tipo de injerencia (más/menos, débil/fuerte) en el contenido de los productos científicos. Veamos someramente cómo cada perspectiva los aborda, teniendo como telón de fondo el diálogo que el equipo CC y la producción teórica de sus directores (Schuster, 1985, 1993, 1992 y 1999; Hidalgo, 1992, 1999 y 2006) mantuvo con ellas.

De la ciencia a las prácticas científicas

Globalmente, los así llamados “estudios sociales de la ciencia” (ESC) conforman un espacio de reflexión que no es homogéneo desde el punto de vista teórico ni en cuanto a las herramientas metodológicas empleadas por quienes observan el universo científico. La profusa bibliografía consagrada al derrotero histórico de esta producción me libera de avanzar aquí un nuevo “*review*” detallado, habilitándome, en cambio, a revisar solo aquellas posturas que nos permitirán comprender en qué aspectos y sobre qué problemáticas el equipo CC construyó su diálogo con este vasto campo de reflexión.

Comencemos por *la sociología de la ciencia*, cuya figura más reconocida es, sin dudas, Robert Merton. Hacia fines de la década del 30, parado sobre los hombros de Mannheim —de quien supo, sin embargo, diferenciarse desde un comienzo— Merton revisó críticamente la sociología del conocimiento: al contrario de esta, cuyo interés pasaba por estudiar la génesis social del pensamiento como factor determinante de su validez o falsedad, su sociología postuló una distinción inicial entre el método científico y la “estructura cultural de la ciencia, esto es... la ciencia como institución”. En este sentido, puso como objeto de la mirada sociológica “no los métodos de la ciencia, sino las normas con que se los protege” (Merton, 1977: 357), las cuales constituyen el *ethos* de la conducta científica.

Hasta la década del '60 esta línea teórica fue más o menos hegemónica. Entre los sociólogos que se vieron influenciados por la propuesta funcionalista podemos identificar a Hagstrom W. como uno de los que más contribuyó —tanto con aportes teóricos consistentes como con análisis de “casos”— al desarrollo de una sociología de la ciencia con entidad propia. Trascendiendo el abordaje mertoniano (funcionalista), y en total sintonía con su contemporáneo Kuhn, Hagstrom privilegiará el análisis de las motivaciones individuales en relación con la pertenencia a una comunidad científica, postulando que el comportamiento de los científicos está motivado en primera instancia por el interés de obtener reconocimiento y notoriedad entre los pares. Para este autor, “la notoriedad es

proporcional al valor del descubrimiento [científico]" (Lécuyer, 1978), implicándose así mutuamente el contenido del conocimiento científico ("descubrimiento") y los intereses particulares de los actores ("notoriedad").

La propuesta kuhniana según la cual "la historia de la ciencia es la historia de las comunidades y sus paradigmas", sumada al abordaje de casos realizados por Hagstrom y al acento en "las normas" introducido por Merton, abrirá a partir de los setenta el debate epistemológico hacia nuevos horizontes, particularmente estimulantes para los jóvenes sociólogos deseosos de reanudar el diálogo con una sociología del conocimiento, integrando "método" y "normas", estructura y actores, representaciones y prácticas. Uno de los efectos más contundentes en el campo de los ESC será la creación del "Programa Fuerte" de la sociología del conocimiento, cuyos principales representantes se inscribieron en lo que se conoce como la *Escuela de Edimburgo* (Bloor, Barnes, Edge y Mulkay, entre otros). Tal como señala Prego, este programa colocará resueltamente "el eje del análisis en los sistemas de creencias en lugar de los de valores, normas y recompensas que representaban el objeto de atención preferente por parte de la perspectiva funcionalista" (Prego, 1992: 65). Esta escuela se propuso explicar no solo las "creencias falsas", sino también las que se tienen por "verdaderas", relacionándolas con los intereses y metas de los actores que las sustentan, dejando definitivamente en el pasado la "sociología del error" (Filippa y Hernández, 1999). El lado "fuerte" de este programa de investigación reposa en la conceptualización del conocimiento científico —este es resultado de un *consenso* al cual han arribado los sujetos en la práctica— y en la afirmación de que los cambios en la estructura social tienen repercusión *directa* en el cuerpo de conocimiento. En este nuevo marco interpretativo del mundo científico, el actor negocia en forma permanente los significados y las situaciones, lo que derivó en un interés por la vida cotidiana como instancia contextual a la cual el investigador debe remitirse para lograr una interpretación cabal del *hecho científico*. De allí la proliferación de las "etnografías de laboratorio" a través de las que se intentó dar cuenta de esta interacción entre el "pequeño mundo de la vida cotidiana" y los grandes principios de la ciencia (Filippa y Hernández, 1999).

En esta empresa de "etnografiar la ciencia", se puede ver claramente el aporte de los etnometodólogos, quienes habían insistido en la diversidad de constitución de los objetos, sean estos de la vida cotidiana o de la ciencia. Frente a la macrosociología mertoniana se erigen, como alternativa superadora, los enfoques microsociológicos al postular la relevancia de una teoría de la acción, acordando al sujeto un lugar de privilegio, aunque no privativo. En particular, al introducir la perspectiva etnometodológica, los sociólogos del "Programa Fuerte" pudieron retomar el análisis de la dimensión normativa, esta vez a partir de la noción de reflexividad. Según Garfinkel, es imposible interpretar el orden social sin hacer referencia a la reflexividad:

[el] “código no es algo externo a la situación, sino algo práctico, con enunciados indexicales. La interacción ‘dice’ el código. [...] La reflexividad designa, pues, las prácticas que describen y constituyen a la vez un cuadro social. Es la propiedad de las actividades que presuponen y al mismo tiempo hacen observable la misma cosa” (Coulon, 1988).

Así como los códigos sociales se deben explicar por la práctica científica, también los relativos al orden natural deben ser explicados por esa misma práctica instituyente.

Sin embargo, este *Programa* que pretende “explicar la naturaleza y el contenido del conocimiento científico” no logró elaborar criterios que permitiesen pasar de las intenciones y principios muy generales a su aplicación en el estudio de casos particulares (Isambert, 1985). Hacia fines de la década del 70, y particularmente durante los 80, se desarrolla una serie de estudios cuyo objetivo es precisamente subsanar este hiato entre principios generales y aplicación ejemplar. El desafío será articular el “instrumentalismo sociológico” —que invoca intereses y objetivos como causas de instancias específicas del uso apropiado, “razonable” de los conceptos científicos (“Programa Fuerte”) —, con enfoques “genéticos microscópicamente orientados” (Knorr-Cetina, 1983). Para ello se apelará a un modelo constructivista, presentado como complementario al de los intereses. Los impulsores de esta línea de trabajo (Latour y Woolgar, 1979; Callon y Latour, 1982; Knorr-Cetina, 1981), centrada en el estudio etnográfico del laboratorio, tampoco exhibirán una unidad conceptual interna importante aunque, siguiendo a Vessuri (1991), es posible identificar algunos supuestos compartidos: los productos de la ciencia son el resultado de un *proceso de fabricación*; las operaciones científicas están impregnadas de “*decisionabilidad*”; las elecciones de investigación tienen un carácter *ocasionado y contextualmente contingente*; las interacciones trascienden el sitio del laboratorio y se ubican en un *campo de relaciones sociales*. Estos supuestos llevaron a calificar a este constructivismo sociológico de “radical”.

Esta intromisión de los ESC en un ámbito tradicionalmente reservado a la epistemología despertó críticas apasionadas por parte del núcleo “duro” de filósofos de la ciencia⁷, pero también encontró un eco favorable entre quienes esperaban con alivio los coletazos de la revolución kuhniana. Entre los aportes, se reconoce que las etnografías de laboratorio iluminaron el modo en que los científicos interactúan con

7. Tal como las desarrolladas por Mario Bunge (1991) quien, inspirado en concepciones positivistas de la ciencia, realizó una crítica radical y demoledora de dichos estudios sociológicos.

otros actores de la vida social, dando sustancia y consistencia a las creencias científicas. Sin embargo, una vez que las observaciones microsociológicas han logrado dar cuenta del modo en que las “negociaciones” se llevan a cabo —es decir, en el contexto del laboratorio—, se necesita dar un paso más allá y preguntarse por el tipo de relación que existe entre esos procesos y, por ejemplo, las instituciones, las comunidades o las organizaciones sociales, en donde aquellas “micronegociaciones” tienen lugar. Esta suerte de “asignatura pendiente” orientará en mucho los esfuerzos del equipo CC cuyos miembros, a través de estudios de caso específicos, se ocuparán de analizar en qué medida los factores extralógicos colaboran en la actividad científica, sin por ello pretender que el conocimiento resultante es “enteramente” construido, ni que la referencia a una realidad preexistente no tiene otro objetivo que el de reforzar la posición de poder del científico que la postula, tal como sostienen, por ejemplo, Latour y Woolgar (1979)⁸. De este modo, la perspectiva social del equipo argentino escapará al desequilibrio sufrido por los estudios de los sociólogos y antropólogos inscriptos en la corriente constructivista, quienes operaron, seguramente de manera inconsciente, un vuelco tan desequilibrado como el de Merton, aunque de signo contrario.

En efecto, si el sociólogo funcionalista evacuó de su registro al método científico, preservándolo así de todo escrutinio sociológico, por su parte, las corrientes radicales, al pretender explicar tanto las afirmaciones consideradas verdaderas *como* las falsas, se concentraron nuevamente en el “producto” cognitivo, olvidando analizar la naturaleza de las relaciones sociales e institucionales que constituyeron dichas afirmaciones de uno u otro signo. En otras palabras, cuando expresan interés por la dimensión social, es porque ella contribuye a explicar el “hecho científico”. De resultas, las controversias más importantes que ellos protagonizarán girarán en torno a temáticas tradicionalmente abordadas por los epistemólogos y los filósofos de la ciencia, con quienes mantendrán relaciones más que tensas (ver el así llamado “*affaire Sokal*”).

Otro aspecto que generó debate en el equipo CC se refiere al estatus que esta primera oleada de etnografías de laboratorio confiere a la “voz del otro”: por un lado, le reasignan un sentido al originalmente expresado por los actores —el interés por el conocimiento de la naturaleza es sustituido por la consecución de “crédito” según Latour y Woolgar (1979), de “autoridad” según Knorr-Cetina, (1981), etc.— y por otro lado, este tipo de análisis, si bien pone en evidencia el carácter metafórico y hasta

8. En relación con este punto, desde un inicio el equipo CC mantuvo una postura con algún compromiso “realista” (Olivé, 1985).

cierto punto convencional del conocimiento científico, no por ello logra mostrar que el mismo rompe con su función de referencia a una realidad preexistente (Isambert, 1985).

Por su parte, las etnografías realizadas en el seno del equipo CC otorgaron un lugar de privilegio al trabajo de interpretación de esa “voz” nativa. Desde el marco teórico avanzado por Schuster, las prácticas científicas no solo eran analizadas en relación con el propio ejecutante, sino que se las consideraba como parte de una matriz más amplia: la comunidad de pares. En segundo lugar, la centralidad de la noción de “contextualización” indica el rol que Schuster atribuye a las ciencias sociales: es su experticia la que permite, por medio de un trabajo de campo minucioso, identificar los elementos contextuales significativos para cada realización científica.

El hombre de los “laberintos”

Sintéticamente, la aspiración del equipo era la de construir un análisis “realista” y “contextual” que diese cuenta de “la posible vinculación entre la producción y la validación del conocimiento científico” (Schuster, 1999). El hincapié puesto por Schuster en “el contexto” habilitaba, como dijimos, un diálogo fluido con la literatura socioantropológica en la medida en que los factores extralógicos eran justamente los que interesaban a los abordajes sociales de la ciencia. La importancia otorgada a la dimensión “social” permitía a las jóvenes integrantes estudiantes de carreras sociales (antropólogas, politólogas, historiadoras) valorar su saber y desarrollar su propio aporte al programa de investigación. Así, por ejemplo, junto a la otra tesista del grupo dirigida por Schuster, Ana Filippa (politóloga), organicé reuniones semanales con nuestro director, cuyo objetivo era explorar las capacidades heurísticas de la noción de “contextualización” en función de nuestros respectivos programas de investigación⁹. Ana Filippa había tomado como universo de observación la comunidad de sociólogos argentinos, lo que permitía establecer comparaciones sumamente enriquecedoras con una comunidad de las ciencias naturales, como era mi caso. Durante dos años, trabajamos en forma conjunta con el propósito de aplicar empíricamente el marco analítico de las contextualizaciones no solo a nuestros respectivos campos de estudio sino también utilizando como plataforma casos ajenos (como el presentado por Michael Mulkay sobre la teoría darwiniana de la evolución; Cf. Filippa y Hernández, 1999). Sigue intacto el recuerdo de aquellas discusiones

9. Los resultados fueron publicados en Filippa y Hernández (1999) y Hernández (1994 y 1995).

tan estimulantes, con un capuchino de por medio, en las que Ana Filippa, Félix Schuster y quien escribe, aportábamos nuestros respectivos intereses, problemáticas y resultados de investigación. Este clima abierto y creativo era producto exclusivamente de la generosidad intelectual de Schuster, quien se las arreglaba para eliminar toda distancia (¡que era mucha!) jerárquica y científica entre él y nosotras, de modo que el intercambio de ideas fuera fluido, nos indujera curiosidad y resultara en renovadas expectativas frente a nuestros objetos de análisis.

Estas comunidades (sociología y biología), sumadas a la investigación sobre la comunidad de antropólogos —conducida por Cecilia Hidalgo, Elena Belli y Viviana Lebedinsky—, constituían un corpus de referencia empírica bastante consistente para reflexionar sobre el funcionamiento de la ciencia, sus protagonistas y sus realizaciones cognitivas. Fue en ese período (1993-1994) que Schuster formuló sus tres modos de contextualización de la práctica científica:

“la contextualización situacional puede brindarnos un marco comprensivo con respecto al surgimiento de las teorías científicas, así como anticiparnos valores cognitivos que puedan conectarse con la formulación y el desarrollo posterior de las teorías, en tanto que la contextualización determinante (o condicionante) intentará avanzar mediante el establecimiento de vinculaciones más estrechas (sin llegar a concepciones fatalistas) entre el medio social y las propias teorías. La contextualización relevante constituirá, a nuestro entender, el lugar de discusión idóneo que nos permitirá plantear, en primer término, bajo qué condiciones puede darse la conexión entre producción y validación del conocimiento científico, mediante la incorporación de factores cognitivos (provenientes del campo social, histórico, económico, etc.) al contenido mismo de las teorías (o se vinculen con consecuencias metodológicas) y, en segundo término, establecer el carácter propio de esa pertenencia, cubriendo así el hiato entre producción y validación, entre descubrimiento y justificación del conocimiento” (Schuster, 1999).

En este marco teórico indujo múltiples temas de debate en el seno del equipo sobre la construcción del conocimiento y los modos de analizar dicho proceso. Personalmente, los argumentos y posturas epistemológicas revisadas con la rigurosidad que imponían los “seniors”, me sirvieron para dar el salto definitivo, desde una *epistemología de la ciencia* hacia una *antropología de la investigación*. Dicho de otro modo, en el calor de esos debates fui descubriendo los instrumentos conceptuales y metodológicos necesarios para analizar el campo científico *en todas sus dimensiones*.

Así comencé mi segundo trabajo de campo (en el marco de una beca de la UBA, 1993-1995), que tuvo como epicentro aquel laboratorio

señalado como “la competencia” del primer caso etnografiado. Con el objetivo de estudiar no solo las relaciones sociales al interior del laboratorio sino también entre unidades de distintas instituciones, tanto en el ámbito nacional como internacional, insistí en la dimensión social de la ciencia, pretendiendo depurar todo vestigio normativo que me impidiese practicar una mirada enteramente antropológica. En este sentido, la noción de contextualización de Schuster fue de suma relevancia. Schuster reconoce que hay

“dos aspectos de las investigaciones científicas abiertos a las posibles influencias sociohistóricas y que pueden pesar sobre los criterios y, por lo tanto, sobre la veracidad y validez de los resultados:

1. Todo discurso y toda indagación depende de categorías que están relacionadas con situaciones sociales, con determinantes culturales. La detección de los significados socialmente condicionados de los términos de los que depende una indagación puede ser concebida como una crítica de la legitimidad de sus resultados.
2. Un lenguaje especializado constituye una verdadera forma a priori de percepción y cognición, que influye en los resultados de la indagación” (Schuster, 1999: 41).

Estos dos aspectos apelan sin mediaciones al saber de las ciencias sociales en tanto son las que pueden dar cuenta de las condiciones sociales de realización de la empresa científica. De esta manera, el trabajo de contextualización introduce la necesidad (y legitimidad) de la mirada social sobre los mecanismos de producción y validación del conocimiento científico. Desde allí, el salto a una *antropología de la investigación* no era difícil de concretar: el proceso de contextualización de la ciencia pone el eje en el “sujeto en situación de interacción”, habilitando como objeto de investigación el modo en que estos actores gestionan cotidianamente las tensiones asociadas a la aplicación de las “reglas del método científico” y a la aplicación de las “reglas institucionales”. De resultas, el campo de reflexión que ellas designan es el modo de comunicación que practican unos agentes bajo una serie de condiciones contextuales, las que es necesario definir para comprender los productos de la interacción. Para esta antropología de la investigación, entonces, el modo de comunicación es el espacio simbólico que funciona como marco de referencia para un conjunto de individuos que comparten una actividad productiva como la científica. Con este modo de acercarse a la ciencia, las interpretaciones antropológicas gozan de un valor propio, que no depende de su capacidad para resolver las controversias de origen epistemológico.

Gracias al apoyo de Félix Schuster y de Cecilia Hidalgo, realicé un viaje de estudios a la École des Hautes Études en Sciences Sociales

(EHESS) en donde tomé contacto con investigadores de la “sociología cognitivista” (Lécuyer, Lemaine, Matalon). Si bien este grupo de investigadores no se autorreivindica públicamente como “cognitivista” (como sí es el caso del “Programa Fuerte”) se puede señalar un conjunto de intereses compartidos, una suerte de “enfoque” a través del cual logran iluminar ciertas conexiones fuertes entre trayectoria individual, estructura social y contenido cognitivo, utilizando como herramienta esencial el trabajo de campo etnográfico. Me gustaría, entonces, detenerme con algún detalle en los postulados convergentes, pues, a pesar de que sus miembros individualmente son citados en forma regular, no se ha hecho suficiente hincapié en la especificidad de la perspectiva introducida en sus análisis de la ciencia.

Pioneros en los estudios de laboratorio, Bernard Lécuyer y Gérard Lemaine realizaron en los años sesenta las dos primeras investigaciones basadas en trabajos de campo sobre la comunidad de físicos y de bioquímicos franceses¹⁰. Con la idea de estudiar la relación entre la organización institucional y la producción de conocimiento, desarrollaron un programa sumamente novedoso para la época, que incluía, además del clásico análisis de la producción bibliográfica, una serie de entrevistas abiertas y estructuradas, observaciones in situ y grupos de discusión con los actores. El principio innovador fue desarrollar un análisis que partiese:

“No del sistema social y sus valores, sus normas y sus reglas para la acción [...] sino que, al contrario, partiese del actor considerado en su situación concreta, con todas sus interacciones, las que deben ser reconstruidas, paso a paso, junto con él” (Lécuyer, 1978: 321; traducción propia).

Apartándose así de la sociología anglosajona, en vez de orientarse hacia el “hecho científico”, la corriente cognitivista puso énfasis en el estudio de los vínculos entre el contenido del conocimiento generado, el entorno institucional y social del científico que lo produjo, las relaciones jerárquicas y su correspondencia con el tipo de conocimiento detentado por cada actor, en suma, la racionalidad de la estructura social de la ciencia en función de los criterios de científicidad aceptados por sus protagonistas. Se puede subrayar, como un aporte fundamental, el análisis detallado que estos investigadores realizaron sobre las interacciones al interior de los laboratorios, de los institutos y entre comunidades, mostrando la correlación entre trayectorias cognitivas individuales, programas científicos desarrollados colectivamente y reconocimiento social

10. Lemaine, Lécuyer, Gomis, Barthélémy, *Les voies du succès* (EHESS, 1972).

adquirido al interior de un campo de especialistas. Sus estudios restituyeron otra fisonomía de las comunidades científicas, con fronteras más que porosas y con relaciones cada vez más intensas con el resto de la sociedad, cuyo corolario es hoy en día la interpenetración entre la ciencia y el mercado en el marco de lo que en otra parte he llamado proceso de mercantilización de la ciencia (Hernández, 2001 y 2005).

Las problemáticas, inquietudes y herramientas de investigación que esta corriente cognitivista introduciría en el equipo CC serían fundamentalmente aprovechadas en los análisis de los estudios de caso, ayudando a conformar el campo argentino de *estudios sociales de la ciencia*, en aquel momento en ciernes. De la sociología de la ciencia se recuperó el interés por la producción de sentidos (las normas) en el seno de una comunidad experta. En relación con la así llamada “sociología constructivista radical” (“Programa Fuerte”, Escuela de Bath, École des Mines...), el equipo subrayó la positividad de su desafío en explicar tanto las creencias falsas como las verdaderas y su desenfado por abordar “la torre de marfil”, mostrando la existencia de “intereses personales” en interacción con los principios científicos, para legitimar “verdades” temporarias (es decir, condenadas a ser reemplazadas) y temporales (es decir, relativas al período y las creencias parciales de los actores). En último término, se rescató el aporte de la perspectiva cognitivista que volvió a juntar el interés por la estructura social, sus prácticas y representaciones, con el análisis de los principios y métodos científicos, dándose como objeto de estudio la articulación entre ambos.

Los casos estudiados se diversificaron con el tiempo¹¹. Durante esta época de “formación a la investigación a través de la investigación”, trabajamos cotidianamente en esta suerte de equipo-burbuja cooperativo, en donde cada uno aportó, desinteresadamente —dando pruebas de aquel *ethos* comunitarista descrito por Merton—, sus resultados, sus lecturas, sus dudas y sus certidumbres. Las reflexiones y debates que allí se suscitaron tuvieron el beneficio de la diversidad derivada de los trabajos de campo que cada una conducía. Este inicio fue ejemplar (en sentido kuhniano). Equivocadamente, pensamos que era lo propio de la arena científica el discutir sin censura ni subordinaciones. Aunque experiencias

11. Así, Adriana Stagnaro, seducida por las temáticas abordadas en el caso de los biólogos, inició su trabajo de campo en esa misma comunidad, pero eligiendo como “puerta de entrada” a los laboratorios del sector privado. De este modo se organizó en el equipo una suerte de “división interna del trabajo de investigación”, sobre la base de una expectativa bastante ambiciosa: desarrollar un programa comparativo entre laboratorios de biología molecular públicos y privados. Además de los ya citados, Valeria Procupez —antropóloga— condujo un original trabajo de investigación sobre el “Movimiento de ocupantes e inquilinos”. A partir de 1995, se fueron sumando nuevos integrantes que diversificaron aún más los casos.

posteriores confirmaran la existencia de una realidad más egoísta, aquel ingreso privilegiado permitió que se estructurara en nosotras la imprescindible actitud cuestionadora de “lo instituido”, esa misma que corre constantemente hacia delante el horizonte de “lo conocido”.

La interacción con otros grupos de investigación del campo de las ciencias sociales fue esencial en aquel momento fundacional. Varios miembros de nuestro equipo participaron en el seminario de investigación sobre estudios sociales de la ciencia, organizado por Carlos Prego en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Dicho ámbito se convirtió durante algunos años en un lugar de discusión y construcción del campo argentino de los estudios sociales de la ciencia. Otro polo, con asiento en la Universidad Nacional de Quilmes, fue dirigido por Mario Albornoz y tuvo como misión principal la generación de indicadores sobre el desarrollo de la ciencia y la tecnología en el país y la región. Con los años, la trama institucional se fue densificando y en la actualidad son numerosos los centros de estudios que dictan *masters* y formaciones cuyo referente es el mundo científico, acentuando sus distintas dimensiones: gestión y política científica, estudios sociales de la ciencia, bioética, periodismo científico, etcétera.

Comentarios finales

La distancia temporal me permite afirmar aquí que, en lo personal, el equipo “comunidades científicas” constituyó un *contexto determinante* en la medida en que orientó de forma esencial los objetivos de investigación y la mirada que en aquel entonces tenía sobre mi campo etnográfico: la comunidad de biólogos argentinos. Mi recorrido de investigación en esos años formadores se desarrolló juntamente con el proceso de constitución del campo social de los estudios de la ciencia en el país. En dicho proceso fue esencial el aporte teórico de Félix Schuster con respecto a que planteó nudos temáticos centrales sobre la base de su interés por elucidar los distintos niveles e intensidades de vinculación entre la “producción” y la “validación” de conocimiento científico. Con su propuesta de estudiar la ciencia y sus realizaciones desde una perspectiva “contextualizadora” abrió un campo de interlocución con las principales corrientes sociológicas, estableciendo un puente mutuamente beneficioso para todos los analistas de la ciencia, fuesen del campo epistemológico o social. En efecto, las normas reconocidas por los científicos (sociología de la ciencia mertoniana), las creencias y sus influencias en la aceptación de tal contenido por parte de tal comunidad (“Programa Fuerte” y Constructivismo Radical) y, por último, la articulación entre las prácticas dominantes, las instituciones y los contenidos de investigación (corriente cognitivista) eran todos aspectos que podían ser tematizados gracias a las tres instancias de contextualización (situacional, condicionante y

determinante) propuestas por Schuster, mostrando en cada caso lo lejos que había podido llegar la penetración de “lo social” en un corpus teórico dado. Si cada una de estas corrientes excluía una dimensión de “la ciencia como objeto de la ciencia”, la propuesta de Félix Schuster inducía, por el contrario, un tipo de análisis integrador, cuya mirada totalizadora de la empresa científica promovía la imbricación de los factores en juego y no su mutua exclusión.

Desde esta sensibilidad por el rol desempeñado por los factores “extralógicos” en la aceptación de las teorías científicas, Schuster supo alentar a quienes desde una mirada socioantropológica deseábamos explorar el viejo continente de la ciencia pero interrogándolo desde ángulos novedosos por aquellos tiempos y geografías periféricas. Siempre abriendo el diálogo, aceptando hibridaciones riesgosas, desacralizando territorios y personajes, permitiendo preguntas irrespetuosas a las que solo reclamaba solidez en “sus propios términos”, este epistemólogo de las ciencias sociales contribuyó por todo ello a que la libertad intelectual fuese un valor fundante de la empresa indagadora, garantía de la vitalidad creativa de una comunidad científica, sea cual sea su pertenencia disciplinar.

Referencias bibliográficas

- ALTHABE, Gérard y HERNANDEZ, Valeria. 2004b. “Implication et réflexivité en anthropologie” en *Journal des anthropologues* N° 98-99.
- CALLON, Michael y LATOUR, Bruno. 1982. “La science telle qu’elle se fait. Anthologie de la sociologie des sciences de langue anglaise” en *Pandore*, número especial (París).
- CONDOMINAS, George. 1965. *Lo exótico es cotidiano* (Barcelona: Ed. Júcar Universidad).
- COULON, Alain. 1988. *La Etnometodología* (Madrid: Ediciones Cátedra).
- DUCLOS, Jacques P. 1997. “Sokal n’est pas Sócrates” en *Le monde* N° 3 (París), enero.
- FILIPPA, Ana y HERNANDEZ, Valeria. 1999. “La ciencia y sus contextos” en Althabe, Gérard y Schuster, Félix Gustavo (eds.) *Antropología del Presente* (Buenos Aires: Edicial).
- HERNANDEZ, Valeria. 1994. “Eureka, un paper! La autoría científica” en *REDES* N° 1.
- 1996 “Condiciones socioculturales y cognitivas en la producción de un campo científico” en *REDES* N° 5.

- 2001 “La mondialisation dans la sphère académique” en *Histoire et Anthropologie. Mythes et pratiques du marché* N° 22, abril.
- 2005 “Agenda para una antropología del conocimiento en el mundo contemporáneo” en Hernández, Valeria, Hidalgo, Cecilia y Stagnaro, Adriana (comps.) *Etnografías Globalizadas* (Buenos Aires: Publicaciones de la SAA).
- HIDALGO, Cecilia. 1992. “El uso del conocimiento social” en *Ciencia y Técnica* (Vol. e.p.) (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- 1999 “Comunidades científicas: los antropólogos enfocan la ciencia” en Althabe, Gérard y Schuster, Félix Gustavo (eds.) *Antropología del Presente* (Buenos Aires: Edicial).
- 2006 “Reflexividades” en *Cuadernos de Antropología Social* N° 23 (Buenos Aires: UBA).
- ISAMBERT, François-André. 1985. “Un ‘programme fort’ en sociologie de la science?” en *Revue française de sociologie* Vol. XXVI.
- JEANNERET, Yves. 1998. *L’affaire Sokal et la querelle des impostures* (París: PUF).
- JURDANT, Baudouin. 1998. *Impostures Scientifiques. Les malentendus de l’affaire Sokal* (París: La Découverte/Alliage).
- KNORR-CETINA, Karin. 1981. *The manufacture of knowledge. Toward a constructivist and contextual theory of science* (Oxford: Pergamon Press).
- 1982 “Scientific Communities or Transepistemic Arenas of Research? A Critique of Quasi-Economic Models of Science” en *Social Studies of Science* Vol. 12.
- LATOUR, Bruno y WOOLGAR, Steve. 1995. [1979] *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos* (Madrid, Alianza).
- LECUYER, Bernard-Pierre. 1978. “Bilan et perspectives de la sociologie de la science dans les pays occidentaux” en *Archives Europeennes de Sociologie* Vol. XIX.
- LEMAINE, Gérard, LÉCUYER, Bernard-Pierre et al. 1972. *Les voies du succès. Sur quelques facteurs de réussite des laboratoires de recherche fondamentale en France* (París: GERS) (CNRS-EPHE, ronéo).
- MERTON, Robert. 1977. “La estructura normativa de la ciencia” en *La Sociología de la Ciencia* (Madrid: Alianza Universidad).
- OLIVE, León. 1985. *La explicación social del conocimiento* (México DF: UNAM).
- PREGO, Carlos. 1992. *Las bases sociales del conocimiento científico. La revolución cognitiva en la sociología de la ciencia* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

- SCHUSTER, Félix Gustavo. 1985. "Los límites de la objetividad en las ciencias sociales" en Gaeta, Rodolfo y Robles, Nilda (comps.) *No-ciones de Epistemología* (Buenos Aires: Eudeba).
- 1992 *El método en las ciencias sociales* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- 1993 "Consecuencias metodológicas del contexto de aplicación" (ms.).
- 1999 "Los laberintos de la contextualización en ciencia" en Althabe, Gérard y Schuster, Félix Gustavo (comps.) *Antropología del presente* (Buenos Aires: Edicial).
- SOKAL, Alan y BRICMONT, Jean. 1997. *Impostures intellectuelles* (París: Editions Odile Jacob).
- VESSURI, Hebe. 1991. "Perspectivas recientes en el estudio social de la ciencia" en *Interciencia* Vol. 16, N° 2, marzo-abril.

Los descubrimientos científicos y la filosofía de la ciencia

Víctor Rodríguez

Víctor Rodríguez, profesor titular de Epistemología de las Ciencias Naturales, Historia de la Ciencia II, y Filosofía de la Ciencia, en la Escuela de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Dirige proyectos de investigación sobre temas de filosofía de la ciencia. Ha realizado actividades de investigación en varias instituciones del extranjero. Ha dirigido tesis de maestría y doctorado en varias universidades nacionales, y ha dictado numerosos cursos de posgrado en ellas. Ha cumplido funciones en comités ejecutivos de varias asociaciones nacionales e internacionales de filosofía y es miembro de varios cuerpos consultivos de revistas especializadas. E-mail: gauchovrr@gmail.com

El título de este trabajo es consecuencia de un hermoso recuerdo. Durante algunos años, en Buenos Aires y Córdoba se mantuvo una actividad de investigación en filosofía de la ciencia en dos grupos que se dedicaron a un conjunto de temas afines. A esto se sumó un intercambio de experiencias entre ambos grupos y se realizaron varias reuniones al respecto. Un protagonista muy importante en esta actividad fue Félix Gustavo Schuster, colega

y amigo, por quien siento un gran respeto y un gran afecto. Con mucho placer me sumo a este cálido y merecido homenaje. La elección del tema pretende reflejar el lugar especial que tiene para mí un cúmulo de vivencias compartidas con él.

La actividad mencionada estuvo principalmente dedicada al abordaje epistemológico del contexto de descubrimiento. Este tema constituyó la parte medular de las investigaciones de ambos grupos, y se dedicaron varios años a analizar este contexto desde diferentes perspectivas. Uno de ellos desarrolló sus actividades en la Universidad de Buenos Aires y en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF), y estuvo dirigido por Gregorio Klimovsky y Félix Gustavo Schuster. El otro tuvo como base de operaciones la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Como miembro de este segundo grupo, me permito destacar la seriedad intelectual de todos los participantes, como así también la calidez de la comunicación humana en los diversos encuentros llevados a cabo. Para el grupo cordobés fue una experiencia realmente enriquecedora. Visto a la distancia, aun cuando los temas de investigación de los protagonistas hayan ido cambiando, y en ambos grupos se produjeran metamorfosis propias de las dinámicas humanas e intelectuales, quedan todavía ricas conexiones temáticas entre varios colegas que participaron en aquellas actividades.

Mi colaboración para este volumen es un modesto trabajo que pretende presentar algunas reflexiones tardías sobre ese ámbito compartido de indagación acerca de la actividad científica, atendiendo principalmente a aspectos especiales del contexto de descubrimiento en las prácticas científicas contemporáneas. Para ello, he elegido un ángulo expositivo algo singular y que involucra cierto riesgo, por el uso abusivo de la analogía entre campos disciplinares diferentes. Esta elección ha sido una consecuencia directa de ciertas cavilaciones. Luego de pensar en diferentes alternativas temáticas para este trabajo, opté por abordar la problemática del descubrimiento científico desde una perspectiva que tuviera principalmente en cuenta tres cuestiones:

- a. las actividades mencionadas de estos grupos, en particular, las de Córdoba;
- b. mis acercamientos personales al tema;
- c. algunos intereses del homenajeado que se solapan con motivaciones mías, donde conviven aspectos lúdicos con epistemológicos.

En relación con **a** y **b**, comenzaré por hacer una pequeña incursión en el escenario que observo actualmente sobre los intentos de elucidar aspectos significativos de los descubrimientos científicos. El telón de fondo que da marco a estas observaciones está constituido por un conjunto de comunidades científicas y filosóficas con sus respectivas dinámicas y productos. Con algunas de ellas he tenido algún contacto directo e indirecto. Con otras, aun cuando no haya tenido interacción directa,

sus actividades me han estimulado la reflexión sobre las prácticas teóricas y experimentales orientadas hacia nuevos descubrimientos.

Como es sabido, existe una historia interesante y llena de matices respecto del lugar que ocupó el descubrimiento científico en la concepción de la ciencia por parte de los más destacados filósofos de la ciencia del siglo pasado. En realidad, uno debería decir que esta historia se remonta a los comienzos de la filosofía y de la ciencia, al menos en Occidente. El descubrimiento de los eclipses acompaña ya a los filósofos presocráticos. La astronomía matemática y observacional tiene una muy larga y exuberante historia. Los historiadores de la ciencia han mostrado en diferentes disciplinas, variadas facetas del arte de inventar mecanismos teóricos para salvar las apariencias y dar vida y cuerpo al momento eureka. También han atendido considerablemente a los descubrimientos de entidades y leyes no buscadas por los *frameworks* disponibles, y a las búsquedas programadas de consecuencias predictivas de teorías establecidas o por establecer. Últimamente, también está siendo analizado de un modo detallado el impacto de la vida de los laboratorios en la concreción y conceptualización de nuevos descubrimientos.

No es mi intención repetir aquí esas historias. Tampoco deseo volver a dar cuenta del tratamiento crítico de la historia ortodoxa asociada en el campo de la filosofía de la ciencia con Hans Reichenbach y las derivaciones de las ya largas disputas en torno de la tensión entre los contextos de descubrimiento y de justificación. El campo de los contextos se ha extendido considerablemente y los filósofos valoran hoy de diferentes modos el peso relativo de las perspectivas existentes, las que van desde una ponderación central de lo social hasta las más precisas mediciones en física o astrofísica. Esta extensión del número de contextos ha llevado a varios filósofos a incursionar en la mayoría de los sectores relevantes de la filosofía de la cultura, como en el caso de la educación, o de las aplicaciones tecnológicas.

Los contextos están dando ahora una visión cultural de la ciencia mucho más rica que en los primeros tratamientos mencionados. Considero que todos estos tópicos continúan siendo importantes en filosofía de la ciencia e historia de la ciencia, y varios merecen todavía mucha investigación. Un paseo por las revistas especializadas en este dominio sugiere tales consideraciones. No obstante, como no estoy en condiciones de decir algo nuevo e interesante acerca de estas cambiantes miradas, recortaré básicamente el tema a un aspecto vinculado a los procesos de descubrimiento sobre el que he realizado algunas aproximaciones previas. La cuestión específica que pretendo abordar, a la vez que respeta los tres considerandos anteriores, sugiere lecturas cruzadas promisorias a partir del pluralismo temático y de estilos que existe en la investigación actual sobre ella. Algunas observaciones adicionales aclararán un poco más el enfoque adoptado.

En la segunda mitad del siglo XX, la filosofía de la ciencia vio reverdecer nuevamente el ámbito de la incorporación de novedades en las disciplinas científicas. La ciencia fue vista desde muchas perspectivas diferentes, y la reflexión por parte de filósofos y científicos sobre la actividad científica ganó en sensibilidad sobre las prácticas mismas, tanto en sus aspectos teóricos, como observacionales y experimentales. El frente teórico se amplió por un lado hacia horizontes sociológicos y culturales, y por otro, hacia diferentes rostros lingüísticos formales o semi-formales. La interpretación de la creciente matematización de la ciencia, con sus estrafalarios lenguajes, continúa siendo un desafío para los filósofos. Las comunidades científicas comenzaron a mostrar ingredientes relevantes para la articulación de una concepción de las prácticas científicas, y esto contribuyó en buena medida a diluir las diferencias taxativas entre producciones, productores y ámbitos de producción científica. Por el lado formal, las lógicas, aunque continuamente crecientes en potencia y diversidad en tanto ejercicios inferenciales, fueron cediendo presencia frente al ostensible avance de las matemáticas en las modelizaciones científicas. Los modelos estructurales han aumentado su protagonismo de un modo elocuente y en muchos casos es realmente difícil seguir las pistas que llevan desde un marco teórico hasta un descubrimiento. A su vez, las innumerables incógnitas que presenta la relación entre matemáticas y teorías empíricas han producido un desplazamiento del interés epistemológico, desde ejercicios de formalización hacia robustos, pero no siempre exitosos, intentos de dar cuenta de ellas por medio de analogías con procedimientos extraídos de las prácticas científicas. En cualquier caso, el arte de generar inferencias ampliativas presenta una intersección considerable con el contexto de descubrimiento, y esto ya no es solo parte de la actividad de los lógicos o metodólogos. La probabilidad, por ejemplo, con sus múltiples expresiones en estadísticas y ámbitos de elección y decisión humana, rivaliza en poder expresivo con las otras artes inferenciales que pretenden representar o ponderar lo incierto, y su vitalidad actual no exhibe señales de decaimiento.

Los descubrimientos científicos también acusan influencia del ficcionalismo. Las múltiples estrategias asociadas al “como si” de las modelizaciones matemáticas en ciencias empíricas están incursionando de un modo creciente en el terreno de la especulación alrededor de nuevos esquemas operativos, de nuevas entidades teóricas, y de nuevos modos de mirar “lo viejo”. Ponderando esto globalmente, puede pensarse a toda esta gigantesca dinámica teórica como la ilustración más elocuente de un contexto de indagación inmerso en un conjunto muy grande de prácticas científicas. Considero que la expresión “contexto de indagación” es más adecuada que otras usadas a fin de caracterizar este sector de la investigación científica por parte de otros filósofos de la ciencia, como es el caso con la prosecución en Larry Laudan, o el descubrimiento

asociado a resolución de problemas en Herbert Simon, aunque a los fines de este trabajo esto es solo un pequeño matiz terminológico.

El abordaje propuesto aquí pretende señalar ámbitos de investigación de considerable riqueza epistemológica en los que se cruzan cuestiones filosóficas generales con matices conceptuales propios de la actividad científica en una escala muy pequeña. Es necesario aclarar al respecto varias limitaciones de esta exposición. Dadas las dimensiones del trabajo, algunos temas serán mencionados de un modo general, sin entrar en todos los detalles que configuran actualmente el perfil disciplinar de los mismos. El tratamiento de cualquier ejemplo de descubrimiento científico contemporáneo dentro de lo que suele llamarse “ciencia grande”, excede en buena medida los márgenes de una aproximación general expuesta en una breve monografía. Muchos libros extensos se han escrito sobre descubrimientos complejos. Esta complejidad puede estar dada por la índole de las cuestiones teóricas involucradas, por la naturaleza y límites de los instrumentos, por lo extraño de las hipótesis en juego y las predicciones asociadas a ellas, por la incidencia de metodologías especiales propias de algunos campos disciplinares, o por condimentos variados de naturaleza sociológica o ambiental (al respecto, ver por ejemplo Bechtel y Richardson, 1993). Los últimos dos siglos nos han ido acostumbrando a considerar los descubrimientos importantes como una especie de poliedro de muchos rostros, y en muchos casos es altamente difícil ponderar la integración de los mismos. Estos rostros aparecen como monstruos deformes que presentan peculiaridades regionales, que son singularizadas por las perspectivas de análisis. Así, en algunos descubrimientos impactarán los instrumentos; en otros, la perspicacia de los experimentadores; en otros, el vuelo teórico; en otros, la conjetura audaz; en algunos casos, la casualidad, esto es, la emergencia de novedades observacionales o experimentales no previstas como consecuencia de diseños de experimentos orientados hacia otros fines epistémicos.

Intentaré dar un breve panorama de los temas relacionados con el descubrimiento científico que, a mi criterio, merecen todavía atención por parte de los filósofos de la ciencia. Naturalmente, es posible plantear esto de diversas maneras. Las estrategias más usuales frente a este tema han sido las siguientes:

- a. Intentar dar cuenta de los mecanismos inferenciales que permiten ampliar nuestra información bajo un ideal de rigor tendiente a emular la potencia y limpieza de la lógica deductiva clásica.
- b. Apoyarse en un conjunto de normas y criterios que de algún modo justifiquen racionalmente las acciones orientadas a la indagación.
- c. Simular por vías artificiales, especialmente por computación, algunos procedimientos que hacen interactuar algoritmos y heurísticas de búsqueda.

- d. Aplicar procedimientos con lenguajes mixtos –declarativos y procedimentales– para generar entidades teóricas específicas útiles en ciertos dominios disciplinares.
- e. Aceptar pragmáticamente una línea sin solución de continuidad que va desde guías procedimentales para obtener nueva información, hasta optimizaciones de búsquedas por medio de reglas de juego intrínsecas a campos de investigación altamente técnicos y restringidos. En varios de estos enfoques juegan un rol importante las relaciones dinámicas entre teorías existentes en diferentes grados de desarrollo y tecnologías de variada factura que condicionan fuertemente el alcance de las búsquedas. En zonas de investigación más cercanas a las ciencias humanas y sociales, podríamos agregar un estilo adicional.
- f. Búsquedas influenciadas significativamente por patrones cognitivos. Es conveniente aclarar que esto se da también en otras disciplinas, aunque en muchos casos en menor grado. Considerando aspectos más filosóficos, es también oportuno singularizar otro enfoque.
- g. Desde la física hasta la sociología, asistimos hoy a la descripción de descubrimientos inmersos en contextos axiológicos. Finalmente, llamaría la atención sobre otro aspecto.
- h. Aunque no suele ser de mucho interés para los filósofos, existe un género descriptivo y en muchos casos también normativo de narración autobiográfica que gira alrededor de episodios conspicuos de descubrimientos: variantes de eureka, *serendipity*, creatividad, sonambulismo imaginativo, largos y tediosos procedimientos de ensayo y error, estrategias de considerable abstracción asociadas a lenguajes matemáticos especiales que dan prioridad a la elegancia o simplicidad. Los riesgos de este último estilo son las generalizaciones del alcance de procedimientos que han funcionado bien en un dominio, hacia otros campos de investigación.

Pero, a pesar de esta limitación potencial y de todas las caricaturas epistemológicas elaboradas por filósofos como Paul Feyerabend y otros en relación con las limitaciones de los métodos, es usualmente rescatable el punto de vista del experto, y en ocasiones sirve como guía heurística para otros ámbitos. Esta actitud pragmática ha sido tomada muy en serio por los investigadores que elaboran programas computacionales que apuntan al descubrimiento de entidades o leyes. Ellos suelen distinguir entre heurísticas generales válidas para muchos dominios de investigación y heurísticas locales propias de un campo específico, asociadas al conocimiento del experto. El ajedrez por computadoras, como se verá más adelante, es un buen ejemplo de esta danza entre expertos locales y heurísticas de uso general.

A todo esto, a su vez, habría que organizarlo desde dos perspectivas; por un lado, el análisis de los descubrimientos como procesos, y por el

otro, como productos. A los descubrimientos como procesos se los ha investigado desde hace varias décadas de un modo robusto y variado.

En el caso de los intentos de generar descubrimientos por computadoras, ha sido frecuente asociarlos a estos con el planteamiento y resolución de problemas. Existe, como es sabido, una larga y sólida tradición de observar a la ciencia como una actividad vinculada a plantear problemas y a esbozar soluciones. Pero la computadora le anexó un ingrediente considerablemente original al ir, en forma paulatina, incorporando una dimensión de complejidad, tanto en arquitectura como en artificios de cálculos adaptados a las potencialidades de la electrónica.

En esta dirección, la simulación por computadoras está golpeando las puertas del descubrimiento y tiene un protagonismo creciente en materia de innovación tecnológica y conceptual. En la segunda perspectiva, el descubrimiento como producto, los científicos se hallan frente a horizontes tanto familiares como inesperados. Muchos resultados actuales que son considerados como verdaderos descubrimientos arrojan nuevas entidades al escritorio de los teóricos, así como también nuevos procesos que requieren elucidación. Es cierto que esta dinámica puede ser analizada con viejos y valiosos enfoques filosóficos, al estilo de las clásicas disputas en torno del rol de los lenguajes como descriptores o creadores de "mundos". Pero, aun cuando estos enfoques tradicionales siguen mereciendo seria consideración, el acercamiento a las disciplinas científicas obliga a ponderar con mayor poder discriminatorio la dinámica teórica en torno a nuevas entidades, la relación entre lo nuevo observado o experimentado y las interpretaciones que de ello se hacen, y las sutiles relaciones entre predicción y precisión en la lectura de los ámbitos experimentales ligados a descubrimientos. Este último enfoque, que he sostenido en trabajos anteriores analizando casos especiales de la ciencia contemporánea, allana el camino entre mediciones y descubrimientos. En las prácticas científicas actuales, en muchas ocasiones la tecnología se adelanta a la ciencia en el arte de descubrir. Un indicador sociológico de esto es el haber otorgado el Premio Nobel a ciertos investigadores en física por trabajos que consistieron principalmente en diseños de aparatos de medición.

En lo que sigue, intentaré ilustrar las dinámicas teórico-experimentales comentadas, tomando como punto de partida un sector de investigación interdisciplinar asociado con un juego: el ajedrez. Trataré de extraer algunas consecuencias de los programas computacionales diseñados para este juego, eventualmente válidas para el dominio de las reflexiones epistemológicas sobre los descubrimientos científicos. Tomo este pequeño pero importante campo de las investigaciones sobre teoría de juegos porque estimo que ilustra en forma adecuada muchos aspectos operativos de las heurísticas de búsqueda, que a mi criterio constituyen la cara procedimental de los descubrimientos. Las "lógicas" del descubrimiento usualmente han intentado dar cuenta de las normas

y reglas asociadas con el proceso de descubrir (ver Simon, 1973). El ajedrez es, hasta donde conozco el tema, el campo más investigado en este sentido. Son dos los temas que rescato de este análisis:

- a. los juegos como ejercicios de descubrimientos;
- b. el rol y la estructura de las búsquedas automatizadas.

Pero también tomo el ajedrez porque nuestro homenajeado, Félix Gustavo Schuster, es un destacado jugador y un gran amante de este deporte. Pocos alumnos y colegas han resistido sus agudos embates sobre las sesenta y cuatro casillas.

Haré algunos comentarios acerca de la evolución de los programas computacionales destinados a este juego. Esta evolución durante la segunda mitad del siglo XX ha estimulado a los investigadores de numerosas áreas para extraer consecuencias aplicables en diferentes disciplinas, desde las ciencias cognitivas hasta las ciencias de lo artificial (ver, por caso, Dunbar y Klahr, 1989). Varios subproductos de estas investigaciones están siendo usados hoy en otros campos de búsqueda, planificación, decisión y robótica. Las estrategias y tácticas pueden estar asociadas a un esquema de trabajo basado en teoría de juegos, o estar implementadas sobre criterios operativos provenientes de otras metodologías, pero como subproductos han mostrado su eficacia en el campo de la aplicación.

Comenzaré este breve enfoque con un clásico de la ciencia ficción. Arthur Clarke, fallecido en 2008, brinda un excelente punto de partida. La famosa computadora HAL de su obra *2001: Odisea del Espacio* se ha transformado en un símbolo de las potencialidades de la inteligencia artificial, pero también del arte de elaborar inferencias sofisticadas. HAL sabía jugar al ajedrez, pero también sabía leer los labios de las personas que habitaban la nave. Un colaborador así sería ideal en un departamento de investigación y podría ayudar, o aun guiar, procesos de descubrimiento. Nuestras computadoras actuales son todavía toscas aproximaciones a HAL (ver Stork, 1997). Uno está tentado en pensar que una computadora así podría en ciertos casos ponderar sus propios límites en materia de cálculos y estimaciones. Dicho en otros términos, podría hacer ejercicios de aproximación en torno a enigmas planteados por sus propias inferencias. Un diseñador de una máquina semejante, podría sentirse orgulloso de tal mezcla armónica de algoritmos y heurísticas. Aun cuando estamos muy lejos de eso, el estado actual de los programas que juegan a juegos como el ajedrez ya sugiere cosas interesantes.

Cuando cundió la noticia de la derrota del entonces campeón mundial de ajedrez, Garry Kasparov, por parte de la computadora DEEP BLUE, en ese momento HAL cumplía cuatro meses de vida. Como se recordará, HAL nació en la ficción el 12 de enero de 1997. Esto sugiere abordajes cruzando los tiempos históricos entre la ficción y la realidad. Habría naturalmente varios modos de considerar esta intersección entre

ciencia ficción e investigación científica. Por ejemplo, un tratamiento de este episodio analizando si las predicciones realizadas a partir del paradigma HAL se han cumplido o no, y en caso afirmativo, hasta qué punto. Otra perspectiva de análisis algo más esquemática puede girar alrededor de las potencialidades operativas de los programas incorporados en las máquinas; las que juegan al ajedrez brindan un muy buen banco de prueba al respecto. Daré prioridad a este enfoque aquí, para intentar a partir de él extraer algunas consecuencias para el análisis del contexto de descubrimiento.

El programa que ha sido tomado como base para este acercamiento es el WCHES, que hemos analizado y adaptado con un colega del grupo de Córdoba, Z. Pereyra¹, a los fines de una exploración de los aspectos metodológicos y epistemológicos involucrados. Se trata de un programa intermedio de ajedrez. El trabajo previo consistió en decodificarlo, se explicitaron las reglas heurísticas incorporadas al mismo y, a partir de este análisis, se intentó analizar la arquitectura del programa y en cierto modo también algunas ideas que subyacen a ella.

Otra motivación adicional, aunque importante desde el punto de vista histórico para el desarrollo de esa investigación, fue la posibilidad de ver evolucionar un programa anterior a DEEP BLUE, pero en varios aspectos antecesor de este. El mismo fue desarrollado en el departamento de computación de la Universidad de Carnegie Mellon en Pittsburgh, Estados Unidos. Dos de los principales investigadores del Thomas Watson de IBM que contribuyeron a la construcción de DEEP BLUE, se formaron en ese departamento dentro de la línea de investigación de Hans Berliner, un destacado especialista en temas de computación y ajedrez. Hacia fines de la década de 1980, este investigador tenía el programa más poderoso al nivel internacional para jugar al ajedrez, la llamada computadora HITECH. La evolución de esta máquina, en realidad del programa que permitió esta versión tan exitosa, marca un capítulo muy especial dentro de la historia del juego de ajedrez computarizado y de las heurísticas de búsqueda dentro de dominios especializados. Algunos de sus jóvenes alumnos, luego responsables parcialmente de la creación de DEEP BLUE, elaboraron allí un programa intermedio denominado DEEP THOUGHT, que sirvió de base para el programa final que hizo historia en el ajedrez humano y computarizado.

Uno de los aspectos más sugerentes de esta dinámica teórica y experimental está relacionado con la pregunta recurrente en el ámbito de

1. Esta línea de trabajo ha permitido elaborar una taxonomía introductoria de programas computacionales basada en un esquema originalmente propuesto por el economista Paul Samuelson para clasificar teorías en campos considerablemente alejados de la computación. Ver al respecto Pereyra y Rodríguez (2004).

la complejidad creciente de los programas computacionales: ¿hasta dónde es posible pensar en una especie de test de Turing para este nivel de juego? Dicho de otro modo, ¿hasta dónde una respuesta dada por un programa computacional puede ser considerada como equivalente o superior en inteligencia a las respuestas humanas dentro de ciertos dominios de exploración? El rostro complementario de esta situación, útil para evaluar el alcance de estos logros para el contexto de descubrimiento, es la incidencia de esta complejidad creciente en las estrategias de búsqueda, y la competencia de las máquinas frente a las estrategias humanas.

Oportunamente se analizaron los informes y comentarios puestos en Internet acerca del *match* mencionado entre DEEP BLUE y el ajedrecista humano, incluidos los comentarios simultáneos que se realizaban en la sala de prensa durante el desarrollo de las partidas por especialistas reconocidos. Este trabajo de campo vinculado a la ponderación de los especialistas, tanto de computación como de ajedrez, permitió contextualizar el impacto cultural del episodio y también extraer algunas lecciones de las reflexiones filosóficas que aparecieron en foros específicos relacionados con el tema. Visto esto desde una perspectiva actual, el caso mostró interesantes e insospechadas relaciones entre la inteligencia artificial y ciencias cognitivas por un lado, y las prácticas científicas asociadas con procesos tendientes al descubrimiento de nuevas entidades, de nuevos patrones (*patterns*) y de nuevos esquemas operativos, por el otro. Esto trajo también interesantes analogías con la noción de ley científica, en campos científicos generales. En otras palabras, la estabilidad estructural con alta eficacia operativa obtenida para evaluar posiciones en el terreno del juego, exhibió semejanzas con ciertas caracterizaciones de la legalidad científica por parte de algunos filósofos de la ciencia. El carácter provisional de las leyes puede mostrar diversas facetas en lo que hace a la relación entre predicción y descubrimiento. El *feedback* entre estos tópicos es importante y sugiere conexiones entre leyes científicas y descubrimientos asociados a ellas. Adicionalmente, la sociología de la ciencia también salió beneficiada con estos episodios en torno a un juego. Para los fines de este trabajo, un eje importante al respecto ha sido el conjunto de consideraciones sobre el trasfondo social e institucional del caso, mostrando una trama de prejuicios culturales en rededor de lo humano y de sus alcances y límites cognitivos. Hoy, por ejemplo, las ciencias físicas muestran en algunos de sus ámbitos más especulativos casos similares en lo referido a la supuesta existencia de entidades y procesos que surgen como consecuencia de felices —o no tanto— intercambios de roles entre algoritmos y heurísticas de búsqueda. La proliferación de partículas hipotéticas generadas en la física teórica de las últimas décadas, por citar un episodio particular, es un caso elocuente que muestra desde una perspectiva epistemológica el grado variable de confianza en las estrategias de

búsqueda. De todos modos, a estas extrapolaciones y analogías hay que tomarlas con cuidado. Muchas han resultado ser exageradas e incorrectas. Todavía los humanos y las máquinas no están tan cerca en materia de descubrimientos y, desde un punto de vista epistemológico, lo mejor que puede hacerse con estos aires de familia es tomarlos como eventuales guías heurísticas para ser usadas en otros campos de investigación. Algunas versiones del estado de estas investigaciones obligan a colocar nuevamente los pies en la tierra en lo referido a los pretendidos logros en estos dominios. Lo que no se puede negar es que las ciencias de lo artificial, tal como fueron esbozadas proféticamente por Herbert Simon (1996) están aportando novedosas sugerencias para el arte de indagar, inventar y descubrir. En lo que hace a heurísticas de búsqueda, existe hoy una amplia gama de investigaciones en curso que son consecuencia de programas de investigación que comenzaron hace varias décadas. Dentro de esta proliferación de enfoques, compiten en materia de estilo y eficacia sectores de la inteligencia artificial, el campo pragmático de los sistemas expertos, variantes de las ciencias de lo artificial abocadas a cuestiones de robótica aplicada a la exploración, técnicas que cruzan varios campos disciplinares, como *data mining*, y un buen menú de estilos y prácticas provenientes de las bifurcaciones del cognitivismo.

Una lectura adicional de este campo ofrece conexiones con reflexiones realizadas en otras disciplinas, como por ejemplo en física, donde a veces una capacidad de cálculo suficientemente poderosa puede parecer un genuino descubrimiento. Esto fue expresado de manera elocuente alguna vez por Richard Feynman, reflexionando sobre el estilo de trabajo en la investigación en física y en particular sobre los orígenes de la electrodinámica cuántica. La potencia de sus diagramas (los hoy famosos diagramas de Feynman) continúa sorprendiendo a los especialistas. Nueva física se insinúa en experimentos actuales en los que el arte de calcular con estos diagramas supera nuestra imaginación y obliga a un tratamiento complementario entre la potencia de cálculo humano y artificial. Dada la complejidad teórica y experimental de algunas investigaciones recientes que han hecho avanzar nuestro conocimiento de los valores de ciertas constantes físicas, los científicos no están en condiciones todavía de decidir si estos aportes son solo un avance en precisión de ciertas mediciones o si constituyen un nuevo horizonte de descubrimiento. Un caso de reciente repercusión ha sido la medición mucho más precisa de una constante relacionada con el momento magnético del electrón. La lección extraída de allí es que no queda claro el estatus epistemológico de los cálculos y de su rol como productores de nuevos fenómenos. Es por ello, en mi opinión, que la lección de Feynman es importante para el contexto de descubrimiento.

La sugerencia es que la complejidad puede ser lamentablemente un tema central en lo que hace a la caracterización del descubrimiento. Nos

queda en muchos casos solo la nostalgia por los descubrimientos simples. Esto borra diferencias nítidas entre algo que se computa y algo que se “crea”, y abre la posibilidad de generar términos teóricos a partir de arquitecturas, de la complejidad involucrada y de reglas procedimentales asociadas. En algunos programas de investigación en ciencias cognitivas que abordan el descubrimiento como resolución de problemas, esta consecuencia cobra fuerte plausibilidad. El modesto dominio del ajedrez, entre otros, ha servido para espolear la generación de términos teóricos basados en invariancias estructurales, a las que conviene rotular de modo similar a como lo hacen los científicos en ciencias matemáticas y en aspectos teóricos de áreas experimentales. El punto a destacar es la posibilidad de estabilizar, vía reglas procedimentales, ciertos invariantes, los que a su vez son generados estratificadamente por medio de un conjunto de procedimientos recursivos. A las relaciones sintácticas que aparecen como invariantes se las configura con semánticas especiales, usualmente relacionadas con el dominio del contexto en cuestión. Esto ha sido trabajado extensamente en el terreno del descubrimiento computacional, desde los programas BACON de Simon y colaboradores de la década de 1970 hasta hoy.

Como anécdota menor relacionada con este punto, tomada de nuestro ejemplo de ajedrez, el campeón humano reconoció que el nivel alcanzado por los programadores merecía un gran reconocimiento debido a lo extraordinario de algunos movimientos en ciertas partidas. Según él, emergieron allí aspectos inusuales relacionados con las prácticas inferenciales en ajedrez. En primer lugar, un “tipo” de inteligencia nueva con el cual, al menos él, no estaba acostumbrado a interactuar. En segundo lugar, ese programa mostró un nivel de flexibilidad en las respuestas que lo obligó a intentar cambios de estrategias de juego frente a la máquina en pequeños márgenes de tiempo. Ya no podía jugar con los criterios estándar que venían siendo expuestos por la ortodoxia teórica asociada a programas menores, como en el caso de la primera fase de los programas FRITZ que podían obtenerse en el mercado hace algunos años. Hoy, estos programas están muy evolucionados y ya es difícil establecer una línea demarcatoria entre programas intermedios y avanzados para este juego.

Quizás no sea inoportuno un pequeño comentario de corte histórico. En realidad, esta tradición puede rastrearse hasta la época de Shannon, en la década de 1950, más específicamente, Shannon y Turing sobre estrategias cognitivas. La vertiente cognitivista retoma luego la línea de la psicología cognitiva asociada a las estrategias de planteamiento y resolución de problemas, como en el caso de Herbert Simon y su serie de trabajos sobre ajedrez; o de los trabajos de De Groot y otros, que en realidad toman ideas que son bastante viejas. Hay un antecedente lejano en Binet, a fines del siglo XIX, sobre cómo es el razonamiento en los prodigios de cálculo y en los jugadores de ajedrez. Al respecto, Bergson

comenta a comienzos del siglo XX que es mucho más poderosa la dirección que toma el paisaje que el paisaje mismo. En el caso del ajedrez, uno tiene menos piezas en consideración que estrategias para ponderar acerca de en qué dirección mover esas piezas. Esto sugeriría que no hay una base de datos tan rica como la base de direcciones para orientar las heurísticas de indagación. Esta línea de abordaje ha mostrado fertilidad y es tomada por autores contemporáneos para tratar de desarrollar reglas heurísticas adecuadas a esos fines. Una analogía interesante de esta situación con el ámbito de los descubrimientos científicos es el perfil que tienen muchos procesos de búsqueda. En particular, aquellos orientados por leyes sólidamente establecidas, frente a ambientes de búsqueda donde no hay legalidad dominante, y el ensayo y error está mucho más cerca de los ejercicios combinatorios para agotar los casos posibles en contextos finitos, o imaginables en contextos indefinidos y potencialmente infinitos. Este contraste de perfiles suele ser usado para dar prioridad a la generación de entidades sobre leyes, o viceversa. A su vez, ambos estilos se cruzan con el grado de localidad de las prácticas disciplinares y generan algo así como una matriz de doble entrada. En áreas muy específicas y no claramente conectadas con el resto de las redes teóricas del campo disciplinar mayor, las narraciones de los eventos asociados con descubrimientos importantes suelen estar acompañadas de explicaciones a posteriori que aluden a testimonios de los descubridores y a toda una casuística vinculada a la comunidad científica cercana. Los historiadores de la ciencia suelen hacer un ensamblado de estos testimonios para generar un paisaje policromático del protagonismo relativo de los diversos agentes intervinientes. La trama inferencial es usualmente tan compleja que requiere para su elucidación de toda una artillería de metodologías historiográficas e interpretativas. En casos notables —como el descubrimiento del ADN, por citar uno— las décadas que siguieron no han permitido todavía aclarar todos los aspectos involucrados en el armado del rompecabezas inferencial. Cito este caso premeditadamente, ya que es conocido el rol que jugó un rompecabezas en la última fase de este descubrimiento. Lo que pretendo decir es que es en verdad difícil ponderar los pesos relativos de las distintas fases inferenciales. En muchas ocasiones, el cruce de las narraciones de los principales protagonistas de un descubrimiento de estas características complica más el escenario.

En lo que hace a la programación sobre ajedrez y a nuestro sesgo sobre el proceso de descubrir, su evolución muestra varias etapas. Hay varias señaladas ya por los autores que elaboraron los primeros programas en la década de 1950. Algunas de ellas están aún en fase de desarrollo. Expresadas desde el punto de vista de arquitecturas procedimentales, una sería la correspondiente al barrido completo, a la apelación a la fuerza bruta; pero claramente uno sabe que en ajedrez esa pretensión colapsa frente al tema de la complejidad. Desde el punto de vista

de la teoría de juegos, se trata de un juego de dos personas de tipo perfecto de suma cero, etc., que hace posible que uno use la estrategia de Von Neumann del *minimax*. Naturalmente, hay resabios de la teoría de Von Neumann y Morgenstern aquí, pero en una ambientación mucha más restringida y técnica, y por lo tanto limitada al momento de extraer grandes consecuencias epistemológicas fuera del dominio. De todos modos, algo de estas cuestiones técnicas es importante para la evaluación del alcance de las estrategias inferenciales. Hay estrategias robustas que barren terrenos pequeños y otras de gran alcance territorial pero considerablemente más débiles. Trasladada esta jerga al lenguaje de los especialistas en inteligencia artificial y disciplinas afines, hay heurísticas generales que sirven para diferentes campos científicos y otras sumamente locales que optimizan de algún modo las búsquedas en cotas territoriales muy estrechas. Lo usual, tanto en ajedrez como en otros juegos, es elaborar una función de evaluación de la posición a través de la cual uno maximiza algo, digamos una posición de las piezas, en función del peso relativo de las propias piezas y de una valoración que minimice la posición de las piezas del contrario. Esta es una de las estrategias tradicionales. Aquí en apariencia nos estamos apartando de los descubrimientos tradicionales, pero en mi opinión, solo parcialmente. En nuestras estrategias de planificación de experimentos y de elaboración de protocolos de investigación experimental, no es infrecuente estipular una suerte de condición de entorno, gracias a la cual ponderamos respuestas eventuales de la naturaleza que se hallan restringidas por un conjunto de parámetros debidamente acotados, que luego nos permiten interpretar los resultados sobre la base de algún conjunto de cláusulas del tipo *ceteris paribus*. Volviendo al ejemplo de las búsquedas, en la década de 1960 John McCarthy elabora la idea de la poda de los árboles de búsqueda. En realidad, para ser precisos históricamente, es necesario decir que se atribuye esta idea a McCarthy, aunque subsiste alguna discusión al respecto. Aquí me he dejado influir por una versión de Judea Pearl, uno de los grandes expertos en heurísticas asociadas a estas cuestiones (Pearl, 1984).

En DEEP BLUE se utilizó esto, es decir, un esquema de *minimax* pero con ciertas podas de ramas que no son significativas para encontrar la máxima expresión de la función. Esta estrategia aparece en todas las arquitecturas a partir de la década de 1970 en el caso del ajedrez. Un segundo diseño posible es el que contempla barridos de sectores, dada alguna base de información. La alternativa es colocarle pautas de “conocimiento” al programa. Todo parece indicar que este tercer tipo de diseño recién está comenzando a mostrar algunos aportes de interés, al menos en lo que respecta al estado del arte de los programadores. Esta tendencia ha mostrado resultados interesantes tanto en la interrelación ciencia experimental-historia de la ciencia, como en la producción de programas orientados a fines; en nuestro caso, búsquedas.

La interfaz hombre-máquina muestra aquí signos de vitalidad creciente. En algunos casos, están ayudando significativamente los diarios de laboratorio, o como suele expresarse ahora, aspectos relevantes de la vida de los laboratorios: la cocina de los descubrimientos. En otras ocasiones se recurre a los protagonistas expertos directa o indirectamente involucrados en los descubrimientos para intentar reconstruir los caminos seguidos. Este enfoque metodológico ha permitido encontrar en algunos episodios importantes de la historia de la ciencia moderna y contemporánea ciertas estructuras operativas que son afines a variantes de “lógicas” del descubrimiento. Lateralmente, quiero volver a mencionar aquí el rol que han jugado en la historia moderna y contemporánea el concepto de probabilidad y el conjunto de metodologías asociadas con él. Por razones no del todo claras todavía, la probabilidad se ha instalado de un modo troncal en la estructura de las prácticas científicas contemporáneas y ha invadido los más variados campos de investigación. En relación con las estrategias de búsqueda, es en verdad interesante ver cómo esta poderosa rama de las matemáticas ha cruzado las fronteras desde lo por conocer al agente que conoce. Estimamos con ella nuestra ignorancia, pero de un modo que atañe tanto al sujeto cognoscente como al objeto por conocer. Un corolario de esto en materia de ciencias de lo artificial es el rol que ella juega en el diseño de sistemas inteligentes (ver al respecto: Pearl, 1988).

En el ámbito de las ciencias de lo artificial, siempre existió el anhelo de poder rivalizar con los desarrollos y logros humanos. Es de destacar que existió una gran expectativa en relación con el ajedrez desde hace ya varias décadas. Simon tuvo un error de apreciación al respecto al pronosticar en la década del sesenta que en diez años una computadora derrotaría al campeón del mundo de ajedrez. Es difícil evitar cierto optimismo ingenuo en materia de extrapolaciones cuando se logran algunos resultados notables dentro de un campo científico. Claramente se trató de una predicción fuera de escala temporal, pero a la luz de los desarrollos actuales, ya ni siquiera tiene ella el impacto que tuvo hace una década. En muy pocos años –casi un instante en la historia de la ciencia–, nos hemos acostumbrado a reconocer nuestros límites en relación con la potencia de las máquinas en materia de cálculos y modelización. Lo que no siempre se percibe es que no se trata solamente de límites de cálculo, sino también de límites en la implementación de heurísticas. En el caso del ajedrez, para el hallazgo de las mejores posiciones en el espacio de este juego. Hans Berliner predijo en 1977, en un trabajo sobre la historia de la evolución del juego y de las máquinas, que quizás este cambio de protagonismo podría suceder a principios de la década del noventa. De todos modos, no es mi intención poner énfasis en el éxito o fracaso de alguno de estos pronósticos, sino más bien observar qué ha ido sucediendo con las arquitecturas de programación en relación con las reglas establecidas y los criterios adoptados

para usar las reglas que se seleccionan como pragmática o epistémicamente válidas. Sea cual fuere el resultado en cada caso particular, estos análisis mejoran nuestra comprensión de los procesos orientados a descubrimientos.

A los fines de comprender el tránsito del cálculo a las heurísticas en el dominio del ajedrez, es conveniente reforzar algunos aspectos históricos. En la década del 80, Hans Berliner logra algo que venía sugiriendo desde años anteriores, que es poder asociar pautas “cognitivas” a la máquina, esto es, criterios de valoración adicionales basados en representaciones de un tipo especial. Su producto recibió el nombre SUPREM, que sintetiza las principales operaciones involucradas en él: búsqueda (*search*), uso, reconocimiento de *patterns* y manejo de la función de evaluación. Como no es posible agotar en ajedrez todas las posibles posiciones en un tiempo de escala humana —recordemos que hay aproximadamente 10 elevado a la potencia 44 posiciones diferentes—, eso hace que ningún procedimiento pueda agotar en un tiempo razonable más allá de pocos estratos en los árboles de búsqueda, o sea, pocas líneas de movimientos posibles con sus consecuencias. Esto es hoy un lugar común en todos aquellos dominios en los que solo se puede acudir al recurso de procedimientos combinatorios. La complejidad creciente hasta límites inimaginables en este juego solamente es un pálido ejemplo de un género de problemas que presentan diferentes niveles de tratabilidad, y en este sentido ilustran otra faceta novedosa en torno a descubrimientos posibles por vía de las estrategias de planteamiento y resolución de problemas. La combinatoria ha permitido caracterizar de modos bastante precisos niveles de tratabilidad de problemas. Ya aquí aparecen serios obstáculos para una “lógica” del descubrimiento, aún entendida como metodología. Un nivel de complejidad extraordinariamente mayor aparece cuando intentamos dar cuenta de las interacciones posibles entre estos elementos del mundo combinatorio. En este campo de mayor complejidad, las estrategias de búsqueda se nutren mucho más de heurísticas asociadas a conocimientos previos y a la generación de hipótesis vinculadas a nuevos conceptos o leyes integradoras, que de simples aunque eventualmente extensos barridos de árboles de búsqueda.

Volviendo al ajedrez, una serie de problemas de características especiales aparece en relación con estos horizontes que limitan las búsquedas. En particular, la ponderación de las predicciones arrastra la incerteza de los límites en el número de pasos que es posible dar, teniendo en cuenta los limitados recursos inferenciales de los programas computacionales. En mi opinión, es importante comparar estos límites epistémicos con los ámbitos humanos relacionados con las prácticas científicas. Nuestras potencias de cálculo son también muy limitadas. La historia de la ciencia muestra numerosos ejemplos de felices combinaciones entre limitaciones de cálculo y ejercicios imaginativos que su-

gieren nuevas entidades, y más aún, nuevos *frameworks* con características epistémicas originales. En la implementación artificial de agentes automatizados para juegos, el experto complementó estas deficiencias de cálculo, produciéndose en los mejores casos una especie de *feedback* entre ambos modos de atacar la resolución de problemas. Las ciencias cognitivas han sacado mucho provecho de esta tendencia mixta, a tal punto que se ha instalado en varias especialidades no solo como un oportunista enfoque pragmático, sino también como una gimnasia conceptual. Las representaciones se sacan de los expertos, cosa que también se hizo con DEEP BLUE.

Lo que a esta altura suena atractivo en relación con los abordajes acerca de las metodologías para el descubrimiento, es la emergencia de las más variadas estructuras en un dominio que usualmente era conceptualizado como una caja negra. En el caso del ajedrez, la función de evaluación de las posiciones invita a mejoramientos basados en la experiencia, no solo sobre la construcción de los marcos teóricos, sino también en la ponderación de la experiencia acumulada por los expertos. Se conoce ahora con cierto detalle la evolución de estas reglas hasta DEEP BLUE y programas que le sucedieron, como también es información pública el rol de los expertos en el diseño posterior de programas orientados a fines específicos. En el ajedrez, una función matemática asigna valores a los casilleros, valores a las piezas, y valores a las posiciones de las piezas en los casilleros. Aquí tenemos tres niveles claramente diferenciados en lo que hace al armado de la función matemática. Uno es darle valores a las piezas individuales, sumar todo eso y entonces hacer una función que represente a ese valor y tratar de maximizarlo. Supongamos, por caso, que un caballo en el centro del tablero vale más que en un costado del mismo, porque en el centro el caballo puede ocupar ocho casillas, mientras que en el costado puede ocupar solo cuatro. Lo usual es asignarle números a estos valores, esto es, hacer una función numérica.

Este es el primer nivel. Se trata de una función simple, una función lineal donde lo que uno hace es ir incrementando por suma directa: una sumatoria de los parámetros por cada una de las piezas. Programas de fases previas, como el HITECH, usan fuertemente este nivel porque es bastante difícil pasar a un segundo nivel en la función de evaluación. En nuestra opinión, y acorde con nuestros intereses epistemológicos, el punto más interesante en lo que hace a reglas heurísticas para resolver problemas pasa por la función de evaluación, aunque es necesario reconocer que ella es usualmente muy complicada y son pocos los contextos donde uno puede expresarla de modo explícito y elegante. A modo de ilustración de este punto de vista, considero que la historia de la probabilidad es una historia fuertemente orientada a la construcción de funciones de evaluación. Lo que se ha ido logrando en los últimos años es incrementar lentamente la complejidad de la función de evaluación.

Este período estuvo asociado a la historia antes mencionada sobre los estudiantes de Berliner. Un programa anterior de ellos, llamado DEEP THOUGHT, logró derrotar a HITECH en una competencia especial. Ya se notan allí pequeños avances en lo que respecta a la función de evaluación. Una de las características más significativas es que esta función ya es no lineal. Supongamos, por ejemplo, que uno desea resguardar al rey en un rincón del tablero, usando el enroque y articulando una disposición de piezas en un típico cuadro defensivo; en este caso, la posición de las piezas y la seguridad del rey son dos cosas diferentes. Un buen parámetro adaptado para dar cuenta de la eventual seguridad del rey va a ir variando en función de las piezas que existen. Sabemos por muchos procedimientos y procesos similares en diferentes ramas de la ciencia que las funciones que describen este tipo de cambio no son lineales, es decir que van dependiendo en su comportamiento de la cantidad de información disponible.

Además, es muy difícil elaborar una función matemática que dé cuenta de una manera coherente y clara del avance o retroceso de los árboles de búsqueda. Ello sería fácil hasta un cierto nivel, pero el problema del nivel es un problema clásico que ya ha estado en este ambiente desde la década de 1970. El problema es que hay un horizonte ciego. Se trata del caso en que el barrido exploratorio se para abruptamente y aparece la consiguiente información elaborada por la función de evaluación, pero la misma solo ha tenido en cuenta la información hasta ese corte abrupto. Puede suceder, por ejemplo, que la próxima jugada sea visiblemente desastrosa para los objetivos del jugador si su función de evaluación no tiene la capacidad de prever las consecuencias de una evaluación acotada por un número finito y determinado de pasos. Como cuando un novato cree que está dominando el juego y el oponente le da jaque mate en la próxima jugada. Existe a mi modo de ver este tema una fuerte analogía con el caso mencionado antes de las incógnitas proporcionadas por el arte de medir en los límites actuales de la ciencia experimental. Tenemos también allí un horizonte ciego y las novedades pueden sorprender u obligar a cambios abruptos en nuestros modos de interpretar las teorías existentes. En ajedrez, el intento de atenuar los riesgos del horizonte ciego ha ido generando estrategias locales de avance en función de lo que se llama posiciones estables, relacionadas con situaciones tranquilas donde no es visible ningún ataque contundente ni peligro aparente. Esto sugiere que es conveniente intentar explorar hasta niveles en que la función está estabilizada hasta ciertos parámetros. O sea, que la función ahora no es de un solo tipo, agrega la poda, saca árboles, pero las reglas están orientadas a conseguir estas situaciones estables.

Uno de los aspectos más novedosos e interesantes en lo que respecta al *match* que estamos considerando aquí, es esta situación que le produjo un cierto *shock* al campeón del mundo. Él se preparó para jugar con un programa de reglas fijas, que es una de las tradicionales diferencias

que se han esgrimido entre inteligencia humana e inteligencia artificial. Jugando contra reglas fijas, siempre existe una especie de *background* determinista. Dadas ciertas condiciones antecedentes, se sigue invariablemente esto o aquello. En la práctica, se consiguieron atenuaciones para esto colocando algoritmos pseudoaleatorios que permiten variar las respuestas ante evaluaciones similares de la función numérica. Esto permite generar una gama bastante amplia de partidas, aun en los programas elementales. Otro recurso ha sido colocar variaciones de la función en relación con el tiempo que le quedaba para jugar a la máquina. Recordemos que las partidas usualmente se juegan a tiempo fijo para un determinado número de movimientos por jugador. En las actividades científicas humanas, esta analogía es pálida y de poco valor: a veces esta constricción suele aparecer por factores extrínsecos, como limitaciones presupuestarias o competencias entre colegas por la difusión de la novedad, incluso cuando en muchas ocasiones no se ha estudiado todavía detenidamente el descubrimiento ni su estructura. Dicho con algo de humor, una patología social que muestra cambios en las estrategias de búsqueda en función de condicionantes externos es la investigación a término con períodos estipulados por instituciones de gestión de la ciencia. Uno podría hacer una sátira de esta situación, pero en cualquier caso es utópica la elaboración de una función matemática de evaluación de estos procesos sociales; la acotación viene solamente a cuento de que tanto en ajedrez como en ciencias empíricas, las estrategias de búsqueda suelen estar condicionadas por ponderaciones axiológicas de diversa índole. Volviendo al ajedrez, estimo que es posible apreciar a través de estos breves comentarios que la evolución de la función de evaluación complica mucho a los oponentes, ya que es cada día más difícil elaborar estrategias competentes para obtener posiciones superiores o de valor similar en el tablero. Resta mencionar que, aun cuando no serán analizados aquí, existen otros aspectos importantes en la evolución de juegos por computadoras, como es el caso de la evolución del diseño de los chips y cuestiones afines, más cercanas a la tecnología.

Concluyendo, el diseño de estrategias de búsqueda y la generación de mecanismos inferenciales están recibiendo fuerte impulso gracias a los avances de áreas de las ciencias de lo artificial. Los juegos constituyen un pequeño fragmento de este mundo, pero la complejidad creciente en materia operativa sugiere nexos interesantes con otros ámbitos de investigación. La evolución de los programas, al menos en estos dominios, ya no permite caricaturas simplistas de su eficacia, como fue un lugar común durante muchos años. Por otra parte, los procesos de descubrimiento en ramas de la ciencia han estimulado la imaginación de los filósofos en busca de estructuras subyacentes que acorten los procesos de ensayo y error a ciegas dentro de un espacio de posibilidades. Los algoritmos y las heurísticas están siendo los voceros de

estos cambios de percepción de todo este contexto. Ellos son implementados en los más variados agentes y exhiben un poderío creciente en lo que respecta a protagonismo dentro de los más variados campos disciplinares. Cuesta mucho imaginar a la ciencia contemporánea desprovista de ellos. Aun en casos elementales —como en el juego de ajedrez, que está constituido por un conjunto pequeño de reglas simples— la emergencia de complejidad obliga a equilibrios notables dentro de estos dos polos operativos. Está claro que un tablero de ajedrez no es nuestro mundo cotidiano, ni el mundo de interés para la ciencia, pero, curiosamente, a veces de estos ejemplos simples pueden extraerse lecciones útiles para otras prácticas indagatorias. Quizás lo rico del ajedrez, al margen de la computación, es el tipo de incertidumbre original que genera al tener un horizonte abierto de movimientos. Uno usualmente asocia incertidumbre a falta de conocimiento, al menos en la práctica, pero en este caso no es falta de conocimiento. Aquí hay un conocimiento de base completo; se conocen todas las continuaciones legales de cada posición. El conocimiento se tiene, pero lo que no se tiene es la posibilidad de explorarlo completamente. Hay similitudes entre esta descripción y casos en ciencia, como por ejemplo, mecánica de fluidos, donde un buen conocimiento de las leyes que la gobiernan no siempre permite tratar fenómenos particulares, porque los detalles presentan un nivel de complejidad que exige un tratamiento de las condiciones iniciales en muchos casos fuera del alcance operativo. En modelos caóticos en ciencia, muchas veces se enfatiza al respecto la incapacidad de predicción.

Considero que, a pesar de lo débiles de las analogías exhibidas, la comparación tiene su fertilidad en lo que hace a la conceptualización y alcance de las heurísticas y el trueque operativo entre disciplinas es siempre potencialmente fructífero. No se me ocurre mejor ejemplo para ilustrar este punto que la incidencia de la aparentemente inútil teoría de números en matemáticas y su aplicación en los contextos más insólitos de la ciencia aplicada y de la tecnología. Después de todo, al no poseer una teoría universal del descubrimiento, una dosis de oportunismo explorando analogías en las estrategias de búsqueda no suena a pecado mortal.

Debo confesar una última razón para haber elegido esta pequeña exploración de analogías. He vuelto a leer con mucho placer el trabajo que me regaló Félix Schuster: *Metaphor and Analogy in Scientific Discovery*, que expuso, si no recuerdo mal, en un simposio que compartimos fuera del país hace ya unos cuantos años sobre el descubrimiento científico.

Referencias bibliográficas

- BECHTEL, William y RICHARDSON, Robert. 1993. *Discovering Complexity. Decomposition and Localization as Strategies in Scientific Research* (Princeton, New Jersey: Princeton UP).
- DUNBAR, Kevin y KLAHR, David. 1989. "Developmental Differences in Scientific Discovery Processes" en Klahr, David y Kotovsky Kenneth (eds.) *Complex Information Processing. The Impact of Herbert A. Simon* (New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publ., Hillsdale).
- PEARL, Judea. 1984. *Heuristics. Intelligent search strategies for computer problem solving*. Addison-Wesley P. Co. Reading, Mass.
—1988 *Probabilistic Reasoning in Intelligent Systems: Networks of Plausible Inference* (Inc. San Mateo, California: Morgan Kaufmann Publ.).
- PEREYRA, Zenón y RODRÍGUEZ, Víctor. 2004. "Hacia una clasificación de las simulaciones computacionales" en *Epistemología e Historia de la Ciencia*. Selección de Trabajos XIV Jornadas Vol. 10, Nº 10 (Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC).
- SIMON, Herbert. 1973. "Does Scientific Discovery have a Logic?" en *Phil. of Science* Vol. 40, Nº 4.
—1996 *The Sciences of the Artificial*. Third Edition. The MIT Press. Cambridge, Mass.
- STORK, David (ed.). 1997. *HAL's Legacy: 2001's Computer as Dream and Reality* (The MIT Press, Cambridge, Mass).

Bibliografía consultada sobre aspectos de este trabajo

- BERLINER, Hans. 1978. "Computer Chess" *Nature*, Vol. 274, Nº 5673, agosto.
- BERLINER, Hans y EBELING, Carl. 1988. "Pattern Knowledge and Search: The SUPREM Architecture", *CMU-CS-88-109*, enero.
- CHASE, William G. y SIMON, Herbert. 1973. *The Mind's Eye in Chess, Visual Information Processing* (Nueva York: Academic Press).
- FEYNMAN, Richard. 2004. *El placer de descubrir* (Barcelona: Crítica).
- THE FREDKIN FOUNDATION. 1988. "Fredkin Masters Open 1988" (Carnegie Mellon University, Pitt. *Reprint*).
- KASPAROV-DEEP BLUE MATCH. 1997. *Rematch*, Inside Chess On line. En <http://www.chess.ibm.com/games/game_1_6/html/comm.txt>
- KASPAROV, Garry. 1997. *IBM Owes Mankind a Rematch*. En <<http://www.pathfinder.com/time/magazine>>

- KANTOROVICH, Aharon. 1993. *Scientific Discovery. Logic and Tinkering* (Nueva York: State University of New York Press).
- KELLY, Kevin. 1987. "The logic of Discovery" en *Phil. of Science* Vol 54.
- KELLY, Kevin y GLYMOUR Clark. 1990. "Theory Discovery from Data with Mixed Quantifiers" en *Journal of Philosophical Logic* Vol. 19, Nº 1.
- KOSHLAND Jr, Daniel. 2007. "The Cha-Cha-Cha Theory of Scientific Discovery" en *Science* Vol. 137, Nº 10, agosto.
- MARTIN, Erick y OSHERSON, Daniel. 1998. *Elements of Scientific Inquiry* (The MIT Press, Cambridge, Mass).
- MENNA, Sergio. 2003. *Metodologías y contextos* (Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC).
- OSHEROFF, Douglas. 2001. "The Nature of Discovery in Physics" en *American Journal Physics* Vol. 69, Nº 1, enero.
- PEREYRA, Zenón. 1996. *Análisis del programa de ajedrez WCHESSE*, Informe Interno de Grupo de Investigación, presentado a SECyT (Universidad Nacional de Córdoba, 1995-1996).
- ROBERTS, Royston M. 1989. *Serendipity: Accidental Discoveries in Science* (Nueva York:Wiley Science Editions).
- SIMON, Herbert. 1973. "Lessons from Perception for Chess-Playing Programs, and Viceversa" en *Computer Science Research, 1972-1973*.
 —"The Theory of Scientific Discovery" en Götschl (ed.) *Revolutionary Changes in Understanding Man and Society*, 55-73 (Kluwer Acad. Publ. Netherlands).
- SIMON, Herbert y GILMARTIN, Kevin. 1973. "A Simulation of Memory for Chess Positions" en *Cognitive Psychology* Nº 5.
- SIMON, Herbert y SCHAEFFER, Jonathan. 1992. *The game of Chess*, Handbook of Game Theory Vol.1 (Ed. by R. Aumann and S. Hart, Elsevier Sc. Publ. B.V.).
- WAGMAN, Morton. 2000. *Scientific Discovery Processes in Humans and Computers* (Praeger Publ. Westport, Connecticut).

Parte VI

**Sociologizar
las ciencias**



La recepción de Kuhn en la sociología del conocimiento¹

Adriana Gonzalo

Adriana Gonzalo es doctora en Filosofía de la UBA, profesora por concurso en Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, e investigadora del CONICET. Actualmente se desempeña en el área de Filosofía de las Ciencias, Epistemología de las Ciencias Sociales y Filosofía de la Lingüística. E-mail: agonzalo@fhuc.unl.edu.ar.

La sociología de la ciencia, y en particular el denominado “Programa Fuerte” (PF), han realizado una reconstrucción de su propio surgimiento y línea de continuidad colocando entre sus predecesores a Thomas Kuhn. En principio, esta filiación resulta intuitivamente aceptable. ¿Acaso no ha sido Kuhn uno de los actores del giro sociohistórico en la visión filosófica de la ciencia? De hecho, él ha

1. Dedico este artículo a la figura de Félix Schuster, quien hace ya muchos años me acercó a la lectura de los textos de sociología del conocimiento en el dictado de sus cursos en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) y en la Universidad Nacional de Rosario (UNR).

formado parte activa central en el corrimiento del enfoque de la ciencia desde un modelo estático a uno dinámico, de uno cognitivo a uno praxístico, de un deslizamiento desde el enfoque en la estructura de las teorías, al de la dinámica del desarrollo.

El giro mencionado conlleva el cambio de unidades de análisis de la ciencia, desde la idea tradicional de teoría², a la idea de paradigma; como también el cambio de perspectiva desde la idea de ciencia como producto o conocimiento constituido (conjunto de enunciados, modelos, etc., tomados independientemente de sus productores y condiciones de producción de ese conocimiento) al enfoque hacia los grupos humanos que intervienen en la producción del conocimiento y su enclavamiento histórico-cultural. Si nos retraemos al modo en que este cambio de perspectiva se enlaza con el problema de la aceptación o rechazo de creencias, Kuhn introduce en la discusión la idea de normas de acción paradigmáticas como criterios de elección teórica.

En los aspectos arriba señalados, se vislumbra la intervención de rasgos claramente sociológicos: “comunidades científicas” y “normas de acción comunitarias” son nociones claves a la sociología. Asimismo, los componentes del paradigma y las acciones involucradas en las prácticas científicas de una comunidad en un tiempo dado, incluían en el planteo kuhniano el tratamiento de nociones como “valores” de la comunidad, otra arista sociológicamente desarrollable.

Sin duda, estos últimos aspectos impactaron en el modo de vincular el tratamiento del conocimiento científico, propio de la práctica disciplinar sociológica y el de la filosofía a partir de los años 60, ámbitos que parecían ciertamente con pocos puntos de intersección. En efecto, la diferenciación tradicional entre sociología clásica del conocimiento y sociología amplia se apoya en el modo tradicional de relimitación y de vinculación de estos enfoques disciplinares.

Así, sectores de la sociología de la ciencia, a partir —entre otros componentes— del impacto de la obra de Kuhn, comienzan a revisar la agenda de problemas tradicionales de la disciplina, y a proponer una ampliación de los mismos.

El “Programa Fuerte” de la sociología es uno de estos sectores; revisaba los límites tradicionales de la sociología del conocimiento y de la ciencia, y proponía, en cambio, una nueva agenda, sobre la base de un enfoque programático, que incluía las ya muy citadas bases de Bloor (1976).

2. Con “concepción tradicional de teoría” se hace referencia aquí a la concepción enunciativa de teoría. Esto es, a la concepción de teoría como conjunto de enunciados de diverso nivel de generalidad, encadenados lógicamente de modo deductivo, de modo que las leyes científicas estén en la cúspide del sistema y los enunciados observacionales o empíricos en la base.

En la introducción a Barnes (1977), el autor presenta una agenda de problemas:

“[La actividad científica] ¿Es un poderoso método, sumamente general, de investigar la realidad, guiado por normas sumamente generales para la evaluación de resultados? ¿O es inteligible totalmente en términos de técnicas, habilidades y estructuras teóricas esotéricas, perfeccionadas dentro de tradiciones de investigación particulares? [...] ¿Actúan las ciencias como la fuente de una racionalidad que invade en forma creciente a toda la sociedad? ¿O son subculturas aisladas y cerradas, definidas y unificadas solamente por los paradigmas de Kuhn? [...] ¿Reside la credibilidad de las afirmaciones científicas en la lógica de la argumentación que les da apoyo y en su poder de predicción, o solamente en la autoridad institucionalizada de la ciencia?” (Barnes, 1977: 16).

Dar respuesta a estas preguntas forma parte de la nueva empresa sociológica, y justamente en el marco de estas cuestiones se dará una recepción entusiasta a Kuhn en la sociología de la ciencia y, en particular, en el PF.

II. Enfocaremos la recepción de Kuhn en el marco de la agenda de cuestiones señaladas sobre dos ejes. Por un lado, (A) sostendremos que la figura de Kuhn se conformó como un aliado frente a quien se concibió como el enemigo común: el epistemólogo tradicional (ET), habiendo llegado este último a ser objeto de atribuciones varias por parte del PF, que lo convierten en una casi caricatura de lo que podría ser un metateórico de la ciencia perteneciente a la Concepción Heredada³. Sobre este eje, afirmaremos que la constitución programática del PF se configura sobre una base de diferenciación respecto del enfoque del ET, contrapuestamente, a su aproximación a las epistemologías de corte sociohistórico. Por otro lado, (B) señalaremos los puntos centrales en los que el enfoque kuhniano se halla más específicamente recepcionado desde la sociología de la ciencia en general y en el PF en particular, en un modo de integración de la perspectiva kuhniana, tanto en relación con las bases metateóricas del PF, como en la búsqueda de estrategias

3. La configuración del ET ha sido desarrollada más pormenorizadamente como presentación de la *Concepción Heredada de paja* en Gonzalo, A. “Reconstrucciones de la Concepción Heredada. Una racionalidad científica inventada”, a publicarse en *Racionalidad teórica y racionalidad práctica en la ciencia*, a editarse por Velasco, A. y Pérez Ransanz, A. R. Departamento de Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

metodológicas propias. En este último aspecto seremos un tanto críticos respecto de la viabilidad de la apropiación sociológica de diversas ideas claves de la propuesta kuhniana.

(A) desde el PF se atribuye al ET la visión de la ciencia como conocimiento claramente demarcable y del conocimiento científico como conocimiento verdadero. Se afirma que según el ET existen criterios de justificación lógico-metodológicos que permiten fundamentar qué es conocimiento verdadero.

a. La forma más habitual en la literatura del PF de referirse a esta visión del conocimiento científico es considerar que este es igual a creencia verdadera, o creencia justificada.

b. Precisamente, los criterios de justificación son colocados como fundamento de la demarcación entre ciencia y no ciencia.

Seguidamente, según el PF, en la mirada de un ET el conocimiento científico es visto como la labor develadora de la verdad. Según Bloor (1976), en el “cenáculo filosófico” se adopta una forma de argumentación a priori, que consiste en considerar al conocimiento científico como un caso especial, como algo distinguible de cualquier otro conocimiento.

c. Asimismo, en el seno del PF se sostiene reiteradamente una mirada crítica sobre las pautas o criterios lógico-metodológicos para la aceptación o rechazo de creencias o conocimientos. En este sentido, se señalan los límites de la lógica, y con la idea de sacarla del ámbito privilegiado en que según el PF ha sido puesta por el ET, se la hace relativa a una explicación social. Según Bloor

“Podría parecer que la explicación de por qué un hombre llega a la conclusión a la que llega, a partir de un conjunto de premisas, reside en los principios mismos de la inferencia lógica. Parecería que la lógica constituye un conjunto de conexiones entre premisas y conclusiones y que las mentes humanas pueden trazar estas conexiones. Mientras sean razonables, parecería que las conexiones mismas ofrecen la mejor explicación de las creencias del ser que razona [...] si esto es así no es el sociólogo, ni el psicólogo, sino el lógico quien proporcionará la parte más importante de la explicación de la creencia. [...] Desde luego, cuando los hombres cometen errores en sus razonamientos, entonces la lógica misma no constituye una explicación” (Bloor, 1976: 107).

Desde el PF se atribuye al ET la concepción de una racionalidad científica única y universal, derivada de la idea de que los criterios para la aceptación o rechazo del conocimiento no son ni históricos ni sociológicos, por ende, no son relativos a estos factores. De este modo, la razón es una razón universal, cuasiidéntica a lo largo de la historia de la humanidad, las reglas, los procedimientos, las estructuras constitutivas

del conocimiento (categorías, formas enunciativas, etc.), las formas de adquisición y derivación del conocimiento son ahistóricas, invariantes.

- d. También se atribuye al ET el rasgo de “empirismo”. Según Bloor, para el ET las influencias sociales distorsionan nuestras creencias en tanto el uso irrestricto de nuestras facultades de percepción y nuestro aparato sensomotor produce creencias verdaderas. Existiría así una confianza plena en la experiencia —en tanto operación psicológica, biológica— como fuente de conocimiento confiable. Según Bloor el punto central de crítica contra esta posición radica en su carácter individualista, aquella posición que se basaría solo en el estudio de las capacidades individuales y la interacción entre el mundo y las formas perceptuales, sensoriales. El enfoque psicológico dejaría de lado el componente social del conocimiento (Bloor, 1976: 106-107).
- e. En relación con la concepción y rol de la historia de la ciencia asignada por el PF al ET, se sostiene que estos mantienen una separación entre historia de la ciencia interna y externa. El PF centra su crítica al ET en el requisito de la elección de perspectiva epistemológica y metodológica como prerrequisito para la elaboración de una historia de la ciencia. El requisito permitiría la selección de hechos relevantes en la ciencia, al modo de historia interna, o reconstrucción racional de la ciencia; mientras que dejaría fuera los aspectos irracionales (esto es, los casos opuestos o fallidos en relación con los criterios metodológicos o filosóficos sobre los que se edifica la reconstrucción), que constituirían una historia externa. Bloor hace notar que en este enfoque la historia interna se presenta como autosuficiente y autónoma. El exhibir el carácter racional de un desarrollo científico es una explicación suficiente en sí misma de por qué los eventos tuvieron lugar. Al mismo tiempo, la historia interna tiene una prioridad importante sobre la historia externa o sociológica, ya que el aspecto racional del crecimiento científico quedaría plenamente explicado por la lógica personal del descubrimiento científico, y la explicación externa se ocuparía solo de los aspectos residuales no racionales.

III. Frente a: **a.** y **b.** en **II** tanto Barnes como Bloor defienden la idea de que el sociólogo distingue su posición de la del ET, ya que desconoce el estatus privilegiado del conocimiento como creencia verdadera y justificada. En contraposición, se afirma que:

“No existen limitaciones que residan en el carácter absoluto o trascendente del conocimiento científico mismo o en la naturaleza especial de la racionalidad, la validez, la verdad o la objetividad” (Bloor, 1976: 100).

El conocimiento no será definido como creencia verdadera, sino que “Sería imparcial con respecto a la verdad y la falsedad, la racionalidad y

la irracionalidad, el éxito o el fracaso” (Tesis de la imparcialidad [Bloor, 1976]). El sociólogo, en contraposición al ET, se ocuparía del conocimiento, incluyendo al conocimiento científico, puramente como un fenómeno natural. Este ideal naturalista se conceptualiza en la tesis del programa fuerte, que requiere para la sociología imparcialidad o neutralidad valorativa para acceder al estudio del conocimiento.

En la misma línea, Mary Hesse sostiene que

“Debe denotarse como tesis fuerte la posición de la que la creencia verdadera y la racionalidad son explicadas de la sociología del conocimiento, del mismo modo que lo son el error y la no racionalidad, y por tanto, que la ciencia y la lógica habrán de incluirse en el programa total” (Hesse, [1980] 1985: 150).

De este modo, los autores del PF asumen una actitud naturalista con respecto a la ciencia, y al conocimiento científico, como si se tratara de cualquier manifestación cultural más, sin concederles un estatus privilegiado. El sociólogo debe tomar como objeto de conocimiento lo que un grupo social toma por tal, sin valoración alguna sobre su verdad o falsedad. Así, como Olivé sostiene, para Barnes, “El conocimiento es una creencia aceptada, una representación compartida y de acceso público” (Olivé, 1988). Asimismo, se opone la tendencia a considerar el conocimiento científico como enunciativo (como un conjunto dado de enunciados, dables de ser juzgados como verdaderos o falsos) a una visión del conocimiento como producto de una actividad social, como resultado de una praxis, rasgo que suele oponerse a **e.** en **II.** Así se sostiene que una sociología que pretenda explicar el hecho cultural científico no puede restringirse a la consideración exclusiva de sus productos y a la determinación de sus estructuras, y se enfatiza el aspecto comunitario de la producción científica, que opera no solo en el interior de una comunidad, sino transcomunitariamente. Por lo cual, consiguientemente la mirada sobre el conocimiento no se circunscribe al modo tradicional de concebir una teoría, como conocimiento asertivo, aislado de sus condiciones de producción y de recepción, sino que el estudio del conocimiento se relaciona con intereses y fines de una determinada sociedad o grupo.

Al acceder al análisis de qué se entiende por conocimiento, Bloor distingue entre conocimiento y creencia. Esta última conforma un conjunto mayor, y corresponde a convicciones y representaciones que pueden ser privativas de diversos grupos sociales y ser hasta divergentes entre ellas en el seno de una misma sociedad; el conocimiento es creencia compartida, creencia colectivamente aceptada. Sostiene Bloor:

“El sociólogo se ocupa del conocimiento, incluyendo el conocimiento científico, puramente como un fenómeno natural. Su definición de conocimiento diferirá de la del hombre común y de la del filósofo. En lugar de definirlo como creencia verdadera, el

conocimiento para el sociólogo es lo que los hombres toman por conocimiento. Consiste en aquellas creencias a las que los hombres se aferran confiadamente y mediante las cuales viven [...] Desde luego, se debe distinguir el conocimiento de la mera creencia. Esto se puede hacer reservando la palabra 'conocimiento' para lo que se endosa colectivamente, dejando lo individual e idiosincrático como mera creencia" (Bloor, 1976: 95).

El naturalismo sostenido en el PF se manifiesta en muchos otros pasajes. Así leemos en Barnes:

"El conocimiento no se puede entender como algo más que el producto de los hombres que operan en función de un interés de predicción y el control conformado y particularizado por las especificidades de sus situaciones. No es la posesión única de una cultura particular o tipo de cultura. Siempre que los hombres emplean recursos culturales para tareas auténticas de explicación e investigación, indicadas por sus intereses, lo que producen merece el nombre de conocimiento. Merece un estudio sociológico (y en general un estudio naturalista o científico) como un ejemplo típico de conocimiento. No existe una concepción que esté definida de manera más estricta y que pudiera discriminar, digamos, entre conocimiento "científico" y otros tipos de conocimiento, y que justificara formas diferentes de investigación sociológica para cada uno de estos casos" (Barnes, 1977: 264).

Frente a la atribución **c.** al ET en **II**, Barnes señala expresamente que tales intentos de demarcación (verificabilidad, falsabilidad, como las apelaciones específicas a la experimentación, tipos particulares de inferencia inductiva, etc.) han fracasado (Barnes 1977). Afirma Barnes:

"Las concesiones de la ciencia que la ven basada en presuposiciones suscitan reconocimiento porque permiten abordar directamente la práctica científica concreta, pero tal reconocimiento supone el abandono del método científico como fuente suficiente para la evaluación externa de la verdad y el error. Una vez que se rechaza esta noción de suficiencia, la evaluación de las creencias científicas debe considerarse en una nueva perspectiva. [...] Los patrones de significado y las normas de evaluación ya no pueden darse por sentados al estudiar las controversias científicas intra o extrainstitucionales; se hace necesario el examen exhaustivo de los puntos de vista del actor. Puesto que solo estamos interesados en cómo los actores evalúan las afirmaciones de los científicos, en tal investigación es conveniente suspender temporarily nuestra fe en la verdad" (Barnes, 1977: 271).

En contraposición al carácter fundacionista del ET, que se apoya en la fe en el método científico y en la lógica (**c**), para el PF la ciencia se presenta centralmente como un objeto a explicar causalmente. Lo sociología del conocimiento se instituye con un grado de cientificidad sobre la base de este canon de ciencia explicativa causal (Tesis del PF, Bloor, 1976: 98). El sociólogo debe explicar el surgimiento de las creencias y conocimiento, como también la recepción de estos sobre un modelo causal.

Esta exigencia de explicación causal de las creencias se relaciona estrechamente con la posición frente a la imagen de la historia de la ciencia atribuida a ET (**e**. en **II**). Contra esa imagen que distingue entre historia interna y externa, el PF exige una anulación de la dicotomía y propone la tesis de la simetría (Bloor, 1976: 98), al mismo tiempo que incorpora la historia de la ciencia y la explicación causal del conocimiento científico a un objeto más amplio: la explicación causal de las creencias. Así, Barnes (1970) señala que aunque ese trabajo se centra en la recepción de las creencias científicas, no es su objetivo elaborar un enfoque teórico específico de ella, y señala justamente que uno de sus objetivos es poner de manifiesto las insuficiencias en los estudios existentes que surgen precisamente de dar una exagerada importancia al rango especial de las creencias científicas; en conformidad con esta estrategia, es apropiado empezar por considerar la explicación de las creencias en general (Barnes, 1970: 262). Así que el PF se compromete con una concepción causal de las creencias y el conocimiento. “Sostiene particularmente que entre las causas que hacen surgir una creencia o un conocimiento, siempre hay causas sociales” (Olivé, 1988: 223).

IV. En los puntos **II** y **III** hemos tratado de señalar la constitución de una imagen del epistemólogo tradicional (ET) dentro del PF. Esta conformación favorece a esta escuela configurar su propia identidad y definir una concepción programática. En esta empresa la figura de Kuhn sirve para oponer su propia visión de la ciencia a la del ET. Pero, además de esta apropiación de Kuhn en las filas frente al enemigo configurado, la sociología de la ciencia, y el PF como integrante de esta, ha tomado la obra de Kuhn como parte inspiradora de una serie de aspectos y enfoques de la propia tarea sociológica (B).

En la reconstrucción histórica de la sociología del conocimiento, se sostiene que la sociología fundacional de Merton acepta la “división social del trabajo” entre la Filosofía y la Sociología de la Ciencia y deja para la primera el análisis del conocimiento científico y su justificación, concentrándose en el tema de las normas o retos que rigen la vida científica, le conceden su identidad y diferencian a la ciencia de otras instituciones sociales. En contraposición, en la obra de Kuhn (1962, 1963, 1971) se visualiza una posición alternativa. Si la propuesta de Merton deja a un lado la influencia de los factores sociales sobre los cognitivos,

la obra de Kuhn da pie a la discusión del papel de lo social en el cambio científico, e intenta dar cuenta de la historia de la ciencia y de la comprensión del papel que en ella juegan sus sujetos colectivos: las comunidades científicas. Frente a Merton, la particularidad del enfoque de Kuhn es que vincula la estructura organizativa de la ciencia a un cuerpo sustantivo de conocimientos, relativos a comunidades científicas y paradigmas compartidos, y no con normas generales. Así, Mulkay (1969) enfrenta al enfoque funcionalista de Merton en la sociología de la ciencia, la posición de Kuhn en relación con varios tópicos. Uno de estos es el modo en que las normas metodológicas operan en las comunidades científicas. Mulkay ve provechoso el énfasis en el carácter normativo coercitivo de las pautas metodológicas en la actividad científica, y el rol en el carácter cerrado de su accionar y consecuentemente de sus productos:

“La teoría y las reglas metodológicas científicas operan como fuente dominante de los controles normativos en la ciencia y, de hecho, como el obstáculo básico para la elaboración y aceptación de nuevas concepciones” (Mulkay, 1969: 125).

En la misma dirección sostiene:

“Es perfectamente posible considerar el avance científico como un producto del cierre intelectual y social. Este es el supuesto básico de la aserción de Kuhn, según la cual, la actividad científica consiste casi siempre en *tratar de forzar a la naturaleza a que se acomode a las casillas conceptuales proporcionadas por la educación profesional [...]*” (Mulkay, 1969: 133).

Asimismo, contraponiendo la idea de desarrollo de conocimiento científico mertoniana, Mulkay sostiene:

“La concepción de Kuhn, en cambio, afirma que los científicos desarrollan una fuerte adhesión a la tradición teórica-metodológica particular y que, por consiguiente, hay poderosas fuerzas dentro de la ciencia que trabajan para limitar la posibilidad y la aceptación de las innovaciones” (Mulkay, 1969: 133).

La resistencia al cambio, y el rechazo a las innovaciones, parece ser la base de una explicación más acertada que la del modelo acumulativo de Merton, como también la idea de comunidades guiadas por medios y fines fuertemente normativizados paradigmáticamente, de modo de constituir sociedades cerradas, es evaluada por Mulkay como uno de los aportes centrales del enfoque kuhniano. Sostiene:

“Estas concepciones del desarrollo tienen varias ventajas. Centra el análisis en cuerpos específicos de conocimiento. Da cabida a los aspectos normativos de los paradigmas establecidos. Toma en cuenta la resistencia a las innovaciones a la par que incluye la idea de un rápido conocimiento” (Mulkay, 1969: 136).

Avanzando sobre la relevancia que la historia de la ciencia en la visión kuhniana y su recepción en la sociología de la ciencia, existen numerosos textos de los autores del PF que expresamente aluden a esta influencia. Por ejemplo, Mary Hesse sostiene que

“Para entender por qué una tesis radical ha sido considerada recientemente como relacionada con la historiografía de la ciencia, debemos considerar ciertos desarrollos recientes dentro de la filosofía de la ciencia. En particular, las obras de Quine, Kuhn y Feyerabend han conducido a los historiadores a suplementar tipos internos de explicaciones con explicaciones sociales de ideas científicas. Ello sucede, no porque estos tres autores hayan hecho algo explícitamente para alentar el estudio de la sociología de la ciencia (en los casos de Quine y Kuhn, de hecho, se podría afirmar que más bien lo opuesto es cierto), sino porque existen ciertas características comunes en sus análisis que se pueden resumir en referencia a los conceptos de *subdeterminación* e *inconmensurabilidad*” (Hesse, 1980:151-152).

“Así, solo hay un pequeño paso de esta filosofía de la ciencia a la sugerencia de que al adoptar criterios tales, los cuales se puedan considerar diferentes para diferentes grupos, en diferentes períodos, debe ser explicable mediante factores sociales más que lógicos” (Hesse, [1980] 1985: 151-152).

“La sugerencia queda reforzada por el énfasis de Kuhn y Feyerabend en la ‘inconmensurabilidad’. Los paradigmas científicos o teorías fundamentales en competencia difieren no solo en los que afirman como postulados, sino también en el significado conceptual de los postulados y criterios de lo que cuenta para formar una buena teoría: criterios de simplicidad y buena aproximación; de lo que es una ‘explicación’ o una ‘causa’ o una ‘buena inferencia’, e incluso de cual es la mera práctica de la teorización científica. Todas estas diferencias son inexplicables mediante la lógica de la ciencia, dado que precisamente se trata de disputas sobre el contenido de dicha lógica. El historiador las debe hacer inteligibles mediante una acusación extracientífica” (Hesse, 1980: 152-153).

Así también, señala la autora:

“Se puede afirmar, que cuando la lógica y la observación resultan insuficientes para determinar las conclusiones científicas, los historiadores pueden buscar ahí una explicación social que llene los huecos. Un análisis reciente de la subdeterminación e inconmensurabilidad ha mostrado simplemente que la lógica no nos lleva demasiado lejos al explicar el curso real de la ciencia

dentro de la historia, como alguna vez se creyó, pero no muestra que la acusación social esté relacionada simétricamente con la lógica verdadera y falsa y con la ciencia verdadera y falsa. Una respuesta tal demanda mayor claridad en relación con la afirmación de la relación ‘simétrica’ y, por tanto, en relación con el significado de la tesis fuerte” (Hesse, 1980: 156).

En la introducción a la complicación de Barnes (1972) el autor comenta que ha introducido el texto de Kuhn (1970) en la Segunda Parte, que “trata de los caracteres internos de la ciencia pura o académica”, y agrega:

“Aquí se incluyen los enfoques funcionalistas, con particular énfasis en su tratamiento de los problemas de la estructura y organización sociales. Pero, también se da mucho relieve a la obra de Thomas Kuhn, que brinda comprensión de la estabilidad y el cambio en la cultura de la ciencia, y es actualmente usada por los sociólogos de este campo para construir un enfoque teórico totalmente nuevo de él. La descripción de la ciencia de Kuhn (que consideramos como un hito importante en el proceso de comprensión de la ciencia tal como es, y no como ‘debería ser’) abre camino para una nueva y más profunda apreciación de sus procesos internos” (Barnes, 1972: 13-14).

Otro aspecto en el que Kuhn se presenta como un modelo a seguir es el relativo al enfoque filosófico en la “práctica científica concreta”, y no en la ciencia como conocimiento metateóricamente fundado.

“En la práctica, al menos, ‘racionalidad’ funciona como un término estimatorio, no explicativo; la búsqueda genuina de una explicación debe necesariamente adoptar los puntos de vista del actor; cuando está en disputa una creencia, es menester examinar los conceptos y patrones de todos los actores involucrados, aunque algunos de ellos sean científicos. Las creencias de los científicos derivaran, en general, de los conceptos, taxonomías, imágenes y reglas de trabajo esotéricos propios de un paradigma disciplinario. Solo se los puede comprender como los comprende el científico, en términos unos de otros y de la práctica en la que están encarnados [...] Mientras que la creencia en las pruebas simples y muy generales de la verdad lleva a poner el énfasis en el papel de la argumentación y la ‘racionalidad’ en la recepción de las creencias científicas, la conciencia de las presuposiciones esotéricas esenciales para la evaluación científica aclara el valor de investigar las disciplinas científicas sencillamente como fuentes aceptadas de conocimiento y plantear qué factores contribuyen a su efectividad a este respecto o la disminuyen” (Barnes, 1970: 276-277).

En contraposición al énfasis en los aspectos lógico-metodológicos en las reconstrucciones históricas, Barnes sostiene que:

“La creencia en el método científico y los supuestos concomitantes que hemos descrito, que se adecuan de modo tan natural a programas de investigación limitados a explicar el error, forma parte de una concepción que ha dominado durante largo tiempo los enfoques sociológicos, históricos y filosóficos de la ciencia. Los estudios recientes, sin embargo, se han apartado de ella. De particular importancia en esta tendencia han sido los autores dedicados a describir concretamente el proceso real de la investigación y la evaluación científicas: las posiciones teóricas de Kuhn (1962, por ejemplo) y Polanyi (1957 y 1958) se hallan ambas insertadas en este material concreto, y ambos llegan a la conclusión de que en la evaluación científica intervienen muchos más factores que la aplicación de criterios generales derivados del método científico” (Barnes, 1970: 270).

Y más adelante agrega:

“Lo que interesa a ambos autores es demostrar el papel esencial que tienen las presuposiciones en la ciencia. Polanyi y Kuhn ejemplifican la tendencia general, que se manifiesta en la filosofía como un ataque al empirismo y la idea de un lenguaje de observación neutral, en la historia como una revolución en el método y en la sociología en la reciente conciencia de la importancia de las normas técnicas en los procesos de evaluación” (Barnes, 1970: 271).

Las reflexiones sobre la ciencia empírica, como relativas a construcciones comunitarias y guiadas por pautas normativas, en contraposición a los enfoques metodológicos han influido, ciertamente, en la disipación de la distinción entre los aspectos privativos de la ciencia empírica natural y de las ciencias sociales; aspecto que se ve como otro de los rasgos de la recepción sociológica de Kuhn. Sostiene Barnes:

“En verdad una concepción empirista de las ciencias de la naturaleza ha influido en las ciencias sociales en general no solo moldeando sus ideales metodológicos, sino también influyendo en sus teorías y formas de explicación. [...] Es probable que la credibilidad de estas teorías dependa del éxito con que las ciencias de la naturaleza puedan seguir suministrando cierto tipo de paradigma concreto a la creencia empírica y acción instrumental. En este sentido, el estudio de la actividad científica por vía de sus implicaciones epistemológicas, pueden ser de enorme importancia para la sociología en su conjunto” (Barnes, 1972: 14; ref. 4).

Consideraciones finales

Hemos realizado una reconstrucción de ciertos aspectos de la recepción de Kuhn en la sociología del conocimiento, particularmente en el PF. La tarea se llevó a cabo siguiendo dos estrategias:

- a. la presentación de lo que caracterizamos como la apropiación de Kuhn entre las filas aliadas frente al epistemólogo tradicional (ET);
- b. la selección de un conjunto de rasgos de inspiración kuhniana, que han signado la mirada de la ciencia y la práctica de la sociología de la ciencia.

En lo que resta, me detendré a señalar algunos aspectos en los que en **a.** y **b.** la apropiación de Kuhn en la sociología parece entrar en contradicción con algunas tesis y enfoques sostenidos por Kuhn y a veces, incluso, reconocidos por él mismo como una derivación poco aceptable de su visión sobre la ciencia y la práctica científica.

En la propia valoración que Kuhn ha hecho del impacto de su obra, reconoce que uno de los mayores aportes ha sido la “revolución historiográfica” de su obra. El tipo de trabajo historiográfico propuesto es, sin duda, un cambio central en la disciplina. Pero, como sabemos, no ha sido solo en ese ámbito donde la atención a la historicidad del conocimiento científico ha tendido fuertes consecuencias. En la filosofía y la sociología de la ciencia este viraje desde el tratamiento sincrónico de la ciencia al diacrónico ha sido central. El problema del cambio teórico y el de la inconmensurabilidad han sido dos de los temas centrales legados a la reflexión en ambos campos, que como hemos visto, han sido claramente recepcionados por la sociología de la ciencia en general y el PF en particular.

En el planteo kuhniano dar cuenta del cambio teórico tenía fuertes implicancias sobre los problemas tradicionales respecto de los criterios de aceptación o rechazo de las teorías científicas. Si bien el autor ha insistido en la insuficiencia de los criterios de justificación basados en algún tipo de fundamentación lógica-metodológica, esto lo ha sostenido precisamente en contraposición a la postulación de criterios ahistóricos y autónomos de su dependencia respecto de la comunidad científica en cuestión. Kuhn ha insistido sistemáticamente en la existencia de criterios de elección teórica, solo que interpretados como normas de acción comunitaria y, en muchos casos, transcomunitarias⁴. En el tratamiento del tema entraban en discusión problemas tradicionales relativos a la elección teórica, pero también la mostración de casos ejemplares de la

4. Particularmente en “Objetividad, juicios de valor y elección de teoría” (1977) en *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 1982).

historia de la ciencia en los que los criterios lógicos y metodológicos no lograban explicar la persistencia de creencias o la elección teórica en el caso del cambio teórico. En su defecto, la teoría del cambio teórico se explicaba sobre la idea de aceptación o rechazo incluyendo criterios del orden pragmático, que incluían aspectos del orden de las prácticas comunicacionales, en particular, prácticas que incluyen tanto aspectos relativos a la semántica de los términos y expresiones de las teorías, como formas retóricas y técnicas persuasivas.

Pero también hay que resaltar que, si bien Kuhn ha introducido la necesidad de incluir la praxis científica como objeto de elucidación filosófica, y ha pensado que el objeto de la epistemología debe trasladarse desde la ciencia como conocimiento, a la ciencia como actividad humana social y normativamente desarrollada, el análisis del conocimiento enunciativo como objeto central de la labor filosófica nunca fue descuidado y, por el contrario, los aspectos semánticos y ontológicos involucrados en el análisis del lenguaje científico fueron creciendo en forma paulatina en la importancia de su tratamiento a lo largo del desarrollo de su obra, hasta alcanzar un lugar preponderante⁵. Justamente, el tratamiento del problema del significado y la verdad ha sido uno de los aspectos que el mismo Kuhn ha resaltado como necesario de diferenciar de las consecuencias de su impacto en el PF⁶.

Dada la gran dedicación que Kuhn ha prestado a la elucidación de criterios de elección teórica, es claro que la tesis de la simetría del PF representa una tendencia opuesta a la del autor. Es una derivación incorrecta pensar que, dado que la filosofía kuhniana intenta señalar la insuficiencia de los criterios lógico-metodológicos en la explicación de la elección teórica, estos criterios deban considerarse prescindibles o innecesarios en el trabajo teórico sobre la ciencia.

Un segundo aspecto que distancia los enfoques considerados es la posición de neutralidad respecto de la verdad o falsedad del conocimiento como aspecto propio del abordaje teórico, que es ajeno a la perspectiva kuhniana, tanto como la tesis naturalista del PF. Kuhn ha prestado especial atención a la problemática de la verdad en el tratamiento de la ciencia. Ha insistido mucho en contra de una teoría de la verdad como correspondencia, en particular en contra de una teoría realista

5. Efectivamente, gran parte de los trabajos compilados en *El camino desde la estructura* (2000, Conant, J. y Haugeland, J. comps.) señala esta tendencia desde artículos como: "¿Qué son las revoluciones científicas?" (1981), "Incomensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad" (1982), "Mundos posibles en la historia de la ciencia" (1989), "El camino desde la estructura" (1990).

6. La crítica al PF ha sido desarrollada por Kuhn particularmente en el artículo "El camino desde la estructura" (1990).

clásica de la verdad. Y como consecuencia de esta oposición, ha sido un aspecto central de su enfoque dar cuenta de cómo se distingue entre conocimiento verdadero y conocimiento falso, y la teoría de la verdad como consenso ha sido desarrollada por el autor en múltiples textos⁷.

En relación con la interpretación sostenida desde el PF acerca de la historia de la ciencia del ET, y su apropiación kuhniana como aliado, creo que se confunde en general dos tesis:

- a. la primera afirma que los criterios de explicación historiográficos basados en una normatividad lógica, y en una idea de racionalidad científica que operaría garantizando internamente el “hablar de la verdad”, son insuficientes para explicar efectivamente la gestación y el desarrollo de la ciencia;
- b. la segunda afirma que la lógica y las normas lógicas son causadas socialmente, no hay normas o reglas universales de logicidad o racionalidad, y por eso este punto de partida es insuficiente para asentar sobre él la marcha de la historia de la ciencia.

Se podría comprender la tesis (a) como sosteniendo que en el surgimiento y génesis de la ciencia no intervienen solo procesos lógicos, mecanismos metodológicos, y criterios de validación que operen como explicativos internamente, sino que en el estudio concreto de la ciencia, tal como se ha mostrado en múltiples estudios sociológicos, no solo la selección de problemas de investigación, el desarrollo de las tradiciones científicas, sino hasta los propios criterios evaluativos de la ciencia varían según las características de la comunidad científica en un contexto dado.

Pero parece que en muchos casos el PF agrega algo más: la idea de una historicidad interna de la ciencia, como suficiente en la explicación, se apoya en la idea de que la racionalidad científica se ofrece como criterio universal y a priori, como pauta necesaria de distinción entre la verdad y el error, y esto es así porque los historiadores internistas se apoyan en la idea –ya no en el criterio– de que la racionalidad científica es universal, a priori. Frente a esta idea, se postula b. Pero, justamente el ejemplo de Kuhn es paradigmático respecto de la posibilidad de sostener a, sin tener que aceptar b.

Por otro lado, el enfoque sociológico de la ciencia, al estilo que se introduce en el PF, subsume las prácticas científicas y las creencias científicas dentro del estudio general de las prácticas sociales y creencias

7. *La estructura de las revoluciones científicas* (1962); *Posdata* (1969); *Segundas reflexiones sobre paradigmas* (1971); “Objetividad, juicios de valor y elección de teoría” (1977) en *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 1982); “El camino desde la estructura” (1990).

sociales. Se ha insistido mucho desde esta perspectiva en la necesidad de acceder a estudio del conocimiento científico como parte de un objeto general, centrado en las conductas sociales regladas por hábitos o normas sociales; como así también en la necesidad de una sociología que brinde explicaciones causales de las creencias y del conocimiento científico.

En contraposición a la tendencia del PF, un aspecto central de la caracterización de las comunidades científicas presentada por Kuhn es el grado de singularidad o particularidad respecto de otros tipos de comunidades. La obra de Kuhn intenta resaltar rasgos específicos diferenciables de aquellas. No se trata de considerar los productos científicos como un conjunto más de productos cognitivos equiparables con otros, ni de considerar el conocimiento científico como una creencia más.

Asimismo, la idea de una explicación causal del conocimiento (y de las creencias en general) es una idea foránea a Kuhn. La asociación de que el recurrir a considerar aspectos sociales de la ciencia conduzca a pensar que la ciencia está socialmente causada es un aspecto en disonancia con la posición kuhniana. Pero es claro que tanto Mary Hesse como Barnes advierten justamente que Kuhn no estaba inspirado en esta tendencia.

Finalmente, resulta interesante recalcar la posición de Mary Hesse, quien comenta que es una obviedad sostener que los dos enfoques de la historia de la ciencia, etiquetados respectivamente como interno o racional, y externo o social, son complementarios y no contradictorios, y que cualquier supuesto conflicto entre ambos, es un seudoconflicto (Hesse, 1980). Esto es justamente uno de los legados kuhnianos. Solo que parece que el énfasis en el carácter causalmente explicativo de la sociología del conocimiento parece jugar a veces como exceso de entusiasmo, y los aspectos epistemológicos resaltados en una historia interna, tratan de reducirse a factores de explicación sociológica, arribando así, necesariamente, a un reduccionismo sociológico, en el que se diluye el carácter filosófico de gran parte de la reflexión sobre la ciencia, y este es justamente el punto neurálgico, en el que la obra de Kuhn se resiste más a la apropiación de la sociología de la ciencia.

Referencias bibliográficas

- BARNES, Barry. 1980. (1970) "Sobre la recepción de las teorías científicas" en Barnes, Barry et al. *Estudios sobre sociología de la ciencia* (Madrid: Alianza Universidad).
- 1977 "The Problem of Knowledge" en *Interest and the Growth of Knowledge* (London, Boston: Routledge and Kegan Paul). Versión en español consultada: "El problema del conocimiento" 1985 en Olivé, León (comp.) *La explicación social del conocimiento* (México DF: UNAM).
- BARNES, Barry, KUHN, Thomas et al. 1980. (1972) *Estudios sobre sociología de la ciencia* (Madrid: Alianza Universidad).
- BLOOR, David .1985. (1976) "The Strong Programme in the Sociology of Knowledge" en *Knowledge and Social Imagery* (London, Boston: Routledge and Kegan Paul).
- Versión en español consultada: "El programa fuerte en la sociología del conocimiento" en Olivé, León (comp.) *La explicación social del conocimiento* (México DF: UNAM).
- COFFA, Alberto. 1991. "La filosofía de la ciencia después de Kuhn" en *Cuadernos de Filosofía* Año 22, N° 35, mayo.
- HESSE, Mary. 1980. "The Strong Thesis of Sociology of Science, en Revolution and Reconstructions in the Philosophy of Science" en *The Philosophy of Science* (The Harvester Press).
- Versión castellana consultada: "Las tesis fuerte en la sociología de la ciencia" 1985 en Olivé, León (comp.) *La explicación social del conocimiento* (México DF: UNAM).
- KNORR-CETINA, Karin. 1981. *The Manufacture of Knowledge: An Essay on The Constructivist and Contextual Nature of Science* (Oxford: Pergamon Press).
- KUHN, Thomas. 1975. (1962) *La estructura de las revoluciones científicas* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- 1972 (1963) *Los paradigmas científicos*
- 1980 *Estudios sobre sociología de la ciencia* (Madrid: Alianza Universidad).
- 1979 (1971) "Segundas reflexiones sobre paradigmas" en Suppe, F. (comp.) *La estructura de las teorías científicas* (Editora Nacional).
- 1982 (1977) *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- 1989 (1987) *¿Qué son las revoluciones científicas?* (Barcelona: Paidós).

- 1990 “*Dubbing and Redubbing: the Vulnerability of Regid Designation*” en *Scientific Theories*. Savage, W. eds. Minnesota Studies in the Philosophy of Science, XIV, Univ. of Minnesota Press.
- 2002 (2000) *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993*, Conant, J. y Haugeland, J. (comps.), (Barcelona: Paidós).
- LAUDAN, Larry. 1981. “The Pseudo-Science of Science?” en *Philosophy of the Social Science* Vol. 11.
- OLIVE, León. 1988. *Conocimiento, sociedad y realidad. Problemas del análisis del conocimiento y el realismo científico* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- PEREZ RANSANZ, Ana Rosa. 1999. *Kuhn y el cambio científico* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- SOLIS, Carlos. 1994. *Razones e intereses* (Barcelona: Paidós).

Thomas Kuhn: la ciencia normal y el surgimiento de la novedad

Adriana Stagnaro

“Ninguna investigación comienza si no se detecta alguna dificultad en una situación práctica o teórica. Es esta dificultad o problema, quien guía la búsqueda de algún orden entre los hechos, en términos del cual la dificultad pueda solucionarse.”

Félix Gustavo Schuster

El método en las ciencias sociales

Adriana Alejandrina Stagnaro, antropóloga, docente e investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, becaria y doctoranda en esta misma institución. Dictó clases en FLACSO y en la Maestría de Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología de la UBA. En el área de investigación se destacan sus aportes a la Antropología de la Ciencia y la Tecnología, de la cual es una de las fundadoras e iniciadoras, su labor está reflejada en numerosos trabajos discutidos en congresos y publicados en revistas y libros científicos. E-mail: astagnaro@uolsinectis.com.ar

Este trabajo se propone interrogar los alcances de la enigmática afirmación de Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, “El cambio de paradigma se produce de una sola vez, pero no en un instante”, a partir

de un análisis interpretativo-contextual de sus afirmaciones acerca del cambio científico. La indagación despliega los principales argumentos de su tesis y su anclaje en el entramado contextual de su pensamiento incluyendo los cambios operados en su devenir intelectual, para finalmente identificar la instancia específica del surgimiento de la novedad, germen del cambio paradigmático.

Exploremos ahora la tesis del cambio de paradigma planteada por Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, a partir de la cita que a nuestro entender la engloba:

“Precisamente porque es una transición entre inconmensurables, la transición entre paradigmas en competencia no puede llevarse a cabo paso a paso, forzada por la lógica y la experiencia neutral. Como el cambio de forma (Gestalt), debe tener lugar de una sola vez (aunque no necesariamente en un instante) o no ocurrir en absoluto” (Kuhn, 1982 [1962]: 233-234).

Consideramos que esta hermética conceptualización del cambio científico, debe ser interpretada en el temprano marco teórico kuhniano (1962-1970), donde ubicamos la novedad teórica de identificar dos estilos de cambio, modificando así la tesis de la teoría única y uniforme y consecuentemente del progreso en la ciencia. La ciencia cambia y lo hace de dos modos:

- a. en períodos de ciencia normal;
- b. a través de las revoluciones.

El cambio en ciencia normal es acumulativo, continuo y cuantitativo. Se resiste al cambio del paradigma y al tipo de enigmas que se plantean, porque la actividad científica normal “no está dirigida a novedades y al principio tiende a suprimirlas, *no obstante ser tan efectiva para hacer que surjan*” (Kuhn, 1982: 110; énfasis propio). El trabajo realizado bajo el paradigma no tiende al descubrimiento de hechos nuevos, dado que está abocado al desarrollo de un vocabulario esotérico y al refinamiento de habilidades y conceptos. Se delimitan nuevos campos con un alto grado de detalle y se profundiza la precisión y minuciosidad en la búsqueda de la coincidencia entre la teoría y la observación. El hacer científico se exhibe como progresivo y el progreso dado en su interior es acumulativo, rápido y exitoso. Y son a nuestro entender justamente estas características, que en principio inhiben la innovación, las que paradójicamente abren el camino para el cambio radical.

¿Cómo se llega a las palabras mágicas “¡ábrete Sésamo!” para acceder a lo nuevo? En verdad no hay nada de mágico en el proceso, la clave está en el trabajo de limpieza y rastreo, de ajuste y precisión del paradigma realizado en los largos y a veces tediosos¹ períodos de investigación normal. Este tipo de indagación, *doxa* reproductiva de los cánones paradigmáticos, lleva en sí misma la posibilidad de producir el cambio.

Kuhn es claro al respecto y lo seguimos en sus notas. Al comienzo del capítulo VI de *La estructura...* encontramos las dos imágenes, acumulativas y conservadoras por un lado, y transformadoras por el otro. ¿De qué manera se armonizan?

“La historia sugiere incluso que la empresa científica ha desarrollado una técnica cuyo poder es único para producir sorpresas de este tipo. Para reconciliar esta característica de la ciencia con todo lo que hemos dicho ya, la investigación bajo un paradigma debe ser particularmente efectiva, como método, para producir cambios de dicho paradigma” (Kuhn, 1982: 92).

A finales del mismo capítulo señala la forma de comprender cómo su teoría de la ciencia normal porta el germen en sí misma de su teoría del cambio radical. En tal sentido acota:

“Cuanto más preciso sea un paradigma y mayor sea su alcance, tanto más sensible será como indicador de la anomalía y, por consiguiente, de una ocasión para el cambio de paradigma” (Kuhn, 1982: 111).

Esta nota condensa un rasgo constitutivista específico. A medida que se avanza en la determinación del paradigma y cuanto más definido sea el mundo que constituye y delimita, más va a resaltar la anomalía contra el fondo de lo que el paradigma puede resolver. Si ella no se resuelve, más evidente va a ser la necesidad de un cambio radical. Cuanto más definido el paradigma, emergerá el campo del error del terreno nebuloso antes aceptado, y los problemas ahora más circunscritos recibirán soluciones más exactas. “¡Abrete Sésamo!” la exploración ha resultado exitosa.

El otro estilo de cambio es el revolucionario, al que Kuhn concibe como aislado, raro y eventual. No siempre tiene lugar, salvo que surja otro paradigma candidato a reemplazar al vigente, o a parte del mismo y que sea incompatible con él. No se configura una revolución sino hay disponible un paradigma alternativo.

¿Qué caracteres les atribuye a las revoluciones? Transforman el mundo que el científico estudia y, al hacerlo, determinan las entidades que lo componen. Nunca tienen lugar de la noche a la mañana. El paso de un paradigma a otro no implica una conversión súbita, de tipo gestáltica, sino que demanda un determinado proceso temporal. Nunca las

1. Esta representación del quehacer cotidiano por parte de los propios científicos todavía lo suficientemente jóvenes como para manipular en la “mesada”, ha sido relevada en los trabajos de campo realizados por la autora en laboratorios de biología dedicados tanto a la ciencia básica como a la aplicada.

puede llevar a cabo un hombre solo. Las comunidades científicas son las actoras sociales. Es por su acción y producción que se generan los cambios revolucionarios. Durante el proceso de cambio, el nuevo paradigma especifica el tipo de entidades que conforman el universo y cuáles son las no contenidas en él. Se da un cambio conceptual respecto de esas entidades y se revalúan los procedimientos experimentales. Se produce una redefinición más precisa del campo. Comienzan cuando la naturaleza transgrede las expectativas alentadas por el paradigma, presentándose como un problema anómalo, es decir, no definido por este, externo al mismo y, por tanto, no solucionable aditivamente. Quebrantan la norma tendiente a la resolución de los enigmas, entendidos como problemas definidos y pasibles de ser resueltos por el paradigma vigente. La resolución de las anomalías exige un ajuste paradigmático tal, que hace que la naturaleza se vea desde una perspectiva diferente. A partir de esta nueva óptica, se produce la transformación de la anomalía en un hecho nuevo. Las revoluciones científicas están precedidas por un momento de crisis identificable por la aparición incesante de anomalías, que provocan una profunda incertidumbre profesional sobre la aptitud del paradigma para asegurar la resolución de estos problemas. Se suscitan discrepancias y se instala el disenso. Luego, con el desbarajuste técnico, la discusión filosófica y la proliferación de teorías, se arriba al centro de la crisis, donde se procede al cambio, solo si existe un paradigma alternativo. Si no se dispone de él, por más anomalías que se presenten y por más que se profundice la crisis, no se abandona el paradigma original, que es lo único con el que se cuenta. El paso de un paradigma a otro impone la elección entre modos de vida comunitarios incompatibles. Los cambios revolucionarios son inconmensurables y este es su rasgo más importante: la ausencia de una unidad de comparación común entre paradigmas en pugna.

Para discutir las categorías de “conmensurabilidad” e “inconmensurabilidad” en el pensamiento kuhniano es necesario situarse en el proceso por el cual un aspirante a paradigma llega a suplantar al anterior y consecuentemente es aceptado por la comunidad científica. En esta arena de transición y competencia —como ya señalamos— no existe una unidad común de comparación entre uno y otro paradigma, ni tampoco un patrón neutral o criterios externos a los que se puedan apelar para poder cotejar y decidir. Los paradigmas son en tal sentido *inconmensurables*.

Pero ello no significa que no haya *comunicación*: “La comunicación a través de la línea de división revolucionaria es inevitablemente parcial” (Kuhn, 1982: 230). Esta característica es sumamente relevante, ya que en forma temprana aquí, en *La estructura de las revoluciones científicas* de 1962 Kuhn está respondiendo a la serie de críticas provenientes del empirismo lógico y del popperianismo atinentes a la incomunicación entre los científicos pertenecientes a distintos paradigmas (Gómez, 2002).

Otra nota de la inconmensurabilidad es que está estrechamente ligada a la *intraducibilidad*. La inexistencia de una unidad común de comparación para el significado y significante de los términos de distintos paradigmas, denota la falta de un diccionario de traducción, no obstante, se puede traducir, pero siempre desde o a partir de un paradigma, y a lo que finalmente se llega es a una acomodación, no a una traducción término por término o concepto por concepto. Y finalmente, la nota donde expresa la forma en que se da la transición:

“Precisamente porque es una transición entre inconmensurables, la transición entre paradigmas en competencia no puede llevarse a cabo paso a paso, forzada por la lógica y la experiencia neutral. Como el cambio de forma (Gestalt), debe tener lugar de una sola vez (aunque no necesariamente en un instante) o no ocurrir en absoluto” (Kuhn, 1982).

Esta cita que anuncia controversia por los dilemas que encierra, captura un aspecto fuerte de su propuesta epistemológica sobre el cambio científico radical, al reforzar la inconmensurabilidad con una teoría holista del significado. Retomemos: como es una transición entre inconmensurables, entonces no puede ser paso a paso. Lo que es intrigante aquí es la relación antecedente-consecuente: ¿Por qué la inconmensurabilidad se liga a un cambio o giro repentino o gestáltico? ¿El aspecto inconmensurable de un paradigma o de paradigmas en competencia condiciona que su cambio se produzca súbitamente? En apariencia, la respuesta sería afirmativa, debido a la concepción holista del significado sostenida por este primer Kuhn que estamos analizando, quien siempre declaró que tanto el significado como el referente de los términos queda establecido por las leyes en que esos términos aparecen. Entonces partiendo de esta teoría del significado, al pasar de un paradigma al otro, en tanto que cambian los principios metafísicos, las leyes, las teorías, los ejemplos, las reglas y valores, también lo harán *todos* los términos que se definen implícitamente de las leyes de la teoría, sujetas también al cambio (Gómez, 2002).

Luego, en su postura más tardía, contenida especialmente en su trabajo “Conmensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad”², esta reforzada tesis inconmensurabilista se va a debilitar al sostener que el cambio alcanza no a todos los términos, sino a algunos, pasando a ser la inconmensurabilidad de tipo local.

Ahora nos detendremos en otra clase de interrogante: ¿Cuáles son las razones que justifican la transición de un paradigma a otro, dado

2. Artículo originalmente publicado en 1982 y dispuesto como el capítulo 2 de su libro *El camino desde la estructura*.

que “la competencia entre paradigmas no es el tipo de batalla que pueda resolverse por medio de pruebas”? Si se considera que la prueba no consiste simplemente en la comparación de un paradigma único con la naturaleza —como efectivamente se da en la ciencia normal en el momento de resolver enigmas—, entonces se deben analizar otro tipo de argumentos dados por la comunidad científica para aprobar la necesidad del cambio. El dispositivo que Kuhn introduce es un tipo de experiencia de *conversión*, basado en la *persuasión*, apoyado en “*buenas razones*”. La novedad de su propuesta es enfatizada por él mismo cuando expresa:

“Debemos, por consiguiente, inquirir cómo se induce a la conversión y cómo se encuentra resistencia. ¿Qué tipo de respuesta puede esperarse a esta pregunta? Tan solo debido a que se refiere a técnicas de persuasión o a argumentos y contraargumentos en una situación en la que no puede haber pruebas, nuestra pregunta es nueva y exige un tipo de estudio que no ha sido emprendido antes. Debemos prepararnos para una inspección muy parcial e impresionante” (Kuhn, 1982: 236; énfasis propio).

Toda inquietud sobre la trama de la *persuasión* toca el tema de la naturaleza de la argumentación científica, que según él no tiene una única respuesta, como sí la tuvo en la tradición empirista que redujo toda forma de argumentación racional a la logicalidad y aún más a la computabilidad, en el sentido de exigir la existencia de un “algoritmo” o “prueba” conclusiva para que los científicos cambien la forma de ver las cosas, comprometiéndose con otra perspectiva teórica. “Los científicos individuales aceptan un nuevo paradigma por toda clase de razones y habitualmente, por varias al mismo tiempo” (Kuhn, 1982: 237).

Existen entre otras, razones externas a la ciencia, que intervienen en la conversión de un científico a un nuevo paradigma. Pueden influir factores autobiográficos —el culto del sol en el pensamiento de Kepler—, caracteres idiosincráticos o temperamentales (Galileo), o por ejemplo, la posición en la comunidad (Boyle) y la reputación. Pero no son las únicas ni las principales. Las de mayor relevancia son:

- Que el nuevo paradigma sea capaz de resolver los problemas (anomalías) que produjeron la crisis del anterior. No siempre es suficiente por sí sola.
- Que el nuevo paradigma exhiba una precisión cuantitativa mucho mayor que el anterior³. Ejemplo de ello, la superioridad cuantitativa del

3. Este criterio o razón es el supremo en Kuhn, que lo eleva al primer nivel de la jerarquía de valores o reglas manteniéndolo allí en todas sus etapas de pensamiento (Gómez, 2002). Coincide con esta apreciación la siguiente cita “Si escribiera de nuevo ahora:

modelo de la doble hélice de Watson y Crack (1953) respecto de otros anteriores para la determinación más exacta de la estructura y función del ADN, donde se describen los pares de bases, formando la adenina lazos de hidrógeno con la timina y la guanina con la citosina. Estos pares, escriben los citados autores, “sugieren inmediatamente un mecanismo posible de copiado del material genético”, generando una atracción hacia integrantes de la comunidad científica que luego se convertirían a esta perspectiva “molecular” de la biología, para llegar a establecer un “dogma central” y una tradición experimental con consecuencias impensadas.

- Que el nuevo paradigma permita predecir hechos absolutamente insospechados por el paradigma antecesor. Ejemplo de la revolución copernicana, cuyo sistema heliocéntrico permitió predecir las fases de Venus y la mayor extensión de lo que el paradigma previo permitía percibir.
- Que el nuevo paradigma sea más nítido, más sencillo, luzca como más bello. Por ejemplo, en el relato autobiográfico de James Watson, *La doble hélice*, encontramos estos juicios de gusto:

“Quizás lográramos resolver todo el problema concentrándonos, simplemente, en la forma más bella en que podría arrollarse una cadena polinucleótida. Aunque las cadenas de ADN son muy largas en la naturaleza, no había razón para formar un modelo demasiado extenso. Mientras pudiéramos estar seguros de que se trataba de una hélice, la distribución de posiciones para un solo par de nucleótidos generaba automáticamente la disposición de todos los demás componentes” (Watson, 1993: 55).

La doble teoría sobre el progreso científico, se enlaza en Kuhn con su postura respecto de la racionalidad, planteando una tesis más amplia y abarcativa que la sostenida por los filósofos clásicos de la ciencia. Sin necesidad de que con ello conceda otros compromisos epistemológicos a tradiciones estándares de la ciencia, se puede decir que Kuhn no desmentiría la reconocida expresión popperiana que la ciencia es racional por la manera que adopta su progreso. Ricardo Gómez reafirma esta inferencia —enmarcándola— cuando expresa:

La estructura de las revoluciones científicas, haría más hincapié en el cambio del lenguaje y profundizaría menos en la distinción normal/revolucionario. Pero aún discutiría las dificultades especiales que experimentan las ciencias con el cambio holístico del lenguaje, e intentaría explicar cómo esta dificultad resulta de la necesidad que tienen las ciencias de una precisión especial a la hora de determinar la referencia” (en su artículo de 1983, “Comensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad”, parte integrante de la compilación *El camino desde la estructura*).

“La ciencia, de acuerdo con Kuhn, es racional, y lo es por el modo en que progresa. Es en tal desarrollo progresivo donde se percibe la peculiaridad distintiva de la ciencia: su efectividad para alcanzar su objetivo fundamental, o sea, para incrementar la capacidad para resolver los enigmas que los paradigmas científicos definen a lo largo del desarrollo histórico” (Gómez, 1993: 143).

Como señaláramos anteriormente, dado que Kuhn inaugura una doble concepción del desarrollo de la ciencia, y dada la articulación con la racionalidad, se presenta también en su pensamiento una distintiva racionalidad expresada en dos vertientes: una racionalidad en ciencia normal y una racionalidad de los períodos revolucionarios. La característica compartida y válida para ambas es la existencia de *buenas razones* para la toma de decisiones por parte de los científicos en cuanto miembros de una comunidad científica. Estas *buenas razones* avalan entonces la elucidación de la racionalidad o no de las acciones y decisiones a realizar, siempre y cuando sean pertinentes para los objetivos prioritarios de la comunidad, y se fundamentan en una serie valores organizados jerárquicamente en orden de importancia según el momento histórico dado. Recordemos: capacidad predictiva, simplicidad, precisión, consistencia, nitidez, u otros pasibles de adunar.

Así, la racionalidad imperante en las épocas de actividad normal es intrínseca al paradigma en vigor y a la comunidad científica que lo acepta y legitima como garantía de arribar cada vez más finalmente al objetivo central que es la resolución exitosa de los enigmas. Por ello, ante la incapacidad o imposibilidad de lograrlo, la carga de la prueba recae de manera implacable sobre el científico, quien, si para eximirse del cargo osara inculpar al paradigma (por insuficiente, erróneo, desintegrado o debilitado en su eficacia), sería rápidamente condenado al ostracismo debido a su actuación irracional (Kuhn, 1982: 69-70).

Con más aristas se presenta su propuesta de racionalidad como constante a través de las revoluciones, apoyada en decisiones tomadas basándose en buenas razones, siendo el aumento en la precisión cuantitativa, en última instancia, la razón fundamental o privilegiada en su marco conceptual. Pero, no obstante, existen otras que justifican las decisiones de los científicos y de la comunidad a la que pertenecen en los momentos de *crisis*, cuando las anomalías ya se han hecho presentes y puesto en duda las expectativas originadas por el funcionamiento normal del paradigma. Estas razones son más amplias en Kuhn que las reconocidas por el neopositivismo y las posturas hipotético-deductivistas popperianas. Estas tradiciones circunscribían la racionalidad del cambio científico a la posibilidad de otorgar la mejor razón y la forma de hacerlo era por medio de la aplicación del método científico, ya fuere el inductivo o el deductivo o crítico. Más brevemente: la regla

ahora transformada en valores, de la *metodicidad* y la *logicalidad* constituyen los cánones de una racionalidad *estrecha*.

¿Qué otros valores incorpora Kuhn en su teoría de la racionalidad ampliada? Podemos dar lugar a las razones de fe que intervendrán para producir la conversión de un paradigma a otro; para afirmar la inexistencia de un patrón neutro y externo de evaluación; para que los argumentos meramente algorítmicos basados en la demostración matemática o en la lógica formal no sean suficientes para una decisión conclusiva, para justificar la resistencia a abandonar el dogma anterior, teniendo en cuenta influencias autobiográficas, y las provenientes del contexto histórico y cultural (Gómez, 1993: 145-146).

Aún así, siempre existe un plus, constituido por valores de tipo epistémico que cada comunidad científica en un determinado contexto histórico va a jerarquizar de distinto modo.

Entonces la racionalidad a través de las revoluciones emana de la funcionalidad de adoptar el nuevo paradigma a fin de restituir el objetivo principal: el incremento y profundización de la capacidad para resolver exitosamente los enigmas propios y las anomalías irresueltas por el precedente. Con lo cual estamos ante la presencia de una racionalidad de tipo *instrumental*, o sea, relativa a fines y valores adoptados previamente por la comunidad científica en una época histórica determinada, de forma unánime.

Esta reducción kuhniana de la racionalidad científica a la instrumental implica según Gómez (1993), y siempre para el temprano Kuhn, de 1962, la ausencia de discusión respecto de los fines, valores y objetivos de la actividad científica. Utilizando un lenguaje hempeliano⁴, afirma que la teoría de la racionalidad de Kuhn está constituida exclusivamente por *juicios instrumentales de valor* con total exclusión de los *juicios categóricos de valor*. Si el juicio categórico de valor es el que determina que el objetivo fundamental de la actividad científica madura es mantener e incrementar la capacidad para resolver enigmas tanto en épocas normales como revolucionarias, entonces “de eso no se habla”⁵, basta

4. La terminología aludida es la del artículo “Ciencia y valores humanos” de su libro *La explicación científica*, donde estudia cómo operan los juicios de distinta índole en relación con la ciencia, proponiendo discriminar entre juicios instrumentales y categóricos de valor. Los primeros, al establecer que una acción es buena para lograr un determinado objetivo, son los únicos pasibles de ser sometidos a prueba; mientras que los segundos (categóricos) se limitan a subrayar que debe tratarse de alcanzar un objetivo específico. Como expresan una evaluación de tipo moral o una pauta de conducta a llevar a cabo, carecen de contenido empírico y no son susceptibles de testeo y confirmación empírica.

5. Expresión que tomamos del lenguaje común, para enfatizar algo dado por supuesto y no susceptible de ser puesto en tela de juicio. En una dimensión más amplia refiere a normas y pautas culturales que una determinada sociedad o parte de ella establece para ser obedecidas y no interrogadas.

con constatar que se ha dado fácticamente en la historia del desarrollo de las ciencias para erigirlo en valor supremo.

En relación con esta lectura, hallamos en el artículo de Kuhn “Consideración en torno a mis críticos” de la compilación de Lakatos y Musgrave, de 1970, *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, la siguiente nota:

“Mi objetivo, también, es entender la ciencia, las razones de su especial eficacia, el estatus cognoscitivo de sus teorías. Pero al contrario que muchos filósofos de la ciencia, yo empecé siendo un historiador de la ciencia, examinando de cerca los hechos de la vida científica. Al descubrir en el curso de esos estudios que gran parte del comportamiento científico, incluido el de los más grandes científicos, violaban insistentemente los cánones metodológicos aceptados, tuve que preguntarme cuál era la razón de que ello no pusiera trabas al éxito de la empresa. Cuando posteriormente descubrí que una diferente visión de la naturaleza de la ciencia transformaba lo que previamente había parecido un comportamiento aberrante en una parte esencial de la explicación del éxito de la ciencia, el descubrimiento fue una fuente de confianza en la nueva explicación” (Lakatos y Musgrave, 1975: 398).

Estas reflexiones nos impulsan a interrogarnos sobre desde dónde, desde qué locus se instala la apreciación de que el objetivo esencial y valor prioritario de la ciencia, aún en diferentes momentos históricos, es la resolución de enigmas en forma cada vez más refinada, precisa y exitosa. La respuesta que nos da Kuhn posteriormente en 1991, es que proviene del *factum* de la indagación histórica de la actividad científica, donde se percibe de hecho una constante: la mayor capacidad mensurable en términos de rigor y precisión cuantitativa de la forma de resolver enigmas dentro y entre paradigmas sucesivos, por parte de la comunidad científica. El elemento contextual-histórico que él aporta es la diferente jerarquización de los valores epistémicos en virtud de configuraciones distintas que adopte la comunidad científica, según su ubicación e inscripción en situaciones históricas, sociales y culturales variadas y diferentes.

Pero nuestra pregunta no se satisface con estas respuestas, conscientes de que llegamos a los límites de las posibilidades explicativas de Kuhn, en el sentido de que no existe posibilidad de discusión de la constante relevada como *factum*. Su exploración también ha sido exitosa en descubrir el valor supremo de la ciencia (y también de la tecnología), pero tal revelación ha tenido su precio: la reducción de la racionalidad científica a la racionalidad instrumental en tanto funcional al objetivo-valor primordial. A partir de este punto, reexaminamos nuestra duda crítica de si es posible entender la razón instrumental como autónoma de un proyecto histórico y social donde se refleja una sociedad y los intereses en ella dominantes. Si la razón instrumental, que parece ser el

único aliento del desarrollo científico tecnológico actual, continúa ampliando y autorreproduciendo su horizonte de dominación técnica de la naturaleza, pero al mismo tiempo del hombre por el hombre, hasta límites impensados de dominio racional en términos capitalistas, entonces será necesario detenerla para discutir sus objetivos y fines ya desenmascarados como funcionales a aquel dominio; o “tomar al toro por las astas” y pensar seriamente en la reorganización de la naturaleza humana y social, mediante un cambio estructural, aunque parezca demasiado tarde.

Referencias bibliográficas

- GOMEZ, Ricardo J. 1993. “Kuhn y la racionalidad científica. ¿Hacia un kantianismo post-darwiniano? en Nudler, Oscar y Klimovsky, Gregorio (comps.) *La racionalidad en debate* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Vol. 1.
—2002 Seminario de doctorado *Kuhn y los estudios sociales de la ciencia* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).
- HEMPEL, Carl. 1979. (1965) *La explicación científica* (Buenos Aires: Paidós).
- KUHN, Thomas. 1982. (1962) *La estructura de las revoluciones científicas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
—1987 (1977) *La tensión esencial* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
—2002 (2000) *El camino desde la estructura* (Barcelona, Buenos Aires: Paidós).
- LAKATOS, Imre y MUSGRAVE, Alan. 1975. (1970) *La crítica y el desarrollo del conocimiento* (Barcelona: Grijalbo).
- WATSON, James. 1993. (1968) *La doble hélice* (Barcelona: Salvat Editores).
—y CRICK, Francis. 1953. “A Structure for Deoxyribose Nuclei Acid” en *Nature* N° 17.



Evaluados, categorizados e incentivados: el disciplinamiento de docentes e investigadores universitarios en la década del 90

Virginia Matilde Passarella

Virginia Matilde Passarella, licenciada en Ciencias Antropológicas, se desempeña como personal no docente de la Secretaría de Investigación y Posgrado (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) ocupando el cargo de directora del Departamento de Investigación. Como graduada parte del Proyecto UBACyT F009 bajo la dirección de Cecilia Hidalgo y Félix Schuster. Bajo la dirección de Cecilia Hidalgo realizó su tesis de Licenciatura sobre Investigar en la UBA: tensiones y contradicciones en la comunidad científica de la Facultad de Filosofía y Letras-UBA.

E-mail: virginia@filo.uba.ar

Introducción

En consonancia con los importantes cambios en la política universitaria de las últimas décadas, se han ido construyendo nuevas identidades grupales de los diversos sectores que componen la práctica universitaria (autoridades, docentes, investigadores, no docentes, alumnos).

En todos los países de Latinoamérica la estructura de funcionamiento del sector público ha sufrido una serie de transformaciones a partir de la década de 1990. Las políticas públicas se han orientado a la descentralización, la tercerización de funciones y la incorporación de prácticas propias a la empresa privada. Tal cambio en las políticas tiene sus raíces en la conocida crisis del Estado de Bienestar iniciada en la década de 1970, fecha a partir de la cual el Estado capitalista asumió como política la racionalización en el gasto público. Según sus críticos, el esquema de la administración pública tradicional (modelo weberiano) actuaba “en detrimento de la eficacia en la gestión y de la obtención de resultados” (Bentacur, 2000: 4). Con argumentos de este tipo se abría el camino para impulsar desde diferentes organismos internacionales un modelo “superador”: el paradigma denominado “Nuevo gerenciamiento público”. Por cierto, el sistema universitario no escapó de esta tendencia.

En Argentina, las políticas que se implementaron desde el Estado en materia de educación superior institucionalizaron sistemas de evaluación y acreditación de programas e instituciones universitarias, incentivos a la producción docente y de investigación, aliento a la relación universidad-empresa. En este marco se sancionó en 1995 la Ley de Educación Superior N° 24521 (LES), se crearon organismos para el seguimiento y control del sistema universitario (CONEAU) y se pusieron en marcha programas de especial repercusión, entre los que sobresale el llamado *Programa de incentivos a los docentes-investigadores de las universidades nacionales* (PI) que en el año 1993 el presidente de la Nación, Carlos Menem, estableció por Decreto N° 2427.

De acuerdo con este decreto, quienes llevaran a cabo docencia de grado e investigación acreditada en las universidades nacionales, luego de un proceso de categorización ad hoc —diferente del ya establecido en las cátedras o en el sistema científico nacional de investigación— podían obtener una retribución adicional por su labor científico-académica. En un principio, el incentivo implicaba un mejoramiento salarial del orden del 60%. El objeto manifiesto era “premiar” selectivamente con una suma fija y no remunerativa a aquellos que además de estar frente a alumnos de grado desarrollaban tareas de investigación en programas evaluados en su diseño y ejecución, y de este modo promover un mejoramiento a través del estímulo tanto a la docencia como a la investigación¹.

1. Las lógicas de las políticas en el ámbito de la investigación (subsidios, becas, incentivos) y el modelo de gestión en el ámbito del aparato administrativo (con eje en la creación de estructuras paralelas) puestas en práctica en la década de 1990, evidencian un catálogo de simetrías y analogías. En particular, llaman la atención las que se dan con respecto a las políticas dirigidas a “dos mundos” —el de los docentes-investigadores

En un período caracterizado por la globalización, programas como el PI desencadenaron un proceso de disciplinamiento al interior de las universidades, ninguna de las cuales quería quedar fuera de las reformas del sector. El proceso repercutió con gran intensidad en el “mundo” supuestamente crítico y reflexivo de los integrantes del cuerpo académico que parecieron permanecer inermes ante su avance. Tal disciplinamiento fue diseñado alrededor de dos ejes fundamentales: el condicionamiento presupuestario y los discursos “eficientistas”, por ejemplo, alrededor de la productividad medida en publicaciones, cantidad de recursos humanos formados, tasas de titulación de grado y posgrado, entre otras.

El universo simbólico, la representación que se hacen de sí mismos, el significado que le dan a su trabajo diario los integrantes del cuerpo académico, tanto en su papel de docentes como de investigadores con sede de trabajo en las universidades, varía según las distintas “culturas epistémicas” de pertenencia (Hidalgo, 2005). Sin embargo, si bien como afirma Burton Clark (1983) nadie niega que cada disciplina posee un código para operar y una tradición determinados, las políticas de los '90 tendieron a desconocer esta heterogeneidad e irrumpieron generando un nuevo sistema clasificatorio homogéneo, legislando para la comunidad universitaria en su conjunto a escala nacional. En palabras de Vaccarezza (1996) el PI irrumpió unificando criterios y normas en un ámbito que por excelencia se había caracterizado por su independencia.

La actividad de investigación que Carullo y Vaccarezza (1997) denominan “intramuros”, ya era una preocupación significativa para los gobiernos universitarios con anterioridad a la irrupción del PI, de manera que podría entenderse que este tan solo habría venido a articular y legitimar un cambio en las formas de llevarla a cabo. Sin embargo, la implementación estuvo lejos de ser inocua, generando una nueva identidad institucional mediante la introducción del concepto de “docente-

y el de los no docentes— comúnmente concebidos como polares y muy heterogéneos. En cuanto a las políticas implementadas hacia el sector de los trabajadores no docentes de las universidades nacionales, a partir la sanción de la LES la discusión salarial para el sector giró en torno a la distribución de los fondos de dos programas: el Programa de Reforma de la Educación Superior (PRESS) y el Programa de Reforma Administrativa y el Programa de Capacitación (PROCAP) del año 1998. Ninguno de los dos permitía aumentos salariales. La distribución de los fondos era (y es) discutida entre el Ministerio de Educación, las universidades y la Federación Argentina de Trabajadores Universitarios (FATUN). Estos programas permitían otorgar un plus salarial en concepto de “becas de capacitación”, presentismo, etc. Consideramos que, a diferencia de lo ocurrido con los docentes, la trayectoria sindical de reclamo del sector no docente ha sido comparativamente más eficaz y crítico de las implicancias de estos programas, orientando la oposición y resistencia a ellas de manera colectiva.

investigador”. Tal concepto se refiere a investigadores universitarios de pleno derecho, como algo distinto de aquella figura contemplada en los estatutos universitarios en los que por dedicación o elección se entiende a la docencia y la investigación como pares complementarios. En las unidades académicas donde no había programas de estímulo a la investigación, el PI promovió que se generaran asimismo líneas de financiación a tal efecto.

De manera que antes de 1993 la categoría “investigador” era atribuida a aquel “otro” que hacía investigación fuera de la universidad en organismos específicos como el CONICET. Con la implementación del PI tal categoría ya no se circunscribe al investigador que “enseña en la universidad”, sino a docentes-investigadores “de la universidad”.

Es ya numerosa la serie de investigaciones que, desde diferentes disciplinas, han puesto el acento en lo que muchos han llamado “la cultura de la evaluación” y el “salario al mérito”. Estos trabajos analizan la actuación de las comisiones de pares, cómo los docentes e investigadores consideran que han sido evaluados, las consecuencias sobre su trabajo, la equidad, los criterios que se aplican para la evaluación, entre otros temas (Hidalgo, 2005; Schuster, 2005; Albornoz, 1996; Arana, 2004; Carullo y Vaccarezza, 1997; Glavich, 2000; Krotsch, 2002; Fernández Lamarra, 1999, entre otros). Ya sea desde la defensa o desde la pura crítica a las políticas impuestas en los '90, es común y generalizada la utilización del concepto de “impacto”. Como veremos enseguida, la ostensible institucionalización y aceptación del PI no podría ser explicada, si por impacto se entiende que una fuerza, disparada en un punto, ha recorrido un espacio “vacío”, contactando cuerpos inmóviles y pasivos interpuestos en su camino.

A partir de material de campo recogido etnográficamente entre miembros de la comunidad académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA afectados por el PI, intentaremos mostrar que a la hora de elaborar explicaciones sobre la aceptabilidad generalizada de los incentivos, las categorizaciones y la sobreevaluación permanente de las tareas realizadas y los resultados obtenidos que se consolidó en tan corto lapso, una idea tal de “impacto” de una política sobre una determinada población, resulta cuanto menos insuficiente.

Antes bien, mostraremos que la aplicación de las políticas ejemplificadas en el PI ha constituido un proceso que ha involucrado a diversos actores en diversos niveles, quienes a pesar de experimentar tensiones y contradicciones han terminado siendo ejecutantes protagonistas del mismo, como lo muestra Hidalgo (2005) en su estudio de quienes integran las comisiones de evaluación a título de pares.

Las preguntas que han guiado nuestra pesquisa son las siguientes: ¿El reconocimiento de estas contradicciones y tensiones ha tenido alguna incidencia concreta sobre las políticas mismas? ¿Cómo y en qué medida los agentes de los diversos niveles han rechazado, resistido o

simplemente reproducido y resignificado esas políticas? Para contestarlas, presentaremos a continuación los resultados del trabajo etnográfico realizado.

Impacto, imaginario y formas de resistencia en los docentes-investigadores

Hemos dividido con fines analíticos a los docentes-investigadores en tres grandes grupos: aquellos que por su trayectoria tanto en docencia como en investigación son considerados “formados”, los llamados “en formación” y, por último, los “auxiliares y becarios”. La exposición de sus perspectivas diferenciales se realiza alrededor de tres grandes ejes, sobre la base de preguntas simples pero a su vez cargadas de sentido para los propios agentes que constituyeron el esqueleto de las entrevistas que mantuvimos con ellos, a saber: *¿cómo impactaron en usted personalmente las políticas hacia el cuerpo académico?* En su imaginario, *¿cómo deberían ser estas políticas según su criterio?* Y finalmente, *¿qué hizo frente a las políticas de los noventa, si resistió, de qué modo?*

Las diferentes percepciones del “impacto” de manera general, se expresan no solo en la visión personal de los agentes, sino que se agrupan en haces relativamente recurrentes según la pertenencia a los diferentes estratos y categorías, porque estas determinan las condiciones concretas sobre las que las políticas han incidido de manera diferencial. Estas condiciones concretas no se constituyen meramente por las condiciones materiales (condiciones de trabajo, salario, posibilidad de crecimiento, etc.) sino también en las expectativas e imaginario de los agentes.

En los investigadores “formados”, si bien los cambios en las condiciones y formas de trabajo fueron reales y significativos por las líneas de financiamiento que consiguieron, las becas otorgadas para la formación de jóvenes y desde ya, el importante aumento del ingreso, tales cambios conllevaron una carga menor de inseguridad y angustia. Los investigadores formados perciben la injusticia del sistema con mayor claridad en algunos aspectos, por ejemplo, por el hecho mismo de ser convocados como pares evaluadores saben de la relatividad de los cómputos o de la supuesta uniformidad de criterios que en realidad corresponden a los estándares de las disciplinas más consolidadas. Perciben también que uno de los efectos más nocivos de estas políticas opera en desmedro de la dedicación y calidad universitaria.

La mayor contradicción que traslucen en sus dichos es que quienes pertenecen a este nivel mayoritariamente se consideran a sí mismos como parte de un núcleo de poder. A un tiempo se sienten incluidos en un sistema que, caracterizado por ellos mismos irónicamente como endogámico, no sienten del todo propio. Cabe destacar que ese sistema

que los incluye no deja de precarizar su pertenencia a aquel núcleo pues los somete periódicamente a la reevaluación a pesar de poseer muchos de ellos la máxima categoría posible de investigador dentro del sistema. Un investigador expresa con elocuencia esta doble condición de inclusión/exclusión:

“Estamos metidos en un sistema que es así. La porción de la torta que es necesaria para que el sistema funcione, porque el sistema también funciona con elementos que lo critican. Me avivé después que le podían cambiar la categoría a alguien que yo evalué. El error fue nuestro. Debimos exigir mucho más. Cuando nos mandaron las cosas no nos dieron los reglamentos. Nos los dieron en el momento. Había gente que coordinaba y vos le preguntabas. Lo que en el manual no estaba claro qué decidía la subcomisión. Uno muchas veces no impone los criterios. El secretario de ciencia y técnica y algún funcionario eran los que terminaban todo, pero, los palos nos lo comemos nosotros. La responsabilidad es muy fuerte, no solo por la parte académica sino también lo salarial. Hay una humillación y uno es el vehículo”.

En su carácter de “formados” cuando “deben” actuar en puestos de gestión, aun visualizando aspectos altamente cuestionables, no pueden sino hacerlo dentro de la normativa y, por ende, reproduciendo las lógicas ínsitas en la misma. Para el “investigador formado” se presentan aparentemente como posibles solo tres alternativas. La discusión teórica por fuera de la gestión o actuación evaluativa, la discusión puntual de determinados casos flagrantemente injustos o, en su defecto, la asunción de una actitud ambigua consistente en atenerse a la aplicación formal de una normativa con la que al mismo tiempo se dice que no hay acuerdo.

Si para los “formados” que están en desacuerdo con el PI el impacto se expresa más como una transgresión a sus ideas y convicciones, es decir, en el plano intelectual, en cambio para los “en formación” el acento aparece puesto en lo material. Entre los investigadores en formación son recurrentes las expresiones de una sensación de frustración por lo que se percibe como desvalorización e incertidumbre acerca de si podrán satisfacer las expectativas académicas en ellos depositadas. Este sector que podemos denominar “medio”, es el que expresa más fuertemente que las consecuencias del PI han sido negativas, tal vez porque las políticas de los 90 los alcanzaron a “media carrera”, cambiando abruptamente las reglas de juego en las que basaban sus expectativas. Asimismo, de los propios entrevistados surge un fuerte cuestionamiento hacia los evaluadores, sin referencia alguna al sistema en sí. El impacto se atribuye a la acción de quienes pertenecen al mismo seno de la comunidad. No solo sienten falta de reconocimiento en términos

profesionales-académicos sino que la desvalorización va acompañada de pérdida al nivel salarial. Comentaba un docente en formación:

“Es el tema de lo perverso [...] te exigen a fondo que te mates produciendo, formando gente y después no te llaman a concurso, entonces seguís siendo simple y no te pagan incentivos, te evalúan con los parámetros de medicina o física y pretenden que tus antecedentes encajen en una grilla que no va [...] no puede ser que unos artículos indexados de un médico en revistas internacionales valgan lo mismo que un libro que uno hace, con lo que ello implica”.

La situación de quienes están en formación podría interpretarse, sin embargo, desde el punto de vista de “contención”. Se podría aseverar que ante la expansión y desfinanciamiento del sistema universitario las políticas de investigación impuestas en los '90 tendrían a pesar de sus múltiples aspectos negativos, una suerte de aspecto “compensador” y contenedor de docentes e investigadores dentro del sistema. En tanto docentes, las estructuras rígidas de cátedra no podrían asignar a todos puestos a la altura de la jerarquía y trayectorias recorridas. Sin embargo, en tanto investigadores, merced al PI se les pudo reconocer con mayor facilidad su capacidad de constituir equipos, llevar adelante proyectos y formar estudiantes. Por ello, el flujo de dinero destinado al PI, sumado a las partidas asignadas por las universidades a sus respectivas programaciones científicas, habrían cumplido la función contenedora de permitir a las universidades conservar en su interior a numerosos investigadores jóvenes con cargos relativamente bajos en la estructura docente, quienes de otra forma hubieran abandonado la academia o habrían migrado.

Sin embargo, si aceptamos esta interpretación, el PI nos mostraría una contradicción, ya que los propios entrevistados (incluidos los funcionarios) expresan saber fehacientemente que el dinero destinado a la investigación a través de dicho programa fue justamente la forma concreta que se utilizó para imponer las nuevas políticas en materia de educación superior y no un aspecto autónomo compensador de las mismas. El espectro de posibilidades de elección se limitaba a aceptar implícitamente esta forma ambivalente de permitir la continuidad del complejo de investigación, por lo que la aceptación resulta de una suerte sutil de chantaje.

Los “auxiliares y becarios” ingresaron al “nuevo sistema” cuando este ya estaba consumado. Es por ello que si bien visualizan ciertas tensiones y contradicciones, la marca que los caracteriza es la lucha por la inclusión. Dirán cosas del estilo: “Sé que esto está mal, pero lo que quiero es estar allí a pesar de las diferencias que pueda tener”. Como nuevos integrantes del “sistema” se acomodan a las reglas del juego, conscientes de que aspiran a pertenecer a un espacio codiciado tanto

en términos simbólicos como materiales. Mientras tanto, la individualidad parece ser el mejor camino como solución en un terreno que “otros” dicen injusto para la vida del docente universitario. Apegados a lo que les marca su director/a de beca, doctorado, cátedra, etc., se limitan a obedecer estricta y silenciosamente las normas del sistema.

Cuando los actores son interrogados sobre cómo imaginan un sistema mejor o cómo concebirían un sistema distinto, las respuestas comienzan con un invariable “no sé”, seguido luego por lo general por deseos inespecíficos y utópicos en el sentido de que algún aspecto puntual “mejore” (por ejemplo, que el pago sea regular, o que puedan cobrar el incentivo quienes tienen dedicaciones simples). Resulta llamativo constatar que en términos generales en el imaginario de los agentes no se presentan modelos alternativos. Tan solo se expresan algunas referencias aisladas con respecto a lo necesario de recuperar rituales o principios vigentes en épocas pasadas (como tener más tiempo para madurar las publicaciones, no estar obligado a repetirse para sumar antecedentes, etcétera).

Ello resulta llamativo a la luz de los innumerables congresos, jornadas, charlas, debates, seminarios en torno al “modelo de universidad” deseado y en curso, que en los últimos años se han desarrollado tanto a escala nacional como internacional, y específicamente en el marco de la UBA. Resulta notable que los mismos agentes que desde la propia universidad han gestado propuestas para el país de la envergadura de, por ejemplo, un Plan Fénix, no hayan podido generar un proyecto diferente para su propia institución y hayan aceptado tan prontamente las políticas que se les han impuesto y con las que dicen no concordar. Los postulados centrales de los “grandes debates” sobre la universidad no resisten comparación con las prácticas cotidianas y sobre todo con el “imaginario” de los docentes investigadores. Autores como Sonia Araujo (2004) han analizado en términos de fraude la repercusión de programas como el PI. Por tratarse de una política que contabiliza y exige alto número de publicaciones, presentaciones a congresos, etc., en donde el docente investigador se volcaría al autoplagio para cumplir con dichos requerimientos.

Sin embargo, el término tiene ordinariamente una connotación negativa que no parece corresponder al caso que tratamos, donde tiende a describir una actitud que es vivida por los protagonistas como forma de resistencia. Un modo de resistencia que consideran análogo al que utilizan muchos trabajadores como parte de las tradiciones de lucha propias en situaciones donde, por diversos motivos, no es posible recurrir a métodos de lucha frontal como la huelga, la manifestación, etc. Para los agentes las actitudes supuestamente “fraudulentas” de desobediencia íntima y acatamiento formal adquieren un carácter positivo. Es de notar, asimismo, que tales formas de resistencia son propias de aquello que generalmente se concibe como burocracia, y pueden adquirir tanto el

carácter de defensa de intereses propios como el de resistencia en el sentido político-ideológico. Sin embargo, aún siendo de algún modo una de las formas de resistencia más típicas de la burocracia, tienen un límite, una incapacidad transformadora inherente a todas las formas de resistencia de base individual.

Aquel investigador con una posición consolidada, posee como herramienta de resistencia muchos más espacios e intersticios para hacerla efectiva. Algunos de ellos declaran haberse negado a evaluar bajo determinadas circunstancias, otros han denunciado situaciones de clara injusticia aun reconociendo que en ello siempre se corre el riesgo de ser excluido de ese núcleo de poder que se integra.

En el grupo de investigadores en formación y auxiliares-becarios la resistencia se traduce en estar muy alerta a la hora de ser evaluado y por quiénes, estar más atento a los tiempos “administrativos” (presentaciones a concursos, llamados a becas, llenado de formularios). Es a los que los evalúan a quienes hay que demostrar que les corresponde calificar para el cobro del incentivo. Esto se trasluce en que se muestran más preocupados por la forma en que el “evaluador” interpretará las grillas de la presentación que en cuestionarlas activamente.

Conclusión

Hemos intentado en este trabajo dar cuenta de los cambios producidos en las prácticas científicas de los docentes-investigadores en el marco de transformaciones experimentadas durante la década de 1990 que conllevaron una profunda remodelación del estado y la estructura del sector público.

Con las nuevas políticas las prácticas de aquellos que se desempeñan en el campo académico-científico se reorientaron hacia lógicas en principio más acordes con el mercado, modificando profundamente las condiciones de trabajo de los docentes e investigadores de las universidades nacionales.

Reconvertida la institución universitaria bajo el discurso de la “eficiencia” y “productividad” el alma de la empresa se logró imponer no solo en las prácticas de los docentes e investigadores sino también y fundamentalmente en su imaginario.

Sobre la base de los estudios realizados y la investigación propiamente dicha, el impacto de las políticas de los noventa se ha expresado en una reorientación profunda de las prácticas, condiciones de trabajo de los docentes-investigadores, acorde con un modelo económico, político y cultural. La evaluación externa, la autogestión en los hospitales universitarios, los incentivos al docente-investigador, la devaluación del grado, los posgrados pagos ligados al mercado de trabajo y la reforma administrativa en el sector no docente han ido siendo aceptados

sin que sus agentes llegaran a concebir siquiera una forma diferente de funcionamiento del sistema científico académico que integran.

Si bien hemos utilizado el concepto de “impacto” con fines explicativos, como una de las formas de abstraer rasgos generales relativos a la incidencia global de las políticas estudiadas en sectores determinados de la vida académica, sostuvimos que el mismo no resulta apto para la comprensión del fenómeno que pretende abarcar.

Del trabajo de campo surge claramente que si en forma general las políticas son percibidas como injustas, arbitrarias y perversas, se evidencian diferentes matices de crítica, oposición o resistencia en las distintas categorías, cuyas tensiones y contradicciones sectoriales resultan en expresiones recurrentes.

El investigador formado, por la posición que ocupa en el campo académico, visualiza rápidamente las lógicas contradictorias y muchas veces de ribetes absurdos de las nuevas normativas. Reconocen, por un lado, que son ellos mismos los que contribuyen como sector a la reproducción del propio sistema, pero al propio tiempo remarcan de qué manera en forma individual, dentro de sus posibilidades, intentan buscar intersticios para doblar la norma. Reflejan su angustia porque por su posición se sienten “obligados” (como intelectuales legitimados) a generar respuestas para el cambio, no solo de las políticas hacia su sector sino aun de proponerse como hacedores de políticas transformadoras para un proyecto de universidad o de país, y se encuentran bajo un régimen al cual “deben” pertenecer si pretenden persistir en el mismo sistema.

El investigador en formación expresa con más rapidez su descontento con las políticas que se le imponen. Años de gran esfuerzo en lo académico e intelectual que luego no se ven reconocidos en la categoría que se les asigna. Grillas ajustadas al perfil de productividad de las ciencias biomédicas, libros que obtienen el mismo puntaje que un artículo en revistas internacionales indexadas, son algunas de las situaciones de injusticia que expresan con más recurrencia.

El grupo en apariencia más vulnerable por su posición dentro de este campo de tensiones es el de los becarios y auxiliares de investigación. Como grupo que intenta formarse académicamente para acceder a puestos de mayor jerarquía, se encuentra con dificultades que van desde la falta de concursos y la falta de rentas a la necesidad de completar estudios de posgrado. El tiempo académico impone una velocidad que les es difícil alcanzar. Si poseen cargos de dedicación exclusiva o semiexclusiva, seguramente se encuentran excedidos de trabajo: su desempeño en una o dos cátedras (con el afán de completar las 120 horas que requiere el Programa de Incentivos) sumado al trabajo de investigación, la corrección de exámenes, la presentación de *papers*, entre otros, les genera gran estrés. Los auxiliares y/o becarios se enfrentan a una tensión que se manifiesta en la sensación de que no pueden dar respuesta a la velocidad que se les exige para finalizar sus

estudios de posgrado, a lo que se suma la falta de buenas ofertas de formación superior que piensan les debería brindar la propia universidad. Sumado a esto, aun en el caso de que se “logren” los objetivos, se enfrentan a una realidad más hiriente. Del análisis de lo que los docentes expresan tanto en forma oral como escrita surge que no queda claro para ellos qué significa o qué es lo que deben hacer para alcanzar el perfil que pretenden las autoridades y sus propios pares, y por ende, no saben bien cómo harán para ingresar y permanecer dentro del sistema.

De lo expuesto surge que los cambios producidos en la política universitaria de las últimas décadas son más hondos de lo esperado, pues no solo han reconfigurado la labor en las instituciones sino que consolidan cotidianamente la construcción de nuevas identidades grupales y pautas de acción conformistas. Los diversos sectores involucrados parecen asumir como inevitables y propios sus lineamientos, adecuando a ellos sus expectativas y su acción, sin lograr aún concertar una acción colectiva que trascienda los estrechos límites de la conciencia individual y apunte a revertir sus efectos perversos en beneficio de la labor académica y de la sociedad toda.

Cerrando con este capítulo y a modo más personal, diré que me presentaron al profesor Schuster allá por el año 1991. La incertidumbre que provoca en un no docente imaginar quién será su futuro “jefe” es inmensa, más aún cuando el clima que la comunidad académica le imprime a acontecimientos significativos en su seno se carga con los numerosos nombres que se rumorean en los pasillos y van desvaneciéndose con el transcurso de los días. Su llegada como secretario de Investigación y Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se hizo esperar. Pasaron meses hasta que se confirmó su designación, por lo que en los pasillos hubo muchos más “*dicen que... esto y aquello*” de lo normal y habitual. Y no podría haber sido de otra manera: él rompe siempre con lo normal y habitual.

Coincidían estos años con mi ingreso en la carrera de Antropología. Momentos de estudio se mezclaban con obligaciones dentro de la Secretaría de Investigación. En ese entonces me percibía escindida en dos mundos: la no docente que atiende a los investigadores alejada de la estudiante universitaria. Debieron pasar los años para que esos mundos de a poco se fueran acercando hasta colocarme en un espacio intermedio, liminal, donde el trabajo cotidiano con los docentes e investigadores se enlazaría con una futura investigación que los tomaría como centro, algunos de cuyos resultados presento en este artículo.

Si debiera condensar mis veinte años de trabajo en la universidad con la no docente graduada universitaria que soy hoy, el profesor Félix sería el mejor ejemplo de que las personas no pueden ser “partidas” como algunos ideólogos de las políticas universitarias del presente pretenden. En el proceso de profesionalización que fui experimentando con

los años de trabajo a su lado, Félix fue el “jefe”, el excelente docente, “el decano”, el director, el investigador, el evaluador, con la integralidad y las contradicciones que todo esto le implicaban: ejecutaba políticas pero también como me dijo un día con el humor que lo caracteriza “soy ejecutado” por ellas.

Lo admiro por dudar de lo aparente, por saber mirarse en el espejo, escuchar al otro centrando en él la mirada, por ser sensible a los problemas sencillos, por ser humilde, pero por sobre todo por el don que tiene de hacer reír. Me tocó vivir desde distintos lugares la alegría con la que se aprende con él. Como alumno pronto a cursar su materia te dicen: “¡¡¡Uy, epistemología... vas a ver que en los teóricos Schuster te va a hablar de cisnes, de bolas de billar, del placard de las anomalías!!!” Y es cierto, epistemología no sería epistemología sin sus relatos sobre las vacaciones paradisíacas de un señor y su esposa, los cisnes blancos y el aguafiestas cisne negro que arruina la inducción, o su explicación de la relación causa-efecto a partir de las piedras que un jugador de billar tira a la ventana de su contrincante... y el placard de las anomalías (que enseña que la noción no solo se aplica a los paradigmas científicos).

Con él fui descubriendo las ambigüedades y falsedades que hay detrás de categorías como las de “docente-investigador”, impuestas y tan de moda en los últimos tiempos, y que le causan tanta gracia: él por ejemplo es un “I” que antes era “A”, pero también es un “coniceto”, consulto (y consultado), integrante de... e integrador, el evaluador pero también el evaluado...

Si tuviera que elegir, preferiría quedarme con unas pocas imágenes que condensan todos los Félix que me ha tocado vivir a lo largo de la tríada no docente-estudiante-graduada: su cara de felicidad cuando en la oficina le regalábamos dulce de leche, la alegría y nervios que no pudo disimular (siendo jurado) el día que defendí mi tesis, la primera vez que me regaló un libro. Para todos estos Félix, mi eterno agradecimiento.

Referencias bibliográficas

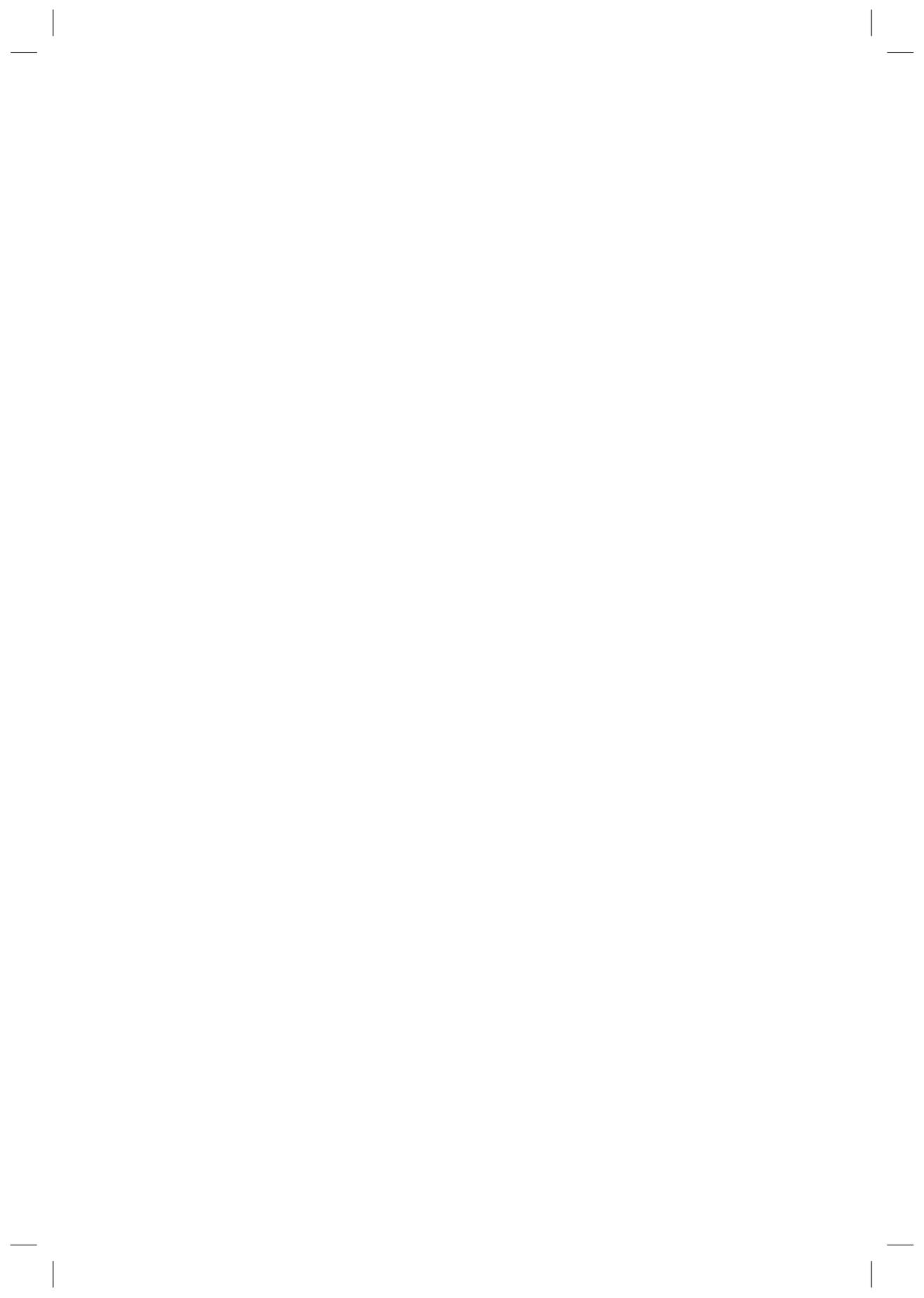
- ALBORNOZ, Mario, KREIMER, Pablo y GLAVICH, Eduardo. 1996. *Ciencia y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: Ciencia, Tecnología y Sociedad, Universidad Nacional de Quilmes).
- ARANA, María Beatriz. 2004. “La evaluación en el Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores. La UNMDP como análisis de caso” en Actas del IV Encuentro “La Universidad como objeto de investigación” del 7 al 9 de octubre 2004 (Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán).

- ARAUJO, Sonia. 2004. *Universidad, investigación e incentivos. La cara oscura* (La Plata: Ediciones Al Margen).
- BENTANCUR, Vicente Nicolás. 2000. "Reforma de la gestión pública y políticas universitarias" en *Nueva sociedad* (Caracas) N° 165.
- BOURDIEU, Pierre. 1990. "Algunas propiedades de los campos" en *Sociología y Cultura* (México DF: Grijalbo).
- CARULLO, Juan Carlos y VACCAREZZA, Leonardo. 1997. "El incentivo a la investigación universitaria como instrumento de promoción y gestión de la I+D" en *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia* Vol. IV, N° 10.
- CLARK, Burton. 1983. *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica* (México DF: Nueva Imagen/ Universidad Futura/UAM).
- FERNANDEZ LAMARRA, Norberto y PUGLIESE, Juan Carlos. 1999. "Lineamientos y perspectivas sobre la evaluación institucional universitaria en la Argentina. Principales desafíos" en *La evaluación institucional en la Argentina*, CONEAU, Ministerio de Cultura y Educación, Mimeo, 1-16.
- GLAVICH, Eduardo. 2000. "UBATEC-UBACyT-UBAnet: UBA. Sociedad Anónima. Algunas notas críticas acerca de las tendencias en la Universidad de Buenos Aires" en *Dialektica, Revista de Filosofía y Teoría Social* (Buenos Aires) Año VIII, N° 12.
- HIDALGO, Cecilia. 1999. "Comunidades científicas. Los antropólogos enfocan la ciencia" en *Antropología del presente* (Buenos Aires: Edicial).
- 2005 "Lo local y lo global en las prácticas científicas: diversidad etnográfica en peligro" en *Etnografías globalizadas* (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología).
- KROTSCH, Pedro. 2002. *La universidad cautiva* (La Plata, Buenos Aires: Al Margen).
- KUHN, Thomas. 1995. *La estructura de las revoluciones científicas* (México DF: Fondo de Cultura Económica).



Parte VII

**Breve reseña de
su trayectoria
intelectual
e institucional**



Un filósofo de este mundo

Rosana Errasti

Rosana Errasti, egresada de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Se especializó en periodismo científico en el Centro de Divulgación Científica del Instituto de Investigaciones Bioquímicas "Luis Federico Leloir" (hoy Instituto Leloir). Como periodista científica se desempeñó en medios de comunicación y en instituciones educativas; tal es el caso del Centro de Divulgación Científica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Actualmente integra el "Programa de comunicación y reflexión pública sobre la Ciencia" del Centro Cultural Ricardo Rojas de la UBA.

373

C. Hidalgo y V. Tozzi (compiladoras) — Filosofía para la ciencia y la sociedad. Indagaciones en honor a Félix Gustavo Schuster

Félix Gustavo Schuster estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde obtuvo los títulos de licenciado y profesor en Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía, en el año 1963.

El ingreso en dicha facultad significó para él la apertura a un universo nuevo, distinto, pero en total empatía con sus intereses intelectuales y gustos estéticos.

En ese entonces, la Facultad de Filosofía y Letras funcionaba en el edificio que hoy ocupa la sede del Rectorado

de la UBA, en la calle Viamonte 430. Tradicionalmente había contado con las carreras de Filosofía, Letras e Historia, además de un departamento de Artes, dirigido por Julio Payró. A estas carreras, se sumaron en 1957 las de Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación y, un año más tarde, la de Antropología. Estos cambios provocaron una explosión en la matrícula de la facultad —obligando a la búsqueda de un nuevo edificio donde albergar el creciente número de alumnos— y una verdadera convulsión en el mundo de las ciencias sociales. La normalización encarada por el entonces rector de la Universidad, Risieri Frondizi, estaba en marcha. La efervescencia y bohemia de ese ambiente apasionó profundamente a Félix, quien abrazó la carrera con un enorme entusiasmo. Finalmente, había encontrado su vocación.

Alguna vez, siendo estudiante en el Colegio Nacional “Julio Argentino Roca”, de la ciudad de Buenos Aires, Félix pensó en ser ingeniero. Sin embargo, al finalizar el secundario, sus intereses se inclinaban decididamente por las ciencias sociales, la literatura, la música y la pintura. Dadas estas circunstancias —y por sugerencia de su padre, con quien tenía una excelente relación y buen diálogo— se inscribió en la Facultad de Derecho. Luego de superar el exigente examen de ingreso, comenzó la carrera de Abogacía. En una ocasión, Félix se refirió con humor a este período de su vida, señalando que lo que más le había gustado de su paso por Derecho eran las tardes de sol en los bancos de Plaza Francia —ubicada frente a esa casa de estudios—, los encuentros con amigos de la facultad y las noches de bohemia en el Club Argentino de Ajedrez, donde no solo jugaba ajedrez (un juego que practicaba con entusiasmo y bastante éxito desde su niñez, en Pehuajó), sino también todo tipo de juegos de naipes. También en ese entonces conoció a Elba, su esposa y compañera.

Luego de algunos años “perdido” en el Derecho, un anuncio en el diario informando sobre el examen de ingreso a la carrera de Filosofía lo puso finalmente en el camino correcto. Sin consultarlo con nadie y sin previa preparación, se dirigió a la facultad en el día y horario indicados. Se anotó, rindió el examen de ingreso y, para su sorpresa, entró. Enseguida supo que lo que ocurría en ese lugar tenía que ver con él y con muchas otras personas con las que compartiría horas de reflexión, acaloradas discusiones y, sobre todo, fuertes lazos de amistad.

Allí leyó por primera vez a Julio Cortázar, en las clases de Anita Barrenechea; asistió como oyente, en un aula del subsuelo de la calle Viamonte, a los cursos de Borges sobre literatura inglesa; tomó las clases de ética de Risieri Frondizi; y se inició en el estudio de Filosofía de las Ciencias de la mano de Mario Bunge, primero, y de Gregorio Klimovsky, después. Excelentes profesores, de la talla de Gino Germani, José María Monner Sans, Gilda Romero Brest, Vicente Fattone, José Luis Romero y Julio Payró, entre tantos otros, honraban las aulas. La vida universitaria, sin embargo, no terminaba dentro de esas paredes,

las charlas y reflexiones continuaban en los bares próximos, la librería Verbum y el Instituto Di Tella, situado a pocas cuadras de ahí.

Inmediatamente después de finalizada su carrera, Félix comenzó a participar en la vida política de la universidad. Primero, entre 1964 y 1965, fue consejero del Consejo Superior en representación del Claustro de Graduados; y luego, consejero también de Graduados pero del Consejo de la Facultad, desempeñándose como tal desde 1965 hasta julio de 1966, fecha en que el gobierno militar del general Onganía intervino las universidades nacionales.

Después del nefasto episodio conocido como La Noche de los Bastones Largos, Félix Schuster, al igual que cientos de profesores e investigadores de nuestro país, es separado de la universidad —donde era docente en la cátedra de Gregorio Klimovsky— y pierde la beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), con la que se había iniciado en la investigación. Afortunadamente, el British Council le concede la posibilidad de continuar sus estudios fuera del país, otorgándole una beca para hacer un posgrado en la Universidad de Londres, donde obtuvo el título de *master* en Artes, en noviembre de 1967.

A su regreso de Inglaterra, Félix alternó el trabajo en el laboratorio químico de su padre con la docencia en algunas universidades privadas, y una intensa actividad en diferentes grupos de estudio y reflexión, como por ejemplo, en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF). Creada en 1972, por iniciativa de un grupo integrado por Carlos Alchourrón, Eugenio Bulygin, Genaro Carrió, Alberto Coffa, Juan Carlos D'Alessio, Ricardo Gómez, Gregorio Klimovsky, Raúl Orayen, Eduardo Rabossi, Thomas Moro Simpson y Félix Schuster, esta asociación se dedicaría, hasta hoy, a promover la discusión, investigación e intercambio filosófico. En aquel momento, Félix ya tenía a sus hijos, Federico y Graciela.

Cuando se produce el golpe militar de 1976, Félix Schuster se encontraba dando clases en la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca. Este simple hecho constituyó una razón suficiente para que los militares lo considerasen una amenaza y lo privaran de su libertad durante un año y cuatro meses. Esta terrible experiencia no logró, sin embargo, quebrantar el espíritu decididamente optimista y emprendedor de Félix, quien inmediatamente después de salir de la cárcel, en 1978, se presentó en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y obtuvo una beca que le permitió llevar adelante los estudios que luego expondría en su primer libro, titulado *Explicación y predicción. La validez del conocimiento en ciencias sociales*, editado por CLACSO, en el año 1982 y reeditado en 1986.

Con el regreso de la democracia a la Argentina, Félix volvió a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En 1984, es nombrado profesor titular ordinario de la Cátedra de Epistemología y Métodos de la

Investigación Social, en la carrera de Antropología, cargo que desempeñó hasta 1989. Ese mismo año, gana los concursos de profesor titular ordinario en las cátedras de Filosofía de las Ciencias y de Filosofía Especial de las Ciencias, en la carrera de Filosofía, conservando ambos puestos hasta la actualidad. Desde 2002, es profesor consulto titular de dicha facultad.

Su trayectoria docente es amplia y extensa, tanto en carreras de grado como de posgrado. Su natural capacidad para enseñar, la claridad, elocuencia y generosidad a la hora transmitir ideas y conocimientos, han hecho de él un profesor respetado y querido por sus alumnos y colegas. Es por este motivo que en innumerables oportunidades fue elegido para dirigir tesis de grado, de posgrado y de doctorado en el área de Filosofía de la Ciencia y de Epistemología de las Ciencias Sociales.

Como docente de posgrado, tuvo a su cargo los seminarios “Metodología interdisciplinaria en Etica Aplicada”, en la Maestría de Etica Aplicada, y “Teoría del Sujeto” y “Teoría de la Interpretación”, en la Maestría en Análisis del Discurso; todos estos en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente, es titular del seminario “Filosofía de la Cultura”, en la Maestría en Cultura y Comunicación, de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); y del seminario “Epistemología de las Ciencias Sociales”, en la Maestría en Ciencias Políticas y Sociales, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Dictó, además, cursos y seminarios de posgrado, maestrías y doctorados en universidades del país y del exterior.

En numerosas ocasiones fue convocado como jurado de tesis de maestría y doctorado, en universidades argentinas y extranjeras, así como también para integrar tribunales de concursos docentes. Participó de comisiones evaluadoras de Filosofía, Psicología y Ciencias Sociales y Políticas, en organismos de evaluación docente, nacionales e internacionales. En la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), fue evaluador de presentaciones de instituciones, doctorados y maestrías, en el área de filosofía y ciencias sociales; y miembro de la comisión para la elaboración de criterios, políticas y selección de evaluadores. Integró, además, comisiones evaluadoras de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UBA. Y fue miembro del Comité Académico de la Maestría en Epistemología e Historia de la Ciencia, de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Se desempeñó, también, como miembro de comisiones asesoras del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET): fue miembro de la Junta de Calificaciones (1986-1990) y coordinador de la Comisión de Filosofía, Educación, Psicología y Ciencias Sociales (1986-1992).

Desde el año 1991, dirigió, codirigió e integró diversos proyectos de investigación UBACyT —de la Secretaría de Ciencia y Técnica de

la UBA—, sobre temas tales como: “Comunidades científicas: un estudio epistemológico y metodológico”, “Comunidades científicas: antropología del mundo contemporáneo”, “Descubrimiento y creatividad en ciencia”, “Heurística y contexto de prosecución en ciencia”, “Antropología del mundo contemporáneo: comunidades científicas. Ciencia y Arte en la producción de conocimiento” y “Modelos, realismo y progreso científico”, entre otros.

El próspero trabajo intelectual de Félix Schuster puede seguirse a través de la publicación de varios libros, numerosos capítulos y también a través de los cuantiosos artículos publicados en revistas especializadas en Filosofía y Teoría Política, y en las innumerables presentaciones realizadas en congresos y reuniones científicas.

Participó de conferencias y eventos internacionales en diferentes partes del mundo. En 1994, asistió como profesor invitado a la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, para exponer en el seminario dirigido por Sofía Fischer, sobre el tema “Tipología de casos o ejemplos en ciencia”. Esta misma institución lo designó, un año después, director de estudios y lo invitó a dictar un seminario sobre “Términos teóricos en Ciencias Sociales”. En 1995, también fue profesor invitado en la Universidad de Essex, de Gran Bretaña, y a la Universidad Federal de Río Grande do Sul, de Brasil.

En lo referente a cargos de gestión, Félix ocupó casi todos los estamentos del gobierno universitario. Su predisposición al diálogo y su trato amable y reflexivo fueron constantes, también, en su manera de entender y hacer política. Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 2002 y 2006. En esa misma facultad, ocupó los cargos de Secretario de Investigación y Posgrado, desde 1991 hasta 1998 y de Director del Departamento de Filosofía, de 1989 a 1993. Luego de representar a los Graduados en el Consejo Superior y en el Consejo de la Facultad, como ya se señaló, fue representante del Claustro de Profesores en el Consejo de la Facultad, en dos períodos: 1986-1990 y 1998-2002.

Dos características se destacan de las múltiples cualidades de la personalidad de Félix Schuster. Su espíritu inquieto, que lo lleva a integrar o propiciar la creación de nuevos espacios de intercambio intelectual, de estudio y de reflexión racional; actualmente, por ejemplo, es Director de la Maestría de Cultura y Salud Mental, del Instituto Universitario de Salud Mental (IUSAM), dependiente de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Y su sabiduría y generosidad, que convoca y promueve fidelidad en el vínculo; como lo atestigua su “histórico” seminario de Filosofía de las Ciencias Sociales que, desde 1979, lleva adelante en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, de la que es miembro fundador.

Publicaciones

Su vasta actividad y producción como docente e investigador está reflejada en los numerosos libros y capítulos de libros publicados, que se detallan a continuación.

Libros

- Schuster, Félix Gustavo. 1993. *El método en las ciencias sociales* (Centro Editor de América Latina, Argentina). Reeditado en 1997.
- 1994 *Popper y las Ciencias Sociales* (CEAL, Argentina).
 - 1997 *Método y conocimiento en ciencias sociales. Humanismo y Ciencia* (Prociencia CONICET, Argentina).
 - y Alberti, Blas 1995 *URSS: la crisis de la razón moderna* (Tekne, Argentina).
 - y Althabe, Gérard (comps.) 1999 *Antropología del presente* (Edicial, Argentina).
 - y Klimovsky, Gregorio (comps.) 2000 *Descubrimiento y creatividad en ciencia* (Eudeba, Argentina).

Capítulos en libros

- Schuster, Félix Gustavo. 1992. “Racionalidad, descubrimiento y justificación” en Klimovsky, Gregorio y Nudler, Oscar (comp.) *La racionalidad en debate* (Centro Editor de América Latina, Argentina).
- 1997 “Descubrimiento y justificación en la filosofía de la ciencia” en Marqués, Gustavo y Scarano, Eduardo (comps.) *Epistemología de la economía* (A-Z, Argentina).
 - 1998 “Los laberintos de la contextualización en ciencia” en Althabe, Gérard y Schuster, Félix Gustavo (comps.) *Antropología del presente* (EDICIAL, Argentina).
 - 1999 “Pluralismo metodológico en ciencias sociales” en Scarano, Eduardo (comp.) *Metodología de las ciencias sociales* (Macchi, Argentina).
 - 2000 “Ciencia y presuposiciones” en Klimovsky Gregorio y Schuster, Félix Gustavo (comps.) *Descubrimiento y creatividad en ciencia* (Eudeba, Argentina).
 - 2003 “Ética y derechos humanos” en Lobosco, Marcelo (comp.) *La resignificación de la ética, la ciudadanía y los derechos humanos en el siglo XXI* (Eudeba, Argentina).
 - 2004 “Descubrimiento, Justificación y validación en la filosofía de la ciencia” en Klimovsky, Gregorio (comp.) *Los enigmas del descubrimiento científico* (Alianza, Argentina), [en prensa].

—“Calidad y evaluación en la Educación Superior” en *La era de la globalización* [en prensa].

—e Hidalgo, Cecilia 2003 “La creatividad de las comunidades científicas: paralelos con la creatividad en el campo teatral” en Pelletieri, Osvaldo (ed.) *Escena y realidad* (Galerna, Argentina).

—e Hidalgo, Cecilia 2004 “Lenguaje y realidad: el tema de los desaparecidos en ‘Señora, esposa, niña y joven desde lejos’ de Marcelo Bertuccio” en Pelletieri, Osvaldo (comp.) *Reflexiones sobre el teatro* (Galerna, Argentina).

—y Klimovsky, Gregorio 2004 “Epistemología y psicoanálisis II” en Klimovsky, Gregorio *Epistemología y psicoanálisis, Vol I: Problemas de epistemología* (Biebel, Argentina).





Este libro se terminó de imprimir

en el mes de ????? de 2010

en ????????

Buenos Aires - Argentina